

LOS  
PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

B-974

CONFERENCIAS DEL EMINENTÍSIMO ALIMONDA

CARDENAL ARZOBISPO DE TURIN

TRADUCIDAS POR

DON JOSÉ MARÍA CARULLA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

Y

Director de LA CIVILIZACION.

TOMO CUARTO

MADRID

IMPRESA DE JOSÉ PERALES Y MARTINEZ

12, Calle de la Cabeza, 12

1889





PARTE CUARTA



PROBLEMAS ECONÓMICOS.

B.P. de Soria



61120635

D-1 2258



D-1  
2258



# CONFERENCIA I.

---

## SI PUEDE CONSIDERARSE FELIZ NUESTRA EDAD

POR SER APASIONADAMENTE ECONÓMICA.

Ignoro dónde, Francisco Bacon, filósofo no ideal, pero tampoco empírico completamente, consignó el dicho equivocado de que «las causas finales son infecundas como las vírgenes.» A mí por el contrario me parecen fecundas como las madres.

Dios, obrando en los órdenes del tiempo, se propone un fin; la externa manifestacion de sí mismo. Hé aquí, señores, que poblado está el seno de la nada: hé aquí que todo en la familia de los séres lleva casi un lineamento de la faz de Dios, y una parte de su perfeccion; hé aquí además que todo tiende á él: desde la estrella hasta la flor, desde los gorjeos del pájaro hasta los suspiros del alma del hombre, desde las pompas del palacio real hasta los ritos piadosos del altar, se levantan cánticos y bendiciones á su sacrosanto nombre.

Observando el mundo inmediatamente despues de Dios, aparece impreso para un fin que manifiesta con claras señales; el de haber sido hecho por la mano del Creador para que fuera estancia natural del hombre. Ved que así como toda terrestre criatura niégase á decir: «engendréme yo por mí misma;» me remite, por decirlo así, en raiz á su divina generacion; ved que todos los séres están predispuestos en jerarquía, con el fin de que principies tú en los ínfimos y concluyas en el sumo: el sumo de los séres habitantes de la tierra es el hombre.

Hállase ligado el hombre á su vez á un fin determinado, y puesto sobre la tierra para unir en sí nuevamente las dos grandes barreras en que la creacion se divide: la materia y el espíritu, lo visible y lo invisible, á la vida futura encaminándose. Hácelo precisamente, si



contra el orden de las cosas no se rebela: enlaza la razon á la fé y la libertad á la ley de Dios. «Es una planta, decía un filósofo griego, cuyas hojas se abren con las aguas del mundo, y cuyo fruto madura para la eternidad.»

Es verdad que los incrédulos se levantan contra esta magnífica ejecución de los propósitos divinos: niegan á Dios, fuente de la realidad, y objeto supremo de la religion; niegan el mundo, fabricado por sus manos; niegan al hombre, llamado á la amistad de la fe y á la eterna vida dirigido. Es una irrupcion de bárbaros nunca vista: ¡ménos terribles eran los bárbaros venidos del Rhin y del Danubio para devastar el occidente de la Europa y la bella Italia! Aquí no se destruyen ciudades, ni castillos, ni reinos, sino dogmas eternos y principios metafísicos: Dios y el hombre.

Empero nosotros los hijos de la restauracion nos levantamos de lo sobrenatural cristiano; ceñidos con las armas de la razon, repelemos á los bárbaros en sus estepas heladas y solitarias.

A los incrédulos que niegan á Dios, nos opusimos en los *problemas religiosos*, demostrándose que Dios, no inventado por nosotros, sino necesario hacedor de todo, quiere recibir sobre la tierra la adoracion y el culto, que la Iglesia le rinde. A los incrédulos que niegan es fabricado el mundo por Dios, nos opusimos en los *problemas paleontológicos*, resultando cierto que sólo es el mundo un efecto extrínseco de la voluntad de Dios, hallándose ordenado únicamente para temporal domicilio del hombre, que tiene la primacía sobre todas las criaturas sensibles. A los incrédulos que niegan está el hombre constituido para creer y esperar en la vida futura, nos opusimos con los *problemas filosóficos*, en los cuales quedó probada la armonía entre la inteligencia y la revelación, así como el paso natural del tiempo á la eternidad.

No nos gloriamos de la victoria: las armas que parecieron nuestras por ser racionales, son de Dios absolutamente, habiendo sido el propio nuestro capitán. Mas bien podemos escribir en nuestra bandera que los propósitos divinos se han realizado, como es cierto que se cumplirán siempre. Las causas finales, señores, tienen la fecundidad de las madres de Israel.

¿He concluido de referir el enlace de las intenciones divinas? ¿Hállase por consecuencia todo aquí en el gran poema de la naturaleza y del hombre? No.

Homero en los dedos de Júpiter envolvía una inmensa cadena de oro que iba colgando por el mundo. Era un símbolo, indicando el encadenamiento de las varias partes del universo.

Dictando, señores míos, el presente curso de conferencias, nos pusi-

mos á envolver alrededor de nuestros dedos la cadena homérica: hemos pasado ya por tres anillos, mas ellos nos conducen á un cuarto.

Primer anillo Dios, segundo anillo el mundo, y tercer anillo el hombre: solamente que así como Dios, siendo creador, nos conduce á la consideración del mundo, y así como el mundo, edificado para nuestro albergue, nos conduce á la consideración del hombre, así el hombre, destinado á vivir en compañía, nos conduce á la consideración de la sociedad.

Ahora bien; ¿va la humana sociedad á un fin encaminada? ¿Cuál es este fin?

Es el que se propone la Providencia en el gobierno de los pueblos. La sociedad, mientras se forma por los actos multiformes del hombre, debe encarnar en sí (lo que nunca podría el hombre individuo hacer) los grandes y profundos designios de Dios; debe confesar su alta sabiduría y rendir homenaje universalmente á su omnipotencia: de modo que, si obra segun la voluntad divina, vive prósperamente, y por el contrario espira segregada de Dios.

Hablo yo: y una nueva ciencia, enteramente profana, que con ardor dedícase á empresas desmesuradas, viene contra mi sacerdote á defender sus derechos. Bajo las capas de tal ciencia reaparecen los incrédulos, pareciendo esta vez que los incrédulos atraen á sí el mundo.

Es la economía.

¿Por qué, relativamente á la sociedad, se habla de fe divina y de religión? ¿Por qué se alega el Evangelio y la Iglesia? El ordenamiento social depende de mí, no de otros: yo estudio y prometo, exclama la economía; el ordenamiento será fruto infalible de mis sudores.

Estamos en la parte última de nuestro trabajo, y en la última manifestación de la verdad. Entramos, señores, en los *problemas económicos*.

Hoy, principiando á tratar el pleito entre la economía y el cristianismo, hago ir delante, á guisa de prólogo, el siguiente problema. ¿Puede nuestra edad juzgarse feliz por ser económica tan apasionadamente?

Respondo:

No, porque da pruebas de sufrir grandes necesidades.

No, porque fácilmente se llena de homicidas errores.

No, porque condénase á una perpétua contradicción por sí misma.

---

Atender á la economía, y trabajar en sus maneras ó en sus actos variadísimos, es indicio de ánimo inteligente, laborioso y sóbrio.

Cuando, teniendo tú algun fundo al sol, abonas los terrones del mismo, cultivas debidamente las plantas, y encaminas á ellas el riachuelo del monte á fin de refrescarlas, facilitas el parto de la fertilidad y vienes á ser un bienhechor agrícola. Cuando, hallándote á la cabeza de ama-

da familia creciente, pones á rédito tu capital exíguo y lo aumentas con pequeñas ganancias, provees decorosamente no sólo á tí propio, sino también á tu mujer y á tus hijos; la economía besa tu frente, porque das pruebas de ser un buen marido, y un buen padre, siendo un ciudadano útil.

Viven, por el contrario, ruinosísimos hombres: son los derrochadores que tiran el dinero y las fortunas paternas, á los que basta un poco de afecto mundano para que se despojen: mariposas que vuelan en torno de las puntas doradas de la vanidad, ó insectos que brotan, por decirlo así, del cieno, con el que se alimentan; no advierten nada, ni piensan nada, ni preven nada; los mata el desfallecimiento por vivir, y, áun vivos, son muertos. ¡Cuánto se diferencian del hombre económico, que se nos presenta con el surco de la meditacion en la frente, que prevé, que obra con rectitud, y que, no sólo trabaja con el fin de vivir, sino que vive para trabajar! Deshacen los derrochadores; mas el económico produce la prosperidad del mundo.

Esto supuesto, tornando á la economía de tan raro precio, ¿por qué razon he preguntado si puede juzgarse feliz nuestra edad por ser económica apasionadamente?

Explicaréme.

Ahora, que llamo apasionadamente económica á nuestra edad, entiendo que se apasiona de una economía demasiado distinta de aquella, á la que voluntariamente tributamos con profusion nuestras alabanzas. La economía que de la edad presente se nombra y que le corresponde, es la economía política ó social. Ahora bien: yo no sé, ó éste no es el sitio en que lo deba declarar; mas es ciertamente un hecho que tal bendita economía, desde la privada condicion pasando á la de pública, se desnaturaliza viniendo á ser otra; pierde la sobriedad, la reserva y la prevision: se martiriza con cálculos; pero sus cálculos no llegan; lejos de ser una pasion es una profesion; unos la llaman apostolado y otros oficio; nosotros, ateniéndonos al vocablo de profesion, afirmamos que profesa lo contrario de lo que anuncia y de lo que promete donde quiera: lo promete todo y no da nada, ó bien promete el bien y da el mal fácilmente.

Hé aquí por qué juzgo yo á la economía política, ensalzada en la edad presente, muy diversa de la sabia economía privada y doméstica.

Señores; la economía política de que hablo no es el hombre muy económico que dice: *Yo hago economías*; no, por cuanto nuestra edad gasta por el contrario extraordinariamente. No es el hombre previsor que dice: «Rechazo de mí el lujo desmedido, porque la decencia es suficiente para mí;» no, por cuanto nuestra edad se adorna y embellece,

brillando en pompas y afeminándose. No es el hombre morigerado que dice: «Cuesta más un vicio de lo que cuestan tres hijos;» no, por cuanto nuestra edad aparta de lo útil la moral; en cuanto á los vicios aparece muy mórbida y consolada. No es por consecuencia el hombre venturoso que dice: «Bien formadas las cuentas, hallo que mi patrimonio ha crecido;» no, por cuanto nuestra edad no deja nunca de disminuir sus créditos y de aumentar sus deudas.

Por consecuencia, ya que la economía es así, ¿no tuve razon para dudar y preguntar, si la edad presente, por ser económica apasionadamente, puede juzgarse feliz?

Empero preciso es no tener el problema sin ventilar, y nosotros nos apresuramos á resolverlo, aferrándolo en sus nudos internos.

Entre las muchas notas, que tiene la economía pública en los presentes dias, sobresalen dos sobre las otras y con fidelidad la retratan.

La primera nota es que su intento preciso, así como la mision que se le confiere, se reduce al ordenamiento social: ella, considerando á los hombres del siglo XIX, los encuentra necesitados de arreglo, de nuevos medios, de método y de direccion: en su virtud quiere proveer á sus necesidades, y componerlos nuevamente, satisfaciendo sus justas ansias.

Sólo que ¡ved qué desgracia! ella la primera, la benévola economía pública necesita tambien arreglo como el particular; se forma de continuo, y no formándose nunca, ni hallando nunca que es mujer, se da gran trabajo para corregirse de nuevo y acomodarse. ¡Fatiga inútil! porque si encima de ella abundan los remiendos y los pedazos, el traje no resulta íntegro y perfecto: es Penélope, que trabaja de dia su tela y que llegada la noche la desteje. ¡Cuántas propuestas, cuántos augurios, cuántas enmiendas, cuántos mentís! ¡Despues nuevamente cuántas seguridades de mejoramiento! Entretanto el mejoramiento no viene, y todos los dias está empezando la economía política. Atestada su historia está de tentativas y su boca no cesa de mencionar las reformas. Empero no realiza ninguna de las verdaderas y grandes reformas; las tentativas, como las burbujas de jabon, se deshacen y se desvanecen. De modo que la economía política no es solamente Penélope: es Sísifo, que arrastra sin descanso una peña enorme, la cual torna sin cesar al sitio de donde fué removida. La economía quiere mover el mundo á su manera; pero el mundo es rehacio y está en su sitio.

Dicen, para excusarla, que es una niña, como tambien que, cuando sea jóven y adulta, cambiará de sistema.

Empero una niña que á lo ménos á lo menos nació á mitad del siglo pasado; una niña de ciento y veinticinco años y más; que frecuentó mucho tiempo las escuelas; que abrió muchas otras; que dió á la im-

prenta multitud de libros; que subió á casi todas las cátedras; que aleccionó á la pasada y á la presente generacion; una jóven, que se puso á dar la batalla á todo el mundo viejo, sosteniendo su ímpetu y llenando los pueblos de ruinas, ¿os parece una novicia de tal temple que ser pueda perdonada así por sus perennes impotencias, como por sus precipitaciones?

La segunda nota de la economía pública, como reverberacion ó desarrollo de la precedente, está en que, siendo pública, quiere ser terminantemente social, por lo cual, lejos de ocuparse sólo en una ó dos cosas de las que le pertenecen, se quiere ocupar en todas sin exclusion y sin reservas. Es propiamente lo contrario de lo que era en un principio, cuando se paraba en los asuntos privados y domésticos. La palabra *economía*, que nace de *oikos*, casa, y de *nomos*, ley, es decir, ley de la casa, siempre significó el arte de administrar bien los negocios de la familia. Ahora bien; la economía, cambiándose en una cosa pública, forzó crudamente la etimología propia; dándose á proceder por analogía, gustó de ser llamada y de verdaderamente ser «el arte de regir todos los asuntos de la sociedad civil.»

Economistas hay que de tal largueza á la economía otorgada se lamentan; quisieran ponerle la mordaza, tratándose de ciertas disputas, y la cadena en el pie, tratándose de algunas empresas. Entre los tales ha de contarse á Marcos Minghetti, el cual, poniéndose á distinguir la economía en cuanto es *ciencia* y en cuanto es *arte*, se ingenia para proporcionarnos, dentro de límites determinados, su justa definicion (1). Empero, ¿quién se resigna hoy á tales límites?

Nuestro siglo tiene la manía de alargarse: los hombres que viven, sean de los que obran, ó sean escritores, hagan lo que hagan, se alargan. Han tomado las ciencias un carácter enciclopédico y las empresas una marcha cosmopolita. Dominador de la civilizacion moderna es el número; es preciso llamar al hombre con la denominacion de *todos*. Todos nos movemos juntos para correr todos juntos á igual destino: el coche decae ante las volantes muchedumbres de los caminos de hierro; la nave velera es vencida por el buque de vapor; ya el fusil no hace un solo disparo, sino diez y seis; ya el telar no es movido trabajosamente por los dedos humanos, sino por rapidísimos é infatigables dedos de acero; leemos todos juntos gracias á los periódicos; hablamos, aunque distantes, todos juntos á una boca con el telégrafo eléctrico; abatidos los montes y reunidos los continentes con bósforos artificiales, forma-

---

(1) M. Minghetti. *Dell'economia pubblica e delle sue attinenze colla morale e col diritto*, libro II.

mos del mundo una sola ciudad. Al parecer no hallaría el hombre camino seguro, á querer marchar aislado y solitario; es necesario que camine en la propia sociedad á fuerza de asociaciones. Bien se dijo: Cristóbal Colon no podría ya en el siglo XIX aventurarse con tres pequeñas carabelas al descubrimiento del levante por la via del poniente; sino que debería primero constituir una sociedad con programas, reglamentos, «comité» promovedor y medallas de presentacion. Tal es la edad corriente.

Ahora decid á la economía que no despliegue la vela y que se mantenga dentro de confines limitados. ¿No es esa una disciplina y una cosa que pertenece al público? ¿Y no participa de lo universal cuanto es público?

En su virtud, áun cuando los vacilantes llevarla procuren á remolque, la jóven atrevida se les escapa de las manos, por tener amores con la plebe, y respirar las auras libres del siglo ruidoso. Mirad cómo aquellos mismos que la restringen un momento de palabra, incontinenti descienden á desencadenarla. Juan Bautista Say, verbigracia, para el cual la economía es «una exposicion simple de la manera con que se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas,» apenas ha saltado allí con el discurso, declara que «se une á todas las demás partes de la sociedad, por lo que se halla constreñida á comprender todo el sistema social (1).» Otro tanto pasa con Storch; hace hincapié en la riqueza cuando define la economía; pero adhiere á ella la civilizacion. Escribe realmente: «La economía es la ciencia de las leyes naturales, que determinan la prosperidad de las naciones, es decir, la riqueza y su civilizacion (2).» Como son los autores peculiares tales son las escuelas. La escuela británica, que con Adan Smith separa la economía de los principios que moderan la produccion, y la acumulacion de la riqueza, y su distribucion y el consumo, no procede con gran circunspeccion hasta el punto de no invadir el campo de la política y de la cultura, porque, una vez creído necesario investigar todos los motivos de la prosperidad nacional, entrégase á largas disputas sobre las varias formas de los gobiernos y de las instituciones civiles, por las cuales á su juicio influye de un modo potentísimo en la situacion económica de los pueblos. Aún más sintética y más libre la escuela italiana y francesa, sosteniendo que la economía pública se debe poner á inquirir no sólo la riqueza, sino la felicidad de las naciones, se mueve,

---

(1) J. B. Say. *Cours complet d'Economie politique pratique. Considérations générales.*

(2) H. Storch. *Cours d'Economie politique, ou Exposition des principes qui determinent la prospérité des nations. Prolégomènes.*

abrazando todas las partes de la sociedad civil: en tal trabajo las leyes, las costumbres, la ética, la instrucción, las artes, los comercios y otros semejantes, vienen á ser cosas de su incumbencia. Poco distinta la escuela de Alemania, informada en las doctrinas que allí se llaman *camerales*, mezcla ligeramente la economía en todo, uniéndola con el derecho natural, con el derecho público, con la diplomacia, con la policía, con la administración interna del Estado, con el ordenamiento de la hacienda y con el progreso de los ciudadanos.

De modo que, señores, ¿ansiais conocer de qué trata verdaderamente la economía política? Oid.

Del tema de la producción considerado en sí, del del cambio, de la riqueza, del modo de comprenderla, de crearla y de aumentarla, la economía pública se dirige al hombre su operador primero y su moderador. Aquí lo estudia en cuanto le corresponde; ve la acción del capital que corresponde al rico; la acción del ingenio que del sabio emana; la acción de los brazos que parte del obrero; la acción del poder legislativo, que á todos preside; la acción de la sociedad que á todos comprende: inquiera aquí en qué justa medida corresponde distribuir el producto final á cada uno de tales operarios. La economía pública, desde el hombre individuo ó ciudadano, sube á considerar las naciones, ó sea las grandes familias en que se distribuye la humanidad. Discurre las relaciones más vitales entre sí, los puntos de contacto, por los que no se choquen, sino que se unan; la justicia que debe con ventaja y con decoro regir los intereses recíprocos para un incremento parcial ó universal. En tal orden viene á ser ciencia de gobierno, ó más bien ciencia social y antropológica; se conduce con las teorías más ensalzadas por la experiencia; allí donde la doctrina no existe, para no afanarse en el vacío y en lo ideal, recurre á los números. se pone á inquirir las cifras interrogando á la estadística, hace comparaciones y análisis, y profiere sus fallos sobre datos positivos.

En su virtud, una vez establecida en qué consiste la sustancia y el oficio de la economía pública, se puede claramente reducir á índice con la siguiente nomenclatura:

¿Cuál es el capital de la nación? ¿Cómo se aumenta? ¿En qué proporciones se debe promover la agricultura y en cuáles la industria? ¿Cómo conviene que sea retribuido el obrero? ¿Hasta qué punto el gobierno debe proteger la industria nacional con las aduanas y los premios? ¿Cuál es el método mejor de impuestos? ¿Cómo se deben repartir estos? ¿En qué usos se emplea el fruto principalmente? ¿Con cuál límite es justo que los gobiernos saquen de la fortuna de los particulares las sumas que necesitan? ¿Cómo y en qué proporciones y coyunturas

aumenta la poblacion, y en cuáles disminuye? ¿Cuáles son las causas de la miseria? ¿Cómo se puede prestar á ella el remedio? ¿Es posible tal cosa, y hasta qué punto? ¿Cuánto sirve la instruccion para la felicidad del pueblo? ¿Cuál especie de instruccion se debe hacer más popular? ¿Cuál y cuánta debe ser la accion del gobierno en el socorro de las clases pobres, y en su restauracion material y moral? ¿Es cosa moral, justa y provechosa una tasa de los pobres? El comercio, fuente de riquezas para las naciones y vehículo de fraternidad, fué muchas veces incentivo de guerra. Ahora bien: ¿lícito es ó no acometer una guerra para imponer el comercio, y las manufacturas de un país á otro? La concurrencia entre las naciones en materia de tráfico, de industria, de saber, de civilizacion, ¿viene á ser tan útil y apreciable como la que se ejerce entre los individuos de la propia nacion? La libertad de las naciones, su independendencia política, una al lado de la otra, ¿son cosas justísimas, santísimas y aún utilísimas?

Ninguno piense que yo, razonando así, malgasto el tiempo y la obra. Añadamos ahora de nuevo las dos notas, que resaltan en la economía política, y nos hallaremos con la demostracion hecha.

Planteé yo el problema de si nuestra edad puede juzgarse feliz por ser apasionadamente económica. Respondí negativamente, porque ante todo muestra que sufre grandes necesidades. ¿No fueron ahora descubiertas sus necesidades? Por una parte la economía es disciplina y asunto de nueva ordenacion; parece tal asunto y tal disciplina que mientras quiere ordenar de nuevo á otros, es la primera que necesita un ordenamiento: ¡necesidad doble y enorme! Por otra parte la economía pública tiende á ordenar de nuevo toda la sociedad civil, del pobre al rico, del ignorante al docto, del atribulado al que goza, de los pueblos al gobierno, y del Estado á las naciones: ¡necesidad inmensa y universal!

Con estas necesidades que se confiesan, se pregonan y se lamentan, con estos incesantes golpes de reforma social que nos hacen llover sobre la cabeza, como el granizo sobre la mies madura, ¿podemos nosotros tener el valor de dar á nuestros tiempos el título de bien dirigidos y afortunados?

¡Acerba cosa es imaginarlo! Despues de casi dos mil años que vino Cristo á fin de anunciar la Buena Nueva y cambiar el aspecto del mundo; despues de diez y siete siglos que fué domeñada la idolatría de las gentes y disperso el romano paganismo; despues de mil años y más que fueron los bárbaros repelidos, salen fuera y gritan que la sociedad humana está esperando su propio acomodamiento y ordenacion. ¡Qué honor tan hermoso el hecho al siglo XIX! Hoy casi todo está por hacer, porque todo tiene tremendas necesidades que remediar; hay que pen-

sar en los gobiernos para que se pongan en el buen camino; hay que pensar en las escuelas á fin de que distribuyan bien la enseñanza; hay que pensar en los obreros á fin de que no caigan por excesivo trabajo; hay que pensar en los traficantes, á fin de que no vejen con injustas artes; hay que pensar en los propietarios, á fin de que den la conveniente merced; hay que pensar en los pobres, á fin de que no se mueran de corrupcion y de hambre; hay que pensar en los ricos, á fin de que usen bien del dinero; hay que pensar en la poblacion á fin de que no disminuya ni aumente; hay que pensar en el privilegio, á fin de que no se agrave; hay que pensar en la libertad, á fin de que no se convierta en tiranía, ni se reduzca tampoco á un vano nombre; hay que pensar en el Estado, á fin de que se sirva de las propias industrias; hay que pensar en las naciones, á fin de que no se vejen ni se suplanten; hay que pensar, en suma, en todo adminículo, en todo pequeño y grande elemento social. Señores míos; ¡qué honor tan hermoso hacemos los economistas al siglo XIX! Es un siglo (diríais) infante; tiene necesidad de quien lo amamante, de quien lo lleve de los andadores, de quien le haga balbucear: no sabe ir al colegio, ó aprende poco en él; nosotros ponemos en tortura el cerebro para darle un pedagogo ó un profesor; no sabe trabajar con nobleza y con ventaja; mas nosotros nos ponemos á discutir para fijar la duracion de la fatiga y la cantidad del salario: expender no sabe y empobrécese; nosotros, sin excepcion, sudamos para instituir asilos de mendicidad, para establecer la caridad legal y convertir la limosna en tasa; no sabe obedecer ni mandar; nosotros damos la voz de alarma, y acudimos todos para socorrer al hombre, metiéndonos entre la plebe, á fin de contenerla é impedir que se rebele, apuntalando el poder público para que no quede subvertido. Tanto se ha de hacer aún. Somos niños, y nos caemos á pedazos cual decrépitos. ¡Qué honor tan bello (lo repito), los hombres económicos desmesuradamente hacemos al siglo XIX!

¿Puede por lo tanto creerse feliz nuestra edad, por hallarse ahora en poder de la economía?

Parece que merezco el reproche de ignorante. ¡No lo sabeis, señores? Casi todo lo debemos hacer, y ciertamente lo debemos ordenar de nuevo todo, porque nos hallamos en una era nueva, siendo saludados por una jamás presenciada y desmesuradisima civilizacion. Estamos allí finalmente para salir de todo resto de selvaticuez y de ignorante supersticion: á diferencia de los antiguos, somos libres y progresivos.

¿Han meditado bien, los que así hablan, el valor de su propia increpacion? ¡Estamos en la plenitud de la civilizacion! ¡Acaso consiste la civilizacion en aumentar extraordinariamente y encruelecer, por decirlo

así, las necesidades humanas? ¿Placen á los economistas tales defensores?

Por lo demás, vosotros calumnias á los padres y no salvais del vituperio á los hijos.

Nuestros padres con la selvaticidad y la ignorante superstición, esto es, guiados por Cristo y por la Iglesia, así como fuertes con su derecho propio, crearon la sociedad que nos dió la cuna. ¿Quién podría negar el hecho? ¿Acaso nacimos de pronto en el mundo? Si los padres crearon la sociedad que nos dió la cuna, nosotros, más que hombres originales, somos sus herederos, debiéndoles cuanto poseemos socialmente: enseñáronnos á hablar, enseñáronnos á razonar, y enseñáronnos á ser cultos: á ocuparnos en el arte, á constituir los gobiernos y á ordenar á los ciudadanos. En pocas palabras; nos enseñaron á ser lo que somos actualmente.

Decis vosotros: La libertad civil y política es cosa nueva. ¡Falso! Los gobiernos populares, los Municipios y las repúblicas florecieron mucho tiempo en Europa, habiéndose adornado con tales glorias, que nosotros no sabemos ni de lejos emularlas.

Decis vosotros: Hoy se fundan las nacionalidades de un modo solemne. ¡Falso! Las nacionalidades fueron creación de nuestros padres: hace muchos siglos que Francia, España, Portugal, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Rusia se constituían nacionalmente: si ahora se forman nuevas nacionalidades, se deshacen otras, bastando para la demostración la misérrima Polonia, aplastada bajo los pies de tres soberbios, y la Península ibérica, que á punto está de disolverse.

Decis vosotros: Estamos en la edad de las ciencias y de las letras. ¡Falso! Los siglos de Dante, del Petrarca, y de Ariosto, la época del Quinientos y del Seiscientos os responden que para los doctos y para los literatos nuestros padres eran gigantes, siendo nosotros pigmeos á su lado.

Decis vosotros: Es la edad de las artes y de las invenciones la nuestra. No lo niego; mas las edades pasadas reciben también nombre de las invenciones y de las artes. La brújula, la imprenta, el papel, el vidrio, las porcelanas, los relojes, los anteojos, el telescopio, el microscopio, el termómetro, el barómetro, la litografía, los pozos modenenses, los puentes colgantes de hierro y otros descubrimientos innumerados no pertenecen á nuestros días. Entretanto si en los albores del presente siglo el genio de Jacquard invade, por decirlo así, el telar, éste queda ya hecho hermosamente; si Fulton halla el vapor dando á los navegantes trasatlánticos alas de fuego, el vapor á que se aplica recorre ya el Océano; si Krupp perfecciona los disparos del cañon, hacia siglos ya que estaba descu-

bierta la pólvora, vosotros siguiendo así el giro de las invenciones nuevas. Lo nuevo no subsiste sin lo viejo, como sin padre tampoco el hijo.

Segun esto, parece hubiera debido el mundo moral proceder adelante, y no interrumpirse para mudar en otro su curso y en otra tambien su vida. Era docto, literato, artista é inventor; algo conociase de la política, de la libertad y del progreso: bastaba que se refinara su esplendor y que tendiese á la realizacion de la cultura, sin maldecir al pasado y querer crear la vida nueva de las naciones.

Empero la economía política, saltando á su cuello, asordó sus orejas, diciéndole que nos hallamos en era de la libertad y de la renovacion social. Mas ciertamente apartándose de Cristo y de la Iglesia, socavando como lo hace los fundamentos de nuestra sociedad, oscila todo, todo se muda, todo se debe ordenar nuevamente ó establecer de golpe: el mundo, que no puede seguir así, siente y patentiza tambien la necesidad del arreglo, sin poder hallar el modo de conseguirlo.

¿Es feliz por consecuencia el presente siglo?

Nuestra parte primera, en cuanto depende de ella, declara resuelto el problema. No es feliz el presente siglo, porque muestra que sufre grandes necesidades al ser económico apasionadamente.

No es que yo juzgue razonar de cosa no escuchada, comparando de nuevo la economía pública con la privada. He advertido ya que se diferencia la una de la otra, lo cual es demasiado evidente para que se necesiten discusiones.

Puede, con todo, ser útil renovar la comparacion aquélla; para mí la utilidad está en que si miro de nuevo la economía privada y la doméstica, segun lo hacian nuestros excelentes antepasados, se nos presenta hermosa con una propiedad moral que falta miseramente á la gran economía de nuestro siglo.

Fué la economía entre nuestros antepasados reglamento y orden de la casa; ciertamente, y lo confirma la definicion dada por nosotros. De todas maneras no fué ley suprema ó autónoma, como si se levantase con virtud propia á fin de informar la familia; fué por el contrario una ley, que de otra ley más profunda y más general emanaba. En los tiempos cristianos se habia puesto en las casas y entre los domésticos á reinar el temor de Dios; la ley natural se reforzaba con la religiosa, como una y otra contrabalanceaban la civil; nació en su virtud el ordenamiento de la familia: ordenamiento de autoridad, de obediencia, de respeto y de amor, donde la inspiracion, la más venerable guia y la salvaguardia de la existencia se conseguían de Dios y del Evangelio. Fruto y enlace de tal sistema doméstico era en nuestros padres la economía.

Servios de la historia: considerad realmente la economía, cuando sufría insidia de las pasiones humanas: en la ley religiosa y en el espíritu evangélico hallaba su propio escudo. Consideradla desde aquí en poder de los avaros, compélida al papel de tacaño cruelísimo, é impelida luego en manos de los pródigos al lujo desmesurado, á las fiestas y á los derroches: una severa voz generalmente surgía en el seno de la familia, yendo del exterior la boca del cristianismo para reprobar los excesos: en nombre de Dios y con la universal reprobacion de los creyentes, las dos malditas tendencias de la prodigalidad y de la sordidez iban envueltas en la maldicion. Refrenábanse con esto.

¿Quién si no, desde los albores de la era vulgar, condenó con más nervio, en los hombres imitadores, las asiáticas molicias de los Alcibiades, las soberbias pompas de los Lúculos, las glotonerías de los Apicios, las desvergonzadas acciones femeninas de los Césares y de los Senadores romanos? ¿Quién, señores míos? El cristianismo. ¿Quién al propio tiempo proscribió la sordidez? ¿Quién la llamó públicamente una *idolatría*, y puso los medios con ahinco para proscribirla? San Pablo, mejor que Salustio primero, y que Juvenal más tarde: San Pablo eficazmente la proscribió, estando con él toda la Iglesia y el cristianismo.

Preservada generalmente de las mentiras y de los vicios, la economía en tiempo de nuestros mayores pudo hacer bien á la familia, y mediante la familia contribuir á la felicidad del mundo.

Diversos principios y efectos diferentes hallamos si de la economía pública se discurre.

Este ramo del saber que tantos otros y tantas ciencias incorporó á sí, todavía incorporándolas; esta reciente é inmensa enciclopedia ha hecho un descarte, sin embargo: cortó, cual hojas parásitas, las doctrinas y las influencias religiosas, de las que nada quiso saber, pensando lo siguiente: «Yo basto para regir la tierra.» Proferida la frase, los vulgares, á una con los clásicos profesores, los discípulos, las acólitos, los dependientes y los aficionados á la escuela económica, se inclinaron y añadieron: «A fe que somos bastantes para regir la tierra.»

¿Es verídica la economía pública?

Yo sostengo que no: el excesivo ardor hizo perder á la economía el juicio y movió su lengua también á decir despropósitos. Me pongo á desenvolver el segundo lado del problema y os digo: Nuestra edad, por ser económica apasionadamente, no se puede juzgar feliz, porque fácilmente se llena de mortíferos errores.

Cuando poco antes os aseguraba que la economía pública es tumultuosa é incierta; que como Penélope hace y deshace su tela, y como

Sísifo sube y baja su peña sin provecho, viéndose siempre precisado á comenzar de nuevo, profería yo una verdad, pero no la probaba. Ahora bien; conviene saber que á término tan malo es impelida, porque muchísimos economistas se agolpan á su alrededor y la exageran, hallándose privados de un estable fundamento, siendo racionalmente ciegos, que guían á otros ciegos ó extraviados.

¡Cuántos errores, señores míos, y cuántas mentales confusiones de los economistas! ¡Nuestra edad queda muy aturdida y engañada! Pásemos un poco de revista.

¡Qué pasa con las leyes «superinteligibles» comunmente admitidas, á las cuales se ha dado el epíteto de *providenciales*, viniendo á ser moderadoras del hombre? ¡Nos inducen al mal ó al bien?

Estas leyes (responden en coro muchos economistas), precipitan la sociedad hácia el mal. En su virtud quieren unos destruirlas y otros ponerles un dique. Aun Federico Bastiat, uno de los más ingénuos, hace decir á los católicos: «Las grandes leyes providenciales precipitan la sociedad hácia el mal; resignémonos» (1). Mas él no se resigna.

¡Nada más falso, ni más espantable! El mal moral existe sobre la tierra, reproduciéndose de generacion en generacion; mas saca su origen del hombre que abusó en un principio de la libertad, y de continuo abusa de ella; no depende de Dios el mal. Ciertamente lo permite para no aniquilar la naturaleza humana; mas, si lo permite, lo somete á sus fines santísimos en el gobierno del mundo. Esta, por lo tanto, es la opinion verdadera. Las grandes leyes *providenciales* no precipitan la sociedad hácia el mal, sino que la dirigen al bien. Los economistas, entendiéndolo al revés, mienten.

Vamos adelante. ¿En qué consiste el capital, y qué cosa es el valor? ¿Qué nos enseñan en esto los economistas?

No pocos cambian el uno con el otro. Sin embargo, el valor es una eualidad variable del capital, con el que despues de todo no se compenetra; significa una cosa más compuesta, y por consiguiente ménos ámplia, porque cuanto por sí mismo es útil materialmente puede considerarse capital, mientras no todo lo que valor importa puede ser capital. La fatiga, por ejemplo, ó el arte, de donde brota el valor intrínseco de una cosa, no serán bien llamados capital, ni riqueza, exactamente hablando.

En suma, ¿qué cosa es el capital?

Para unos es sólo el dinero que sirve para la reproduccion; toma el nombre de capital, para contraponerlo á los frutos que trafican-

(1) F. Bastiat. *Harmonies économiques. A la Jeunesse Française.*

do se sacan con él; para otros, por el contrario, que no admiten una definicion tan tirana, el capital abraza la parte aquella del valor que á la reproduccion empléase; otros más generosos aún, llaman capital con generalísima voz á todo el haber de una persona ó de una sociedad: «numerario, materia prima, tierra, instrumentos» ú otros semejantes.

Coquelin, relativamente al capital, deplora como una desgracia de familia, la significacion equívoca del vocablo que traen varios autores (1). Empero más que desventura de familia, la confusion que reina en esto entre los economistas, es una vergüenza de la ciencia y un daño público. El capital es ahora la máquina que al mundo mueve: y vosotros, que os privásteis del cielo á fin de poseer sólo la tierra, ¿venís á las manos hoy y os mordeis al definirlo?

Apresurémonos. ¿Qué piensan los economistas de los aristócratas y de los mayorazgos?

Muchos gritan: «Destruyámoslos y póngase al mismo nivel el mundo social.» Cosa muy fácil de proponer y de eir; mas el vapor que para obrar sus prodigios en los caminos de hierro quiere tener igualmente al nivel el mundo físico, deja estar los montes, contento de perforarlos á su gusto, sin hacerlos desaparecer con daño de la geografía. Muchos otros, por el contrario, exclaman con Tocqueville: «Si admitimos el derecho de primogenitura, tendremos una aristocracia demasiado restringida; si no lo admitimos, tendremos la division de la tierra, que resultará infructífera.

Nos hallamos entre una perplejidad y una rígida negacion. Nos metemos en tal punto, porque de la mente de los economistas brotó el concepto del órden universal, no teniendo ya delante de los ojos ningun modelo de superior «creativo» ó divino.

Procediendo con semejante estilo crítico, no podemos abrir los libros de los economistas ni mirarlos apenas, sin intrincarnos en confusiones, afanes é inconvenientes gravísimos. Pondremos en evidencia los principales y los más infandos en las conferencias siguientes; por ahora notamos que la generalidad de tales preceptores nos conducen lógicamente al mal absoluto. Por ejemplo, las leyes del cambio, segun son entendidas por muchísimos, y segun las entiende Godwen, impelen por fuerza la humanidad á la injusticia: las leyes de la renta, segun las encontramos desenvueltas en la teoría de Ricardo, llevan á la desigualdad envidiosa y progresiva; las leyes de la poblacion, segun la propuesta de Malthus, conducen á la miseria; las leyes de la herencia,

---

(1) Coquelin en el artículo *Capital*, inserto en el *Dictionnaire d'Economie politique*.

si nos atenemos á Tocqueville y á sus compañeros, hacen necesaria la esterilidad; con el principio de la «atraccion» de Fourier, caemos en la fatalidad; con la doctrina «del amor y del instinto» anunciado por Michelet, llegamos á la degradacion moral: «con la gran fuerza de iniciativa» atribuida por Luis Blanc al Estado, caemos en la tiranía de los Gobiernos.

¡Ah! Los economistas, con tanta ligereza independientes de la doctrina religiosa, y atestados así de errores con facilidad tanta, echan á perder la economía, la cual, trasformada en ciencia errada y mentida, trastorna la sociedad civil. ¿Es acaso feliz nuestra edad por ser económica apasionadamente?

Observarán algunos que nosotros, ateniéndonos á los economistas y juzgando de la ciencia por sus defensores, no damos una matemática demostracion. La ciencia subsiste por sí, no debiendo dar cuenta de lo que dicen otros en su nombre néciamente. Fuera de que si algunos de los economistas caen en el error, mueven otros á redargüirles. De lo cual tenemos pruebas elocuentes. Sismondi, entre otros, y Rossi, ¡cuántas inhumanidades corrigen en Malthus y en muchos de sus predecesores!

Aprecio el juicio de tales hombres distinguidos, y procuro incontinenti prescindir pronto de los cultores de la ciencia para tratar directamente de la misma. De todas maneras no debo ni puedo considerar solitariamente la misma ciencia, es decir, por sí misma y aisladamente, cuando mi cometido es observarla, por el contrario, segun los economistas la hicieron. Ahora bien; si modero algo el tono, no me corresponde de ninguna manera mudar la proposicion del discurso; subsisten los dislates y las pestilencias en la escuela económica; si bien ante todo son personales, se trasforman en doctrinales é históricas, por lo que nuestra sociedad viene á ser más infeliz que nunca.

Scipion Pinel, marcando la distribucion de las facultades y de las afecciones humanas, distingue en dos órdenes las más eminentes: las pasiones «cerebrales» y las que denomina «viscerales.»

Con vuestro permiso, hallo que dañados están el cerebro y las entrañas de la economía pública.

Su fiera exorbitancia de cerebro está en que piensa ser la cosa más relevante del mundo: la primera ciencia, la primera cuestion, el primer problema, el primer interés, la primera necesidad, el primer desenvolvimiento de vida para los Estados y para las naciones. Creo hacer hablar á la ciencia misma, recordándoos las palabras que un hombre famoso, Camilo de Cavour, profería intrépidamente: «Los mayores problemas que está llamada nuestra edad á resolver, no son ya los

problemas políticos, sino los sociales; sobre las cuestiones referentes á las varias formas de gobierno, dominan mucho las concernientes al ordenamiento económico de la sociedad (1).» La economía, señores, está precisamente persuadida de esto: tan persuadida está de que delante de ella todo en la sociedad deja de tener precio é importancia, que no admite ni tolera parangones; si, como nos advierten, no pocas ciencias resume é incorpora, hácelo, no tanto para ser iluminada y sostenida, como para poder dominar en aquellas; deprimiendo en su ser á las otras ciencias, hácelas económicas, es decir, sus hechuras, sus tributarias y sus esclavas. César decía claramente que no se contentaba con ser el segundo en Roma; Ciceron, por sus pensamientos y por sus palabras vanidoso hasta el punto de parecer ingenuo, exhortó á su amigo Luceio á escribir la historia de su magnífico consulado. La economía pública, que tiene la mácula de César y que ni siquiera la esconde, invita á las ciencias tributarias y siervas; insta mucho á la cortesana de la literatura para que redacte los fastos de sus obras magníficas.

No me doy como cristiano y ascético á lamentar el vilipendio de la humildad, sino que, como simple razonador, digo: ¿No gozará en adelante de vida propia la metafísica, que ocupa el más alto sitio en el espíritu, y marca la ley de las ideas? ¿Es subyugada ó puesta aparte? ¿Es asimismo desdeñada ó engullida bárbaramente la ética, la reguladora de los afectos, la doctrina de las costumbres y la que hace florecer la pública moralidad? ¿No se tiene para ninguna cosa en cuenta? ¿Para nada se tienen tampoco en cuenta, como ciencias y virtudes, en cuanto son soberanas motoras del hombre, la probidad, la justicia, la templanza, la legislación, la magistratura y la religion, que debe ir á la cabeza y á la cola de las demás? Diversas como lo son y lo serán siempre de la economía por su naturaleza, ¿deberán desaparecer del siglo, oprimidas por la servidumbre, ó relegadas en la soledad? ¡Oh edad mía del incesante progreso, de las industrias, del tráfico, de las artes, de las audaces empresas, y de las frenéticas reivindicaciones de los pueblos libres! ¡Edad mía muy amada y vendida! ¡Ve á qué tiranía tan in noble doblas la frente, y qué triste destino me preparas á mí, tu hijo!

El hecho es que la sociedad humana no puede seguir adelante recomendada á las fuerzas únicas de la economía, por vastas que sean: para regir y guiar á las sociedades, otros jefes y otros operarios se requieren muy distintos de los económicos. Contemplémonos, por decirlo así, en la historia del mundo. ¿Por ventura conquistó Alejandro Magno tierras inmensas y fundó el reino de Grecia en Asia con las

---

(1) C. Cavour. *Opere politico-economiche*. Disp. II.

doctrinas y las prescripciones económicas? ¿Resolvió acaso Julio César con la escuadra económica el gran pleito entre la república y la monarquía? ¿Llevaba el *Lábaro* de Constantino por ventura el lema de la escuela económica? ¿Estaban acaso esculpidas en él las tres solemnes palabras: «trabajo, ahorro y riqueza!» ¿No fulguraba en él por el contrario el signo de la cruz? ¿Por ventura Carlomagno logró que los pueblos siguieran en pos del carro de sus victorias, y empuñó el cetro de varias naciones armado con las razones económicas? Carlos V, del cual cantó un gran poeta: «Con vuelo sin segundo, á cubrir con sus alas llegó el mundo,» ¿caminó acaso á fuerza de disputas económicas? ¿Consideráis acaso economista á Napoleon, que desde la isla se levantó gigante, haciendo y derribando monarcas? Señores, los muy grandes y muy estu-  
pendos hombres, que valieron por sí solos una entera generacion, que cambiaron el curso civil de la humanidad, que abrieron nuevas épocas y que legaron su nombre á la inmortalidad, ¿no pusieron acaso sus pies en las huellas marcadas *ab eterno* por Dios, á saber, las huellas de la verdad social y de la verdad religiosa?

Empero la presente sociedad está enferma y tiene manías: ha menester de medicina para realizar una grandiosa renovacion suya.

¿Acaso estaban sanas las sociedades antiguas? Los hombres extraordinarios que con la verdad social y la verdad religiosa se metieron en ellas para ser sus caudillos supremos, ¿no las trasformaron? ¿No las trajeron, sin disputas económicas, del abismo á la gloria?

Si está enferma la sociedad actual, y si tiende á la renovacion, vana-  
mente aguardais vosotros curarla con las reformas económicas. Sí; soy el primero en confesarlo: grandes y terribles necesidades tenemos; mas donde vosotros, procediendo económicamente, apenas conseguís remediar algunas de sus más pequeñas y más vulgares necesidades, dejais sin tocar las necesidades que manan sangre. A la verdad, nosotros, hombres del siglo XIX, necesitamos que los jóvenes sean reprimidos, que las doncellas sean humildes, que las esposas sean fieles, que los padres sean juiciosos y que los criados sean amables; ¿cómo nos dais, economistas, estas morales dotes que fácilmente faltan? Necesitamos que los Ministros del Estado sean íntegros; que los legisladores sean hombres de juicio y de conciencia; que los tribunales sean rectos é imparciales; que los soldados sean abnegados y magnánimos; que los traficantes sean justos; que las plebes sean templadas, y que los que sufren sean pacientes; ¿cómo venís vosotros, economistas, á consolarnos proporcionándonos tales bienes con vuestros cómputos, con vuestras cifras, y con vuestras proposiciones de ventajas dobles, que se desvanecen luego en el vacío?

Varios de los honestos exclaman: Tenemos encima el socialismo, que nos amenaza con una disolucion total: surja y florezca la economía.

¡Cuánta ceguedad! ¡Alegar la economía pobre de nuestro siglo como remedio contra la llaga del socialismo! El socialismo, señores, es una secta económica, y nace de la economía, como nace de la víbora el viborezno. Empero cortemos la bestial comparacion. Alegar el socialismo contra la economía, equivale á citar á Agripina contra Neron y á Soemias contra Eliogábalo: las dos madres ambiciosas que pusieron en el trono á dos mónstruos. El socialismo no se combate con la economía, sino con armas de otro corte y mucho más poderosas: dirigirse á la economía en tal parte, considerándola segun es al presente, vale tanto como dar al mónstruo nuevo la victoria. Así lo aseguraba un gran político y un gran diplomático: «Discutid las cuestiones económicas y dad á ellas el primer lugar; aseguro yo que trascurridos dos años tendreis en el Parlamento y en las calles todas las cuestiones socialistas (1).» Aquel sagacísimo estaba en lo cierto.

Hé aquí la pasion cerebral que hiere á la economía; se reputa la cosa más importante del mundo; es la ciencia madre y la sangre de nuestra constitucion social; lo que no es ella, señores, es cosa digna de ser barrida y fango. Hé aquí por qué nuestra edad, á consecuencia de ser económica apasionadamente, resulta victima de homicidas errores y viene á ser infeliz.

Existe la segunda pasion, por la cual atormentase la economía: pasion, ó, si más os gusta, enfermedad de las vísceras.

Os revelo una ignominia nuestra; mas esta ignominia es una verdad: la economía pública es materialista. No podia ser diversamente. Postergadas con el repudio del cristianismo todas las ideas grandes, todas las ideas sublimes, todas las más bellas ideas morales y purificadoras, debía caer en el cieno necesariamente: como los ángeles del inglés poeta Moore que, dejando de mirar el cielo, pusieron sobre la tierra sus férvidos amores, esta mundanal amante, esta proscrita de la existencia eterna, es decir, la economía, quiso en el mundo hacer consistir su vida, su paraíso y su beatitud. Ahora bien; el siglo que la rodea y en el cual se confina, es materia; por consecuencia la economía sólo puede ser cosa material. Enardecíame yo para demostraros que no es capaz la economía pública de curarnos, porque carece de vigor moral y regenerador: mirad aquí por añadidura esta propiedad suya novísima que nos ahoga. ¡Qué solemne médico!

Nosotros, apasionadamente económicos, ¿somos felices?

---

(1) Donoso Cortés en el Parlamento de Madrid el 20 enero de 1850.

Deploramos que tan altamente presuma de sí una disciplina ó un arte, que, sin pensarlo, reduce los hombres á máquina, convirtiendo la sociedad en inmenso laboratorio. Todos en este laboratorio nos fatigamos con el cerebro, con los pies, con las manos y con los brazos: mas son los estremecimientos y las oscilaciones de la materia. Gritamos en este laboratorio, hablamos, escribimos, hacemos obras diversas extrañas, y aún frecuentemente lloramos; mas son los ecos que repercuten en el seno de la materia. Tal es el concepto social que de los estudios, de los conatos y de los frutos de la economía pública viene á nosotros; Melchor Gioia tiene razon cuando, para establecer nuestra sociedad civil, propone «tablas, en las que bajo siete categorías, se deberían colocar todos los hechos y todos los objetos de la sociedad (1).» Siendo así, no veo cómo la economía merecería el nombre de ciencia verdaderamente, porque no concibo una ciencia sin que tenga su parte ideal, especulativa y moral: no concibo una ciencia, que olvida los primeros principios ateniéndose á los fenómenos. Empero yo me corrijo: la economía pública es ciencia por tratar de los fenómenos de la materia social.

¿Somos felices?

Responderé mejor á esto, no bien oiga yo á qué dios se inclina el siglo XIX.

¿Cuál es, señores, el dios de mi siglo?

¿Es acaso la gloria? Únicamente algunos generosos inflaman con ella su pecho. El ánsia de la gloria existe sin duda en el mundo; ella, con todo, no es el dios; las plebes yacen al ver este nombre. ¿Es acaso la ciencia? Distingamos; no niego que lo es la ciencia mecánica; mas niego que sea la metafísica. Quiere decir que para nuestro dios tendremos en tal caso una esclava, y no la reina. ¿Es acaso el dios de mi siglo la virtud? ¿Qué virtud? ¿Acaso la templanza y la sobriedad? ¡Hablamos de sobriedad embellecidos, adornados, peinados y pintados segun el figurín? ¿La fortaleza del ánimo en el insulto y en la desventura? ¿Acaso no abundan extraordinariamente los duelos y los suicidios? ¿Existe acaso el pudor? Tapémonos la frente con las manos. ¿Acaso el dios de mi siglo es la patria y la libertad? Quisiera decirlo por escuchar los encendidos elogios; mas cuando veo qué cosa se hace de la patria y á qué precio se compra la libertad, no sé repetir estos augustos nombres para caracterizar el dios del siglo XIX.

¿Cuál es, señores, por consecuencia, el dios que adoran mis contemporáneos?

Es un dios semejante á la deidad mitológica que se llamaba Jano, de

(1) M. Gioia. *Filosofia della statistica*.

dos rostros. Mis contemporáneos adoran el dinero y los placeres; mas como sin dinero los mismos placeres faltan, y no se pueden conseguir, los placeres nos llevan de rechazo á la cruel agonía del dinero. En las ruinas de Pompeya se descubrió en 1862 la casa de un opulento romano, sepultada bajo las cenizas del Vesubio, en cuyo umbral aquel romano escrito había esta frase de vergonzosa elocuencia: *Salve, lucro*. Descubramos los oscuros fondos de nuestra sociedad, y abramos nuestra catacumba social: ¿qué hallamos en ella escrito? *Salve, lucro*: yo te adoro, dinero. Es la pasión, por la que arden las vísceras de la pública economía.

¿Somos felices?

No, resueltamente no, porque ¿puede acaso existir felicidad sin grandeza real? Pues bien; presupuesto el dios del dinero y su servidumbre, que nos inspira en el pecho la economía, y en la que á todos nos educa, extingüese la grandeza real.

Juan Domingo Romagnosi, aún siendo tan honrado y respetable, moja en el «sensismo» la pluma y escribe: «La causa única, universal é invariable de las voliciones... es el interés» (1). Ha bosquejado exactamente á los hombres de nuestra edad. Sólo que, señores míos, una vez admitido que las voluntades humanas sólo se mueven por el interés, los ánimos se debilitan y dejo de hallarlos muy grandes. Enalteceis la caridad pública, abris hospicios y albergais mendigos. Empero digo yo con Romagnosi: el interés os mueve, parecéis filántropos, y sois egoístas. Subís á la cátedra y enseñáis como profesores; vais como diputados al Parlamento y defendeis los derechos del pueblo; mas os digo con Romagnosi: el interés os mueve; parecéis cuando habláis personajes ilustres, y os reunís con los mercenarios.

¿Somos felices?

No, otra vez no, si hacemos consistir la felicidad en las intemperantes pasiones, y hasta en los delirios que nos producen la miseria.

Impelidos á la locura del enriquecer, los hombres de la edad presente renegaron hace tiempo con el afecto de aquella *áurea medianía*, que cantaba el poeta Horacio: tienen diez y quieren ciento; logran ciento y quieren mil; é id, señores, vosotros adelante. Además hoy se ha hecho el flamante descubrimiento económico de la que llaman poco elegantemente «Bolsa»; á esta se añaden otras creaciones económicas, á las que con igual carencia de elegancia denominan «Bancos», dejados abrir á los hombres de nuestra edad. La «Bolsa» es su templo y los «Bancos» la palestra.

(1) J. D. Romagnosi: *Genesis del diritto penale*; tom. III, pág. 446.

Samuel Smiles y los escritorillos sus imitadores nos recitan la apología del «no contentarse nunca». No contentarse nunca (escriben) es un estímulo para noble y grande progreso: tal principio y tal hecho añadió la imprenta á la escritura; el telégrafo de Morse al de Chappe, la máquina de Newcomen á la de Papin, el telescopio de Herschell y de Rosse al anteojo de Galilei. Exactísimo, si significa esto aquel poder del humano espíritu, que salta y vibra siempre hasta que á la perfeccion llega; mas si no contentarse nunca significa codicia y ambicion, es un principio y un hecho que, adulterando las fuerzas del hombre y exagerándolas, las hace inútiles. No contentarse nunca conduce Carlos V al convento de San Justo, Carlos XII á Pultawa, la revolucion francesa al Noventa y tres, Napoleon I á Santa Elena y Napoleon III al castillo de Wilhelmsloe. Por lo que hace al comercio y al dinero, no contentarse nunca conduce fácilmente á la ruina. La «Bolsa,» en la cual repercuten los reveses de la sociedad política, da de improviso un golpe mortal á las fortunas de muchísimos ciudadanos: es un templo, en el que adórase un dios de mal genio y caprichoso. Cosas peores hallais en las nuevas y ruidosas palestras de los ciudadanos industriosos, los «Bancos.» Estos arruinan. Habian sido erigidos por la codicia y en ella descansaban; sin mirar demasiado sutilmente en materia de doctrina, decian: «Venid; de vuestro seno brotará la vena de los tesoros de Midas.» Los ansiosos acudieron formando más un ejército que un grupo. Todos buscamos oro, y todos respiramos oro: todos queremos ser Midas y Cresos. ¿Y bien? ¡Qué furia! ¡Qué caída! Erais suficientemente ricos, y conseguian todo bien de Dios: ahora padre, madre é hijos, cual prófugos en país extranjero, gimen en la indignencia y en la vergüenza.

¿Somos felices?

Una vez más no.

¿Dónde dejais estar las morales necesidades y los derechos del espíritu? ¿Acaso no somos en el mundo sino aritmética y cálculo? ¿No amamos hoy ni podemos amar, sino los «secreters,» las cajas, los cofres y lo material? ¿No sentís latir con otro sonido en vuestro corazon las fibras que con mayor ímpetu y ternura suspiran por la felicidad? ¡Destruireis vosotros esta?

Isabel es una jóven tan recientemente casada, que áun puede ser llamada esposa; mas en ella no se vé lo que se admira y se celebra en las esposas. No tiene entusiasmo, ni alegría, ni ánsia de parecer bien. Es, por el contrario, meditabunda, taciturna, silenciosa y triste; su guirnalda de bodas está en el salon, pero no bajo un fanal, sino pendiente de la pared, á disposicion del polvo, sin adornos y olvidada. Es

tanta, con todo, en la mujer la reserva de sus modales y palabras, que vanamente intentarían robar á su boca el secreto de la melancolía: se atormenta y calla. Habita un suntuoso castillo en Perusa; su marido va y vuelve de la ciudad; la gente del país ve como se agita el esposo y apenas hace caso de la consorte, ignorando lo que le pasa.

Sin embargo una insólita coyuntura impele á la esposa á lo que en las costumbres de la vida no haría la mujer de ningún modo: revela su dolor y habla.

Aliprando, tío materno de Isabel, que suele vivir lejos, viene á llamar á la puerta del castillo; supo que ya era esposa y, vuelto á su patrio, deseó saludarla.

Una vez dentro, hechos los amorosos saludos convenientes y dado el abrazo, se retira y permanece de pie, pensativo, fijando su mirada en la faz de su sobrina, porque la vió entristecerse, sollozar y no admitir las felicitaciones.

«Hace mucho tiempo, dice Aliprando, que no te veía; vengo á fin de cumplimentar á la esposa, ¿y te deshaces de pena?»

«Siéntese, buen tío, exclama Isabel. Siéntese.» Así hablando llora. «No sé (dice prosiguiendo) si verle aquí por último, me enternece.» «Además (sigue diciendo) es usted libre, al paso que yo me hallo encadenada.»

«¿Qué lenguaje es este? pregunta el tío, ocupando el sofá y haciendo sentar á Isabel cerca de sí. ¿Qué lenguaje es el tuyo? ¿Me hablas de cadenas, tú, afortunadísima esposa? Aquí hay un misterio. Cuéntame.

«Asunto largo é infeliz,» responde Isabel. Dejemos para otro instante...»

«No, no, dice Aliprando... precisamente ahora. Entretanto yo descansaré: tú cuenta.»

«¿Lo quiere usted? Obedezco. Mi señor marido se ha marchado á la ciudad, y podré hablar muy á mis anchas.»

Después de alguna pausa para recoger las fuerzas del corazón exultado, Isabel principia:

«Apenas hace dos años ó tres, yo ignorante de todo y no pensando en nada, vislumbré que mi alma se abría de improviso á la ternura: la edad férvida, la sangre hirviente, y una indefinible ansia de infundir mi sér en otros, me dieron súbitamente aquel golpe. Había empero una mano que lo lanzaba. No lo advertí al pronto; pero aquella mano existía y la reconocí. Estaba yo pues preparada, y supo cogerme á punto. Era un jóven de veinte y cinco años, modesto, laborioso y honrado, nada incrédulo en materias de religion, más bien piadoso y de fortuna igual á la nuestra; Carlos... Su padre y su hermano advir-

tieron nuestro amor y no lo condenaron: la cosa fué adelante: Carlos, amigo de mi hermano, subió á nuestra casa, y, presente mi padre, me visitó. No se indicó nada, limitándose todo á cumplimientos; mas nuestros dos corazones, decían: Si no es hoy, será mañana.

»¡Mañana! ¡Oh mujer abandonada! Mi padre se pone brusco y serio; Carlos desaparece y nada se sabe de su persona, como si no viviese ya en el siglo. Un día me dice mi padre: Esta noche nos marcharemos al campo. Aquella palabra fué para mí un rayo: él la pronunció como fulminándola: quedé yo aterrada, sin osar hacer preguntas, ni oponerme. Vino la noche, y subimos al coche. Al ascender, un jóven ardido, rubio y con muchos anillos, hermoso cual un pequeño Rafael, arrojó sobre mi falda un billete. Lo tomo, y el jóven me dice al oído: Silencio. Estoy aquí: el padre no ha notado nada. Se parte.»

«¡Considérelo! Con aquella carta en la mano que tenía escondida entre los pliegues de mi vestido, no podía tener paz: corría el coche y devoraba con el espíritu el término de mi viaje. Empero llegados á orillas del Tiber, cuando anocheceía por un camino lleno de piedras y cascajos, el coche principió á ir despacio, produciendo un ruido monótono: entonces, hallándome yo en la mayor excitacion, se me presentó una coyuntura favorable. Mi padre dormitaba, y la luna resplandecía bellísimamente: saqué la cabeza fuera del ventanillo, y abrí la carta procurando ahincadamente leerla. Me pareció leer y leí ciertamente las palabras estas: *Señorita Isabel muy amada; deberé no verla nuevamente...* Recorro la carta con la vista, encontrando al fin con caracteres redondos y gruesos el nombre de—Carlos.—Me sobrecogí, profiriendo un grito ó un rugido. Habiéndose despertado mi padre, pregunta:—*¿Qué ha sido?* Envuélvome yo toda en mi largo chal, cierro mi boca con el pañuelo, y calló. Volvió á las interrogaciones mi padre y permanecí muda; entró en deseos de hablar, y siguió mi silencio.»

«Descendimos en la villa. Aquel sitio que desde niña tanto amé, siendo para mí como un sueño de poesía, entonces fué una desolacion: vislumbraba que mi vida quedado había en Perusa y en el campo sentíame morir. Mi padre ¡cosa extraña! estuvo conmigo: había puesto el timon de sus asuntos en manos de su hermano, y quiso seguir en el campo. Un señor principió á venir á casa. Imagine un viejo alto, seco, sin caderas, ni vientre, con la nariz encrespada y caída; los ojos saltones; cabellos contados y blancos. Sin embargo, aunque pocos y viejos, ungidos y vueltos á ungir con aceite, porque aquel viejo señor quería echarlas de jóven. Era un gran rico y un conde. Mi padre se deshacía en elogios de su persona y en cumplimientos; presentábame á él, incitándome á que procurara yo agradarle. ¡Se lo debo decir sin

más? Aquel rico, aquel conde, aquel viejo señor por mí odiadísimo, es mi esposo.»

Al afirmar tales cosas, Isabel se siente desfallecer, y pierde casi el uso de los sentidos; la sostiene Aliprando, que quiere conocer del todo la relación incompleta. Así continúa ella:

«Cuando me opuse á la manifiesta voluntad de mi padre: Necia, me dijo gritando, ¿qué puedes hallar desagradable tú en el conde Próspero? Vale más el pinche de su cocina que tu joven Carlos, el cual tiene todas las apariencias de un hombre tronado. Vendrás á ser una gran dama: serás condesa y darás lustre á nuestra familia: serán indispensables las magnificencias, los honores y las alegrías... ¡Oh! ¿Por qué Dios me quitó la madre tan pronto? ¿Por qué usted, mi óptimo tío, no estuvo cerca de mí? Hubiera servido de escudo para una débil; entre mi persona y el viejo señor se hubiese alzado un muro para defenderme. Vencida quedé por la fuerza, y fui trofeo miserando de la riqueza: café. El viejo señor conde Próspero es mi marido. Hé aquí las cadenas mías.»

«¿Cuánta pena me da oír que eres tan infeliz! dijo entonces Aliprando! Ahora las cadenas están forjadas de veras. Con todo, ¿no sabrias en el conde Próspero hallar algo á fin de mitigar tu angustia aficionándote á él?»

«¿Aficionarme á él? añadió Isabel. Su primera calidad es la de ser rico, y la segunda la de ser muy ambicioso: no hallo una tercera. Ni siquiera sabe amar el viejo, bastándole hacerse ver con una joven esposa al lado. Cuando, despues del matrimonio, vine á este castillo de patricios, me dejó plantada todo el día enteramente sola; marchó para sus asuntos en compañía de los campesinos y de los arrendatarios. Por la mañana, muy temprano, sobre la torre del castillo, sentí gemir y lamentarse á las palomas. Tuve ganas de llorar, descendí de mi lecho, me arrodillé con la cabeza apoyada y las manos extendidas sobre la colcha, y dije casi orando:—¡Oh palomas! ¿Por qué llorais? Llorad por mí, abandonada. ¡Ah! Vosotras sois piadosas, porque haceis eco á mi llanto, y me acompañais. ¡Llorad, llorad, palomas!»

«Por su manía ya mencionada de figurar teniendo á su lado una jovencita, me llevó un día al lago Trasimeno, donde habia mucha gente vestida con lujo, y barqueros dedicados á la pesca. Las velas hinchadas por el fuerte viento, é impelidas por remeros robustos, volaban, recorriendo los más dulces senos de la orilla: él charlaba mucho sin acordarse de mí. Nos detuvimos, y fueron echadas las redes, en las cuales cayeron peces, habiéndomelos presentado todos los pescadores; él no se dignó decirme nada: conversaba siempre con los demás, siendo mudo

para mí. Había oído yo decir que los peces eran mudos, y lo creí; ahora bien; un pez, sacado entonces del lago, se deslizó, haciendo resonar el aire con sus gritos. Era más elocuente que mi señor marido, ó mejor dicho, aquel pez puso, por decirlo así, de realce los gritos de mi alma.»

«Llegada la estación de las carnestolendas y de las farsas populares, fuimos al carnaval de Venecia, siendo el único gran viaje á que me condujo. Recuerdo bien su inadvertencia, pareciéndome verle aún colocado allí en la ribera de los *Schiavoni* y en la extensión despues del Canal Grande, dejarme como cosa muerta á su lado: allí, al ver cómo las góndolas se deslizaban sobre la superficie de las aguas cristalinas, al mirar aquellas máscaras, al oír aquellas palabras ingeniosas ó aquellos dichos picantes, al contemplar á los que parecían moros desternillarse de risa, apostrofar y confabularse con la gente humilde que soltaba la carcajada, recordando cosas antiguas de los Castellanos y de los Nicolotes, cuando más fastuosamente se batallaba entre las bandas bailándose *la forlana*, no tuvo una risa, ni un gesto para mí: jamás una palabra siquiera para su consorte.»

«¿Le parece á usted, buen tío, que puedo aficionarme al conde Próspero? Tanto disto de ello, como de ser feliz de alguna manera. ¡Feliz! Soy rica, soy condesa, vivo en un castillo suntuoso, tengo servidores y pajes. Al parecer de nada carezco: de nada, exceptuando el bien del alma. El oro me ha convertido en una especie de divinidad solitaria: todo es frío á su alrededor y todo está muerto: la tierra no le sonríe, y aun á sus ojos se esconde el cielo.»

«Habiéndose puesto á llorar á lágrima viva al decir esto, añadió últimamente Isabel: «Sepa usted que tiene mi señor marido el tercer carácter moral que no hallaba yo en él. Es un viejo volteriano, sin religion. Estos padres deslumbrados por el resplandor del dinero y la fascinación de la grandeza mundana; estos negociadores de la sangre humana, es decir, de sus hijas, si esperan enriquecerlas, las casarían hasta con un perro. ¿Pero y Dios? ¿Y el corazón y el alma? ¿Y la eternidad? ¿De qué sirve todo esto, si existe la riqueza? Amo á Dios, á quien desde niña me hizo amar mi dulce madre; amo á Jesucristo y amo á la Iglesia; sin creencias eternas no puedo vivir. Tiené mi señor marido en ménos las creencias eternas que sus botas: si me ve con libros devotos, hace muecas y visajes; si menciono sacerdotes, estornuda; si oigo misa y me confieso, él, que casi nunca me dirige la palabra, refunfuña y arma una tremolina, como si el diablo estuviera en casa. ¿Beso mi Crucifijo? Lanza contra mí una maldición. ¡Buen Dios! Si no me consuelo con la cruz de Cristo ¿con qué procuraré consolarme? ¿Acaso me

proporciona el necesario consuelo? Si de mi cuello me quitase la tela que lo cubre, y lo llevase desnudo, estoy segura de que no me faltarían entonces sus melindres ni sus caricias. ¡Oh qué vida tan renegada llevo! ¡Cuánto me cuestan este castillo noble, estos adornos, estos muebles, estas riquezas desmesuradas de que oigo hablar á todos y de las cuales no pruebo casi nada! Nunca tendré yo alegrías serenas: nunca tendré un hombre que me comprenda, y al cual pueda confiar mi espíritu: nunca tendré hijos que sonrían por mí sonrisas. Me quisieron rica, y me hicieron desventurada.»

«En esto el conde Próspero, que habia llegado de la ciudad, se presentó en el umbral de la estancia y se puso á escuchar; oyendo realmente los improprios de su mujer, se lanzó contra ella. Las mejillas de su rostro arden, encontrándose con los reproches del enfurecido Aliprando, surgiendo una de las escenas dramáticas de color fosco y sangriento, para bosquejar la cual sentimos la tentacion de pedir la pluma de Callot y de Crevillon.»

A la pasion cerebral de la economía pública corresponde de todas maneras la visceral. Como en su cabeza está el vacío y el desórden, en sus entrañas está la maldita llama que incendia y destruye. Endosa la economía absolutamente traje de materialista, despepitándose por las ganancias: en las ganancias y en el oro cifra el fin y la suprema necesidad de la vida, matándose al obrar así.

Una nueva y válida solucion halla el problema de nuestra segunda parte. ¿Puede reputarse feliz nuestra edad por ser apasionadamente económica? No puede reputarse feliz, y no lo es, porque con lo dicho fácilmente se llena de mortíferos errores.

---

Raras veces sucede que la economía privada se empeñe tanto en cuestiones abstrusas, dándose, por decirlo así, al equívoco y á la oscuridad que no pueda oportunamente volver al órden y recobrar el terreno perdido. Restringido es el círculo por donde se agita; las fuentes de su patrimonio, la salida de los haberes, el choque, é igualmente la armonía de los intereses, se manifiestan con facilidad; pronto sus partidas son numeradas y sus cuentas se aclaran; lo que ha producido la industria, lo que la parsimonia ha producido ó aumentado, y lo que quitó el vicio ó la mala fortuna, no puede mucho tiempo continuar en la sombra del arcano. Huyen las tinieblas y reaparece la luz. ¿Qué pequeño mortal no será suficiente á regir una pequeña casa?

En su virtud, supongamos, señores, una de las dos cosas siguientes, O hay como jefe de la casa un hombre mentecato, y entonces comprendo

los enredos, las dudas y aún los despilfarros y la ruina; ó la dirige un hombre discreto, en cuyo caso puedo celebrar, como lo hago, la economía privada y la doméstica.

Este hombre discreto, con el trabajo y el estudio, se desembaraça de los obstáculos y desvanece los errores. Si por ventura, apoyándose sólo en los conocimientos terrenales, sufre por esto, saca de otras partes el valor necesario que le falta. Hemos visto que la religión es óptima moderadora de los afectos y de los asuntos. Ahora bien; así como le corresponde corregir prácticamente los modos y las costumbres, así en ella, por ser la ciencia á la cual toca la dirección de las ciencias humanas, halla la potente auxiliadora para cortar con éxito feliz el nudo de las más árduas cuestiones. Bajo la égida de tales fuerzas multiformes y sublimes, la economía privada encaminase al puerto de la prosperidad.

Si es para cortar los litigios y ponerse muy en regla, la economía pública, mirando á los que se dedican á ella, toma mal, malísimo sesgo; aseguramos que, intentando ser ciencia de ordenamiento comun, azota el aire sin acertar una sola vez. A la verdad, aquí no hay un jefe de familia que se dedique á un ténue y limitado oficio; por el contrario, los maestros y los jefes de órden público son innumerables, y atienden á vastísimos asuntos: cada jefe tiene sus puntos de vista especiales, sus teorías y su sistema, queriendo prevalecer sobre sus competidores: bajo los piés de cada jefe y maestro nacen, entretanto, en el violento movimiento de la humanidad puas y espinas, por no decir abismos, de manera que nadie se basta á sí mismo, resultando tanto ménos apto para el bienestar universal. Es una batahola y un desórden en vez de ser una armonía.

Verdad es que la economía política, si se ve obligada también á confesar sus trastornos y sus vacilaciones, no abandona la esperanza del órden y de la concordia. No espera que sus presentes cultores se pongan de acuerdo pronto entre sí; mas tiene confianza en otra cosa: espera que, andando el tiempo, alguno de los muchísimos economistas, despues de tantas indagaciones y de tanto fastidio, encontrará finalmente un *modus vivendi*, una lógica solución al problema de la renovación social. El benéfico descubrimiento se abrirá camino entre los obstáculos y las batallas de los partidos; poco á poco se conseguirá que callen los que pleitean: entrará el órden de los hechos, venciendo las ociosas y malas teorías. Entonces vendrá el día de cantar el himno de la vida y de la paz: todos, pues, pueblos y gobiernos, entraremos en el contrastado Eden, del cual fuimos arrojados.

¿Tiene razón para esperar esto la economía pública? ¿Ella que blaso-

na generalmente de incrédula y que no recurre á Dios? ¿Tiene razon para prometerse la resolucion definitiva de la cuestion social?

No lo creo, señores míos: no encuentro por este lado feliz á nuestra edad, la cual, por ser económica tan apasionadamente como la vemos, se condena más bien por sí misma á perpétua contradiccion.

Para conocer si puede nunca quitar ó no la contradiccion económica, es preciso ante todo conocer de qué manera nació.

Hay, señores, dos economías sobre la tierra. Las llamo con este nombre, porque ambas parten de principios, y entrambas sacan de los principios una encadenada serie de raiocinios y hechos, brotando consecuencias sociales é históricas, aunque diversísimas entre sí. Son diferentes las consecuencias de las dos economías, porque son enteramente diversos sus principios y diversas sus aplicaciones exteriores. Contanta diversidad entre una y otra, ó más bien con tanta contrariedad, no pudiendo los contrarios venir á ser idénticos, síguese que una de las dos economías es bella, obligatoria y útil; arbitraria la otra y perjudicial.

Estriba la economía laudable y verdadera en el principio de que la sociedad humana debe regularse segun el orden establecido por la naturaleza. ¿Empero cuál es este orden? Confunden no pocos el orden social con cierta calma ó cansancio de revoluciones, que dejan á los pueblos, por decirlo así, aletargados. Ahora bien: es el silencio de la tumba, segun una frase célebre. Algunas veces lo engendra la tiranía que oprime: muchos pueblos paganos eran quietos y tranquilos; pero no poseían el orden. Otros llaman orden á la justicia. Exactísimo; pero es afirmacion demasiado general y abstracta, quedando por definir en qué consiste la justicia. Seamos breves: el orden social es propiamente justo y verídico. uniformándose al orden de la naturaleza, cuando la sociedad corresponde á la idea y sigue la ley que Dios creador le marcó al formarla, y por la cual se hace capaz de conseguir el intento para que fué creada.

Este primer principio, fundamento del orden social, es asimismo su norma; incluye además el raiocinio y el hecho de que, aun tomado el hombre sólo naturalmente, depende en absoluto del Creador; sigue tambien el otro principio y el otro hecho de que tenemos un angusto destino que cumplir, marcado por nuestro padre celestial: sigue despues la consecuencia grandísima y la aplicacion externa de que si nos hallamos dirigidos á la eternidad, y colocados sobre la tierra como pasajeros, los bienes materiales que surgen, ora nos consideremos como individuos, ora como pueblos, deben ser sometidos por nosotros á la

doctrina moral, usados en servicio del bien y no al ídolo vano que los extravía.

Egregiamente nota un escritor cristiano. «¿Por qué nos ha criado Dios y puesto en el mundo? Hé aquí la primera cuestión del catecismo, como también la primera cuestión de la filosofía; la cuestión por excelencia que domina todas las demás. Religión ó filosofía, moral, economía social, política, todo dependerá de la contestación que deis á tal problema. Si el hombre, si la humanidad tienen un destino cualquiera por cumplir, el bien sólo podrá ser lo conforme á semejante destino, y lo que favorece su realización; el mal será lo contrario y la negación del bien, ó sea cuanto dificulta tal destino, y contraría su realización. Si no se conoce por consecuencia el destino humano, no se puede conocer el bien y el mal, el medio y el obstáculo; no cabe distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo útil de lo perjudicial; en otros términos, existir no puede moral, ni religión, ni filosofía, ni economía racional, ni política (1).»

Tal es la economía bella, obligatoria y útil. Crea un verdadero ordenamiento civil y político, donde los intereses materiales, debiendo someterse á los morales, y agrupándose los actos de los hombres en torno de la ley de la naturaleza y de Dios, el cual existe como centro del orbe, hacen que se realice la dependencia de los seres ménos ilustres hácia los más nobles y los más perspicaces, con lo cual todas las cosas subsisten justamente anudadas y dirigidas á su fin último. En este orden las riquezas, los bienes, las posesiones, las industrias y los comercios que son especial objeto de la economía, vuelven á entrar *ipso facto* en su puesto; como no pueden ser despreciados y desatendidos, no vejan ni tiranizan. Es la social armonía.

Esta economía pública ó política no es, señores, jóvenes: es una hija vieja del cristianismo. Principió el cristianismo á predicar el dogma de Dios, la soberanía social de la ley de Cristo; sin rumor de escuelas, sin pompa de teorías, sin precisión alguna de recurrir á medios violentos, hizo que todos los intereses mundanos fueran subordinados á tal doctrina. De pública economía no se habló; mas hubo economía entre las gentes. La tuvieron los príncipes cristianos, reconocíendose padres del pueblo; la tuvieron los Municipios, que trataron los asuntos municipales como si fuesen una familia; la tuvieron los ricos y los grandes señores, que abrieron monumentos caritativos, hospicios y refugios de todas clases; la tuvo la plebe que, según los tiempos lo consentían, nunca debió ir opresa bajo el peso del privilegio, hasta el punto de per-

---

(1) Vidal.

der el alma por falta de favor, ó morir de hambre. Los apóstoles y los primeros creyentes con su augusto símbolo: «Credo in unum Deum, patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae,» habian obtenido mucho más de lo que antes lograron los filósofos griegos y los guerreros de Roma, como tambien de lo que al presente no se consuelan de obtener nuestros gobiernos reformadores.

¶ Empero el dogma de la evangélica fe, y el principio de la soberanía social de Cristo, impugnados en los siglos de las herejías, heridos con fuerte golpe por el libre exámen, así como por las infalibilidades individuales del protestantismo, cayeron como aniquilados en los furores científicos de la Enciclopedia francesa, y en las leyes de la nacional Asamblea de 1789. Entonces surgió la declaracion de los derechos del hombre; y los derechos políticos del ciudadano anularon en la sociedad los derechos religiosos del creyente. Henos aquí de rechazo en la segunda ó nueva economía social, por la que al siglo XIX enaltecen.

¿Qué cosa es por lo tanto esta economía filosóficamente social y novísima?

Es el reverso de la primera, que rigió la sociedad en los siglos pasados. La economía vieja ó cristiana dice: «Es el hombre un sér creado que necesita religion, y salvado por Cristo.» La economía nueva ó racionalista, por el contrario, afirma: «No sé de religion, ni la conozco; es el hombre un sér omnipotente, y no depende de otros sino de sí mismo; ó depende de la naturaleza que hay en él, y de la cual es intérprete y legislador.» La economía vieja ó cristiana dice: «El hombre ordenado para la eternidad no debe poner su fin propio en el goce de la tierra; debe, atravesando la tierra, someter las cosas mundanas al término celeste de la beatitud.» La economía nueva ó racionalista afirma lo contrario: «La tierra es el fin del hombre; su beatitud está en el goce del mundo éste: por lo tanto las riquezas, los honores, el poder y los placeres son nuestros bienes supremos.»

De semejante guisa (vosotros lo descubris, señores), las dos economías por mí nombradas, la cristiana y la incrédula, se diferencian con maravillosa lucidez. Es una la del hombre creado, pero dependiente; otra la del *yo* independiente, absoluto. Consiste la una en la supremacía del orden y del deber; la otra consiste, por el contrario, en la supremacía de la utilidad y del derecho.

Hé aquí que adherida á la cola de esta última economía, se adelanta y precede la sociedad nueva contemporánea. Todo en tal sociedad nueva es subvertido desde los cimientos; todo necesita un ordenamiento segundo, como los señores economistas buenamente nos confiesan; esto sucede porque, quitado Cristo de príncipe de la sociedad y susti-

tuido por el hombre, el centro y el movimiento de la institucion radicalmente se muda: el principio viene á ser fin y el fin principio: el medio viene á ser término, y el término medio; el bien se trasforma en mal, y el mal en bien; el desórden viene á ser órden, y el órden queda hecho desórden. ¡Sí, todo es destruido en su raiz! ¡Todo, señores, queda vuelto al revés!

Federico Bastiat, antes de morir, hizo su confesion pública; no la hizo al sacerdote, sino á todos los ciudadanos, aterrando su confesion: «¡Qué doloroso espectáculo nos presenta la Francia! Sería difícil decir si la anarquía ha pasado de las ideas á los hechos, ó de los hechos á las ideas; mas es indudable que lo ha invadido todo. El pobre se levanta contra el rico, el proletario contra la propiedad, el pueblo contra la clase media, el trabajo contra el capital, el campo contra la ciudad, la provincia contra la metrópoli, y el hombre del país contra el extranjero (1).»

Lo que Bastiat escribe de Francia, se debe aseverar de la Europa, y aun de la sociedad toda, donde la economía incrédula extiéndese. Habeis constituido un nuevo dios sobre la tierra, el hombre; y este dios invasor y apócrifo, que hace mal las veces de Cristo, verdadero regenerador, lo atrae todo á sí ruinosamente. Es la insurreccion universal. Descansaba la sociedad civil sobre el peso de las tradiciones paternas acumuladas durante siglos, y gritásteis así en su presencia: «Levántate; tiempo nuevo é instituciones nuevas.» Ateniase á los fundamentos históricos de la familia, y subvertisteis la familia, arrancando del hogar á la mujer para convertirla en un ente social, dando igual honor á los jóvenes y á los viejos. Vivía del pan celeste que le dispensaba la Iglesia, y vosotros llamásteis veneno á la comida católica, así como á la enseñanza de los sacerdotes una enseñanza de asnos. Se restauraba por la generosidad de los ricos, que socorrían á los pobres; vosotros llamásteis á la limosna una infamia, pidiendo á los ricos que revisaran las cuentas por la manía de dividir. Mandaba la sociedad civil á sus príncipes legítimos, y obedecían los subditos; mas vosotros le dijísteis: «Quien está en sitio bajo, ascienda, y quien se halla en alto descienda.» Desde aquel dia, con estas heridas asestadas al corazon de la sociedad, no quedó contento ninguno. No bien aparecísteis se nos presentaron los síntomas del delirio, y la fiebre, poco despues, quemó al enfermo. Es la pena de la desmesurada insurreccion humana.

¡Despiadados! Vosotros nos apartais del órden, orgullosos hermanos; vosotros por esto mismo nos irritais, asordándonos despues con

(1) F. Bastiat. *Harmonies économiques.*

el ordenamiento, porque nos hallamos en el desórden; venís á curarnos, por estar enfermos. Para mayor vergüenza y duelo, vosotros, á fin de ordenarnos nuevamente y curarnos, lleváis de nuevo á nuestra boca la bebida de la medicina económica que nos extingue.

Adelante: en este mundo moral, donde todo es confusion y todo bambolea, donde descartado es el principio de la vida, ¿os despepitais por coger el hilo de la enmarañada madeja social? ¿Os arrojais en el seno del desórden, y esperais aferrar el órden? No lo entiendo. ¿Quién nunca voluntariamente se pone enfermo, y se vanagloria de su salud? ¿Quién se lanza en el sepulcro y celebra el aniquilamiento de su propio sér? Somos infelices, señores; extrañamente infelices, porque buscamos la vida en la muerte. Nuestra edad, responsable de la economía incrédula, además de producir los males que descrito hemos largamente, condenada es á no descubrir modo de hallar remedio y á no poderse libertar.

Aludimos á cosas determinadas, fáciles de comprender; pero apremiantísimas.

Señores; toda nueva legislatura que se abre; todo nuevo gabinete político que se forma, tiene sobre los labios una palabra de comun consuelo: promete la organizacion de la hacienda y anuncia el ahorro. La nacion, toda oídos, mueve las manos y aplaude. Empero la engañada no tiene lo necesario para limpiarse la boca; ó mejor, queda con los bolsillos públicos siempre vacíos, esperando vanamente: los presupuestos no se nivelan y los ahorros no vienen. ¿Por qué no vienen? Excuso de algun modo á los actores que gobiernan y legislan; no se realizan las economías, por ser imposibles.

Hé aquí la demostracion.

Un ahorro solemne y el más relevante de todos se conseguiría disminuyendo los ejércitos, ó, segun el grito, por el «desarme». Todo gran país tiene una inmensa nube de soldados; aún sin haber guerra, el ejército más numeroso posible está bello y pronto, cual si mañana debiese ir á las batallas. Hay millones de jóvenes bajo uniformes militares, que se tragan millones de oro al dia, por lo cual se esteriliza el erario público. Estos millones de jóvenes, habitantes del cuartel, recuerdan otros millones de brazos quitados á la agricultura, á las artes, á las oficinas y á las industrias. De modo que aquí el lucro que cesa y allá el daño que surge: empobrécese así á las naciones. Deberían, pues, disolver, por verdadera razon económica, los ejércitos permanentes.

¡Disolvedlos, si teneis valor! La situacion social es tan tirante que, donde faltan un poco los ejércitos permanentes, se desencadena la revolucion. Entonces el pobre que surge contra el rico se arma; el proleta-

rio que contra la propiedad surge, se arma; el pueblo que surge contra la clase media, se arma; el trabajo que surge contra el capital, se arma; la provincia que surge contra la metrópoli, se arma también. Mandásteis á casa los soldados y disolvísteis el gran ejército; vuelven los soldados de todas partes, y se multiplican tres veces más: un ejército nuevo se forma; mas es desastroso ejército, sin disciplina ni ley, tumultuoso, errante y opresor: el ejército de la plaza. En otro tiempo las revoluciones eran provocadas por el hambre ó el desprecio de los señores, ó por la tiranía de los gobiernos: hoy las revoluciones son una enfermedad de los pueblos libres. Todos furiosamente ansían la independencia de algun superior, sea el que sea, y todos vienen á ser «revolucionarios.»

La economía pública se irrita, se queja y hasta se golpea al descubrir que son inútiles sus propuestas, no consiguiendo tampoco ahorros: los grandes ejércitos permanentes son necesarios; no podemos vivir de otra manera sino dentro de una paz armada. ¡Horrible cosa debe decirse! En nuestros días se ve lo que nunca se vió: es un espectáculo nuevo en la historia y nuevo en el mundo: vamos á la barbarie por medio de las ideas y gozamos de la libertad mediante la fuerza. El soldado viene á ser el hombre civilizadísimo de nuestro siglo, y yo, como libertador mío, lo saludo.

¡Poned término en tal estado de cosas á la cuestión económica! ¡Llamaos venturosos y felices! Teneis palabras alegres y aspiraciones magnánimas; mas son desmentidas y devoradas por la realidad.

El problema, en los tres miembros que lo componen, queda resuelto.

Habiendo empezado á tratar de la economía pública, hallé la sociedad presente casi toda por instituto económica; de economía piensa, de economía habla y enseña: libros, cátedras, fundaciones para enseñanzas, academias y Parlamentos en economía se ocupan. Saludé, pues, la era económica abierta en la edad presente.

Mas me dije á mí propio, y llevé á vosotros mi demanda. La edad nuestra, que con tanto calor se ocupa en la economía pública, ¿puede por ello reputarse feliz?

Puse de realce la naturaleza de la pública economía: probé que mientras se aparta del Evangelio, y con la incredulidad marcha, acariciándola; aspira á juzgarse ciencia para ordenar todo el orbe: quiere plantar sobre el viejo un mundo renovado por sus manos. Está bien; nuestra edad, por ser apasionadamente económica, esto es, por seguir la «pasion» antes que la «razon,» no es de ningun modo feliz, como llamaríanla otros; esto por tres razones:

No es feliz, porque muestra sufrir grandes necesidades.

No es feliz, porque fácilmente se llena de mortíferos errores.

No es feliz, porque condénase á una perpétua contradicción.

Resuelto el problema, parece que nada más quedaría por hacer. Sin embargo todo queda.

¿Qué vine yo, despues de todo, realizando, señores? He dado una magnífica negacion; he repellido un jóven mundo que se me ofrecía: debo, por lo tanto, defender y conservar firme lo mio.

Mi mundo paréceme digno de vuestra aceptacion, como es capacísimo de gloriosa y cara defensa.

¿Condeno yo acaso, en sí misma observándola, la economía pública? La recomiendo y acojo: ¿condeno acaso en la economía pública las novedades? Admito los puntos de vista nuevos y los nuevos píos propósitos, de que no está privada; no adoro la exclusion y el privilegio; ni me encierro en las resbaladizas cortezas de la proteccion antigua. Se que mudan los tiempos, y con los tiempos las instituciones y los hombres; sé que soy un pobre hijo, que ha venido á iluminarme al sol del siglo XIX, y que el siglo XIX no es el siglo XIII, ni el X. Entre las novedades que en la economía pública aparecen, ¿despláceme acaso la marcha vasta é inmensa, y el carácter social, á que viene impelida? ¿Quiero acaso encerrar la economía en los giros mecánicos de la riqueza? No, no; quiero ser vasto é inmenso; aun yo, quiero en los estudios económicos la dilatacion social; aun yo, me siento ahora fuera del municipio para venir á ser ciudadano de toda la tierra: amo la patria, y amo grandemente mi estirpe; mas en mi peculiar estirpe y en mi patria, amo con amor semejante el género humano.

En suma, lo que es verdaderamente ciencia, lo que es verdaderamente arte, incremento y avance de la economía, no lo rechazo, sino que lo admito, trasportando todo esto al mundo mio. Porque el mundo por mí anhelado es el de Cristo: recordadlo, señores, de continuo; cómo la gran culpa de la economía pública es no ser cristiana, y no siendo cristiana, ser materialista, sofista y árida, ella, no bien á ser torna creyente y católica, viene á ser mi amor, mi ocupacion dilecta, mi orgullo y mi esperanza. Me conduzco así, porque vosotros, economistas incrédulos, no me sabeis dar sino chanzas, ni podeis cerrar la vorágine que bajo mis pies se abre; me conduzco así, porque vosotros no podeis redimir, ni salvar la sociedad. Tú solamente, oh mi Señor Jesucristo, tienes el poder de la redencion y de la vida. Vengo á tí con los gritos de las concitadas pasiones humanas, con estos incendios de los intereses materiales, con estas plebes que rompen el freno, con estos gobiernos que no pueden ya regir, con este mundo moderno que tiembla, con esta Iglesia

tuya ya desatendida y no respetada, que llora. Lloro yo con ella, y te pido misericordia. Sávanos, puesto que nos debatimos en la tempestad, y la tempestad nos ahoga. *Domine, salva nos; perimus.*

He dado la direccion á las presentes conferencias, señores. Ellas desde el primer día os dicen sobre qué sublime apoyo descansan y qué se proponen: ellas (si Dios piadoso las bendice), siendo cristianamente económicas como lo son, pedirán una verdadera creacion social.

---

## CONFERENCIA II.

---

### SI LA ECONOMÍA PUEDE CONSIDERAR

Á LA SOCIEDAD CIVIL SIMPLE INSTITUCION HUMANA.

Contemplado el frontispicio de un monumento, escuchada ligeramente una idea y vaga noticia del mismo, se enciende en tí el ansia de proseguir en el conocimiento del edificio: sales por consecuencia del vestibulo y entras. Gneo Pompeyo en Jerusalem, despues de haber celebrado con asombro la perspectiva del templo, entró para fijarse en el Santo de los Santos: en Atenas el apóstol San Pablo, leído el epigrafe famoso del ingreso, entró en el Areópago.

Del problema planteado por vía de prólogo en el tratado de la economía pública, voy al problema que para ella puede considerarse fundamento.

Ahora bien; temo, señores, una cosa: que no comprenda bien á los economistas, ó que los economistas no me comprendan á mí.

¿Cuál es el fundamento de la economía pública?

¿Consiste acaso en las riquezas? Ciertamente tiende á éstas con su mejor gallardía: procura ordenarlas, acrecerlas y perpetuarlas; esto no sólo en beneficio de los particulares, sino tambien de toda la nacion. Sin embargo, si las riquezas vienen á ser como el fin de la economía, no constituyen su fundamento.

¿Consiste acaso en el perfeccionamiento del hombre? Es este sin duda el objeto inmediato de sus ideas y de sus trabajos: con las varias reformas que se propone conducir á término, quiere hermostearlo, hacerlo gentil, consolarlo con muchos bienes y glorificarlo. Con todo, aunque se deba considerar el hombre fin de la economía, nuestra perfeccion

individual no puede constituir su fundamento: está de fijo en otra parte.

¿A dónde por tanto nos dirigiremos para encontrar el fundamento de la economía pública? ¿Sobre qué suelo levanta los muros de su propio monumento, ó más bien edifica la inmensa ciudad del mundo? Me habla con acento encendido de innumerables cosas que le pertenecen; profiere las siguientes voces: «capital, propiedad, valor, herencia, cambio, libertad, igualdad, solidaridad, unidad, necesidades, satisfacciones» y otras semejantes. ¿Se halla en alguna de ellas, ó en su conjunción el fundamento de la pública economía? No está en esto, señores míos, no está en esto; seguramente se ocupa en estas cosas muy bien; pero se ocupa en ellas precisamente porque ya descansa su pie sobre un fundamento.

Manifestémoslo: da indicios de creer que le corresponde el pleno y absoluto dominio de la humana sociedad: es decir, indica creer que, aun cuando por las antiguas escuelas se aleguen leyes divinas y creativas, de las cuales todas las demás brotan, y por las cuales el mundo moral existe, puede invocar el derecho de conducirse como si Dios no viniese á ser supremo moderador de la sociedad civil.

Mas expliquémonos, procurando ser verídicos.

Peregrin Rossi advierte, con el consentimiento universal de los doctos, que la economía pública ó social «es ciencia muy imperfecta y manca, en la cual quedan siempre por hacer la mayor parte de las cosas.» Siendo así, no quiere ser determinada, no pudiendo por tu parte afirmar: es atea, escéptica y doctrinaria, ó bien discreta y creyente. De todas maneras la economía pública, que no puede aun juzgar acertadamente de sus principios, préstase á ser juzgada por sus tendencias, que son claras é innegables. Ahora bien; observando el movimiento que la fatiga, ella relativamente á las leyes creativas y divinamente sociales va por tres grados: las olvida, las escarnece y las niega. Por consiguiente, á su modo de ver, el mundo moral es del hombre; á ella, que se reputa la ciencia principal, ó la más útil, toca el absoluto gobierno de la sociedad.

Hé aquí el fundamento sobre que la economía pública entiende levantar su edificio. Aquí dispone segun su voluntad de las riquezas; aquí trata como mejor le parece «de la herencia, del valor, del cambio, de la concurrencia, de la solidaridad, de las necesidades y de las satisfacciones.» ¡Qué nuevo y diferente Pablo se introduce en el Areópago! Es más bien Pompeyo, que invade el Santo de los Santos: obra completamente humana es la sociedad civil: ¿por qué modelarla sobre las decantadas leyes divinas?

¿Razona según lógica la economía pública? Considerándose dueña de la sociedad civil, ocupa con justicia y discreción el campo de la realidad?

Es el problema económico que denominé fundamento: es mucho más formidable, mucho más alto y profundo que aquel problema ventilado por nosotros en la primera de las conferencias que pronuncié; así como en aquella se discutía si la sociedad puede subsistir sin la redención de Cristo, al presente se cuestiona por el contrario si la sociedad humana puede subsistir sin las leyes de la creación. Tengo por lo tanto el abismo bajo los pies, donde presume tener la economía pública su fundamento; yo pasando por los tres grados que recorre la propia economía con sus tendencias siniestras, resuelvo el problema negativamente.

No razona con proceso lógico, ni hace bien.

En primer lugar, ella, olvidando las leyes creativas y divinamente sociales, es insípida.

En segundo lugar, vituperando aquellas leyes primitivas, es ingrata.

En tercer lugar, negándolas, es ruinoso con impiedad creciente.

---

El Stagirita dejó en sus escritos esta grave sentencia: «Amaestra la filosofía a los hombres para que conozcan a su Creador» (1).

Ahora bien; la economía, en cuanto es ciencia, tiene necesidad de la filosofía, no siéndole permitido dejarla; perdería de lo contrario todo valor intrínseco, reduciéndose a pura disciplina de observación. Por consecuencia, el más solemne oficio de la economía está en que tiene obligación de conocer al Creador de los hombres, es decir, Dios.

Empero conviene inquirir qué le importa a tal economía este primer conocimiento divino. Permitidme aquí, señores, un poco de instrucción elemental.

Dios, vida, principio y centro universal de las cosas, por cuanto es por excelencia el ser, no puede como creador manifestárenos sin asumir el carácter de legislador absoluto. La creación, ó sea el universo, es un complejo de leyes, las cuales sólo conducen al cumplimiento de la voluntad del Creador: aun marchando con rigor de síntesis, todo el universo es una sola ley: la de corresponder a los designios y a los decretos que Dios manifestó al formarlo. El hombre, que tiene sin duda en la creación parte tan noble, atempérase admirablemente a tal armonía: designios y decretos creativos tienen lugar especialísimo en él por hallarse dotado de inteligencia y libre albedrío; tales designios y decretos son leyes formales que lo vinculan y quieren ser puestas en prácti-

---

(1) Aristóteles, mencionado por Beda, Opp. t. II: *Philosophia docet homines cognoscere Creatorem suum.*

ca. Santo Tomás ha dicho que la ley liga precisamente por obligarte á obrar: *Lex á ligando, quia obligat ad agendum* (1). Por otra parte, había Ciceron advertido ya que nosotros somos hechos y creados no inconsideradamente, ni á la ventura. *Non temere, nec fortuito facti et creati sumus* (2). Debemos, pues, obrar contemplados por el Creador con intento especial y compelidos por la ley; ¿qué haremos por consecuencia, señores?

Todas las más aptas especulaciones filosóficas, todos los mejores preceptos de los moralistas nos conducen á realizar, por decirlo así, en nosotros el conocimiento y el deber, anunciado por Tertuliano en estas palabras brevísimas: «Toda criatura es sierva,» lo cual es igualmente frase bíblica y evangélica.

Resulta claro lo que corresponde á la economía inmediatamente que reconoce á Dios creador de los hombres: debe saludarlo como eterno legislador sumo; debe considerar envueltos en las leyes universales divinas á todos los séres creados: el mundo, la naturaleza, el hombre y la sociedad: debe, por consecuencia, en cuanto realice, atender á tales leyes divinas y conformarse con ellas; hé aquí por qué cuando quiere disponer de un modo mejor la sociedad civil, debe ante todo consultar las leyes primitivas y naturales, las cuales son de Dios: debe proponérselas como eje de sus acciones y debe considerarlas como modelo: su cuidado atentísimo debe ser que las leyes promulgadas por ella den el propio sonido que aquéllas, de modo que no surja contraste ni falsificación, sino que se manifiesten mejor por su obra, realizándose, por decirlo así, la divina armonía.

Un escritor de nuestros días é italiano, que se diferencia de la turba de los sabiondos, Angel Marescotti, aferra por decirlo así tal concepto, penetra el enlace de las leyes y somete las segundas á las primeras, como las terceras deben quedar sometidas á las segundas: con tal orden se pone á marcar el cometido de la economía social. «Tenemos obligación, escribe, de someter las prácticas de la vida y los mismos ordenamientos sociales y gubernativos á las leyes de la verdad y del bien absoluto, que se sienten en nosotros intuitivamente y que se ven iluminados en las revelaciones divinas... *Omnis anima sit subdita sublimioribus potestatibus*, dice San Pablo.» Poco despues añade aquel ilustre escritor: «Nosotros no nos proponemos solamente dar á leer el alfabeto de la economía social, sino sacar de él el verbo científico; en su virtud, leyes universales y absolutas sean directoras comunes de la teoría y de la

(1) Santo Tomás. *Sum. theol.* 1, 2, *quaest.* 90, art. 1.

(2) Ciceron: *Tuscul.* lib. I.

práctica: ni contradicciones, ni dudas ni arbitrariedades puedan tener lugar en este campo del saber humano... El hombre en su compuesto natural; el hombre en el orden creativo: hé aquí cuanto tendré yo delante de los ojos en cada página (1).

Lo que afirma de sí Marescotti, debe ser la grande afirmacion y el gravísimo ministerio de la pública economía. Preexisten leyes, prescritas desde un principio, que deben como madres engendrar todas las demás y servirles como de norma: juzgar por lo tanto simple humana institucion á la sociedad civil no está permitido. Toda criatura es sierva; Dios es el creador supremo y el legislador universal.

Ante tales leyes creativas y divinamente sociales, ¿de qué modo se conduce la economía pública? He mirado sus tendencias, y me parecieron súbitamente siniestras, dignas de justa reprobacion, porque la economía en todo y por todo se maneja y obra, como si no hubiera en el mundo leyes divinas; no las advierte de ningun modo; bajo pena de venir á ser insípida, las olvida.

Abrid por merced los pequeños y los grandes tomos de los economistas, en los cuales las tendencias de la ciencia manifiéstanse desde luego; decidme si no resulta el olvido más absoluto de nuestro Padre celestial. Os hablan á cada instante de «reordenamiento» civil y político; os hablan tambien de creacion social, y es muy divertido escucharles; mas, ¿qué nos dicen, como primer impulso, del movimiento, de la creacion del mundo y del hombre, por Dios hecho en los albores de los tiempos? Nada. ¿Qué nos dicen de su providencia, de su intervencion social, y de la incesante ley de conservacion? Nada. Os prueban que la economía se reduce á esto: á ser la ciencia de lo tuyo y de lo mio; de dar y tener, de poseer y consumir; mas, ¿se levantan á inquirir la primera raiz de la propiedad, esto es, la eterna fuente del derecho? Nunca lo hacen, ¿Os dicen acaso: Dios es el primer ordenador de los propietarios? Tienen como vergüenza: nunca.

En Francia, despues de las primeras excitaciones dadas á la economía por De Gournay, y por Quesnay, surgen los economistas nuevos: Turgot, Condorcet, Mirabeau, Mercier, Letrosne, Dupont, y compañeros: ¿van por ventura conformando los primeros sistemas científicos al ordenamiento y á la ley de Dios? Existe Dios en algun lugar y existir podrá en el mundo; mas ellos no recurren á él. El escocés Adam Smith, que oyó y estudió á los economistas en Francia, no estando contento de ellos, apenas vuelve á su patria escribe libros celebérrimos de economía: escribe el «Ensayo sobre las riquezas de las naciones:» ¿tiene á

(1) A. Marescotti: *Discorsi sulla pubblica economia*. Disc. I, parte III y IV.

Dios debidamente acaso en cuenta? ¿Lo pone como primer eje de la sociedad? No. Algunos de los nuestros, por el contrario, Beccaria, Verri y Gioia, locos perdidos de los fisiócratas franceses, tratan con mucho ingenio y con mucha ciencia de la economía pública y civil: ¿llenan á lo ménos la inmensa laguna? ¿Hacen derivar la constitucion social de la constitucion divina? No; no piensan en ello.

Müller quedó muy disgustado por olvidarse lo divino; en 1819 publicaba su libro: «De la necesidad de un fundamento teológico de las ciencias de Estado en general y de la economía política en particular.» No queremos aprobar tal libro en todas sus partes; mas su cardinal concepto es óptimo, siendo un principio de restauracion; Müller, para llamar á Dios en la sociedad civil, distinguia dos ciencias de Estado, una la del derecho, que viene de Dios como de sumo juez; otra la ciencia de la prudencia, en la que comprendida está igualmente la economía nacional, que viene de Dios como de supremo padre. Mas, ¿recomendamos nosotros á Müller? ¿No veis lo que ha hecho él? Procuró conducir nuevamente los estudios públicos y la economía con ellos, á la idea teológica, que dominaba en el ordenamiento científico de la Edad Media: fué un pecado no haberlo hecho nunca más; retrocedió cinco siglos ó siete; se apartó de la multitud de los economistas presentes, los cuales, oyéndolo nombrar, levantan las espaldas, ó recurren á las silbas.

Y estos, sea cual sea el pais á que pertenecen, poco más ó ménos así: para un economista creyente y cristiano hay ciento y mil, que no se preocupan de la revelacion divina; los pobrecillos no la mencionan, porque no piensan en Dios, ni en su intervencion en el tiempo. Leed el «Curso de economía política» de Enrique Storch; el «Tratado de economía política» y el «Curso completo de la economía» de Juan Bautista Say; las «Indagaciones sobre la naturaleza y origen de la pública riqueza» del Conde de Lauderdale; los «Principios de economía política» y las «Defniciones económicas» de Malthus, el «Manual de economía política» de Jeremias Bentham, el «Tratado sobre la industria de las naciones» de Eisdell, la «Economía política» de Destutt de Tracy; los «Principios de economía política» de Poulet Scrope, el «Curso de economía política» de Rossi, el «Ensayo sobre la produccion de la riqueza» de Torrens, los «Elementos de la economía política» de Garnier y los «Principios de economía política» de Mac Culloch: leed, señores, leed esta lista de autores económicos, que hacen resonar el tiempo presente; Ricardo, Passy, Legoit, Molinari, Jones, De Sismondi, Carey, Fontenay, Wolkoff, Clement, Boutowski, Cherbuliez, Chevalier, Lavergne, Cóchut, Stolipine, Gilbart, Sochoerer, Lebeur, Lawson, Wil-

son, Vidalin, Leymarie, Dunoyer, Fix, Lavollée, Block, Du Puynode, Jacini, De Thunen, Vernouillet: no niego que aparecerán en sus libros algunas tintas de sereno celeste: con todo, aquel sereno es descolorido y fugaz: también frecuentemente os darán el recuerdo del sumo Ser; con todo, estará suspendido como sobre los zancos, sin que se le permita tocar tierra, y sin que pueda conducirse como un padre con las criaturas: toda la ciencia corre, y vosotros á una con la ciencia vais á envolveros en la natural autonomía del hombre, y en la omnipotencia del Estado ó de la sociedad civil. Los economistas no piensan en Dios ni en la soberanía social de su ley.

Nosotros hombres contemporáneos, que llevamos todos en las venas un poco de fiebre económica, somos dolorosamente alejados de la idea de Dios. La economía nos impele á estudiar la tierra, y el estudio de la tierra nos hace olvidar el del cielo. El elemento del presente, sensible y palpable, hace huir el elemento metafísico del pasado: el hecho da muerte al concepto. Nosotros nos conservamos sobre la tierra á modo de jóvenes, como llegados hoy, y como si hubiéramos sido los procreadores de nuestra vida: no preguntamos nunca: «¿Quién nos colocó aquí abajo?» No es que ser queramos nosotros enteramente incrédulos: acaso nos indignaríamos con quien nos estrechara preguntándonos si creemos en Dios. Existe Dios y sabemos su existencia: no importa que no se halle ya en nuestros pensamientos y que no viva en nosotros. Entrevemos solamente á Dios: á veces pasa delante de nuestros ojos cual una sombra fugitiva, ó cual un relámpago que desde oriente brilla en el occidente. Es una condensación imaginaria, ó apoteosis vaga de un poder infinito, de una ingente fuerza, de una distante majestad y de un arcano inconcebible: algo semejante á la belleza de un cielo estrellado, ó á la magnificencia hórrida de una tempestad: el alma se conmueve, admira, corre, y abrazar quisiera el fantasma luminoso; mas el fantasma desaparece. Según dice un escritor inglés «es el poético soberano, el cual reina sobre el olimpo de la literatura moderna (1).» Tal Dios es más una hechura nuestra que nuestro Creador: es la hechura de la respetabilidad moral, la necesidad de una conciencia descontenta, la conveniencia de una policía social, el consuelo de un arrepentimiento terreno, y la fuente de figuras para una novela casta y elegante.

¿Somos, por consiguiente, nosotros criaturas? Y en cuanto á criaturas, ¿nos reputamos siervos?

Esto nos fastidia; nos negamos á meditar esto con toda el alma. El Creador es para nosotros simplemente una forma masculina del nombre

---

(1) Federico Guillermo Faber.

neutral de creacion; y nos sentimos dominados por una especie de instinto contra el uso de tal palabra. ¡Un Dios creador y legislador! La multitud de sus derechos sobre el hombre, la exuberancia terrible de su alta soberanía, sus celosas exigencias, la realidad de su minuciosa vigilancia, de su juicio severo, de su especial providencia, de su continua intervencion relativamente á nosotros, son cosas que no negamos, pero que no producen en nosotros la idea que ha infundido en nuestra mente la palabra Dios. La idea que tenemos de Él es tan poco íntima y tan poco elocuente, que no nos gusta: sólo nos advierte; mas no nos instruye, ni nos conmueve. Se trasforma en un soplo, que se pierde ó evapora en el vacío. Miramos la creacion, y no se lee Dios en ella con cifras, ni se ve. En su virtud, le consideramos ausente, y una vez considerado ausente ó distante, olvidado es facilmente.

Por lo demás, fáltanos tiempo para pensar en Él. Tenemos demasiados negocios y somos impelidos por cosas demasiado importantes, indispensables para la vida: estamos absortos en la contemplacion de nosotros mismos. Camina la humanidad y á grandes pasos salta hácia la magnífica meta de la perfeccion social: cada generación es una parte gloriosa de la inmensa procesion del progreso. Libertad, independenciam, rapidez de comunicaciones, fraternidades populares, gloria, industria, porvenir, engendran el espíritu del mundo presente. El vocablo *criatura* es un nombre, un asunto de clasificacion, semejante al título. en la historia natural, de un género ó una especie. Mas no tiene ninguna consecuencia religiosa, ni se mezcla en ninguna sobrenatural conexion, Ayer dejamos á Dios en la Iglesia, y hoy nos hemos encerrado en el círculo de la materia. Somos los propietarios del mundo, y no sus depositarios ó sus arrendadores segun nuestro beneplácito. El hombre principia y acaba en sí mismo.

Dios mío, Dios mío; ¿dónde estás? La economía pública trabaja sin tí á todo trance: brutalmente te olvida.

¡Escucha esta que es peregrina! me parece dicen los economistas. El predicador, con tanto desganitarse de Dios, invítanos á la penitencia, llamándonos para que lleguemos á ser buenos cristianos y aun ascéticos. En su virtud, cerraremos nuestros volúmenes, descenderemos de nuestras cátedras, nos prestaremos á devotas consideraciones sobre los libros de Granada y de Rodríguez, ó engulliremos para buen servicio moral el *Maná del alma* del Padre Segneri. Acaso con el fin de contentarle mejor, deberemos dejar los pueblos, para encerrarlos en la gruta de Manresa y hacer los «Ejercicios espirituales» con San Ignacio.

Amigos míos; ¿creéis que no lograreis pronto y grandes beneficios si á los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio os aplicásteis con algun re-

cogimiento y amor? Si os pusisteis á considerar con él la *Meditacion del fin*, indagando el por qué de la vida humana, ¿no vinisteis á ser en vuestros estudios más positivos, más sintéticos y más profundos? Si en regla hicisteis la otra *Meditacion de las dos banderas*, observando bien la diversidad moral que media entre quien milita con Cristo y quien se junta con el mundo, ¿no os avergonzásteis del afecto desmesurado que poneis en las cosas de la tierra, y de la insensata humillacion con que cubrís á los hijos de la cruz? La ridiculizada Manresa se convertiría en una Stoa, ó mejor en un Cenáculo de la ciencia económica.

Empero cortemos este discurso. Dije que reputar simple institucion humana á la sociedad civil no es lícito á la economía pública: en su virtud, lamenté que, hallándose la sociedad apoyada en leyes divinas, con sus ingratas tendencias ponga tales leyes en olvido, viéndola por esto convertida en insípida necesariamente. ¿Insípida, señores? ¡Qué acusacion! Fué allí lanzada; pero no se ha demostrado que sea justa y verídica como reclamaba su gravedad. Ahora que se me rebela el satírico humor de los economistas, sin advertir la utilidad que reportan de la constitucion divina de la sociedad, insisto en mi acusacion, desarrollándola de manera práctica é iluminándola.

Quien por la observacion de algunos principios pueda conseguir algun bien con poca fatiga, que por otra parte no lograría; si no atiende á tales principios y no se digna siquiera examinarlos, decidme: ¿no peca de necesidad? Tened paciencia; tales me parecen los economistas, y tal, por su obra, viene á ser la economía pública.

Siempre que de la economía pública se hable, preciso es traer á la memoria su intento ardentísimo de mejorar en los Estados la condicion de la riqueza. Pues bien: á fin de que aumente su oro y sus ganancias, nosotros fundamos gallardamente instituciones, talleres, brazos, instrumentos, máquinas. Hé aquí la necesidad del trabajo y de la fatiga: hé aquí siempre, á pesar de nuevos descubrimientos mecánicos, los que sufren. Ni sobre las blandas plumas, ni bajo la colcha se consigue riqueza, necesitándose sudores y actividad incesantes. Entretanto es preciso prescribir el ocio; preciso es fortalecer los miembros con las ocupaciones rudas y las incomodidades.

¿Cuál es, señores, la fuerza más á propósito de todas para producir en el hombre esta gimnastica, que toca el espíritu antes que el cuerpo? ¿Cuál es, digo, la fuerza que señorea la voluntad y la plega dócil al peso de los negocios, á la privacion de los placeres y en suma á las asperezas de la fatiga?

Es la religion, y es la viva predicacion de la ley de Dios. Levantad la cruz, haciendo que la contemplen los obreros, los artistas y los trabaja-

dores: á la sombra de la cruz y en nombre de Dios enseñad los deberes, anunciando las promesas temporales y eternas: mejor que la glotonería del oro, afanosa y voraz, la divina ley sabrá daros los ánimos inclinados al trabajo, alegres en las privaciones, perseverantes en su carrera; la mejoría en materia de riquezas y, por decirlo así, la vena de oro fluirá mucho más abundante de las almas nutridas de religion y de fé.

Seguid, señores, en el propuesto tema.

Dote muy esencial de la economía encontramos es la justicia; ella ciertamente, al querer ordenar de nuevo este dividido tempestuoso mundo, presume proceder con rectitud y probidad. Exaltando los antiguos á la justicia, decíanla hija de Júpiter, admitida en el consejo divino. Y Arato, en sus *Fenómenos*, dánonos su retrato, como si fuera propiamente mujer, escribe que ella en la edad del oro día y noche conversaba sobre la tierra, en compañía de los mortales dictándoles sus leyes. Ahora bien; los economistas, que procuran conducir nuevamente la edad del oro á la sociedad, desean tener á la justicia por maestra y hacerla sentar en el consejo, no ya de Júpiter, que se marchó, sino de las naciones.

Nos place. Empero, ¿dónde tomarán ellos la justicia? La justicia tiene una fuente, que no se halla en el hombre: si se hallase, cada uno de los hombres sería como necesariamente justo, y no lo es. La fuente de la justicia está lejos de aquí: brota en el mundo, y difunde sus arroyos en las almas humanas; pero descendiendo de lugar altísimo: está en Dios esencialmente. Así razonan los metafísicos y los verdaderos sabios. Marco Tulio la llama «una dote sempiterna inmortal;» Séneca «una ley divina;» Marco Antonino «una reverberacion de los celestes;» antes Orfeo, elevando un cántico á la justicia, la dice «sentada en el sagrado umbral del Señor Dios, desde donde luego inquiere la vida de los mortales y los somete á juicio (1).» Vean, pues, los economistas si pueden prescindir de Dios y no tener en cuenta para nada sus leyes: la misma ley que le sirve de pedestal y de guía, tiene de Dios su propia derivacion.

Seguidme aun en la tésis.

¿Puede la economía social vivir y florecer sin moralidad? Todo lo contrario: por la misma razon que no puede subsistir sin la justicia, sin la moralidad no se puede sostener. La una es el tronco y la otra la flor. Llama Drox á la moral «la mejor aliada de la economía.» Llamarla podría su hermana y su madre. Aquellos rígidos separadores de las cosas, que todo lo dislocan y quebrantan, al apartar la economía de la

(1) Cantos Orficos.

moral marcaron la abominacion de la propia ciencia y fueron señalado s con el dedo, como gente infecta de una enfermedad. Empero poco mejor se portaron los demás, los cuales, aun queriendo la moral en la economía, se dieron á buscarla en todas partes ménos en Dios y en la religion. Conservaron las apariencias y faltaron á la realidad. De semejante modo las teorías que tienden á restaurar la moral por medio de la «asociacion» con Ahrens, ó en virtud del «Seminario nacional» con Dickson, ó por la «eleccion de los preceptores» con Dunoyer, ó por la «educacion uniforme» con Filangieri, ó con otras semejantes utopias de sofistas. Descontada en sustancia la ley divina, la economía pública perdió fuerza, estéril fué para el bien é impotente contra el mal, y vino á ser un cadáver galvanizado.

Afirman los economistas que para velar sobre la moral, sobre la justicia y la virtud, vienen las leyes.

¿Las leyes civiles, señores? Empero, ¿de qué sirven las leyes, por lo que hace á las buenas costumbres en el pueblo cristiano? Ahora bien; no yendo á parar á Dios, y despreciando la religion, cojeais en la doctrina moral, resultando con poca justicia: mal provistos así, maltrechos por la herida, ¿cómo teneis el valor de anunciarnos el perfeccionamiento económico y social mediante la legislacion? Quereis la fuerza que comunica Dios sin Dios; quereis los efectos sin las causas: ¿no dije yo que la economía pública, segun se halla en nuestros dias, se resiente de fatuidad y de vaciedad? ¡Oh cuánto le convendrían los *Ejercicios espirituales*, sintiéndose tentada para no pensar en Dios!

Las tendencias de la escuela económica os son ya manifiestas por uno de sus lados, dándome por completamente demostrada la parte primera de la conferencia.

¿Puede la economía considerar á la sociedad civil simple institucion humana? No puede, por cuanto el mundo moral se atiende radicalmente á su Hacedor: ella, olvidando las leyes creativas y divinamente sociales, es insípida.

Otra propiedad que sin duda está en las obras de Dios creador y legislador, consiste en que nos inducen á considerarlas con atónita mirada y á bendecir por ellas al supremo artífice. ¿Y esto por qué? Porque respaldan con perfeccion maravillosa: las leyes dadas por Dios toman color y rien, por decirlo así, de la belleza de Dios.

Blas Pascal escribió que «el hombre está colocado en medio del abismo de lo infinitamente grande, y del abismo de lo infinitamente pequeño (1).»

(1) Pascal. *Pensées*.

Valor, señores: desde la nada, es decir, el abismo infinitamente pequeño, poneos á buscar el otro abismo que contiene el todo, á saber, lo visible y lo invisible, refundido en Dios; subid sobre un errante rapidísimo cometa, que os servirá de navecilla en el espacio, y alzaos á contemplar los mundos.

¡Qué torrentes de fuego y de vida! Al mismo tiempo ¡qué orden tan exactísimo!

Ved allá un grupo de planetas y de astros, azules los unos, blancos los otros, y otros amarillos ó cerúleos; se afanan juntos, pareciendo que se aman y que corren á fin de abrazarse. Con todo, la simpatía sideral no llega jamás al abrazo. Caminan á porfía entrelazándose; pero no se encuentran. Fraternalmente siguen un baile más casto que los de nuestros jóvenes y de nuestras mujeres. El baile que se manifiesta en el cielo, se cambia y se renueva al sonido nunca interrumpido de un infinito concento.

Hé aquí otra multitud de astros, no sólo de colores, sino de formas diferentes. Los hay de mil contornos; rectilíneos, curvilíneos, y mixtilíneos, irregulares todos: son las «nébulosas.» Tienen manchas estos fantasmas fosforescentes; pero manchas que no los afean. Lo oscuro es hermoso en las regiones de la luz. Aparecen inquietos, y forman grupos ó tertulias por decirlo así, difundándose luego mucho. Sólo que bailan á su vez, siendo regulado su baile por un ritmo inefable.

En otra parte hay una zona, extraordinariamente larga y blanquizca; una especie de cinturón hermoso y descolorido. Tú poeta, vas imaginando cuál ente ó héroe, seguramente no mortal, se descendió del flanco el cinturón, echándolo allí. Es la «Vía láctea.» Manilio cantó en su poema las constelaciones que recorre. Aristóteles la llamó un meteoro luminoso que peregrina en la estancia intermedia del cielo. Oenópide y Metrodoro la juzgaron una huella indeleble del camino abandonado por el sol, cuando se aproximó á su presente camino zodiacal. Teofrasto quería que fuese la línea, en la cual los hemisferios se habían soldado juntos. Los hombres dicen los mayores despropósitos, pero la «Vía láctea» tiene la sonrisa, la danza, el sonido y la simetría, no entendiendo las humanas necesidades.

Estos astros de que hablo, como si fueran flores del firmamento, rosas celestiales, ó antorchas que iluminan el vacío, áun cuando diferentes y variables, componen una familia, en la cual tienen tantos modos, cuantos son los trastornos astronómicos. Considerándolos aisladamente, los astros parecen ordenados en república; mirándolos en sus diversos sistemas, muestran la monarquía. ¡Portento sobre toda ponderación grande! La anarquía no entra en tal república, porque

ninguno de los astros se rebela ó no quiere obedecer. En la monarquía no está el despotismo; la estrella atrae al planeta, sin engullirlo. El sol, atrayendo á sí la tierra, se contiene sin meterla en su seno; no la enciende, ni la destruye. El órden queda en salvo.

No es una monarquía ni una república el mundo sidéreo; es una confederacion. ¿Cuál es el foco de la confederacion inmensa? ¿Cuál es el cuerpo principal del que se desprende ó emana el doble impetu que aproxima y aleja? Nombramos un sol central. Nos encontramos en el continente de la fuerza y del movimiento. ¿Cuál es la causa del movimiento universal? ¿Por qué tal movimiento nos parece dotado de inteligencia, que atrae y rechaza en justa medida, sin excederse nunca ni propasarse, de manera que produzca el desórden? Admitid el sol central, é id á buscarlo en la estrella de Alcion entre el grupo de las Pléyades, ó bien tenedlo por la parte de la constelacion de Perseo: si alguna vez encontráis (es difícil), el gran sol central, sede y difusion de movimiento y de vida para todas las estrellas, preguntadle quién lo creó y lo puso allí: preguntadle quién le trasmitió la sabiduría de regir con freno ordenadísimo el mundo.

El fuego, el movimiento y la vida que se hallan en la confederacion de los astros, me revelan una causa suprema: la geometría, el álgebra, el conceto y el arte que manifiestan los cuerpos sidéreos, me trasportan al primer maestro, al sempiterno artista. Las obras creadas manifiestan perfeccion, porque salieron de las manos de Dios.

Descended, señores; del cometa que va por el espacio, saltad sobre la tierra. Hay que dejar la observacion del mundo físico para reducirnos á la del mundo moral.

Aun cuando el aspecto de la sociedad humana se nos puede á primera vista representar no bello, ó más bien verdaderamente confuso y enmarañado, en su ser sustancial pone de realce la obra de un sapientísimo magisterio; así como presiden leyes generales las esferas y las constelaciones celestes, leyes generales y supremas presiden la marcha de nuestro consorcio: por una superabundancia de excelencia, las leyes generales que nos rigen, mientras son inevitables, conceden libérrimo desarrollo á todas las facultades del hombre; no oprimen su voluntad, sino que la ayudan para que se vigore y se desarrolle; si mirando el cielo, el elemento de lo necesario resulta tan estupendo que debe referirse á la voluntad de Dios, con más razon, mirando á los hombres, por el enlace de lo inmutable y de lo espontáneo te ves constreñido á decir: hechura nobilísima de Dios es la sociedad civil.

Figuraos el mundo aun sin sus habitantes racionales. Aquí, con tales séres privilegiados, se quiere constituir una sociedad ordenada y vastí-

sima: así como en los espacios celestes van sembrados por grupos de estrellas, se necesitan grupos de personas que siembren, por decirlo así, los montes, los valles, las llanuras y las playas: del mismo modo también que los grupos de las estrellas se juntan en el espacio en una sola confederación, á una confederación y á una sola familia se deben reducir sobre la tierra los grupos de los pueblos: es preciso que los hombres vivan en sociedad.

¡Solemne plan! Empero ante todo ¿quién podía concebirlo? Para concebirlo se necesita una mente rica en magníficas ideas. Ahora bien; ¿dónde estaba tal mente antes de que los hombres fueran? Si vosotros me afirmáis que no fué la de Dios, os digo que por consecuencia existió el pensamiento de la sociedad, el pensamiento de una vida racional en común, antes de que hubiera una mente capaz de idearlo y disponerlo; el pensamiento precedió, por consecuencia, al nacimiento del pensamiento, lo cual, más que un raciocinio, es un mónstruo ideal.

Adelante; es preciso á todo trance disponer la sociedad de los seres racionales, y para disponerla se necesitan leyes generales. Os diré cuáles deben ser tales leyes. Es necesaria la luz para conocer la naturaleza é importancia de la creación social, siendo esta luz la verdad: se necesitan innumerables medios y modos para realizarla: se necesita un vínculo, ó más bien un espíritu de amistad para tenerla unida; tal espíritu y vínculo son el amor. Nada digamos de lo demás. Señores economistas; ¿os parecen invención terrena la verdad, la omnipotencia y el amor, leyes absolutamente indispensables para crear la sociedad? ¿Cómo y de dónde brotaron estas leyes fundamentales, que verdaderamente nos rigen, constituyendo nuestra vida y nuestra gloria? ¿Quién de nosotros exclamaría: «Yo he comunicado la verdad al mundo; he hallado la verdad, he hallado la omnipotencia, he hallado el amor?»

Pongámonos en un camino más fácil y más próximo.

Federico Bastiat, para poner de realce la preciosidad y la perfección de nuestro ordenamiento público, bosquejó prácticamente un cuadro social, que en los escritores económicos se encuentra aquí y allá rehecho con mucho fruto. Lo rehago también yo.

Pongámonos á considerar un artesano de nuestras campiñas ó un carpintero: veamos los servicios que á la sociedad civil presta y los que recibe de la misma: la desproporción entre los primeros y los segundos se os presentará grande.

El artesano emplea el día en disponer las maderas con las cuales construye mesitas y armarios. Se queja de su propia situación; pero ¿qué no consigue de la sociedad en cambio de su trabajo?

Ante todo, cada día, no bien despierta, se cubre; no ha hecho ninguno

de los vestidos que se pone. Para tener en la mano aquellos vestidos, aun cuando sean sencillísimos, ¿cuántas industrias y cuántos ingeniosos descubrimientos se necesitaron? Los Americanos debieron enviar el algodón, los Indios el añil, los Franceses la lana y el vino, los Brasileños el cuero; todas estas producciones debieron ser trasportadas de ciudad en ciudad á fin de ser trabajadas, hiladas, tejidas, teñidas y cosidas.

El artesano toma la comida. A fin de que cada mañana pueda comer el pan con que se sacia, es necesario que otros hayan preparado, deslindado, zapado, abonado y sembrado las tierras: que hayan vigilado para salvar las cosechas de robos; que las poblaciones hayan gozado de seguridad; que el grano haya sido segado, molido, empastado y cocido; que el hierro, el acero, la madera y la piedra hayan sido transformados en instrumentos de trabajo; que algunos hombres se hayan apoderado de la fuerza de los animales, otros de la fuerza de una cascada de agua, ó cosas semejantes; cada una de tales obras considerada singularmente, supone una cantidad inestimable de trabajo puesta en movimiento, así en el espacio como en el tiempo.

Nuestro artesano no pasará tal vez el dia sin consumir un poco de azúcar ó de aceite, ó sin servirse de alguna máquina manuable. En su virtud, ¿cuántos hombres, propietarios ó pobres como él, han trabajado y trabajan todos los dias en su favor!

Enviará á su propio hijo á la escuela para que reciba en ella instruccion, la cual, por limitada que se suponga, requiere siempre indagaciones, estudios anteriores y conocimientos que podrían desalentar la misma imaginacion.

Si sale, encuentra la calle empedrada ó iluminada. Los artistas han trabajado para ello, y los inventores han encaminado sus descubrimientos en beneficio suyo.

Si le disputan la propiedad de algun objeto, encontrará abogados que defiendan sus derechos, jueces que le darán seguridades, y oficiales que harán cumplir la sentencia; cosas que piden amplios conocimientos adquiridos, así como estudios hechos y consumo de subsistencias.

Va el artesano á la iglesia: es un monumento prodigioso; el libro que lleva es un monumento más prodigioso aun de la inteligencia humana. Allí está enseñada la doctrina moral, iluminado el espíritu, vigorizada y sublimada el alma; á fin de que esto suceda, se necesita que otro hombre haya podido frecuentar las bibliotecas, ir á los seminarios, sacar de todas las fuentes de la tradicion, y vivir sin deberse ocupar en las necesidades del cuerpo.

Si nuestro artesano emprende un viaje, halla que otros hombres, á fin

de ahorrarle tiempo y disminuirle gastos, allanaron y nivelaron el terreno, llenaron los valles, rebajaron los montes, unieron las orillas de los ríos, disminuyeron los terraplenes, colocaron carros sobre piedras de granito ó «rails» de hierro, domaron los caballos ó el vapor.

En suma; ved un solo hombre y de los más míseros: para tal hombre ha puesto manos á la obra todo el mundo.

De tal meditacion, recogiendo Federico Bastiat su razonamiento, exclama: «Cómo no llenarse de asombro, considerando la inmensa desproporcion que hay entre las satisfacciones que aquel hombre saca de la sociedad, y las que podría procurarse si sólo pudiese confiar en sus propias fuerzas. Oso decir que consume en un solo dia cuanto no produciría por sí en diez siglos. Esto que decimos del artesano debe afirmarse de todos (1).»

Bastiat, señores, con sus argumentos de valor, puede inferir que sin duda es admirablemente perfecto el orden social: empero yo, que aprecio mejor casi aun que aquel escritor francés nuestra constitucion social, doy un paso adelante, alzo la mirada á lo alto y digo: El mecanismo de la sociedad pública fué tan bien ideado y nos parece con tanta virtud dispuesto, que el hombre ni muy remotamente hubiera sido bastante para ello: está basado en leyes primitivas y divinas: ¡Oh alegría nuestra! La perfeccion está en los cielos, entre el enlace de las estrellas y de los soles: más bella aún y perspícua existe la perfección sobre la tierra, resplandeciendo en el enlace moral de los hombres; no se puede considerar á la sociedad civil efecto de la simple voluntad humana.

Vengamos á la pública economía.

¿Qué hace, y qué piensa la economía de la social union? ¿Qué dice de las leyes divinas, en qué consiste y sobre las cuales se basa?

Nos pusimos á estudiar sus tendencias, que nos parecieron reprobables, porque la vimos olvidar feamente las leyes primeras y generales de nuestra vida, que son leyes de Dios. Ahora bien, señores míos, otras tendencias económicas se nos manifiestan menos universales en verdad; pero más condenables y ruines. No solamente olvida la economía pública las leyes creativas y divinamente sociales, sino que las vitupera.

Volvamos á escuchar á los economistas, ora prediquen desde la cátedra, ora amaestren por la prensa. La conducta y la índole de la economía se nos manifiesta en los que constituyen su parte viviente, pudiendo nosotros decir que relativamente al respeto debido á las leyes

---

(1) F. Bastiat. *Harmonies économiques*.

generales sociales y relativamente al orden que desde un principio imprimió el divino Creador en ellas, la economía pública no se conforma sino que desesperada refunfuña; es una charlatana.

Tres sectas tienen desplegada altamente la bandera del escándalo y del impropio económico; el socialismo, el comunismo y el «sansimonismo.» Consideradlo, señores: por mucho que las tres sectas se inclinan á la incredulidad, muchísimos de sus miembros no quieren aun ser incrédulos, sino que por el contrario os hablan de religión; de modo que ni puedo afirmar lícitamente que olvidan las leyes divinas; las traen á la memoria y las tienen en la lengua, á fin de juzgarlas arbitrariamente. Lejos, pues, de ser llamados á oír en la economía la negación de Dios, vemos que los tales se enseñorean de Dios y de sus leyes creativas generales por la manía de crítica y de vilipendio.

Señor de lo creado, benigno Dios y Padre nuestro. ¡Yo me cubro de vergüenza en tu presencia! Mis hermanos aristarcos empero levantan su diente mortal contra tí.

Gabriel Bonnot de Mably (para limitarnos á los recientes tiempos económicos) figura entre los más famosos para manifestar su afán y su repugnancia relativamente á nuestro ordenamiento social. En 1768 publica el libro: «Dudas relativas al orden natural y esencial de la sociedad;» allí expone aquellos principios que repite luego en el «Tratado de la legislación» y en su obra: «De los derechos y deberes del ciudadano.» Anhela un nuevo tipo social. Otro tipo social va meditando Brissot de Warville, y en sus «Indagaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad y el hurto» procura encarnarlo de la mejor manera posible. Mira con despecho el mundo presente, que considera desencuadrado y mísero, persuadiéndose de que hace una obra santísima procurando con ahínco mudarle. La «Basiliade de Morelly» y su «Código de la naturaleza» contienen igual sentimiento: contaminada está la tierra y mal construida la sociedad civil, que vacila sobre sus propias piernas, tropezando siempre: reformémosla. Boston y Babeuf igualmente se muestran tan enfurecidos contra el orden presente de la sociedad que, hallándose encarcelados, procuran entrar en ella desde sus rejas la luz del sol, hasta el presente pálida y oscura. Están envenenados los siglos; enmiéndense por consecuencia. Urden allí en la cárcel aquella conjuración, que á los sócios proporciona malas estrechuras, y es causa de que á Babeuf le corten la cabeza. Roberto Owen se pone también á buscar un nuevo tipo social, queriendo arrastrar á los ingleses y á los extranjeros á sus peregrinaciones científicas. Al descubrimiento de un nuevo tipo social va el Conde Enrique de Saint-Simon; como para demostrar que lo ha encontrado, en 1819 publica su pequeño libro la «Parábola.» Carlos

Fourier grita que el mundo moral está pésimamente dispuesto, por lo que presume ordenarlo debidamente con sus «Falanges agrícolas é industriales.» Luis Blanc á su vez asegura que la sociedad está condenada á perecer; mas él con la «Organizacion del trabajo,» infundirá la vida en el pecho de la moribunda. Pedro Leroux, que es un compuesto de racionalismo, de «humanismo» y de mística desordenada, canta con el mismo metro: todo está mal dispuesto en la sociedad, y todo caer; solamente podemos nosotros ordenarnos con la teoría social «la Triada.»

De tal manera razonan y escriben los superlativos economistas, los socialistas, los comunistas y los «sansimonistas;» así como cuando una epidemia maléfica exuberante invade las naciones, todos más ó menos se resienten de ella, en los escritores económicos, incluso los más prudentes, se infiltra el negro humor y el afán caprichoso de reprobar en muchas cosas el orden universal de la sociedad: el socialismo, el comunismo y el «sansimonismo,» no son nunca combatidos por los hombres de bien con armas tan íntegras que alguna herida y algún daño no impriman en sus carnes, hechizándolos en las tinieblas de la muerte. El hecho es que la economía pública toma la costumbre de llevar la crítica á todos los elementos sociales, de gritar y encarecer airada cambios y perfeccionamientos esenciales.

¿A dónde van á herir tales querellas y tales indagaciones de nuevos tipos de la sociedad? ¿Qué quieren los locos y qué cosa les conceden los reservados? ¿No os lo he dicho? Se ha suscitado la crítica de Dios; sus leyes creativas ó divinamente sociales se han vituperado. Sí: levantad el velo, señores; descubrid las horribles tendencias de la economía; la sociedad humana, según está hecha en el curso de los siglos, tiene una marcha determinada; de tal marcha, vieja ó nueva, gentilica ó cristiana, nunca se despoja en sustancia, porque se la comunican las leyes generales, que se reconocen ser de origen divino. Pues bien: tal procedimiento es una ortiga en los ojos de la economía pública; ella, sin notarlo casi, profesa el principio de que la sociedad civil es de simple institucion humana; en su virtud quiere arrancarla de las manos del Creador: en su virtud, no viendo muy pronto realizado su intento, convulsa, chilla, llora, inventa, maldice lo pasado y lanza fogosas sátiras. Y á Dios llega la sátira.

¡Ingratos! Lamentan los males de la sociedad civil y amplifican su lado deforme: omiten con malicia los inmensos bienes, de que fecunda es originariamente. Ven el desórden; mas no el orden estupendo de que fué provista. El artesano, señores míos; el pobre artesano por mí descrito, que consume en un día cuanto no produciría por sí en diez siglos, siendo entretanto servido por la sociedad en cada una de sus ne-

cesidades, ¿no os parece que basta por sí sólo á desmentir estos fastidiosos gemidores y estos rabiosos?

Hagamos empero una obra elocuente, resolutive. Una vez escribió Proudhon: «Quiero mudar el eje de la humanidad: quiero que cuanto se mueve de oriente al occidente y viceversa, tome un curso á propósito (1).» Fué una baladronada de tribuno político. No así nosotros, más modestos y tranquilos. Con todo si nos es imposible dirigir de otra manera el curso de la humanidad, podemos con un movimiento de nuestro espíritu suponerlo absolutamente cambiado. Imaginemos en su virtud mudadas las leyes creativas, demos por subvertido el presente orden social, y veamos lo que sigue.

Infundió en el hombre Dios el instinto y la necesidad de la compañía: en tal tendencia está la primera vocacion á la sociedad civil. Los críticos que muerden y ridiculizan las obras divinas, supriman tal tendencia del hombre. Dejando de ser sociable, viene á ser misántropo. ¡Eh, señores! ¿Os placiera ver comunicadas á todos los vivientes las extravagancias de Diógenes y las melancolías frenéticas de Juan Jacobo? De todas maneras, Juan Jacobo y Diógenes, al mismo tiempo que odiaban á la sociedad, vivian en ella: ¡ay, si á su alrededor no hubiera existido la sociedad civil! Un misántropo, dos, tres, pueden ser admitidos; pero no pueden ser misántropos todos los hombres: disuélvense los pueblos cesando las ciudades; nuestra especie, á la soledad condenada, halla en esta la tumba.

Estableció Dios que los hombres se multiplicasen por generacion, con la cual existiendo el padre y la madre, creciendo bajo su sombra los hijos, se forma la familia, que es el primer foco de la sociedad pública. Cambien los murmuradores este orden, haciendo que la generacion humana nazca y crezca de otra suerte que por la generacion: algunos han supuesto ya que nos procreó la mona. Pues bien; junten á la mona con el hombre; el jóven, lejos de unirse á la doncella que tanto ama, se junte con alguna de las monas; provean así á la generacion medio humana, medio bestial, y esperen. ¡Qué bellos infantes surgirían! En cuanto á la familia, que la destruyan y disuelvan; que no exista ya sobre la tierra este pequeño santuario de paternidad, de respeto, de confianza y de amor; piérdase la memoria de las virtudes caseras; salgamos todos de la mansion en que nos vió el sol llorando en la cuna, y marchémonos libres por el mundo. El espíritu moral cesa en la sociedad, y la sangre se contamina en sus venas: está perdida.

Otra cosa quiso Dios establecer: el pacto por el cual el hombre se une

---

(1) Proudhon, en el periódico de Paris el «Peuple,» 1847.

á la mujer para engendrar, debía ser sagrado y solemne; lo elevó á la institucion gravísima del matrimonio. Bórrese, señores, el matrimonio; ¡ahora intentan verdaderamente borrarlo no sé cuántos economistas! Promúlguese ya el amor libre, amándose por horas ó momentos; sean libres, libérrimos los abandonos y los repudios, como tambien libres y libérrimos los abrazos. No tenga el hombre más la denominacion de marido, ni la mujer de casada; sírvanse segun les acomode, caprichosamente, sin promesas, sin vínculos y sin obligaciones. Es un asunto que pasa entre hermanos y hermanas. ¡Qué digo! Es un asunto que pasa entre gente degenerada. Apenas extingüense las nupcias, surgen las sociedades nefandas, llenándose la humana generacion de jóvenes espúreos y audaces llenos de lamparones. Romped los diques de los torrentes; rogad que salga el mar de su cauce y que inunde. ¡No existe ya esperanza! Un diluvio que al mundo purifique, ó una Gomorra universal que lo destruya.

Al mismo tiempo que las tendencias á la sociedad, al matrimonio y á la generacion, Dios infundió en el alma el anhelo religioso. Es un anhelo ó una necesidad tan prepotente que al hombre arrastra de modo irresistible: si á sus ojos se borra la imágen del Dios vivo, y si se rompen los altares de la verdadera religion, fabrica otros: toma un Dios cualquiera y lo adora. Mas adelante: haced que ocurra, señores, lo que hasta el presente no se ha visto: empequeñeceis, cegais y prostituís la humanidad. ¿Qué cosa es el anhelo de la religion? Es levantarse más allá de la tierra y buscar allí el supremo Autor; es creer que este globo que nada en el espacio, tiene altísimas relaciones celestes, donde la fuerza mecánica es sostenida en su origen por la espiritual; es declarar, por consecuencia, que la presente creacion no resulta bastante para nosotros, por cuanto el impulso religioso no es más que el movimiento de lo finito en direccion al infinito. Negad ahora el infinito al hombre y suprimid estas magnánimas aspiraciones suyas. Cae, postrado en el polvo: el águila vuela más excelsa que él; la flor del campo ríe más serena que él; la tierra se muda en cárcel, para venir á ser un osario inmenso, del que para siempre habrá huido el espíritu. ¿Y á qué fin me hablais aún de nuestras grandezas históricas? Maldecid, por lo tanto, almas sin gloria, todas las obras más eminentes y todos los hombres de Estado más insignes: destrozad las teogonias, los poemas, las páginas de los anales patrios; arrojad al fango las estátuas de los héroes, porque arden sin duda en todos los siglos las tradiciones y los monumentos de la inspiracion religiosa. Nosotros nos reducimos á enanos, siendo justo que imprequemos á la raza de los gigantes. Nos vejan y nos oprimen. Abajo los gigantes.

Volvamos á la parte profana de la sociedad.

Grabó Dios en el pecho este sentimiento y este principio: que el hombre debe hacer á los demás lo que quisiera para sí, con lo cual, mientras trabaja en favor de su propio bien, procura el de sus hermanos. Extirpad del alma del hombre tal principio y tal sentimiento: los hombres vienen á ser pésimamente egoistas, envidiosos y aborrecedores.

Ordenónos el Señor de tal manera, á fin de que con el trabajo y la industria hagamos adquisiciones é individualmente logremos el título jurídico de la propiedad. Combatid este derecho; decid que los hombres poseen sólo de una manera colectiva, ó bien que poseen todos lo mismo; haced que los ricos sean engullidos por los arruinados; la sociedad humana se transforma en un campamento de guerra; es un bosque en el cual no pasean hombres, sino fieras rugientes.

Dios se inclinó naturalmente á llevar la ley, é hizo más bien que la ley nos llevase á nosotros. Es *nuestro pedagogo*, segun dice san Pablo. De la ley natural surgen las positivas, entre las cuales figura el concierto de las leyes civiles y políticas. Abolid todas las leyes positivas; decid que el hombre nace libre y que no debe sufrir en el mundo vínculos exteriores. De pronto, cesando la ley, surge la tiranía; suplanta el fuerte al débil, y las muchedumbres aplastan al individuo: es la sociedad de los caníbales.

Dios hizo al hombre artista. ¿Qué cosa es, señores, el arte? Es la imitación de la naturaleza; es por consecuencia el estudio de un modelo mediante la observacion de una regla establecida. Contradecid tal ordenamiento decretado por Dios; haced que no quiera estudiar modelos, ni someterse de ningun modo á reglas; marchad en todo y por todo á saltos románticos. ¡Todo lo podeis esperar ménos Homeros, Virgilio y Alighieri! Las monstruosidades y los desatinos invaden por todas partes la escuela y el campo del arte.

Hé aquí que mejor que Proudhon hemos subvertido á nuestro modo el eje de la humanidad; fué mudado en su curso lo que del oriente corría á occidente, y viceversa: ¿qué resulta? ¡Ay del que osa tocar las leyes creativas y divinamente sociales! Ciegos son y dementes aquellos economistas que intentan hacer chacota de tales leyes, é intentan plegarlas á su gusto. Algo peor son, porque aparecen ingratos.

Me siento redargüido, señores. Los economistas, en los cuales me ocupo actualmente, dicen: No es esto ciertamente lo que nosotros queremos tocar, ó apartar de su curso: dejamos nosotros al hombre con los instintos y las nobles tendencias que tiene; solamente presumimos guiarle un poco mejor preservándole del mal. ¿No es verdad que domina el mal la tierra antes aun de que se extienda en ella el ordena-

miento multiforme de nuestra sociedad? Nosotros, pues, declaramos la guerra al mal, proponiéndonos conseguir que cesen las humanas desdichas. ¿Acaso tú, contento de ponderar las partes bellas y excelentes, cierras el alma á las heridas del dolor, y aun gozoso las admites?

Los ingratos que me acusan de cruel, se condenan con su misma obra y hasta con el verbo de su boca. Dejan estar al hombre con los instintos y con las nobles tendencias que tiene, admitiéndolo como viene al mundo por la creacion: trabajan, pues, sobre el fundamento colocado en un principio por Dios, sirviéndose de sus dones, de sus munificencias y de sus designios sociales: siendo así ¿por qué aguzan tanto la lengua y satirizan las producciones divinas? Deberían caer de rodillas, y, con la frente postrada en tierra, ensalzar al Dador de todos los bienes: ¿murmuran por el contrario? Son extrañamente ingratos.

Hay más. El mal campea sobre la tierra antes aun de que se descubra en ella hermoso y formado el enlace de la sociedad civil: por consiguiente, á su juicio, el mal á su vez tiene algo de creativo, siendo una ley divinamente social. Es, señores, raro el razonamiento; mas la ingratitud es enorme.

Es un principio, un teorema que los mundanos casi siempre ignoran; pero que sin embargo subsiste como raiz de toda nuestra ciencia y de nuestra felicidad. Oid. Dios, creando la sociedad civil, no la fundó sobre la perfeccion, sino sobre la ley de la humana perfectibilidad. Entre las dos palabras estas media el abismo: está la madeja de los misterios para quien no las entiende; pero está la vida para quien las sabe apreciar. Habia Dios creado el mundo físico, los astros, las constelaciones y las esferas; habia dotado á tales criaturas suyas de una perfeccion fija, lo cual quiere decir que por sí propias su excelencia no podía aumentar ni disminuir; por interna virtud aparecerían iguales en el dia del nacimiento y en el dia del acaso. Existía la perfeccion mecánica. Con el hombre, Dios se condujo de otra manera: lo creó bello, inocente, dotado de racionalidad y esplendor; mas enriqueciólo con todas estas dotes dándole tal amplitud y flexibilidad de modos, que, su obra uniendo á la obra divina, pudiese aumentar su excelencia con mérito propio. Fué por lo tanto, como decir al hombre:—Hombre, yo te quiero santo; pero á fin de que con plenitud la santidad florezca en tí, debes con tu voluntad y con el virtuoso imperio de tí mismo trabajar gallardamente. Te quiero sabio y docto; mas subirás á la verdadera posesion de la doctrina cuando ejercites de modo debido en el estudio y en el amor á la verdad las facultades intelectuales que te dí. Te quiero magnánimo; mas tú, con el sudor de tu frente debes luchar en el palenque de los esforzados. Te quiero casto; pero te corresponde obrar de modo que sobre la carne pre-

valezca el espíritu. Te quiero glorioso, y te abro el templo de la gloria; mas te toca penetrar en él. Te quiero perfecto, para lo cual te doy el anhelo y el poder; mas es oficio tuyo perfeccionarte. Es tal (me parece á mi) el lenguaje divino para quien con fidelidad lo recoge. El hombre, á diferencia de un polo, ó de una estrella, es «perfectible;» casi más que sobre la perfeccion realizada por Dios solo y cumplida desde un principio, la sociedad civil descansa en la ley del perfeccionamiento.

¡Qué honor tan magnífico, señores, tributado al hombre! Si es grande, si es valiente, virtuoso y feliz, puede con fundamento exclamar: Tengo yo mi parte en esta felicidad, en este florecimiento social y en esta grandeza. Si domina la materia y el mundo puede añadir: Heme ganado yo este vasto dominio. Si le aguarda en el cielo una recompensa inmortal, puede decir además: Volaré allí arriba, donde no ascienden los poltrones ni los perezosos, desde la lucha presente: para tí, oh beatitud eterna, trabajé mucho tiempo yo en los siglos.

Así os he descubierto de qué manera Dios ha ordenado el hombre y la sociedad civil: arraigados los quiso en la ley del perfeccionamiento. Ahora os he descubierto del mismo modo que solamente se realiza el perfeccionamiento humano y social, por cuanto el hombre fué dejado naturalmente libre para el bien y para el mal.

¡El mal! dicen gritando los economistas. Realmente luego entró el mal en los designios creativos; fué aceptado como una de las leyes divinamente sociales.

No fué aceptado, señores, sino simplemente permitido: en los designios de la creacion no entró el mal para nada, sino que penetró en su lugar, por el contrario, la humana libertad. El hombre menospreció la libertad; pecó en el principio de los tiempos y peca con furor todavía: ¿de quién es la culpa? ¿No es únicamente del hombre? «No excita Dios al mal,» segun advierten los libros santos (1). Y Tomás de Aquino justamente observa, que en la permission del pecado está el bien en el acto del que permite y no en las cosas permitidas: en su virtud, es un bien que Dios permita el pecado; mas no por esto es un bien el pecado mismo (2). Si el mal por la ruindad del hombre abunda, en el gobierno divino del universo no puede jamás el mal equipararse á la grande abundancia del bien: mas Dios de todas maneras domina con el bien en la creacion y en la sociedad, de lo que domina con el mal el hombre perverso y degenerado. Escribe Antonio Rosmini: «No sólo la cantidad del bien total supera la cantidad del mal, sino que aquélla con respecto á

(1) Epistola del a póstol Santiago, cap. I.

(2) S. Tomás: *Quaest. disput.* De verit. q. 1 á 8 ad. 4 m.

ésta es infinita, de modo que aplicar queriéndose á tal suma los principios de los matemáticos, la cantidad del mal como desvanecida pudiera olvidarse del todo en el cálculo (1).

¿Dánse á vituperar las divinas leyes nuestros benévolos economistas furiosos por la sombra del mal, no curándose absolutamente nada de la cantidad inmensa del bien? Mas ¿qué cosa por consiguiente quisieran? ¿Que Dios no hubiese permitido en nada el mal y el pecado? Aquí caemos en las leyes de la necesidad: el hombre viene á ser moralmente innoble y esclavo. ¿Quisieran, por el contrario, que, continuando el hombre libre, no abriese al mal la entrada y no se sometiese más al dolor, á consecuencia de la enfermedad humana? Entonces, por una parte, dejen reposar en paz á Dios creador y padre; estréchense además junto al hombre á fin de que se contenga, sin que se desborde más en el mal. No abandonarse á éste, cosa es suya: por otra parte, poniéndose á suprimir el dolor como consecuencia de la enfermedad humana, noten que, no sólo intentan lo imposible, sino que, si en efecto lograsen su propósito, despojarían de sus glorias más bellas á la especie humana. ¡Ingratos, siempre ingratos!

Debemos combatir el dolor humano; hacemos una obra pía estudiando los medios para endulzarlo, en lo que la economía pública puede prestar á los hombres servicios relevantísimos. Empero si se le mete en la cabeza y juzga poderlo extinguir desde su raíz, expelerlo del mundo y hacerlo cesar absolutamente, está engañada terriblemente. El dolor en un principio no fué deseado por Dios; mientras la constitucion del hombre permaneció íntegra é inmaculada, fué para Él desconocido. Con el pecado el dolor entró en la tierra; Dios, viendo el hombre sometido á él, no pudiendo en lo sucesivo evitarle, lo convirtió en un pacto, y en una ley de la corrupta generacion humana. Sólo que, por aquel sapientísimo magisterio que se admira en las obras divinas, en las cuales siempre se permite al bien que prevalezca sobre el mal, el dolor quedó convertido en uno de los más válidos estímulos para la virtud; vino á ser un eficacísimo resorte de la cultura y del progreso de los pueblos.

Ven aquí, economía social, y escúchame atenta. Persistes tú en el grandioso intento de no tolerar de ningún modo el dolor y de querer anularlo. Ahora bien; ¿no conoces que si por teoría deniegas la posibilidad del humano perfeccionamiento, reniegas históricamente del proceso y de la vida de tal perfeccionamiento? ¡Ah! ¡Continúas obrando como pérfida ingrata!

---

(1) A. Rosmini, *Teodicea*, lib. 3, núm. 938.

El dolor es condicion indispensable para la vida de las naciones.

Así como el hombre sale á la luz en los dolores del parto de la madre, las naciones adquieren su sér propio y se forman en los dolores del parto de la sociedad. De tal guisa se constituye la monarquía de Ciro, combatiendo toda clase de adversarios y haciendo á los pueblos del Asia sufrir dolores inmensos; de tal guisa, entre la disputa y el afán, surgen las repúblicas de la Grecia; de tal guisa la monarquía de Alejandro, la república y el imperio de Roma. ¿Cuál era en el corazón de los Romanos el tenaz propósito con que se regían? Lo dice la historia y más su vida pública: *Et facere et pati grandia romanum est*. Constituciones nacionales, gloriosas y fuertes no pueden existir si el corazón de la sociedad no late angustiosamente, si no se bañan sus manos de sangre, y si no se cubren los ojos de lágrimas.

El dolor en el sentimiento de los individuos humanos es hermano del gozo, y aun con frecuencia el padre.

Homero canta en la «Iliada» un gozo sublime, á saber: la victoria de su patria; te introduce, sin embargo, en un grande funeral: la destruccion de Troya. Virgilio canta los dolores de Eneas fugitivo por el mar, y tales dolores le producen la epopeya de la estirpe latina. Stacio canta un acerbo dolor en la «Tebaida:» la cremacion de dos hermanos, haciendo detestar la creencia en el inexorablehado. Lucano canta la tragedia de sus conciudadanos en la «Farsalia;» mas sustancialmente canta una gran derrota y un triunfo más grande aún. Dante canta estas tres cosas: «la desesperacion, la expiacion y la glorificacion;» te hace acometer un viaje, donde principias en el máximo duelo para concluir en el máximo gozo. Petrarca canta el amor, distribuido en tres órdenes: «vida, muerte y triunfos.» Tasso canta en la Jerusalem «un placer cristiano;» mas aquel placer emana de dolores increíbles. Milton canta un dolor inmenso: el paraíso perdido por el hombre, á quien suplirá la misericordia de Dios. Klopstock canta un dolor divino: la pasion del Mesías, por el cual surgirá la regeneracion del mundo. En suma; no hay hombre ni cantor que no sienta el tormento en su alma y que celebre la pura alegría.

El dolor es un elemento poderoso á fin de aguzar el ingénio y la personal actividad.

El genio es semejante al hierro: herido por las piedras despiende de sí las chispas celestiales. Así como en la oscuridad de un eclipse del sol se descubren á veces por el firmamento vagas cometas luminosos, al sobrevenir las calamidades viene á luz un grande hombre ó un héroe. Horacio dice que le impele la indigencia á ser vate, Es Cervantes igualmente pobre: los españoles, entre los cuales vive mísero y viejo, saben

y ven perfectamente su pobreza y que todo le falta. No quieren con todo enriquecerlo, porque no da, si goza comodidades y riquezas, al teatro de su patria dramas clásicos. Sea pues mendigo, por cuanto enriquece su pobreza el mundo. Por tal razón Richter dice á la pobreza: «Sé bienvenida, con tal que en el curso de la vida no llegues demasiado tarde.» De semejante guisa escribe Grocio en la cárcel uno de sus libros más religiosos: el «Comentario sobre San Mateo,» como Pellico compone allí «Mis prisiones» y como Campanella había compuesto allí ya su célebre utopía, *Civitas Solis*.

El dolor es la glorificación de la grandeza humana.

El tudesco Heine ha dicho: «Donde quiera un alma grande manifiesta sus pensamientos, allí está igualmente un Gólgota.» Es verdad. Sócrates á los setenta y dos años de su vida no quiere adorar la muchedumbre de los dioses, y manifiesta la unidad de Dios, siendo envenenado: es un Gólgota. El Papa Hildebrando, revela el pensamiento de la constitución de la Iglesia, que sostiene á la faz del emperador alemán, y es mandado á morir en el destierro: es un Gólgota. Cristóbal Colon anuncia la realidad de un mundo nuevo y lo descubre, siendo gravado con cadenas: es un Gólgota. Rogerio Bacon manifiesta sus pensamientos en la física y en la química, hace raras invenciones científicas y sufre diez meses de cárcel: es un Gólgota. Así otros innumerables. Ahora bien. El Gólgota, encima del cual es atormentado el hombre ilustre, le confiere aureola tal que ante los pueblos hácelo venerable. Por esto el Vizconde de Chateaubriand, herido por las glorias de Napoleón I é indignado con él á nombre de la libertad, exclama después de ocurrida la gran catástrofe y la prisión increíble: «Ahora para glorificar al héroe, para crecer y perpetuar su nombre ha venido Santa Elena: ¡nos faltaba Santa Elena! Bonaparte no es el verdadero Bonaparte: se trasforma en una figura de leyenda, compuesta por las fantasías del poeta, por las tradiciones del soldado y por los relatos del pueblo: es convertido en el Carlo Magno y en el Alejandro de la epopeya de la Edad Media, que nosotros vemos cada día. Si antes pertenecía Napoleón al mundo, hoy el mundo le pertenece. La Europa, siempre un poco romántica, inclínase al catafalco de Santa Elena (1).»

Por último, el dolor produce bienes aun más preciosos que los nombrados: es el mentor de la conciencia humana, de la morigeración y del juicio.

Faustino, gran señor de Catania, en el más florido hervor de su edad, hizo una calaverada, porque se casó con Camila cinco años atrás, ha-

(1) Chateaubriand: «Memorias de ultratumba.»

biendo venido á ser moralmente otro. Camila, la jóven pizpireta del condado de Giarreta, la coqueta de las trenzas rubias y de las fáciles sonrisas, de voz más melodiosa que las olas que murmuran sobre aquella playa del Jonio, pero de un espíritu hirviente como el Etna, de tal manera cogió en sus redes á Faustino, que la jóven se casó con él, le hizo llevar su vida, perder el juicio con sus vanidades y arder con sus furores.

Si os place inquirir un poco su casa y sus costumbres, vereis todo lo contrario que lecciones de sabiduría, de órden familiar y de parsimonia.

La jóven, á Catania conducida, no bien se celebra el matrimonio, tuvo como nunca ocasion de poner inmediatamente de realce su cerebro vacío: desde las vanidades campesinas se arrojó con ímpetu á las pompas señoriles; desde un bailoteo de mala índole al baile lujoso, y desde la nocturna guitarra de los jóvenes á los espectáculos del teatro. Faustino siguió en todo á la loca; se compuso, se dejó ver entre un enjambre de pisaverdes, se hizo un hombre de mundo, profirió sus fallos relativamente á la eleccion de las modas, locamente se dió á los goces, y se puso á gastar de una manera desatinada. Cierta que tiene mucha fortuna; mas aunque ciña bien de piedras y de breñas sus fincas, ¿no temerá que disminuyan sus confines? Cosa peor aun: ¿qué será de vosotros, Gabriel y Lida? Son las dos inocentes criaturas, que salieron del vanidoso enlace. ¡Oh! ¿No quedareis devorados, ángeles míos, cantando, tocando y manchándoos en breve por las flaquezas de la madre, las bacanales de la casa, y las voráginas de la pésima educación?

Veo, señores, que sentís asco. Pues bien; aguardad un poco. Trascurrido un año desde que indagamos algo lo que ocurría en aquella casa disoluta, asomémonos á su puerta.

Allí ha cambiado todo de improviso. No-tumulto en el umbral; no aparato de servidores con librea y el color de las alegrías propias del borracho: hay allí por el contrario, recogimiento y silencio. ¡Oh! ¿Nos habremos, por ventura, engañado? ¿Entramos en un convento de Capuchinos tal vez? Subamos las escaleras; las personas de la familia que se nos ponen delante aparecen decaídas, con traje humilde y como llenas de miedo: ni en la sala ni en los gabinetes hay nada dispuesto para las fiestas de costumbre; todo está en desórden ó arrinconado: abandonadas las mesitas de juego, vacío el comedor, los vasos de cristal sin flores frescas; los papeles de música, las solemnes piezas de Pergolesi, de Bellini y de Rossini amontonadas cerca del piano, tan solo y tan desolado, por decirlo así, que da claramente á entender que tardará mucho

á sonar, ó que, si se deja oír, despedirá más bien concetos tristes y armonías funerales.

¡Oh! ¡Qué sucedió?

Contesten los familiares: «Ha muerto doña Camila. Tomó un enfriamiento visitando, hace un mes, el museo del príncipe de Biscari; corria un aire frio; se presentó con la garganta desnuda y con encajes sutiles en el pecho, no bastantes para su defensa: empezó á toser malditamente; despues vinieron los esputos sanguinolentos; despues... En suma, murió. Mañana su cadáver será conducido con gran pompa, acompañado por todas las cofradías de la ciudad.»

«¿Dónde se halla, buena gente, y qué hace ahora su pobre marido, el dueño de casa?»

«¿Quiere usted ver á don Faustino? Aún está en sus habitaciones, que se dispone á dejar. Los dos niños han partido ya, y él les seguirá. ¡Pobrecito! ¡Qué golpe para su corazon! ¡Tiene los ojos preñados de lágrimas!...»

Al decir esto, abren despacio una puerta y nos meten dentro de algunas estancias seguidas.

Allí en el fondo, abiertos los balcones de par en par, enhiesto sobre una mesa el Crucifijo con dos velas encendidas, está la criatura muerta.

Don Faustino, con la punta de los piés, ansiosísimo; pero temeroso y espantado, como si quisiese asomarse á la boca de una voráGINE, acércase á la cruel estancia: cuando al umbral llega, se siente repelido; mas vuelve á dar un paso, asoma la cabeza y entra, queriendo á todo trance dar el último beso y el último adios. El cadáver está envuelto en un blanco lienzo, y su cabeza cubierta con un velo: él, temblando y gimiendo, lo levanta. ¡Espectáculo horrible! La cara de su consorte no es ya lo que fué: demacradísima, pálida como andrajo de lejía, con la espuma en los dientes, no tiene ya huellas de las facciones encantadoras de Camila. «¿Todo está perdido por consiguiente? grita. ¿Perdido para siempre? ¿Dónde estás, Camila? ¿A dónde fuiste, desventurada mujer? ¿Fué un sueño tu existencia como la mia? ¿No podremos hablarnos, ni encontrarnos nunca más sobre la tierra?»

El beso está dado, y el adios supremo tambien; desaparece Faustino entre una tempestad de lágrimas y de gemidos.

Quando él, pasados los tristísimos días de las exequias, volverá con sus dos pequeños á su palacio, éste verá cómo adquiere costumbres nuevas y vida juiciosa. Con la muerte de Camila penetró en su alma el pensamiento de las humanas vanidades profundamente; como de niño y aun de jóven era honrado y religioso, se despierta en él nuevamente la primitiva moral, llevándolo á renegar de las culpas amadas indigna-

mente, y de los ejemplos vituperosos aprendidos de la mujer. Ya ni cuadros feos en las paredes, ni lujo desmesurado, ni reuniones de impudentes amigos, ni farsas, ni banquetes, ni despilfarros; despedidos los servidores procaces, son conservados únicamente los modestos; cuanto escandaloso fuera en aquel palacio, viene á ser una escuela de morigeración y de virtud. Con la seriedad entra la verdadera filosofía y con la religion el pudor. Ahora, Lida y Gabriel, pensando en vosotros, me consuelo. No; no caereis en la impiedad, ni en las disoluciones que cesaron: habiendo desaparecido aquélla, que más que madre era para vosotros traidora, sereis confiados á un maestro discretísimo. Vosotros, ángeles míos, sois restituidos al cielo.

Señores; cuando yo contemplo el cambio repentino de aquel palacio, de aquella familia, quedo atónito. Decidme: ¿por qué fuerza maravillosa quedó realizada la mutacion?

Supongamos á que la casa de Faustino, en la hora de la vanidad y de la embriaguez, se hubiese asomado un solemne filósofo: un Sócrates, por ejemplo, ó un Epicteto á recomendar la moderacion y la vida austera: ¿creeis vosotros que hubiera sido escuchado con fruto? A entrar allí san Pablo para recordar á las personas metidas en los bailes y en las fiestas que todos han de vivir honrada y sobriamente, ¿cuál de las dos cosas hubiera encontrado su plática? ¿La compuncion ó la bufla? Imaginemos que se hubiera plantado allí el propio Cristo con el Evangelio. Tal vez las mesas de juego, los laúdes y los címbalos hubieran caido encima de su persona para maltratarle. Empero ved, ved: en la casa de la vanidad y de la embriaguez penetró un doctor eficazísimo, y un filósofo potente de manera extraordinaria: enviado fué por Dios, no habiendo resultado vana su presentacion; habló con la elocuencia de los hechos y fué plenamente comprendido. Este doctor y este filósofo milagroso es el dolor.

¡Oh mundanos! ¡Qué corazon tan duro y ruin escondeis vosotros en el pecho! Propiamente se necesita que terribles martillazos os dé Dios en él á fin de que recobreis el juicio. Os golpea Dios en él gallardamente. Os visita Dios con la desventura sin excluir la extrema: entonces abris los ojos, y reconocéis á vuestro Padre celestial que á sí os llama. Blasfemais del dolor; mas el dolor os da nuevamente la vida de la conciencia, y os vuelve á colocar en los senderos abandonados de la eterna beatitud.

Vuelvo á la compañía de mis buenos disputadores los economistas.

Teniendo en cuenta las tendencias que en la escuela económica se desbordan, quedamos advertidos firmemente de que la economía pública hace cosa peor que olvidar las divinas y generales leyes: habiendo

entrado en la creencia ó á lo ménos en la suposicion de que la sociedad civil es de simple institucion humana, no solamente olvida las grandes y generales leyes que nosotros reconocemos de Dios, sino que las vituperar y denigra: las denigra murmurando de todo lo establecido en la sociedad desde sus albores; las denigra buscando un nuevo tipo social; las denigra igualmente asumiendo el encargo enorme de hacer cesar el dolor sobre la tierra. Ahora bien; ¿qué hace obrando así? ¿Qué denominacion merece por ello?

La segunda parte de la conferencia fué ventilada en todas sus partes, diciéndonos abiertamente que la economía pública, al vituperar las leyes de la Providencia divinamente sociales, es una desconocida y una ingrata.

---

Os invito á que considereis otra propiedad, con la que resplandecen las obras divinas de la creacion.

Para quedar instruidos de lo que yo asevero, notemos las obras creativas todas en complejo; unamos en una sola contemplacion cielo y tierra, universo fisico y sociedad civil: hé aquí que de todas partes se nos revela que las leyes de la creacion son continuas y no alteradas. Siempre la multitud de los astros corre del oriente ante nuestra mirada en direccion al occidente; siempre persiste la ley de la gravedad en los cuerpos; el sol, con los cristales de Galilei, aparece un globo de fuego, como ya manifestábase á los Tolomeos, brillando á nuestros ojos con la misma luz con que resplandeció á las pupilas de Adán: la luna, investigada hoy tan bien por nuestros telescopios en Europa y América, no es distinta de la que brillaba sobre la frente de Eva en la noche primera que gozara en el mundo. Lo propio sobre la tierra pasa con cuanto nos rodea y nos hace compañía: las flores de nuestros montes y de nuestros valles huelen como las primitivas flores; los pájaros que recrean con su canto nuestros oidos y nuestras almas, gorjean con el mismo metro de los pajarillos del Eden. El hombre, príncipe de las cosas terrestres, respira, habla, siente y discurre, como tales actos ejercia sesenta siglos hace. Por consecuencia las leyes creativas evidentemente son por su naturaleza permanentes é inalterables.

¿Qué demuestra esto, señores? ¿Por qué las leyes de la creacion duran siempre y no cambian?

Esto sucede porque las leyes creativas en absoluto contienen la prenda del órden y de la vida. Así las hizo Dios; es decir, que las hizo permanentes é inalterables, á fin de advertirnos que fuera de tales leyes, ó contrariamente á lo establecido por El, nada hubiera podido ser dura-

dero y vital. Suponed realmente interrumpidas las leyes creativas y suponedlas borradas: las «miriadas» de los mundos estrellados se derriban por el espacio: aun la tierra, sin flores, sin alegres pájaros y sin criaturas racionales, se disuelve; astro arrancado del centro y errante, se hace pedazos y cae. «Dios es el ente, dijo Aristóteles, fuera del cual no existe ningun otro ente; es el principio, por el cual todas las cosas existen y permanecen.» Destruid los ordenamientos divinos, y retirados de Dios; caereis vosotros en la nada.

Es tal el trino carácter, por el que se distinguen las grandes leyes creadoras y de las que hablamos. En primer lugar las encontramos imperativas; en segundo lugar llenas de bondad, y en tercer lugar necesarias por excelencia.

No hubiérais quedado desde un principio persuadidos; pero el hecho es así. Cuando Dios con sus decretos y sus leyes viene á ser necesario para nosotros hasta el punto de que, donde no existe, la vida retrocede siendo reemplazada por la muerte, resulta increíble decir que la economía pública, en sus vastos designios de social reconstitucion, procura obrar, no solamente por sí, sino sobre la negacion abierta de Dios y de sus leyes temporales y eternas. Con todo, entre las erradas tendencias económicas no faltan las ateas: llamadas restringidas si así os place; mas el ateismo os es propinado y difundido por la economía pública. Ella, segun la presentan los escritores que la difunden y los afectos con que se inflama, sobre olvidar las leyes creativas divinamente sociales, y sobre vituperarlas de una manera estólida, las niega desvergonzadamente.

Valga la verdad; traed á la memoria los más audaces y los más ardidos economistas: ved á Guillermo Godwin, el cual, peor que Rousseau, declara la guerra á todas las instituciones sociales; vedlo á él, que mientras dos veces toma mujer, vocifera contra el matrimonio; que siendo sacerdote y predicador, quiere destruidos los altares y dispersa la religion; que publica el libro «De la justicia política» atacando allí la propiedad. Del fanático inglés pasad á las filas de los sectarios igualmente fanáticos, viniendo al francés Lecoutrier y al francés De Flotte, los cuales con vehemencia no menor maldicen de la sociedad civil, arrojan al fango las religiones, y afirman que la fe católica es una infamia: ¿no descubris que se desborda el ateismo á dar la batalla contra el cielo? ¿No escuchais cómo los dementes niegan á Dios con su boca? ¿No ois á Proudhon, que nos anuncia y nos predica que «Dios es el mal?» No negueis la historia.

Es por consiguiente terrible la última tendencia, á la cual es llevada la pública economía: niega terminantemente las leyes creativas divi-

namamente sociales: negándolas, os declara que la sociedad civil es de institucion simplemente humana.

Pues bien; no sólo nos parece impía la economía pública, sino al propio tiempo ruinosa.

¡Qué hice yo! Aun no acabé de proferir la calificación de ruinosa, cuando la escuela de los ateos economistas se irrita y se revuelve contra mí. Así dicen: Nosotros no; no queremos de ningún modo á Dios, mas queremos á la naturaleza, que nos basta. Damos á leer los filósofos escépticos, que á la naturaleza se atienen; entre ellos es creíble Ausonio Franchi, escéptico superlativo, que se burla del orden sobrenatural, afirmando empero que «el estado social, precisamente por haberlo establecido la naturaleza, tiene sus leyes naturales, que constituyen el natural derecho del hombre: derecho que no es abstraccion, sino una realidad viva y cierta (1).»

Amados batalladores: vosotros me acometeis con ruido; pero no dais en el blanco. Sabedlo: no desconozco que haceis un llamamiento á la naturaleza: no niego que los filósofos escépticos, caudillos vuestros, os corresponden; pero las palabras no importan la menor cosa. Es preciso atender á la fuerza de las doctrinas, y apreciar el hecho, que desmienten vuestras chácharas sobre la naturaleza.

¡Cómo no! Quereis que la naturaleza que es «una realidad cierta y viva,» que constituye el derecho natural del hombre, y que os presta las leyes óptimas de la sociedad: quereis esto, y entretanto lanzais á Dios de la creacion. Mas, señores economistas; si quito yo á Dios, ¿qué cosa es la naturaleza, que me citais como fuente de las leyes sociales? Os declaro que no la comprendo.

Nosotros que admitimos á Dios creador y sostenedor de los seres, conocemos bien qué cosa es la naturaleza: es aquel orden por Dios establecido desde que principiaron los tiempos, el cual participa de sus ideas, de sus decretos y de sus voluntades, es decir, de sus leyes: el hombre lleva en sí estas leyes que son inmutables, eternas y ordenadoras de la vida humana; no siendo hechas por él, obligacion tiene de respetarlas.

Atengámonos por el contrario. á vuestra doctrina, é imaginemos que Dios no existe: ¿qué cosa me resta? Me resta el orden cósmico, el orden físico y mecánico. Mas éste no corresponde á nuestra necesidad; ni aun vosotros con las leyes de los cuerpos nada más, presumís establecer la sociedad civil.

---

(1) A. Franchi: *Saggi di critica e polemica*; parte primera: *Questioni filosofiche. Risposta ad una corrispondenza.*

¡Ah, lo veo! Aun me queda el orden de lo inteligible, en el cual se espacia la razon del hombre. Empero entendámonos aquí ¿Es absorbido por nuestra razon todo el orden de lo intelegible, ó no existe?

Si no es absorbido todo; si existe por esto el orden de lo «superinteligible,» y si existe sin Dios, instruidme de qué se trata. Parece que suponeis existe en algun sitio como un mar inmenso «de mentalidad,» espiritualidad y qué sé yo; mas es un supuesto, como veis, y no más, al paso que, considerando las leyes primitivas de la vida, debemos marchar por dogma, con principios no vanos, sino ciertos. Además, de todas maneras, no pudiendo nosotros conquistar nunca el reino de lo «superinteligible,» quedamos perpétuamente sometidos á una incógnita, y esto va mal.

¿Es por consecuencia absorbido todo por la razon humana el orden de lo inteligible? Entonces en tal orden existe sólo el hombre mismo. En tal caso decir, «es hijo el hombre de la naturaleza y saca de la naturaleza las leyes,» vale tanto como afirmar: «El hombre es hijo de sí propio y saca las leyes de sí.» De modo que se crea, se engendra y se rige completamente por sí solo. Empero si de tal modo el hombre contiene la naturaleza en sí; si espejo es sólo de otras ideas fuera de las propias; si no está vinculado por otras leyes, sino por las suyas; si, en suma, el hombre es el señor de la vida, no continúa en disposicion de recibir la ley por mano de otros, ni de someterse á gobierno alguno. ¿Quisiérais vosotros imponer la ley á quien lleva en sí la fuente de la ley? ¿Quisiérais que se conformase con ser gobernado quien lleva en sí el origen y la potestad del gobierno? Por lo tanto, atribuir al hombre la creacion de la naturaleza, supone hacer brotar del hombre la disolucion de la humana sociedad. Existen en tal hipótesis tantas razones de una existencia autónoma y absoluta; existen tantos derechos de un sér independiente de cuantos son los hombres; toda vez que los hombres, como demuestran los hechos, discordan entre sí y fácilmente pelean, se sigue que donde tú, bajo el imperio de tales principios, los pones juntos en práctica, no te dan una comunidad ni una familia, sino que destrozan y desmenuzan la mal ideada sociedad.

Señores economistas, que celebráis la naturaleza humana sin admitir á Dios: tomad en la mano los trozos sangrientos de los miembros esparcidos de vuestros hermanos é id á sepultarlos. Hermosa sustitucion hacéis de las leyes veadamente creativas y divinamente sociales, de que nos amaestra la misma naturaleza, de que nos hablan mejor la Biblia y el Cristianismo, Hé aquí que sepultais al género humano.

Mas, una vez arrojados los filósofos escépticos, y privados de su apoyo

los economistas, hay que inquirir en la realidad de las cosas cuánto con sus tendencias ateas viene á ser ruinosa la pública economía.

No bien la economía pública excluye de la sociedad las leyes primitivas y generales, que son las de la creacion y de la naturaleza, leyes originariamente divinas, precisada vése á fabricar otras propias, porque sin ley no puede haber nada, y ménos puede haber [sociedad; su partido angustioso y necesario está en sustituir á las leyes emanadas de Dios las leyes emanadas de los gobiernos, y á las leyes naturales las leyes ficticias, con lo cual el nuevo edificio de los economistas ateos recomiéndase á las leyes externas, viniendo á ser un puro organismo urbano establecido en el orden artificial. Ahora bien: decir esto, significa que la sociedad sobre que descansan las tendencias ateas de la economía, no puede tener confianza de ninguna especie en el éxito feliz: aun antes de nacer, muere.

¿Cuáles son, en realidad, las leyes que pueden infundir vida á la sociedad humana, manteniéndola unida y duradera? No son las leyes extrínsecas, sino las intrínsecas; no los reglamentos del hombre ó de los gobiernos, sino los ordenamientos de la naturaleza.

Los ateos cultores de la economía quieren reducir la sociedad á un pacto social; mas á fin de que tal pacto se mantenga firme, necesario es que sea por todos sentido; necesario es que la ley tenga la sede en el corazon, si debe producir el movimiento externo de las manos y de la persona. Sabiamente san Pablo escribía: *Gentes ostendunt opus legis scriptum in cordibus suis.*» Las gentes muestran la obra de la ley que se halla escrita en sus corazones (1). Conformes con la doctrina del grande apóstol del Cristianismo, están los filósofos y los publicistas de todos los tiempos y de todas las naciones: con ellos está de acuerdo Ciceron donde dice: «No aprendemos nosotros esta ley eterna y universal, sino que la sentimos; no la recibimos sino que la llevamos esculpida en nosotros (2);» está de acuerdo tambien Hobbes donde afirma: «Esta ley no necesita promulgacion (3);» está de acuerdo mejor Grozio donde afirma: «Esta ley no necesita preceptor; en los niños se manifiesta antes de llegar el tiempo de la disciplina (4).» Empero los ateos economistas no se fijan en el corazon, ni en el sentimiento innato de los hombres. Con su contrato social se ciñen al orden externo: ¿qué sucede? Planta que no tiene raíz, resulta estéril y viene al suelo; torre que se

(1) San Pablo á los Romanos.

(2) Ciceron, «Pro Mil.»

(3) T. Hobbes, «Leviat.»

(4) Grocio: *De iure pacis et belli.*

apoya en la arena, no subsiste, sino que se derrumba: esto pasa con su obra. Apenas la quieren realizar, falla y se disuelve; no dan una creacion civil y política, sino una ruina.

Desenvolvamos este pensamiento, y entretengámonos un poco relativamente á esta invencion artística: el pacto social.

El jóven estudiante que sigue á la economía atea en todas sus locuras, se abandona precisamente al sueño de que los hombres, observándolos en el principio de los tiempos, vivían disgregados unos de otros, sueltos y libres, existiendo por consecuencia en el mundo multitud y no unidad. Era cosa muy desagradable, porque hubiesen podido hacer mucho bien unidos; obrar milagros de civilizacion y de poder. Ahora bien; aguardad, señores, aguardad. El jóven economista se les pone delante; como heraldo del orden y de la sociedad naciente, se dirige así á los desunidos con fogoso lenguaje:—Hombres, venid aquí á fin de oirme. La division y la soledad en que os hallo, va mal; os propongo yo una ley, por la cual debereis daros recíprocamente la mano y vivir juntos: ¿Accedeis á la ley que os declaro? Vereis á la tierra mudar de semblante, tener fin las guerras recíprocas, concluir la miseria, y sobre vuestros vestigios despuntar la alegría, la abundancia y la paz; vereis la felicidad venir á vuestro encuentro con los brazos abiertos y reposar á la sombra de vuestras casas. ¿Accedeis á ello, ancianos?—Ellos respondieron:—Sí; accedemos.—Pues bien; no falta la menor cosa: el pacto social se ultima entre los hombres.

¡Qué invencion tan maravillosa el pacto social! Empero establecer sobre un contrato la sociedad civil ¿no parece una cosa fuera de lugar, una pérdida de ingenio y de tiempo? ¿No es peor que aquella figura retórica llamada «pleonasmos»? ¿Reunir á los hombres á consecuencia de un contrato? ¿Como si el hombre viviera en sociedad por eleccion suya, más que por ley de creacion! ¿Como si las convenciones, que valen para objetos y actos dependientes del libre albedrío de los hombres, puedan crear ó destruir radicales derechos sobre los cuales no caben distinciones ni límites! César Cantú se ríe de tal doctrina, y tiene razon para escribir: «El hombre es sociable como es evidente; hacer el pacto de vivir en sociedad sería como hacer el pacto de digerir ó hacer circular la sangre; agudamente nota que la historia no halla el día de aquel pacto, convenciendo la razon de que no podia formarse sino preexistiendo la sociedad: asimismo la moral lo condena, porque al hombre atribuye, no deberes, sino derechos (1).

¡Anda, buen jóven estudiante, porque has hecho el descubrimiento

---

(1) C. Cantú. *Saggio sul Beccaria e il diritto penale.*

magnífico! Impeliste los hombres á establecer públicamente que piensan, ven, hablan, velan, duermen, y obran: ¿estás contento? Te levantaré una estatua en mi futuro museo.

Empero (aquí está señores, la desgracia); empero si la cháchara del jóven estudiante de economía hubiese podido prosperar y producir efecto de alguna clase, otra sociedad de hombres no hubiera compuesto que la de un solo dia: cosa muy relevante por cierto, tratándose de la sociedad verdadera y ordenada, que no se cuenta por simples dias, sino por edades.

Lo pruebo. Supongamos que los hombres á propuesta del jóven estudiante se reúnen y establecen su pacto social: ¿quién queda obligado á él? Cada individuo que presta su consentimiento. Mas si no es un pacto tiránico, si no cabe destruir la personal autonomía que cada uno tiene de sí mismo, es indispensable que, cuando plazca, se disuelva segun la necesidad de los asociados: trátase de un pacto meramente externo, que no tiene raiz en la razon íntima de las cosas, y que, por su naturaleza debe ser disoluble. ¡Por consiguiente, adios contrato y adios sociedad! Aun no está firmado por muchísimos, cuando queda roto. Todavía existe una cosa más formidable.

Los individuos que consienten quedan obligados al pacto; supóngase que obligados quedan aun por toda su vida. Empero ¿pueden los contrayentes disponer de la voluntad de los venideros? ¿Pueden los vivos ligar al pacto los futuros, que han de nacer todavía? No. Por consecuencia el pacto dura solo una generacion: debe modificarse y descomponerse cada vez que aparezca nuevamente un individuo humano llegado á la madurez de su razon, y por lo mismo dotado de igual derecho de resolver sobre sus relaciones sociales. ¿Dónde, señores, está el pacto?

Desaparece de mi vista; mas delante de mis ojos está el jóven estudiante teniendo en las manos el papel del contrato social. Allí está en actitud solemne, cuando, tras hacer admitir la ley á las muchedumbres civiles, las muchedumbres civiles se retiran. Empero pronto rescinden el contrato, porque la ley ha envejecido y quedado en desuso. En su virtud resulta un legislador infructífero y solitario.

¡Poder de la sociedad civil! ¡Maravillas y prodigios de esta humana sociedad, que debe sin duda encarnarse en el orden, viviendo de juicio y de amor; custodiar eterno é inmaculado el santuario de la justicia; hacer marchar de un modo equitativo el deber y el derecho, la autoridad y la obediencia, el mando y la libertad; que debe premiar á los magnánimos y proscribir á los criminales; que debe proveer á las obras de la paz y de la guerra; que debe hacer prosperar las ciencias, las artes, los comercios, las industrias y la civilizacion, realizando todo

esto no solamente para un día y una sola generacion, sino en el curso de todos los siglos! ¡Maravillas en verdad y prodigios de la humana sociedad esta, recomendada á la propuesta de un pacto que dictó un jóven dado á la economía; pacto apenas dictado y admitido é incontinenti destrozado y disperso! ¡Qué prevision en tal ordenamiento social! ¡Qué cimientos tan estables! A mí me parece ver las almas venerandas de los legisladores antiguos: Solon, Licurgo, Confucio, Caronda y Numa, los cuales, tras haber recogido, si vale la expresion, el juicio de toda la tierra, y meditado detenidamente las necesidades humanas, promulgaron sus leyes clásicas: paréceme ver á Pitágoras, el cual, encanecido en las vigiliass de la ciencia, dicta la constitucion de la Magna Grecia; y á Platon que en las juntas de los mejores ingenios del mundo, compone sus diálogos de las leyes; paréceme ver á estos ancianos y á estos maestros dirigirse desdeñosamente á nosotros, oyéndoles así exclamar: ¡Nosotros hemos sido reemplazados por un jovencito! Naturaleza, religion, flosofía, nuestras tres guías soberanas, han quedado proscritas por la propuesta accidental de una legal convencion universitaria. Retrocedamos, sustrayéndonos á la memoria de los vivos, llevando con nosotros nuestras obras y nuestras legislaciones; porque los hombres de un siglo, que será llamado décimonono, nos llamarán asnos.

¡Oh leyes eternas de Dios, leyes creadoras y divinamente sociales! ¡Sólo imaginando vuestra desaparicion de la sociedad, veo qué suerte corresponde al hombre que os repudia!

Guerrazzi en una de sus peores novelas, inserta el cuento siguiente: Lord Sturman está consumido por una dolencia; pero intenta evitar la muerte: no quiere morir despues de todo: ¿qué hacer? Ved al hombre soberbio é ingenioso: se hace raer la barba, peinar el cabello y embellecer sus pálidas mejillas, pareciendo que se dispone para las bodas. ¿Qué bodas? Mientras alimenta la nueva esperanza, lleva la muerte á sus dientes el hilo de su vida; se le acerca, le da una violenta sacudida, corta con los dientes su existencia y dice: «Ven.» Y lord Sturman va. Su nuevo sitio nupcial es el féretro (1).

No es desemejante la sociedad civil cuando se hace incrédula. Ha rechazado el principio de la vida y siéntese morir; mas intenta evitar la muerte: habiendolo visto junto á sí al jóven dedicado á la economía, éste le peina, embellece sus carrillos y lo rejuvenece; son los afeites y las vitalidades aparentes del contrato social. En vano; porque las apariencias mentidas no pueden suplir á la realidad de las cosas. Sin Dios, la

(1) F. Guerrazzi. *L'Asino*, cap. IX.

sociedad de los hombres no es posible: falta el fundamento y viene á tierra.

El problema, por todos los lados que se contempla, está negativamente resuelto.

Señores, el problema surgió porque la economía pública ó social, considerándola como en nuestros días es, muestra que puede disponer de un modo arbitrario del mundo moral, como si fuese su señor único y absoluto: no mira á Dios creador, ni sus leyes: se olvida de tales leyes; las escarnece y las niega.

En su virtud preguntamos: ¿Puede la sociedad civil por consecuencia crearse una simple institucion humana? Tal es precisamente la creencia (nos parece) de la economía pública; tal es su eje sobre que trata de girar y de manifestarse.

La respuesta cortó la pregunta necia. No: no es de simple institucion humana la sociedad civil; es una creacion de Dios. La economía pública, olvidando las divinas leyes que son imperativas en absoluto, es insípida; vituperando las divinas leyes que son del todo sabias y buenas, es ingrata; negando las divinas leyes que son necesaria condicion de vida, es con impiedad creciente ruinosa.

Empero, nosotros odiamos la ruina y el derrumbamiento; nosotros, hijos de la luz y de la vida, nos negamos en verdad á morir socialmente, teniendo para obrar así, señores, motivos excelentes. La sociedad no está hecha por Dios para descender al féretro de lord Sturman: debe vivir y gloriosamente vivir, mientras el Creador no la disuelva. Su féretro será más vasto que el ataud de un rico: será la tumba misma del mundo físico en el día postrero.

¿Qué haremos por consiguiente nosotros?

Dirijámonos á la economía pública; pues ha venido ella tan activa y gallarda que hasta inquiera nuestros destinos sociales, rogámosle que mude de consejo y que obre sabiamente. Reconozca á Dios creador y padre de todos los hombres; llámelo, y apresure su retorno en la conurbada compañía de los mortales.

Las empresas de Napoleon iban de mal á peor, como en otras partes, en Italia. El héroe estaba lejos, y fuera de la Europa: sus capitanes del todo descorazonados, sus ejércitos destruidos y sus conquistas medio perdidas. De pronto se levanta la voz: «Ha vuelto Bonaparte.» Habia vuelto, volando desde las Pirámides del Egipto, á modo de rayo, á Francia: desde allí, nuevo Anibal, atraviesa los Alpes, y cae sobre Italia; hé aquí la victoria de Montebello, los laureles de Marengo, y el tratado de Luneville: todo está conquistado de nuevo.

Perdonadme, señores míos, el parangon del hombre; mas cuando yo

escuche gritar universalmente: «Dios con su gracia y con su ley ha vuelto al mundo;» cuando las universidades y las escuelas digan: «Ha entrado nuevamente Dios en nuestro recinto;» cuando las casas de trabajo, los talleres y los laboratorios exclamen á su vez: «Ha vuelto Dios;» y por el retorno de Dios se llenen de gozo los gobiernos y los pueblos, yo, juntando las manos en actitud de dar gracias al cielo, celebraré la victoria de la sociedad civil, saludando la nueva era de las generaciones laboriosas y felices.

## CONFERENCIA III.

---

### SI PARA REALIZAR LOS PLANES ECONÓMICOS

BASTA LA LIBERTAD CONSIDERADA EN EL ÓRDEN DEL DERECHO.

Dos problemas, de los más graves que tiene la economía pública, hemos resuelto.

El primero fué: Si nuestra edad, por ser tan fervorosamente económica como la vemos, puede llamarse feliz. Respondimos que no, por cuanto en aquel mismo fervor manifiesta la edad de las grandes necesidades, fácil en perniciosos errores y á una perpétua contradicción impelida.

El segundo problema fué planteado en esta otra forma: Si la economía puede reputar á la sociedad civil simple institución humana. Respondimos igualmente que no, reprobando en tal supuesto la economía pública, la cual, olvidando las leyes divinas, es insípida, vituperándolas es ingrata, y negándolas es completamente ruinosa.

Aclaremos, por consiguiente, dos cosas. Una que la economía se da demasiado afán para ordenar mejor la sociedad civil, porque, repudiado Jesucristo y su Iglesia, encuentra todo elemento social subvertido, no pudiendo ser ella bastante para proporcionar el remedio por sí misma: lo dice así el discurso referente al primer problema. La otra es que, hallándose sola, por haber desterrado al cristianismo, á fin de realizar la humana renovación, fácilmente se adjudica el universal imperio del mundo moral, haciendo desaparecer á Dios padre y legislador después de la desaparición de Jesús redentor; así, adelante yendo en las negaciones, empeora de un modo triste, según os declara la segunda conferencia.

Pues bien; habiendo nosotros llegado á este punto, en el cual la economía pública queda en la simple manifestación de sus fuerzas, lo cual es la suprema de sus glorias, se necesita hacer una indagacion apremiantísima. Vimos cómo se introduce en la sociedad lanzando á Jesu-  
cristo: vimos cómo domina en ella lanzando aun á Dios. Vimos además cómo en el uno y en el otro de los dos furiosos intentos quebranta el orden social, contrista á los pueblos y siembra la ruina. ¿Qué medio, señores, emplea para reponerse del estrago y cumplir sus promesas de prosperidad comun, de grandeza y de paz? Hasta aquí se nos presentó destructora de la sociedad vieja y creyente. ¿Cuál es el soplo de vida, que parte de sus labios, llamando las gentes perdidas á nuevos y alegres destinos?

Casi todos los hombres, juzgados celebérrimos en la historia, tuvieron un modo peculiar ó una idea suya predilecta, con la cual procuraron establecerse á sí mismos y prevalecer sobre los demás. Orfeo tuvo la poesía, Pitágoras el número, Liturgo la ley, Sócrates la ciencia, Alejandro la guerra, los Gracos la democracia, Mahoma el fanatismo, Atila el incendio, Abelardo el conceptualismo, los Caballeros andantes de la Edad Media el culto del amor, los Comuneros de España la inflexibilidad de sus estatutos, Colbert la balanza del comercio, Mesmer el fluido animal, y Hanneman las altas potencias vitales. ¡Maravillaos, señores! Un medio de más prestigio que los nombrados, muy á propósito para trasformar y rejuvenecer el mundo, está en manos de la economía pública y social: la libertad.

¿Por qué temeis si arruina el reino de Cristo, y borra entre los humanos el nombre de Dios? ¿Por qué temeis que principie su trabajo marchando entre las ruinas? Primeramente la tempestad, y despues la serenidad grandísima en el cielo. Obedeced á la economía, promulgando la libertad en todo y para todo; libertad de espíritus y libertad de cuerpos, libertad individual y libertad de familia, libertad de gobierno y libertad de pueblo, libertad de ciencia y libertad de cultura, libertad de lujo y libertad de ganancia, libertad de parada y libertad de viaje: y esperad milagros sobre la tierra. La más hermosa definición de la economía pública, escribe Edmundo About, fué hallada por quien la llamó «la ciencia de la humana libertad.»

Aturcido por el rumor de tanta fiesta, pero no impresionado mi espíritu, como lo están muchísimos economistas, planteo el siguiente problema: ¿Puede la libertad ser bastante para realizar los designios sociales de la pública economía?

Para responder adecuadamente planteo, señores, dos cuestiones: una de derecho y otra de hecho. ¡Ved qué desgracia! Ambas cuestiones, que

yo desenvuelvo en dos conferencias diferentes, me dan resuelto el problema en sentido funesto.

La cuestion de derecho consiste en que la libertad económica, tal como se anuncia hoy doctrinalmente, no puede por sí sola redimir á la humana sociedad, por carecer de cabeza: es una facultad subalterna, y no una facultad directora.

Os lo probará la conferencia primera.

La cuestion de hecho consiste aquí en que la libertad económica, segun hoy viene impelida á su aplicacion, no puede redimir á la humana sociedad, porque le falta un brazo determinado: es una potencia trabada, y no ordenadamente libre.

Os lo probará la conferencia segunda.

---

Ninguno de los economistas lo negará: para poderosamente influir en la sociedad civil, para cambiarla, corregirla y ponerla en otro pié diferente del de ahora, es absolutamente preciso, ante todo, que la accion del operante parta de un principio. El principio es un complejo de ideas y es la ciencia; encierra un punto fijo y cierto, por el cual principia y se propone un término al que intenta llegar: esto faltando, surge la ignorancia, la oscilacion y la nulidad. En su virtud, ¿quién, careciendo de principios, pudiera intentar cosa de valer?

Tratándose de reformar la sociedad civil, el principio que mueve al operador, ha de ser tan culminante, tan profundo y fuerte que sirva de regla; porque cada cosa necesita regla en la sociedad humana, donde se manifiesta y cuyo gobierno se ansía. Una regla es necesaria para moderar las artes; una regla para moderar el tráfico; una regla para moderar la propiedad; una regla para moderar el mando; una regla para moderar la sumision, y añadid vosotros lo que yo callo. En suma; si nos atenemos á la economía pública, la sociedad civil debe ser de lo más bajo á lo más alto rehecha; yo consigno que sin ordenamiento y sin ley no seria rehecha, sino disipada.

Nada más vulgar, ó más indispensable que la doctrina esta.

Ciñámonos ahora á la libertad económica, examinándola abstractamente y por ciencia: es la primera cuestion, señores, que debemos resolver; la cuestion del derecho.

La economía, especialmente por boca de los fisiócratas, exclama: Dejádme libre por todas partes: quitadme todos los impedimentos y no temais el mal: el mal está en los propios impedimentos que subsisten: si al quitarlos veis aparecer el desórden, consideradlo aparente cosa ó fugitiva, porque cada error conduce á un desengaño, cada vicio á una detestacion, y cada culpa á un arrepentimiento: es porque tales efectos

se refuercen contra sus propias causas, proporcionan un freno á las malas costumbres, y poco á poco las destruyen. Existe la armonía en el mundo por ley de creacion, y todo desórden, siguiendo su curso natural, conduce al órden. Por consecuencia inmediatamente que vosotros, hombres prudentes y espantados, ponderais las cosas debidamente, concediéndome plena y absoluta libertad, bella y redimida os doy á la sociedad civil.

Dejamos para cuando siga el discurso demostrar hasta qué punto, en tal razonamiento, se encuentran mal el derecho y la ética: aquí, por teoría elevándome á la libertad, elegida elemento regenerador del mundo, digo como fruto de las observaciones aducidas por mí: A fin de que se regenere el mundo moral se necesita un poderoso principio y una regla eficazísima. Ahora bien: ¿qué cosa es libertad?

Para Ciceron es el poder que cada uno tiene de vivir á su modo: *Potestas vivendi ut velis* (1). Para santo Tomás es el dominio y el libre imperio de los propios actos: *Potestas sui actus, ad opposita* (2). Prolongad á miles las definiciones que de la libertad humana así en general se tienen, y vosotros reconocereis siempre que la libertad es sólo el poder, segun el lenguaje comun, de obrar libremente; en el sentido riguroso es solamente la potestad de querer: en su virtud, basta tener libre la voluntad para ser en raíz humanamente libre.

Empero, señores, si nuestra libertad es un poder de la voluntad; si es un imperio libre de nosotros mismos, no es de ningun modo lo que yo pedia para regenerar el mundo: es un efecto, una consecuencia, una condicion; no un principio, ni una regla.

¿Cómo nace realmente y continúa en el hombre la libertad? ¿Qué ministerio realiza? ¿No lo habeis nunca preguntado á los filósofos?

Para saber cómo nace y obra la libertad, es preciso saber cómo se desenvuelve y obra en nosotros la voluntad.

Señores, nuestra voluntad no se mueve si un motivo no la impulsa, y si no precede con sus actos en nosotros la facultad del juicio. ¿Quién dice nunca, «yo quiero,» sin que haya formado ya un juicio en su cabeza y sin que á esto sea inducido por alguna cosa? Vosotras, mujeres, decís: «Queremos ser castas;» pero hablais así, porque ya teneis la idea y el amor á la castidad que os halaga. Tú, jóven, dices: «Quiero con el estudio llegar á ser sábio;» pero hablas así porque ya posees la idea y el entusiasmo dulce de la ciencia. Aun en los movimientos de la voluntad que tienen más de lo repentino y espontáneo, el juicio precede y el

(1) Ciceron. *Paradoxa*. VI.

(2) Santo Tomás, *Summa theol*, l. q 23, 3, 4, O.

motivo apremia. Cuando el viejo Horacio, despues de anunciarle que habia huido del combate su primer hijo, y de la pregunta: «¿Qué queréis que hiciese contra tres?» profiere aquel impetuoso grito: «¡Morir!» le hacen hablar el juicio referente al honor y la causa del patriotismo. Cuando el célebre d'Assas, con los aceros enemigos apuntando su pecho, oye que le intiman un silencio funesto para la Francia, y profiere un grito magnánimo salvando á sus compañeros de armas, lo mueven un motivo semejante y un juicio equivalente, que le iluminan, á manera de un relámpago.

Por consecuencia, se mueve la voluntad por ser movida; King, segun el que la voluntad elige objeto sin motivo alguno, es decir, sin que ningun juicio anterior le muestre la bondad y la conveniencia del objeto mismo, fué justamente menospreciado por su opinion. La voluntad es un apetito racional; sustancial ó aparentemente, su objeto es un bien juzgado propio de su naturaleza. Esto se requiere del todo, á fin de conseguir que se mueva.

Ahora bien: si la voluntad se mueve por ser movida; si sus excitantes son el motivo y el juicio que la previenen, hay que investigar á quién toca el honor de imprimir el sacudimiento maravilloso. Tendremos así la clave de la ciencia psicológica.

El centro del motivo y del juicio, y por consecuencia, el autor legítimo de los movimientos de la voluntad, es sólo el intelecto. Obrar voluntariamente es hacer una accion con la conciencia de poder no hacerla. Sólo que hacer una accion con la conciencia de poder no hacerla, dice que preferido hemos una cosa, y hacerla á no quererla realizar; principiar una accion pudiendo no principiarla, es haber preferido principiarla; continuarla pudiendo suspenderla, es haber preferido continuarla; conducirla á su fin pudiendo suspenderla, es haber preferido terminarla. Si nos resolvemos al trabajo, es señal que preferido hemos el trabajo á la inercia; si nos determinamos á perdonar al enemigo, es señal que preferido hemos el perdon á la baja venganza; si nos determinamos á socorrer á los pobres, es señal que preferido hemos la liberalidad al egoismo ó apatía. Esta preferencia, que es continúa, y tan evidente además en nosotros, demuestra que tenemos una voluntad libre; pero para elegir se necesita luz: ¿cuál es, señores, el poder iluminado é iluminador en nuestro espíritu, sino el intelecto precisamente? Por tanto, el intelecto que goza de la luz, que halla los motivos y que los juzga, es el magnífico motivo de la voluntad. Del uno parte la chispa; la otra, que absórbela, se inflama y obra.

Sé que la voluntad dolorosamente se nos rebela; mas advertid, por merced, que si puede recalcitrar al intelecto especulativo, nunca se re-

bela contra el intelecto práctico. Scoto, el cual confesaba que la voluntad se mueve por un juicio, y no conocia despues que por tal juicio era determinada, dejándola indiferente para seguirle ó no, afirmaba una cosa á medias y falsa. Cuando el intelecto, tras inquirir las razones ó motivos, determina que debe elegir tal cosa, llegando á su juicio último, inevitablemente lo sigue la voluntad. ¿Es torpe y condenable la obra? No os ciñais á censurar la voluntad: obra mal y se desvía, por haberse primero extraviado el juicio práctico del intelecto. No confundamos una potencia con otra, la inteligencia con el querer, como Plotino parece haber hecho, y como peor hizo Benito Espinosa; pero entretanto podemos admitir, hasta cierto punto, que «cuanto desea la voluntad, lo posee ya el intelecto, el cual, colocado en el bien, no siente necesidad de nada y vive por la voluntad (1).»

Al describiros la voluntad humana, señores, como lo hice, os describí al hombre libre, porque la libertad es el natural desenvolvimiento y la libre actividad del querer.

Tengo en la mano la prueba que tenia obligacion de aduciros. Nos hemos puesto á buscar un principio y una regla: nosotros hemos dicho á la economía pública, la cual quiere mediante la libertad regenerar el mundo, que, á fin de que la libertad invocada por ella pueda cumplir tan poderoso cometido, es necesario que posea el valor de un principio verdadero y formal, viniendo á ser una regla para sí misma. Ahora bien: el principio y la regla no consisten en la libertad, sino que consisten, por el contrario, en el intelecto. A este corresponde apreciar los motivos, y anudar los juicios; le corresponde en su virtud impeler é informar la operacion: la voluntad, que es potencia ciega, sigue la norma del intelecto; y la libertad, que es instrumento tambien ciego de la voluntad, se reduce á simple ejecutora. ¿Quereis encomendar vosotros la reforma de la sociedad civil á un ministro, á un maestro, antes que á un monarca inteligente? No es posible; vuestra empresa carece de cabeza.

Sin embargo, escribe un erudito economista, la libertad, lejos de ser ausencia de la regla, es la regla misma (2).»

¿Cómo es lícito admitir esto? Si la regla es la misma libertad, ni aún basta mezclar brutalmente las facultades humanas: no basta hacer de la inteligencia y del querer un panteísmo insufrible, siendo preciso infundir tan por completo en la libertad las supremas dotes del intelecto: que, dejando de ser potencia ordenadora como lo es, la voluntad se en-

(1) Plotino, «Enneadi, etc.» Enn. 6, lib. 8.

(2) El doctor Wolowski

riqueza con sus despojos y domine sobre sus ruinas: á la voluntad corresponde apreciar los motivos y unir los juicios; á la voluntad corresponde en suma la luz, la ciencia y la verdad, así como la realización de la obra. ¿Dónde se halla el hombre mental, armonioso y autónomo, conocido y celebrado por los sábios de todos los siglos?

Comprendo. Hay una «ciencia nueva,» mejor que la encontrada por Vico, la cual desmiente la ciencia de todos los siglos.

Cada fuerza, en cualquier orden que se manifieste, se resume en un movimiento; y todo movimiento que se explica sobre la tierra, ya envuelva las cosas, ya envuelva el hombre, parte de la fuente del sol. Hé aquí la «ciencia nueva,» y hé aquí la nueva explicación de la humana libertad. En lo verdadero, nuestra voluntad es entre las facultades humanas la más apta para retratar ó representar el fenómeno del movimiento: pues que todos los movimientos, según se dijo, descienden del sol, se sigue que el querer del hombre tiene la primacía sobre todas las demás facultades intelectuales, morales ó físicas: el querer, ó (será lo mismo) la libertad del hombre, por cuanto se puede hallar en él, es el orden, la ciencia, la verdad y la vida; es sustancialmente todo bien.

Según esto, ¿por qué nosotros, viejos filósofos, flacos y rígidos metafísicos, perdemos el tiempo en hablar tanto del intelecto, de las ideas, de las especulaciones y de los criterios que residen en la parte más alta de nuestro espíritu? ¿Por qué para producir el bien social y enmendar las culpas de la civilización, tomamos los movimientos de la mente, y más bien que á la voluntad pedimos á nuestra inteligencia los principios y las reglas? ¡Cuán arrogantes y necios somos! Cada fuerza es movimiento, y cada movimiento es vibración solar; el sitio, donde la vibración solar hiere con mayor ímpetu, es la voluntad humana. Aquí por consiguiente debe converger nuestro trabajo; si nos interesa la reforma social, la obtendremos obrando así.

Oid, señores, los acentos de los nuevos reveladores: «El sol es la fuente primera y el origen único de toda vida... Ni el hombre constituye una excepción de la gran ley. Más complicados, más varios, más perfectos, sus movimientos, sus trabajos obedecen siempre al principio mismo animador de todas las cosas... El economista no es un Fisiócrata ni un Colbertista: es un naturalista y un filósofo... Como no se realiza sobre la tierra movimiento, grande ó pequeño, que no tenga su origen en el sol, podemos esperar sacar en algún tiempo, sin elaboraciones intermedias, al astro mayor el impulso de un movimiento productivo. En Solferino y en Sadowa venció quien supo recoger y usar oportuna-

mente la abundancia más poderosa de esta fuerza única que mueve los mundos. En las batallas industriales vence asimismo quien sabe sacar mejor de la inmensa fuente de calor y de vida (1).

¿Nos vemos, pues, reducidos á esto? Para dirigir á la humana familia, ¿no deberemos mirar en adelante la idea, ni elevarnos más á la region de los principios, sino fijarnos en el sol? Para ordenar las clases civiles, para conseguir que procedan con justicia los que mandan y los que obedecen, para encaminar las costumbres, ¿deberemos estudiar las corrientes aéreas y caloríferas, estudiar las combinaciones del azoe, del oxígeno y del carbono, en las cuales puede tanto la irradiacion del sol? ¿Deberemos servirnos de aquella fuerza que fecunda los estratos carboníferos, atenernos á las mismas leyes por las cuales tenemos la pila, el paralelógramo articulado, la casita mobile del vapor, la caldera tubular y otros semejantes? Para suscitar en los pechos el amor, ¿nos valdrá la misma trituracion con que, según las observaciones de Becquerel y de Brechet, se produce el calor en un músculo contraído? ¿Diremos que los demagogos muertos para el orden social; los apóstatas muertos para la verdad religiosa, se han de reputar como los músculos muertos por tétano, los cuales, según Billroth y Fich, tienen varios grados que exceden la temperatura normal?

Relativamente á los que vencieron en Solferino y en Sadowa, ¿deberemos creer que la fuerza que los animó es aquélla sola é idéntica, en virtud de la cual se harían potentes los corceles, los elefantes y los leones? ¿Fuerza originariamente solar? ¿Acaso más que el nervio de los brazos, que los cañones rayados y que los fusiles de aguja, el designio premeditado, la inteligencia, el juicio, la audacia, el valor, el tenaz propósito, no echaron, por decirlo así, los laureles en Solferino y en Sadowa sobre la frente de los vencedores? ¿Acaso estas dotes soberanas que residen sin duda en el humano espíritu, y del cual parten noblemente, ¿se han de querer cambiar en cosa mecánica? ¿En una irradiacion del sol el juicio? ¿En una irradiacion del sol la inteligencia? ¿A dónde vamos nosotros á parar?

Economía malvada, que te das como sierva de tales maestros, no me hables nunca más de las lágrimas de los sufridores, ni de los pueblos oprimidos por los tiranos, ni de las plebes estúpidas por la ignorancia: vete, degenerada gentil: adora la materia, y festeja el sol que para tu dios elegiste: á emplearte marcha en el gasómetro, á ungir de aceite las ruedas del carro, y á peinar la crin del caballo: entre las cosas huma-

(1) Gerónimo Boccardo: *Prediche di un laico; XVIII, Il sole operaio e la economia industriale.*

nas no tienes virtud redentora; no eres mujer ni príncipe, sino una servidora vulgar.

En suma; desentendiéndonos de la nueva ciencia solar que me avergüenza, nuestro argumento queda reducido á sus términos más categóricos.

El intelecto en el cual se reciben los motivos y se forman los juicios, propiamente proporciona el principio y la regla de la operacion: la libertad, que es la eficacia y como el guerrero del querer, resulta sólo una facultad ejecutora. Por consecuencia la economía pública, si de veras ansía mejorar la situacion de la subvertida progenie humana, es preciso que, lejos de refundirse toda en la libertad, principie en el intelecto para enseñorearse del principio ideal y adquirir la regla práctica de su empresa ilustre: es preciso que piense y diga: «Antes de dar el mundo como presa de la libertad que yo voy ¡idiendo por su cuenta, me incumbe formar justo y recto concepto del «reordenamiento» social; me incumbe arraigarme con firmeza en los primeros principios y en las sumas leyes, puestas para regir las cosas: cuando me haya servido debidamente del intelecto y posea la ciencia, pasaré al orden externo de la libertad.»

¿Qué hace por el contrario? ¿Se remite acaso á los principios y á las reglas?

¿Qué firmeza de principios puede existir en ella, qué seguridad y regla excelente, si ya la descubrimos queriendo desarraigar el cristianismo de nuestras tierras, peor que si se tratase de un bárbaro? ¿Si la descubrimos tambien anteponiendo los métodos artificiales á las propias leyes creativas y divinamente sociales? ¿Una inepecia, señores! ¡Con ampollas en la boca y vasos de vidrio en el puño, lanzarse á chocar contra las leyes eternas, presumiendo conducir á término una segunda creacion de la sociedad! ¡Cambiar desde sus cimientos la constitucion de la sociedad civil! Requiere la cosa un esfuerzo, una osadía y una actividad gigantesca. Aun cuando existiesen los gigantes, nunca jamás asumiré yo el edificio de poeta titánico para celebrar en octavas ni en tercetos sus proezas. Aun los gigantes, sin principios y sin reglas, caen; caen soterrados por los montes de la Tesalia. Variemos de medida. «Las mujeres, los caballeros, los ejércitos, los amores» hasta serían canto excesivo, y una paradoja para nosotros, que relegamos gustosamente Ariosto á los pequeños siglos de los paladines. Los «Furiosos» ofenden las leyes; mas no las niegan.

Ahora bien; marchando así contra la naturaleza y contra Dios, nada provista de ciencia firme, la economía pública procura sólo persuadir á los modernos de que en la libertad está el complejo de los bienes,

gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «Dejadme ser absolutamente libre.» Quiere decir que hace cifrar ella el «reordenamiento» social enteramente no en la facultad directora, que es el intelecto, sino en la facultad ejecutiva; en la facultad que simple medio es é instrumento, por lo cual ni ordena de nuevo, ni recrea, sino que perturba.

Observad qué invencion estupenda se debe á dos viejos frailes franciscanos: Rogerio Bacon y Bertoldo Schwarz; la pólvora de cañon. La pólvora, dirigida por la mente del hombre, es tan formidable como utilísima: hace saltar las rocas, siendo casi un artífice de nuestras calles; purifica el aire, y en las guerras lícitas es instrumento terrible de la justicia, como tambien restituidora de la paz. Empero quitad de la pólvora la inteligencia del hombre; haced que apliquen á ella fuego por ciego accidente; ponedla en mano más bien de la ambicion y del orgullo: rompe, aterra, destruye, y hace una matanza de hombres, siendo una desdicha ó una maldad que puede imaginarse.

Ved la electricidad. Guiada por el ingenio humano, ejecutora de sus designios, hace milagros. Con Franklin, atraida por una punta metálica, se desarma, deponiendo á vuestros piés su genio, que es el rayo; produce con Galvani en los cuerpos animales el fenómeno de la contracción; enciéndese con Volta en luz, y con el telégrafo destruye las distancias. Mas permitid que la electricidad prorumpa y se desencadene á su gusto; dejadla ir privada de principio y de regla: aplasta la parte principal de los techos, eleva el Océano, da muerte á los vivos, y á los muertos no respeta. Es el turbion y la tempestad.

Algo, señores, semejante á la tempestad y á los estragos de la pólvora es la libertad, cuando anda en poder de sí misma.

El ejecutor que no ha recibido las órdenes del amo y obra entretanto enteramente á su gusto, se conduce segun su propio albedrío. Empero no tiene cabeza, ni cerebro; es un medio y un puro instrumento; pone por consecuencia en libertad por sí propio un ímpetu que no tiene direccion; va pues á la ventura y desordenado; choca, tropieza y cae. Es un desórden. La libertad no iluminada por la inteligencia, ni conducida por ella en el mundo, hace caer al individuo, hace caer á la familia, y hace caer á los pueblos, tragándose tronos y gobiernos.

Mas los economistas han dicho y repiten: Permitir el mal en sustancia es avalorar y aumentar el bien; asalta el mal, y el bien, un instante opreso, se reanima y se recupera; en su virtud por la ley que sin duda está en la naturaleza, donde todo tiende á equilibrarse, despues que ha estallado la tempestad, el órden constantemente retorna. Empero existe la ganancia de malos gérmenes extirpados y de más am-

plios espacios recorridos. La libertad, por lo tanto, es directora de la prosperidad.

Establecido esto, netamente tracemos en dos palabras el programa económico.

Gournay, facundísimo, y sin embargo alguna vez muy lacónico entre los economistas, dijo desde la tribuna: «Dejad hacer, dejad pasar.» En su célebre «laissez faire, laissez passer» según observa Fedele Lampertico, «compendió un sistema entero (1).» Es como el evangelio de la economía pública, que hace balbucear á los jovencitos en sus escuelas, publicándolo á cada página en sus cursos elementales, é ilustrándolo con la pluma de sus defensores: lo considera cosa tan inconcusa y venerable que las «entelequias» de Aristóteles, los «aforismos» de Sartorio, los «predicados» de los Escolásticos y hasta las aplaudidas «categorías» de Kant desmerecen en el parangón.

«Dejad hacer, y dejad pasar.» ¿Podía nunca conseguir un triunfo más completo la facultad sometida á las órdenes del intelecto, es decir, la humana libertad?

«Dejad hacer el bien, es impedir el mal,» exclama lleno de gozo el ingénno Wolowski. Yo, señores, lo concedo; mas á vosotros corresponde asimismo concederme á mí que, si dejar hacer el bien es impedir el mal, dejar hacer el mal es impedir el bien. ¿No es verdad? Vosotros dejais que el maestro con doctrinas erróneas extravíe la inteligencia del discípulo, é impedís en el discípulo el bien de la instrucción; dejais que con modelos malos sea informado el artista, é impedís en este artista el progreso del arte; dejais que la desverguenza de la moda pervierta á la mujer, é impedís en la mujer la flor de la honestidad.

«Dejad hacer, dejad pasar.»

Más en estos pobres hijos de Adán existe una naturaleza trastornada y enferma; una marcha que deslízase al mal. Vosotros, por otra parte, no les dais válidos principios que los sostengan; vosotros en el orden moral no procurais de ningún modo arraigarlos. Ahora bien: ¿no descubris qué cosa se hace sobre la tierra? ¿No descubris qué cosa sucede y pasa en esta tierra, tan invadida ya por la economía?

«Dejad hacer.»

¡Ah sí! amadísimos míos: se hace de continuo con más frecuencia y pérfido el monopolio en el tráfico; acéchase á los noveles que hacen su entrada primera en la sociedad; se vomita el sarcasmo contra los honrados en los periódicos y en la discusión de la prensa; se mandan vituperosos histriones á las plazas y á los teatros para contaminar los áni-

(1) F. Lampertico. «Economia dei popoli e degli Stati,» p. 20.

mos; se contraen deudas enormes á causa del lujo, que nunca jamás serán saldadas; se hacen juegos de «Bolsa» que á las familias arruinan; se hacen indecentes matrimonios, á los que seguirá pronto la vergüenza ó el divorcio.

Y los economistas gritan: «Dejad hacer.»

¡Ah sí! Vemos qué cosa se hace impunemente: se compra el voto en las urnas electorales: se descarta de los oficios públicos al hombre creyente, colocándose á los que no creen; se hacen diabluras en las reuniones secretas y públicas de los agitadores; se maquina la destrucción de los poderes políticos que á la revolución no sirven; págase al sicario; se confía el honor á la prueba del duelo; se huye de la infelicidad del siglo con el suicidio, corrómpease al soldado y se puebla la prisión: hallan siempre los criminales abogados que hacen su apología.

Y los economistas gritan: «Dejad hacer.»

Es poco dejar hacer, señores; es poco. Cuando la olla hierve, la tapadera salta, y el agua espumosa se derrama con estrépito. Pues bien; al grito primero añaden el segundo los economistas, enfureciéndose de un modo peor en el estridor de la libertad.

«Dejad pasar.»

Pasa la raza de los enervados y de los díscolos; no somos aquellos ya que moralmente ayer eran nuestros padres; los niños han perdido la inocencia, los hijos el hábito de obedecer, las esposas el pudor, los maridos la fidelidad, los hermanos el amor, y los criados el respeto: esta turba de gente, que ahora aumenta en el género humano, pasa libremente.

«Dejad pasar.»

Pasan los nobles y los grandes señores, que no tienen ya títulos de autoridad, ni logran la estimación entre los ciudadanos; pasan los propietarios y los ricos que tienen fama de usurpadores y de ladrones, de los cuales se quiere á todo trance revisar de nuevo las cuentas; pasan las plebes llenas de increíbles deseos, orgullosas y atrevidas, que ya no se aquietan; pasan los ministros de Estado, que ya no pueden gobernar; pasan los príncipes que han perdido la régia clámide y la corona; pasan los sabios puestos en tortura por los pequeños envidiosos, y por la desenfrenada crítica de los libelos; pasan los sacerdotes indicados al pueblo como malhechores públicos.

«Dejad pasar.»

¡Ah sí! Pasa el mundo que rompe la cruz de Cristo y empuña la tea del exterminio. Pasa la «Commune» de París, pero queda la Internacional con su gran cubil en Inglaterra; por consecuencia, despues de la «Commune» de París, se disponen á pasar arriba y abajo otras «Com-

mune» por la Europa, en Francia, en Suiza, en España y en Italia: los incendiarios de Buenos Aires procuran con ardor pasar en América. Abrid paso, y dejad que los mónstruos pasen: ¿no escuchais sus gritos y sus rugidos? ¡Que los nuevos mónstruos se apresuren y pasen! Siendo una infernal tormenta, prometieron desencadenarse sobre todos, quitar, y llevarse consigo la sociedad del mundo.

En el asalto del mal, y en el desconcierto que por él se engendra, recibe gran estímulo el bien, que despierta, restituyéndose al mundo el orden. Esto gritan. Mas ¿por qué, á fin de corregir algunas notas equivocadas de la armonía, se quiere lacerado y destruido el instrumento armónico? ¿Por qué, á fin de resucitar, elíjese morir? Es mejor, señores, no morir. ¿Qué demérito tienen las reformas juiciosas y pacíficas para contentaros sólo las turbulentas? ¿Esperais acaso que el mal, negacion del ser, os dé más dilatado el polo de la inteligencia y de la vida? Entonces arrojaos en el seno de la nada, con el fin de conquistar el todo.

No; no dejéis hacer, señores; no dejéis pasar.

Ya levanto nuevamente la cruz abatida, y la contrapongo á los furentes invasores; desde el centro de la Iglesia, de la que soy hijo y apóstol, lanzo el grito del despertamiento; llamo á los hombres de buena voluntad, para que con sus pechos y sus brazos construyan un muro, á fin de que la libertad desenfrenada no corra más, ni pase. Su pasaje, no impedido y victorioso, sería lluvia de fuego que al mundo quemaría.

¿Qué hago señores! ¿Vuelvo hoy protervo y fanático á cogermé á la Iglesia en la dilucidacion de los problemas económicos? Estando aun en la parte primera ó en la cuestion del derecho, donde la libertad es considerada de un modo abstracto, ¿digo y protesto con ásperas frases que la libertad no es suficiente para poner en práctica los grandes designios económicos? Al proponer los teoremas y las disputas, ¿no corresponderá el predominio á la propia economía pública, más que á la Iglesia?

Vosotros debéis saber esto antes de que pase á otra parte de la dilucidación, y os contento.

Un agudo economista, profesor del Colegio de Francia, escribió las siguientes palabras: «La economía no es la primogénita de la casa; ella por el contrario, tiene muchas hermanas mayores, de las cuales reconoce la procedencia y anterioridad: le ha sido designada su mision, habiéndose dedicado á ella con celo como obrera solícita... Admite los problemas segun son determinados por la política (1).»

El agudo economista niega por tanto á la economía pública el derecho de plantear por si misma los problemas, queriendo que simplemente los

---

(1) Chevalier.

admíta; mas donde nosotros, para determinarlos y despues resolverlos, ponemos la filosofía y la Iglesia católica, coloca por el contrario á la política.

¿Quién tiene razon? ¿El escritor francés ó nosotros?

¡A la economía pública dan la política para que determine los problemas sociales! Esto hace suponer por consiguiente que la política debe ver siempre claro y justo; que poseedora es de la ciencia y que viene á ser «la primogénita de la casa.» Ahora bien; ¿nos engañaremos afirmando que sucede del todo lo contrario? Otro sutil economista, Dunoyer, confiesa: «La capacidad política es la última que ordinariamente conquista un pueblo.» Conducirse bien políticamente es la última cosa de que resulta capaz (1). ¡Ah! Nosotros íbamos en busca de la primogénita de la casa, ¿y nos encontramos con la última que ha venido? ¿Dejareis vosotros, señores, que determine los problemas sociales la última que cojea y obra como un niño, no teniendo despues de todo la experiencia ni la sabiduría de los provecos? Si es así, padres y madres, poned en mano de los hijos las riendas de la familia. Vosotros, maestros, dejad la cátedra, con el fin de aprender de los discípulos.

Vayamos más derechamente al asunto nuestro, que es el de la libertad.

La libertad es el árduo problema por el que todo el reino económico se conturba. ¿Veis aquella confusa agitacion de las muchedumbres pobres? ¿Oís el grito de dolor que sale como árido viento de la garganta de tantos hambrientos, porque son víctimas del «pauperismo?» Estas gentes piden el bien de la libertad. En la «coalicion de los obreros, en las asociaciones de prevision, en las sociedades de socorros mútuos, en los Bancos de crédito popular, en la cooperacion de la industria, ¿veis suscitarse tremendas disputas, que arrugan la frente del pensador? En todas estas cuestiones se agita la libertad airadamente. ¿Veis otros que, murmurando entre dientes por los salarios no bastantes, queriendo un trabajo no interrumpido, deplorando las crisis ó las bancarrotas comerciales, se reunen formando una turba ondeante y abandonada, los cuales abandonados por nuestra familia se van, buscando allende los mares y los montes en país extranjero nueva patria, porque la nuestra fué para ellos tan avara de bien? Aquellos errantes se van imprecando la deficiencia de la libertad. Ahora bien; ¿de qué modo ha provisto la política á necesidades tan urgentes? ¡Oh deshonor humano! Ha planteado el problema sin poderlo determinar ni resolver. ¿Acaso no se abrieron bajo el dominio de la política tales heridas, enconándose mucho en

(1) Dunoyer: «Liberté du travail.»

¿sus miembros? ¿Cuándo nació la cuestión del «pauperismo»? Recientemente nació, en la era de la política. ¿Cuándo se urdieron y empezaron á estallar las revoluciones de los obreros? En la era de la política. ¿Cuándo las muchedumbres de los emigrantes buscaron pan y libertad dándose á mudar de cielo? En la era de la política. De modo que la política crea las angustias modernas, las perpetúa y cada vez las agrava más; crea para decirlo con los Sansimonianos, los espantos que acompañan «las épocas críticas.» ¿Y diremos nosotros á la política mostrándole la economía: «¿Ven aquí, maestra; ven aquí, buena madre; salva de la derrota esta hija tuya?»

Por último, señores, supongamos que, no refrenada por la religión, ni rechazada por las escuelas, ni en fin, impedida por el sentir del pueblo, la economía pública, cabeza y piés, cae en poder de la política: ¿qué sería de ella y de nosotros? Explícate la política por la intervención gubernativa, y por la providencia administrativa; en su virtud los economistas no conseguirían más que los oficiales del Poder, siendo nosotros impelidos de nuevo al estado de la sociedad pagana en sus tiempos más hórridos, cuando yacía la nación en el puño del gobierno. Vosotros entonais himnos á la libertad económica; yo miro cómo se levanta el espectro de la «estatolatría» que la mata; hago los funerales á la libertad económica.

No funerales, señores, sino vida, con las alegrías y triunfos que la acompañan.

Chevalier me ha dicho que los problemas sociales deben ser determinados por otros á la economía, á fin de que no sea la primogénita de la casa; en su virtud, quede aparte la política, y adelántese la Iglesia, por ser la primogénita de aquélla.

Vuelvo á proferir mi exclamación interrumpida: yo, circundado por los buenos hermanos que me hacen ala y forman mi falange, alzo de nuevo la cruz; viendo salir á mi encuentro los desatinados que exaltan la libertad y en la libertad llegan á ser crueles, como también á los monstruos que libremente *hacen* y libremente *pasan*, digo: ¡Atrás! No hagais lo que maldijo Cristo, porque fruto es de muerte: no intentéis pasar de aquí, donde abriéndonos la tumba, os engulliría la tumba también con nosotros. ¡Atrás! El Calvario no es superable: marca y entre sí divide los dos grandes estados de la humanidad: en aquel lado el mundo viejo y la época de las tinieblas; en este lado el mundo nuevo y la época de la luz. Somos los ciudadanos del mundo nuevo; somos los pueblos de la luz, sobre cuya frente no se oscurece nunca el cielo, y de cuyo pecho no debe arrancarse más el tesoro de la vida. Ven, Iglesia, que la primogénita eres de las ciencias, y que, primogénita entre

Las civilizadas habitaste esta casa de Europa ó más bien la compusiste con tus manos; tú, que, como supiste moderar los gobiernos antiguos haciéndoles cristianos, tienes también el poder de convertir á la virtud los novísimos devoradores de los gobiernos y de los pueblos; ven y sálvanos. ¿Qué dote de eternidad y qué social beneficio te niega tu esposo Jesús?

Hé aquí por tanto á la Iglesia católica: vedla y retroceded, enemigos. *Fugite partes adversae; Christus vincit, Christus regnat.*

Aclarada queda la cuestion del derecho.

¿Es bastante la libertad para prestar los importantes servicios que la economía le pide? Evidentemente no. La libertad económica, segun hoy se anuncia por doctrina, no puede por sí sola redimir á la sociedad humana. Es una facultad subalterna, necesitada de direccion, que le falta entre tanto: no es por ningun concepto una facultad directora.

A su propio hijo decia el excelente Tomás, hombre trabajador, membrudo y director de importantes labores agrícolas: «Oye, Sebastian; dime qué se te ha metido en la cabeza. Hace dias que vas apartando las piedras que forman el fuerte reparo del torrente; además las destruyes y las trasladas. Yo, pobre de mí, sudé mucho para contener el agua. Mas tú deshaces mi obra. ¿Por qué obras así?»

»¡Oh qué salida! respondió Sebastian. ¡No ve cómo el agua empapa y hace fecundas nuestras tierras? Aquí, donde llegan las aguas del torrente, hay vegetacion viva, hay flores, hay hierbas de todas clases, hay un poco de hortaliza que da gusto y es nuestra cosa mejor. La madre siempre nos ha dicho que la hortaliza es lo que más vale, un pequeño tesoro, un poder. Lo demás de la posesion, que es secano, nos cuesta grandes fatigas y sólo nos da la tercera parte. He plantado yo cerca de la orilla aquella hilera de pequeños jazmines. ¡Miré allí cuán pequeños y viciados están! ¡Miseros! Se duelen del estrago hecho por mí en ellos, al apartarlos del tronco que por decirlo así los engendró. Empero vendrá el agua del torrente, mojando sus pequeños tallos; ellos se levantarán vivificados; pronto, llenos de hojas y hermosos, serán una delicia.»

Replicó Tomás. «Si querías hacer gozar á tus jazmines los beneficios del agua, era suficiente plantarlos aquí donde hay el terreno húmedo. Ellos, pescando interiormente con su raíz, encuentran el agua y la sorben. La boca del árbol esta en la raíz y no en lo exterior del tronco. ¡Hijo mio! El provecho del agua que tú esperas no será ciertamente una bendicion de agua santa como la que del sacerdote recibimos en la Iglesia. Debes saber que el torrente no es un sacerdote. Yo temo mucho.

»¿Y qué teme?

»¡Qué hijo tan cándido! exclamó Tomás nuevamente. Tienes diez y seis años, ¿é ignoras las cosas que saben los niños? El torrente que, como te digo, no se parece al agua que nos da el sacerdote, tiene trasportes de gran apasionado: unas veces es avaro y tacaño hasta el punto de no regalar una gota: otras es pródigo; pero es un pródigo subitáneo, iracundo, frenético, que da sus beneficencias con furor, por lo cual oprime y devasta. Me quitaste tú el reparo: pues bien; el torrente vendrá con furia, llevando troncos, piedras y escombros; lo echará todo sobre nuestro campo, arruinándole; ¿cómo quedarán entonces tus pobres jazmines?... Vete, vete, niño de diez y seis años; haz de nuevo el reparo que destruiste. El agua es benéfica cuando está contenida.»

Señores; tal campesino, que tiene sin duda en la cabeza el justo sentido de las cosas, puede con derecho dirigirse á los hombres civiles, y hablar á los economistas.

Nos pusimos hoy á disputar sobre la libertad, alegada por la economía pública como sumo y felicísimo principio de reforma social: hallamos que la libertad, abstractamente considerada, no puede por sí sola conseguirla, por ser facultad ejecutora, y no principal; la principal es el intelecto, que debe presidir y guiar la libertad.

Está bien la guía; pero ¿qué cosa es la guía de la libertad, ó la libertad guiada por la inteligencia?

Esta guía es la ley.

Todo seguramente es regido en el mundo por una ley. La ley de la gravedad dirige los cuerpos; la ley de la óptica guía el ejercicio de la pupila; la ley de la estética informa el arte; la ley de la justicia el magistrado; la ley de la náutica el navegante, y la ley de la guerra el soldado. Ahora bien: la ley es un dique; no veda el curso ni el desarrollo de los seres, conteniéndolos para que no se excedan: conteniéndolos como lo hace, los transforma en benéficos. ¿Qué sería del navegante si no tuviese la ley de la náutica? ¿Qué del soldado si no tuviera la ley de la guerra? ¿Qué del magistrado si no conociese la de la justicia? Vednos en el torrente sin obstáculos y que inunda. Sebastian, Sebastian, sigue atento: ¡pobres jazmines los tuyos pequeñitos!

Sucede lo mismo con la libertad.

Bella y deseable, mis honorables economistas, es la libertad: es el agua benéfica que corre regando las almas y los cuerpos, los pensamientos y las costumbres, las familias y los Estados: donde la ola de la libertad no salpica ni baña, surge la vida infecunda, la aridez y el desierto. La esclavitud humana es la humana nulidad. ¡Ah! Yo, que deseo ser y vivir, voy buscando la libertad; la invoco y la enaltezco. A quien se me presenta, mostrándome cadenas, digo gritando: «Tú no

eres hombre: hombre libre quiero ser; vete.» ¿No descubristis cómo la misma Iglesia de Jesucristo trabaja por la libertad? ¿No se anticipó mucho á la economía en amarla y usar de ella? ¿Por qué luchó con los tiranos de Roma? Para ser libre. ¿Por qué afrontó á los salvajes del Norte? Para establecer una sociedad libre cristiana. ¿Por qué se puso en pugna con los Musulmanes? Por la libertad de la Cruz. ¿Por qué aun en nuestros días el episcopado alemán opta por regir á las almas desde la cárcel, y no desde su tranquila residencia episcopal? Para no renegar del principio de la libertad católica. Bastaría una frase al santo episcopado aquél para salir de apuros; pero no pronuncia la palabra: no la pronuncia, porque sería el acento de la servidumbre.

Empero procurad, señores economistas, procurad que las aguas de la libertad no queden sin orillas ni reparos. La Iglesia regula la propia libertad con la ley evangélica: ¿quisiérais vosotros usar por vuestra parte la libertad sin el válido freno de la ley? Oid al excelente Tomás: El torrente monta en furor, conduciendo, cuando está furibundo, troncos, piedras y escombros; donde no halla obstáculos, inunda el campo y lo devasta. ¡Pobres jazmines! ¡Sebastian abandonado! Ahora mira tus plantas tiernas, deshojadas y marchitas. ¡Oh economistas, hijos incautos y extraviados! Volved á construir el reparo: el agua es benéfica cuando está detenida.

Un día el excelente Tomás (era en el invierno), habiéndose detenido algun tiempo en Lombardía para ciertos asuntos, los dejó allí, volviendo de repente á su patria en la Lomellina. Habia recibido aviso de que Anita, su buena mujer, desalentada y rendida por el excesivo trabajo, se habia metido en el lecho. Habiendo regresado, ¡qué desorden encontraba! La familia, exceptuando á Sebastian, habia tomado la costumbre de pasear sin hacer nada, porque Anita debia cuidar de los trabajos del campo, habiendo confiado sus pequeños hijos á Ernestina, su hija mayor: habiendo despues caido enferma, no se pudo ocupar en nada. Ernestina no era una muchacha perversa; pero sí un poco vanidosa y parlanchina, no siendo á propósito para gobernar nada. Dedicábase á coser unas faldas suyas para las fiestas, dejando que los pequeños hiciesen su gusto: cuando la molestaban, los reprendia ásperamente, poniéndose furiosa y haciendo rechinar los dientes; aumentaba la batahola sin restablecer el orden. Bajo aquel techo, donde debia reinar como emperador, dominaban, por decirlo así, los diablos. Por ello Tomás, habiendo llamado á su hija, le dijo: «Ernestina, Ernestina; te conduces bastante mal: tu madre te confió el gobierno interior de la casa; pero tú me has preparado una cosa horrible y no un gobierno. Josefa se ha vuelto desvergonzada, siendo cada vez peor. Paco se ha

convertido en pendenciero, y empeora Landuccio, á quien es preciso dar cuanto pide. Todos mis hijos resultan desenfrenados, y antes no lo eran. Me dijo hace poco el párroco que Landuccio, el domingo pasado, en la hora de la misa mayor de la parroquia, hizo en coro visajes con otros muchachos corrompidos, hablando mal y desencadenándose como si fuera un pequeño incrédulo. ¿Por qué así, Ernestina?» Al oír aquella reprensión la muchacha se llenó de vergüenza, haciendo caer dos hileras de lágrimas de sus ojos, no pudiéndose decir si gemía ó se irritaba. Entonces prosiguió diciendo Tomás: «¿Por qué pasa esto, Ernestina? ¿Quieres saberlo? Te lo diré. Tú, tomando el gobierno de la casa, debías imitar á tu madre y hacer las veces de Anita: debías infundir en tí aquella seriedad, aquel talante y aquel amor que á todos enseña; pero tú, Ernestina, olvidaste á tu madre; cuando querías corregir á tus hermanitos por sus travesuras, nécia y fastidiosa, obrando siempre por tí, sólo mostrabas tus rabias, tus despechos y tus brutales violencias, por lo cual alimentaste mucho el fuego, y destruiste el orden de la casa. Pues bien; ¡mira qué desarreglo! Es preciso que concluya. Recuerda, Ernestina, que para ser juiciosa y hacer bien á la casa, es necesario que te atengas á las amonestaciones y al ejemplo de tu madre.»

Es preciso, señores economistas, estar con la madre. Perdonadme si vuelvo á vosotros con esta palabra. Empero ¡cuántas verdades nobles y útiles nos revela el excelente Tomás! Ved á dónde va el nuevo sermón del campesino.

Vosotros, economistas, que con el principio de la libertad presumis mudar el aspecto del mundo y hacerle feliz, mientras á la libertad no pensais marcarle una ley interna y fija que la gobierne, acudís por necesidad á las leyes civiles. Decís así en sustancia: Queremos la libertad en todo y para todos; queremos que la economía marche sin obstáculos: no faltarán las leyes que de todas maneras serán indispensables para moderar su ejercicio en los gobiernos y en los pueblos, porque sobran, siendo muchísimas. Estas son las políticas y las civiles. Ved cómo, por último, aun nosotros los economistas admitimos la ley.

Sí; de buena voluntad ó no, admitis también vosotros las leyes civiles; pero ¿dónde dejais la ley que las preside sirviéndolas de modelo? Exclamaba el excelente Tomás dirigiéndose á su hija: «Es preciso hacer lo mismo que tu madre.» Ahora bien; la madre á la cual está confiado el gobierno de la casa, representa la ley moral, como el padre, que al frente se halla de la familia, representa la ley divina. Está bien: teneis las leyes civiles; pero, señores, ¿haceis las leyes civiles de manera que se ajusten y se modelen sobre la ley moral? Si no lo haceis, ¿cuál es vuestro éxito? ¿De qué os sirven las leyes civiles? Suena en

mis oídos la paternal reprensión: «Ernestina, Ernestina; te has conducido mal; debías imitar á tu madre y la olvidaste; por consiguiente, no conseguiste orden, sino confusión.»

Observemos de paso el nuevo reino económico de la tierra, é iluminémonos con los ejemplos.

Me presento á los trabajadores del taller, poniéndome á inquirir y á buscar; los trabajadores me dicen:—¡Qué! ¿Dudas de nosotros? Nos atenemos á la ley del trabajo, y es bastante.—Les respondo:—Está bien la ley del trabajo; pero, hermanos, si nos debemos hablar con toda confianza, ¿conocéis vosotros la ley moral? ¿Conocéis la ley de la justicia? ¿Sabeis por qué razon el hurto, áun cuando pudiérais cometerlo impunemente, os está prohibido por aquella ley? ¿Por qué, á pesar de vuestra ley del trabajo, algunos entre vosotros hurtan y roban, destruyen las máquinas y echan á perder las cosas de su amo? ¿No es esto una pena? ¿Y no lo es porque habeis olvidado la ley moral, madre de las otras?—

Me presento á los periodistas: debería yo amonestarles; pero los periodistas me dicen:—¿Por qué nos acusais? Tenemos la ley sobre la prensa que nos vigila, y es ya demasiado.—Yo respondo:—Admito la ley de la prensa; sin embargo, decidme: ¿qué pasa con la ley moral? ¿Cómo está vuestra conciencia, hermanos periodistas? Muchas cosas no las ve la ley de la imprenta; á muchas otras no llega, porque son más profundas y recónditas: ¿no sentís interiormente vosotros el deber de respetar la paz de las familias, el deber de no inventar calumnias y el deber de no herir la religion? Añadiré si no considerais esto: Sucede porque vosotros habeis olvidado la ley que preside la de la prensa, y que ser quiere enteramente vuestra: la ley madre ó moral.—

Me presento á la cátedra de algun maestro... Apenas me contempla, alza la frente, se irrita, y dice bufando:—¡Cómo! ¿Se me presenta de nuevo el inquisidor? Debes saber que para mí es bastante la ley de la pública enseñanza.—Yo respondo:—Bien está la ley de la pública enseñanza; mas caro maestro; ¿te parecen cosas soportables los sofismas y los oropelos de la palabra, tus desatinos cosmológicos referentes al hombre mono, al dios fósil, á la materia omnipotente, pensante y eterna, con que te burlas de la ley sobre la enseñanza? Dí: ¿no es verdad que tú descargas á diestra y á siniestra tu cañon Krupp, sobre los pobres muchachos, por tomar á juego la ley moral, madre de las demás?—

Hé aquí, señores, la real situación de la moderna sociedad. El excelente Tomás se alejó de su familia: en efecto la ley divina fué repudiada en gran parte por los gobiernos y por los pueblos: nosotros promulgamos á todo trance la separacion del Estado y de la Iglesia. Igual-

mente, apartada de su marido, Anita, la buena mujer oprimida por el excesivo trabajo, cayó en cama. Realmente la ley moral no sostenida ya por la ley divina, debió sufrir inmensos trabajos, yendo aquí y allá fuera de quicio: en su virtud no le quedó fuerza, enfermando en los humanos individuos. Alejado el padre y enferma la madre, los hijos hicieron diabluras en toda la tierra: Ernestina, es decir, la ley civil, no fué bastante á contener á las muchachas y á los chicos; la libertad vino á ser licencia, y en torno nació este que hoy vemos burdel indefinido de la casa.

Soy un enamorado de mi Tomás; ¡ved hoy qué rareza en mí! Es menester que un poco más aún vaya con él.

Era el mes de abril. Un día Tomás, despues que terminó su comida frugal á las doce, se puso en la puerta de su casa con una gran pipa en la boca, arrojando al aire globos errantes de humo, que parecia un pequeño volcan. De pronto sacaba la pipa de los dientes y tendia las orejas escuchando: gritaban los terneros, balaban los corderos y ladraban por la campiña los perros; los gansos, saliendo fuera del estanque, graznaban, y las ranas dejaba oír su ingrata voz. Tomás miraba en torno, viendo los insectos y los reptiles llenos de inquietud y agitándose para huir: el gato, que no cesaba de azotarle las piernas con la cola, parecia más grande con los pelos erizados y maullaba; los pájaros, chillando, abandonaban el nido, refugiándose bajo las copas de los árboles. Se arrugó su frente como si tuviese al enemigo delante y palideció. Sebastian, que había ido á su lado, advirtió el desaliento, preguntando: «¿Qué tienes, padre?» Tomás, llevándose la mano á los cabellos, respondió: «Cerca está la tempestad.» «¡La tempestad! replicó Sebastian atónito. ¡Mira cómo el sol resplandece, cómo sonrien las flores y cómo aparece la naturaleza hermosa con serenidad risueña!» Tomás, sin atender á la respuesta del hijo, tendió el cuello para descubrir la mayor altura posible; de pronto, sobre el cielo de Mortara, vió adelantarse una negra nube matizada en la cola y en el centro con algo blanquizco. «La tempestad, añadió entonces Tomás con mayor fuerza, hasta el punto de alarmar á su mujer y á sus hijos: la tempestad está cerca. ¡Dios nos libre!»

Dicho y hecho. La tempestad se levantó furibunda: silbaban los vientos, retumbaban los truenos, y á torrentes caía el agua. Fué un diluvio tal que pareció quedarse sumergida la Lomellina y una vasta parte del país de Novara. No cayó solamente agua, sino tambien piedras de hielo lanzadas desde el cielo; no duró solamente la tarde aquel turbion, prolongándose más: vino la sombra vespertina y nocturna, que, por decirlo así, enlazándose á la sombra de la tempestad, reprodujo el caos pro-

fundo: en la oscuridad primitiva había nacido el mundo; ahora en la última oscuridad el mundo quedaba destruido.

Al día siguiente de aquel desastre, que no se puede referir, Tomás, apenas despuntó la aurora, abría las ventanas de su casita, poniéndose á mirar. ¡Qué espanto! La llanura desde allí hasta el extremo de las colinas blanqueaba por el granizo; los caminos deshechos, los árboles tronchados y las cosechas perdidas; un horror y un desierto. Tomás no pudo contener sus lágrimas y gritaba: «¡Pobre campo mío! ¡Pobre huerto! ¡Flores, plantas y cosechas abundantes, todo perdido! Vosotras, montañas distantes, donde me crié cuando era niño, y donde ví por la vez primera á la que me hacía feliz sólo contemplándola; vosotros, terrones míos, bien conocidos por mí, empapados en mis sudores, y alegrados por mis rebaños y por mis hijos, me lo decís claramente con vuestro aspecto: todo está perdido.»

¡Oh amados señores! Si se mira de un modo superficial el momento presente de la sociedad, decís lo mismo que Sebastian: «El sol brilla, las flores despuntan, y todo aparece con serenidad risueña. Realmente á la hora en que hablamos el siglo XIX toca, baila, canta, se manifiesta alegre y triunfa. Empero yo, que me puse á inquirir como filósofo la libertad desmesurada á que tiende la economía pública, en el presente horizonte sereno vislumbro las manchas de la oscuridad, y en la presente calma siento los síntomas de la guerra que se aproxima. ¿No demostré ya que vuestra libertad económica está preñada de tempestades? ¿No dejé, por decirlo así, oír los gritos precursores de la catástrofe? Las ranas gritan, los perros ladran y los caballos relinchan maniáticos; la inquietud está en todos los animales de la selva negra. ¿Creeis que no seguirá el efecto á todas estas señales del tiempo? ¿Creeis que, bufando los caballos en la batalla, deben faltar los caballeros?

Monta en la silla, genio del mal; y tú, siglo mío, pasa.

Soy un nuevo Tomás: ha pasado la edad presente, y el turbion ha caído sobre el mundo; yo, trasladado al siglo futuro, abro las ventanas de mi casita y miro. ¡Cuál espectáculo ofrece la sociedad civil! Pecamos contra el cielo y la tierra, extraviándonos, y el Señor nos hirió. Muchos de nuestros padres cayeron por mano de la barbarie: nosotros caimos por mano de la libertad; caimos, porque nuestra libertad fué tiranía. Yo miro, vislumbrando monarquías deshechas, pueblos oprimidos por pueblos y naciones engullidas por otras naciones. Miro, lloro y exclamo: ¡Oh tierras europeas bañadas con el sudor de la civilización, cubiertas por tantos monumentos de religion y de arte, campo de héroes y cuna de sabios, ¿dónde estais? Todo está perdido. ¿Dónde estás

tú, dulce Italia en la cual aprendí á conocer á Dios y amarlo; en la cual crecí yo, hijo de la Iglesia, y me dí como sacerdote á servir á mis hermanos? ¿Dónde estás, Italia, jardín de belleza y templo santificado por las gracias? ¿Deberé también gritar de tí: Todo está perdido?

Cielos nuevos y tierras nuevas. Si los economistas incrédulos destruyen con la libertad, los cristianos que sobrevivan edificarán de nuevo el mundo con la fe.

## CONFERENCIA IV.

---

### SI PARA REALIZAR LOS PLANES ECONÓMICOS

BASTA LA LIBERTAD CONSIDERADA EN EL ÓRDEN DE LOS HECHOS.

En las antiguas tradiciones de los pueblos se cuenta de un gigante, que tenía en su proceder algo de raro y eminente.

Siempre que habitaba el gigante la tierra que fué su cuna y que apoyaba sus pies en aquel suelo maternal, venía á ser invencible del todo en la lucha: ni diez, ni veinte robustos brazos lo hubieran podido arrancar de allí, ni hacerlo caer: su indomada cabeza, con la señal de la victoria en los labios, sobresalía más que todos. Hacía frente Anteo al mismo Hércules. Mas el juego fallaba, sucediendo lo contrario, si el gigante abandonaba el suelo de su patria: removido de allí, no apoyado en la tierra nativa, perdía el encanto de su fuerza y debilitábanse sus músculos. No digo que lo hubiese aterrado un jovencito, sino que un hombre membrudo valía tanto como él; en su virtud, á cuantas pruebas se exponía en campo no suyo, vencido, daba en el suelo estrepitosamente.

Los economistas, señores, quisieron que aclamásemos como gigante la humana libertad, diciéndonos precisamente que gigante tal es que con su fuerza ingénita debe superar las luchas del mundo viejo y crear un mundo nuevo. ¿No recordais que aceptamos como tal la libertad? Se repite para nosotros la extrañeza portentosa del gigante.

Observamos la libertad en el orden del derecho, y la observamos alzada á la dignidad de teoría, resultando manifiesto que viene á ser intrépida y fuerte, obradora de cosas magníficas, cuando es guiada por el intelecto, como á su vez el intelecto humano es poderosísimo cuando es guiado por la ley natural y divina. Hé aquí por qué nuestra inteligencia

es casi la tierra nativa, ó el suelo patrio, donde se refuerza la libertad. En tal condicion es invencible el gigante. Empero, quitada la guía del intelecto, impeled á la libertad á fin de que obre por sí sola; llamadla, como lo hacen los economistas, criterio y regla de sí propia y por consiguiente principio de regeneracion social: ¡pobre gigante! Separado del suelo natal, salido para intentar empresas en campo no suyo, ¡cuán flaco viene á ser! No puede seguir la lucha y sucumbe. Anteo es derribado por Hércules. Y, sucumbiendo, llena de ruinas el mundo.

Así nos viene aclarada, señores, la primera parte del problema. El problema era éste. ¿Basta la libertad para realizar los designios sociales de la economía pública? A esto nosotros, ciñéndonos á la cuestion puramente abstracta ó especulativa, contestamos: No; la libertad económica, segun hoy se anuncia por doctrina, no puede redimir por sí la sociedad humana, pues carece de cabeza; es una facultad nuestra su balterna, y no una facultad directora.

Mas el problema, en cuanto habia sido planteado por nosotros, distinguíase por un doble aspecto; empezaba en el orden ideal y se refundía en el orden práctico. Pues bien; mirando en el orden de los hechos á la libertad, ¿podemos sostener que los grandes planes de la economía son por ella realizados? Ni áun esto, señores.

Notad aquí esto. No considero la sociedad civil de un modo generalísimo, que sería cosa no bien relacionada con nuestro asunto y superflua; la considero en cuanto la sociedad civil toma carácter de económica. Ahora es un fastidio pensar en esto: los propios economistas que promulgan la libertad con la trompeta y en teoría fácilmente se ponen de acuerdo, no bien tratan de ponerla en práctica, no se logran entender y meten una terrible batahola: quieren los unos ejercitarla de una manera y los otros de otra. Han tocado las trompetas: ¿Y por que? Dicen, para dar el aviso de la humana regeneracion inminente: ¿no es acaso mejor para llamar á las gentes, ver cómo riñen y se suplantán?

Entre dos hileras diferentes de economistas vemos hoy que la batalla se libra. Nos referimos á los economistas locos y á los economistas prudentes: los unos marchan á la cabeza de los pueblos, y los otros se mueven á la cola de los gobiernos. Vosotros juzgareis quién tenga razon, ó bien vuestro cometido será resolver si la razon está con alguno de ellos. Entretanto yo, lanzado en el orden de los hechos, gritaré siempre más: ¡Pobre gigante apartado de su patria y vencido! ¡Pobre Anteo! ¡Pobre libertad!

Hé aquí la segunda parte del problema, objeto de la conferencia presente: ¿Puede la libertad realizar los designios sociales de la economía pública?

La cuestion de hecho me asegura que no: la libertad económica, segun viene impelida hoy á su aplicacion, no puede redimir á la sociedad humana, por carecer de un brazo determinado; por ser una potencia embarazada, no libre ordenadamente.

Dispongamos una reunion de economistas, llamándolos de todos paises; admitámoslos de todos los órdenes, de todas clases, y de todos idiomas, razonándoles de la siguiente manera: Oigo, amigos, que por todos vosotros con afecto igual casi se pide la libertad de la economía pública y social. Está bien; no disputemos teóricamente si esto es regular, y considerémoslo indudable, hallándonos igualmente ciertos de que se concede la deseadísimá libertad. Empero la libertad económica, para ser ejercida y gozada, necesita un brazo que aplicándola venga: ¿cuál será este brazo? ¿Será el del hombre individual y privado, ó bien será el otro del hombre público? Mas claro: ¿dejaráse la libertad á la arbitrariedad del pueblo, ó se hará depender de la accion del Gobierno? No me acuseis de ignorante, ó de indeciso: es indispensable para mí saber esto: Imagino que nado ya dentro del reino de la libertad; mas me digo, pobrecillo: ¿seré realmente yo mismo señor de tan bella cara libertad, ó me será dada generosamente por quien me preside? Escuchad aún, amigos, porque á esto no se ciñen mis preguntas. Supuesto que se quiera en manos del gobierno poner la práctica direccion de la libertad, ¿dependerá todo de él, es decir, siempre y en todo, concederla? Si se coloca en las del pueblo, podrá usar de ella tan necia y señorialmente que al gobierno no corresponda ocuparse de ninguna manera en la misma? ¿Qué decís, amigos míos?

Os proponía yo, señores, hacer un congreso de economistas; mas noto que á lo ménos es preciso reunir dos de tales congresos separadamente, por cuanto el campo de la economía pública está notoriamente dividido; unos declaran al pueblo señor de la libertad económica, y otros por el contrario eligen al gobierno moderador de la libertad económica. Los economistas por nosotros convocados, bruscamente se disuelven; los unos corren á una parte, y los otros corren á otra.

Digamos alguna cosa de tales dos órdenes de batalladores.

Está la escuela británica con Adan Smith á la cabeza, que hace, por decirlo así, el amor al pueblo, y que lo inviste con la más abundante libertad económica. Smith me metió esta idea en el cerebro: La intervencion de los gobiernos produce un efecto enteramente contrario al que se proponen: deben por lo tanto los gobiernos evitar mezclarse en los negocios de los súbditos, y deben dejar libre movimiento á la concurrencia, como la llaman; conceder al comercio interior y exterior una

libertad absoluta de ningún modo trabada por impuestos, prohibiciones, ni aún seguros. En el trabajo consiste sin duda la riqueza de las naciones, que se reduce al aumento del valor de cambio.—El famoso profesor de Glasgow no habló ni escribió en vano: acudieron los discípulos numerosos, saludaron al flamante maestro, y la escuela económica inglesa quedó establecida. Es su bandera: «La libertad más perfecta al pueblo industrial.»

Contraria á la escuela inglesa levántase, además de otras, la escuela económica de Alemania. Los poderosos tudescos que se inclinan con tanto gusto al Dios Estado; que de la fuerza y de la política sacaron la más deliciosa abundancia de bienes con que ahora sacian su hambre, no quieren en todo y por todo saber nada (diga lo que quiera en contrario la familia solitaria de los pensadores), de tal renegación del gobierno en el asunto de la libertad industrial y civil. ¿Por qué reducir el gobierno á espectador simple? ¿Acaso los hombres particulares y el pueblo no necesitan quien proteja el orden público? ¿Acaso pueden bastarse á sí mismos en todo? No; esto es tan exacto que aún en la propia Inglaterra interviene sin duda el gobierno en los correos, en los telégrafos, en los caminos de hierro y en las manufacturas. Por consiguiente la bandera que los germánicos economistas levantan es: «Intervención del gobierno en la pública economía.»

Hé aquí las dos grandes escuelas económicas; hé aquí, yo decía, señores, la necesidad de dos congresos diferentes. Y no lo dudeis: dos congresos diferentes contrarios se reúnen.

Nosotros italianos, que en materia de social economía no recorreremos de ningún modo una calle bien empedrada, sin embargo de no ser novicios en la ciencia, nos dividimos precisamente en el ímpetu rival de los dos sistemas; vamos errantes y divididos entre los sistemas de la intervención del gobierno y de la libertad popular absoluta.

Esto es cosa de hoy: Luzzati, Lampertico, Scialoia, Cossa, Sella, Bonghi y otros economistas de Italia se dan mucha pena para sostener la teoría de la libertad regulada por el gobierno; juntan en Milán, primero en el salón de la «Cámara de comercio» y después en el salón «de la Guardia Nacional» un solemne congreso, donde con elocuencia, y con arte no vulgar procuran defender de todas maneras la intervención del gobierno en la economía: es admitida la libertad de la ciencia; mas el hilo de tal libertad se quiere que lo tenga la mano del gobierno. Su «Asociación» se denominará de «Juan Domingo Romagnosi.» Mientras esto pasa, el profesor Ferrara, ex-ministro de Hacienda en Italia, y director ahora en Venecia de la escuela superior de comercio, ardentemente propugna el método contrario: él, Mancini, Peruzzi, Gino Cap-

poni y otros italianos cultores de la ciencia económica, se disponen á establecer una «Sociedad» que debe recibir el nombre de Adan Smith, y combatir en el gobierno el manejo de la libertad económica, que al pueblo quieren conceder sin restriccion ni obstáculo.

Más netamente no podría trazarse la índole contraria y la contraposicion de las dos escuelas: es cosa deplorable para quien ama la ciencia y busca la felicidad del género humano; mas yo tengo con lo manifestado la prueba de lo que os declaraba en un principio.

Nos hallamos, señores míos, en la más ardiente cuestion, es decir, la de hecho: la libertad económica, segun hoy viene impelida á la aplicacion, no puede redimir á la sociedad humana, por carecer de un brazo determinado: es una facultad trabada, y no una facultad ordenadamente libre.

Apenas profiero tal afirmacion, cuando quisieran metérmela en la boca ó arrancármela de raiz, por lo cual yo, en la presente parte, quedaria reducido á no decir verdaderamente nada. Algun buen hermano mio exclama: Perfectamente: los economistas en el uso y en la direccion de la libertad no se ponen de acuerdo; pero si hoy se pelean, harán mañana las paces.

¡Alegres esperanzas! Me place que vivas y envejezcas mirando el cielo de color de rosa; pero, hermano, para mí la tierra es de muy diverso color. Ahora déjame hablar.

Los economistas, que determinan valerse de la libertad como de palanca con el fin de levantar el mundo de la miseria á la abundancia y del dolor al gozo, siguen firmes gritando que, mientras no se libre la libertad de todos los obstáculos, ni saque con ardidez todas sus fuerzas, no podrá llegar la edad de la beatitud social. Queda, pues, demostrado que, subsistiendo la lucha entre las dos escuelas, esto es, entre la escuela que yo he llamado alemana y la escuela inglesa ó democrática, hay un impedimento gallardo para el principio y el desarrollo de la era suspiradísima. Me basta: la continuacion, por lo tanto, del orden presente demuestra que la cuestion de hecho me da la razon.

Empero el orden presente cesará: mañana las escuelas económicas batalladoras marcarán el pacto de la paz comun. Entonces no tendré yo razon.

¡Creeis en la paz de las opiniones y de las sectas? Decidme si nunca se vió este milagro. ¿Se reconciliaron por ventura los Peripatéticos y los Epicúreos? ¿Se avinieron por ventura los Dogmáticos y los Académicos? ¿Cortaron nunca sus litigios los Realistas y los Nominales? ¿Hicieron paces los Güelfos y los Gibelinos? ¿Hicieron paces las facciones de la «Rosa roja» y de la «Rosa blanca?» ¿Hicieron paces los de la Gi-

ronda y los de la Montaña? Cristo calmó las tempestades del mar; pero no se resolvió al prodigio de que se reconciliaran Judíos y Samaritanos, anulando así sus sectas.

Sólo que, ciñéndonos á los que por medio de la libertad se proponen redimir el mundo, ¿de qué modo las dos grandes escuelas económicas deberían inclinarse á la paz? No estrechando un pacto de alianza, sino retirándose absolutamente la una para renegar de sí misma é incorporarse á la otra: la escuela tudesca se debería convertir en británica, y la intervencion del gobierno en la economía debería desaparecer bajo el imperio de la libertad popular. Ahora bien; nada tan árduo, ni tan difícil de aguardar.

Aquí consentidme, señores, la manifestacion de algunos pensamientos míos: no tengo los secretos proféticos, sino las inducciones científicas é históricas; no soy vidente, sino adivinador.

Hace tres ó cuatro siglos que tal vértigo cayó sobre las mentes, no en todas las cinco partes del mundo, sino en nuestra Europa; cayó sobre las mentes en Europa, que tenia la exuberancia de la vida y donde los espíritus eran soberbios, para desde aquí dilatarse por toda la tierra. Yo, cristiano, no creo en Pandora, ni que se derramó su caja terrible: digo que, permitiéndolo Dios, el génio del mal fué librado de muchas cadenas, envolviéndonos en sus giros y embriagándonos con sus pasiones.

Enloqueció el siglo XVI por la tentacion de la herejía, y enloqueció el siglo XVII por el amor á la filosofía: ahora el siglo XIX enloquece por la fascinacion de la libertad.

El carácter moral de los tres siglos estos no es dudoso. Empero ¿considerásteis de qué modo las públicas y famosas locuras á que aludo van delante y á qué resultado conducen?

Caminan á producir, entre muchos mentis, una situacion de cosas no buena del todo, ni del todo pésima: lo cierto entretanto es que no se pueden desfogar en absoluto.

¿Cuál es el contrapeso, que por último se puso á la herejía del Norte? Por parte de la Iglesia el Concilio de Trento, y por parte del mundo el deshonesto tratado de Westfalia.

¿Cuál es el contrapeso, que se puso por fin á la filosofía francesa? Por parte del mundo el Consulado de Bonaparte, y por parte de la Iglesia el Concordato de 1801.

¿Cuál será, señores, el contrapeso, que se pondrá á los bramidos de nuestra libertad? Por parte de la Iglesia veo iniciado ya el grande acto de la reparacion, es decir, la Asamblea Vaticana; mas por parte del mundo nada veo comenzado.

Ahora bien, trabada la Iglesia, engañado y sin memoria el mundo, la libertad seguirá bramando y haciendo diabluras; triturará todas las instituciones de nuestros padres, abatirá todas las grandezas sociales, inmolará los personajes al predominio de la plebe, y formará una sola plebe con los ciudadanos. Tal es la marcha; la mujer que alumbró hoy á un niño, no da como antes al Estado un súbdito quieto y pacífico, sino un pretendiente al tumultuoso reino de la libertad. Lo concedo: despojados los gobiernos de todo poder, prevalecerán los economistas que tienden á la libertad desmedida; la escuela inglesa vencerá á la de Alemania: el presente, por el cual es engendrado el porvenir, nos muestra sus triunfos inevitables.

Con todo, amigos, no os espanteis: aquellos triunfos echar no pueden hondas raíces; serán cosa pasajera y no permanente. El pueblo se hallará un día independiente de todo; mas el pueblo que, según Hobbes ha dicho, es «un niño robusto,» y siempre niño, pondrá en evidencia la necesidad de la disciplina, que le será dada: la libertad se gozará un momento, por haber infringido la ley; mas como «la libertad sin la ley» según la bella frase de Adolfo Thiers, «es la sociedad bárbara,» los civilizados se levantarán contra los bárbaros, sometiéndoles de nuevo al orden legal y político. Aun esto es inevitable.

No es que yo espere pronto un orden completo en la sociedad. Afirmino que contra el mal vendrá el contrapeso, porque suprema necesidad para el mundo moral es conservarse; no predico de ningún modo la inmediata perfección del orden público, por cuanto el genio del mal está entre los pueblos en todo su vigor, é ignoro cuánto tiempo le ha concedido Dios para sus libres frenesís. En su virtud, si bien por parte de la Iglesia se tendrá en el Concilio ecuménico la directa y potente acción del bien, el mundo por ventura deberá contentarse con un nuevo Tratado de Westfalia y con una nueva Dictadura napoleónica.

Sea de todo esto lo que sea, la llegada del contrapeso, que no puede fallar, sacará ciertamente á los economistas amigos del gobierno, del abandono sufrido y del aturdimiento; daráles nuevo brío, llamándoles para que afronten á los adversarios; otra vez, y quizás mejor que actualmente, la escuela de Alemania disputará el campo á la inglesa.

¿Dónde os hallais, apologistas frenéticos de la libertad?

En las intuiciones no fantásticas, sino filosóficas del futuro, os he visto levantaros gigantes. Es verdad que os he visto vencer; mas en vuestra victoria descubrí vuestro descalabro: caísteis heridos por un rayo en las antiguas trincheras, siendo gran merced que os permitan retenerlas. Vuelve por consecuencia en medio la lucha entre las dos escuelas económicas. Yo delante de los hombres amantes de la libertad abso-

lta, repito mis afirmaciones. La libertad económica, en la cual se ha hecho grandísimo hincapié, se nos presenta como una facultad terriblemente trabada; vosotros que pedís su aplicación libérrima, sin conseguirla, ¿cómo podeis llenos de confianza ceñiros con sus laureles?

Con derecho lo digo: es imposible que yo aguarde la próxima paz entre las dos escuelas, y entre las opiniones económicas que pugnan entre sí, Cesando los sacudimientos dominantes, pero necesariamente infructuosos, de los que una de las dos partes mensajera es y portadora, la primera condición económica se adelanta nuevamente. Esto sentado, no es bastante la libertad para la regeneración del mundo; la falta de orden y la ausencia de un brazo determinado que la haga dominar eficazmente sobre todos y en todo, la trastornan y esterilizan.

Ahora, conservando yo los pies sobre un suelo que no vacila, paso á considerar cuánta, en las cuestiones de hecho, es la gravedad y la toruosidad del obstáculo, que halla en sus aplicaciones la libertad económica.

Yo, señores, no soy un amante apasionado de ninguna de las escuelas en que nos ocupamos: aún cuando confiese que debe gozar de libertad la economía pública, disiento altamente de la escuela Británica: aún cuando en el problema económico admita yo la intervención del gobierno, la escuela de Alemania no me place, y la miro con desden. La razón es que en cada una de las dos escuelas, si hay mucho verdadero, existe igualmente mucho falso, lo cual proviene de que ambas ignoran ó pervierten los principios constitutivos de las cosas y los verdaderos factores de la civilización. En su virtud (es una necesidad amarga confesarlo), no sólo la escuela inglesa con sus excesos ruinosos trastorna la libertad y la impide, sino que la destruye asimismo é interrumpe además el gobierno con su influencia moderadora.

Si realmente las dos escuelas profesaran justos principios rectos, ó fuesen fáciles en profesarlos, deberían concluir entrambas, ó constituirse de otra manera, para recogerse con todos sus sectarios en la escuela italiana. La gran escuela italiana de la economía pública no es la moderna, que principia con Sella y con Ferrara, sino la vieja y católica, inaugurada cinco siglos atrás en Italia para enseñar á todo el mundo, de la cual es príncipe santo Tomás de Aquino.

Santo Tomás es fortísimo en la teoría y tiene fortaleza igual en las aplicaciones, porque parte de los primeros principios, y de los principios descende á las consecuencias en derechura. Para él, fundamento de la verdadera economía política es la voluntad del Criador, á nosotros manifestada en el orden universal: de tal orden es preciso emanar,

cual todos los restantes derechos, el de la libertad, y asimismo el deber de la dependencia en la disposicion de los propios bienes. El principio de que partís, os manifiesta el fin á que sois dirigidos y que debe dirigir vuestras acciones. Ahora bien; este fin es doble: es uno el del individuo, y otro el de la sociedad civil, á saber, el Estado.

Vamos. Económicamente hablando, ¿es libre ó esclavo el hombre? ¿Puede ó no el gobierno intervenir en las operaciones humanas?

Observad el fin del uno y del otro, resolviendo, señores.

El hombre tiene un fin sobrenatural, que alcanza con la religion; por consecuencia es libre cuando usa de sus facultades económicas al cumplir deberes religiosos y morales, que tienen el carácter de meramente personales. Tiene además por fin temporal proveer á la conservacion propia, para lo que ordenada está la propiedad: es libre por consecuencia relativamente al vestido, al trabajo lucrativo, á la permuta de las riquezas, y á la profesion habitual de la vida. Tiene por fin temporal asimismo la propagacion de la especie y la continuacion del humano linaje: por consecuencia es libre asimismo en todos los medios económicos que se refieren al matrimonio, á la familia y á la educacion de la prole, sin herir entretanto á los demás que tiendan de semejante modo á tal fin.

¿Por qué, señores míos, es libre delante del gobierno? Responde santo Tomás. Porque todos los hombres son iguales por su naturaleza, no debiendo el inferior obedecer al superior, si algo le manda de aquel orden, por lo que hace al cual no es señor, sino súbdito.

¿Cuánta libertad! ¡Oh! La economía política no tiene la menor cosa de tirana. Empero es libertad, que parte de los primeros principios, y tiende al fin de una manera filosófica: en su virtud no salta, como en la escuela inglesa, según las arbitrariedades de las cabezas ó de las almas apasionadas, ni prorrumpe, como aquélla, en excesos horribles.

Hablo del individuo humano; ¿y dónde dejo al gobierno? Si el hombre es libre, ¿por ventura resulta inútil el gobierno?

Aun el gobierno tiene su fin, simplemente social; tiene sin embargo hermosa y variada grandeza. Donde por lo tanto lo requiere la razon del fin, tiene derecho y aún obligacion de intervenir. El fin del gobierno es por tanto conservar el orden público: debe, pues, aportar su propia intervencion á todo lo que sea delito, mal abierto, y á cuanto subvierte la observancia de la ley, ó la marcha del Estado. Tiende por fin á aumentar la suma de los bienes, y hacer que prospere la nacion: halla por consiguiente abierta la vía para correr y mezclarse en cuanto se propone mejorar la instruccion, el tráfico, las artes y los oficios.

¡Cuánta proteccion! Mas ésta que de igual modo se informa en los primeros principios, dirigiéndose á su fin propio con orden y sabiduría, no debe llevar á su mano el timon de la cosa pública en beneficio peculiar, ni debe tampoco invadir lo que pertenece á los súbditos, ni atentar á sus derechos: es preciso que preserve y ayude como un padre, no siendo nunca una secta. Hé aquí por qué razon en los designios de la economía católica no es un usurpador el gobierno, como fácilmente resulta en la escuela de Alemania; no impele como aquélla á los ciudadanos para que se arrodillen ante la divinidad del Estado, ni para que hagan sus sacrificios al poder central, sino que mitiga el poder y procura con amplitud el beneficio de los ciudadanos. El pueblo, en suma, no vive para el gobierno, sino que vive el gobierno para el bien del pueblo.

Os dí un bosquejo de la economía social, segun, señores, se saca de los libros de santo Tomás (1). Tal economía no tiene vuestro modo de hablar; no tiene vuestras frases, ni vuestras divisiones infinitas, ni las disputas de la ciencia. Mas, ¡qué quereis! Las palabras son femeninas y los pensamientos son masculinos. Esto sobre todo me place. Lo que dáme la vida á mí, pobreillo, lo que salva y ennoblece al género humano no es el adorno, ni el detalle pequeño, ni la cuestion, sino la rectitud y la virilidad del concepto.

No es dudoso que, si las dos escuelas económicas rivales tuviesen por fundamento la validez de los primeros principios y tendieran bien al fin á que van encaminados los individuos y los gobiernos, dejarían de darle tan terribles golpes, queriendo ser por el contrario en la economía secuaces y continuadores de la escuela italiana y católica. Entonces, si por una parte los gobiernos desarrollarían florecientes y poderosos su virtud, por otra en la obra de los súbditos unidos á sus propios gobiernos se vería el desarrollo más bello de la libertad económica.

Mas yo, que nunca he soñado en la amistad de las sectas y de las escuelas entre sí, cuando éstas tienen el carácter simple de privadas, nunca he soñado tampoco, ni he creido posible aquella amistad, que quisieran establecer entre una «consortería» privada y otra que á la sombra camina del poder político, por el cual es protegida.

Es lo peor entretanto (y me urge convenceros de lo que digo), que las dos escuelas, siguiendo con sus luchas, se invaden y se atropellan: la escuela británica, que es la del pueblo, destruye los derechos del gobierno; la escuela de Alemania, que es la del gobierno, desconoce los

(1) S. Tomás, *Summa theol.* 2.<sup>a</sup> 2e. *Quaest.* CIV, art. 5.

derechos del pueblo. Ata la una los brazos de la otra, siendo las dos conculcadoras.

¡Libertad! ¡Libertad! Los economistas la invocan furiosamente, y todos la piden para sí. La prometen los gobiernos, y la saludan los pueblos. Mas los pueblos arrojanse contra el gobierno para destrozarla en sus manos: los gobiernos caen otra vez sobre el pueblo á fin de matarla en su seno. En medio de los aplausos la libertad es crucificada.

¿No vislumbrais con cuánto detrimento de la libertad la escuela británica hace sus pruebas, á fin de abatir el poder gubernativo? Exclama: No más intervencion directa del gobierno en la cosa pública: el gobierno es un actor, que debe hacer su papel sin espectáculo: siga en el coliseo, colocado más allá del telon.

Para estar ocioso más allá del telon, mejor es que tome sus alforjas, que levante sus tiendas y que se marche. Mas no; gritaremos nosotros al gobierno. Párate: eres reducido á una momia, y te quieren meter ya en los estantes del gabinete zoológico.

Sólo que, decidme: ¿dependerá en adelante de la voluntad privada del ciudadano la institucion de los tribunales, y la conservacion de la justicia, esencial atributo de la civil autoridad, que gustosamente le concedemos? ¡Qué confusion entonces! ¡Qué batahola tan atroz!

Exclaman los economistas ingleses. Que no muestre la faz el gobierno, ni aparezca. Es óptimo aquel gobierno que no se siente ni se descubre.

¡Haremos, pues, una mascarada de los reyes, de los ministros, de los diputados y de los senadores para no verles!

Sólo que, ¿caerá en poder de quien vive privadamente la obra de la policia preventiva, de las providencias sanitarias, de los empadronamientos generales; la obra sobre todo de promulgar las leyes, y lo que traspasa en suma el límite del derecho individual? ¿No descenderá entonces á lo más bajo quien ocupa el vértice de la pirámide social? En tal caso la confusion tendrá la profundidad del caos.

Exclaman los economistas ingleses: No abra el gobierno la boca, porque haría presion sobre la libertad: no condene á los unos, ni dé bríos á los otros.

¡Le aconsejaremos, pues, que para su propia sede funde un instituto de sordo-mudos!

Empero, ¿corresponderá todo de tal arte á los súbditos, que no más debe convenir de algun modo al gobierno el carácter de maestro y educador, abrir las universidades y fundar escuelas ó colegios de enseñanza?

Exclaman los economistas ingleses: No se meta el gobierno en la civilización y en la cultura: no tiene piernas para correr con el progreso de los pueblos, y lo debilitaría.

¡Instalaremos, por tanto, al augusto enfermo en una litera, abandonándolo á la multitud de los médicos!

Sólo que, ¿cómo se puede negar al gobierno suplir é integrar la obra deficiente de los particulares, de las familias y de las asociaciones, en lo que de abierto modo se refiere á la pública utilidad, cosa sobre todo encarecimiento bella y beneficiosa? ¿Cómo se puede dejar con fruto á la única voluntad privada de las compañías acudir con auxilios para terminar calles, canales y puentes?

Exclaman los economistas ingleses: No use el gobierno de la fuerza, ni se presente tampoco á los ciudadanos con el aparato de las bayonetas.

¡Lo enviaremos, pues, al campo, á fin de que con el aire fresco y vivo acabe su propia convalecencia!

Sólo que, ¿estará bien que se halle desprevenido el gobierno cuando se desencadenan las rebeliones malas de la plebe, cuando los mónstruos socialistas y comunistas toman el fusil ó el puñal? Cuando tú, forastero ó del país, tienes á las espaldas el enemigo, repitiendo todos los discretos el grito: *Videant consules ne quid respublica detrimenti capiat*: ¡bendecirás el cielo, amigo mio, á fin de que se acumule la fuerza sobre los brazos del vulgo, ó modere y disponga las del gobierno?

No es inútil que os vaya manifestando yo las presunciones, las locuras, ó los orgullos en que los defensores de la escuela inglesa abundan contra el gobierno. No; no es inútil, por cuanto en nombre y bajo la bandera de la libertad veis que se trama y que sucede la tiranía. O el gobierno es una persona moral viva y autorizada, ó no es nada. Donde la nada sustituye á la civil autoridad ó á la política, está el abismo. Sábios economistas é ilustres filósofos advierten que, cuantos se despepitan por quitar en economía toda la influencia de la autoridad suprema, introducen verdaderamente una fastidiosa servidumbre, porque su prohibición, á fin de que no intervenga la autoridad en ningún contrato entre los particulares, tiende á conceder á los mismos particulares el derecho de formar, con una porción de artículos hechos con más ó menos arte, una ley directora de las operaciones económicas, que todos deberíamos necesariamente obedecer. Y sería la peor de las servidumbres.

Trabada ó herida la libertad en el gobierno, es igualmente por obra del gobierno ofendida en el pueblo.

En prueba de que digo la verdad, ved cómo la escuela de Alemania, tomando su revancha contra la escuela británica, viene á disminuir,

por el odio que á ella tiene, los derechos de los ciudadanos, trastornando las aplicaciones más importantes y más autorizadas de la libertad. Digo las aplicaciones más autorizadas y más importantes, como son para mí las religiosas, fuentes y guías de todas las demás aplicaciones civiles y políticas, puesto que la escuela de Alemania, que al gobierno idolatra, no siendo bastante confiada é intrépida para manifestarse hasta las uñas, por decirlo así, delante del mundo, concede á la parte contraria cuanto más al pueblo fascina en apariencia; pero se reserva no concediéndolo todo, ó más bien concede poco en lo que sin embargo contiene la vida y la felicidad del pueblo. Por consiguiente no pudiendo hacer más relativamente á la realizacion de la libertad del pueblo, encadena á la Iglesia y con la Iglesia encadena también á la sociedad.

No son pueriles imaginaciones las mías.

Los economistas de la escuela liberal dicen: «Libertad de conciencia y de culto.»

Es una peticion, que nosotros los fieles admitimos con las debidas restricciones; admitímosla de todas maneras para realizarla, no segun las pasiones humanas, sino con arreglo á los dictámenes de la filosofía y del Evangelio. A lo más vemos incluido el bien, de manera que, si las conciencias y los cultos religiosos deben ser libres, libre igualmente ser deberá entre estos el catolicismo.

Ahora bien: ¿qué sucede? A la peticion hecha por los liberales responden los economistas «burocráticos» y gubernativos: ¿Quereis libertad de conciencia? ¿Quereis libertad de símbolo? Os la concedemos como buenos hermanos. Libres sean todos los hombres para ser cuáqueros, metodistas, mormones, escépticos, panteistas, monoteistas, puritanos, fatalistas y así sucesivamente; mas, en cuanto al católico, cosa es que debe mirarse mucho. Forma parte de una Iglesia que al dominio universal aspira. Puede seguir siendo, pues, católico el ciudadano, si lo quiere; mas lo ponemos bajo la inmediata vigilancia de la policía y será el primero de que nos apoderemos, aunque sea por simples sospechas, en los movimientos públicos. Nosotros gritamos: «Libre Iglesia en el Estado libre,» mas la fórmula que nos place más es la Iglesia esclava en el Estado despótico. Alemania, que ha depuesto ahora los grandes miedos, la enseña. Libérrimas son todas las sectas; pero los sacerdotes y los Obispos católicos van á la cárcel.

Hé aquí la primera infraccion sangrienta que ha sufrido el derecho del pueblo.

Los economistas de la escuela liberal dicen nuevamente: «Libertad de instruccion.»

Es una peticion que, segun las presentes circunstancias de la socie-

dad, nos parece bien. ¡Oh! Los grandes liberales, cuando verdaderamente no mienten, no son hombres que á los católicos matan. Aun Pío IX, en un discurso que pronunció on el Vaticano, dijo: «Dadnos la libertad de la enseñanza.»

¿Qué responden los economistas «burocráticos» y gubernativos? Responden. Sed, hermanos, justos y discretos; tambien nosotros recomendamos la libertad de la enseñanza. Hace poco el virtuoso Lampertico, en el Congreso económico reunido en Milan de que os hablé, ponía por exordio de su discurso estas frases magníficas: «El principio en que nos informamos es sólo la libertad de la ciencia.» Añadió: «La libertad de la ciencia es un derecho comun á todas las ciencias.» Perfectamente: abrir nos hacen el corazon al gozo, mas ¿dónde se halla entretanto en casa la instruccion que recomiendan y promulgan? Si contemplo no pocas regiones de la Europa grandes y civilizadísimas, debo decir que habita en cielo descubierto sin el consiguiente techo. Estará sin casa para no pagar alquiler ni contribucion. Mas aparte dejemos las bromas. Si llamo yo á la puerta del Ministerio de instruccion pública, manifestando deseos de ser maestro, exclaman: «Provéete del título.» ¿Se dá, pues, libertad docente cuando el gobierno concede la conveniente á la libertad de instruccion? ¿Es libertad de instruccion cuando, para conceder diplomas el Estado, exige que los candidatos frecuenten por un tiempo determinado sus propios colegios? ¿Es libertad de instruccion cuando se profieren amenazas contra los seminarios y los sacerdotes, que no enseñan sino á los clérigos, ó no han obtenido licencia para enseñar?

Hé aquí la segunda infraccion que ha sufrido el derecho del pueblo.

Los economistas de la escuela liberal continúan diciendo: «Libertad de palabra y de imprenta.»

Hagamos las debidas reservas: con ellas nosotros los católicos admitimos la libertad de la palabra y de la prensa. Cuando todas las bocas hablan y las prensas se calientan, seria locura que nosotros estuviésemos con las manos en el bolsillo y nos condenáramos al silencio como los antiguos monjes del desierto. La imprenta es ahora una bella invencion; hablamos é imprimimos.

¿Si? Atentos á mis pasos. Los economistas «burocráticos» y gubernativos, que sufren ó promueven las charlatanerías de todas las cornamusas periodísticas, y que no se amedrentan cuando se abren volcanes en la sociedad civil, tienen ojos de lince para espiar la prensa católica, latíéndoles de manera desesperada el corazon al sonido de la palabra católica. Los ateos pueden blasfemar de Dios; generalmente pueden blasfemar Diputados, escritores y demagogos; mas se requiere una

*Circular* del gobierno para reprimir á los predicadores del púlpito. Hasta son interdichas y secuestradas las *Alocuciones* del Pontífice. ¡Y viva la libertad!

Hé aquí la tercera infraccion contra el derecho del pueblo.

Los economistas de la escuela liberal añaden: «Libertad de vocacion y de profesion.»

Nosotros accedemos. Prontos estamos á sostener tal libertad, porque por derecho natural y por derecho positivo atribuimos al libre albedrío de cada uno la eleccion de su propio estado. El cristianismo realmente deja ir tan libres las vocaciones y las profesiones, que nunca pensó gravar estas con impuestos, habiendo extendido aquéllas hasta el punto de llenar la tierra de instituciones cenobíticas y caritativas.

¡Cómo se nos presentan serios, enfurecidos y tozudos los economistas «burocráticos!» ¡Ved con cuánta gracia, generosidad y cortesía tratan los gobiernos el asunto de las profesiones sociales! Si aquí, por ciertas consideraciones, no hacen cuanto gustaríales hacer, derraman despa-chadamente la plenitud del descontento y de la cólera contra la libertad de las profesiones claustrales.

Un buen jóven me decía:—Yo me siento ardientemente impelido á la vida del claustro: me place hacer algo distante de la multitud indiscreta; me place concentrarme en mí mismo, para las meditaciones de Dios y el amor de los hombres, libre del siglo estruendoso que me asorda. No tengo ningun obstáculo; estoy fuera de quintas; acceden mi padre y mi madre; no lo deploran mis hermanos, en favor de los cuales renuncio todos mis bienes. Empero el obstáculo viene para mí de que los conventos se van despoblado, yendo su llave á las manos del carcele-ro. Había en mi mente fantaseado una celdita iluminada por las visitas de Dios, y llena del perfume de mi oracion; mas ella será brutalmente convertida en una cárcel. Los siglos cristianos habían pensado en mí: en los primeros tiempos, cuando diezmaba la persecucion á los bautizados, me abrían el hospitalario desierto, me daban un laurel, ó un nicho tejido con hojas, dominado por la hermosa palma: en tiempos menos distantes y más pacíficos me fabricaban el monasterio, disponiéndome una celdita junto al templo, á la sombra de la torre, donde sonaba para mí la tranquila campana de la noche, á fin de que yo rompiese con los salmos y con mis acentos dirigidos á Dios el silencio universal del mundo. El siglo XIX (porque yo nací demasiado tarde) me ha desconocido: me destruye la celda y quita los bronces del campanario, porque no quiere las noches turbadas ni los sueños del fraile: quiere sin duda el día y hacer tronar los cañones sirviéndose de mis campanas. ¡Oh! ¡Que truene y retumbe el siglo! Mis orejas aman el sonido gra-

to de la oracion y no el estruendo de la muerte. ¡Y se denomina el siglo de la libertad! Ahora bien; iré yo por la tierra buscando morada que me contente y buscando mi celda. Hijo de Italia, saldré de su seno, para ver si otro país me sonrís más amable y más benigno. Siempre, sin embargo, te amaré, oh patria mia, y os amaré igualmente, mis hermanos: si no puedo vivir bajo nuestro cielo tan hermoso, y entre nuestras viñas tan vigorosas, ante nuestras aguas marinas tan límpidas y claras, diré: No sois vosotros, oh patria y hermanos, los que no me quereis: es el mal genio de la opresion, enemigo vuestro y mio, el que me lanza entre los extranjeros.

Hé aquí la cuarta infraccion que ha sufrido el derecho del pueblo.

Añaden los economistas de la escuela liberal: «Libertad de reuniones públicas y de *meetings*.»

Yo no digo palabra. Empero si las reuniones públicas y los solemnes *meetings* se hacen alguna vez; si detrás del estandarte que ondea se aglomeran y proceden las muchedumbres, pensamiento mio es que libre asimismo debe ser para mí el acto de la reunion y del *meeting*. Empero yo los haré como buen cristiano y sacerdote: levantaré la cruz, juntando á su sombra mi procesion pía.

¡Las procesiones! exclaman los economistas «burocráticos.» ¡Las romerías á los santuarios y á las montañas de las Vírgenes! Estamos hartísimos de tales cosas: manifestaciones son políticas. Fuera los santurrones, los retrógrados, los oscurantistas, las vírgenes y las mujeres lloronas. Los gendarmes se presentan en medio ó impiden la procesion.

Hé aquí la quinta infraccion contra el derecho del pueblo.

Los economistas de la escuela liberal dicen asimismo: «Libertad de propiedad.»

¿Qué cosa más justa? Yo accedo, aunque sólo sea por lo siguiente: si es la propiedad en las naciones libre ó respetada, el comunismo debe retroceder, manteniéndose firme la libertad de la familia, del comercio y de los ciudadanos.

¡Preguntad un poco á los economistas de la «burocracia,» ó á los políticos del sistema germánico lo que piensan relativamente al derecho de poseer comunmente reconocido en la Iglesia católica! Sí; preguntadles si los bienes que á la Iglesia fueron en virtud de testamento por voluntad libre de los ciudadanos, ó con espontánea ofrenda de los particulares y de los municipios, deben ser considerados verdaderos bienes ligados perpétuamente á la religion; preguntadles si tocar estos bienes equivale á tocar al propio tiempo el derecho de la religion y el derecho mas auténtico del país...

Hé aquí la sexta infraccion contra el derecho del pueblo.

Cortemos la desventurada lista.

He hablado bastante para manifestaros y poner os de realce los procedimientos de las dos escuelas económicas en sus relaciones con la libertad. Dejemos sus vanaglorias y las invocaciones líricas que hacen pomposamente á la libertad; si nos ceñimos á los hechos, ambas la vilipendian. Muerte dan á la enamorada.

La escuela inglesa, que presume demasiado y excesiva libertad pide, lanzándose contra el gobierno y deprimiéndole, hace que la libertad se deprima en él á su vez y se descomponga, de modo que, debilitado el grande órgano de la libertad económica, que es el Poder, recaiga el daño sobre la misma libertad.

La escuela de Alemania que dar quiere tormento á la libertad con sus espuelas y á su propio gusto suministrarla, al combatir la secta de los liberales juega, por decirlo así, á la esgrima y da vueltas; por una parte concede mucho, y por otra no concede cuanto debería: preocupada especialmente por la libertad religiosa ó católica, exige terribles excepciones, y hace cordial holocausto de esta religiosa libertad al partido contrario; abundan en su virtud las contumelias, que, sobre ahogar á la libertad en su raíz maestra, defraudan al pueblo de más sagrados derechos.

Un hombre docto escribía con modestia y al mismo tiempo con fuerza: «Los economistas, constreñidos por la índole de las cuestiones morales, han debido invadir los argumentos generales, explicando despues con exorbitancia las aplicaciones; unos en favor de una libertad absoluta; otros en favor de un absoluto predominio de la ley, sin acaso haber ellos mismos determinado los límites terminantes y netos, dentro de los cuales debían restringir uno y otro sistema (1).»

Al escritor éste que afirma mi pensamiento en gran parte, se le escapó notar que las dos escuelas económicas hubieran entrado hace mucho dentro de los límites del verdadero sistema de la libertad, si los primeros principios de las cosas hubiesen servido de luz para la inteligencia y de guía para obrar; brevemente, si una y otra escuela hubieran sido discípulas y renovadoras de la gran escuela italiana y católica, que es la de Santo Tomás.

Amantes entrañables y defensores entusiastas de la libertad: para vosotros es la presente admonición. Vosotros me poneis delante y exaltáis nuestro siglo; me haceis panegíricos incesantes del progreso, y me decís: Bendecimos el flamante progreso y bendecimos la economía. Ahora bien: la economía, tomando por la mano á la libertad, y conduciendo

---

(1) Stuart Mill.

á los pueblos con ella, entrar hará el mundo en su Eden predestinado.

¡Os compadezco vendidos! Para vosotros la economía debe coger á la libertad de la mano y subir al cielo con toda nuestra estirpe rejuvenecida; mas, ¿dónde se halla la mano que estreche primero á la economía, encontrándola libre? ¿No veis que trabada está? ¿No veis que se la disputan en obstinada pelea los «burocráticos» y los liberales?

La cuestion de hecho, señores, está resuelta.

¿Puede la libertad prestarse á los servicios de la economía pública, valiéndole de suficiente medio en sus empresas? Seguramente no; la libertad económica, segun viene impelida hoy á su aplicacion, no puede redimir la humana sociedad, por carecer de un brazo determinado: es una potencia trabada, y no una potencia ordenadamente libre.

Reunidas las dos cuestiones por nosotros separadamente ventiladas en dos conferencias (la de derecho y la de hecho), sacad la sustancia que contienen; así para la una como para la otra tendreis el problema resuelto.

Preguntaba yo si la libertad es bastante á cumplir los designios de la economía pública: lo preguntaba porque por ella la economía se propone producir milagros, aplacar á los soberbios, desarmar á los poderosos, abajar fraternalmente á los ricos, enriquecer á los pobres, iluminar á los ciegos, reforzar á los débiles, y en suma redimir á la humana progenie: tales precisamente, por lo que hace á la sociedad civil, son sus designios maravillosos.

A Cristo, para regenerar el mundo, valía la muerte propia y su obediencia grande al eterno Padre: por el contrario á la economía del presente siglo debe valer la vida y el goce de la humana libertad.

Sólo que á los triunfos prometidos de la libertad se interpone un estorbo, ó un afan que no hemos podido remover, habiendo sido indispensable por el contrario reconocerle y afirmarle.

La libertad, especulativamente considerada, es en el hombre una simple facultad ejecutora; no tiene designios, ni direccion de virtud propia, sino que la recibe. Por consecuencia, careciendo de cabeza, no puede por sí propia regenerar la humana sociedad. Os lo dije yo en la conferencia primera.

La libertad, prácticamente considerada, es una potencia combatida é intrincada: unos la entienden de una manera y otros de otra, sin que ninguno la deje libre del todo. Careciendo, por consecuencia, de un determinado brazo es aquí ó allá compelida, no pudiendo regenerar á la ciencia humana, Nuestra conferencia segunda persuade de ello.

¡Pobres de nosotros! Somos privados de redencion. Sin embargo, la

economía pública sigue fervorosa, altiva y alegre: al ver el espíritu de la libertad que recorre la tierra, exclama: «Hé aquí el trono mío infalible, mi cetro y mi corona.»

Digamos, señores, francas palabras.

Creo que la economía pública puede y debe alegrar á nuestra especie con bienes preciosos; juzgo además (y de cuanto razono podeis inferirlo), que, para obrar el gran bien, es necesario que sea libre y no esclava. ¿Cómo hablaros podría y abrazaros la esclava que tiene los pensamientos aprisionados en la cabeza y los brazos encadenados? Si esto es seguro, ¡cuánta libertad y de qué género es preciso que la economía logre! Ya os lo he dicho: «Dad á la economía la libertad italiana y católica.»

¡Execracion! ¡Cuántas cosas abominables hay en estas palabras! No pocos economistas actuales harian más bien la economía musulmana que católica. Ya, para no ser católicos en la ciencia, unos se aferran á la escuela británica, y otros á la tedesca, detestando casi todos de igual manera la libertad católica.

El profesor Pedro Sbarbaro, que figura entre los más liberales, proponiéndose mudar el aspecto del mundo, principia en la dedicatoria de su tratado sobre la libertad á tronar con los siguientes acentos de rabia: «Proclamamos desde las alturas del Capitolio la separacion del espíritu nacional del Símbolo de Nicea. *Porro unum est necessarium!* Ha sonado la hora del último cisma. El último puntal de la impostura sacerdotal ha crujido. Los pueblos regenerados por la Reforma se levantan gigantes en todas las partes del mundo: vosotros los de las sociedades putrefactas, convertidas en imbéciles por la idolatría romana, estais en el fondo. Os queda sólo un hilo de salvacion: emancipar vuestra alma, y romper el yugo innoble de la Sacristía (1).»

Está bien; habiendo sido dominados los economistas por esta fiebre, y habiendo sufrido esta locura del intelecto, el alma se me llena de tristes presagios: La economía pública, en el espíritu de libertad que recorre la tierra, ve su trono infalible, su cetro y su corona: yo, en la libertad católica maldita, veo sus dolores, sus prolongadas fatigas y sus angustias.

«Proclamamos desde lo alto del Capitolio, grita Pedro Sbarbaro, la separacion del espíritu nacional del Símbolo de Nicea.»

En Nicea, señores, la Iglesia, reunida en general concilio, promulgó contra Arrio y el arrianismo el augusto dogma de que el Verbo es Dios: por lo tanto, el símbolo de Nicea lleva escrita en la frente la divinidad

(1) P. Sbarbaro. *Della Libertá; Trattato*, p. XVIII.

de Cristo. Ahora bien; nosotros decimos á los economistas incrédulos: ¿Laceráis este símbolo? ¿Negáis á Cristo Dios? ¿Queréis que se aparte abiertamente y pronto el espíritu nacional de Cristo Dios? ¡Miserables! A la sombra del símbolo éste, que atravesado ha quince siglos, se ha hecho la Italia, y se ha hecho la Europa; en este símbolo creyeron las humanas generaciones y fueron benditas. ¡Y vosotros lo rasgáis! ¡Negáis vosotros nacidos hoy y crecidos por Cristo! ¡Vosotros separáis de Cristo la patria y el mundo! Queréis redimir y destruir el regenerador. No contesteis que, rechazando á Cristo Dios, os reforzáis con Cristo hombre, porque, una vez quitada la divinidad de Cristo, ¿qué resta? Entre timbres no vulgares, os resta la hipocresía y la mentira, porque Cristo públicamente declarábase Dios, y confirmaba lo que decía mediante milagros. Por consiguiente si no fuera Dios, á ser vendría hipócrita y embustero. ¡Miserables! Difundís vuestra incredulidad en el pueblo: cuando hayáis llenado con ella los intelectos, los corazones y los espíritus, ¿sereis acaso más á propósito para emprender el bien? ¿Más eficaces al hablar á los infelices de futuras y alegres esperanzas? ¿Más escuchados por los llorosos, que se confortan sobre todo á la luz del cielo? Haced creer que el mundo moderno y cristiano descansó en el monstruoso error de adorar á Dios en la persona de Cristo, y dais inmediatamente las almas en presa del escepticismo, de la befa y de la ironía. Es necesario que confiese el hombre: «Cristo nos ha engañado á todos y á todos nos ha envilecido; se ha hecho creer Dios y no lo es: néceios y estúpidos nosotros que le adoramos.» ¿No presentís en boca del hijo de la mujer subir los sarcasmos del infierno? Hé aquí dónde vais á construir el reino de la economía social.

Grita Sbarbaro: «Ha sonado la hora del último cisma. El último apoyo de la impostura sacerdotal ha crujido.»

¿Estamos en el último cisma? Pase: la humanidad realmente ha querido darse como sierva del naturalismo; impelida es á no pensar en Dios, para declararse á si misma odiosa. Empero á ser así, ¿qué augurio y qué prenda de felicidad sacáis? ¿No conocéis hace tiempo las recientes diosas fabricadas por el hombre? ¿No conocéis á las diosas, que se derumban desde su cielo usurpado al abismo que merecen? ¡Cuántas «Diosas Razones» en pedazos!

«El último apoyo de la impostura sacerdotal ha crujido.»

Aquí el paladin de la desmesurada libertad lanza su flecha contra el dominio temporal de los Papas; lánzala sobre sus ruinas, por cuanto ve irreparablemente caído el poder temporal. ¡Admiremos el valor! Empero, ¿cómo teneis alientos para llamar al dominio civil de los Papas el último apoyo de la impostura sacerdotal? Una impostura, pues, que

permaneció doce siglos, principiando por una libre y amorosa donacion de los italianos: ¡qué honor hecho á nuestros antepasados! ¡Una impos-tura que permaneció, venciendo la barbarie septentrional, cerrando al eisma y á la herejía el paso de nuestra patria, entre un concurso de Pontífices-reyes, los cuales se consideran seguramente los mejores en la lista de los Soberanos de la Europa! De todas maneras, ¿qué importa esto? El gozo por tal caída es irresistible, inmenso. Empero, ¿sois creíbles vosotros cuando me habláis del último apoyo? La soberanía temporal de la Santa Sede no es de ningun modo como la túnica de Nesso: la túnica de Nesso, con la cual se vestía Hércules, no podia salir de los miembros sin que se hiciese pedazos la carne al mismo tiempo. Pues bien; vosotros despojásteis al nuevo Hércules; pero quedó la carne: queda inalterada para la Iglesia su doctrina, quedan los dogmas, queda la liturgia, queda su vida y quedan sus virtudes. ¿Dónde está el último apoyo que ha crujido? El héroe continúa en pie vigorosamente: ¡ha vencido á muchos mónstruos, y vencerá á otros!

Errásteis considerando su clava de índole temporal; es de índole divina. *Tibi dabo claves regni coelorum.* ¿Y la desconoceis? ¿Y la provocais? Miserable economía política, que piensa establecerse entre las naciones y fortificarse desafiando el poder de Dios.

Dice Sbarbaro: «Los pueblos regenerados por la Reforma se levantan gigantes en todas las partes del mundo: vosotros los de las sociedades putrefactas y convertidas en imbéciles por la idolatría romana, estais en el fondo.»

¿Estamos en el fondo nosotros los católicos? Por favor, decidnos. ¿Hemos acaso nosotros ido á fondo por haber sido leal y fervorosamente católicos? ¿Hemos ido á fondo por haber obedecido demasiado al Papa, el cual nos manda el temor de Dios, el obsequio al Evangelio, el respeto á la ley, la observancia de la justicia, el deber de la castidad y el amor á nuestros hermanos? ¿O hemos ido á fondo por haber faltado á estas excelentes cosas, por haber sido débilmente católicos? ¿No hemos ido á fondo por haber renegado la fe de nuestros mayores, las tradiciones de nuestra patria, las glorias de la religion, el carácter de bautizados, el culto de la virtud? En los reveses sufridos, ¿no podríais vislumbrar la mano de la Providencia, que nos azota por ser pecadores, y que, aun azotándonos, realiza la purificacion de nosotros, raza electa y creyente?

Responderé de otra manera. Responderé de una manera conforme con vuestro lenguaje. Vosotros insultais á las gentes latinas que son tambien vuestras madres; vosotros las herís con el pie á manera de gusanos; vosotros las llamais putrefactas é imbéciles. Decís esto y al pro-

pio tiempo celebrais la nueva resurreccion de Italia; decantais el prodigio de la unidad del reino italiano. ¡Oh! ¿Hemos salido por consiguiente de visceras putrefactas? Nosotros, italianos nuevos y potentes, ¿somos, pues, un pueblo de imbéciles? En vuestra manera de hablar hay un vértigo. Corregíos, porque nada os comprendo.

El hecho es que «los pueblos regenerados por la Reforma se levantan gigantes en todas las partes del mundo.»

¡Regenerados por la Reforma! Empero la Reforma herética hizo litigantes en la fe y dudosos á los pueblos; los hizo indiferentes, escépticos é incrédulos; el ateísmo práctico que nos devora, el cual saltó despues á la filosofía francesa, desde la cual fué adherido al mundo, es su parto. Las doctrinas reveladas, mantenidas por ella constantes y firmes, disminuyen tanto, que pasarían por el ojo de una aguja: si la Reforma no se hubiera trasformado en un partido político ó de gobierno, no viviría en ninguna otra parte sino en alguna página de libro muerto y apollillado. ¡Cuán bella y cuán sábia regeneracion á los ojos del cristiano!

Sin embargo, «sus pueblos se levantan gigantes en todas las partes del mundo.»

Y aluden con abierta predileccion á la Prusia. Respetemos á la Prusia en lo que tiene digno de respeto; admirémosla donde merece admiracion. Mas ¿de qué modo prevaleció la Prusia? ¿Visteis acaso que surgiera en Europa una pugna espiritual ó de ideas? Prevaleció con sus falanges innumeradas, con los cañones y con la sangre. Los pueblos de la Reforma vencen pues, porque aplastan con la fuerza. ¡Y sois vosotros los apóstoles de la libertad! Siendo liberales, exaltais á los tudescos que aplastan á los pueblos latinos. La escuela germánica de la economía que descansa en la omnipotencia del gobierno, consiguió con las armas un triunfo desmesurado; vosotros haceis la apología de vuestros enemigos, y besais la mano de vuestros conculcadores. ¡Oh liberales de Italia, cómo destruíis el alma vuestra! ¡Oh promovedores de la libertad económica! ¡Cómo magnánimos y amantes de la verdad os afanáis por extender su dominio entre vosotros! ¡Prometeis darnos la libertad económica á cañonazos, y adorando la fuerza brutal! Os doy gracias, pero vuestra generosidad no me gusta.

Dice tambien gritando Pedro Sbarbaro: «Os queda sólo un hilo de salvacion: emancipar vuestra alma, y romper el yugo innoble de la Sacristía.»

La sacristía católica dió á Juan el limosnero, un hombre benéfico y milagroso en siglos bárbaros. La sacristía católica dió á Fray Juan de Vicenza, á cuya potente voz centenares de miles de hombres casi salvajes se juntan para jurar la paz. La sacristía católica dió á Nicolás Ores-

me, ilustre obispo, uno de los consejeros de Carlos VII, el primero tal vez que compuso un tratado erudito sobre las monedas. La sacristía católica dió al célebre Richelieu, y al célebre Mazzarino, habiendo educado en la escuela de los dos Cardenales el genio económico del más grande ministro de Francia, el celebérrimo Colbert. La sacristía católica dió á Fray Giocondo, matemático, físico, arquitecto de suma fama; que colocó en París el puente de Nuestra Señora, que al Senado Véneto indicó el modo de terminar el canal de Brenta; y que compitió con Miguel Angel, Rafael y Sangallo en la obra de la Basílica Vaticana. La sacristía católica dió aquel maravilloso diplomático que se llamó Jimenez de Cisneros. La sacristía católica dió la Orden de la Merced y en sus asociados á los longánimos libertadores de los esclavos. La sacristía católica dió á Carlos Borromeo, el cual siendo riquísimo hizose pobre á fin de hacer felices á los pobres. La sacristía católica dió á san Vicente de Paul, escuela y modelo inimitable de todos los filántropos. La sacristía católica dió al abate Galiani y al abate Genovesi, economistas de nombre clarísimo y maestros de los modernos. La sacristía católica ha dado las instituciones más útiles y más acomodadas á la correccion del pueblo; la del sacerdote Genaro Toppia, que adiestra á los obreros en la música, formando el célebre Conservatorio de Nápoles; la de Bianconcello, que forma otro Conservatorio para las hijas de artesanos; la del canónigo aleman Kolping, que funda la obra del *Campagnonaggio* para instruir á los artistas idiotas; la de Federico Ozanam para socorrer á las familias miserables y vergonzantes; dió despues la Sociedad de San Francisco Regis para legitimar los matrimonios salvajes; la Sociedad de María Herz para la conversion de los impenitentes; la Sociedad para las buenas costumbres de las mujeres; la Sociedad de San Francisco Javier para las misiones entre los infieles; la Sociedad de San Bonifacio para la Iglesia germánica... Omito otras innumerables.

¿Es este el yugo innoble, para cuya emancipacion es invitado el mundo? ¿Aquí está el hilo de salvacion, que se te presenta, para salir de la servidumbre, y respirar las auras de la libertad?

Vete, desventurada economía social; vete, por cuanto el empujón dado á tí por tus presentes amantes y por tus consejeros es terrible. Sólo con que aborrezcas la libertad católica, que es la libertad del bien y la que rechaza el mal; sólo con que la rehuyas, escribiendo contra ella vergüenzas y vituperios, te llaman regenerada y regeneradora: te colocan en el empujón, y sobre la tierra te levantan el templo. Hacen esto; obrando así, te impelen á cambiar la luz con las tinieblas, el amor con el odio, y la libertad con la fuerza. Si no rompes el fatal encantamiento,

y no te apartas de preceptores tan errados, vendrás á ser dentro de poco pagana. ¡Acaso, quitándole á Cristo, no viene á ser el mundo inexorablemente pagano?

El mundo pagano antepuesto al cristianismo: ¡hé aquí á dónde corremos á fuerza de doctrinas económicas, y hemos entrado ya, señores, en medio de él!

Vienen ahora á mis labios las palabras ásperas de Juan Jacobo Rousseau: «Vosotros, pueblos modernos, no teneis esclavos; pero sois esclavos vosotros mismos; pagais su libertad con la vuestra... (1).»

---

(1) Rousseau. *Contrato social*.

# CONFERENCIA V.

---

## SI LA IGLESIA ES ADVERSARIA DE LA ECONOMÍA

RELATIVAMENTE AL DERECHO Y Á LA CONCURRENCIA DEL TRABAJO.

«Cuando estreche yo en mis manos la suprema autoridad de la república, seré señor del mundo.» Era el pensamiento de Julio César.

En la cabeza de la economía pública hay un pensamiento aún más augusto. «Cuando goce de plena y absoluta libertad, haré que cambie la faz de la tierra. Entonces los hombres serán redimidos.» Hé aquí su vanagloria.

Imaginemos, señores, realizado en una parte tan generoso intento, y supongamos que la economía pública obtiene plenísima libertad: ¿cuál es la primera de sus obras en la regeneracion de la humana estirpe?

A la libertad sigue incontinenti el trabajo. El trabajo es la prueba primera de hecho, la primera consecucion del bien, el primer fruto, la mies primera que será recogida por el pueblo en el reino fundado ya de la economía social. Es verdad que no es cosa nueva el trabajo en el mundo, porque siempre se mencionó y siempre trabajaron los hombres; pero ¿qué importa? El afán de la economía es desenterrar las vejeces, haciendo que sean en parte otra vez nuevas y estupendas. Obra en esto como los grandes hombres hacen. No hay, por ejemplo, tratado de física anterior á Isaac Newton, donde no se hable de la gravitacion de los cuerpos: ¿acaso deduciríamos que Newton en tal materia no realizó ninguna novedad? Es, por el contrario, autor de novedad grandísima, consistiendo en que «asignó un carácter preponderante á una idea que, antes de que viviera, segun Enrique de Saint Simon escribe, reputábase secundaria.» De modo que haber dado al principio de la



gravitacion universal el primer lugar en la ciencia, hizo cambiar mucho los ordenamientos de todas las ideas y de todos los conocimientos físicos. Igual es el mérito de la economía social en la cuestion del trabajo. Entre las gentes era despreciado, envilecido, detestado como un maleficio por el que trabajaba, y aborrecido por quien no lo conocia prácticamente: ella, segun Newton, realiza la gravitacion universal de los cuerpos, á saber, el trabajo, al puesto debido que le correspondia: el trabajo ennoblece y exalta, siendo amado por los hombres y bendecido. Es su «palanca» para levantar el mundo de nuevo.

Entremos ahora en una nueva suposicion muy grave.

Mientras la economía se fija en el trabajo, del que pronuncia largos panegíricos, hagamos que la Iglesia se presente otra vez á ella, queriendo en el asunto del trabajo tomar su parte: inmenso es el espanto que se apodera de la economía-pública: es peor que si el coco se presentase á la vista de un infante. «Hé aquí (grita la economía) la vieja maestra; hé aquí la que se aviene con el trabajo odiado, deprimido y envilecido; que tiene á los pueblos en la inercia y en la servidumbre; viene ahora insidiando nuestra libertad. La Iglesia católica es mi enemiga.»

Levanta el codo y se va lejos saltando.

No es fantasia de retórico lo que digo, sino pura realidad. Entre una nube de doctos que traten del trabajo, difficilmente hallareis uno que ponga buen semblante á la Iglesia, considerándola aliada ó auxiliadora; los demás miran á la Iglesia con desden ó la tratan con desprecio. Entre los últimos hay que mencionar á Terencio Mamiani, para quien la Iglesia, con su doctrina religiosa, es «contraria á la libertad civil, al trabajo, á la riqueza y á la ciencia (1):» pone así en olvido vergonzoso lo escrito en otros tiempos por él.

Tanta indignacion no es justa, ni razonable.

Estudiemos la teoría del trabajo, segun es hoy profesada por la economía social. Dos principios la dominan, que suponen dos novedades: el derecho al trabajo y la concurrencia en el trabajo. Ahora bien: el trabajo entendido de tal modo por la vez primera supone para los economistas el perfeccionamiento del individuo y de la sociedad civil.

Mas los dos principios para realizarse hallan contradicciones y conflictos. ¿Quién los combate con más pasion? ¿Acaso la Iglesia? Supongamos que la Iglesia procura dar una explicacion suya conocidísima al primer principio que os he recordado; está preparada sin embargo á secundar el otro francamente: la Iglesia, entretanto, relativamente

(1) Véase *La filosofia della scuola italiana*, cuaderno de octubre de 1874.

al fin impuesto al trabajo, es decir, al perfeccionamiento humano, lo procura con más ardor que nadie, no hallándose terrenal escuela que pueda equiparársele. ¡Resolveremos, pues, el problema siniestramente, llamándola enemiga de la economía pública? No. Si la economía tiene fuertes enemigos, sabed que no se compendian en la Iglesia católica: asímanse los enemigos á la economía pública por una parte muy distinta.

Lo demuestro, señores.

Por lo que hace al primer principio que dice «derecho al trabajo,» el enemigo de la economía, más que en la Iglesia, está en las instituciones políticas y sociales.

Por lo que hace al segundo principio que dice «concurrencia en el trabajo,» el enemigo de la economía, no está en la Iglesia, sino en las instituciones socialistas.

¡Trabajemos! ¡Trabajemos! Empleándonos en el trabajo, nos mejoraremos primeramente á nosotros mismos; despues, de los individuos perfeccionados, surgirá la prosperidad de la sociedad civil.

Tal es el grito de la economía pública, siendo grito noble y verdadero. E igualmente verdadera es la afirmacion, segun la que, para facilitar el ejercicio del trabajo, y hacerlo supremamente útil, es preciso reconocer el título y el derecho en cada hombre. El trabajo es una ley: ¿qué bien podría esperar yo, no pudiendo cumplirla?

¡Buen Dios! Trabajan en el mundo astronómico los cuerpos celestes, los planetas y las estrellas, que trabajan incesantemente con sus fugas, sus retornos y sus giros: trabajan en el mundo físico el éter, la luz, el fuego, las aguas con los surtidores, los ruidos y los fenómenos suyos muy variados: trabajan en el mundo vegetativo las yerbas, las flores, las plantas, las mieses que presentan colores de todas clases, flores, frutos y exhalaciones: en el mundo animal trabaja el pájaro, trabaja el pez, trabaja el gusanillo, trabaja el león: los nidos, las madrigueras, las ovas y las células son palenques de operaciones inmensas. Ninguna fuerza exterior detiene á la familia de los seres en el trabajo: ¿hallaré trabas, yo, el hombre, en el trabajo? No, no: tengo libre la mente: vibro ardientemente mis brazos, y me muevo con intrepidez en mi palestra, porque sigo la ley universal de la creacion. Trabajemos, hermanos: el trabajo es un derecho que nos corresponde.

No sale de mí esta voz simplemente como hombre, sino como cristiano y católico.

La Iglesia, mucho tiempo antes de que nuestros economistas aparecieran en el mundo, reconoció en este sentido el derecho al trabajo, po-

niendo el hombre á trabajar. Es toda una escuela de trabajo enseñado y promovido, como es por sí misma una incansable obrera. Que la contemplan un poco los modernos. Tiene la Iglesia un estandarte bajo el cual hace siglos camina, y es la cruz. Ahora bien; ¿os parece la cruz emblema de molicie y de pereza? La gobierna un código divino, á saber, el Evangelio: ¿y qué os parece? ¿Acaso se opone al trabajo el Evangelio, donde aprendo que hasta de cualquier palabra ociosa deberé rendir cuenta yo á Dios, el cual me ha propuesto el yugo de Cristo, para que me conforme con él? Tiene la Iglesia el carácter notorio de militante, debiendo luchar con el infierno y con la extraviada tierra: ¿creéis vosotros que puede combatir sin trabajo, esto es, sin armas, sin sudores y sin peligro? La Iglesia tiene una historia de triunfos: ¿creéis que venció sentada en torno de un rosal, ó á la sombra de un plátano?

Por consiguiente la Iglesia promulgó la ley del trabajo con sus preceptos y sus ejemplos: como no hay ley que no comunique derechos, promulgó el derecho del trabajo solemnemente. Ha dicho: Trabaja sin descansar, católico. *Instantier operare* (1): á tí como ciudadano corresponde adelantar en la vida, como también proveer á tí mismo, á tu esposa y á tus hijos. Trabaja entre los profanos como buen soldado de Cristo, *sicut bonus miles Christi* (2) porque tienes derecho á ello. Tú, simple fiel, tienes derecho á confesar su nombre, sin que pueda quitarte ninguno la libertad de la confesion ésta: tú, apóstol, tienes derecho á predicar su reino, sin que pueda ninguno encadenar tu lengua; tú, doncella, tienes derecho á trabajar como vírgen, si te place, sin que pueda constreñirte ninguno á la servidumbre de la carne: vosotros, prometidos, tenéis derecho á santificar las nupcias con el sacramento del matrimonio, sin que pueda ninguno impedirlos esta divina consagracion: vosotros, magistrados, tenéis derecho á que se publique la justicia de vuestros fallos, sin que pueda nadie hacerlos callar; vosotros, braceros y operarios, tenéis derecho á que la merced debida á vuestras fatigas se pague, sin que pueda ninguno defraudaros.

Las grandes y magníficas verdades anunciadas en la Asamblea francesa por Turgot cuando dijo: «Dios nos dió el derecho del trabajo y nadie puede quitarlo,» son en sustancia una repeticion de la enseñanza cristiana: más madrugadora que la economía política, la Iglesia católica predicó al mundo las verdades aquéllas.

Noto un gran bostezo en boca de la economía. ¡Ah! ¡Este no es el modo de ventilar la doctrina del trabajo! me responden. Los católicos,

(1) Eclesiástico, cap. IX, v. 10.

(2) San Pablo, II á Timoteo, cap. II, v. 3.

antes que admitir en el hombre un semi derecho al trabajo, abiertamente declaran el trabajo un castigo, una pena, porque le condenó á él Dios en su furor. Basta esto para que se desvanezcan los beneficios que la economía se promete del trabajo. Si el trabajo es el castigo impuesto por el Creador, el hombre dáse á él desalentado, humilladísimo, sin el fulgor del genio y sin porvenir; mientras que si al trabajo se dedica por ser este un derecho formal suyo, procede atrevido, pronto y lleno de vida, sacando el perfeccionamiento social.

La acusacion del envilecimiento queda lanzada, y parece terrible; mas no dá en el blanco. Probemos que la Iglesia, con la flamante increpacion en la cabeza, no es enemiga de la economía pública, ni del trabajo.

Ante todo, aseverar que los católicos reputan el trabajo un castigo solamente, no es cosa verdadera; para quien así razona, parecería que, cesando el trabajo de ser una pena ó un castigo, el hombre no quedaría sometido á él, pudiendo trabajar ó no, y hacer en suma su beneplácito, sin producir desórden alguno: ¿no advertís la enseñanza triste que se sigue con esto?

Leed la Biblia: los católicos, señores, nos atenemos primeramente á la Biblia.

«Apenas creados el hombre y la mujer, asígnale Dios la posesion de la tierra y dice: «Creced y multiplicaos; henchid la tierra y enseñoreaos de ella.» «Dominad á los peces, á las aves y á todos los animales (1).» Ved cómo aquí nos dan el dominio del mundo divinamente. Sólo que, ¿de qué manera hubiese podido ejercer el hombre tal dominio á rechazar el trabajo? Dominar debe á los peces; mas si no trabaja y no pone manos á la obra, ¿cómo vendrán á sus pies sobre la tierra? ¿Acaso bastará que se deje ver sobre la faz del lago ó sobre la orilla del Océano, para tenerlos en su poder respetuosos y siervos? Debe dominar á los brutos del campo; pero suprimid el trabajo y el arte de tratar con ellos: no se acomodarán por sí propios á sus servicios. El corcel le dice: «Guíame tú.» El buey: «Sujétame al yugo.» Hasta el cordero: «Si quieres mi lana, esquíllame.» Debe dominar á los pájaros del aire; mas si el hombre aguarda que la atmósfera con sus cantantes criaturas se baje á él, llenando su falda y sus manos, deberá esperar mucho tiempo. Las aves, sin excluir las mansas palomas, se sirven de las alas para otro oficio; toman la colina, y el valle, ó se dispersan distraídas y enamoradas en las inmensas vías de la luz. Está el hombre solo, y no tiene consigo la mayoría de los queridos pájaros.

---

(1) Génesis, cap. I, v. 28.

Es por consecuencia el trabajo una ley necesaria de creacion: es **tan** necesaria y sublime, cual el propio dominio del mundo al hombre **entre-**gado, por servirle de medio indispensable para lograrlo. Ahora bien: el dominio de la tierra fué al hombre dado en el estado de inocencia, y Dios mismo vió que era bueno: *Vidit Deus cuncta, quae fecerat; et erant valde bona* (1). ¿Dónde aquí descubrió en el trabajo el suplicio y la pena? ¿Cómo de aquí salta la idea de la humillacion y del dolor que **de-**prime? Todo lo contrario: el trabajo es título de primacia, y escala para el imperio universal del mundo. No; no es el trabajo una pena en los órdenes creativos: es un deber solemne.

Mas el hombre se rebeló contra los mandamientos p̄scritos, y vino á caer en el pecado de la soberbia, diciéndole Dios entonces: La tierra te producirá espinas y abrojos; comerás tu pan con el sudor de la frente: *In sudore vultus tui vesceris pane* (2). Desde aquel instante toma el trabajo un nuevo carácter, y adquiere una condicion que no tenia: á **ser** viene una expiacion y una penitencia. Con todo advertid que no se borra el trabajo del órden primitivo, sino que se trasforma: la mutacion no viene por parte de Dios, sino del hombre: la primera obligacion solemne, ó el deber creativo del trabajo firmemente subsiste, por lo cual no podeis ni aun ahora llamarlo simple y puro castigo, siendo castigo al propio tiempo y deber.

En el presente lugar los economistas pierden el freno: paréceles que tienen un medio en la mano para excomulgar á la Iglesia. ¡Es la gran adversaria de la economia!

¡Paciencia! ¿Acaso la Iglesia inventó con su mente la vieja culpa y la caida del hombre? Recorred las teogonias, y las viejas tradiciones de los pueblos; estudiad sus vulgares opiniones, como tambien las filosóficas, y hallareis que todos los cultos desde Brama á Fo, desde Fo á Zoroastro, desde Zoroastro á Confucio, desde Confucio á Osiris, desde Osiris á Orfeo y desde Orfeo á Numa, os atestiguan la rebelion del hombre, la depravacion de nuestra estirpe, la tierra maldita de los dioses, la edad de hierro que sigue á la edad del oro (3). ¡Cuántos siglos antes, pues, de que apareciese la Iglesia católica, el castigo y la fatiga del trabajo se predicó entre los hombres! ¿Es acaso delito de los hombres que las gentes lo hayan creido concordemente y enseñado así? ¿O es que, á fin de atraerse pronto el buen humor de los economistas, debia la Iglesia contradecir las creencias universales negando el hecho en absoluto?

(1) Génesis, I, v. 31.

(2) Génesis, cap. III, v. 19.

(3) Véase Anot De Maizieres, *Codice sacro*, cap. IV.

No nos desalentemos, de todas maneras. Si, por el hecho de la depravacion humana, el trabajo viene á ser un castigo, no viene á ser incapaz, en manos de la Iglesia, de producir lo que se propone la economía; refiérome al perfeccionamiento humano y social. Realmente la fatiga inherente al trabajo, segun la doctrina católica, es una expiacion. Ahora bien; ¿á que tiende la expiacion? ¿Qué fruto produce? Produce precisamente que los hombres con la fatiga y el dolor se rehabilitan moralmente, concurriendo á regenerarse; en su virtud, el trabajo, aceptado como castigo y sostenido como expiacion, os acerca de nuevo al órden primitivo y os da de nuevo, con otros méritos personales por añadidura, el decretado dominio de la tierra. *In sudore vultus tui vesceris pane*. Está bien: yo, sudando y esforzándome, vuelvo al sitio de donde fui arrancado: tengo el libre dominio en la familia de los séres. *Dominamini*.

El deber del trabajo, á que anduvo unida la pena, se ha iluminado en el hombre. Esto no basta, señores; en compañía del deber se ha iluminado el derecho, porque, como vimos, el trabajo es una ley. En efecto, si la ley tiene dos partes en su sér y brilla por sus dos principales aspectos, esto es, si manda obrar cosa que forma el deber, y da la facultad de obrar, lo que forma el derecho, se sigue que la ley del trabajo, habiendo añadido á la obra de la expiacion sus pristinas fuerzas, se vigoriza de nuevo por una y otra parte, fortaleciéndose así en el deber como en el derecho igualmente. ¡Una expiacion el trabajo! El trabajo es por esto un esfuerzo noble de retorno y un encaminamiento á la prosperidad antigua. ¿Quién debe así permanecer desalentado y envilecido? ¿Quién no debe, por el contrario, alentarse para las cosas magnánimas, diciendo: «Me abro el templo de la gloria con mis sudores, y me creo con mis penas un mundo nuevo?» Solamente los perezosos y los viles se pueden desalentar, y pueden maldecir la fatiga: no las almas generosas.

Si alguno lo pusiera en duda, póngase á considerar los tiempos cristianos.

Segun los economistas, el trabajo, como pena, hace al hombre pigre y al trabajar lo debilita. Empero ¿acaso los pueblos cristianos, en los cuales empezó á resonar universalmente la condenacion del Eden, cayeron por desventura debilitados de espíritu, envilecidos y nulos? Subid sobre un observatorio alto, contemplando la llanura que hay debajo y las montañas próximas. ¿Quién hizo practicables aquellos bosques? ¿Quién puso un dique á los ríos aquéllos? ¿Quién pobló la soledad, plantó aquellas calles, y sembró aquellos jardines? Nuestros padres, creyentes en la Biblia y en la Iglesia. Subid á los Alpes, mirad al otro lado en situaciones diversas Francia, Alemania y España; ved en esta parte á

Italia: ¿quién creó el prodigio de las naciones modernas? ¿Quién levantó aquellas ciudades, aquellas metrópolis, aquellos monumentos, aquellas cúpulas, aquellas torres que se cubren con las nubes y desafían con su firmeza el culto de los siglos? ¿Quién llenó de hombres activísimos aquellas ciudades, aquellas provincias y aquellas monarquías? ¿Quién las hizo resplandecer á la belleza del arte? ¿Quién las fecundó con el génio moral de la virtud? ¡Oh poder del trabajo entendido cristianamente! Los fieles que juzgan el trabajo un castigo de Dios son una excelsa raza de civilizadores, de legisladores, de guerreros, de arquitectos, de navegantes, de sabios, de comerciantes, de poetas y de artistas. Saben que el trabajo es una pena impuesta al hombre degenerado; mas saben asimismo que es un deber de creacion, una expiacion humana, y por consiguiente, una recuperacion de las fuerzas perdidas. En su virtud, activa y heroicamente trabajan: sacerdotes y pueblo, grandes y pequeños, hombres y mujeres consiguen esto. Llega San Bonifacio á la Bretaña, teniendo el Evangelio en una mano y un instrumento de carpintería en la otra. Juana de Arco, iluminada por vision celeste, sube á caballo á fin de salvar á su patria. Folco de Villaret, con el escudo de la cruz en sus banderas, procura la liberacion de la isla de Rodi, desordenando á los turcos. Bertran Du Guesclin sucumbe despues de batallas inmensas en el asedio de Castel Randon, recomendando á los soldados que, fuera cual fuera el país donde combatesen, considerasen amigos á los religiosos, á las mujeres y á los niños. Tomás de Aquino muere á los cuarenta y nueve años, legando á la ciencia diez y siete volúmenes en fólío que llenarán de asombro á los intelectos más eminentes. Javier, predicando y bautizando, recorre más parte del mundo que la recorrida juntamente por Alejandro y por César. Pregunta Buonarroti á Julio II qué debe poner en su mano en el monumento que le ordenara, y Julio responde: «La espada.» Napoleon en Santa Elena, habiendo encontrado á dos siervos gravados con una carga sobre las espaldas, dice á la señora Balcombe, que á tales siervos grita porque no daban una vuelta: «Señora, respetad la carga.» Daniel O'Connell, por una incomparable actividad, redime de la servidumbre á la Irlanda sin derramamiento de sangre; mas de su persona escribióse que sus frases casi equivalían á batallas. Hé aquí el trabajo entre los bautizados; es un rocío de agua de las nubes sacada ésto que os relato; con todo, una sola gota os recuerda el Océano y el abismo de las fuentes celestiales. La verdadera significacion del trabajo católico nos fué dada por el Pontífice Sixto V en aquel pensamiento suyo memorable: «Morir en pie.»

¿Hallais en estas palabras el desprecio del trabajo? ¿Hallais la inercia y el envilecimiento del hombre? Señores, el trabajo en el cristianismo

es profesion de vida; el trabajo es cultura y educacion; el trabajo es ciencia; el trabajo es virtud; el trabajo es valor; el trabajo es malla y pica de los combatientes: esto me revela y asegura que por consecuencia en el trabajo éste, tomado tambien como pena, está el perfeccionamiento social.

No tengo la grata ventura de tranquilizar á los economistas, los cuales marchan tan hinchados y tan magníficos al exaltar el derecho al trabajo, que quieren del estado presente hacer pasar nuestra especie á un cúmulo de bienes nunca gozados. ¡Mucho más que las maravillas de los siglos cristianos! Por tal derecho mejor reconocido tendremos las felicidades nuevas de la economía.

Invitémosles, por lo tanto, á que hablen francamente.

¿Qué cosa por fin nos proponeis vosotros, caros economistas, con vuestra teoría del derecho al trabajo? ¿No basta que sea el hombre libre para trabajar? ¿No basta que cada uno, trabajando libremente, lleve su piedra al edificio del progreso, mejorándose á sí mismo y á sus hermanos?

No, firmemente no basta. Dicen: preciso es que el derecho al trabajo sea reconocido y admitido hasta su término más categórico, lo cual supone que, cuando no tienen los hombres trabajo, ellos, que tienen derecho al trabajo, han de ver aprestada la materia para trabajar. Añaden con aire piadoso y triste, que da ganas de llorar. «La cuestion del trabajo se refiere de un modo especial á las clases pobres, que constituyen una parte tan numerosa del género humano: los obreros, de vez en cuándo carecen de trabajo, faltándoles por esto mismo todo bien, porque privados quedan de los medios de subsistencia; en su virtud, descontentos, inquietos é ignorantes, vienen á ser embrutecidos. Es una muerte social. Mas si tienen derecho al trabajo, ¿por qué se les niega? ¿Por qué se les niega que se repongan, que se levanten de nuevo, y que se civilicen? ¿No descubris hollada, en la restriccion del trabajo, á la humanidad?»

Recordad, señores, lo que os habia yo anunciado. Por lo que hace al primer principio que dice «derecho al trabajo,» el enemigo de la economía, más que en la Iglesia, está en las instituciones políticas y sociales. La demostracion es clara.

Me introduzco con una práctica amonestacion: desventura tan lamentada por los economistas relativamente á la falta del trabajo, es más imaginaria que real. A los obreros generalmente no les falta el trabajo. Es mucho más fácil otra cosa: es más fácil que los brazos se nieguen al trabajo, que no ver el trabajo faltar á los brazos de los trabajadores. Existen realmente los viciosos, los indisciplinados, los vagabundos, los

ociosos, que no fijan su espíritu en nada, que de todo se cansan y que todo lo detestan, principalmente si se trata de que sus manos encallezcan en la fatiga: en nuestra edad no faltan estos desventurados, que las pasadas edades corrompieron. Mas se grita: ¡No hay trabajo bastante! ¿Es creíble, señores, en una sociedad de movimiento, de empresas, de comercios é industrias, como la presente? ¿En una sociedad que truena, bulle, brama y suda por todos sus poros, habiendo desterrado hasta la calma del espíritu por el ardor del trabajo?

Sólo que, ¿cuándo surge la gran calamidad? En aquellos instantes tempestuosos, en que cesa el orden público: entonces se para el trabajo, y entonces los obreros tienen hambre. Mas estos instantes, que llamo yo tempestuosos, tienen el carácter de extraordinarios ó de pasajeros: hoy existen y mañana desaparecen: producen una «crisis» como la llaman; pero no dictan una regla. Sin embargo, entonces los obreros que sin trabajo quedan y los del pueblo que se sienten morir de hambre, son socorridos por la beneficencia pública. Si tienen un derecho, es éste: el derecho al socorro, y no el derecho al trabajo.

El derecho al trabajo, segun los economistas lo pregonan, no se sostiene, ni existe, por cuanto no arraiga en la constitucion de la sociedad.

Inquirid el fin por el cual los hombres entre sí se unen en consorcio. Es éste: para comunicarse unos á otros los bienes con que son enriquecidos: para doblar sus propias fuerzas, ayudarse y defenderse recíprocamente de los malos ataques: si los hombres viviesen desnudos y solitarios, caerían bajo la furia de los elementos, oprimidos ó devorados por los animales: empero unidos y ordenados en familia, tienen la proteccion, el mútuo socorro y el perfeccionamiento, lo cual es justo. De todas maneras, entre tales bienes que soy el primero en admitir y celebrar, ¿sabríais descubrirme la obligacion á los hombres impuesta de hallarse trabajo recíprocamente unos á otros? Si: es bueno que halle uno trabajo al otro siempre que pueda; pero atribuir al uno el derecho de que le proporcionen trabajo, y atribuir al otro el deber de proporcionárselo, no me parece bien: si fuera esto, así como el hombre tiene sin duda en general el deber de auxiliar á su hermano, tendría distintamente la obligacion y aún el natural mandato de proveerle de un oficio y darle una carrera, lo cual es demasiado: si bien parece cosa que exalta, hiere y deprime la humana personalidad. Cada hombre debe colocarse por sí; se debe por sí hallar el oficio y el ministerio que más le acomode, no viendo yo que corresponda encontrarle uno á la sociedad civil, que lo ampara en el ejercicio del empleo hallado, enseñándole y habituándole á fin de colocarse aún mejor. Empero buscarle

uno ella por deber de conciencia, y buscarle uno artificialmente, es un hecho tal que, sobre traspasar sus obligaciones, excede los límites de lo posible, declarando además que los hombres, así conducidos y así llevados, no sirven por sí mismos de nada. ¡Bella gloria me da el principio del derecho al trabajo! En una parte convierte al hombre en un protector obligado, y en la otra lo declara un protegido jurídico. No hay dignidad en la obra esta, ni hay excelencia, ni hay perfección. ¿Os parece bien? Yo digo en breves palabras que no es derecho el alegado *derecho*.

La teoría del derecho al trabajo se oscurece más tristemente por otra razón. Los que decantan la teoría esta, queriendo demostrar su justicia, parten del principio de que cada hombre tiene derecho á vivir, de lo que sacan la consecuencia de que cada hombre tiene derecho al trabajo. Nada más equitativo que tal principio; mas, en cuanto á la consecuencia, si quiere llevarse al punto de hacer consistir en otros la obligación que desconocemos, ó sea la obligación de proporcionar trabajo al que le falta, evidentemente la recomendada justicia se desvanece, y la deducción no subsiste. Realmente no son tolerables los contrastes entre los derechos: donde se me manifieste la contradicción entre dos promulgaciones de derechos, debo inferir que un derecho es verdadero y otro falso. Hé aquí ahora dos derechos grandemente contrarios: tú tienes derecho á vivir, y, por consecuencia, como afirmas, tienes derecho á trabajar: yo por mi parte, tengo derecho á poseer, y, como sostengo en rigor de ley, tengo derecho á no ser desposeído ni en parte de mis bienes. Empero supongamos que te debo proveer porque careces de trabajo; que te debo prestar el pan y todo lo demás necesario á la vida, porque apenas tienes medios de subsistencia: vengo á ser de golpe un propietario maltrecho y escarnecido. Hieres tu derecho el mío, y esto me declara que tu obra es la injusticia. Por lo tanto, señores, el derecho pretendido al trabajo es limitación grandísima del derecho de propiedad, porque, según él, queda reducido el propietario á tal condición que propietario es sólo en aquella parte y hasta el tiempo aquél que á otros convenga: esto equivale á poner el principio de la propiedad sobre inciertos y débiles fundamentos, cuando ella, para proporcionar á las familias, y al mundo, sus necesarios frutos, necesita ser libre y de todo punto estable. ¿No queremos subvertir los quicios históricos de la sociedad civil? Rechacemos el derecho al trabajo que decantan.

Me observan que no corresponde tanto al hombre privado hallar trabajo á los operarios, como al Estado ó al Gobierno, á quien se confía la tutela de la sociedad.

¿El Estado? ¿El gobierno? Luego para proporcionar á los obreros lo que necesiten, para dispensarles trabajo, deberá el Estado abrir sus fábricas, haciendo zapatos, sombreros, navajas, objetos de quincalla, cosas de moda, tejidos de algodón, de lana, de seda, ó chales de *cachemir*. ¿Considerareis serio y magnífico un Estado ó un Gobierno de tal clase? ¿Os parece muy bien? ¿Lo quereis? ¿Si ó no?

Supuesto que lo quereis, ved lo que pasaría. El Estado quincallero, platero, zapatero, tendero, adornista de habitaciones, en suma, fabricante, sería un terrible competidor para las manufacturas de los particulares; haciendo sombra ó suscitando dificultades á las industrias de los ciudadanos, invadiría lo que á estos corresponde, por ninguno creyéndose tolerable.

Aún hay una cosa más triste. El derecho, si es verdadero, debe ser admitido y aplicado generalmente: no ha de ser de uno ni de dos, sino de todos. Afirmandose, pues, por ley que quien carece de trabajo tiene derecho á conseguirlo del Estado, se sigue que todos indistintamente, sean ó no del pueblo, no bien carezcan de trabajo, tienen igual derecho. ¿Y bien, señores? Y bien; á todos indistintamente proveerá el Estado; como al hijo del pueblo dará un sitio para hilar, una oficina, un telar, ó una sombrerería, proveerá del mismo modo á los abogados sin clientes, á los médicos sin enfermos, á los periodistas sin suscritores, á los músicos sin fiestas, y á los arquitectos sin obras. El Estado es inducido á proceder así, porque si á una clase de ciudadanos adjudicara el derecho y á otra no, produciría instantáneamente una extraña aristocracia, lo que fuera unir la sátira al absurdo, tomando el tono de aristocrático para ser democrático.

Crece la monstruosidad todavía. O el Estado está en situación de proveer absolutamente á todos de trabajo, pudiendo á los abogados proporcionar pleitos, á los médicos enfermos, á los periodistas lectores y así sucesivamente, hasta cáñamo al cordelero y al untador grasa. Entonces el Estado viene á ser un laboratorio presidido por el Gobierno, y vosotros, señores artistas, señores traficantes, os halláis, sin advertirlo, en el vientre de la ballena; no teneis nada de aire libre y abierto que á vosotros baje del cielo, porque os sopla, por el contrario, de las ventanas de los ministerios públicos. O bien el Estado á los ciudadanos más conspicuos no puede proveer, siéndole imposible proporcionar trabajo á los escritores, á los médicos, á los abogados: ¿no conocéis lo que resulta entonces? Es preciso que impela el Estado estos señores á lo bajo, inclinándoles á los trabajos manuales de las últimas condiciones: preciso es que á tales nobles desocupados diga: «¿Quereis trabajar, señores? Vamos; obrad presto; id á dar vueltas al manubrio

aquél, á cepillar la madera, á tejer el paño, á coser las botas y á servir de criados á la modista. Ved cómo hay para todos pan. Trabajad como trabajan los mozos de cordel. Todos somos hermanos.»

¿Todos hermanos, señores? ¡Qué deleitoso espectáculo ver así á los profesores del arte de curar, á los magistrados, á los curiales y á los folletistas sin lectores, confundirse con las personas ínfimas del pueblo para tirar del carro, afilar las navajas, manejar la raspa, disponer los pasteles, pulir un diván, fundir en yeso una estatua, ó resolverse al oficio de lavadero! ¿Se hace bien así la eleccion de las vocaciones? ¿Es adivinada en pró del progreso la personal actitud? Es una befa, un impedimento y una vileza. Si el hombre, colocado donde hallarse no debe, corresponde mal, gastando el tiempo y las fuerzas, en tales laboratorios venidos á tierra é inhábiles, pero retribuidos, ¿no veis ante los ojos el dinero por el gobierno malgastado, y robado á la nacion?

Es inútil agitarse: es preciso escarnecer y renegar del derecho al trabajo, por cualquiera parte que se estudie.

Cuando, despues de los movimientos del febrero de 1848, el comunismo fué predicado en París por el «Comité» de Mimerel, enardecióse la escuela de la revolucion más ardida, á fin de hacer intervenir el Estado en todo y aumentar indefnidamente así los impuestos. No dejó entonces Proudhon de tronar furibundo contra el interés de los capitales: no faltaron otros locos ménos elocuentes, aunque no ménos furiosos, siendo admitido ó legitimado el derecho al trabajo, á cuyo fin se fundaron fábricas nacionales, por lo cual aumentaron los dispendios de los contribuyentes, el número de los ociosos y la miseria pública (1). En la realizacion del derecho al trabajo, el buen sentido de la Francia debió reconocer que el principal enemigo de la quietud y de la prosperidad civil, así como las terribles jornadas de junio que sobrevinieron, abrieron los ojos á los más vacilantes y sospechosos. Por las calles de París corría en aquellos dias sangre: tronaba el cañon incesantemente y parecia tocar á muerto por la desordenada república.

En su virtud, ved á qué se reduce la teoría del derecho al trabajo y qué es. Es la simulacion del bien, y el salvaje que camina con los despojos del civilizado. Adolfo Thiers lo dijo con una lamentacion de horror: «Oigaseme un instante, y os mostraré que no hay en este grito de la humanidad sino el grito de las facciones que imitan la voz del desgraciado para introducirse en el seno de la sociedad desarmada y derribarla (2).» Ahora bien; la sociedad que lucha contra la pena de muerte á

(1) Léase al Prof. Augusto Montanari. *Elementi di economia politica*, capitulo único.—*Cenni storici*.

(2) A. Thiers. *De la propriété*, cap. IX.

ella conminada, arroja lejos de sí el derecho al trabajo: en tanto progreso que arde, no quiere caer muerta bajo los golpes de los bárbaros y de los embusteros.

¡Oh Iglesia de Dios! ¡Iglesia romana y católica! Los más rabiosos economistas te han decretado la infamia, por ser enemiga del derecho al trabajo, por lo cual haces á los pueblos tristes y llorosos. Hé aquí que del seno de los pueblos se levanta la refutación del famoso principio; lo condenan los padres, las madres, los hijos, los comerciantes, los artesanos, los gobiernos y los Estados: lo condenan todos. ¡Quedas bastante justificada, Iglesia de Dios! Se oye tu defensa en boca de la humanidad.

Es verdad, es verdad: por lo que hace al primer principio que dice: «derecho al trabajo,» el enemigo de la economía, más que en la Iglesia católica, está en las instituciones políticas y sociales.

Trabajemos, señores, trabajemos: es nuestra segunda frase. Nosotros tenemos derecho al trabajo; nosotros, con tal que no seamos insolentes, no debemos hallar obstáculo que nos detenga: ¿es posible que algun nacido de mujer no se determine al trabajo? ¿Es posible que los hombres, trabajando con ánimo fuerte, no agreguen nada á su propia excelencia?

Así es: quisiera yo propio dudar de lo que inculco, si de otra dote no fuera provisto el trabajo. Necesaria cosa es poseer el derecho, y necesaria tener la libertad en el ejercicio del derecho: mas con esto sólo podría el trabajo ceñirse á un designio ideal, ser un estudio sábio ó tal vez un discurso de retórico, sin que se realizase. A fin de que pase al campo práctico el trabajo y á ser venga un hecho, necesita excitaciones.

¡Cuántas ideas peregrinas, amorosas, sublimes ó tremendas dejarían de salir fuera y de propagarse si el humano espíritu no fuese agitado! Decía Juan Jacobo: «No existe virtud, donde no hay lucha.» Es verdad, si la palabra «virtud» se toma de «vis,» fuerza: poned el choque y el constreñimiento; la fuerza recóndita primeramente se hace manifiesta, prorrumpe y agita. Conmoverido por la celeste armonía, el hombre viene á ser astrónomo; fascinado por las imágenes de la belleza, viene á ser pintor y cantor; arrebatado por los acontecimientos humanos, se hace historiador; dándose á la contemplación de su propio sér, es ontólogo; un estímulo, en suma, que recibe, lo mueve y lo eleva; si el estímulo emana del Oriente, allí se dirige, siendo entonces hermano de la aurora; si viene del Ocaso, allí se trasporta, siendo entonces hermano de los pueblos donde Febo muere. Dadme un estímulo para el humano corazón, y el dormido despierta: quitad el empuje, ó desvaneced el es-

tímulo y cae todo el mundo en el sueño, en la oscuridad y en la inercia. Los navegantes transatlánticos, que ansían aferrar la tierra, á la calma del Océano anteponen el estallido de la tempestad.

Otro tanto, señores, ocurre con el trabajo en el reino económico.

¿No teneis vosotros digno concepto de él? ¿No lo apreciáis? ¿Por qué vosotros mismos en vuestra persona representais el perezoso, no haciendo lo posible para estimular á los trabajadores? ¿No procurais provocarlos en la obra y socorrerles? Mal grande y mal sumo: es el sueño del trabajo. Apagad las luces, y acomodaos sobre las almohadas; vosotros, ciudadanos sobrevivientes, únicos vivos de la naturaleza extinta, esparcid coronas de adormideras sobre los durmientes. Estamos á media noche. ¿Para qué hablo de noche y de sueño? El principio del trabajo tiene un atractivo irresistible que os llama: noto que adquirís fuerzas despues de la fatiga, y que conduéis los obreros al estrépito diario; vais provistos de útiles máquinas y de nuevas invenciones; abris un campo, señalais la meta, é impeleis los ánimos á que corran en palenque recíproco. Hé aquí el triunfo del trabajo: las artes, los oficios, las producciones del suelo y de la mano, los comercios y las empresas enardécense con vida jóven, enseñoreándose de la tierra. Estamos á mediodía.

Venturosa es la economía pública, porque, además de la doctrina jurídica del trabajo, encontró el modo de gallardamente promover el trabajo: me refiero á la concurrencia.

«Cuantas veces la humanidad da un paso adelante por la vía del progreso, aparecen los beneficios que la concurrencia proporciona. Sí; todos los humanos perfeccionamientos se deben á la actividad, con que los hombres procuran superarse unos á otros, no con la fuerza brutal, sino con la honesta emulacion, con el trabajo, con la inteligencia. No hay descubrimiento insigne y ventajoso á la humana familia, que no se deba á tan poderoso estímulo. No hay mejoramiento social, que de aquí no saque su origen primero (1).»

Tal es el sonido laudatorio ó el cántico que de aquí y de allá, de cien partes de la economía social, prorrumpe relativamente á la concurrencia: es tan fuerte y exuberante que, á ser ella mujer débil y vanidosa, debería enorgullecerse.

Aquí, señores, vengo yo inmediatamente al punto: ¿Qué hace la Iglesia relativamente á esto? ¿Cubre con sus anatemas estas voces de júbilo? ¿Las considera otras tantas herejías? ¿O aprueba, ó á lo ménos aguan-

---

(1) Gerónimo Boccardo: *Dizionario universale dell'economia politica é del commercio*, tit. *Concurr.*

ta? Dije y sostengo aquí que, relativamente al principio de la concurrencia en el trabajo, no se puede reputar á la Iglesia católica adversaria de la economía.

Primeramente atengámonos al orden ideal, y expongamos la teoría de la cuestion.

«Concurrencia, escribe Bastiat, es sólo ausencia de opresion, y remocion de obstáculos.» Había dicho Romagnosi ya que «suponè la libre concurrencia en su concepto la facultad de obrar sin obstáculos sobre un objeto dado.»

Si considero yo las doctrinas católicas, no descubro una que mande lo contrario. La Iglesia quita la opresion en el trabajo del hombre, porque reprende la dureza de los amos y anuncia la libertad de los esclavos: no hallo qué obstáculos suscite al trabajo con sus preceptos, á no ser que consideráseis tal la prohibicion de la usura, ó el precepto de no trabajar en los dias festivos. Ni la una ni el otro se pueden considerar dificultades. La prohibicion de la usura es cosa bíblica, divina, y no sólo eclesiástica; además si á la usura pone límites, tienen por objeto contener la sordidez y las feas injusticias, mas no el honesto trabajo, que por tales límites mejora. Lo mismo pasa con el precepto dominical: más que de la Iglesia sola, la observancia del dia festivo es un precepto solemne de Dios. Fuera de que el domingo no es obstáculo, sino parada, de la que proceden inestimables favores, y no suplicios para el propio trabajo. Es una de las pausas aquéllas que, restaurando de vez en cuándo las fuerzas perdidas, redoblan la vida en tu pecho.

Sigamos adelante. La concurrencia con la remocion de los obstáculos nos marca la parte negativa que tiene; sólo que su parte positiva está en la emulacion. Si la primera es necesaria para dar la obra, la segunda contiene su exaltacion. En su virtud la concurrencia verdaderamente significa «emulacion.»

Bien; la enseñanza católica, lejos de oponerse á la emulacion, la recomienda y la practica; *Aemulamini*, exclama la Iglesia, dirigiéndose á todos los creyentes: «aspirad á los dones mejores.» Añade asimismo: «Voy á mostraros un camino aún más excelente (1).» Lo que dice la Iglesia espiritual y religiosamente, lo dice asimismo temporalmente, de modo que veis corresponder á los creyentes los ciudadanos. Nuestro grito, gente moderna y católica, es por consecuencia: la emulacion. Emulémonos uno al otro en la fe; emulémonos uno al otro en las operaciones del ingenio; emulémonos uno al otro en los descubrimientos de la civilizacion. Yo en la Iglesia puedo ser un beato ó un venerable, y escribir li-

(1) San Pablo, 1.<sup>a</sup> á los Corintios, cap. XII, 31.

bros de controversia como Belarmino, ó predicar elocuentes sermones como Segneri: puedo ser canónigo y parar como Copérnico el viejo movimiento del sol; puedo ser fraile y adivinar los prodigios del vapor como Rogerio Bacon; puedo ser un seglar ardiente de fe romana y descubrir la América con Colon. «Emulacion.» Hé aquí mi divisa y mi ansia; hé aquí la concurrencia.

Apresurémonos. La concurrencia, mientras se realiza en estas tres cosas, «la produccion, la distribucion y el consumo de la riqueza,» quiere tener para cada una vigoroso y respetado el principio del libre cambio. La sociedad humana, segun el dicho de Adan Smith, es de índole comercial: todos los hombres necesitan permutar entre sí las riquezas que producen y no consumen, con las riquezas que no han producido y quisieran consumir. Se sigue que de necesidad imperiosa es el libre cambio para integrar la concurrencia.

¡El libre cambio! Profiriendo esta frase los economistas miran á la Iglesia y se ponen á reir. ¿No es una ciega enemiga de tal principio?

Tranquilizaos, señores: el libre cambio es tal medio económico y tal principio, que, si por los generosos cultores de la ciencia exáltase con un gozo que al delirio llega, vilipéndiase por muchos otros, los cuales no son la Iglesia, al paso que lo temen los hombres del gobierno. La misma Inglaterra, gran promotora del comercio libre, no queda libre de todo punto en la parte de disgustos, dándonos á pensar que si se resiente de cualquier daño, quiere ser la primera en presentar excepciones. En su virtud, veis en la sesion del Parlamento del 22 julio de 1857, lord Abinger propuso un «bill» para prohibir á los católicos acumular bienes destinados á la beneficencia; en 1858 el tráfico inglés, agitado por la gran falta de recursos en 1851, grita contra la equiparacion de los buques extranjeros á los nacionales en materia de transporte; los armadores ingleses, airados por el último tratado del 1860, reclamaron contra el artículo 10 del segundo párrafo, por las facultades concedidas á los extranjeros. Otro tanto pasa en la república de América, á la cual oimos varias veces protestar contra el libre cambio por la voz de Carey y por la más autorizada todavia de los «mensajes» del Presidente antes de concluir el 1852, como tambien durante la famosa ruina comercial atribuida por Bucanano á la desenfundada libertad de los bancos particulares. Peor en Francia, de la cual son conocidas las reclamaciones hasta de los Consejos Generales de las provincias allí suscitadas cuando el gobierno principió á mostrarse propenso á la libertad del comercio extranjero. De modo que el verdadero amor á la libertad universal no es más exuberante de ninguna manera en el orden de la economía que en el de la política.

¡Y vosotros indicais que la enemiga del libre cambio es la Iglesia católica! Repito que os tranquiliceis, porque, aún indagando de un extremo á otro la doctrina de la Iglesia, no encuentro yo sus rencores contra el libre cambio, ni siento sus imprecaciones, ni sus bramidos. ¿Quereis el libre cambio? Paréceme que así exclama: «¡Sois muy dueños!» Enteramente deja la Iglesia que relativamente á tal medio económico juzgueis vosotros; resolved vosotros sobre su conveniencia y su bondad, porque con sus oráculos no interviene. Por esto, cuando vosotros afirmáis con Ortes que, por el libre cambio, las ocupaciones se prestan admirablemente bien por cada uno de un modo y en cambio se reciben de los otros de todas maneras, la Iglesia os responde: «Vedlo vosotros.» Y cuando con Schaffle añadís que la concurrencia y la «socialidad» del trabajo son dos aspectos diferentes de una ley idéntica, por la cual el trabajo de cada uno viene á ser el trabajo de todos, y que muchos trabajadores particulares forman para el mundo un solo trabajador gigante, os responde igualmente la Iglesia: «Vedlo vosotros; á mí no me preocupa lo que decís de los trabajadores particulares, ni del trabajador gigante, ó sea del trabajo combinado juntamente sobre toda la tierra.»

¿Y por qué debería preocuparse? ¿Por qué debería temer á los pueblos, que de un país al otro se alargan los brazos entre sí, trabajando unidamente? ¿No es acaso ella la que, siguiendo el vuelo de la cruz, llegó á todas las playas, penetró en todos los reinos, hermanó todas las razas, destruyó todos los baluartes de la vieja separacion, formando con todos los hombres una sola familia? Os ha franqueado el pasaje, trabajadores audaces y libres; os ha preparado y dispuesto la tierra, sobre que trasladais vuestras máquinas y erigís vuestros monumentos de la industria: ¿por qué vosotros, que habeis crecido con favores de la Iglesia, quisiérais encontrarla más bien enemiga?

¡Mas en el ámbito del catolicismo está la secta de los testarudos, que por el libre cambio refunfuña, y combate por tanto la concurrencia!

Me llevais del órden científico al real: ya yo mismo lo he indicado. Descendamos á él.

Bello ciertamente y válido es el ataque que me dais: ¡impugna la secta de los testarudos la concurrencia en su más viva actividad! Ahora bien, ¿qué revela esto? Revela un lado opinable, una tendencia, el sentimiento de sola una parte: ¿no profesais vosotros el principio de que á todas las opiniones se debe respeto? Ya las respeto, señores; mas por la opinion de algunos miembros no juzgo todo el cuerpo social. Obrar diversamente sería como quien, por la única escuela de los Estóicos, quisiera juzgar toda la filosofía griega y romana. Dejad el aná-

lisis parcial y restringido, subiendo á la síntesis: mirad universalmente la Iglesia, su marcha histórica, y el espíritu que la informa, diciéndome: ¿No sobresaie acaso en ella la promovedora de la sabia concurrencia, más bien que su terrible perseguidora?

Veo las Cruzadas: promovidas son por toda la Iglesia. Despreciadlas como queráis con la befa de Voltaire, y mordedlas con la ironía escéptica de Enrique Heine. No importa: las Cruzadas suponen una máxima concurrencia: una concurrencia de las gentes italianas entre sí: una concurrencia también de italianos, franceses, españoles, alemanes, ingleses, por la cual el mundo civilizado una vez más se mezcla y hermana. Verdad es que tienen las Cruzadas un intento religioso, al que faltan en gran parte; mas sus efectos son promover las artes, surgiendo una emulación de invenciones industriales, comerciales, militares, geográficas y científicas, que constituyen una novedad en la historia, y una prosperidad en Europa.

Veo los viajes de nuestros embajadores, frailes generalmente, por la Santa Sede mandados en dirección al imperio mongólico. Este imperio que surge de pronto, que se arroja sobre los Mahometanos, y que del septentrion de la China extiende sus pabellones á orillas del Danubio, levantando aquí y allá fúnebres pirámides con las cabezas cortadas de sus enemigos, ve llegar á él como ministros de paz que aplacan, los nuncios católicos. Supongamos que el potentísimo de Mongolia, por los labios de su mayor déspota, Timur Leuk, responde: «Un solo Dios en el cielo, y un solo señor sobre la tierra,» sin curarse de los mensajeros. Aun así aquellos nuncios católicos del siglo XIII y del siglo XIV, aquellos frailes y aquellos cenobitas, tornando de sus expediciones lejanas, de la Siria, de la Mesopotamia, de la Persia, del Dnieper, del Ural, de las pendientes meridionales de los Altai y del desierto de Gobi, deponen en Alemania, en Italia, en Francia, en los monasterios, en los castillos señoriales, y hasta en las más humildes casas, gérmenes preciosos de conocimientos físicos, de ciencia, de curiosidades geológicas y etnológicas, que darán más tarde útiles incrementos á las artes y nuevos alientos á nuestra civilización. Ascelino, Simon de san Quintín, Alejandro, Alberto, monjes franciscanos, y despues Juan De Plano Carpini y el flamenco Rubruis vienen á ser padres, entre los descendientes, de una rara concurrencia económica.

Veo la Corte de los Papas. Nicolás V, Julio II, Leon X, Adriano VI se constituyen centros del progreso artistico y literario del mundo. En su virtud, les rodea una corona ondulante, jamás interrumpida, de pintores, arquitectos, escultores, músicos, arqueólogos, poetas, historiadores y doctos de todas clases: entre aquella compañía se restaura

la lengua de David, de Homero y de Maron; se reproduce además el estro inventor de Fidiás y de Apeles; entre aquella noble compañía, ó á lo ménos en lontananza, protegidos por la sombra de los Pontífices, Bramante bosqueja la basilica de San Pedro, y os trasporta Buonarroti á la cima del Panteon; Poliziano entona sus canciones, Ariosto recita sus octavas, Vida poetiza el Cristo, Sannazzaro entona un himno al «Parto de la Virgen,» Rafael pinta las «lógias» del Vaticano, Pico de la Mirándola diserta, Ficino traduce á Platon, Berni compone Sátiras, Bembo y Sadoletto escriben cartas y oraciones, Bibbiena hace maravillas de erudicion, Aldo Manuzio enaltece la tipografía; es concurrencia tan magnífica que, para obtener diploma famoso de artista ó de literato, precisa correr á la eterna Metròpoli desde toda Europa.

Son glorias descoloridas, que han caído con el andar de los tiempos; ¿por qué las menciono á los contemporáneos? Ha venido ahora la Iglesia á extremo tal, que de concurrencia alguna no puede ser autora.

Han trabajado más que gigantes intentando arrebatar á la Iglesia toda influencia social: hanla perseguido y despojado, afanándose todos los dias para encerrarla de nuevo: si verdaderamente lograran enterarla, no se negarían al honorable oficio de sepultureros. Tras hacer esto, se nos presentan y dicen: «¿Dónde y cómo en el trabajo la concurrencia es promovida por la Iglesia?» ¡Oh crueles! ¡Vuestro procedimiento es muy lógico y apremiante de veras! Primeramente me matais, gritando despues sobre mi cadáver: «¿Por qué no vives?»

He probado, por otra parte, mucho más de lo que probar me corresponde: debia probaros que la Iglesia no es adversaria de la economía en la cuestion del trabajo: en su lugar, conseguí ponerlos de realce que es su amiga generosa y protectora. Ved; áun supuestas las condiciones presentes, la economía pública sigue teniendo la proteccion y amistad de la Iglesia.

Dice con verdad un hombre dramático: «El culto católico es un templo bastante grande para contener á la humanidad (1).» Mas el culto católico no cesa de promover la concurrencia de las ciencias, de las artes y de las profesiones civiles. A la arquitectura excita levantando sus monumentos; á la pintura con el estudio de sus cuadros y de sus paredes historiadas; á la escultura con la ereccion de sus estátuas, de sus bajo-relieves y de sus columnas; á la joyería con el trabajo de sus cálices y de sus cruces de plata ú oro; á la sedería con el tejido de sus ornamentos y de sus vestiduras, pidiendo despues para sus altares las violetas del valle y las rosas del jardin, con lo cual excita el arte de la

---

(1) Jorge Sand.

floricultura; pide que brillen sobre su santa mesa las estrellas y las luces celestiales, excitando así el arte de los que trabajan la cera; demanda lo fuerte, lo dulce, lo suave que hay en las armonías de lo creado, excitando así con sus órganos y sus orquestas el magisterio estu-pendísimo de la música. Es por tanto el culto católico una concurren-cia universal.

Considerad ahora el recurso de aquellas grandes fiestas eclesiásti-cas, que conmueven los arrabales y los pueblos, por las que se alegran también las ciudades. Los enemigos de Dios y los fastidiados de la religión exclaman: «¡Qué lujo inútil! ¡Qué dinero derrochado!» Yo grito al revés. ¡Qué gran estímulo dado á la producción, al consumo y á la distribución de la riqueza! ¡Cuál excitación económica! Tocad fuerte-mente las campanas y llamad los pueblos á fiesta: á Dios bendecirá el alma; al propio tiempo para el hombre prosperarán los oficios y las artes.

¿Qué afirmásteis, por lo tanto? ¿Ha desaparecido la Iglesia del siglo? ¿No tiene virtud para estimular el trabajo? ¿Por ventura no la encon-trásteis activísima á vuestros pasos?

Una observación última.

Hoy, señores, en los particulares se ha extinguido la vena de aquellos edificios suntuosos, que tanto complacían á nuestros padres; hacemos casas de burgueses, y no palacios de príncipes; somos pueblo, y no sa-bemos subir las escaleras de los reyes. En su virtud las bellas artes, perdido un estímulo muy eficaz, inclinaron lánguidamente la cabeza y dijeron suspirando: «No existe ya nuestro tiempo clásico.»

Si existe, con todo, un lugar todavía, donde particulares y municipios proceden sin economía, compitiendo con los antiguos en magnificencia, es el domicilio de los muertos. Nuestras necrópolis surgen soberbias como los palacios de los abuelos, y majestuosas como las antiguas basílicas. ¡Cosa extraña! Si el arte tiene todavía un Mecenas, es el genio de los camposantos. El cementerio, por lo que corresponde al reino artístico, absorbe la vida, porque vivimos como prosáicos y como me-cánicos especuladores; mas descendemos al sepulcro espléndidamente.

Está bien: ¿quién preside, señores, la religión de los cementerios? ¿Quién reanima el genio? ¿Quién llama las útiles y graciosas artes para en aquel campo señalarse? La Iglesia. El cementerio descansa en el dogma de la inmortalidad de los espíritus, y la Iglesia, contra los errores de todos los siglos, conserva vivacísima é imperturbable la luz de tal dogma. Igualmente las artes, que en el cementerio se mani-fiestan, viven de inspiración, siendo la Iglesia la inspiradora con sus ritos, sus revelaciones y sus memorias. De aquí las estatuas enhiestas

sobre las criptas, que expresan el eterno descanso; las agujas, que se dirigen al cielo, representando la fuga de la tierra; las flores cortadas ó mustias, los emblemas melancólicos puestos á lamentar el abandono de la vida; por otra parte, los simbolos osados y encendidos de la futura resurreccion no hacen más que darnos un tesoro de ideas religiosas, y de significaciones católicas.

Un escultor de Nápoles, aún fresco en el arte y jovencito, lleno de ingenio, bravura y esperanzas, quería trazar el tipo de un monumento fúnebre: discípulo de la escuela presente artística, que confina con lo real, procuraba sacar de aquí la inspiracion de su trabajo. Se le ocurrió lo que ocurriera en las pasadas edades á Salvador Rosa, siendo aún garzon. Contemplando la tumba del antiguo poeta de Mántua, pudo dibujar en un papel el esbozo admirable de monumento. Hé aquí que, salido de la ciudad, dado un paseo amenísimo, entre vías sembradas de naranjos y cubiertas de castillos, corrió tan gustosamente que, habiendo dejado á sus espaldas la «Gruta de Seiano,» holladas las ruinas de las villas de Ciceron, de Mario, de Polion y de Lúculo, el enardecido jóven ganaba la cima del promontorio de Posílipo; desde allí seguía un poco más aún, y bajaba luego, hasta verse delante de la tumba de Virgilio. Los despojos mortales del gran cantor de Eneas habian sido encerrados allí dentro; saldría para él todavía un fuego, un estro y un eco armonioso que, invadiéndole, lo haría creador.

Se detuvo atento á mirar: su faz tornábase pálida y dolorosa; tenía los ojos brillantes y concentrados en las grietas del viejo famoso sepulcro. Despues cogía un gran cartel y manejaba el lápiz, principiando á marcar algunas líneas: no le placían y las borraba, intentando otro dibujo...

Le vió un señor que procuraba distraerse por aquellos sitios, precisamente como el artista Lanfranco descubria en aquel lugar y en aquella propia actitud al pequeño Rosa, queriendo ver los rasgos de su carbon; nuestro gentil peregrino, acercándose al atónito escultor, y sacándole de su propia meditacion, díjole: «Mi buen hijo; ¿qué le ocupa en esta montaña pendiente?»

Respondía el jóven: «¿Qué me ocupa? ¿No descubre delante de mí un modelo clásico, en que me inspiro?» Añadió, despues de mostrar el sepulcro de Virgilio. «Quiero idear un monumento fúnebre de grande y excelso estilo: he menester una inspiracion, y no una simple fantasía de arte; de aquí la espero.»

Añadió el viejo: «¡Bravo, hijo mío! Permítame que le hable francamente, como los viejos deben hablar á los jóvenes; yerra en cuanto á la persona, y al lugar, y al tiempo sobre todo.»

Las mejillas primaverales del escultor se tiñeron de púrpura, en ellas advirtiéndose cierta llama desdeñosa. Replicó el jóven: «No comprendo, no comprendo lo que me dice. ¡Oh! ¿Piensa usted que yo, estudiando en Virgilio, intento copiar en mi designio fúnebre los vanos sonidos de su zampoña, las costumbres y los amores de sus pastores; de Dameta, de Títiro y de Melibeo? No pienso ahora en el autor de las Eglogas y de las Bucólicas: delante tengo el alma inmensa del cantor de Eneas y del vaticinador de Augusto; tengo detrás del poeta todo el imperio de Roma.»

«Se lo concedo, dijo entonces el viejo respetable. Estudiando usted á Virgilio, con su mente ahonda en el imperio de Roma, del cual fué noble vate; mas, despues de todo, aquel imperio vastísimo, ¿en qué se resolvió, mi buen hijo, y qué cosa es? A su vez una desmesurada ruina. Pasan los Cónsules y pasan los Augustos, como pasa el dulce melodioso poeta. A esto viene á parar el trabajo de quien se inspira en los sepulcros de los paganos. Saca la contemplacion de lo pasado, mientras quien mira los sepuleros de los cristianos saca la contemplacion del porvenir. Usted, hombre cristiano, rico con las inefables visiones de lo futuro, ¿retrocede detrás del paganismo? Repito que yerra en cuanto á la persona, y al lugar, y al tiempo sobre todo.»

Un rayo de sublime verdad pasó á tales acentos en el ánimo del escultor, preguntando: «¿De qué porvenir me habla usted?»

«¿De qué porvenir? ¡Buen Dios! Levante la vista de la Roma gentílica que lo embriaga, fijándose ya en la Roma fiel que ha olvidado: hé aquí la Iglesia católica y hé aquí la cruz; á la sombra de la cruz vea la marcha del mundo moderno, que viene, pasa y no concluirá pronto. ¡Qué afirmo! Hé aquí á la sombra de la cruz y entre los brazos de la Iglesia católica abierto el horizonte del porvenir eterno y resplandecer la sonrisa de la vida feliz. ¿Qué le da su Virgilio con las creencias de la Roma pagana? Recuerde el libro sexto de la Eneida: para el porvenir de la otra vida, Virgilio da el Erebo y las tinieblas del Tártaro. Mas la Iglesia católica da la bella inmortalidad de los espíritus, la fruicion de las almas electas para el celestial banquete, las alegrías de los ángeles y de Dios.»

Prosiguió el viejo: «¡Oh! dilecto jóven; deje ya esta roca y la meditacion de la tumba desierta, por la que pasean los escorpiones, y donde no hay emblema de vida veraz; descienda usted á Nápoles y entre luego en su magnífico camposanto; observe aquellas capillas sagradas, contemple aquellas cruces, interrogue aquellas urnas, ponga el oido al rumor subterráneo de aquellos huesos: del fondo de las pequeñas tumbas levantarése una voz, que le dirá:—Nosotros espiramos en el nombre

de Dios benditas: nosotras, almas de vuestros hermanos y de vuestras hermanas, perdimos la tierra; pero conquistamos un reino sin fin mucho mayor: nuestro sol fué á su ocaso; pero la sempiterna aurora brilló en nuestras pupilas: ya no somos habitantes de la ciudad terrena; pero nos recibió la familia de los inmortales. Aguardamos el juicio para que se recompongan los deshechos miembros; tú, ángel de Josafat, toca pronto la trompeta; nuestro sepulcro vacío está preparado para responder; toca.»

Concluyó así el viejo señor: «¿Lo ve mi buen hijo? ¡Cuántas peregrinas y omnipotentes imágenes le sugieren las tumbas cristianas! Y estas imágenes tienen un fondo real, porque se apoyan en el dogma del Evangelio. ¡Oh! Los siglos han roto la trompeta de Virgilio, porque al pasado pertenecía, no escuchándola ya ni los dominadores latinos; pero la trompeta del ángel es del porvenir: el mundo la escucha y la escuchará, porque aquel porvenir es positivo, como es inmenso y divino. ¡Cuánta poesía y cuanta realidad! Pregúntelo á Tenerani; presenta el ángel de la resurreccion, sentado sobre la piedra sepulcral: toca la trompeta y hácela resonar á los cuatro vientos. Pregúntelo á Bartolini: le da la estatua de la Confianza, con las manos abandonadas; pero con la frente levantada y fija en Dios, esparcida por aquella serena calma que dice: «Aguardo.» Es la angélica mariposa, que canta Dante Alighieri; la mariposa que nace de nosotros gusanos, y á la justicia vuela sin defensa; ¿dónde la colocaria usted para que batiese las alas sino en el cementerio?»

Callaba. El jóven se alzó de la roca, saludando cortesmente al viejo; conmovido y humillado, dirigióse á la parte baja con el fin de buscar en la cruz la inspiracion del fúnebre monumento.

Es cuanto yo decía, razonando, señores.

Está en el campo de la muerte el templo de lo sobrenatural y de lo sempiterno. Guardian la Iglesia del templo éste, dice á los hombres: Vosotros con el oro, con los placeres y con la potencia dominais el mundo: yo domino á los espíritus del cementerio con los recuerdos de la eternidad.

Te bendigo, tierra santa, donde duerme uno y otro pariente mio, donde tambien para mí se halla el lenguaje de la eterna paz. ¡Ah! ¿Qué sería de nosotros, y de tí qué sería, si la Iglesia hubiese arrancado de aquí la cruz? Miraría yo desolado tu mansion donde ninguna de las almas se prometería el dulce reposo, que solamente pensando en ella gustó anticipadamente: perderian aquí las artes bellas la potente inspiracion; y tú, tierra cara venerable, perdida la vieja consagracion, invadida y profanada, concluirías en una oficina de sórdidos avaros, ó quizás en un vastísimo tumultuario gasómetro.

¡Persistiríais, señores, en llamar enemiga de la economía y del trabajo á la Iglesia católica, cuando áun en el camposanto os abre la noble concurrencia de los artistas?

Vamos; con nuestro prolijo discurso referente al adversario de la economía pública, ¿quereis descubrir al fin dónde consiste para ella la enemistad? Recuerdo, señores, haber dicho: «Por lo que hace al segundo principio que anuncia la «conurrencia al trabajo,» el enemigo de la economía, más que en la Iglesia, está en las instituciones de los socialistas.» Y aquí voy á cumplir mi palabra.

Escribe Jerónimo Boccardo: «Hubo un tiempo en que los novadores, los mártires, los héroes, jactábanse de sostener en sus múltiples formas la causa de la humana libertad; hoy es moda lanzarse contra ella, cubrir de oprobio su nombre y vilipendiar á sus defensores. Abrase por cualquiera parte uno de los mil volúmenes, en los cuales los socialistas de plaza, de libros ó de cátedra, establecen el proceso y pronuncian la condenacion de la sociedad civil; se hallará, sin falta, una terrible filípica contra la concurrencia anárquica (1).»

No hay duda: piden los socialistas la concurrencia anárquica en el trabajo, y dirigen la terrible filípica á nuestros hermanos apasionadamente sociales; mas vosotros, honorables cultores de la economía, ¿estais todos ocupados en precaveros contra los ataques de la Iglesia? Parad los golpes por otra parte, porque allí está el riesgo.

Gritan los socialistas: «Vosotros, hombres de la concurrencia, aceterando y multiplicando el trabajo, condenais á espantosos padecimientos las clases más débiles y laboriosas; mientras el progreso y la civilizacion tienden á producir un reposo en el trabajo, y las invenciones de las máquinas tienden á disminuir la fatiga, borrais todos estos beneficios con vuestro ardor: sois mónstruos que se alegran cuando el pueblo se consume.

¡Ois, señores economistas? Es cruel la acusacion y deshonestá; poned fin á estos ladridos y aducid vuestras razones, distinguiendo entre trabajo y trabajo, entre señor y señor. Empero vosotros sois tercios, y tenéis otra ocupacion en las manos; procurais con ahinco guardaros de la Iglesia para que no os infame.

Los socialistas gritan. Vosotros, hombres de la concurrencia, so color de combatir el monopolio, lo haceis más cruel y lo dilatais mucho más. Existia en tiempos antiguos el monopolio de los pocos, ejercitándolo, con el nombre de protectores, los grandes propietarios: hoy, gracias á vosotros, domina el de los propietarios y de los capitalistas que es in-

---

(1) Jerónimo Boccardo. *Dizionario*, etc. Lugar citado.

menso, quedando los obreros aplastados. Sucede como con los gobiernos: en el gobierno absoluto habia un señor, y en los gobiernos de ahora se cuentan por centenares.

¿Oís, señores economistas? Es otra acusacion que hiere vuestra piel y os sorbe la sangre. Quitaos de encima tales pérfidos mordedores; expeledlos y aniquiladlos: podeis añadir respuestas gallardas. ¿Teneis por ventura la mente atronada? ¿Teneis el capricho de la Iglesia enemiga, temiendo acaso que os azote las espaldas y os oprima?

Los socialistas gritan: «Vosotros, hombres de la concurrencia, prometiendlo hacer progresar las artes y florecer las mercancías, cruelmente las perjudicais: con vuestro concurso sin freno, haceis que los precios sean ínfimos. De modo que, mientras el precio alto de las mercancías favorece la produccion, el bajo la desanima y la detiene. Entretanto muchísimos que con sus mercancías tenian para vivir y marchar adelante, se sienten arruinados.

¿Oís, señores economistas? Las acusaciones caen como granizo y desgarran como cuchillos: es una facundia que cada vez más os declara inhumanos. Defendeos, por cuanto la ley del discurso no tapa vuestra boca. Mas vosotros empredeis la defensa contra la Iglesia católica; ¡la veis siempre sobre vosotros, en actitud de quitaros la vida y la honra!

Los socialistas gritan: Vosotros, hombres de la concurrencia, vais, por decirlo así, con la cabeza en el saco. Es poco decir que no veis á los míseros obreros nacionales que son vuestros hermanos; no llegais á discernir siquiera las cualidades diversas de las naciones, una rica en productos y otra muy escasa; una de refinada educacion y otra no: por la manía de la concurrencia las poneis todas en el mismo nivel, aplicando á todas las mismas leyes, haciendo así que cada vez progresen más las abundantes y las ricas, como tambien que las no educadas y las pobres mueran ahogadas por el predominio de aquéllas, ó que á lo ménos se arrastren á su pie como siervas.

¿Oís, señores economistas? Mas ¡por qué pregunto si oís? Vuestra ocupación y vuestra empresa ilustre, como vuestro espanto femenino, es procurar que la Iglesia no salte á vuestro cuello, ni os estrangule. ¡Magnánimos desalentados por cierto!

No se puede, pues, combatir, señores, la proposicion por mí planteada: Por lo que hace al segundo principio que dice «concurrencia al trabajo,» el enemigo de la economía, más que en la Iglesia, está en las instituciones liberales y en las escuelas de los socialistas.

Hé resuelto el problema.

La economía pública, dándose á recoger los frutos de la humana perfeccion á que se dedica, principió á gritar con grande aliento: «¡Trabajo, trabajo!» A fin de que el trabajo en sus manos fuese acepto y provechoso, lo avaloró con dos principios nuevos, que son los siguientes: «el derecho al trabajo y la concurrencia en el trabajo.» En su virtud se persuadió la economía de que, rejuveneciendo así la teoría y la práctica del trabajar, suprimido el trabajo envilecido, abominado, y enaltecido él, nada debia faltar para establecer en el mundo la época retardada de los felices.

Sin embargo, se nos apareció la generosa dominada por un temor: proveniale de la Iglesia católica, consagrada tambien al trabajo, y frecuentemente no enamorada de las novedades. En su virtud, nosotros para librarla del espanto, hicimos la pregunta: ¿Puede ser la Iglesia considerada enemiga de la concordia, tanto relativamente al derecho, como relativamente á la concurrencia del trabajo?

Contestamos que no; nos propusimos manifestaros, señores, que si relativamente al trabajo tiene la economía pública enemigos, es necesario buscarlos en otra parte. Realmente por lo que hace al principio que dice «derecho al trabajo,» el enemigo de la economía, más que en la Iglesia, está en las instituciones políticas y sociales; en cuanto al otro principio de la «concurrencia del trabajo,» la economía encuentra su enemigo, no en la Iglesia, sino en las doctrinas y en las cóleras del socialismo.

Con todo, ¿quién lo creeria? Los miedos económicos no cesarán. Vosotros, señores, leereis los libros de los economistas, oireis estos doctos y estos profesores arengar desde las cátedras; en sus discursos y en sus artículos los vereis seguir su mala costumbre de asaetear á la Iglesia: la llamarán en todos los tonos y con desfogue de rabia poco filosófica enemiga de la economía social en la marcha del trabajo. Esto harán con la Iglesia; os lo puedo asegurar como si tuviese la vision del porvenir. Solamente que, ¿cómo procederán delante de sus verdaderos enemigos de valer y numerosos? No es que nieguen la realidad de tales enemigos: los ven, los perciben y los tienen en el gaznate; pero lo mismo da: á su juicio el verdugo está en la Iglesia. Ahora bien, ¿qué sucederá?

Principié recordándoos á Julio César, y concluyo con el nombre del Magno éste.

César, vencidos los Pompeyanos, abajada á sus pies la frente de todos los enemigos exteriores, tenia en el puño el mando de Roma y del universo. No se abandonaba, no, á innobles miedos, aquel invencible,

que desconocía el pavor. Además los magnánimos no se amedrentan. Con todo, si alimentaba celos, asaltándole sombras contrarias y funestas, era por parte del patriciado deprimido; sus temores, y no sus espantos, brotaban de allí. Temía Julio César la aristocracia, y la Roma vieja vencida por él; albergar no quería en su pecho temor á la democracia; en la hipótesis de que por ella concibiese malas sospechas, las despreciaba. Empero Cassio y Bruto meditaban en horrible silencio; Cassio, Bruto y Dolabella, con los otros tribunos del pueblo, en pleno Senado, daban muerte á César. El, dirigiendo al bastardo los moribundos ojos, prorrumpía en aquella lamentacion célebre: *Tu quoque, fili mi!* ¡Tú tambien, hijo mio! Y se cubria la faz con el manto para no ver.

¡Economía, economía! No te falta uno de los enemigos más terribles del trabajo. Deja el inútil horror á la Iglesia: teme á Bruto.

---

# CONFERENCIA VI.

---

## SI LA IGLESIA ES LA ENEMIGA DE LA ECONOMÍA

RELATIVAMENTE Á LA DIVISION DEL TRABAJO.

Aunque hablamos ya largamente del trabajo, no por esto nos resultó una obra entera. ¡Consideradlo, señores! Los economistas publican relativamente al trabajo gruesos volúmenes, y disertan todos los días desde las cátedras. Ahora bien; ¿qué podíamos nosotros decir en una sola conferencia? Apenas el estilo abreviador de Cornelio Tácito hubiera podido disponer la milésima parte de lo posible.

Nuestra discusion versó sobre dos grandes principios económicos; el derecho al trabajo y la concurrencia en él. Con todo hay un tercer principio no ménos grande que los precedentes, ni ménos necesario y útil, con el cual la pública economía se refuerza, presumiendo conseguir el parto contrastado de la felicidad: es la division del trabajo.

El nefando precepto que los enemigos de los principios atribuyen al rey tirano, *divide et impera*; al pueblo divide y asegúrate así el mando, es tomado por los economistas sin ironía y sin torpeza para sí. Con el más magnánimo de los propósitos afirman: al trabajo divide, y el trabajo dividido te dará el imperio del mundo. *Divide et impera*. Es el suspiradísimo y feliz reino de la economía.

Hé aquí, señores míos, que se multiplica la materia económica; mas el lado doloroso es que, multiplicándose la materia, aumentan las disputas. Los economistas calientan su cerebro figurándose que, tratándose de la division del trabajo, deben hallar á la Iglesia católica enemiga. Me disgusta su hervor y su fascinacion cruel: veamos si el raciocinio y el exámen de los hechos servirán para quitar la fiebre á los nobles enfermos.

De modo semejante oímos decir que la Iglesia es enemiga del derecho al trabajo, y enemiga de la concurrencia en el trabajo. Sin embargo, sus acusadores aparecieron dominados por error grosero.

Relativamente al derecho al trabajo, la Iglesia, en nombre de Dios y de Jesús salvador, da el título y la investidura también á todos sus hijos. Fuerte suena la frase bíblica, repercutiendo de generación en generación sobre los labios de los creyentes: «Trabajad, cultivad la tierra y regadla con vuestros sudores.» Si en el principio económico que promulga el derecho al trabajo, hay una torcida significación y escóndese la semilla de la anarquía, la Iglesia no es la única en proscribirlo: entonces el enemigo del derecho al trabajo se alza del seno de toda la sociedad civil: las instituciones sociales y políticas lo condenan.

Relativamente á la concurrencia al trabajo, la Iglesia, lejos de hostilizarla ó excluirla, se hace su promotora; la enseña con su doctrina, la consolida con sus ejemplos, la inflama con sus amorosos estímulos, y la perpetúa con su historia. Si aquí no falta el hombre adversario, que surge para murmurar y difundir la zizaña, mire la economía pública otras caras y no la de los católicos: el detractor y el génio del mal anida en las instituciones de los socialistas.

¿Por qué no deberá ocurrir otro tanto, cuando se razone relativamente á la división del trabajo?

Belisario, cargado de fatigas y de glorias, no ménos que de calumnias, escribía al Emperador Justiniano de Constantinopla: «Sabe que soy amigo tuyo: en mí el traidor no existe.» Y Cristóbal Colon, ya glorioso descubridor de América, protestaba lo siguiente á Isabel y á Fernando: «No hice traición, y soy vuestro fiel servidor, que añadí un nuevo mundo á vuestra corona.»

Habla mejor aún la Iglesia católica que con la voz de los héroes, por cuanto es su lenguaje el de una institución divina y de una madre: habla y dice á los economistas: «¿Qué hallasteis opuesto en mí á la división del trabajo? Yo soy en esto la verdadera y generosa amiga. Sígueme, y añadiré un mundo más vasto que América al reino vuestro.»

Tenga hoy tal sonido, señores, nuestra conferencia.

Ponderemos, por una parte, á cuánta excelencia se levanta el trabajo económicamente dividido; observemos qué cosa pide la economía para ejercitarlo y qué inmensos frutos aguarda; hagamos, por otra parte, conocer cómo y cuánto el catolicismo corresponde á la economía pública.

El problema por nosotros planteado de nuevo en este día es por lo tanto el siguiente: «Sobre la división del trabajo, ¿puede la Iglesia ser creída la fatal adversaria de la economía pública y social?»

Respondemos con esta frase: «Por lo que hace al principio económico que dice *division del trabajo*, el enemigo de los economistas no está en la Iglesia: si un abierto enemigo tienen por esta parte, búsquenlo en medio del siglo: se levanta promovido por todos en las instituciones pedagógicas.»

¡Trabajemos, exclamo nuevamente; trabajemos, señores! Tenemos derecho al trabajo y tenemos su estímulo. Nos es dulce, pensando en esto, conocer que, mientras hacemos uso de un derecho natural nuestro positivo, y mientras tenemos por la concurrencia el estímulo al trabajo, procuramos el perfeccionamiento del individuo humano y de la sociedad civil.

Sin embargo, á fin de que no sólo se inicie el perfeccionamiento individual y social, sino que se realice con éxito, forzoso es que el derecho y el ímpetu del trabajo no queden solos: al derecho y al ímpetu debe acompañar el método.

¿Qué podríais vosotros sin método intentar nunca útil, maravilloso y duradero? Nada. Método dice orden y dice regla: es la guía que al flanco llega del pasajero, conduciéndolo en las oscuridades y en las dificultades del camino. Procurad ir sin guía; procurad obrar á despecho del orden y de la regla. Haced deformidades, y quedais perdidos en el desierto. Cuanto en el mundo hechura es del hombre, débese atemperar á la marcha de la creacion, donde Dios, segun nos recuerda la Biblia, lo dispuso todo «en peso, número y medida,» produciendo la armonía de la naturaleza y la vida de los seres. Digo la vida, por cuanto el método que te da la regla y el orden, además de conferir la belleza á las acciones humanas, les comunica un aumento de fuerzas inefable. Un niño armado con una palanca tiene más fuerza que Hércules abandonado al poder de su brazo. El que conoce el artificio de las cifras, podrá más que Arquímedes, con su génio si Arquímedes calcula sólo con su cabeza ó sus dedos. «Nunca creí, dice Descartes, ser favorecido distintamente por la naturaleza, y con frecuencia sentí el deseo de poderme igualar á los otros: si de algun modo aventajo á la generalidad de los hombres, es por mi método (1).» ¡Plugiuese al cielo que su método hubiera sido excelente!

El hecho es que donde al reconocimiento del derecho y al ardor de la obra se agrega la profesion del método, el trabajo nos promete muchísimo más la prosperidad del hombre y de la sociedad civil.

Yo católico, sacerdote de la Iglesia, creo lo siguiente, y lo predico con

---

(1) Descartes. *Leitres*.

libre palabra igual á la vuestra: sostengo que la economía social puede por esta parte seguir segura y confiada en la Iglesia de Jesucristo, en la que no hallará de modo alguno su enemiga.

Hablamos en general, señores; mas, [descendiendo á consideraciones parciales y breves, ¿qué método daremos al trabajo, á fin de aumentar su eficacia y su virtud? ¿Será siempre verdad que el método que demanda la economía y place á los economistas, puede asimismo gustar á la Iglesia católica?

No queramos sin provecho poner en tortura la mente, ni perdernos en el campo de las hipótesis: aquí está el método mejor que os denuncio.

Adam Smith, padre de la nueva economía, lo encontró: es la division del trabajo. ¿Quién no ha oido celebrar este descubrimiento suyo? ¿Quién no leyó entre los economistas el capitulo de su obra clásica, donde, á fuerza de análisis, desenvuelve las ventajas que surgen infaliblemente de la division del trabajo? Tomad, señores, el trabajo productivo, y haced como el economista inglés os enseña, es decir, distribidlo entre los obreros, asignando una parte á los unos y á los otros otra; procurad que no se acumule nunca el trabajo en una mano indistinta y confusamente, sino que se distribuya con variedad, segun las varias fuerzas personales. Conseguireis tres beneficios. Primero; que aumente la habilidad del obrero: segundo; que ahorre tiempo, no debiendo pasar de una ocupacion á otra: tercero; que la invencion de las máquinas especiales resulte más fácil cuando la atencion del obrero quede concentrada en un solo trabajo. No creo que ninguno quiera negar la consecucion de tales tres bienes; por el contrario añadir deberá un cuarto, y es, como advirtió Babbage, que por dicha division, cada obrero puede ser empleado sólo en aquel trabajo en que puede salir mejor, segun su temperamento.

Muy bien: el método, en pos del cual íbamos, hase conseguido; está en la division del trabajo. Ahora bien; ¿qué hace de tal método, y que dice la Iglesia?

Verdaderamente no sé cómo la Iglesia católica puede ó desee levantarse para contradecir al que se atiene á la naturaleza de las cosas, hallándose ya en el dominio de los usos universales y de la historia. Dudar en este punto de la Iglesia, sería como pretender á juicio citarla para que dijese si aprueba ó no al hombre que mueva un pie despues de otro á fin de andar, y se valga de las pupilas separadas entre sí para ver, como tambien de las manos igualmente divididas á fin de manejarlas.

En salzamos á Smith como maestro de la division del trabajo; ¿pero

no anduvo por ventura dividido el trabajo en todas las edades? Abel fué pastor de ovejas y Cain trabajador de la tierra: Jabel fabricaba tiendas y Tubal tocaba la trompeta. Habian los Egipcios distribuido y asignado las artes á diversas familias y órdenes de personas: de aquí las famosas *castas*. Aun los Griegos tenian separados los oficios, y Platon hacía nacer la division del trabajo de la multiplicidad de las necesidades. Separados los oficios y separadas las artes tenía Roma, yendo tan allá esto que á Ciceron arrancaba la queja de que la extension de los buenos estudios sufría detrimento por su excesiva minuciosa distribucion y disgregacion (1).

Sin embargo, Adan Smith, por lo que hace á la division del trabajo, tiene fama de génio original, ó de inventor: redujo la division antigua á ciencia nueva, filosofó relativamente á ella de un modo superior, é hizo conocer sus razones; su doctrina *tiene verdaderamente mérito de la teoría* (escribe Landerdale), *como esta teoría es su gloria*.

Concedámoslo. Sólo que Jenofonte, antes que lo hiciera Smith, habia observado que de la division del trabajo depende la excelencia de la obra, y que, faltando espacio, no se puede conseguir; habia Virgilio apelado á la division de las artes para bien hacer y pronto los trabajos; habíanos descrito á los Cíclopes, que para preparar las armas á Eneas se daban gran molestia, dividiéndose mutuamente las cosas y los magisterios; y Columela, en aquel excelente retrato suyo de la vida doméstica, colocaba la razon del trabajo dividido en la diversidad de las actitudes personales.

No hay por consecuencia en Smith tanto de nuevo como de antiguo, importándome mucho que así lo recuerde la economía pública. ¡Una invencion altísima de nuestros tiempos la division del trabajo, prenda de la humana regeneracion! Sea. De un literato provector, cuya facilidad y egregio temperamento de ingénio alababan otros decía, burlándose, Madama De Stael: *Es un jóven de bellas esperanzas*. Así de la division del trabajo, cosa suficientemente vieja, digo yo: *Es una jóven de bellas esperanzas: mi siglo no tiene culpa si se apasionó de ella*.

Esto sentado, no temais que la Iglesia católica sea enemiga de tal jóven, ya demasiado vieja, y de tal vieja, que se compone á fin de parecer jóven. La division del trabajo es tan longeva como el mundo y la sociedad civil: ¿quisiérais que despues de siglos y siglos se levantara á condenar las necesarias costumbres de nuestra especie? Decid en buen hora con Cárlos Marx que los pueblos antiguos en la division del trabajo apreciaban más bien las ventajas *cualitativas*, al paso que los pue-

(1) Ciceron. *De oratore*.

blos modernos aprecian mejor las ventajas *cuantitativas*. ¡Sois muy dueños! Decid con Milne Edwards que se halla en esta division la ley «del progreso fisiológico;» decid con Spencer que la ley es «de evolucion universal.» ¡Sois muy dueños! La Iglesia os aprueba las nuevas ventajas *cuantitativas*; os aprueba la ley del *progreso fisiológico*, y os aprueba la ley de *evolucion*, con tal que la querais aplicar en el mundo lógicamente.

Tan cierto es que la Iglesia no impugna la division del trabajo, que con vuestra teoría y con vuestro método se avalora para presentarse á la más profunda consideracion del siglo XIX.

Oid, señores.

Los economistas, mientras tratan de la division del trabajo, impelidos por el propio argumento, justamente observan que, así como el trabajo está distribuido entre todos, entre señores y plebeyos, entre hombres y mujeres, han de ser necesariamente distintas las clases del trabajo. Dedicarse al trabajo sólo significa mantener la actividad en movimiento: en su virtud, cuantas son en el hombre las facultades susceptibles de obra, tantas maneras debe haber de trabajo. Trabaja, pues, quien aplica el intelecto, cual eminentemente hácelo el filósofo; trabaja quien ejercita la memoria, como señaladamente lo hacen el historiador, el poligloto, el arqueólogo; trabaja quien se determina con estudio especial á los actos de la voluntad, como el moralista lo hace; trabaja quien peculiarmente se vale de los ojos, segun lo hace el platero, el miniaturista y el pintor; trabaja quien se sirve de las manos, como el tejedor, el albañil, el que toca la cítara y otros semejantes.

Sucedee pues, que si el trabajo, hallándose dividido, resulta por esto mismo diverso, en cuanto explícate variamente, por medio de las facultades humanas, sería cosa nécia y mala ceñirlo al órden material, como si solamente quisieran llamar verdadero trabajo al que se manifiesta por las acciones manuales ó físicas, despreciando las íntimas operaciones del alma. No, señores; para el honor de nuestra estirpe no se debe caer tan bajo. Existe, sin duda, el trabajo intelectual y el trabajo moral, como existe asimismo el trabajo mecánico, debiéndose afirmar que los primeros, por residir en más noble parte, resultan más excelentes. ¡Cómo! ¿Considerareis en el trabajo, ménos que al valiente domador de potros, al pensador, porque no descubris sus ansias y sus fatigas? Porque no hieren vuestros ojos los espasmos, martirios y agonías del jóven que hace sus pruebas en el contrastado tirocinio de la conciencia, ¡lo quereis posponer al que sus pulmones ejercita en la plaza, como declamador y bufon? No demos en indecentes comparaciones, y seamos justos. Digo que tanto trabaja el campesino entre la gleba,

como en la cátedra el profesor que se mete toda la ciencia agraria en la cabeza: digo que, tanto como el soldado entre las armas, trabaja el ministro de la guerra en su gabinete, donde procura el lustre del ejército; digo que, tanto como el pueblo, trabaja el rey que á pechos toma la sábia direccion del pais.

Vedme aquí, dice la Iglesia católica. Yo que admito, como admitís vosotros, la division del trabajo, ved de qué modo divido yo el trabajo entre los individuos de mi familia. Os habla San Pablo por mí: «Así es que ha puesto Dios en la Iglesia, unos en primer lugar Apóstoles, en segundo lugar Profetas, en tercero Doctores. luego á los que tienen el don de hacer milagros, despues á los que tienen gracia de curar, de socorrer al prójimo, don de gobierno, de hablar todo género de lenguas, de interpretar las palabras.» Como resulta evidente, es distinto el trabajo distribuido entre estos hijos míos; á los unos especialmente toca el trabajo corporal y físico; á los otros el trabajo espiritual y moral. ¿Podría yo hacer lo contrario? Los oficios diversos y las diversas facultades humanas suponen y demandan diverso trabajo. Es imposible una compenetracion de trabajo y de trabajadores. «¿Acaso todos son Apóstoles? ¿Acaso todos son profetas? ¿Acaso todos son doctores? ¿Acaso tienen todos el don de hacer milagros? ¿Acaso tienen todos la gracia de curar? ¿Acaso todos hablan las lenguas? ¿Acaso todos interpretan las palabras? (1)»

Pues bien; si estoy yo constituida de tal modo, por ser ley divina y humana que se divida el trabajo, ¿por qué vosotros, hombres modernos, mirándome delante del progreso del siglo XIX, estais tan prontos á echar sobre mi cabeza las malas notas del ocio y de la pereza? ¿Deberé ser á vuestro juicio tenida por haragana, en atencion á que no me veis por las calles arrastrando carros, ni en el horno del gas, ni en las oficinas del telégrafo, encontrándome más bien enseñando y dirigiendo preces á Dios en la iglesia? ¿Por qué razon? Por ventura el trabajo humano y social, con sus divisiones inmensas, se restringe sólo á la mecánica fascinadora?

Decis en alta voz: El Papa reposa tranquilo á la sombra del Vaticano; está en su mórbido sillón y aguarda el beso, mientras otros se rompen lomos y brazos en la fatiga.

¡Buen Dios! ¿Os parece ocioso aquel viejo, en cuya mente se instala el pensamiento y en el corazon la solicitud de toda la religion? ¿Aquel viejo, aquel venerable santo Padre Pío IX, en quien se condensan las iras, las rabias y las recriminaciones de los incrédulos difundidos por

(1) San Pablo, 1.<sup>a</sup> á los Corintios, cap. XII, v. 28 y siguientes.

el universo? ¿Os parece que reposa muy tranquilo? Habita sí á la sombra del Vaticano; mas ¿no resuenan en aquellos salones, en aquellas paredes y en aquellas bóvedas los gritos de los chicuelos periodistas que lo muerden, como tambien los gritos de la herejía y de la masonería de la Europa, que lo persigue? ¿Y lo decís sofocado por un cúmulo de rosas! ¿Son rosas las heridas, los vituperios y los escarnios? ¡Aguarda el beso! ¿Son acaso besos los dientes que desgarran sus carnes? ¡Descansa el Pontífice, circundado de sumas cautelas y de respetuosas consideraciones! Respetad la division del trabajo: las cautelas y las consideraciones se deben al caudillo supremo. Torcuato Tasso hace decir á Godofredo el Ermitaño: *¡Sea, por Dios, custodiada cautamente tu alma, mente del campo y vida!*

Vosotros decís en alta voz: Los Obispos oprimen alegremente su báculo pastoral: esquilan la oveja y con su lana se fabrican en dulce paz la vestidura pontifical. No se juntan con el bajo clero, continuando en su altura.

Hablais de las ovejas; ¿no veis á los lobos que acometen á las ovejas, las oprimen y las destrozan? ¿No veis á los lobos que se arrojan encima del ovil, devoran y destruyen? Cuando esto acaece, ¿sois verídicos al describir la dulce paz episcopal, la riqueza de los obispos y su alegría? La grey cristiana insidiada es por errores furibundos, como tambien fuertemente agitada ó dispersa; ¿escogisteis el tiempo verdaderamente bien para encarecer la ociosidad de los pastores! ¡No se juntan los Obispos con los clérigos, continuando en su altura! Respetad la division del trabajo. Los capitanes no usurpan el oficio del trompeta, ni del archero. Aquiles, en Homero, Menelao, Nestor, Ulises, tienen una tienda distinta y honrosa, que á los simples soldados no se otorga.

Decís en alta voz: Los sacerdotes se dan al ocio y á la negligencia, negándose á las fatigas del siglo; es necia la sociedad que sufraga sus gastos.

Viven los sacerdotes, como viven los demás ciudadanos, por los sudores suyos. Los sacerdotes que se atienden obsequiosos á los preceptos de Cristo, procuran la salvacion de sus hermanos: iluminan á los ciegos, corrigen á los extraviados, buscan á los perdidos, y aprestan á los miserables los consuelos celestes. ¿Es ocio esto? ¿Quién, si no hubiese sacerdotes, hablaría con autoridad en nombre de Dios? ¿Quién vigilante custodiaría el Evangelio? ¿Quién explicaría la ley religiosa? ¿Quién, entre la generacion descuidadísima que pasa, imprimiría vivo en las almas el recuerdo de la eternidad? ¡Se niegan á las fatigas del siglo! Respetad la division del trabajo: precisamente porque sacerdotes son y no seglares, no usurpan su vida; porque obran como verdaderos sacerdotes, os salvan.

En suma, dice la Iglesia; enseña la madre la doctrina cristiana á sus hijos, lo cual es trabajo. El pueblo préstase á los ejercicios del culto sagrado, acude al altar y recibe los sacramentos, lo cual es trabajo. El párroco dedícase á las necesidades de la viña espiritual, que le han confiado, lo cual es trabajo. El doctor comenta los libros santos y dicta volúmenes, lo cual es trabajo. El misionero marcha entre los salvajes á fin de anunciar la Buena Nueva, lo cual es trabajo. El confesor hállase al lado del moribundo á fin de darle la celeste absolución, lo cual es trabajo. Decid lo mismo de otros. Diversas son las obras en mi familia, porque distintos son los ministerios: es la división del trabajo.

Oigo una voz: Mas ¿y los monjes? ¿No existe en los monjes acaso el *quietismo*? ¿No nos bosquejan la conducta mística y ascética de la Iglesia, como también su tendencia excesivamente contemplativa? Está bien: con los monjes tenemos multitud de ociosos, los cuales reniegan fieramente de la apología del trabajo católico.

Ahora respondo yo en nombre de la Iglesia.

¿Acaso componen por sí todo el catolicismo los monjes de que me hablais? ¿Dónde dejais á los oradores que predicán en el púlpito, á los sacerdotes docentes que se dedican á la enseñanza en las escuelas, á los confesores que van á las cárceles ó á los presidios, y á los misioneros que viajan entre los salvajes? ¿Qué juicio formaríais, si, mostrándoos la clase de los geógrafos, os dijese que todas las ciencias humanas se reducen á la geografía? ¿Qué respuesta me daríais, si, refiriéndome á los astrónomos que pasan junto al telescopio inmóviles las noches observando el cielo, supudiese la humana estirpe destinada á velar en las horas del sueño para ver las estrellas?

Los monjes revelan la índole demasiado contemplativa, y demasiado mística de la Iglesia.

Los monjes, señores, os dan otra prueba flamante del trabajo bellamente dividido en el cristianismo, eligiendo la vida mística, y resolviéndose á la contemplación. ¡Oh! ¿No quisiérais vosotros dedicaros jamás á la contemplación, por haber á vuestra vez dividido el trabajo de la jornada del hombre? ¿Qué cosa es contemplar? Es levantarse con el espíritu del presente litigioso y estéril polvo que nos cubre: volar es sobre los sentidos, la tierra y el tenebroso siglo para espaciarse sobre las alturas en la región ideal. ¿No haceis vosotros esto? ¿Os basta por ventura el siglo con sus tinieblas, y el litigioso estéril polvo? ¡Hombres avaros y mezquinos! Os vanagloriais del palacio real y vivís en la cárcel.

Además, ¿sabeis por qué los monjes, apartándose de vosotros, se

dieron á las profundas contemplaciones de la eternidad? ¡Sabeis por qué marcharon á bandadas al desierto? Por esta razon: porque la sociedad civil estaba demasiado revuelta y demasiado corrompida; dióles asco: huyeron de la sociedad, porque vosotros, crueles, los arrojásteis. Entre tanto se hacian habitantes de la soledad, y trabajaban. El profesor Fidel Lampertico hace justicia á la verdad, donde, disputando sobre la economía y el trabajo, recuerda tambien á los monjes, escribiendo: «La vida del monje es trabajar, obedecer, meditar. Tales son los preceptos que á cada instante vuelven al labio del Anacoreta, como admonicion á sus compañeros y recuerdo para sí... Quien no quiera trabajar, no coma. Más aún: no sólo asociábase á la obra de las manos la contemplacion de la mente, sino que reconocíase la vida de Marta, esto es, la vida activa como la puerta más comun de salud: en la de Magdalena, esto es, en la contemplativa, divisábase la vida de pocos, y cual de privilegio. Al peregrino que, descubriendo encima del Sinaí á los frailes trabajar con las manos, les pregunta por qué procuran alimento que perece, ponen un libro en su mano y déjalo en su celda hasta que por fin sale para pedir pan, aprendiendo que necesaria es para la vida contemplativa la activa, ayudando á la una la otra... El ermitaño cultiva su pequeño campo, y teje cestillos, así como el lino para lo que se necesita y para edificacion: recoge lo suficiente para vivir de su fatiga, y para tener que dar á los que le traen lo preciso: es hospitalario con sus hermanos; da lo sobrante á los pobres, y eleva su trabajo á dignidad de oracion. A los que se vanaglorían de no hacer obras manuales, sino de pedir continuamente, preguntase con argucia festiva, cuando duermen ó comen, quién ora por su Dios, enseñándoles que oracion es todo acto dirigido con buen fin, así como que durante nuestro sueño ruegan por nosotros los pobres á los cuales hicimos beneficios. Algunas veces se trataba de cultivaciones extensísimas. Bajo un solo jefe, hallábanse hasta diez mil monjes, difundidos en muchos monasterios, que, á guisa de compañías agrícolas, iban á segar por precio: guardaban para su propio uso la medida de grano que ganaran por su trabajo, distribuyendo una parte á los pobres, á los peregrinos y á los prisioneros (1).»

¡Considerad otras cosas! Mientras los monjes se alejan de la sociedad civil; mientras Pablo, Antonio é Hilarion fundan las grandes familias de los solitarios, sus hermanos, creyentes en la misma fé, perdidos en medio del mundo, sufren, combaten y mueren. ¡Cuál espectáculo! Si por una parte, allá en la Palestina y por el Egipto ves enlazadas en las

(1) F. Lampertico, *Il lavoro*, cap. XV.

celdas y en los nichos la tranquila palma y el olivo de la paz, por otra parte inmensa descubres el aspecto de la tierra; ves á los cristianos entre las furias del paganismo moribundo; ves á los Papas, á los obispos, á los simples fieles y á los apologistas de la religion combatiendo mucho en el palenque de las batallas de Cristo, haciendo el trabajo más difícil que nunca se conoció: el de producir la vida social á costa de sus propios espasmos y de la muerte. Viven los monjes lejanos en la tranquilidad del desierto y en los gozos de Dios; pero Sebastian en el centro más activo de la sociedad, Tiburcio, Victor, Rogaziano, Genesio, tienen desgarrados los pulsos por el hierro de los perseguidores; pero los soldados de la Legion Tebea, antes que posponer los mandamientos de Dios á los de César, caen mártires; pero Arnobio, Lactancio, Eusebio arrojan como espadas sus libros para herir en el pecho á la idolatría, enalteciendo á Cristo y desafiando las iras de los emperadores; pero las bellas y santas vírgenes italianas, españolas, francesas, alejandrinas no temen á los tribunos del imperio, que manchar quieren el lirio de su pureza; pero los Pontífices viven aun insidiados en las catacumbas, aunque, si se trata de confortar á los creyentes opresos, no tienen miedo y salen. ¡Qué eremitorio las catacumbas! ¡Qué bien á la pacífica palma del Egipto se contraponen el laurel sangriento de Roma, de Cartago, de Nicea, de Esmirna, del Quersoneso, y en suma, de toda la tierra, porque sobre toda la tierra está el trabajo de los bautizados y el padecimiento cristiano!

Me reprochásteis la índole contemplativa de la Iglesia, y me arrojásteis, por decirlo así, á la cara sus monjes, que ahora no existen; mas, ¿por qué no celebrais conmigo el heroísmo que la Iglesia manifiesta en la division del trabajo entre mis hijos? No debo yo hallar en vosotros aquí á los murmuradores, sino á los compañeros.

No fué obra perdida la nuestra, ni, señores, hablamos vanamente. Siempre que al tratar de la distribucion del trabajo se haga una indicacion á la Iglesia, es fácil descubrir en la faz de los economistas la mueca y la risa sardónica, maltratándola cual si no entendiese de método alguno: como la imaginan viviendo de prestado, la dicen enemiga del trabajo recto. ¡Cuán inteligentes son, y sobre todo cuán sinceros! ¿Es enemigo del trabajo con orden la Iglesia católica? ¡Detesta el gran principio moderno, á saber, la division del trabajo? ¿Quién puede llegar, ni con mucho, á ella, que no es de hoy, sino de todos los siglos?

La parte primera de la conferencia no necesita otras pruebas. Prescindid de las sátiras, y romped la pluma del escarnio ó de la calumnia: la Iglesia, relativamente á la division del trabajo, no es de ningun modo adversaria de la economía pública y social.

---

Ahora bien: me renuevan el razonamiento.

He pensado una cosa y la pienso aún: creo que, si la economía pública necesita encontrar un enemigo en la division del trabajo, tal enemigo no debe faltarle. Por merced deje á la Iglesia; si ansía descubrir á su enemigo, procure más bien dirigirse á otra parte. El enemigo de la division del trabajo está en las nuevas instituciones pedagógicas.

Es preciso tener firme lo que la division del trabajo supone. Segun tal doctrina, el trabajo (nosotros lo hemos visto) debe ser distribuido parte por parte, y acomodado á las varias capacidades personales; no dividido, ni asignado confusamente. Un trabajador, ceñido á un solo trabajo, pero determinado y neto, se hace hábil y obra maravillas: por el contrario, queriéndole sometido á toda clase de trabajos, viene á ménos, embróllase y se aleja mucho tiempo de la perfeccion humana. Así lo enseña la economía pública y social.

Mas la pedagogía, segun nos la muestran ordenada en nuestros dias, lo enseña diversamente.

En las aulas administrativas reúne á los muchachos y á los jovencitos, hablándoles así: «Jóvenes míos; un feliz trastorno de cosas se ha realizado en la edad presente; la ciencia se ha convertido en patrimonio comun y pide ser á todos distribuida. Vuestros padres, un poco tacaños, y de proceder sórdido, iban con mangas estrechas á instruir á los niños: eran los hombres de un solo libro; mas nosotros debemos huir de tal método, porque nos alienta el proverbio, que dice: *Cave ab homine unius libri*. Ahora toda clase de libros están patentes y abiertos: os llamo yo para que aprendais todas las ciencias, de manera que, saliendo una vez de aquí, vosotros, pequeños Salomones, sabreis de todo, desde el hisopo hasta el cedro, y desde el gusano hasta la estrella. Abrazaos, pues, al árbol aquel, que columna maestra es del ateneo: es el árbol genealógico de las ciencias. En apartándoos de él, sereis hombres enciclopédicos. ¿Lo deseais?» «Sí, ¡queremos ser enciclopédicos! ¡Viva el árbol genealógico de las ciencias!» Así razona la pedagogía, y así responden los jovencitos. Hé aquí la novísima progenie de los eruditos á la violeta.

El profesor Fidel Lampertico, que os he citado más arriba, dice con mucha gracia: «Seria ciertamente acogido como un loco aquel Hipias, »de que habla Ciceron, que, descendiendo á la gran solemnidad de los »juegos olímpicos, gloriábase ante toda Grecia, de no existir cosa en »profesion alguna que ignorase, poseyendo no sólo las artes liberales, »como la música, las letras, la poesía y cuanto se sabe sobre la naturaleza de las cosas, sobre las costumbres de los hombres, y sobre el go-

»bierno de la república, sino también los oficios, de modo que su anillo, su manto y sus pantalones eran obra suya (1).»

Sin embargo, con permiso del ilustre Profesor, el joven que desde nuestras escuelas desciende á los juegos olímpicos de la sociedad moderna, va encaminado á ser un individuo más importante aún que aquel Hippias: hácenlo entrar en todas las ciencias, en todas las artes, y en todas las profesiones: no sólo sabe hablar del manto, y de los pantalones propios, sino que sabe referir los oficios y las ciencias que no conocían los antiguos. ¿Qué no sabe? Química, física, álgebra, matemáticas, geografía, historia, náutica, botánica, hidráulica, fisiología, filología, patología, frenología, magnetismo, ética, jurisprudencia, política, diplomacia, «protología,» teleología, paleontología... Firmemente no es cosa de burla: es nuestro joven un monstruo de saber.

¿No es cosa de burla?

Hugo Foscolo ponía en su presencia este gran joven sabio y lo apremiaba con la pregunta: *Dime tú que medio algebrista eres, ¿cómo pasa esto? Parece que ninguna respuesta le satisfacía. Eres medio crítico; eres medio sagrado doctor; eres medio helenista; eres medio espartano, medio sibarítico; dime, buen joven; ¿qué significan estas cosas?* El jovencito fantaseaba y profería con dificultad algunas palabras de las nubes, que constituían siempre una media contestación. Foscolo seguía diciendo: *Eres medio poeta, medio «fredurista», medio hombre, medio político. Dime: ¿Qué es la política? ¿Qué es la poesía? ¿Qué la vida?* El joven fantaseaba nuevamente, y decía palabras extravagantes; era cual un pobre pajarillo en el horror del desierto, que no ve ramita donde fijar su pié, ni tampoco nido donde recoger su vuelo. Así que, sintiendo que le faltaba la paciencia, Foscolo caía sobre aquel pequeño ignorante, con estas dos preguntas formales: *¿Cómo es que con tantas mitades nada posees tú entero? ¿Cómo es que todas sumadas hacen cero?* (2)

Terrible conclusión, á que nos lleva la enciclopédica enseñanza de los jóvenes: Aprendiéndolo todo, nada tienen íntegro: su media ciencia, si se suma toda, reduce á cero. Aquel orientalista viejo y famoso que

(1) F. Lampertico, *Il lavoro*, cap. IV.

(2)

*Dimmi tu che pur sei mezzo algebrista  
Come avvien questo? Tu sei mezzo critico,  
Mezzo sacro dottor, mezzo ellenista,  
Mezzo spartano, mezzo sibaritico,  
Mezzo poeta, mezzo freddurista,  
Mezzo frate, mezz'uom, mezzo politico:  
Come in tante metà nulla é d'intero?  
Come tutte sommate fanno zero?*

en los años trascurridos enseñaba en la Universidad de Turin, el abate Amadeo Peyron, casi con dolor paternal escribía: «Si dirigís los estu-  
 »diantes á la enciclopedia, tendreis hombres superficiales, gritadores y  
 »no cooperadores del progreso; cuando quieran ignalar á los sumos, ex-  
 »cederán los confines de la razon calumniando á las ciencias... Estos,  
 »porque llegaron al ápice científico establecido por la ley, se creen su-  
 »mos; mas no advierten que, como para enseñar veinte materias en lu-  
 »gar de diez, es preciso bajar el nivel de todas las veinte, sólo llegaron  
 »á la mitad de todas; no reflexionan que iguala cualquier hombre comun  
 »á un gigante, con tal que se digne bajarse hácia los talones.» Absoluta-  
 mente nos hallamos á *las mitades de la ciencia*, lamentadas por Foscolo:  
 puesto que la media ciencia es viento y no sustancia, perturbacion y no  
 edificio, escuchad, señores.

Así continua Peyron: «VÍ á la Francia y nosotros vimos á los enci-  
 »clopeditas introducirse en el Estado á fin de agitar y agitar de nuevo  
 »el orbe político, civil y social. En los ministerios, en los periódicos, en  
 »las tribunas se conocieron á prueba la ignorancia y las utopias de tales  
 »reformadores, que hablaban de todo; de estrategia y de jurispruden-  
 »cia; de milicia y de ferrocarriles; de estadística y derecho canónico,  
 »de economía política y de instruccion pública, de administracion y de  
 »diplomacia, y de otros mil asuntos. ¿Y los hombres especiales? Opri-  
 »midos por el cataclismo de tantos despropósitos se llenaban de mara-  
 »villa y estupor; al frente de la impudencia que sabe lanzar insultos  
 »violentamente, quedaban mudos, como solía enmudecer antes el pro-  
 »fundo Sieyes.»

Sin duda entre los males que trae la enciclopedia docente, figura este gravísimo: nos quita *los hombres especiales*. Tenemos un enjambre de hombres, hinchados en filosofía, y no el filósofo; un enjambre de políticos, y no el político; un enjambre de escritorzuelos, y no el escritor; un enjambre de gobernantes, y no el hombre de gobierno; un enjambre, para terminar, de sabiondos, y no el sabio; somos en todas partes plebe; mas ¡justo cielo! ¿edificanse acaso así los grandes y poderosos Estados? ¿Dónde se halla el creador social? ¿En el vulgo, ó en el personaje? ¿Quién eran Ciro, Numa, César, Constantino, Justiniano, Clodoveo, Carlomagno? ¿Eran acaso vulgo? Nosotros necesitamos quien nos ilumine bien; ¿dónde se halla el verdadero maestro? Necesitamos alguno que nos dirija; ¿dónde se halla el conductor? En la conciencia, necesitamos quien nos retemple; ¿dónde se halla el moralista? Somos todos plebe; nuestros niños enciclopédicos gobiernan el mundo; mas su gobierno es plebe, y en la plebe inmensa nos falta *el hombre especial*. ¿A dónde vamos? Oid, oid, señores.

Añade Peyron y termina: «Acaso aún el hombre especial, dejando de hacerse catequista de los eruditos á la violeta en todo, evitó mayores »escándalos. ¡Qué no demolieron! Todo; ahora procuran demoler la »propiedad, la familia, la sociedad, y todas las primeras verdades, hasta »que se llegue al *ton vabon* primitivo (1).»

Terminado esto, ¿considerais, señores, por qué la enseñanza enciclopédica amenaza destruir nuestros destinos sociales? Pasa esto por olvidar el solemne principio de la division del trabajo. En todas las mentes quiere acumular todo el saber, y sobre todos los brazos acumular todo el trabajo: es un peso insoportable, y el hombre da en el suelo debajo, principalmente si es niño, desmayándose. Hase olvidado del gran precepto económico: *Divide et impera*; hase olvidado sobre todo de la enseñanza apostólica, tan bien profesada por la Iglesia: *Numquid omnes apostoli? numquid omnes prophetae? numquid omnes doctores?* ¡Extraña cosa! Aparece sin duda en parte muy distinta el enemigo de la division del trabajo que hallar querian en la Iglesia; tal enemigo no está en los Papas, ni en los obispos, ni en los sacerdotes, ni en los frailes: edúcase, por el contrario, en vuestras escuelas y va creciendo en vuestros muchachos. No atormenta la economía pública relativamente á esto á la Iglesia católica, entendiéndose con la pedagogía.

¡Bella costumbre la del predicador! Refunfuña entre dientes. A fin de librarse, suscitó litigio entre los economistas y los pedagogos, hombres modernos: supo escaparse sin aparecer. Entretanto nos manifiesta su oculto deseo, es decir, volver á la enseñanza mezquina de los antiguos; quiere hacer retroceder la escuela secular al hombre del *unius libri*, lo cual no supone verdaderamente la division del trabajo, sino el trabajo único, aislado, «no combinado.» ¡Peste aborrecida por el mundo!

A tales apasionados de la bibliomanía podríase oponer un hombre, que con sólo su voz pone un ejército en dispersion. Victor Alfieri gritó así en un momento de ira: *¿De qué sirve un inmenso número de libros?* Mas dejemos tales triunfos fáciles.

En nombre de la religion y en nombre de la humanidad deshago con los hechos tal acusacion misérrima.

Por restringida que se pretenda hoy la enseñanza que dieron nuestros padres, no formaba el hombre del *unius libri*, y no producía por efecto inevitable el trabajo *aislado* sino el *combinado*. Da un mentís á la historia quien lo afirma: hubo entonces toda la enseñanza amplísima que los tiempos consentian, hasta el punto de ser creacion suya la en-

(1) A. Peyron. *Dell'istruzione secondaria in Piemonte*, párr. 7.

ciclopedia presente. Me nombraron la escuela láica, y me quisieron indicar los propósitos tétricos de la Iglesia para suplicio de las nuevas generaciones. Pues bien; volvamos á las escuelas antiguas, viendo que seglares, bajo el influjo de la Iglesia, educáronse para las letras y la sabiduría.

Entre los legos respetables, en que abundó la sociedad cristiana en los tiempos pasados, conviene á nuestro propósito recordar al canciller del Hospital, y al presidente de Thou. Eran hombres de toga, muy honrados y laboriosísimos, hasta el punto de que, levantándose á las seis de la mañana, iban á ocupar sus sitios donde brillaban las flores de lis, consagrando todo el día á los asuntos públicos: no satisfechos aún, dividían la primera parte de la noche entre la oracion y el estudio. Ahora bien: sumo cuidado tenían de instruir y educar á sus propios hijos, en lo que invertían algunas horas de la tarde. Repetían á los niños y explicaban las cosas oídas en la escuela. ¿De qué se trataba? ¿De una sola materia por ventura? No. Tratábase, no sólo del idioma francés, del latín y de las lenguas principales conocidas entonces; tratábase de historia sagrada y profana, de literatura, de filosofía, de jurisprudencia y de geografía.

Más hermoso es aún el ejemplo que nos puede proporcionar Enrique Francisco d'Aguesseau. Os lo vamos, señores, á poner un poco de realce.

Canciller de Francia, altamente ingenioso y versadísimo en todo, hasta el punto de poseer ocho lenguas entre las muertas y las vivas, cuando descansaba de sus fatigas de juriseconsulta, abría un libro de álgebra; en sus momentos libres, compone versos que vé con deleite Boileau: además de las ocupaciones suyas, toma esta otra no leve: redacta un plan de estudio para la educación científica de su hijo. Vedlo allí redactando el plan, ó el nuevo curso escolástico; advertid bien sus pensamientos, sus juicios, sus prescripciones, por cuanto da norma de la escuela antigua, á la cual se atiene y de la cual él propio es hijo.

D'Aguesseau no pretende sino lo necesario, y este punto es relevantísimo; principiando por la historia, como en materia de historia antigua no se requiere vana curiosidad, aconseja la lectura íntegra de los historiadores griegos y latinos, comentándolos con las medallas y con algunas jugosas disertaciones escogidas entre los treinta volúmenes de Grevio y de Gronovio. En cuanto á la literatura, deja en duda la necesidad del hebreo, á que se inclina en ocasiones; mas se interesa mucho por el italiano, por el español y por el portugués, cuyas lenguas servirán como de recreación en tiempo de vacaciones, porque opina que recobra fuerzas el espíritu sólo cambiando de ocupaciones.

Tales son las líneas maestras de su plan: tal es, relativamente á la

escuela vieja, el testimonio que nos da este hombre, del cual escribióse que pensaba como un filósofo, y hablar solía como un orador.

¿Hallais propuesta para la enseñanza una materia sola? ¿Hallais la rindimbre de la enseñanza mezquina y estrecha? Con todo el jovencito d'Aguesseau tenia en abundancia para manifestar su ingenio, y el gran Condé, entre otros, que semejante á tal jovencito había estudiado en la escuela de Bourges sin otra distincion que una silla un poco más elevada en las clases, y que completaba su instruccion con un curso de derecho romano; el gran Condé, cuando todo cubierto con los laureles de Rocroy quiso asistir á las tesis de Bossuet, dícese que sintió la tentacion de habérselas con el opositor y tomar un punto de teología en la Sorbona.

Si no se quiere juzgar sucinta demasiadamente aquella enseñanza, por la edad que corría, ¿cómo puede subsistir la inculpacion de que brotase de allí en la sociedad la mala consecuencia del trabajo aislado y no combinado? ¿Son justos los desalientos y los venenos que se mezclan á este propósito en el pecho de la economía? ¡Trabajo aislado!

Volvamos á la historia y á los ejemplos de los seculares honorables. Aquí demos la espalda, para ceñirnos á Italia, á las naciones extranjeras.

Hé aquí á Dante Alighieri. Es educado en la escuela antigua, y es alumno del cristianismo. Empero es Dante poeta, es prosista, es filósofo, es teólogo, es físico, es historiador, es polemista, es apologista y lo es todo: parece que la ciencia universal se reúne en su cerebro. Además es un ardiente hombre de partido, es soldado, es güelfo, es gibelino, y siempre un gran amador de lo patria. ¿Encontrais el trabajo aislado en él?

Hé aquí á Juan Bautista Alberti. Aun él va creciendo en la escuela de los antiguos, y es un alumno del cristianismo. Mas Alberti es muy entendido en el latín y en el italiano, siendo suficiente para la demostracion aquel *Tratado de la familia* que es una joya; entendidísimo es en arquitectura, en la perspectiva y en la pintura; escribe con elegancia de todo; en lanzar dardos, en bailar, en correr y en subir sobre montañas pendientes no hay quien lo iguale. ¿Hallais el trabajo aislado en él?

Hé aquí á Leonardo de Vinci. Es otro vástago de la escuela de los antiguos, y otro soldado del cristianismo. Mas Leonardo es pintor, escultor, poeta, músico, geómetra, arquitecto, pensador profundo y en los conocimientos físicos inventor maravilloso. Llamado por Ludovico el Moro para que toque la lira en Milan, acude; el instrumento que lleva, construido por él, es de plata en gran parte, siendo una cosa origi-

nal y nueva. Es un géneo universal. ¡Hallais el trabajo aislado en él?

Volemos, y en curso retrógado recorramos algunos siglos. Hé aquí á Máximo d'Azeglio.

Viene d'Azeglio cuando próxima está á despuntar el alba que á vosotros sonríe con todos los colores más alegres, abriéndoos los días magníficos, saludados con el nombre de patria resurreccion. En esta resurreccion el muchacho del Parlamento que se os presenta es uno de vuestros ángeles más hermosos vestidos con la luz nacional italiana. Sea lo que sea de tal resurreccion y de tal ángel, Máximo d'Azeglio es educado en la escuela de los antiguos, y camina entre los discípulos del cristianismo. Dejemos que gima su alma por la instruccion antigua; dejémosle ir en Florencia á la escuela del portero de los Escolapios, y vibrar sus dichos punzantes contra el fastidio de los cuatro maestros sacerdotes (*cuatro* y no uno), que tiene por decirlo así, en los talones: libre, libérrimo. Descríbanos la Virgen negra de Oropa, que es una cabeza de mujer sobre una especie de campana segun la costumbre de los Bizantinos, y afirmemos que su espíritu es poco penitente para los ejercicios espirituales de San Ignacio sobre las cumbres de los pastores de Lanzo; recítenos tambien las primeras cuatro líneas de su soneto, que en aquellos pasadizos oscuros y feos del claustro. escribe con *lápiz* sobre una ventana, ridiculizando la fastidiosa piedad: libre, libérrimo. Con esto el listo garzon del Piamonte declárase así tan plantado con despecho en la escuela de los antiguos y tan puesto en ella de realce, que viene á ser como una viga saliente, ó mejor nos expresa su caricatura.

¡Es graciosa esta caricatura del jovencito d'Azeglio! Entretanto él, cayendo de tal escuela, no se hace pedazos; en cuanto á la instruccion se conserva íntegro, desenvolviendo libremente sus facultades morales y físicas; ¿no lo advertís, señores? Esta viga saliente y esta caricatura de la escuela de los antiguos (d'Azeglio) maneja el pincel, y es pintor; sabe usar la pluma, siendo novelista é historiador; aferra el acero, y carga en los campos de Lombardía al odiado ejército de Austria; recoge los votos favorables de la urna electoral, y es orador en el Parlamento; toma las riendas de la cosa pública, y es primer ministro de Estado. ¿Hallais vosotros aislado el trabajo en Máximo d'Azeglio?

Me acusan de que no razono debidamente. Entre los alumnos de la escuela de los antiguos, recuerdo yo á hombres de intelecto extraordinario, como Dante, Alberti, Leonardo y otros semejantes: forman una excepcion rara, y no pueden servir de norma para fallar relativamente á la instruccion aquella.

Valen, señores, por el contrario, tantísimo los hombres de intelecto

extraordinario para proferir la sentencia, que yo tengo con los dichos la conclusion invicta de mis palabras.

Los grandes ingenios de la escuela de los antiguos salieron por sí señores y libres, poderosos para producir milagros en la ciencia, así como en la division del trabajo. ¿Y esto por qué? Porque en la vieja escuela no fueron estrangulados. Hé aquí la diferencia que va de la pública enseñanza de los mayores á la de los contemporáneos.

Nuestros jóvenes, tengan ó no vasta capacidad de intelecto, quieren llegar á ser enciclopédicos en la escuela, donde por excesiva violencia su ingenio se apaga; concluida la enseñanza, distraidos, debilitados, mustios é insanos, decaen y no encarnan la grandeza.

Los jóvenes antiguos, por el contrario, que no se querian enciclopédicos en la escuela, sino sólo oportunamente instruidos, conservaban su vigor natural, haciéndose los más excelentes enciclopédicos.

Más aún. Los jóvenes de nuestros dias, salidos de la escuela y con multitud de cosas en la cabeza, lejos de resultar enciclopédicos verdaderamente, dejan de ser «hombres especiales» y responden mal á la economía que á la division del trabajo les llama.

Por el contrario los antiguos jovencitos, que de la escuela salian sin tener la mente llena de estupor y el ánimo enflaquecido, así como fácilmente se prestaban á la enciclopedia, en la que llamaremos *realización del hombre especial*, eran de oro.

Afirmando tales verdades, señores, no deploro las cosas que no existen ya, ni exalto por odio al presente á los *laudatores temporis acti*. Esto no, mas deploro que la escuela contemporánea, en su noble propósito de hacernos omniscientes, destruye el cerebro de los jóvenes y conduce á lo contrario de lo que se propone; deploro una economía pública que, proponiéndose con la division del trabajo encaminarnos al perfeccionamiento humano, ve bruscamente cortada su vía, y da en el abismo, cuando debería subir á las nubes.

Aquí me repito simplemente, y concluyo: Por lo que hace al decantado principio, que dice *division del trabajo*, el enemigo de la economía, lejos de hallarse en la Iglesia católica, está en las instituciones pedagógicas.

---

Un vivo economista italiano, el profesor Luzzatti, escribió las siguientes palabras: «Los pintores de Alsacia se complacen pintando en humildes lienzos el cuadro de la familia recogida en estudiviosa reunion: el padre, por los años envejecido, oye atentamente, no sabiendo leer, la voz del hijo, que, más jóven y más feliz, pudo sacar de la escuela los primeros rudimentos del saber. Este argumento nuevo, que ofrece la moderna sociedad á la imaginacion de los artistas, es muy

»digno de hallar su Rafael, superando su importancia las legendarias  
 »pinturas de los santos: es el cuadro del trabajo y de la ciencia; ¡es el  
 »cuadro de la humanidad redimida y santificada por la luz de la ver-  
 »dad! Aquí el libro no es sólo un promulgador de verdad, sino que  
 »realiza la mision de un apóstol, que templa y rejuvenece las humanas  
 »familias (1).»

En virtud de tal admonicion, hecha con aire tan benigno y piadoso, el economista italiano dirige una sátira muy acerba contra el catolicismo, del que tenemos las legendarias pinturas de los santos. Hay más aún señores; está de un modo general rechazado nuestro razonamiento presente.

Nosotros, en dos conferencias referentes al trabajo, demostramos que la Iglesia no puede reputarse de ningun modo enemiga de la pública economía: hoy especialmente, sobre la division del trabajo, procuramos aclarar que la Iglesia no impugna el trabajo económicamente dividido, sino que lo favorece. Ahora bien: ¿qué método adoptamos en esto? Tenéis aún á la vista el sistema por nosotros seguido: hacemos cuadros. Un cuadro la Iglesia, la cual, entre las varias clases de sus hijos, distribuye los sagrados oficios y los ministerios: un cuadro aparte los monjes que, si bien disgregados de la sociedad, no se apoltronan, sino que trabajan; otro cuadro los ilustres personajes católicos, á quienes la enseñanza antigua no aconsejó el trabajo aislado, dándoles la más estúpida division del trabajo que nunca se conoció. Pues bien. Tales cuadros católicos, que con Luzzatti llamareis *legendarias pinturas de santos*, deben ceder el lugar á las naturales pinturas de la familia: el cuadro que bosqueja los afectos habituales y las costumbres de la familia, supera en importancia el cuadro de la leyenda eclesiástica. Escribe nuestro economista ilustre que aguarda su Rafael: es el cuadro del trabajo y de la ciencia; es el cuadro de la humanidad redimida y santificada por la luz de la verdad. Por consiguiente, nuevo Rafael, acude pronto: deja estar los Cristos, las Vírgenes, los santos y los ángeles, que placían tanto á tu bisabuelo de Urbino, y pintanos, por el contrario, el viejo padre, que no sabe leer, pero que goza concurriendo á la lectura del hijo; pintanos á la jóven que se apasiona del garzon, realizando su matrimonio, y á la madre jovencita, de cuyo seno sorbe la leche el fresco infante...

Mas, señores, ¿no vive de inspiracion el arte? ¿No viene de la religion la inspiracion más alta, más noble y más potente? Quitadme á Dios, centro de la luz, chispa de fuego para todas las cabezas inventoras y

(1) Luzzatti, *Le biblioteche popolari. Discorso*, 1867.

poéticas: ¿no dais en tierra vosotros sobre la faz prosáica del mundo? ¿Acaso el primer Rafael no fué precisamente divino y único, gloria de la Italia y de la civilizacion moderna, porque vió mejor y más adentro en las cosas celestiales? ¿No fué por ventura el cristianismo su caro maestro?

¡Oh qué triste tendencia y qué manía cruel apartar al hombre de la religion, confinándole en el árido naturalismo! Si es por esto, los flamantes Rafaeles que á la pura naturaleza se atienen desdeñando las ideas religiosas, no se hacen aguardar en las escuelas, invadiéndolas en tropel. Por esta razon marcháronse los tiempos clásicos: no vivimos nosotros en los tiempos heróicos, sino en la edad de los pigmeos.

Por lo demás, el profesor Luzzatti, con su recuerdo de los pintores de Alsacia, nos abre campo extensísimo, á fin de ampliar el discurso. Volvamos á nuestro argumento de la economía y del trabajo, nuevamente componiendo cuadros: ¿qué nos deja ver la economía pública, si la religion es apartada de tales cuadros, y si la mano del pintor es conducida sólo por el naturalismo?

Los Espartanos tuvieron una costumbre terrible, aunque sobremañera eficaz: tenían á los ilotas en la ciudad: una raza de siervos envilecidos, que llevaban vestidura particular digna del desprecio, embriagándose además fácilmente. Ahora bien; cuando, despues de haber bebido, si vale la expresion, á dos carrillos, cafan embriagados, roncaban y hacian indecencias, los fieros ciudadanos de Lacedemonia conducian á los jóvenes para que los contemplasen: indicaban los padres los miserables aquellos á sus hijos, á fin de que sintieran horror y aborreciesen la embriaguez. A su modo de ver, un medio de hacer abominar las humanas vergüenzas era descubrirlas.

Descubramos, señores, nuestras ignominias áun nosotros, porque no faltan ilotas en la sociedad moderna: nos los proporciona la cuestion del trabajo allí donde sustraído es á la influencia de la Iglesia; nos los proporciona la economía incrédula.

Es la tarde del lunes. Un hombre de faz roja como las brasas y vacilante, se arrastra por las calles. Es el trabajador Mateo: trabajó toda la semana y trabajó el domingo, por cuanto en el taller donde se busca la existencia, la economía ha dividido y subdividido el trabajo tan bien, que jamás le otorga de derecho una hora para el reposo. Mas el derecho debe ceder á la precision de la necesidad que lo reniega: el infeliz Mateo, no pudiendo seguir siempre con los brazos levantados y los pies sobre las losas de la fábrica, llegado el lunes, sale marchándose á la taberna con el fin de hacer fiesta. Ahora bien: ha bebido tanto que se ca-

lentó como un horno; ha vaciado los bolsillos y ha perdido el bien del intelecto; márchase á su casa, en la cual, entre los hijos abandonados y la doliente mujer, grita, muge, blasfema: lanzando imprecaciones contra todos, se tiende con semblante tan desfigurado sobre su yacija, que no le juzgarían marido ni padre, sino verdugo.

Como veis, en tal cuadro no entra la religion, y no puede hacer nada la Iglesia: es un cuadro hecho con tintas naturales sobre la paleta de la economía pública. Dadlo á las familias y á los ciudadanos á fin de que lo contemplen.

Subamos á un solar sin ladrillos, y entremos en habitacion pequeña. Allí está una jóven viuda, con un pequeño suyo, triste y vergonzosa, por carecer de trabajo: estando enfermiza, no tiene fuerzas para salir fuera á demandar á los hombres y procurarse lo preciso á su vida. Cuanto poseia durante la existencia de su marido, quedó empeñado, devorándolo el usurero. Cuando más abandonada está, viendo además cómo su hijito chilla y llora, el usurero vuelve á su puerta. Exclama la mujer: «¿No es esta una desesperacion? Haciendo de mercader, arruinásteis y dísteis muerte á mi marido; me arruinásteis despues á mí chupándome la sangre: ¿no es suficiente todavía? ¡Maldita sea la usura!» Calla, excelente Magdalena, y contén tus bramidos: la usura estaba condenada en otros tiempos por las leyes civiles, como aún lo está por la Iglesia; mas ahora los economistas, á fuerza de disputar sobre la dispensacion del trabajo, la declararon lícita, llamándola portadora de bienes más que de males. Calla, pues, mujer: ¿acaso sabes tú más que los maestros?

Es otro cuadro del que no se juzgan inventores los sacerdotes: su eximia pintora es la pública economía. Dadlo á las familias y á los ciudadanos para que lo contemplen.

Vamos á París. Sin retardo alguno, dirijámonos al sitio á que acude mucha gente. ¿A donde van? Al «falansterio,» el cual es sólo en sustancia una gran reunion de los economistas. Preside Luis Blanc. Es bella cosa oír cómo arenga este amador elocuente del pueblo. Se propuso *la organización del trabajo*; á fin de organizarlo debidamente, distribuirlo y dividirlo, trata de poner sus manos en la propiedad de los particulares, á la que denomina «individualismo.» Direis, amigos míos, que esto es robar; pero Blanc declara que, por el contrario, es *organizar*. Se trasforme, pues, y se trasfiera la propiedad: ¡sea confiada la obra grande á la fuerza iniciativa del Estado! Hé aquí que caemos en la esclavitud del Estado; pero Blanc y sus longánimos compañeros, que desean estar en la cima del Estado, no llaman esclavitud á esto que menciono, sino *trabajo organizado y libertad*.

Es un nuevo cuadro, cuyo pensamiento tampoco corresponde á la Iglesia; tal idea es una de las mil creaciones artísticas, de las cuales fecundo es el cerebro de la economía. Dadlo á las familias y á los ciudadanos para que lo contemplen.

Ya que nos hallamos en París, dirijámonos á los calabozos de una cárcel. ¿A la cárcel, señores? Sí; que por el momento allí está como en su casa un famoso economista, ó mejor dicho, el que corrige á todos los economistas del mundo. Es Pedro José Proudhon. Quitémonos el sombrero, y pidamos una explicacion á su sabiduría. Es la siguiente: Enséñanme los economistas que vínculo es el trabajo de fraternidad, que se debe ejercer con caridad; que preciso es consagrarse á él por deber, y que por esto se fundó el reinado de la igualdad, cuyas dotes resplandecen bellísimas en el trabajo económicamente dividido. Decid, señor Proudhon, algo de tales dotes; convertid vuestra cárcel en cátedra. Responde: «¡Fraternidad! Tan hermano como querais, con tal que yo sea el hermano mayor y vosotros los menores; con tal que la sociedad, nuestra madre comun, honre mi primogenitura y mis servicios, doblándome la porcion que me corresponde: si no, ceso de trabajar.»—Señor Proudhon: ¿qué cosa es la caridad? El responde: «¡Caridad! Yo la niego; es un misticismo. En vano me hablais de fraternidad y de amor; estoy convencido de que vosotros no la teneis, como siento muy bien que yo igualmente no os amo. Trabajan los obreros; mas no aman.»—¿Qué pensais, señor Proudhon, del deber? «¡Deber! Lo niego, porque se trata igualmente de un misticismo. Habladme de *dar* y de *tener*, único criterio á mis ojos de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal en la sociedad: hé aquí el estímulo del trabajo.»—¿Qué decís, señor Proudhon, de la igualdad? Responde: «¡Igualdad! No existe, ni puede siquiera existir. La teoría de una igualdad pacífica fundada en la fraternidad y en el amor, es sólo la falsificacion del principio que á los bienes y á los placeres del mundo este renuncia, es decir, el principio de los pordioseros, y el panegírico de la miseria (1).»—Hemos oido: marchémonos.

Es otro cuadro, del que absolutamente apartada está la Iglesia: los colores que resaltan en él son sacados de la sangre putrefacta de la economía. Dadlo á las familias y á los ciudadanos para que lo contemplen.

Pasemos la Mancha, trasladándonos á Lóndres. Frotémonos, señores, las manos. Nos hallamos en la patria de los economistas y en la metrópoli de los obreros. Como ibase á la ciudad de Atenas, á fin de aprender

(1) Proudhon: *Système des contradictions économiques*.

la sabiduría, y á Roma, para enaltecer á los colosos vencedores de la fuerza, nos introducimos en Lóndres, á fin de admirar el tipo más alto del reino económico.

¡Gozo á fé mia! ¿De qué modo se comprende allá en Lóndres el trabajo económicamente dividido? ¿De qué modo es puesto en práctica?

No me quiero detener en menudeces: dilucido la materia bajo puntos de vista grandes y sintéticos. Digo: para conocer cómo procede aquí el trabajo, es bastante ver el aspecto exterior de la ciudad: el aspecto de la ciudad es como la frente del hombre, que por regla general os manifiesta qué alma viviente habita debajo, diciendo si es noble ó vil, honesta ó malvada. Ahora bien, la exterior fisonomía de Lóndres toca de modo extraño los dos puntos extremos: el Olimpo á esta parte, y á la otra presenta trasportado á la tierra el Tártaro de los antiguos.

Primeramente subid al Olimpo de Lóndres.

Colocaos en el puente de Westminster; una simple mirada os descubrirá maravillas: sobre una orilla veis el vastísimo palacio gótico del Parlamento, ceñido por innumerables torres, decorado por mil estatuas de reinas y reyes, detrás del que se levantan las almenas de la famosa Abadía que es el Panteon de Inglaterra; sobre la otra orilla veis los ocho graciosos edificios del Hospital de Santiago, torres y monumentos que se pierden por su altura en las nubes; inclinad los ojos sobre el Támesis que corre con placidez debajo del puente, y vereis que lleva un ejército ondeante de innumerables piróscafos y barcas, cuya actividad comunicase á todas las orillas inmediatas ó lejanas del gran río, donde está la potencia de la nacion. Actividad inmensa; ciudad inmensa y magnitud desmesurada, en cuyo seno parecen metidos por un dios mitológico reinos, imperios, repúblicas y pueblos.

Mas descubierto el Olimpo, ¿por qué os negariais á descender al Tártaro?

El Tártaro en Lóndres es tortuoso y oscuro. Dejad el puente de Westminster y por muchas calles revueltas trasportaos á la City. ¡Cosas increíbles que ni se pueden pensar! Al lado de la City, hácia el sitio donde afluyen los tesoros del mundo, en las proximidades de la Aduana, del Banco, de la Casa de la Moneda y de los Docks, están los barrios más miserables de la ciudad; desde allí se abren los profundos retiros de White Chapel, de Wapping y de Christ Church, que no se pueden ver sin desolacion. ¿Y quiénes habitan en aquellos barrios más miserables?

Simonin, que visitó tales antros de Lóndres, así escribió: «En estos tristes retiros hierven confusamente amontonados todos aquellos pobres infelices sin fuego ni hogar, llevados allí por el vicio y la miseria; languidece allí en el ocio una juventud escuálida: muchachos y jóve-

»nes sin padres, hijos de la cloaca, envejecidos prematuramente por el  
 »envilecimiento moral, por el abandono y el hambre. ¡Qué fango tan  
 »asqueroso en aquellas calles inmundas! ¡Qué montañas de suciedad!  
 »¡Qué miserables tiendas, con amasijos de ropas viejas, recogidas sabe  
 »Dios dónde y cómo, puestas á la vista para una venta imaginaria! An-  
 »drajos repugnantes de mil colores; hierros enmohecidos, huesos medio  
 »podridos, trajes y calzados antidiluvianos. Un hedor nauseabundo  
 »sale de aquellos chiribitiles sucios, y de aquellos callejones largos y  
 »estrechos, oscuros y como llenos de una especie de misterio, donde se  
 »penetra en las casas por una escalera que principia con frecuencia en  
 »la calle, cuyos escalones jamás ven las escobas; están rotos y descom-  
 »puestos muchas veces, siendo verdaderas trampas para quien no cono-  
 »ce tales sitios peligrosos: de las ventanas penden andrajos de todas  
 »clases; dentro casi donde quiera hay una capa de suciedad negruzca y  
 »luciente; barniz de nuevo género adherido á las paredes y á las ma-  
 »deras, formando con ellos un todo único (1).»

¡Oh! En tal descripción que hace Simonin, ¿no descubris el Tártaro?  
 ¿Mas dónde se hallan los habitantes hijos del Tártaro que os he nom-  
 brado?

En pleno día no aparecen; halla la luz estas vías solitarias: es preci-  
 so ir á ellas desde las diez de la noche hasta las tres de la mañana, y  
 entonces se ve cuánta gran gente acude á ellas. Allí se trabaja de noche  
 y se duerme de día.

Es el trabajo de la noche verdaderamente horrible: vagabundos que  
 arriba y abajo pasean, profiriendo canciones viles y obscenas; borrachos  
 que blasfeman en casas de juego; mujeres descocadas en acecho; mu-  
 chachos que roban, marineros que se dan puñadas y gritan como ener-  
 gúmenos en aquella tempestad terrestre; operarios que van á dormir,  
 y encuentran la batahola de aquel presidio ondeante. Hay allí teatros,  
 casas de huéspedes, y cafés donde se baila, en armonía todo con aquel  
 país maldito: allí está la prision, el palco del prestidigitador, la caver-  
 na de los ladrones, y la pocilga de los abandonados; entretanto por las  
 calles y las casas se languidece de inedia y se muere de hambre. ¡Hé  
 aquí la infamia! ¡Hé aquí en Lóndres la division del trabajo! Está el  
 trabajo en la patria de los economistas tan bien dividido, que por  
 una parte os da el Olimpo, y por otra os abre de par en par el Tár-  
 taro.

Es un nuevo cuadro. Y advertirlo; no se fatigó la Iglesia en él, ni lo  
 compuso. Lo hizo, apartándose de ella, la economía con la mayor pom-

(1) L. Simonin, *Un'escursione nei quartieri poveri di Londra*.

pa de sus lectores. Dadlo á las familias y á los ciudadanos para que lo contemplen.

Fué una pena para mi corazon: os he descubierto algunas de las vergüenzas de nosotros los hombres modernos. El profesor Luzzatti ofrecer no quiso al estudio del pueblo las legendarias pinturas de los santos; antepuso los cuadros del naturalismo á los cuadros religiosos, que representan á Cristo, á la Virgen y á los ángeles. Vamos; los bocetos pictóricos que hice no representan ángeles, ni Virgenes, ni Cristos: son escenas producidas por el naturalismo, fruto de la economía pública, que no tiene fé. ¿Os placen? A la vista de los Ilotas borrachos y dementes, los Lacedemonios se llenaban de horror: los padres y las madres, cuando apartaban por fin de aquel espectáculo á sus hijos, decian: «Evitad el ejemplo triste.» ¿Y vosotros, señores, qué haceis?

Confirmacion más solemne no podia tener nuestra conferencia relativamente á la division del trabajo. La Iglesia no combate, sino que favorece el trabajo económicamente dividido; no es adversaria de la economía, sino su amiga.

Si se quieren destruir las brutalidades, las sevicias y las infamias, que brotan de los falsos sistemas económicos; si á la luz de nuestra civilizacion no se puede ofrecer el espectáculo de los Ilotas, ni se puede sufrir, comprendéis, señores, qué cosa nos corresponde realizar. Es poco creer que la Iglesia no es adversaria de la economía: es preciso resolver si ella, siendo su amiga, le debe infundir de nuevo su propia sangre. Entonces Cristo entrará en la economía pública; con Jesucristo se realizará en ella el principio del trabajo como medio válido de reordenamiento social. Mi conclusion es la misma que la que el Vizconde Albano de Villeneuve Bargemont sacaba de argumentos sólidos, despues del exámen de los hechos: «Hay que restituir á la ciencia el principio cristiano (1).»

Los Ilotas de nuestras ciudades desaparecerán: con las antiguas pinturas legendarias de los santos, enlazaránse las nuevas leyendas de los hombres honestos, civilizados y libres.

---

(1) Albano de Villeneuve Bargemont. *Storia dell'economia politica.*

## CONFERENCIA VII.

### SI LA ECONOMÍA, OPONIÉNDOSE Á LA IGLESIA,

SE PUEDE PROMETER BIEN DE LA RIQUEZA.

«¡Italia! ¡Italia!...» Al proferir Eneas este nombre entre sus conmovidos compañeros, tenía razón para bendecir las estrellas: fatiga inmensa le había costado aproximarse á Italia: había corrido en el mar insidias obtinadas y violentas tempestades; había perdido también á su padre tristísimo; entonces finalmente, después de huir de Troya, tenía delante la bella región.

Alegría igual se despierta en el pecho de la economía entrando á considerar la riqueza.

¿Por qué muchos economistas se dan el trabajo de proscribir á Cristo y á la Iglesia del siglo presente? ¿Por qué otros, corriendo más allá, se proponen establecer la sociedad de los hombres sobre el contrato social? De nuevo, señores: ¿por qué gritan, pidiendo la libertad absoluta, tantísimos economistas? ¿Por qué se halla en todos la enseñanza y el anhelo del trabajo?

Esto hacen y á esto furiosamente tienden, á fin de tener libre y abierto el campo por una parte, para edificar á su gusto la riqueza: para recoger por otra en aquel campo y saborear los frutos de su obra, que son los frutos de la riqueza, tanto doméstica como nacional.

Hay más. La economía (y es cosa que conocemos plenamente) se propone un fin altísimo: el de realizar la humana perfección. Pues bien; así como el piadoso Eneas alegrábase al descubrir la Italia, porque á sus orillas iba impulsado por los hados para fundar el nuevo imperio de los Romanos, sucede lo mismo con la economía pública: justamente alégrese al descubrir la riqueza, porque sobre ella fundará el reino de la dicha del pueblo.

Tal es su voto y tal su esperanza. «De todos los medios para reformar las costumbres, acaso la riqueza es el más eficaz, porque nos asegura el beneficio de una educación mejor, porque nos inspira gustos, y nos hace contraer hábitos más elevados; hácenos hábiles para tener un interés mayor, para conducirnos bien, dándonos un estado y una importancia que preciso es conservar, al paso que nos procura los medios de instruirnos; más que tender á corrompernos con la instrucción, tiende á regenerarnos (1).»

«¡Italia! ¡Italia!» por consiguiente. La economía pública, semejante al héroe troyano, huyó del adusto y arruinado Ilio, es decir, huyó de la vieja sociedad que viene á ser un monton de ruinas, pasó entre insidias y borrascas increíbles, perdió en el áspero viaje amigos y parientes. Mas habiendo resplandecido á sus ojos el espectáculo de su reino futuro, ¿cómo quereis que no se deje arrebatar por el exceso del gozo? ¡Riqueza! ¡Riqueza! Mi largo estudio y ardiente amor, mi suspiro y éxtasis; con tu luz desvaneceré las tinieblas de la ignorancia; con tu poder venceré á los monstruos de la tiranía; con tus dulzuras atenuaré las heridas de los que sufren, y con tu belleza prestigiosa ganaré todos los ánimos á la virtud. ¡Riqueza! ¡Riqueza! Tu adelantamiento marca el fin del curso de las generaciones soñadoras y fantásticas, perdidas en la vanidad de la idea: pone la frontera en el mundo abstracto, abriendo la vuelta del mundo positivo y real. ¡Riqueza! ¡Riqueza! A tus espaldas vuelan retrocediendo los fantasmas, las quimeras y las locuras; mas delante de tus pasos surgen los hechos, las varoniles entidades, los inquebrantables fundamentos de las cosas, sobre las cuales llamado es á existir el género humano, sin rarezas de muchachos y sin miedo á retóricos engañadores.

«Cuanto más considero y más examino el orden social de las riquezas, me parece todo apoyado en la ley de la Indefinida Perfección Humana (2).»

El idilio económico sobre la riqueza es magnífico á la verdad: Virgilio, si fuese ciudadano del siglo XIX, no lo haría nuevamente mejor. Y nosotros nos hallamos en Italia verdaderamente, habiendo aferrado sus orillas con auspicios tan festivos, que debe ser una beatitud permanecer en ella. ¿No lo conoceis, señores? Nos hallamos conducidos por la economía al cumplimiento de nuestros destinos.

Empero en Italia, delante de la dominación aumentada de los Romanos, y oponiéndose á ella como amiga de los mismos Romanos, surgía

(1) Dunoyer.

(2) Pedro Sbarbaro. *Sulla filosofia della ricchezza*, párr. V.

la Iglesia católica. ¡Parece que por una ley de fatalidad en todas partes se halla la detestada Iglesia! Igualmente delante del nuevo reino social de la riqueza está la Iglesia católica. Ahora bien; ¿cuáles son las relaciones de la riqueza con la Iglesia? ¿Y de qué modo se porta con la economía? La Iglesia decía antiguamente á los Romanos: «Seguidme, y os salvaré; rechazándome, pereceréis.» Así en nuestros días dice á los economistas de la Iglesia: «Venid á mí, seguidme y conseguireis grandes ventajas; rechazándome, sembráis vientos y recogeréis tempestades.»

De aquí se origina el siguiente problema: ¿Puede la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, prometerse bien de la riqueza?

No; porque observo yo á la riqueza en su definición filológica, en su acción ejercitada sobre la conciencia de los hombres y en los destinos de las naciones, hallando, señores, esto.

Por lo que hace al primero, se tiene con la Iglesia el verdadero concepto de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, pervierte con facilidad los términos de las cosas.

Por lo que hace al segundo, con la Iglesia se tiene la verdadera ética de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, deprava de ordinario la conducta moral del hombre.

Por lo que hace al tercero, se tiene con la Iglesia el verdadero coronamiento exterior de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, precipita la suerte de los pueblos.

---

No es entrar en un exámen vano inquirir ante todo la riqueza por su lado etimológico y filológico: es por el contrario un exámen sustancial é intrínseco, porque revelar la cara y los rasgos peculiares de la persona que se te debe presentar, vale tanto como descubrir su naturaleza. La etimología en esto desempeña un oficio muy relevante, anterior á todos los ministerios de las otras ciencias: definiendo las cosas, procede como nuestro primer padre, que comenzó dando nombre á los seres.

¿Qué cosa es por consiguiente la riqueza? Hablo de la riqueza económica que, como propiedad legítima, es poseída y producida por los hombres no menos que por los Estados. Pues bien; ¿qué cosa es, señores, la riqueza?

Empeñeme yo en definirla cual católico; mas no aguardéis que venga por esto á manifestaros en tal parte los cánones de los concilios, las bulas de los Pontífices y las exhortaciones de las almas pías; saco la definición de la riqueza, que me propongo daros conforme al sentir de la Iglesia, de su doctrina, que á la vez resulta evangélica y filosófica. Hablo con disputadores racionales, y debo ser filósofo en mi fe.

Solemne principio profesado así por la razón humana, como mante-

nido firme por la Iglesia é inviolable, es el referente al Creador. Dios, señores, ordenando al mundo para que sea nuestro albergue temporal, creaba la multiplicidad de las cosas que lo circundan, colocando en medio de aquellas la humana personalidad. Las cosas que lo circundan son los elementos de la vida física, los diversos órdenes de las criaturas no productivas, vegetativas, animales; la personalidad humana es la union del cuerpo y del alma racional, que componen al hombre, formando un sér que tiene muy especial temple.

Sólo que mientras Dios al hombre colocaba entre la multiplicidad de las cosas terrestres, ponía la humana personalidad absolutamente distinta de todas y como aparte. Separábala por razon de su excelencia, por cuanto el hombre en su compuesto personal es tan alto, tan exquisito y tan potente, que con ninguno de los séres sensibles equipárase, sino que los domina con inmenso intervalo, imperando en la tierra como príncipe.

Ahora vengamos á la operacion de todas estas cosas y tambien á la accion del hombre.

Obra el éter, obra la luz, obra el fuego, obra la tierra; obran las semillas, las yerbas, las flores y las plantas; obran los animales; simultáneamente obra el hombre á su vez, y siendo por su destino príncipe de las criaturas terrenales, obra sobre las mismas gallardamente: obra sobre los animales, sobre la tierra, el agua y el fuego: obra con su inteligencia, con su voluntad, con sus ojos, con su boca, con sus manos, con el alma en suma y con el cuerpo.

De tal enlace de operaciones brota el trabajo, y por éste la produccion.

De modo que dos son los factores de la produccion: la materia y el hombre; los actos y los modos, en que van determinados, son cuatro; porque si el hombre, como vimos, concurre á producir con la obra de la inteligencia y con la obra de las fuerzas corporales, la materia, por su parte, concurre á la produccion tambien de dos modos, á saber, con las fuerzas y con las formas naturales que le ha dado el Creador, así como con las fuerzas y las formas artificiales que le ha dado la pericia del hombre.

Habiendo salido á relucir las palabras trabajo y produccion, parece que debe ya entenderse en qué consiste la riqueza; nosotros, sin querer anticipar demasiado su definicion, nos ceñimos aun á preguntar: ¿Qué cosa es la riqueza?

Tened fijas las distinciones por nosotros establecidas diligentemente.

Primeramente la personalidad humana que Dios colocaba distinta y separada entre las cosas físicas, no puede ser contada entre los instru-

mentos de trabajo, ni entre los objetos de produccion: no es por lo tanto riqueza. No: riqueza económica no es el hombre; no es tal su inteligencia, ni su voluntad, ni sus piés, ni sus manos; el hombre concurre á la produccion y áun es su príncipe en esta parte; mas, si concurre, no se mezcla, ni se identifica de modo alguno con ella. Nosotros decimos que pone al servicio de otros los brazos, el ingenio y el alma; mas, hablando así, no damos un valor económico al alma, ni al ingenio, ni al cuerpo: el valor económico brotará de la obras que los brazos, el ingenio, ó el alma realizarán. Aunque llamamos riqueza y tesoro á la ciencia, á la morigeracion y á la virtud, nuestro lenguaje es metafórico, queriendo indicar abundancias, esto es, preciosidades y excelencias, que no se permutan con nuestras monedas y que tienen un valor muy distinto. En breves palabras: el hombre, siendo como es alma y cuerpo, no se comprende bajo la voz de riqueza material.

¡Cuán hermosa es tal doctrina de la Iglesia! ¿A quién le costará llamarla racional y filosófica? Escribe Cassiodoro: *Dives dictus a divo, qui quasi Deus nihil creditur indigere* (1): rico es nombre que viene de divino, por cuanto quien posee la verdadera riqueza, en todo domina semejante á Dios, no pareciendo que tenga necesidad de ninguna cosa. El hombre, pues, señores, no es riqueza, sino el productor excelso y el distribuidor de las riquezas: no siendo riqueza por sí mismo, no puede ser sometido á tráfico, ni á estipulación; no puede ser comprado ni vendido; es soberano y libre; si á un tiempo promueve la riqueza y la distribuye, da prueba precisamente del dominio que sobre la tierra ejerce. Anunciando tal enseñanza, se siente la llegada del cristianismo entre los mortales. No existe ya el esclavo, ni el hombre que reputado era «cosa,» más que personal entidad: la posesion de la riqueza queda redimida, y nosotros por medio de la riqueza elevada bien á digna filosofía nos mandamos á nosotros mismos y al mundo.

En segundo lugar la materia que á la produccion se nos presta quiere ser asimismo bien comprendida. Tiene las fuerzas y las formas naturales que le diera el Creador; mas aun cuando con tales fuerzas y con tales formas trabaje y obre, como no se le agregue la accion del hombre, no constituye la riqueza económica. En su virtud, naturalmente observada, la luz no es riqueza económica, ni el aire, ni el agua, ni la tierra: tales cosas, con su lenguaje divino, nos dicen: Nosotros estamos aquí por voluntad del Creador, predicando su sabiduría y su generosidad: estamos aquí como patrimonio comun de los hombres; no para

---

(1) Cassiodoro. «Super Psalm XLVIII »

consuelo solamente de los ricos y de los potentados, sino igualmente para el servicio de los pobres, de los abyectos y de los infelices: yo, luz, ilumino tanto los ojos del que goza, como la frente del que gime: yo, tierra, sostengo con la misma fidelidad al monarca y al súbdito: yo, eter, vivifico con mi hálito así á la mujer como al niño, así al traficante como al soldado; yo, agua, apago la sed tanto del ignorante como del sabio, así del que viaja por el campo como del que habita en la ciudad. ¡Grandeza de la liberalidad de Dios! ¡Campo vastísimo abierto á todos los que viven! Esto narrando, no tenemos aún la riqueza económica. Fórmase la riqueza económica, cuando sobre la materia échase, por decirlo así, la industriosa actividad del hombre: desde aquel punto la materia toma fuerzas y asume formas artificiales que admirablemente concurren á su produccion: el hombre atrajo á sí la facultad productiva de las cosas, creó el capital, y dijo al fin satisfecho: «Trabajé y recojo los frutos del trabajo; esta produccion me aguarda, porque la puse yo mismo en acto y en flor: no es yo; pero obra es mia. Por consecuencia la poseo legítimamente.

He definido la riqueza, y la he definido filosóficamente, conforme al sentir de la Iglesia; está en los haberes trasferibles y permutables por la operacion del hombre, por cuanto el capital es sólo la parte de materia vinculada por el derecho de propiedad.

¡Decidme si, teniendo tales nociones sencillas en la mano, no se posee el verdadero concepto de la riqueza! ¡Decidme si el camino no se manifiesta desde aquí abierto y libre para el impulso de la humana perfeccion! Dios creador está primitivamente como jefe y ordenador supremo de todo; la tierra con sus elementos se abre para universal patrimonio de cada nacido de mujer; la grandeza del hombre queda salva en el trabajo; mas el trabajo del hombre apreciado es, y fecundo, por cuanto la riqueza viene á ser su derecho, su recompensa y su corona: *Dives a divo*.

Cambemos de país: del catolicismo pasemos á la economía.

¿Qué es para la economía pública la riqueza?

Hé aquí súbitamente una confusion de frases. Los unos me dicen que no debe juzgarse riqueza todo pequeño haber, sino la cantidad de los mismos haberes; otros su supérfluo; otros su utilidad; otros el valor permutable; otros el trabajo empleado en él; otros la satisfaccion obtenida. Escribe Malthus: «Despues de treinta años de indagaciones y de cincuenta volúmenes de descubrimientos, los escritores no han podido entenderse hasta hoy sobre lo que constituye la riqueza.» Y el Caballero Bianchini, que se ocupa en la riqueza con exámen minucioso, nos viene refiriendo no ménos de treinta definiciones de la misma, no

sólo diversas unas de otras, sino tan contrarias que braman de verse juntas (1).

«Quien principia bien hállase á la mitad de la obra,» dice un aforismo popular. Mas ¡caro seconomistas! ¡apuntais vosotros sobre la riqueza el edificio del perfeccionamiento humano, y no sabeis asegurarme aún en qué consiste vuestro puntal? Empezais por la oscuridad, por el equívoco y por el pleito: no podeis, en suma, definirme la riqueza, ¿y concluís diciendo: la riqueza nos hará prósperos y perfectos? Iluminaos ó iluminad de rechazo á la gente. Por caridad, á mí, pobre mortal, no me dejéis á oscuras en asunto de tanta trascendencia.

Sobre todas las demás, dos famosas escuelas económicas procuraron darnos la definición de la riqueza.

Una es la de los fisiócratas franceses, los cuales como fuente de todas las riquezas y perenne factora de ellas, asignaron apasionadamente la tierra. Está bien que la tierra es el gran tronco de los seres materiales y de las producciones; con todo, á fin de que sus producciones se desenvuelvan y salgan bien, aguarda la mano del hombre que la cultive. ¿Qué es el campo si estar se deja desierto? Os da pobre acerba fruta y ramas selváticas. ¿Qué pasa con el reino animal, no disciplinado por el ingenio del hombre? Las bestias huyen de vosotros, y se dirigen contra vosotros con aire enemigo. Después de todo, sin nuestro trabajo, no hay riqueza. En su virtud, las cosas físicas, sean insensibles ó animadas, parece que á su vez exclaman: Ven, hombre; dispuestas estamos á recibirte y obedecerte; mas solamente á condicion de que trabajes á nuestro alrededor. Ven, dice la tierra, árame, siembra, planta; yo te daré fruto grato y abundante: ven, dice asimismo el mar; echa la barca sobre mis olas, veleja y enciende tus vapores como quiebras; estudia mis caminos inmensos, y defiéndete de mis tempestades: yo te trasportaré de la una á la otra orilla cargado de mercancías y de oro. Ven, dice el caballo: procura educarme y te haré caballero, haciendo volar tus coches, y mover tus garruchas.—Por consiguiente, la tierra, cuando es trabajada por el hombre, nos da la riqueza.

La otra ilustre escuela económica es la de Smith. El propio Smith y sus partidarios se pusieron á considerar la riqueza al revés de los fisiócratas; no quisieron tener ante todo á la tierra como productora, sino como productor el trabajo. Está bien, señores, lo del trabajo, y nosotros lo recomendamos hace poco; mas, ¿en qué pararía el trabajo del hombre si no tuviese como pedestal la tierra?—Un filósofo griego decía, bromeándose, que pasea el hombre aquí en el mundo cabeza

---

(1) Bianchini: *Principii della scienza del ben vivere sociale. Sez. 2.*

abajo: ¿y por qué? Porque camina con las raíces, ó con los cabellos dirigidos al aire; tales raíces, germinadas por la tierra, deberían estar raetidas en ella. El hecho es que, donde no se une á la tierra, el trabajo del hombre se trasforma en vano aire y en nada. Vosotros sois artistas; mas ¿de dónde sacais la materia de las formas? Del suelo. Sois comerciantes; mas, ¿de qué fecundacion materna sacais vuestras mercancías? De la del suelo. Vosotros inventais el vapor; mas ¿de dónde tomais el agua y el fuego? Del fondo del suelo que hollais.—Por consecuencia, sólo cuando el trabajo se adhiere á la tierra, produce la fertilidad de la riqueza.

Las aberraciones, señores, de los fisiócratas y de los de Smith sobre la riqueza se os presentan evidentes y crudas: estas aberraciones tienen lugar porque la una como la otra escuela consideró demasiado desunidos los dos elementos que nosotros, con la doctrina católica, creemos desunidos por la naturaleza, pero destinados á convenir y tratar juntos, á saber, la materia y el hombre, los dos solemnes factores de la riqueza. Los de Smith, ocupados en la idea del hombre, casi vieron sólo el trabajo artificial; olvidaron cuanto está escrito en la cumbre de la Biblia: *Germinet terra herbam virentem et facientem semen*, con lo que sigue (1); empero los fisiócratas, invadidos por el pensamiento de la materia, casi vieron sólo la tierra con sus fuerzas y sus naturales formas, olvidando lo que se lee asimismo en el comienzo de la Biblia: *Tulit... Deus hominem et posuit eum in paradisum voluptatis ut operaretur*: Dios puso al hombre sobre la tierra para que obrase y la cultivara (2). Puesta en olvido la enseñanza divina y religiosa, quedó perturbada la economía; por medio de sus más válidos cultores falló la definicion de la riqueza: falló asimismo el impulso y el estudio, que se aguardaba por ella, del humano perfeccionamiento.

Verdad es que chocando aquí ó allá los principios y las teorías, la definicion de la riqueza que nos fué dada de diverso modo por los fisiócratas y por los de Smith se templó en parte: los fisiócratas abrieron mayor paso á la humana libertad, y los de Smith apreciaron mejor las naturales producciones de la tierra. Mas ¿qué sucedió, señores? Resultó una mezcla: de ningun modo un ordenamiento de cosas y de palabras.

Una realmente de las definiciones más consideradas y admitidas de la riqueza es que hoy se quiere llamar riqueza cuanto es útil. Así el profesor Scialoia interpreta y explica el sentir de la gran familia eco-

(1) Génesis, cap. I, v. II.

(2) Ivi, cap. 11, v. 15.

nómica: «Todo lo que satisface las necesidades y los deseos del hombre fué considerado por los economistas parte de riqueza (1).» Peor es lo que dicen otros economistas presentes. Citaré una autoridad que hace inútil aducir muchas otras, por ser autoridad de muchos acumulada en haz. La «Sociedad de los economistas» reunida en París en 1853, cuando entró á determinar el límite de la economía política, y á referir su decision relativamente á cuáles y cuántos debian estimarse los agentes económicos, tomó de modo resuelto el camino más amplio; con las frases de Dunoyer, de Renouard, de Fontenay, de Blaise, y de muchos más, resolvió que «la ciencia debe tratar asimismo de todos los productores, ya produzcan la riqueza material ó inmaterial, ya la produzcan de un modo directo ó indirecto, porque riqueza vale tanto como utilidad (2).»

Toda utilidad es por tanto riqueza. Por tal doctrina, señores, me lleno de horror. ¿Dónde nos hallamos? ¿A dónde nos dirigimos? Establecimos (como recordareis) que Dios colocó en el mundo la humana personalidad enteramente separada de las cosas materiales que circundan; establecimos que á ello fué inducido el Creador por la excelencia dominadora que concedió al hombre, no pudiendo ser equiparado á los demás séres. El hombre, por consiguiente, áun cuando magnifico factor de la riqueza, se negaba de inexorable modo á ser contado entre os objetos trasferibles ó permutables, por cuanto de ninguna maneral es un *haber*. Los economistas, en su afan de proceder por sí mismos y arrancar las leyes de Dios y de su Iglesia, confundieron este orden groseramente; en su virtud, no viendo irradiar más la luz divina sobre nuestra frente, apreciaron sólo al hombre bajo el aspecto de lo útil, á las cosas mecánicas equiparándolo.

¿Y bien, señores?

Pues bien, consolaos: nosotros, alma y cuerpo, somos todos riqueza, porque rebosa la utilidad de todas nuestras partes. Útil es el ingenio, y el ingenio es riqueza; útil la probidad, y la probidad ó la morigeracion es riqueza; útil el conocimiento de la verdad, y el conocimiento de la verdad es riqueza. No debe asombrar que Scialoia cuente áun al sabio entre los productores, como tambien al administrador y al magistrado; ni que Gioia escriba: «La accion del médico es enteramente igual á la del agricultor;» ni que Bastiat, entre los agentes útiles, y entre las fuentes de la economía, coloque al sacerdote, al misionero, al mismo Pontífice, calculando, si es menester, en liras, sueldos y di-

---

(1) Scialoia, *Principii di economia sociale*, sec. I.

(2) Véase *Journal des éc...* Abril, 1853.

neros el valor de la justicia administrada, de la indulgencia concedida y del cristianismo predicado. Hé aquí al sacerdote, al juez, al filósofo y á otros semejantes colocados en caterva con quien cultiva el huerto, la viña, ó el rebaño; con quien fabrica máquinas y teje paños. ¡Cuánta riqueza! Hombres hambrientos de la riqueza, haced fiesta grande, puesto que aquí os satisfacen. Exelamaré, señores, más bien: ¡qué riqueza tan dolorosa! ¡Qué degradacion tan terrible de las facultades humanas! ¡Qué desórden tan brutal de los términos!

¿Pero qué? añadirán no pocos economistas. ¿Negais que las acciones del magistrado, del filósofo, del sacerdote, como las de cada ciudadano, son muy útiles para la produccion de la riqueza? ¿No es verdad que sin la comprension del juez nuestros bolsillos quedarían más fácilmente vaciados por los ladrones? ¿Que sin la enseñanza del filósofo, los ignorantes caerían en la esterilidad social? ¿No predica usted mismo que los sacerdotes en el tribunal de la penitencia facilitan la restitucion de lo sustraído? Esta es utilidad, y siéndolo, forma parte de la riqueza.

Nos encontramos de lleno en la confusion de las palabras y en el rebajamiento de las ideas. Aquí no hay ninguna idea noble.

Realmente son útiles el magistrado, el filósofo y el sacerdote; mas, ¿por qué lo son? Por los efectos de su obra. Ahora bien: ¿os figurais que valen lo propio los efectos de la obra y las cualidades esenciales de la persona? Vosotros teneis en nada el valor de la distincion, y no sois filósofos; cambiáis una cosa con la otra. ¿Será el alma por consiguiente corpórea y mecánica, porque influye mucho en el cuerpo y produce obras temporales? ¿Porque Dios con acto simplicísimo de su voluntad crea el sol, la planta y el pájaro, será como el sol gaseoso, como la planta vegetativo y como el pájaro sensitivo? Si: el magistrado, el filósofo y el sacerdote trabajan bien á fin de aumentar la riqueza; mas no se la proponen á sí mismos; espacianse en órden más elevado, ó sea en el moral, donde no debe ser el lucro el fin de su accion, sino el cumplimiento del deber y el amor á la virtud; el magistrado, por medio de la ley, tiende á restablecer la justicia; el filósofo, por medio de la ciencia, tiende á inquirir la verdad; el sacerdote, por medio de la religion, intenta establecer el reino de Dios. ¿Quién niega que suprema es la utilidad de tales operaciones? Existe utilidad en el derecho defendido, en la verdad conocida, y en la santidad practicada; mas estas utilidades de conciencia, de intelecto y de alma (utilidades puras, sublimes y celestiales), ¿pretenderíais equipararlas, por ser portadoras de ventaja material, á las utilidades mecánicas que se sacan de las casas de cambio, de las oficinas, de los cafés, de las loterías, de las operaciones

de comercio? Pobre Ugon Grozio, que sudaste muchos años revolviendo los papeles de los derechos y de los deberes humanos, afrontando los más difíciles problemas de la jurisprudencia; ¿pensaste acaso nunca que con tus escritos serías considerado alguna vez como mercancía económica? Pobre Pascal, que con tu ingenio extraordinario redujiste á precisión geométrica las afirmaciones de la verdad: ¿concebiste alguna vez la sospecha de que convertirte intentaría el siglo XIX en público «utilitario»? Tú, pobre sacerdote de Cristo, que absuelves á los arrepentidos hermanos, dispensando al pueblo las misericordias del Señor, ¿saltó nunca por tu mente que alguna vez no tendrías para código tuyo el Evangelio, sino los tratados económicos? ¿Qué no tendrías para directores tuyos los obispos y el Papa, sino los Turgot, los Mercier, los Dupont, los Ricardo, los Storch, los Malthus y los Cherbuliez?

Ved aquí la última maldad.

Cuando los católicos sostenemos que no es *un haber* el hombre, damos distinguido con exactitud lo que tiene el hombre, de lo que personalmente es, lo cual equivale á fortalecer el fundamento de su natural autonomía contra las altivas ingerencias de la sociedad civil. Es fácil comprenderlo. El hombre, por lo que posee, y tiene, dice: Mío es el libro éste, y esta máquina y este campo; mas puesto que tales cosas existen en el órden exterior, no puedo impedir que la sociedad civil tome su parte, uniéndose á mí como reguladora y tutora: cumpliré, pues, sus leyes, pagando también sus contribuciones. Por el contrario, por lo que el hombre es personalmente, quiere la razon que diga: Mía es la cabeza, mía la mano, mío el pié, míos son los miembros con los cuales fuí plasmado: ¿quién regir podrá mi ser y mi persona misma? Sólo las leyes primeras, promulgadas por el Creador: la sociedad, digiéndose á mí, tiene obligacion de atenerse á tales leyes y respetarlas. Soy pues, yo, ante ella, un ser personalmente autónomo.

Admitamos, por el contrario, la definicion económica, por la cual es declarado el hombre instrumento útil y convertido en *haber*: hé aquí que la economía se asoma con derecho á dictar [las leyes á mi pensamiento, á mis afecciones y á mis miembros: no puedo ya decir: Esta cabeza es verdaderamente mía; míos este corazon y estos miembros, porque miembros, corazon y cabeza pertenecen como blandas y partículas subalternas al carro imperioso de la pública economía. ¡Oís, señores, oís! La economía tiene por objeto suyo peculiar la riqueza: á la riqueza siempre aspira, como el peregrino á la meta, y como el combatiente á la diadema de la victoria. Por consecuencia en su reino deben los ricos prevalecer. Se ha revelado en esto nuestro destino: el hombre, alma y cuerpo, está en poder de la economía; si es muy pode-

roso y rico, mandará por derecho absoluto á la inmensa grey de los trabajadores: si á ser llega débil y pobre, doblará por deber la frente bajo los pies de los ricos.

¡Ah! Poco antes celebraba que el cristianismo, con su triunfal arribo á la tierra, hubiese destruido la servidumbre gentílica. Cerremos por merced los anales de los fastos cristianos: parecíame una página luminosa y bella, llena de dulzura inefable; pero será una página lacerada. Lacerada es por otro arribo; porque, triunfante del catolicismo, nos anuncian á la economía pública, la cual renueva las turbas inhumanas de los amos y las abyectas muchedumbres de los esclavos. Idea, pensamiento, cerebro, corazón, ojos, boca, brazos y pies pierden en el hombre la propia autonomía para venir á ser los siervos de la última llegada. Exaltad, escritores no cristianos, la nueva ciencia benéfica, que es la economía; referid al pueblo «la filosofía de la riqueza,» porque la sátira es elocuentísima; ¡conseguis á la verdad el perfeccionamiento humano que buscáis con tanto furor! Exclamaré por mi parte con Daniel O'Connell que «el egoísmo social, disfrazado con el nombre de adelantamiento público, unta las ruedas del rico con las lágrimas del pobre.»

Está resuelta la primera parte del problema.

¿Puede la economía, al rechazar la doctrina de la Iglesia, prometerse bien de la riqueza? No puede, porque relativamente á la definición filológica se nos demuestra claramente que con la Iglesia se tiene sin duda el verdadero concepto de la riqueza, al paso que la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, pervierte con facilidad los términos de las cosas.

Abre la etimología entrada á la doctrina moral.

Realmente, después que has aclarado el nombre de la cosa, ó de la persona, que se te ha puesto delante, sabiendo de dónde aquél emana y aferrando las ideas unidas al mismo, ansías proceder adelante en el conocimiento: deseas que se te presente la cosa ó la persona en acto. Ya viste qué es: ahora procura considerarla en obra.

Estamos en el gran principio filosófico que denominan «principio de acción,» en virtud del cual se desarrolla la ética.

Empero la palabra «acción» que tiene por objeto decir el ejercicio de la voluntad, préstase á doble significado, por cuanto así expresa el movimiento de la voluntad excitado exteriormente por los efectos sensibles, como expresa su movimiento encerrado en los límites del mundo interior del hombre. Sea como sea, obre la voluntad sólo por impulso ingénito, ú obre por el fenómeno herida, su operación revela el acto

preexistente del intelecto, y estampa huella en la conciencia; viene á ser de continuo parte distintísima de la ética, produciéndola igualmente así en uno como en otro caso.

Me corresponde ahora trazaros la accion que la riqueza ejerce sobre la conciencia humana, lo cual me hace trasladar al órden aquél de la moral más ruidoso. Me corresponde, por la palabra que os he dado, exponeros la ética de la riqueza conforme á las enseñanzas de la Iglesia católica; ética á la cual incontinenti calificué de verdadera.

Algunos caen de las nubes por estas palabras nuestras: ¡riqueza y ética católica!

¡Oh, señores! A tanto materialismo hemos llegado que se asombran de los vocablos más trillados y comunes, así como de las cosas que áun los niños comprenden. ¿Por qué podeis chillar cual energúmenos por la union de los nombres estos: «economía y religion, riqueza y ética católica?» Porque os negais á conformar vuestro espíritu con tal argumento. Permaneced aquí conmigo: procuremos despachar pronto.

Las cosas sobre que discurre la economía deben ser usadas por el hombre para sustentar y embellecer el cuerpo, el cual debe servir de instrumento al alma para tender, rectamente viviendo, á su fin: por consecuencia, entrando aquí la razon del fin, la economía está por su naturaleza subordinada á la moral: una economía contraria á la moral es ciencia falsa; una economía que de la moral prescindiera es ciencia privada de su máximo factor, cual sería una jurisprudencia que prescindiese de la idea de la sociedad, ó una geometría que se alejara del concepto de extension. Realmente si la economía debe, entre otras cosas, ordenar la riqueza, fuera del órden la economía no cabe, como fuera de la extension no hay geometría, y fuera de la sociedad no hay derecho.

Así economía y moral caminan juntas, siendo hija la una y madre la otra.

Empero eje y alimento de la misma moral es la religion. No podeis negar que la religion tiene irresistible fuerza entre las cosas del mundo: alguno debe haberla traído aquí abajo, á los pueblos llevándola, para todos los lugares y para todos los tiempos. Este «alguno» es Dios: es el hombre tambien, si quereis, obediente á los decretos de Dios. Así como la religion es irresistible, es dominante asimismo entre las cosas del mundo: tiene la cumbre de la excelencia en efecto al iluminar la mente, al informar la conciencia, y al guiar las obras humanas; tiene tal derecho y tal fruto, por ser de la Divinidad. En su virtud (importa fijarse mucho en esto), si la moral relativamente á la economía es madre, relativamente á la religion es hija: ó bien, para emplear otras voces, «si el cuerpo es el instrumento del alma, el alma es el instru-

mento de Dios, según el parangón bellissimo de Plutarco. Bien: en la escala de la pirámide social preside la religión. ¡Vosotros, si os sentís con fuerzas para ello, arrojadla de su cumbre! Contradiciendo los dictámenes de la sabiduría, ¡moveos y obrad sin ver las alturas! ¡Burlaos de Dios y de los hombres! Entonces la economía cae ciega, dividida, convulsa y contaminada. Querfais con ella el perfeccionamiento humano; mas teneis la ruina y el fango.

Consentid, pues, que se hable de economía y de religión, de riqueza y de moral católica.

Tanto más que, siendo divinamente verdaderamente la ética católica sobre la riqueza, se presenta tan justa, tan oportuna y tan fructuosa, que acomódase con el cuerpo y el ánimo: viene á ser en nosotros ala con el fin de conseguir el perfeccionamiento humano.

Aquí está la doctrina moral de la Iglesia. La riqueza, mirada en sí misma, no es un bien, ni un mal: aún cuando escucháis muchas veces á los sacerdotes tronar contra las riquezas y los ricos; aún cuando, abriendo el Evangelio, encontreis contra los ricos, proferidas por Cristo, las reprensiones gravísimas, no por esto se puede deducir que la riqueza es cosa torpe ó pésima. Todo lo contrario: el dinero, el oro, los bienes sólo son un medio; según es usado por el hombre, honrada ó viciosamente, hace que honrados ó viciosos resulten los bienes, el oro y el dinero. Jesucristo, gritando contra los ricos, condena las pravedades que por la riqueza cometen: no dice imposible cosa que vayan al reino de Dios: dice que la cosa es difícil, y difícil será para los ricos la vida eterna: porque con dificultad usan bien de las riquezas. En suma; la cosa es rectamente explicada por estas frases de Salviano: «No son las riquezas reprobables por sí; pero es reprobable la mente del que las usa mal (1).»

¿A qué nos atenderemos para servirnos de las riquezas con verdadero beneficio, si el bien y el mal de las riquezas depende de la condición que tiene para ellas el espíritu y se sirve de ellas?

Me place lo dicho por San Gregorio Nacianceno: «Si alguno es rico, por las riquezas principie á filosofar (2).» Pues bien: filosofemos, señores, nosotros, pues tratamos de la riqueza: con esto (y conviene repetirlo), haremos obra católica, siendo igualmente racional.

Ante todo es preciso considerar el modo de adquirir las riquezas; tal manera aparecerá digna del filósofo si resulta conveniente á nuestra

(1) *Non enim divitiæ ipsæ per se noxiæ sunt, sed mentes male utentium criminosæ.*—Salviano: *Ad Eccles. Cathol.*, lib. I.

(2) *Si dives est aliquis, a divitiis philosophari incipiat.*—S. Gregorio Naz. *Orat.*, XXV.

razon, lo cual es el sentir de Clemente Alejandrino, escritor eclesiástico ilustre (1). Por consecuencia, ya que la razon me dicta que debo proceder en todo recto, inocente, probo, noble y magnánimo, procuraré que al buscar la riqueza y al conseguirla se cumpla la justicia, florezca la probidad, se ejercite la rectitud del ánimo, se conserve la nobleza y la magnanimidad se asegure. Esplendente cosa es el oro; pero es un esplendor material: yo aquí dentro tengo otro esplendor más precioso y magnífico por ser el resplandor del alma: en su virtud procuraré que el brillo de la moneda no apague mi fulgor interno, haciendo por el contrario que resplandezca éste sobre aquél, sirviéndole de noble guía. Más aún, señores; puesto que la razon me dicta que debo respetar en todo á mis hermanos y no gravarles con perjuicio, procuraré no defraudarlos, envilecerlos, ni amargarlos al contratar con ellos. En su virtud, no estrecharé pactos injustos, ni haré comercios vituperables, ni me valdré de fraudes al comprar y hacer permutas, ni oprimiré á los dependientes, ni engañaré á los braceros, ni me burlaré de los crédulos, ni dispondré insidias para los inexpertos, ni venderé al justo, ni pondré en juego el ignorante, mantendré limpias mis manos, y no gravaré por la sangre del prójimo mi conciencia. Amar debo al prójimo, por ser otro yo; contristándolo y enfureciéndolo, extingo en él mi vida.

¡Qué perfeccion tan grande y cuánta alegría en este modo de tender á las riquezas y dominarlas! Es el hombre dueño de sí: no viene á ser esclavo de la riqueza que adquiere: es un bendito hermano entre muchos hermanos. Quien se somete á la enseñanza de la Iglesia, se conduce así; obrando de tal manera, es filósofo.

Despues, aquel que adquirió la riqueza, estudiar debe la manera de ponerla en circulacion, lo cual comprende los dos órdenes del «consumo» y de la «distribucion.» Este modo debe ser racional, como el de la primera posesion, resultando que aún esta vez se conseguirá el carácter racional, presupuesta la práctica de la doctrina católica. Hé aquí por qué Clemente de Alejandría, que insiste en el ejercicio de la razon, dice amonestando que «las riquezas benignamente no se quieren por sordidez, ni para emplearlas y trasmitirlas con insolencia (2),» de lo cual deduzco que debo estar en guardia, tanto de la avaricia como de la vanagloria. Optimamente, señores míos. Si no debo ser avaro, ni sordido, ni engullidor de oro, no lo encerraré yo en las cajas, ni lo

(1) *Sunt habendae divitiae, ut est rationi consentaneum.*—Clemente Ale. *Paedag.*, lib. III, cap. VI.

(2) *Divitiae sunt benigne, non autem sordide, nec insolenter communicandae.*—Clemente Alej. Lugar citado.

convertiré tampoco en un dios, ni lo arrancaré de las entrañas de los hombres, ni negaré á los operarios su salario, ni dejaré de socorrer á los miserables, ni de tomar parte activa en las obras de beneficencia, ni de ser misericordioso y caritativo; ni me negaré á la culta educacion de los jóvenes, ni á la conveniente direccion de la casa, ni á la exaltacion noble de la ciudad y de la patria. Si, por el contrario, yo, propietario y rico, no debo ser altanero ni derrochador, no arrojaré mi oro para que sea pasto de la vanidad, ni lo malgastaré tampoco en insanas fiestas, ni en modas vanidosas, ni en los adornos desmedidos, ni en diversiones risibles é indecentes: haré mis comercios; pero las cosas sobre que trafique no serán propias de mujeres perdidas, ni de amantes, ni de glotones: promoveré las artes y las industrias; no hartaré á estafadores, ni á payasos, ni á sanguinarios, ni á hombres pérfidos. Tal es mi modo de usar de la riqueza: sé con el gran Jerónimo que «las facultades son frutos de la justicia cuando por ellas la justicia se observa;» mas sé del mismo modo con él que «donde inicuamente se juntan ó se conservan por avaricia ó soberbia, son los frutos de la iniquidad (1).»

Así, no adquiriendo sórdidamente, ni empleando con insolencia la riqueza, atendeis al humano individuo, mejorais la suerte de la familia, promoveis el comercio, facilitais las ganancias, protegeis las ciencias y los conocimientos útiles, haceis prosperar los oficios y alimentais la vida de la nacion. El rico aparece como un pequeño dios entre los mortales, ó es más bien la verdadera imágen del Señor: en sí contiene la abundancia, la fertilidad, el poder: abre la mano y distribuye. Nada más benéfico, ni más caro.

Oigo gritar. ¡Elogios cortados por en medio! ¡Glorificaciones inútiles! Si es para feliz hacer al mundo con el uso y la distribucion de las riquezas, el hombre rico y traficante que sigue la doctrina de la Iglesia, se fatiga en vano. ¡No es la Iglesia católica la que, si dominara universalmente, dejaría el comercio muy disminuido, declarando el dinero no fructifero por su naturaleza? ¡Condenando la ganancia en el mútuo?

Hé aquí, pues, á vuestro modo de ver, impedido el tráfico, detenido el curso del mundo, y perdida la sociedad. Sin embargo, ¿cómo es, señores míos, que con la Iglesia tan dura y espartana, creció la moderna civilizacion? Veamos quién amplifica desmesuradamente los hechos y crea mónstruos.

---

(1) *Fruges iustitiae sunt facultates, cum de eis fit iustitia: cum vero aut inique congregantur, aut ad avaritiam vel superbiam possidentur, fruges iniquitatis sunt.*—S. Jerónimo, *Super 2, ad Cor.*, cap. 9.

¿Declara la Iglesia el dinero no fructífero por su naturaleza? Aquí no hay dogma, sino solamente una opinion entre los católicos. Supongamos al dinero no fructífero por sí mismo: los moralistas de todas maneras unen al dinero el fruto en las convenciones humanas, remitiéndose al título civil de las leyes que lo conceden. ¿Condena la Iglesia la ganancia en el lucro? Podriais decir que lo condena el Evangelio, donde leemos las santas palabras: *Mutuum date nihil inde sperantes* (1). Ciertamente, tratándose de obra benéfica y pia, dar á otros el dinero y querer asi uno enriquecerse, no está bien; préstamos de tal clase; obras caritativas y no venales deben ser, mientras la caridad divina aliente entre los vivos; siempre, gracias á Dios, estarán en la Iglesia tales obras. Mas vedlo, señores: la Iglesia, declarando ilícita la ganancia en el mútuo, quiso proscribir gravísimas usuras, con lo cual hizo un bien incommensurable, porque la turba espesísima de mercaderes que se llamaban «Lombardos, Etruscos, Caorsinos, Florentinos, Italianos, Ultramontanos,» los cuales desde el siglo XII en adelante iban por toda Europa sorbiendo la sangre de nuestros mayores; aquella turba, estranguladora y ladrona, quedó refrenada por las interdicciones de la Iglesia: el comercio y la cultura no entraron á los usureros en el vientre, quedando vivos, florecientes y siempre cristianos. Ved más, señores; la Iglesia, declarando ilícita la ganancia en el mútuo, no incluyó en tal condenacion aquellas locaciones de dinero y de otros valores, que fueran á los contrayentes ventajosas recíprocamente. Ahora bien; mientras dejó ir tales contrataciones reguladas por la justicia legislativa ó social, de la que guardiana era autorizada, se ofreció al comercio como amiga, lo protegió y favoreció, por cuanto el comercio vive de semejantes contrataciones. Por lo demás, la cuestion de si el dinero es ó no fructífero por sí, fué sostenida por los católicos de una ó de otra manera; quien quiso considerar fructífero el dinero, representante de los valores universales, habló libremente, no siendo reprobado por la Iglesia. Bástame citaros al famoso Scipion Maffei en su Obra *Dell'impiego del denaro*, que dedicó al Papa Benedicto XIV; al Abate Marcos Mastrofini en el libro *Le Usure*; al teólogo Juan Vicente Bolgeni en su *Dissertazione*, que es la undécima entre las morales; y al marqués de Bruno en su bello tomo *I due contratti di mutuo elocazione di valori*.

Me habeis interrumpido, llevándome á bajas consideraciones metálicas. Dejadme volver á las extensas y nobles auras, donde respiraba yo la ética católica sobre la riqueza.

---

(1) S. Lucas, cap. VI, v. 35.

Observamos cómo se adquiere la riqueza y cómo se usa. Pues bien: informado en la doctrina de la Iglesia, me hallo poseedor de esta doble virtud incomparable: tengo todo el ardor para buscar la riqueza y aferrarla; mas no sirvo á ella, ni perjudico á otros; mi ánimo es libre: tengo todos los estímulos para valerme de la riqueza, mas no promuevo el vicio, promoviendo la moral y la civil prosperidad: soy un bienhechor.

En suma, quien quisiese condensar la materia, á tres órdenes ó á tres formas se puede reducir la moral católica de la riqueza. En ella brilla el carácter de la justicia, porque la Iglesia no permite contra lo lícito y honesto enriquecer y gastar, sino que quiere proceda el hecho según la conciencia y á tenor de la ley. En ella brilla el carácter de la utilidad real y verdadera, porque la Iglesia os impele á reunir dinero y usarlo en beneficio vuestro, de vuestra familia y de la ciudad, no según las necesidades ficticias, ó para desfogue de pasiones violentas y necias, sino según las necesidades naturales y civiles. En ella brilla el carácter de la generosidad, porque la Iglesia, viéndoos ricos y propietarios, os muestra las infelicidades del humano linaje, gritándoos: «So-corred á los míseros.» En su virtud los ricos se hacen héroes, vertiendo el oro, y adornando la tierra con benéficas instituciones.

Mucho nos entretendríamos relativamente á esto si hablásemos de moral; ahora, señores, me siento solo. ¿Dónde se halla la economía pública? Sí; ¿dónde se halla la economía, primera que sale al palenque á fin de acusar á la Iglesia católica? En la riqueza se ocupa minuciosamente y de todas maneras: debe por lo tanto haber establecido igualmente la moral.

Sucede aquí como en la definición: la economía pública no cuenta una sola, sino muchas *morales* de la riqueza. Entremos la riqueza en la cuestión económica; más bien que observarla parte por parte, ya relativamente á su adquisición, ya relativamente al uso, hagamos de ella un discurso generalísimo: veamos por cuáles afectos ó principios se refiere al humano espíritu, y sobre todo á qué fin tienda, apareciendo evidente que á lo menos á tres se extienden las morales de la riqueza para los economistas: «la moral de la simpatía, la moral del placer y la moral del interés.»

Me duele conocerlo: despreciables y criminales, una sobre la otra, se nos presentan estas tres morales económicas: la economía, oponiéndose á la Iglesia, deprava en el hombre la conciencia y el proceder.

Es imposible hablar de la simpatía, en cuanto está infundida en el orden moral, sin recurrir con el pensamiento á Smith. No es que Adam Smith, el gran celebrador de la riqueza, se haya puesto sobre la riqueza

á discutir según la norma perenne de la simpatía, como si tuviese de ella la escuadra en la mano; mas él, conociendo que con la economía hallábase relacionada la doctrina moral, tratando de la una, no pudo prescindir de la otra. Compuso la «Teoría de los sentimientos morales.» donde impelió el afecto de la simpatía á la elevacion de un principio universal, considerándolo regla primera de la marcha personal.

Completemos, señores, su idea, á su aplicacion impeliéndola, lo cual no ha hecho. Veamos á cuál ética nos conduce la simpatía en las cuestiones económicas.

Parece que obrar simpáticamente vale tanto como moverse por cierta benevolencia, lo cual es bello: sólo que tal benevolencia que nace de la simpatía es ciega, incierta por su indole, caprichosa y raras veces duradera; la simpatía, si es puramente instintiva, excluye toda idea de reflexion, y si es razonada, se somete al capricho individual, no pudiendo dejar de ser egoísta. Vuestra simpatía enciéndese á vista de ciertos atractivos gratos ó dignos de lástima, que resaltan en vuestros hermanos, ¿no es verdad que tales atractivos varían de continuo? ¿Qué existen en algunos individuos y en otros no? ¿Qué en los propios individuos humanos aparecen un dia de un grado, y otro dia por el contrario aparecen de otro? ¿O qué cesan enteramente? Por consecuencia en vuestro interior con reciprocidad incesante la simpatía se inflama y extingue, sube y baja, va y vuelve, siendo cosa fantástica, difícil de imaginar. ¡Hasta qué punto el afecto simpático es diferente del principio de la justicia, indeclinable norma de las operaciones humanas, principio eterno, constante, no trasformable, el cual no impele á obrar en virtud de la sensacion del fenómeno, sino por el íntimo dictámen de la conciencia, que te advierte y dice: «¡Esto es recto y bueno!» Los Eforos en Esparta, para dar muestras de hombres justos y no fascinados por la simpatía, se cubrían los ojos con un velo, á fin de que la vista de los humanos semblantes no entrara en sus determinaciones y sentencias.

¿Procedéis vosotros al revés? ¿Teneis descubiertos los ojos para mirar, porque impelidos sois á la obra solamente por la sensacion del fenómeno? Así á los que os son simpáticos os presentais débiles y prontos á ser vencidos; os presentais dulces, espléndidos, corteses y longánimos; sois generosos hasta el punto de caer en la prodigalidad y el despilfarro. ¡Oh! ¡Cómo bajo el imperio de la simpatía las cuestiones económicas, y los honrados derechos de la riqueza no prosperan, enmarañándose! El hombre, arrastrado por grandes afectos simpáticos, no es ciertamente hijo de la economía: en él veo al exterminador, al hombre vendido y arruinado; pero no al que maneja bien su casa.

Mas hemos dicho que la simpatía puede ó no existir: realmente faltan los gratos atractivos en vuestros hermanos, y cesa en vosotros la simpatía. ¡Qué desventura! En la simpatía pusísteis la regla suprema de la conducta moral: por consiguiente, cesando la simpatía, no teneis regla. ¡Qué hareis, amigos, privados de norma y de ley? ¿Sereis vosotros bastantes para comprender la grandeza del mal, que cometen los hombres sin gobierno? Considero además otra cosa. Cesando la simpatía, es fácilmente reemplazada por el sentimiento contrario: realmente, en lugar de los gratos atractivos, sobresalen ya en vuestros hermanos los signos ingratos y desagradables: hé aquí la antipatía. La antipatía, por tanto, es vuestra regla, y segun ella os moveis. Os es antipático el negociante, con el cual haceis el contrato y os sentís impelidos á defraudarle: os es antipático el obrero, que os presta el uso de sus brazos, y os sentís impelidos á disminuirle la debida retribucion; os es antipático el servidor, que teneis en casa y os sentís impelidos á gravarle con daño; os es antipático el pobre, y no dejais de angustiario. Relativamente á los pobres es precisamente digno de observacion que Smith, mientras en la moral gasta tantísima simpatía, no tiene ningun pensamiento para ellos: tal vez los consideró antipáticos, y faltóle la guía de la benevolencia para socorrerlos. Escribe César Cantú: «En la libre creacion de las riquezas, ni él, ni los suyos, consideran si causan detrimento á los pobres; de modo que Inglaterra, la que más extensamente aplicó su concurrencia universal, vió crecer á proporcion la pobretería (1).»

¡Fea es la moral que de la simpatía emana! ¡Feas con ella la adquisicion, distribucion y consumo de la riqueza! Los principios santos y bienhechores, que me trasmitían en esto la naturaleza, el Evangelio y la Iglesia para gobernarme, quedan todos disipados: yo no soy ya cristiano, ni filósofo; resulto un sér que obra ciegamente, segun le dicta la furia del sentido: equipárome á la bestia y me avergüenzo de mí mismo.

Junto á ésta, ignoro si debo juzgar más trivial ó más deplorable la moral del placer: acaso es una cosa y otra. Con todo esta moral, considerando los adornos de que se reviste y el sonido con que se anuncia es ingénua, noble y legítima sobre todas; porque se nos dice: infórmase la moral del fin á que va el hombre, y este fin es justísimo por tender á la felicidad. ¿Y quién podría desconocer esta verdad? ¿Quién no siente en sí el ánsia de ser feliz? ¿Por ventura el ánsia de la felicidad no se refunde en el ánsia del goce? Por lo tanto, así como la benevolen-

(1) C. Cantú. *Storia di cento anni. Tit. Scienze sociali.*

cia produce la ética de la simpatía, la felicidad buscada por el hombre produce la ética del placer.

Freno para las alegrías grandes que noto. Exámen breve nos hará manifiesto que la felicidad deseadísimas falla, por lo que hace al argumento de las riquezas: si produce la riqueza el goce, es tal que para el humano espíritu no resulta suficiente, por no contener la realización de nuestro fin: es un goce incompleto, y, según nos muestra el uso, extraviado: ¡en su virtud todo ménos poder usurpar el nombre de la ventura!

Enseñan los filósofos que consiste la felicidad en la satisfacción de los deseos honrados, al paso que por la multiplicidad y el exceso de los deseos, que nunca pueden quedar hartos, caen los hombres en brazos de la inquietud, alejándose tanto de la dicha, como el que, tratando de correr al oriente, marcha en dirección al occidente. Ahora bien: la riqueza apetecida, buscada y querida por el hombre afanosamente produce multitud de deseos distintos, oscuros é indomables; los engendra y no logra satisfacerlos; no da pues la felicidad por sí misma.

Lo que más aún resulta de realce es que los deseos, por cuya satisfacción se gusta la felicidad, son de naturaleza espiritual y moral, perteneciendo al alma señaladamente; supongamos que por el bien del alma deba el cuerpo también gozar con ella. Empero la riqueza es tierra, y no sustancia espiritual ó celeste: los deseos inmediatos que suscita en el pecho resultan, por lo tanto adheridos á la condición física y son bajamente informados. Por consiguiente, no aportan la felicidad. Es una hermosa expresión (siendo hermosa por ser verdadera), la siguiente: «Aunque obtenga el hombre cuanto cabe desear en la creación, su corazón no se llenará nunca (1).»

Así es la riqueza, considerada económicamente. En su virtud á quien me afirmase que busca el hombre la riqueza con el fin de convertirla en escala para las cosas sobrenaturales y celestes, respondería: Optimamente; mas este hombre, por otra parte rarísimo, no es un factor económico, ni hace para nosotros, porque la pública economía no tiende á las cosas internas del espíritu, sino á las sensibles de nuestro siglo.

Aquí restringiéndonos, considerando la riqueza que es tierra, como también los efectos producidos por ella y bajamente informados, os digo: ¡No veis qué nombre merece, en el reino de la economía, la moral, que se denomina de la felicidad? Es la moral del placer: tiene un fin

---

(1) L. Bianchi: *Meditazioni intorno alla felicità pubblica e privata.*

mundano y os domina de modo mundano, lo cual quiere decir que os enfanga.

Aquí me puedo yo, por último, espaciar libremente: soy filósofo y soy cristiano, urbanísimos economistas, teniendo derecho á juzgar de vuestra moral del placer.

La moral del placer, en cuanto á la riqueza se refiere, está en adquirir dinero y bienes: en reunir y hacer botín, para desfogar el prurito del goce: en atesorar para el placer carnal. Con esta manía en el corazón y con estos bramidos de la carne ávida, ¡moderad vosotros si podéis al moralista del placer, que hace arrojado á la industria y al comercio! Advertid que su moral única es el placer, otra no teniendo en la conciencia. Pues bien: observadlo. Siempre que pueda, si las leyes civiles no lo impiden, oprimirá mucho á otros; agravará, pondrá lazos y trampas, destruirá, devastará, y será frenético al coger oro, por cuanto el ardor del placer que á sí lo atrae es una fiebre, debiendo ser febril la glotonería de la ganancia. Tendrá mucho, siendo despues abundante y desmesurado el goce. Entre todas las necesidades por las que se afana el hombre, sin duda la más terrible y devoradora es la necesidad ficticia, que ha venido á ser indispensable por el hábito, del sentido hinchado y ébrio. ¡Pobres comerciantes! ¡Pobres obreros! ¡Pobres artistas! Estad atentos: éste desea gozar y gozar lo que tiene: propuesto como fin, y, apremiado por la pasión prepotente, se propone sacar el precio del goce de vuestro bolsillo y sacarlo de vuestra sangre. Estad atentos: no es un católico que comercie teniendo en las manos las reglas de la eterna justicia y las prescripciones del evangelio en el corazón: es un gozante que piensa por el contrario y os dice á vosotros en voz baja: Con vuestros bienes y con vuestros despojos compondré mi vestido de gala, y mi diadema de rosas.

La moral del placer, despues de obtenida la riqueza, se derrama, por lo tanto, en la intemperancia sensual. Os cito á Melchor Gioia. Para él la moral es precisamente la ciencia de la felicidad; y felicidad es el número de las sensaciones gratas, sustraído el de las desagradables, por lo cual nos confiesa: «Leyes, derechos, deberes, contratos, delitos, virtudes, sólo son adiciones, sustracciones, multiplicidades, divisiones de placeres y dolores: la legislación civil y penal son sólo la aritmética de la sensibilidad (1).» Hémos de golpe aquí en el predominio de los gozantes económicos, y en los malos frutos que, señores, difunde por el mundo la moral del placer.

Aquel jefe de familia ganó y gana desmedidamente. Vosotros creereis

---

(1) M. Gioia: *Prefazione al trattato del Divorzio*.

que un gran patrimonio reunió para sus hijos. ¡Engañados! Aquel hombre sigue la moral del placer; es un secuaz de Gioia, y dice: La vida con sus penas y sus placeres es sólo la aritmética de la sensibilidad, y la aritmética me manda que vaya yo sofocando las penas con los placeres. ¿Por qué, pues, tener el puño cerrado, cuando es preciso gozar? Gastemos, despilfarremos, gocemos; sean por el goce sofocadas las penas. Y se pone un traje de gran lujo hasta el punto de parecer el viejo chambelan de un soberano: su casa es un pequeño palacio, y trátase magníficamente, pareciendo su mesa la de un príncipe. Tanto gana como expende, de modo que sus partidas son siempre iguales, reduciéndose á cero la entrada; siempre al fin de cada uno de los años encuéntrase sin blanca. Cuando lo sustraerá la muerte á los vivos, la única herencia á su familia dejada será el renombre de gozante y espléndido, que les habrá comprado entre los ciudadanos; mas la mujer vergonzosa y los hijos abandonados exclamarán detrás á su sombra: Nos acostumbraste al pasatiempo, al goce y al dulce *far niente*; ahora nos dejaste aquí plantados y desposeidos de todo, siendo buenos sólo para gozar y vivir en el ocio. ¡Hombre cruel! Grandes medios de fortuna se necesitan para gozar y vivir en el ocio: ¿dónde se hallan? ¡Los disipaste ya, esposo y padre egoísta; ¡si nos quedase á lo ménos cuanto consumieron en nuestra casa los bebedores, los ruines y los aduladores! Mas no; todo está disipado. Nosotros deberíamos trabajar. ¡Trabajar! Es que con estos brazos mórvidos, con este fastidio del cansancio en el corazón, y con esta ignorancia nuestra de la vida real, encontramos que solamente servimos para gozar y vivir en el ocio... Maldita ética la del placer.

Aquel jovencito tiene una madre de tan buena pasta y de mano tan pródiga, que todos sus caprichos satisface; educado sobre cojines de seda, á los aires del abanico maternal, no conociendo nada los sufrimientos humanos, se persuadió asimismo de que la vida está en el goce: ni conoce por sueños el nombre del Melchor Gioia; mas observa sus preceptos y pone su aritmética de la sensibilidad en práctica. Ahora que los años le hicieron crecer y que florecen los pelos de su bigote, se ha cansado de la casa y emprende sus escapatorias por la sociedad. ¡A dónde se dirige corriendo? Tiene los bolsillos llenos por su madre: dejadlo andar. Va entre las compañías alegres de los amigos: al baile va, y á la cena, y al teatro: va donde se goza, donde apasionadamente se interroga y se responde, donde se da el abrazo del amor, donde se juega, donde se desfoga el sentido, y donde se malgastan entre tanto los bienes. Cuando tendrá su fortuna gastada, y habrá muerto su madre y abandonado se verá por sus parientes; cuando en la pobreza y en el abandono las pasiones más encendidas manarán sangre, por de-

cirlo así, diciéndole su amigo: te aguardo; gritándole el teatro: *¿por qué no vienes?* y pidiéndole dinero las mujeres perdidas, abandonadas y llenas de cólera, *¿qué partido tomará nuestro jóven?*... Maldita la ética del placer.

Aquella jóven recibe marido, sonriéndole no poco el mundo, por cuanto, si ella es culta y hermosa, el esposo es noble y rico. Antes, cuando la doctrina de la Iglesia reinaba en los espíritus, las nupcias de los señores abrían el campo á bellas y generosas acciones. La mujer obraba en familia cristianamente, pedia mucho á Dios, daba buen ejemplo á los criados y á los pobres socorria: el hombre, á su vez, sin olvidar de ninguna manera sus propios bienes, dábale á obras de privada y de pública beneficencia. Establecido, empero, el principio de que en el gozar consiste la vida, y de que toda la ley es una aritmética de sensibilidad, *¿qué debemos esperar de los matrimonios?* *¿Creeis que la esposa querrá todas las noches rezar el rosario en familia?* *¿Expender su vida en acciones de modestia y de caridad?* *¿No hará consistir más bien la vida en la novela, en el piano, en la moda, en las galas, en las visitas y en el fausto?* Es verdad que la mujer siente más fácilmente que los hombres el temor de Dios y la necesidad de la vida eterna; mas imprimid en su cabeza este aviso de Melchor Gioia: «Una buena digestion vale cien años de inmortalidad (1):» *¿cómo podrá entonces la infeliz ser ayudada por su buen sentido y por la religion?* Viene á ser miserable, vendiendo á Cristo y su alma por la aritmética de la sensibilidad. *¿Creeis, por otra parte, que su esposo, impelido á su vez por el vientre, por la gula, por los ojos, y por todos los sentidos levantados furiosamente, pronto á trocar la inmortalidad del espíritu por una hora de placer carnal...?* Maldita ética la del placer.

Y las turbas, señores, las turbas de nuestro pueblo, que siguen groseramente tal aritmética de la sensibilidad, desdeñando cada vez más la fatiga, encendiéndose y despepitándose locamente por los espectáculos clamorosos, de manera que, venida la fiesta, gastan en comilonas y diversiones todo lo ganado en la semana, dejando desprovista su casa, sin educacion á los hijos y llorando á su mujer; *¿qué voces os envían?* Juan Domingo Romagnosi, censurando á Gioia, escribió con fundamento: «Desgraciadamente la economía, segun es hoy expuesta, reviste un aire de mezquina y tiránica sensualidad, en que la parte más preciosa de la caridad y dignidad de la especie humana se olvida.» Detrás de Romagnosi exclamo simplemente: Maldita ética la del placer.

Hay una tercera clase de economistas, los cuales así exclaman: Nos-

(1) M. Gioia. *Del merito e delle ricompense*, tom. I.

otros, tratándose de la economía precisamente, de dinero y de bienes, no nos queremos consumir de ternura, ni queremos tampoco hilar delgado en los dispendios de la diversion; dejamos estar por lo tanto aparte la moral de la simpatía, como rechazamos la moral del placer. Nuestra moral es la del interés.

¿Quién osará gritar y proscribir semejante moral? No es la reservada doctrina de algunos hombres solitarios, ni es el sistema de una sola escuela: todo el mundo sigue semejante moral, por cuanto el hombre siempre va en busca de lo útil. Cuando los buenos críticos alzáronse para maltratar á Maquiavelo porque hacia consistir en la utilidad la norma de las acciones humanas, respondió con altanería que enseñaba lo que hacia el género humano; así del libro de Helvecio, titulado *El Espíritu*, donde se pone lo útil como fundamento de la ética, una mujer de claro ingenio, excusándolo por las agrias censuras, escribió que habia en su caso particular hablado en nombre de todos. Naturalmente, por lo tanto, es gallardísima la moral de la utilidad; mejor que la benevolencia simpática, y mejor que la dicha sensual, se arraiga en el beneficio privado y público, perteneciendo sin embargo á todos.

Si alguna vez tuve la comezon de ser original y no trivial; si alguna vez sentí la excelsa excitacion para no confundirme con la multitud, éste, señores, es el lugar y el tiempo. Me recordais á Maquiavelo y á Helvecio, para los cuales el principio de lo útil informa la ética. No niego yo á tales celebérrimos: más bien podría, ateniéndome al ejercicio de los economistas, citaros otros escritores de nota, que igual principio sostienen. Podría citaros, por ejemplo, á Jereñas Bentham entre los ingleses en su libro de la «Deontología;» á Dunoyer entre los franceses en muchas de sus publicaciones económicas. Empero, ¿para qué? ¿Deberé yo aprender la moral recta y sábia de Dunoyer, de Betham, de Helvecio y de Machiavelo? Vosotros me mostrais con el dedo las turbas populares, que tienden fogosamente á la utilidad convirtiéndola en su principio moral; pero, ¿van á ser las turbas mis maestras en asunto de conciencia y de moral? Os lo ruego; no me querais reputar tan plebeyo. «Amigo mio es Platon; pero es más amiga la verdad.»

No las turbas, ni los escritores, sino los principios ontológicos son los llamados á iluminar el humano espíritu y regir las cosas: si muchos de tus hermanos obran contrariamente á los grandes principios, piensa que mayor es la precision de contrarestar la triste marcha predicando la verdad. Esto haz, y no sigas las turbas; aunque solo te quedas, habrá más gloria para tí, bendiciéndote la posteridad. Horacio solo en el puente vale más que un ejército y á Roma salva.

El hombre que se distingue por la luz de la razón, debe obrar sobre todo cual ente ontológico, y no cual puro ente sensible y externo. Esto es: determinándose á obrar, se debe mover en virtud de las causas que se reflejan en su mente y que inquiere; pero no en fuerza de los efectos de las cosas, los cuales atraenlo extrínsecamente. A los seres no racionales se deja el oficio bajo de someter el alma al impulso único que recibe de fuera: así la familia animal por la condición del lugar determinase á moverse, y el águila, entre los voladores, obedece de un modo mecánico á las vueltas de la rueda del sol, y el tigre entre los cuadrúpedos es subyugado por la embriaguez al aguardar la presa. Lo contrario el hombre, porque posee con la razón el esplendor del conocimiento, con el que aprecia dentro de sí mismo la verdad y el bien; posee la fuerza y la libertad del albedrío, por lo cual siempre dentro de sí mismo escoge, aprueba ó rechaza, de modo que, para él, de todo punto interno es el principio de la operación. Si las cosas externas le tocan y sírvese de ellas, preciso es aun que caigan bajo el dominio del espíritu: el intelecto juzga y la voluntad dispone, de lo que se sigue que, en el orden natural, es el interior del hombre el emperador, y el lado externo del mundo el esclavo.

Damos ahora por supuesto que á ser venga lo útil la regla de la moral: hé aquí derribado este orden. Hablamos de la utilidad económica, que cosa es mecánica ó á lo ménos sensible, hallándose por consiguiente fuera de nosotros. Mas si, hallándose fuera, refluye dentro de nosotros con tal eficacia y tan poderosamente que arrástranos á sí, imponiéndose á nosotros como un principio imperante, demuestra esto que nos regulamos en virtud de los efectos de las cosas que nos circundan, mas no en virtud de la causa que en nosotros mismos experimentamos. La soberanía de la razón queda destruida, y vamos cual los pájaros del aire, ó nos equiparamos á los brutos del campo. En efecto, la utilidad es la moral única que tienen las bestias.

Responden que útil es sinónimo de honesto, con lo cual quiere decir que lo honesto, siendo cosa moral y por consecuencia subordinada inmediatamente á la razón, deja subsistir nuestro imperio interior y no hace perder la naturaleza del hombre.

¡Lo útil sinónimo de honesto! Lo niego. Supongamos que lo útil viene á ser honesto muchas veces, como frecuentemente lo honesto es también materialmente útil; con todo, señores, una cosa no es la otra. Lo honesto tiene un objeto esencialmente distinto de lo útil, y viceversa, por cuanto lo honesto descansa en la justicia, mientras lo útil se apoya en el beneficio que proporciona y que se busca. Ahora bien; el beneficio no es de la propia naturaleza de la justicia: esta es espiritual, eter-

na, originariamente divina; mas el beneficio es temporal, caduco, y florece en mano de la materia. Concedamos que quien se mete á obrar lo honesto, se propone tambien lo útil: vendrá éste á ser un motivo en la mente del que obra; mas, lejos de reunir en si todos los motivos, irá como motivo inferior sometido al superior y más noble, que es la honradez ó la justicia, llevándonos á concluir que, si á lo honesto es naturalmente llamado para que se acompañe, no es cosa para él intrínseca, pudiendo estar sin él.

No hagamos un amasijo con la materia y el espíritu; dejemos seguir las cosas esencialmente distintas, cuando son tales por su naturaleza. Lo útil no es sinónimo de honesto; por el contrario, gracias á la maldad de los hombres, reniega uno de otro. Cuenta Plutarco de Focion que, habiéndose opuesto á una empresa de Leostones, cuando con el propio fin se jactaba éste de haber obrado sábiamente, haciendo los Atenienses sacrificios y demostraciones de alegría por el triunfo logrado, Focion dijo que se alegraba de ver que habia salido la cosa de aquel modo; pero que pareciale tan justo el consejo dado, que á darlo volvería nuevamente. El así distinguía entre lo útil y lo honesto. Acordaos de la opinion de Aristides, Si bien hace Bentham esfuerzos enormes para negar el hecho ó inclinarlo á sentido caprichoso, nada consigue: el hecho subsiste y el género humano siempre lo entendió segun su significacion. Proponia Temístocles que las naves de Grecia aliadas de Atenas, reunidas en Pagasa, fuesen incendiadas, con lo cual á los Atenienses iría el dominio sobre la Grecia toda: entonces Aristides, llamado á la reunion del pueblo, exclamó: «¿Qué demérito tienen nuestros aliados para que se quemem sus navíos? ¿No nos han acorrido? ¿Acaso con su socorro no triunfamos de nuestros enemigos? Quemad ahora sus navíos: hareis cosa utilísima; pero será cosa injustísima.» El pueblo no incendió las navíos.

¿La utilidad puede venir á ser, por lo tanto, injustísima? ¿Es verdad que alguno puede proporcionarse gran beneficio, haciendo cosa desleal, despiadada y fea? Hé aquí que lo útil no es la moral, mintiendo los que afirman lo contrario. Siendo así, los economistas, que en lo útil colocan el fundamento de la ética, poniéndose á tratar de la riqueza con tal principio que da muerte á la conciencia, y que á la dignidad humana desprecia, ¿á dónde van? ¿A dónde se dirigen, pregunto, estos economistas? ¿Por qué vías tortuosas apremian á sus hermanos? Enorgullécese vuestro espíritu por las sutilezas de Dunoyer, como tambien por las más prohibidas y por las chanzas de Bentham; mas yo siento profundamente deprimido mi corazon por las consideraciones prácticas, que otro escritor, mucho más ilustre que Bentham y que Dunoyer, aduce contra

la ética del interés: refiérome á nuestro Alejandro Manzoni, en el cual creo (1).

Allí ahora está el hombre del «cálculo utilitario:» en el pecho tiene viva é inquieta la manía de la ganancia, y el furor de hacerse rico, no viendo yo embustes, vejaciones, sevicias é impiedades que lo contengan. ¿Puede utilizar en su provecho una palabra equívoca? Lo hace. ¿Puede al prójimo engañar en los contratos? Lo hace. ¿Puede quitar los bienes de otros y no restituir lo ageno que ha robado? Lo hace. ¿Puede quedarse con el salario del obrero? Lo hace. ¿Puede destruir una familia, dejando solos padre, madre, hijos, para edificar su fortuna? Lo hace. ¿Puede vivir con la muerte de otros, y componer para sí un mundo abatiendo el mundo de los demás? ¿Por qué quisiérais vosotros que se contuviese? Es su moral la utilidad; con las tristezas de los pobres engorda y con las lágrimas de los míseros apaga su sed.

Verdad es que corre una voz entre los economistas: «Haz tu ganancia y enriquécete; mas no hagas daño á otros.»

¿Cuáles son los economistas que predicán esto al pueblo? Son los economistas, que otra moral profesan, secuaces de escuela ménos ruinosa; está bien. Empero no se alcen para predicar los apologistas exagerados de lo útil. ¿Qué puede á tal propósito decirme Gioia? ¿Qué puede decirme Bentham? Para ellos lo útil es el principio que informa la operacion, y la misma moral, que otra superior direccion no reconoce: por consecuencia, si tal moral se realiza obteniendo lo útil, se satisface: no se debe parar en medio por la consideracion del prójimo, porque si se detuviese de veras no me vendría fácilmente á mi lo útil, y mi moral no me serviría para nada, ó me serviría demasiado poco. Señores economistas de lo útil, no lleneis de vacilaciones y escrúpulos á quien os sigue; vuestra teoría no los sufre.

Pues bien; libre de toda consideracion esencial, justa ó caritativa, ¿no descubris á dónde va en la sociedad civil la economía de lo útil con su escuela y con toda su familia? Lo hemos dicho: es el lazo tendido á todos los hombres y especialmente á los trabajadores; es la crueldad en persona que ninguna pena omite; es la ladronera que despoja; es la prepotencia que aplasta, ó el cinismo que sonríe á los idiotas y á los desventurados; es una tempestad que pasa por el mundo. ¡Doctrina detestable y ética de caníbales! ¡Oh, caníbales! El pueblo se levanta con el fin de condenaros: vuestras riquezas serán vuestra perdicion.

Mas he concedido yo demasidamente á los adversarios: he casi afir-

(1) Alejandro Manzoni: *Del sistema che fonda la morale sull'utilità*. Disertacion.

mado con ellos que los hombres sólo se mueven impelidos por el interés. ¡Miserio de mí! Denigrado he al género humano.

Valga la verdad: ¿dónde dejais la pasión del amor? ¿No agita los pechos humanos esta pasión, sobre todas las demás fortísima? ¿Creeis que se inflama ella por el interés? ¡Empero si no se fija en él ó lo desprecia! ¡Si su atracción tiene una causa de todo punto diversa, impeliéndolo á efectos desemejantes! Los amantes profanos celebran los amores de Abelardo y Eloisa, de Romeo y Julieta: ¿acaso el fuego de tales locos enamorados encendióse por ganancia y ¿por oro? ¡Si la sobrina del canónigo Fulberto renunciaría á todos los reinos del mundo para ir del brazo con el célebre filósofo! ¡Si la desventurada hija del rey destruye sus guirnaldas y se viste de luto, no bien la separan de su amado! Los artistas nos recuerdan los amores de Dante con la hija de Folco Portinari, como también los de Rafael con la Fornarina: ¿pensais que el sumo poeta y el sumo pintor alimentan por ganancias el incendio amoroso? ¿Los convertís en dos economistas de lo útil? ¡Mas si Dante, á excepción de la poesía y de la patria, lo daría todo por su dilecta! ¡Si Rafael muere abrasado de amor, no importándole nada el mundo que pierde, y os deja sus pinturas, economistas que traficais con ellas!

Vosotros, economistas, seguís altivos vanagloriándoos de que con vosotros está el corazón del hombre, porque no existe ningun estímulo para obrar fuera del interés; mas ¿dónde dejais el heroísmo? ¡Bárbaros! Destruís vosotros con la teoría de lo útil el heroísmo, que no es un hijo vuestro, y que á la tierra enamora con lo que hace.

Destruís el heroísmo moral del mundo pagano, puesto que renegais de los hombres más grandes de la antigüedad, muchos de los que no obraron por interés: destruís á Codro, que se dejó matar por los enemigos, á fin de que los suyos lograsen la victoria: destruís á Sócrates, que no se rindió á los treinta tiranos por obsequio á la unidad de Dios: destruís á Curcio, que se arrojó en la vorágine para que tuviera fin una desdicha de sus conciudadanos: destruís á Fabrizio, que para no hacer traición á la ciudad, rechazó el tesoro que le ofrecían los Sannitas: destruís á Marco Régulo, que volvió á la prisión de los Cartagineses, prefiriendo la muerte, á consentir en el deshonor de Roma y en el daño de la patria.

Destruís uno de los más bellos heroísmos del mundo cristiano, es decir, el desinterés, declarándolo en las almas de los hombres imposible. El invicto Bayardo, «el caballero sin mancha, ni miedo,» ¡rompe acaso en Marignan, Pamplona y en Mezières su lanza terrible contra los enemigos por el ánsia del oro? ¿Acaso lo declara un héroe «utilitario» el oro que le ofrece por vía de gratitud su huésped, y por él

asignado á los hijos del mismo? No: vosotros, haciéndolo así, lo infamais. Aldobrandini Ottobuoni, poderoso anciano de los Florentinos, el cual rechaza la mano llena con el dinero de los Pisanos, á fin de no hacer cosa hostil á la patria, y conserva el castillo del Mutrone que los enemigos querian deshecho: ¿acaso procede por interés? No; mas vosotros, suponiéndolo venal, lo aniquilais. Vieri de los Cercos, el cual, en Campaldino, en guerra viendo á su gente abatida y casi desesperada de vencer, á sí llama á su hijo y á su nieto, lanzándose con el acero desenvainado en lo más fuerte de los enemigos como á muerte certísima, consiguiendo así el triunfo. ¿procede acaso por interés? ¡Obra por interés acaso Pedro Micca en Turín, que da su propia vida para que salte así el puente, y se salve la patria de la invasion de los Franceses? No, no; esos son héroes de grandeza moral y de libertad: vosotros, juntándolos á los que obran lo útil, los destruis.

Es poco. Destruís entre los cristianos glorias aún más nobles y más estupendas. Destruís á los apóstoles que, despreciando los bienes terrenales, en la magnanimidad del amor evangélico, anuncian al mundo la «Buena Nueva:» destruis á los mártires que, para no renegar de Cristo, ni perder la vida eterna, dejan que sus verdugos corten sus venas y sus pulsos: destruis la familia de los santos...

En una vieja campiña de Francia que tiene bosquecillo y lugar solitario, si bien desahogada, muy alegre y abierta, veo á dos hombres sentados junto á la orilla de una fuente.

Es la estacion del otoño, cuando la naturaleza se viste aún con su verdura postrera, y las plantas cargadas de frutos parecen decir con dulce invitacion: «Acercaos y tomad.» Allí, en aquella campiña francesa, donde no existen las fertilidades del huerto, los pájaros cantan, los árboles aparecen cubiertos de hojas, y las flores silvestres, como raras sonrisas del cielo, brotan de la tierra. Es bello en su propia simplicidad aquel otoño del bosque.

Sin embargo los dos hombres, que descubrí sentados junto á la fuente, no se fijan en los caros surtidores del agua, ni en el gorjeo de los pajarillos, ni en la última aparicion de las flores: tienen otros pensamientos en su cabeza, y otras palabras en sus labios. Tienen razon para dedicarse á meditaciones más profundas y más altas, por cuanto uno y otro son muy dignos de ellas. Si bien habitan en el bosque y en aquella villa, de ninguna manera son rústicos, ni corre sangre rústica por sus venas. ¡Todo lo contrario! El uno que se llama Félix, y pertenece á la estirpe real de los Valois, vino de Sicilia, donde posesiones dilatadas que le pertenecen abandonó para vivir segregado de la tierra en Meaux, en una especie de eremitorio: el otro, llamado Juan, ciudadano de

Faucon, noble de la Provenza, doctorado en la universidad de París y sacerdote, ha llegado al lugar aquél atraído por la fama de Félix y también por amor á la soledad. Ved, por lo tanto, si teneis valor para aconsejar los cuidados campestres á los dos amigos extraordinarios. Poned en su mano el arado, la pala y el azadon. Deteneos: ¿No veis la inconveniencia? ¡Extravantes sois!

Yo quisiera preguntar á la querida fuente aquélla qué coloquios preciosos escucha. ¿En qué razonamientos entretiéñense los solitarios?

Es el aura dulce, y suavísimo el murmullo de las aguas, por lo cual á quien se acerca un poco, el sonido de la frase humana llega fácilmente á los oidos. Ni aun el ruiseñor con sus débiles cantos impiden aquel sonido, acompañándolo.

Dice Juan: «¡Oh Félix, hombre por Dios querido! ¡Cuán dura es y desgarradora la suerte de aquellos hermanos nuestros! ¡Qué lágrimas tan sin consuelo brotan de sus ojos! Lo mismo que nosotros son admitidos á la herencia de Cristo, y cual nosotros son esperados para que gocen de la libertad cristiana! Empero los feroces tienen sobre su cuello el pie y los aplastan. Paréceme verlos extendiéndonos sus brazos suplicantes y llamándonos. ¿No sientes piedad de su infortunio? ¿No gime tu corazon por el eco lejano de sus lamentaciones? ¿No te irritas, Félix?»

Responde Félix: «Es verdad que me irrita el doloroso espectáculo. Toca mi corazon; verás hasta qué punto vibra y late inquieto. Mas ¡ay! piensa, mi buen Juan, que no basta sentir la compasion; es necesario poder hacerla efectiva, á fin de que los desventurados reciban alivio. Gimen horriblemente nuestros hermanos; yo los escucho y desde la selva en que nos hallamos respondo dirigiéndome á Dios: empero ¿cómo es posible ir á su encuentro, enjugar su llanto, romper sus cadenas, cambiarlos de cielo, y convertir su infierno en paraíso? Hombre no rico yo, ¿de dónde podría esperar tanto poder? Y tú Juan, tú...»

«¡Yo? repuso el amigo. Yo nada espero de mí, siendo mucho más miserable que tú. Mas ¿no existe Dios? ¿No le corresponde sin duda el auxilio que yo me debo prometer? ¿Quién nos enciende sino Dios el pecho en amor? ¿Quién nos infunde estos santos gritos de piedad? ¿Quién nos hace sentir tan vivas nos angustias? ¿Quién nos saca el llanto de los ojos? ¿Quién nos inspira? ¿Quién sino el Señor nos envía el pensamiento magnánimo de la salvacion fraterna? Si Dios nos inspira y nos mueve, ¿no nos dará poder para libertarlos? Oye, Félix. Celebraba yo en la capilla del palacio episcopal de París mi primera Misa, asistiéndome Mauricio de Sully el prelado, como tambien los abates de San Víctor y de Santa Genoveva. Estaba entre santos, y en santísimos misterios me

ocupaba por la vez primera. En aquel momento un destello de luz celestial hirió mi alma: en la luz habia una lengua, la cual hablaba, y secretamente me decía: Hazte, Juan, libertador, y vete.—¡Oh amigo venerable! Atribuyo á Dios aquella órden: no me di tregua desde que la oí, habiendo venido á consultarte para tenerte por compañero. ¿Qué resuelves? ¿No tienes de Dios aquella luz y aquellas palabras? ¿Podrías asumir el humano lenguaje para en el bien desalentarme y contrarrestar el lenguaje divino? Si Dios, como yo creo, habló, ¿no nos dará medios para la empresa, realizando Él lo demás?»

Exclamó Félix visiblemente conmovido: «¡Hombre de Dios, revelador de los secretos divinos! Me iluminas con tu fé, me enardeces con tu palabra y me arrastras contigo. ¡Qué afirmo! Me trasportas al Cenáculo y con el fuego de Pentecostés haces arder la selva mia esta. Vete, hombre de Dios: yo te sigo.»

Dicho esto, los dos solitarios se levantan de la fuente. El pensamiento fortísimo que los invade y que brilla sobre su frente es el siguiente: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

En el año 1201 veo zarpar una navecilla de las orillas francesas. Parte de una tierra industriosa, culta y trabajadora, tomando la mar alta, con el fin de hacer un viaje penoso: siento ansias de saber cuál es su propósito. ¿Van acaso aquellos navegantes á un asunto de tráfico? No. ¿Pensan acaso llevar á los hombres extranjeros la guerra? No. ¿Qué hacer podría una simple vela desguarnecida? ¿Se propone, pues, una carrera científica la navecilla que miro, y anticipase á los viajes modernos de nuestro *Génio militar*, yendo con el fin de reunir descubrimientos náuticos, geográficos y astronómicos? Señores; fijaos mucho en aquella navecilla: entre los pilotos hay como una nube de frailecitos, vestidos de blanco, con una cruz roja y azul en el pecho: á su cabeza está un hombre, que tambien lleva túnica blanca y la cruz, el cual desde la proa se inclina y contempla delante el giro de las estrellas, pareciendo devorar con el ansia la extension del Mediterráneo. Lo reconozco: es Juan; el compañero de Félix, á quien hace poco escuchamos enardecido en el bosque de Valois. ¿Dónde va corriendo? ¿Qué nueva empresa de Argonautas, dados á buscar el «Vellocino de oro,» me repite y me representa?

Hombres, que colocais sólo el interés como estímulo de las operaciones humanas, no queriendo dominados los corazones por otros ni más castos afectos, sino por los de la utilidad, venid aquí y poneos á contemplar conmigo á este Juan.

Juan y Félix fueron á Roma, manifestando al Pontífice su intento generoso. Le dijeron que oyese y determinase, haciendo depender de Él

la resolución de poner manos á la obra, ó abandonar su pensamiento. El Papa, Inocencio III, examinó y meditó; reunió Cardenales y Obispos en el palacio de Letran, á fin de oír su consejo, mandando además oraciones en las Iglesias de Roma: habiendo llamado despues á los dos eremitas franceses, dijo: «Establezco la Orden de la Santísima Trinidad, cuyo noble intento es la redencion de los esclavos en las regiones de Berbería; recibid aquí la regla que el Obispo de París y el abate de San Víctor escribieron por orden mia, y que apruebo con una bula: la tercera parte de vuestros bienes y de los hermanos que os sigan quedará vinculada para el rescate de los cautivos; tomad aquí el hábito, que quiero blanco para significar la blancura del espíritu; tomad la cruz roja y azul, que llevareis en el pecho, para significar la fé y la caridad. Nombro á Juan primer Ministro General del Instituto. ¡Qué os bendiga el Señor! Id.»

Fueron. Hé aquí por qué ví á Juan sobre el toldo de la nave francesa, teniendo á su alrededor frailes blancos marcados con la cruz.

Cerca de las ruinas de la famosa Cartago, levantada con el fin de ocupar las antiguas murallas de la africana «Tharsis» de Tolomeo, levántase Túnez. Hállase á orillas de un lago, al que se penetra por el mar, y Juan entró por allí. ¡De qué metrópoli se hace ciudadano y de qué país! Allí está en la fuerte y soberbia roca del poder de los Musulmanes: tiene delante las arenas dilatadísimas de las regiones meridionales, donde se difunde el aire inflamado del interior del Africa, muy poco templado por las opuestas corrientes atmosféricas del rio Megerda, y por las costas del Atlante: allí está entre una batahola comercial, y entre una rueda incesante de asuntos, á los que moros, turcos y renegados se arrojan con igual ardor. Entre tanta gente diversa hay muchísimos esclavos, no pocos de los cuales aparecen conducidos desde lejos, suspirando por la libertad. A libertarlos tiende la obra de Juan: el no fabuloso Jason encuentra su «Vellofino de oro.»

Moralistas de lo útil, que celebráis á porfia el interés del beneficio mecánico, juzgad vosotros las acciones del negociador intrépido: compra y hace su mercado: por añadidura hace su mercado de hombres.

Junto á una mosquea, ocupados en rollar piezas de terciopelo y de otras telas, descubro cuatro personas que muestran aire de señores más que de otra cosa, sumamente peregrinos. Llevan en la cabeza el turbante rojo con puntas azules que caen sobre sus espaldas; empero por sus carnes blancas y sus ojos castaños se diferencian de las demás personas:—«Buenos hermanos, ¿de dónde sois?—Somos españoles; robáronnos en el mar, y por el pirata fuimos vendidos á poderoso señor.

¡Oh cuán dura es nuestra suerte! ¡Oh pobres familias las nuestras, abandonadas acaso para siempre!—Aguardad, buenos hermanos, dice Juan.—Se dirige al señor, y los rescata con el oro que tiene.

Pasando junto á una tienda, ve una mujer que prepara con sus manos un largo hilo de seda tosca con el fin de disponerlo para el trabajo de los obreros. ¡Qué semblante tiene aquella mujer! ¡Se parece del todo á una de nuestras hermanas de la Europa! piensa en sus adentros Juan. Aproxímase á ella y le dice: «¿Sois de Túnez?—¡De Túnez yo! ¡Yo turca! exclama. No, no: estoy en este país á despecho mio.» Hablando así, se pone á llorar, siguiendo despues: «Mi pobre marido fué muerto por los bárbaros en la rada de Barcelona: yo fuí arrastrada y conducida. Dejé allí á mis hijos abandonados y huérfanos: ¿vivirán aún? ¡Si á lo ménos permitieran estos perrazos que observase yo mi religion; que pudiese servir á Cristo y adorarlo segun la fe y el amor que tengo en mi alma! Ni áun esto: me robaron la familia y ahora me roban á Dios. Tambien yo tengo que ser una perra.—Valor, buena mujer, responde Juan: ha venido á encontrarte la redencion de Cristo.»—Y desembolsa el dinero por aquella misérrima esclava, con lo cual recobra su libertad.

Un día, habiendo salido de la ciudad, paseando por el declive de una suave colina, entre bosques pequeños de olivos y cedros ve correr algunos niños: se detiene arrebatado como por encantamiento sublime, porque los muchachos son bellísimos: se pone á escuchar, y percibe acentos que no dejan traslucir el sonido tosco del Africa. Por el contrario sus acentos tienen una dulce inflexion, neta y sonora, que trae á su memoria el lenguaje oido un año atrás en Roma. Acelera entonces el paso, á los niños llama y les pregunta: «¿Sois acaso cristianos de Italia.»

¡Cuál espectáculo! Los niños, quedando inmóviles, con su hermoso semblante inclinado hácia el pecho, claramente avergonzándose de la fealdad de sus vestidos, callan. Empero el más grandecito, garzon que tendría próximamente trece años, rompiendo el silencio, exclama: «Somos de las lagunas de Venecia: robados fuimos por los bárbaros, echados en un barco grande y conducidos aquí, habiéndonos condenado al oficio de conducir á los cerdos. ¿No ve usted allí arriba los sucios animales? ¿No escucha sus gruñidos? ¡Oh! Sea quien quiera el que se nos presenta en este campo, como uno de nuestros padres venerables, tenga piedad de nosotros.—¡Oh padres nuestros y madres nuestras! gritaron en aquel instante los demás niños. ¡Oh nuestra Venecia! ¡Oh nuestra patria!» Siguió un llanto infantil italiano en aquella costa distante, que traspasaba el corazon de dolor.

Quedó desgarrado Juan, y, mezclando sus lágrimas á las de los niños, dijo: «¡Por qué os desesperais, muchachos? ¡No habeis nunca rogado á Dios? ¡No habeis nunca repetido las oraciones que os enseñaron vuestras madres?»

Contestaron, apresurándose cada uno por hablar el primero: «Si, hemos recitado las oraciones todas las mañanas y todas las noches.» «¡Orais, niños, orais! Pues bien; cobrad alientos porque ya sois libres, exclama Juan llorando. Nunca os olvidó Dios: vereis nuevamente á Venecia y á vuestra patria; volveréis á ver á vuestros padres. ¡Pobres niños! Dentro de poco aquí os aguardo nuevamente, y dentro de poco nos alegraremos juntos.»

Los besa, retrocede, llama luego á una puerta, da el dinero, y á los pobrecitos liberta de la esclavitud.

¡Qué comercio, moralistas de lo útil! ¡Qué compras y qué adquisiciones en este Juan! ¡Hallais en él verdaderamente la pasion del oro y el afán de la ganancia que lo tiraniza? ¡Continuareis descubriendo al hombre bajo y venal en el apóstol libertador, cuando, rico con tal dulce presa, con las mujeres y con los niños, no esclavos ya sino libres, vuelve á Europa, y restituye, sin percibir un sueldo, estos cristianos sustraídos á las uñas de Mahoma, como tambien á la brutalidad de los amos, reintegrados en la vida del cuerpo y en la del espíritu?

Encarnado se ha el espíritu de Juan «en la Orden de la Trinidad;» y los Trinitarios se difunden, no sólo por Francia, sino tambien por España, Italia y Prusia: en cuarenta años abren unas seiscientas casas, tienen sus grandes *limosneras* para recibir moneda, y abundan en ellas las ofrendas de los bautizados: va el dinero á sembrar sus frutos en el suelo avaro de los infeles, sacándose de allí á escuadras los prisioneros regenerados. ¡Es todo esto empresas de mercenarios? ¡Os insolentais á vuestra vez moralistas de lo útil? ¡Resignaos, héroes de la caridad!

¿Mas tú, que dices, Cervantes?

Miguel, siervo encadenado por Arnaut Mami sobre las playas de Argel, que oculta en sí tal vez al personaje más clásico de su edad, que no tiene su mano izquierda, por haberla perdido en la batalla de Lepanto, donde combatió á las órdenes de Marco Antonio Colonna; Miguel, esclavo todo intrepidez, todo fuego, todo invencion, para el cual es insufrible su hórrido hado, medita, siendo más sublime que Spartaco, la liberacion de sus hermanos opresos. A punto está de realizarla; mas, descubierto, á muerte le condenan los bárbaros. ¿Quién lo salva? Los Padres de la «Trinidad.» ¿Quién lo redime del cautiverio, despues de seis años de hierros redoblados, de suplicios cada vez mayo-

res y de ardimiento nunca domado? Los padres de la «Trinidad (1).»

Vete ahora, noble Miguel; á tu amadísima España retorna: para tí encienden las teas nupciales, y seguramente vendrás á ser esposo: las justas literarias y las escenas teatrales te aguardan; por tu vívido estro juvenil serás dramático y novelista: te aguarda sobre todo la originalidad de la novela fantástica, y, autor para todos los siglos incomparable, redactarás el «Don Quijote.» Empero tú, noble Miguel, que te burlaste del tiempo pasado y del presente, dirige al futuro también la vena adivinadora y burlona; dirígete á nosotros, y golpea con tu junco á estos moralistas de lo útil, los cuales á tus libertadores y á tí mismo, tu ingenio y tus aventuras entierran en el lugar de los mercenarios!

¡Oh moralistas de lo útil! ¡Cómo despojais á la humana naturaleza de sus más bellas y magnánimas dotes! ¡Cómo la calumniáis! ¡Cómo hacéisla sórdida, mezquina y despreciable! ¡Cómo, queriendo que nos sometamos sin excepcion á la idolatría del oro, renegais de los conspicuos ímpetus del alma! Nosotros hemos nacido para volar con el espíritu al cielo, y os meteís en el polvo del mundo! ¡Ah miserables! Es la infamia vuestra escuela.

Terminemos, señores.

El argumento de la riqueza atrajo el argumento de la ética, porque la riqueza, en cuanto es apetecida por el hombre, y en cuanto se adquiere ó se usa, no puede subsistir sin la moral. Empero, según la doctrina de la Iglesia, la moral de la riqueza es digna de las criaturas racionales, que realizan el humano ordenamiento nuevo: realmente surge la moral de la justicia, la moral de la verdadera utilidad, y la moral de la pública beneficencia. Por el contrario, abandonando á la Iglesia católica para seguir ciegamente la economía social, la ética de la riqueza resulta tristísima: surge la moral de la simpatía, la moral del placer y la moral del interés, en la que no adelanta el hombre mismo, sino deshonorándose y angustiendo á sus mismos hermanos, y en la cual no se logra el flamante ordenamiento civil, sino el extravío común.

¿Qué sucede pues? ¿Qué juicio debemos formar, señores, relativamente á la segunda parte del problema?

Vedlo. Nada bueno, oponiéndose á la Iglesia, se puede prometer la riqueza de la economía; porque si la Iglesia nos proporciona la ética sapiente de la riqueza, la economía pública, á sus únicas fuerzas reducida, pervierte la conciencia en el hombre y su personal conducta.

---

(1) Véase la gran «Biografía» publicada por Missiaglia de Venecia, art. «Cervantes.»

Hecho hemos ya, hablando de la riqueza, dos estudios relevantes: uno etimológico y otro antropológico: ahora, para integrar el conocimiento que preciso es, acometer debemos otro estudio ó bien exámen nacional.

Vive unido el hombre, casi enlazado al sitio donde habita y á la propia edad. Tomad aun á los más frívolos mortales; observadlos atentamente, y vereis que, como su país y su siglo influyen en ellos templándolos, y por decirlo así dándoles color, tienen una influencia notoria sobre su siglo y el país á que pertenecen. Es un dar y un recibir: lo que da el hombre á sus contemporáneos son las ideas, las afecciones y sus obras, así como su existencia trasmitida é impresa, digámoslo así, en el exterior; de donde se sigue que el hombre, siendo excelente, á los demás mejora y presta un elemento de conservacion al Estado; ruin, por el contrario, y demente, marca una huella de ruina y de oprobio en la nacion.

Cuanto decimos del hombre, preciso es afirmarlo de las cosas. Las artes, las ciencias, los oficios, los comercios, las instituciones, las escuelas, y en breves palabras todos los objetos que llenan el mundo, en cuanto participan del movimiento del hombre, viviendo por él, mandan por sí mismos su vida excelente, ó ruin, útil ó dañosa, y la difunden como á última meta en todos: obrando así hacen feliz y bella, ó bien empeoran horriblemente la situacion de la sociedad civil.

¿Qué pasa, señores, entonces con la riqueza? No debo ya restringirme á la observacion de su faz, puesto que se me ha revelado bastante; no debo tampoco permanecer en la comparacion moral de sus obras, porque áun demasiado me fueron descubiertas: correspóndeme por el contrario mirar cuáles efectos produce en medio de los pueblos y qué destinos por ella se preparan á nuestra respectiva patria.

Si yo estoy con la Iglesia católica, y á tenor de su doctrina moderado socialmente la riqueza, paréceme que me debo alegrar del todo: hallo una próspera direccion dada á la cosa pública, y hallo las suertes nacionales aumentadas con un alegre peso de seguridad. Realmente, para omitir todo lo demás, la Iglesia me conduce á ganar y reunir tesoro en virtud del precepto de la honestidad y en la condicion indispensable de la justicia: por consecuencia, en el hombre rico considero yo al hombre justo, así como, señores, en las naciones ricas, á las naciones justas. ¿Y qué significa esto?

Escribió lo siguiente Aristóteles: «La justicia no es una parte de virtud, sino toda la virtud (1).» Con igual fuerza y más fecundamente ase-

---

(1) Aristóteles: *Ética a Nicomaco*: al fin.

veró Marco Tulio: «La justicia es la virtud que todas las demás contiene; la señora y la reina de todas (1).»

Optimamente: con el hombre rico y justo tengo por tanto el ejercicio y florecimiento de las diversas virtudes: con las naciones ricas y justas tengo las humanas estirpes de los leales, de los probos, de los intrépidos, de los sábios y de los generosos. ¿Quisiérais que la desventura social, el desprecio y el envilecimiento fueran asignados por destino á los magnánimos? Platon en sus *Diálogos*, exclamaba con una belleza poética: «Museo y su hijo quisieron que los dioses destinasen á los hombres justos bienes mejores que á los demás, como tambien que los hijos y los descendientes de tales hombres píos, justos y cumplidores de los juramentos, fueran por don divino propagando á muchos siglos su estirpe. Es la admonición de los libros santos, y la incesante admonición de la Iglesia. *Iusticia elevat gentem* (2).»

Prorrumpen los economistas en una careajada. ¿Dónde se hallan las naciones católicas, ricas y justas, venturosas, por consecuencia, y potentes?

¡Infelices! ¿No las hallais? Si esto es verdad, diré: ¿Dónde, ante todo, se hallan las naciones católicas y justas? ¿Ha ocurrido, pues, que habeis arrancado la semilla de la tierra de tales naciones católicas y justas por hacer el amor á la incredulidad y apostasia? Si no existen ya naciones católicas y justas, ¿cómo podré mostraros en ellas la felicidad que brota de la justicia? Por lo demás, si no las hallais entre las presentes, buscadlas en la historia: ved allí entre los siglos XII y XVI; se os presentarán de algun modo ricas y justas, felices y potentes. Con la Iglesia se tiene la coronacion exterior de la riqueza, que es la prosperidad comun ó nacional: *Iustitia elevat gentem*.

Me aparto de la Iglesia y del Catolicismo á fin de seguir incontinenti á la economía en sus pasos últimos.

Segun asegura Smith, «la sociedad civil no es más que una gran casa de comercio: en las riquezas consiste la felicidad y la grandeza de las naciones.» A la verdad, ¿eres rico? Durando la paz, promueves con el oro todo bien; facilitas el curso del tráfico, proteges las artes, difundes la instruccion, haces que cese la miseria de los trabajadores y llamas á todos los ciudadanos á fin de que acudan al banquete de la vida. Si estalla la guerra, abundando en oro, te preparas mejor contra el enemigo, equipas á tus soldados, provees á las faltas marciales, triunfas en suma en el campo de batalla, cual el oro te da el triunfo en la plaza del mercado.

(1) *Iustitia una virtus omnium, est, domina et regina virtutum.* Cic. *Offic.* lib. II.

(2) Proverbios, cap. XIV, v. 24.

El largo afán de los filósofos relativamente á la consecucion de la felicidad, tanto privada como pública, ha cesado por fin: haced ricos, y los pueblos vendrán á ser felices.

Verdad es que contra esta conclusion, hieren mi alma dudas gravísimas. Primeramente la riqueza, si en sí misma se contempla, es cosa puramente terrena y física: ahora bien; como el individuo no se puede satisfacer, porque con su alma supera desmesuradamente el orden temporal, esto mismo pasa con los pueblos: tienen tendencias morales, religiosas y divinas: hacer consistir en la riqueza ó en la materia su beatitud, vale tanto como darles muerte y en la parte mejor de su naturaleza. La riqueza, en segundo lugar, tomándola como simple instrumento, sirve magníficamente para realizar el bien, y nosotros como tal la ensalzamos, llamándola poderoso medio de ordenamiento humano y civil. Sólo que, precisamente porque allí es un instrumento, puede ser la riqueza empleada tambien mal, y puede llegar á ser medio de perdicion é infamia. En su virtud, si consideras que la economía pública, siguiendo el mal espíritu que la tiene invadida, te da sobre la riqueza una moral fácilmente dolorosa y criminal, dándote la moral de la simpatía, ó la moral del placer, ó la moral del interés, sientes por necesidad el desaliento, viendo que no emana de la riqueza la felicidad de los pueblos, emanando más bien manchas, incendios, fueros, tumultos y azotes.

Sigue por consecuencia que la economía, oponiéndose á la Iglesia, no se puede prometer cosas alegres de la riqueza, en lo referente á los destinos de las naciones.

Vamos á ideas de mayor vuelo y á explicaciones de mayor nervio.

El abate Antonio Genovesi, que asimismo enseña á reunir dinero y á felices hacer los pueblos; grita contra la estimacion excesiva que se tiene á las riquezas: halla que, queriéndolas ó apreciándolas demasadamente, se hace daño; créase la ruina de lo que quisieran llevar en la palma de la mano ó poner en el cielo, porque los tales, que desmedidamente las riquezas exaltan, mientras creen ir adelante, retroceden, llegando al punto de donde partieron. De lo cual, á su modo de ver, las razones son muchas y fuertes. Oigamos algunas.

Una razon es que el dinero da poco á poco á entender á los hombres que hasta él solo á la satisfaccion de todas las necesidades; se sigue que el ardor del espíritu ó la llama de la invencion extingüese, y el hombre se enfría en el trabajo, se enagena de las artes y á la impotencia se acostumbra. Maudeville, que á tal doctrina se opone, descubriendo en el ansia de las riquezas una fuerza que insta é impele á los hombres á la fatiga y á las artes, es válidamente redargüido por Ge-

novesi, el cual demuestra que, si las ansias moderadas y dirigidas por la razon aprovechan, las desenfrenadas é insaciables debilitan y enferman. Hubiera podido añadir que donde las ansias son gallardo estímulo para que obren los pueblos ansiosos de ser muy ricos, en los pueblos ya ricos, se apagan, sustituyendo en su pecho al estímulo la inercia, por lo cual resulta evidente que, abundando la riqueza, languidecen con facilidad el comercio y las artes.

Otra razon es que, como las riquezas crecen más que la necesidad de las permutas, inmediatamente por nuestra débil naturaleza persuaden á los espíritus de que más feliz es aquél que más riquezas posee. En su virtud, ocurre que, para reunir muchas y grandes, no se tiene ningun escrúpulo en inmolar á la voracidad las cosas más bellas, por ejemplo, la justicia, la humanidad y el honor, lo cual al fin no puede ménos de producir la ruina del Estado. Otros, con el citado Mandeville, creen que para librarse de la ruina basta la fuerza de las leyes civiles. Mas parece, segun escribe Genovesi, que no quieren saber que el dinero es la cabeza de Medusa, delante de la cual la leyes se debilitan ó se petrifican.

Otra razon es que las riquezas producen un lujo desmedido, comodidades y ternuras sobre todo, por lo que se afemina el carácter moral; pierden los pueblos su fibra y decaen (1).

Cerremos el libro del economista napolitano, y detengámonos aquí.

Celebran los pueblos ricos: de la riqueza que viene, se aglomera y se acumula, ven brotar la dicha nacional.

Empero ¿á qué gente corresponden los pisaverdes, los danzantes, los aduadores, aquellas turbas de vivos afeminados, solterones, que sin embargo van detrás de faldas, de joyas y de trenzas, siempre vagabundos; aquellos jóvenes que se hacen mujeres, aquellos viejos que se pintan á fin de parecer jóvenes, aquellos muchachos que no respetan á los jóvenes ni á los viejos, y muelles, débiles é insolentes arden por las pasiones más hinchadas de los adultos? Pertenece á los pueblos ricos. ¿De cuál estirpe son las mujeres vanidosas, altaneras, soberbias, bacantes, que como las depravadas hijas de la Grecia llevan encima el retrato de Epicuro en seda, y como las Drusilas, las Cesonias y las Ate, depravadísimas romanas, tiranizan á los hombres? Sí. ¿De cuál estirpe son las mujeres que cambian su casa propia por las ajenas, teniendo por teatro la plaza, por ídolo la incontinencia y por fin su propia adoracion? Estas son las mujeres de los pueblos ricos. ¿De qué ciudadanos forman parte aquellos nobles y aquellos señores que se su-

(1) Ab. Antonio Genove , *Opuscoli di economia politica*.

mergen en la etiqueta y en el fausto; que viven con el tributo de los bajos saludos, que tienen para dios suyo el vientre, que derrochan en banquetes, en parásitos y en amigos insaciables, eruditísimos en las glotonerías «apicianas,» ingeniosos para variar los adornos de las cámaras y las modas de las personas, necios por lo demás, débiles é ignorantes, por último, en todo lo restante? Tales nobles y tales señores fórman parte de los ciudadanos ricos. ¿En qué condicion social pululan aquellos políticos y aquellos gobernantes, que con el nombre de la patria cubren su voracidad y tienen alma venal, de modo que de venales tratan los oficios públicos, de venales los honores, de venales las leyes, de venales las paces, de venales las guerras, y como los gobernadores de Roma degenerados, están siempre prontos á comerciar con el Estado, vendiéndolo en pública subasta? (1). Pululan semejantes políticos en la social condicion que lujuriosa es y rica.

¡Es una pena que ahoga! ¡Es una vision espantosamente lúgubre para el que á la patria quiere. ¿No vemos acaso con los brazos por tierra, con los pechos destrozados, destruir en sí propios el nervio de la nacion, á estos políticos venales y compradores, á estos Epulones, á estas mujeres Bacantes, á estos jóvenes afeminados, y en suma á toda esta gente corrompida, que bulle á guisa de gusanos en el seno de la riqueza pública? ¿No los vemos, cadáveres errantes, quitarle la juventud y disponerle un último estrago?

Los briosos amenos economistas, sin pensar en los principios morales, celebran los pueblos ricos: en la riqueza que se aglomera y se acumula, ven la dicha nacional.

¿Mas puedo nutrir la esperanza de tal felicidad, si los paseantes cadáveres que tengo éntre los pies, exhalan el hedor del cementerio?

¡Oh jóvenes aduladores y muelles! ¡Tocad con fuerza vuestro laud y disponed el baile gallardamente! ¡Desahogaos, mujeres bacantes, y corred en tropel á la cloaca! ¡Tened, oh Epulones, bien preparada siempre vuestra mesa! ¡Poned delante, oh políticos venales, vuestras compras y vuestras ventas! Sois los hijos engordados de la nacion rica; mas ya se levantan los ávidos y maclentos hijos de las naciones pobres.

Leo yo los documentos de la historia, y me horrorizo. Hé aquí que Asia y Grecia vienen á ser presa de nuestros feroces antepasados; mas aquellos antepasados son aún pobres: hé aquí que, habiendo venido á ser Italia rica y soberbia, cae en poder de los bárbaros septentrionales; mas los bárbaros son pobres. Hé aquí que Arabia y Caldea, mescolanza de gentes pobres y activas, fundan en setenta y dos años en el siglo VII

(1) *Omnia Romae, Cum pretio.*—Juvenal III.

uno de los más vastos imperios de la tierra: el Imperio de los Mahometanos; mas los Mahometanos reúnen mucha riqueza, y llegan al siglo XIII opresos y conquistados por los Tártaros. Hé aquí que los mismos Tártaros, despues de haber conquistado á los Indios más de una vez y á los Chinos, se hacen ricos y decaen: pobres pueblos valen más que ellos. Aún sigo leyendo. Los Galas, pueblos pordioseros y tenaces del Africa, dirigen sus ímpetus contra los ricos reinos de Abisinia, los cuales no logran sostenerse, cediendo al saqueo y á la conquista de los pobres. Continúo leyendo. Los Portugueses y los Castellanos, dándose al comercio y á la conquista, se hacen ricos; mas gozan de sus riquezas los pueblos del Norte, ménos acomodados y más sóbrios. Hé aquí á España: la conquista de Cristóbal Colón le lleva el oro á su casa á sacos y á espuertas; ella se hace una guirnalda de oro, viniendo á ser la opulentísima de las naciones. ¡Desventurada! Bajo su guirnalda, sus lomos y sus brazos enferman, cayendo desmayada.

Pueblos modernos y ricos: yo tiemblo por vosotros.

¿A qué fin temblar? Los pueblos de nuestros dias, avisadísimos sobre todos, han provisto bien á sí propios. Todo ciudadano, en virtud de las nuevas leyes, es soldado. Ahora bien; el ejército espeso é inmenso es válida garantía de la nacion.

¡El ejército! ¿Es que no participa el ejército de las condiciones sociales? ¿No participa de ellas más estrechamente cuando vive y se mueve no aislado, sino esparcido y ondeante sobre los brazos de los ciudadanos? Si las condiciones sociales, por no ser sanas, corrompen al ciudadano seglar, ¿cómo pueden no corromper al ciudadano soldado. Vedlo: Anibal, con un enjambre de soldados pobres, descalzos, hambrientos; pero sanos é indómitos, cae desde los Alpes y destruye el poder de Roma: rodeado despues de soldados más numerosos; pero afeminados por las dulces áureas de Cápua, acostumbrados á la música, al canto y á las dulzuras de la vida, es vencido y disperso por los Romanos, antes vencidos y aterrados por él.

No es bastante, pueblos modernos, el manejo de las armas para salvaros: no bastan á tal fin el arte, el ingenio, las instituciones, las leyes meditadas y las múltiples riquezas: todo esto es juego de mecánica, y reunion de cuerpos: para mantener flórida la vida nacional, necesitáis del espíritu. Es preciso que el alma mande á la carne, siendo libre y señora del cuerpo. Es preciso que, la justicia mande á la materia y que produzca los hechos: es preciso que, informado el hombre por la justicia y por la verdad, tenga sometidas las cosas externas del mundo, sin quedar dominado por la sensualidad, y sin hacerse siervo de las cosas externas del mundo. A fin de que esto suceda, señores, es preciso

que la religion tenga lugar capitalísimo en el Estado y que señoree la civilizacion: con ella está la verdad y la justicia: por ella todos los bienes se trasmiten directamente. Baja Dios así sobre la tierra, avalorando al hombre con virtud no comun: los pobres se hacen honradamente ricos, conservándose los ricos íntegros y gloriosos. Hé aquí cómo á la nacion se comunica el movimiento de la vida.

¿Quereis ser ricos y vivir prósperamente? ¿Quereis que vuestra vida social llegue á ser estable y duradera?

Oid, huesos áridos, la palabra del Señor: recibid, cadáveres agitados y convulsos, el soplo del espíritu. Abrid paso, recibid en medio de vosotros al Dios de los pueblos modernos, y adorad á Jesucristo, el príncipe de los pobres.

El problema de la riqueza está resuelto.

¿Puede la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, prometerse de la riqueza el cumplimiento de la perfeccion social? Consideramos la riqueza bajo tres aspectos generalísimos; en su determinacion etimológica, en la accion que ejercita sobre la conciencia de los individuos humanos, y en los destinos de las naciones, probándose lo contrario de todo lo que afirman los economistas.

Por lo que hace al primero, con la Iglesia se tiene el verdadero concepto de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, pervierte con facilidad los términos de las cosas.

Por lo que hace al segundo, con la Iglesia se tiene la verdadera ética de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, deprava ordinariamente en el hombre la conducta moral.

Por lo que hace al tercero, con la Iglesia se tiene la verdadera coronacion externa de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, precipita las suertes de los pueblos.

## CONFERENCIA VIII.

---

### SI LA ECONOMÍA PROSPERA SEPARANDO Á LA IGLESIA

#### DEL PROGRESO DE LA POBLACION.

Imaginad delante de vosotros el paso de la entrada triunfal de un guerrero. Entre la turba de los que invaden, entre la batahola de los instrumentos músicos, y entre la explosion de los aplausos populares, distintamente os fijais en la contemplacion de dos cosas. Deteneis los ojos apasionados en los escudos y en los estandartes, donde se hallan escritos los nombres y los lugares de las victorias obtenidas; leeis en uno que fueron dispersas las tropas enemigas, en otro que fué una roca expugnada, y en otro que fué conquistada una ciudad. Mientras os ocupa el espectáculo éste, con igual pasion ó mayor os sentís compelidos á bajar la vista y ponerla en las falanges de los magnánimos que avanzan: son las falanges que á los enemigos dispersaron, que la fortaleza expugnaron y que la ciudad conquistaron; son las falanges para las cuales se ha decretado el honor del triunfo.

Señores, la economía pública y social, si miramos los libros que se ocupan en ella y los doctores que disertan sobre la misma, llamáronnos para que asistiéramos á un triunfo de comedia.

Dejemos á la gente que adelántase á su encuentro, los instrumentos músicos y los saludos frenéticos en que abunda; mas ¿no descubris sus banderas flotantes, promulgadoras de las victorias conseguidas? Os he descubierto ya varias de tales banderas, y os he dado á leer los lemas escritos en ellas. Una dice: «La sociedad civil es de simple institucion humana, y me pertenece toda.» Dice otra: «Libertad absoluta para todos; dejad hacer y dejad obrar.» Dice otra: «Derecho al trabajo.» Dice otra tambien: «Riqueza, patrimonio comun, y no herencia de pocos.»

Tal es la parte primera, y la parte fascinadora del espectáculo. Mas

¿dónde se hallan los magnánimos que avanzan detrás de los escudos y de las banderas?

¿Podrías poner en duda que la economía pública y social carece de tal ejército? ¿Creeis que se reduce á la soledad con tantos programas que difunde, los cuales son sus banderas; con tanto hacer y gritar, en lo que consisten sus armas; con tanto proscribir las antiguallas, las supersticiones y las tiranías, que son sus enemigos vencidos? No, no; se apresura el ejército económico á la sombra de los estandartes. Es la poblacion.

Difícilmente se hallaría un argumento más augusto en las disputas de los economistas; brota rectamente de los anteriores, siendo su realizacion y su término: es la verdad que cuanto va más adelante más se asegura: *vires acquirit eundo*; es la verdad, que toca por fin su anhelada meta. Escribió Garnier: «A la vez la poblacion es el intento y el medio de la industria humana que la riqueza crea; por consideracion á ella y por ella se realiza la produccion, como por ella tambien tiene lugar el consumo (1).» Por esto todos los programas, todas las enseñanzas económicas, todas las grandes luchas económicas, la de la libertad, la del trabajo, la de la riqueza concluyen aquí en el tema de la poblacion: el anhelo ardiente, por el cual vemos á la economía pública dominada, ó sea el anhelo de la reconstitucion civil y del perfeccionamiento humano se realiza igualmente aquí, por cuanto tiende al progreso de la poblacion en todo y por todo. Hé aquí la segunda y noble parte del espectáculo que os describo: hé aquí el ejército de los valientes y de los vencedores, á que son decretados los honores del triunfo.

Verdad es que, segun la economía pública, el progreso de la poblacion se diferencia entre sí en la propia medida en que se difunde: aunque ciencia jóven, la economía comprende ya los dos siglos XVIII y XIX; el progreso de la poblacion, bosquejado por ella tambien, abarca de igual modo dos siglos, aunque varía en ambos: ella le da una ley en el siglo XVIII, y le da una ley diversa en el siglo XIX. En el siglo pasado la economía pública consideraba el progreso de la poblacion «como aumento;» en el siglo presente lo considera «un obstáculo.»

Al parecer el espectáculo, que nos ponemos á ver, se hace magnífico extrañamente. Nosotros nos debemos entretener en tal magnificencia: nosotros, oradores racionales y católicos, debemos tomar nota de otra cosa.

Los antiguos triunfadores del Capitolio llevaban al lado la religion, anhelando por compañeros á los arúspices, á los sacrificadores y á los

---

(1) Garnier: *Du principe de population*.

pontífices sumos en el día del contento patrio. No dejaron los pueblos la costumbre de la intervencion religiosa en los triunfos nacionales: aun en la edad de nuestros padres, se vió entrelazar con la religion los triunfos de la Italia, como enlazánse hoy con ella las victorias prusianas.

¿Qué hace la economía relativamente á esto? ¿Llama el cristianismo á sí en su ruidoso y multiforme progreso de la poblacion? ¿Júzgase amiga de la Iglesia, ó por el contrario la rechaza? Podeis estar ciertos, señores, de que la rechaza. ¿Empero es discreta obrando así? ¿Es laudable?

Planteamos el siguiente problema. Al descartar la pública economía del progreso de la poblacion á la Iglesia, ¿se favorece á sí propia ó se perjudica?

Observo la doble doctrina económica sobre la poblacion, diciendo que por la fatal separacion se sigue un daño supremo para sí propia y para el mundo.

En el siglo XVIII, cuando la economía consideró un aumento el progreso de la poblacion, estimuló para que á la Iglesia se censurase, como si ella con el celibato y con su propio espíritu de mortificacion fuese á tal aumento contraria. Empero la Iglesia podia contestar á la economía: por una parte te veo generosa y por otra ciega: tus muchos cultores que me hieren, son intolerantes y ruinosos.

En el siglo XIX, cuando por el contrario la economía considera un obstáculo el progreso de la poblacion, da el mal ejemplo de olvidarse de la Iglesia, como si la Iglesia con el celibato y con su propio espíritu de mortificacion no contribuyese de ningun modo á tal obstáculo. Mas la Iglesia puede responder de nuevo á la economía: Por una parte te veo sagaz, y negligente por otra: tus numerosos cultores que me desprecian, son crueles y bárbaros.

---

El siglo XVIII es famoso por muchos y terribles hechos: es famoso por haber visto morir á Luis XIV, osecureciéndose bajo las piedras del sepulcro la gloria de su nombre; es famoso por haberse inclinado como discípulo á la Enciclopedia, y como sectario á la revolucion francesa; es famoso por haber saludado con alegría fraternal la liberacion de América: es famoso por haber producido á Napoleon. No es ménos famoso, señores, el siglo XVIII, por haber visto nacer como ciencia y abrir escuela entre los pueblos á la economía pública y social.

Exclamaba el Conde de Mirabeau con la elocuencia ardiente de un tribuno: «Desde que principió el mundo hasta nosotros hubo tres descu-

brimientos, que dieron á las sociedades políticas su principal solidez. El primero es la invencion de la escritura, única que confiere al género humano la facultad de transmitir sin alteraciones sus leyes, sus convenciones y sus anales. El segundo es la invencion de la moneda, este vínculo comun que une todas las naciones cultas y civilizadas. El tercero, que es el resultado de los otros, realizándole porque lleva su objeto en su perfeccion, es el «cuadro económico:» descubrimiento del que nuestro siglo tiene la gloria, y cuyos frutos saborearán los siglos venideros.»

Por consiguiente durante la carrera del siglo XVIII nos vemos compelidos á reverenciar el descubrimiento más grande de todos; la institucion de la economía pública.

Ahora bien: la economía pública, que ha venido á ser doctrina y magisterio por la vez primera, se dedicó á un trabajo varonil en lo referente al asunto por nosotros dilucidado, ó sea el de la poblacion: se puso á recoger los trozos desparramados de los conocimientos económicos que se tenian de los antiguos, á integrarlos y á reducirlos á ciencia, sometiéndolos á una ley, observando la cual se conseguiría el progreso de la poblacion.

¿Y qué cosa pensaban los antiguos relativamente á la poblacion? ¿Qué decian de ella los escritores y los códigos?

Dedicóse la economía á profundas indagaciones: vió y escogió documentos preciosos. A los Hebreos causaban horror las madres estériles y despreciaban el celibato: procuraban, como atestigua entre los profanos Seldeno, que los ciudadanos se circundaran de mucha prole (1). Los persas, segun Strabon, concedian honores y premios á los cónyuges que hubiesen producido más varones para el Estado: tal era el gran objeto de las leyes, complaciéndose sin duda en esto su doctrina religiosa y moral: uno de los dogmas de la religion de los Magos era crear un hijo, cultivar un campo y plantar un árbol. Los Griegos pensaban de la misma manera, y alimentaban la misma pasion de tener muchos hijos, reputando al célibe como un suicida, por tender á destruir el consorcio público, de que formaba parte. En su virtud, en Atenas, ni oradores, ni comandantes de ejércitos, en la hipótesis de que careciesen de prole, podian ser admitidos al gobierno de la república: así en Lacedemonia, queriéndose honrar á los padres, los que tenian tres hijos quedaban libres de ciertos servicios militares, y, teniendo cinco, librábanse de todas las cargas públicas. Los célibes, por otra parte, eran excluidos de los juegos gimnásticos, y debian en el invierno atravesar

(1) Seldeno: *Diritto di natura*, lib. V. cap. 6.

sin vestidos la plaza pública, cantando un himno irrisorio (1). No dejaban los Romanos de ofrecer ejemplos semejantes. Dicese que Rómulo ya honró con algunos privilegios á los padres de familia: vemos que antes los reyes, y despues el pueblo y el Senado en la época de la república, publicaban reglamentos y favorecian los enlaces (2). Más aún: más tarde se gravó á los célibes con impuestos, premiándose á los padres ancianos (3). Prohibía César á las mujeres que, llegadas al nono lustro, no tuvieran esposo ni prole, llevar joyas, alentando con premios á los matrimonios legítimos; cuando los caballeros romanos, amantes de su libertad, pidieron que tales leyes fueran anuladas, en una muy ardiente arenga conservada por Dion, llamaba César á los romanos «homicidas,» por querer deshecha la república; llamábales tambien «impíos,» por querer desobedecer la órden de los dioses; llamábales «sacrílegos,» porque abatir querían el nombre de sus mayores; llamábales finalmente «pérfidos,» porque procuraban desolar á la patria, dejándola sin sus nobles habitantes. En su virtud reforzaba las leyes referente á las nupcias.

Las enseñanzas de los antiguos son en esto de una evidencia y de una facundia innegable: la economía pública, que se puso á recoger tales órdenes y tales hechos, á fin de convertirlos, por decirlo así, en jugo y en sangre, se persuadió por consiguiente de que debía consistir el progreso de la poblacion en el mayor número de los ciudadanos. Hé aquí por qué no se amaba el celibato, y se promovían los matrimonios.

Continuando en la síntesis histórica, al pasar la economía del mundo antiguo al moderno, encontró que no se habia engañado de ningun modo en su juicio. A las puertas de Alemania encontró á Lutero, que acometido habia la nueva reforma de los cristianos, enardeciéndose al predicar del matrimonio, y declarando apóstata de la verdadera fé de Dios á todo el que hubiese permanecido célibe ó soltero. En Francia encontró á Enrique IV, que juzgaba tanto más grande el poder y la riqueza de los reyes, cuanto más inmenso fuera el número de los súbditos: halló allí mismo á Vauban, quien acariciaba el pensamiento del cuarto Enrique, creyendo que por el número de los súbditos, más que por la extension de los Estados, se debía medir la grandeza del príncipe y de la nacion: conoció al gran Luis XIV, el cual habia con un edicto librado de las cargas públicas á los que antes de veinte años se hubiesen casado, no bien tuvieran diez hijos legítimos.

(1) Plutarco: *Vida de Licurgo*.

(2) Dion. *St.*, lib. LVI.

(3) Valerio Máximo, lib. II y IX.—Gellio, lib. V, cap. 19.

¡No hay duda! resolvió entonces la economía pública: yo que me dedico al estudio de la población, y quiero el progreso social, veo perfectamente lo que hacer me importa: apartarme del celibato, encendiendo por el contrario las teas nupciales, coronando á los esposos. En la espesa multitud de los vivos la población halla su florecimiento.

En su virtud, dándose á considerar los grandes hombres contemporáneos y los ingenios más insignes del siglo XVIII, la economía pública oyó en su boca como un eco, ó un sonido que repetía sus palabras. ¡Qué demostraba realmente Mostesquieu en sus libros? Demostraba la necesidad de leyes, que favorecieran la propagación de la humana especie. ¡Qué cosa enseñaba Filangieri? Filangieri, según la marcha económica de su edad, consideraba sabias estas leyes. ¡Qué cosa quería Morelly? En su «Código de la natura» promulgaba leyes bajo el nombre de «conyugales,» por las que cada ciudadano, con tal que no fuese de ruin estampa, era obligado al matrimonio: después de cuarenta años el celibato estaba prohibido absolutamente. ¡Qué hacía en Inglaterra el ministro Pitt? En 1797 proponía un *bill* para recompensar á los padres de numerosa familia. Y Napoleon I, ya dueño de media Europa, ¿qué hacía? Sometía al cuidado y á expensas del Estado el hijo que perteneciese al padre de siete hijos varones; cuando Madama de Stael le preguntaba qué mujer del mundo, muerta ó viva, antepondría él á las demás, el vencedor de Ulma y de Austerlitz respondía: «La que tiene más hijos.»

Excusad á la economía, ó más bien admiradla, señores míos, si ella está en su pensamiento arraigada. De todo el juicio de las edades pasadas, del mundo viejo y del mundo moderno, quiso deducir las normas, á que se une el movimiento de la población: esta ley tiene hoy en el puño, y tan fuertemente que no oscila entre sus dedos: en su virtud aplicarála confiadamente. Una población es tanto más próspera, rica y alegre cuanto es más numerosa: en el número creciente de los súbditos está la felicidad comun. De Gournay, Malheshesbes, Trudaine de Montigny, Quesnay, Raubaud, Letrosne, Turgot y cien otros, profesan tal principio ó á lo ménos lo suponen. Hé aquí aferrada la ley del verdadero progreso de la población: sus avances se consiguen por aumento.

Me bastan las presentes indicaciones para ponerlos en claro lindamente cómo la economía pensaba relativamente á la población en el siglo XVIII, acumulando en sus indagaciones la ciencia de los antiguos.

Sólo que fijando en el aumento la ley del progreso que al pueblo pertenece; exaltados á fuerza de alabanzas los matrimonios y repellido el celibato, abrióse paso á una censura muy áspera contra la Iglesia,

porque la Iglesia católica es la tierna madre de los célibes: fundó instituciones de todo color, casas y monumentos para proteger el sagrado celibato y la virginidad: cubriendo con su sombra los célibes y las vírgenes, no pudo mirar de buena manera, ni sufrir el aumento de la población. Esto fué afirmado. Y la economía pública fué tanto más lista en afilar el diente de los murmuradores [cuanto procedía como alumna é hija casi de la incrédula filosofía del Sena: esta desgracia le había tocado. ¿Qué no gritaban fastidioso y atroz los filósofos franceses contra la Iglesia? ¿De qué maleficios no la inculpaban? ¿Y cuál arte estudiaban mejor que el de hacerla comunmente considerar enemiga del género humano? Pues bien: hé aquí una prueba nueva: el progreso del pueblo va en aumento; la Iglesia, con el celibato, con el espíritu de la propia mortificación, lo recorta, lo disminuye y lo detiene. Los economistas del siglo XVIII, mayormente si eran extraños á Italia, se unieron á los filósofos del siglo XVIII: repitieron sus gritos y pronunciaron sus frases.

Fueron por una parte, señores, generosos tales economistas; mas por otra parte fueron ciegos.

Paréceme que si en aquel pleito económico del siglo XVIII imaginamos el pensamiento de la Iglesia de Jesucristo, espontáneamente haremos que á la economía responda de la manera siguiente: Tú, economía pública, eres generosa; tienes la pasión de los jóvenes, con los que te acompañas y te asemejas por tu edad: impetuosamente caminas en la frescura de tus fuerzas y en la superabundancia de tus afectos. Por esto yo te admiro.

Eres generosa, porque aumentar la prole de nuestra especie vale tanto como aumentar el número de las almas racionales, en las que Dios estampó el más alto poder de la tierra; esto es, procurar una dilatación más grande de las inteligencias y del amor. Vale tanto como aumentar el número de los cuerpos humanos, ó sea multiplicar los instrumentos y los vehículos de la razón: estos ojos, que absorben la luz del cielo, y espejo se hacen de las maravillas de la naturaleza: estas orejas, que aogen los fenómenos de los sonidos y de las armonías, transmitiéndolos al alma por la imitación y por la respuesta: esta lengua sobre la que descende, por decirlo así, el prodigio del habla: estos brazos, á los que recomendada está especialmente la fábrica del mundo artificial. Está bien; al querer aumentar el número de la población, te admiro y te celebro por generosa.

Prosigue la Iglesia. «Empero dime, dime, economía: ¿no eres tú por ventura otro tanto ciega? Hablamos del bien vivir, del progreso social, en cuanto el progreso se une á la población. Ahora bien; ¿crearás tú

que sólo por el número y no más bien por las condiciones tanto civiles como políticas en que vive un pueblo, florece mucho el decantado progreso? Aténgome yo á la condicion y no al número, viendo que no me equivoco.

Hé aquí, señores, las firmes argumentaciones de la Iglesia.

Un pueblo en verdad, para recorrer el camino del progreso, debe tener temperamento fuerte, sábia educación é instruccion oportuna: es preciso que sea religioso, que ame la virtud y que respete las leyes: es preciso que ante todo siga la marcha moral. De tal pueblo brotará una fuerza, una actividad que pondrá, por decirlo así, en su mano, como parto natural, la prosperidad. Ahora bien; no nacen directamente del número ni con el número se relacionan las dotes estas que nombro, y estas virtudes que recomiendo: luces son que brotan de aurora muy diversa. Los puede poseer un pueblo de mediana grandeza, viniendo á ser por consiguiente feliz y próspero: puede, por el contrario, hallarse un pueblo de grandeza desmesurada que no las tenga, por lo cual se haga mísero y se incline á su ocaso. ¡Os empeñais empero vosotros en atribuir despues de todo al número el progreso de la poblacion? ¡Ciegos! Hacedis del progreso una cuestion de cifras: sois aritméticos, mas no filósofos, ni políticos, ni filántropos: reducis al juego mecánico de la enumeracion las fuerzas vivas del pueblo y lo arruinais, porque se sustraen á la accion del cálculo la sabiduría, el consejo, la prudencia, la justicia, la fortaleza, y otras virtudes morales que forman á los pueblos gallardos: experimentanse tales virtudes; pero no se cuentan: está la vida social en el desarrollo que tienen en los espíritus, y no en el registro que se hace de la poblacion. Hábiles sois al hacer una estadística del Estado; mas esto no impide que, mientras estais computando y haciendo sumas, se os pueda formar entre los pies un sepulcro ó una cloaca.

Instruíos mediante la historia. Era la Grecia un retazo de gente: ocupaba una zona de suelo tan reducida, que ahora desaparecería aunque sólo fuese como provincia de un vasto reino. Mas aquel pueblo era un puñado de héroes, los cuales valían mucho más que las innúmeras falanges de Persia: aquellos sábios venían á ser los maestros de toda la tierra. Sin embargo vosotros, para explicar el progreso de la poblacion, no estimais moralmente las cosas, sino que contais. Haced otro parangon que diariamente se presenta: comparad la pobladísima China con la pequenísima Bélgica, Pekin con Bruselas. La urbanidad, las costumbres suaves, las letras, la fraternidad, la moderacion política y la libertad, ¿dónde prueban mejor? ¿Bajo la humilde dinastía de Brabante, ó en el inmenso imperio del Sol? Sin embargo, vosotros sacais

de la multitud y no del valor el progreso de la población: ¡vosotros contais!

Por las argumentaciones de la Iglesia nos es lícito pues decir en alta voz que la economía, formando la ley del progreso popular en el mayor número, incurrió en un error trivial: su intento es generoso; pero igualmente ó peor se muestra ciega.

Bien que, señores míos, mientras la Iglesia católica, acusada y herida por la economía la convence de error, y abate la teoría del aumento, realiza un doble trabajo: justificase además á sí propia. En su virtud vuelvo á oír yo su palabra: Tú, economía, muerdes el celibato sagrado protegido por mí; muerdes el espíritu de mortificación, que asimismo es un don hecho á mí por Jesucristo; me crucificas por esto y me quieres extirpada del siglo, como si lo llenase yo de desolacion. ¿Qué haces, mal aconsejada? ¿No conoces que, hiriéndome, hieres al pueblo en realidad, y comprometes el porvenir de aquel progreso que por encima está de tus pensamientos? Detente, y mira la iniquidad que cometes: aquellos discípulos tuyos que contra mí se lanzan son al mismo tiempo intolerantes y ruinosos.

Realmente, si en el mayor número no está el progreso del pueblo, conservar algunos hombres, cuando tienen la vocacion, célibes y vírgenes, no es cosa que perjudique al desarrollo de la población: recomendar además la modestia, la reserva, la ley del pudor entre los cónyuges, envolverlo todo en suma en el espíritu moral de la mortificación, como el Evangelio manda, no es siquiera un hecho que impida el progreso del pueblo. Es poco, señores, lo que yo digo: si en efecto el popular progreso, más que del número, brota, como ya observamos, y va en aumento por las condiciones civiles y políticas; si es un efecto político de la educación honrada, de la recta enseñanza, de las leyes pródidas y especialmente de la religión, ¿quién podrá poner en duda que allí donde los casados y los célibes se procuren tales bienes con ahínco se realizará muy en abundancia el más alegre y fácil progreso de la población? Sí: el matrimonio y el celibato, puestos bajo la vigilancia maternal de la Iglesia, llenos del aroma del cristianismo, son los dos grandes elementos de la prosperidad y aun de la abundancia del pueblo. Creed á Volney, el cual, hablando de Turquía, os dice que las familias cristianas tienen allí más hijos que las musulmanas. Creed al antiguo Numa, que, habiendo formado la resolución de crear el pueblo del naciente Lazio, proscribía con fuertes penas la prostitucion por ser contraria al incremento de las familias (1). No es la poligamia si-

(1) Eineccio: *Com. ad leg. Jul. ecc. Papiam Poppaeam*, lib. 1. cap. II.

simultánea y sucia la que hace aumentar las generaciones, ni es de ningún modo, señores, la depravación: el hombre que se desordena en sus afectos y en sus pasiones, pierde fuerza y á ser viene árido: ocurre con él lo que con el germen de las plantas, que, cuanto más perdido y disipado está, ménos produce. Pudiera con fundamento adaptarse aquí aquella robusta opinion de Müret; «¡Tanta fuerza vital y tan poca fuerza engendradora!» Relativamente al celibato y á la virginidad, en que se concentra el fuego del alma, conservándose más y más el vigor de las tradiciones, el bien que pasa por ellas á la sociedad civil es precioso é inefable cuanto es ménos patente: desempeña el oficio de una consagración universal; es el bautismo y la confirmación en medio de lo profano. Escribió en su virtud Juan María Ortes en uno de sus mejores libros: «El celibato es tan necesario cual el matrimonio para conservar una población. Reprochar el celibato á los célibes es lo mismo que reprochar el matrimonio á los casados. La voluntaria abstinencia del matrimonio es una prueba en el hombre de la sublimidad de su sér y de su razón (1).»

La economía del pasado siglo y los buenos alumnos que comenzaron á enseñar en nombre de la maestra, corrieron velocísimamente á maldecir en la Iglesia el celibato y el espíritu de la mortificación. Señores de la intolerancia y del fanatismo económico; ¿no descubris que con las malas heridas á la iglesia desgarráis los miembros del pueblo, y vuestras carnes? ¡Aumento de la población: el mayor aumento posible! Tal es vuestra ley del progreso. ¡Progreso popular que intolerancia es franca y cruda! ¡Progreso sinónimo del exterminio! Decid á los magnánimos célibes que pongan fin á su abstinencia y que tomen mujer: oireis la respuesta que os darán. Decid por ejemplo á Miguel Angel que se case. «Lástima grande, Miguel Angel, que no hayais tomado mujer, porque hubiérais tenido muchos hijos, dejándoles tantas fatigas honradas.» Miguel Angel respondió así al impertinente: «Yo tengo demasiada mujer en el arte que me ha hecho siempre sufrir, y mis hijos serán las obras que dejaré; ¡ay de Lorenzo de Bartoluccio Ghiberti, si no hubiera hecho las puertas de San Juan, porque los hijos y los nietos le han vendido, y mandado en hora mala todo lo que dejó: las puertas aún están en pié.»

No importa: ¡la economía del pasado siglo y los alumnos que recitan el latín de la maestra, mueven gran estrépito en torno de la Iglesia por su celibato y por el espíritu de la mortificación!

Exclama César Beccaria: «Hombre intolerante, suspende tu cólera.

---

(1) Juan María Ortes: *Riflessioni sulla popolazione delle nazioni.*

Yo venero la santidad del celibato religioso (1).» El profesor Antonio Scialoia dice también: «Lo admiro yo tanto más, porque reputo que debe ser sobrenatural la fuerza que lo hace abrazar (2).» Bello es este combatir de los economistas contra los economistas: algunos hay menos aprensivos ó más altos, que reprenden á la turba de los estudiantes. En el celibato está la fuerza sobrenatural que lo avalora, y está la santidad de la religion: en su virtud, incluye la primera chispa, la primera veneracion de que son capaces los humanos espíritus: destruir el celibato y el pudor cristiano con él, valdría tanto como destruir en su raiz la sociedad civil.

Ha concluido una de las dos partes de nuestra conferencia.

En el siglo XVIII, cuando la economía consideró progreso los avances de la poblacion, estimuló para que á la Iglesia censurasen, como si ella con el celibato y con su propio espíritu de mortificacion se opusiese á tal aumento. Mas nosotros atendimos, pareciéndonos oír á la Iglesia responder á la economía que la ley del progreso popular estaba groseramente equivocada. Por un lado la economía pública, con la teoría del aumento se muestra generosa; mas por el otro resulta ciega: sus muchos cultores que á la Iglesia hieren en esto, intolerantes son y ruinosos.

---

Del siglo XVIII entramos en el XIX. Es un paso lírico y sublime que se hace por salto; dar este salto es tan fácil que ningun hombre lo advierte siquiera. Viven aún algunos de nuestros hermanos, los cuales dejaron la cuna en el último siglo, y ahora están á nuestro lado con sus venerables canas: si les preguntais por el momento y el punto en que desde un siglo pasaron al otro, os dirán que no conservan el menor recuerdo. El tiempo no corta con la hoz, ni lo dividen las edades, como no pone tampoco barreras al curso de los siglos: es un rio que corre sin obstáculos y sin orillas.

Mas, señores, la economía pública y social, relativamente á la ley que gobierna el progreso de la poblacion, no puede juzgarse inadvertida de lo que le ocurrió al cambiar de edad: creo que debe conservar recuerdo del salto que dió al abandonar el siglo XVIII para ser habitante del XIX, porque, al dar aquel salto, sólo con hacerse moderna y nuestra coetánea, se trasformó.

Sin duda el siglo XIX, como el XVIII, es famoso por muchas cosas ruidosas; es famoso, aunque no fuese sino por sus trasformaciones

---

(1) C. Beccaria. *Lezioni di economia pubblica.*

(2) A. Scialoia. *I principii dell economia sociale*, Sec. cuarta, cap. 1.132.

mecánicas y científicas. Nuestro siglo vió las ranas convertirse bajo los experimentos de Galvani en fenómenos eléctricos, obrando más prodigios en el aire que en el agua; vió el guijarro y la piedra, sometidos á la pila de Volta, convertidos en llamas de luz; vió la «benzina» de olor desagradable obedecer la acción química, trasformándose luego en perfume dulce y suave; vió el humo, trocado en locomotora, como también la luz pintar y hablar con lengua metálica el «electricismo;» vió el sol, que antes se consideraba cuerpo sólido, cambiarse en una líquida composición de «titanio,» de calcio, de «bario,» de sulfato, de magnesia, de hidrógeno y de qué sé yo. Díjose que nuestro siglo vió también cambiarse á la mona en nuestra tatarabuena; mas ahora que se ha puesto los lentes de la ciencia positiva, y que por sus setenta y cinco años dejó de ser un párvulo, habiéndose convertido en un viejo de buen juicio, advierte que las bromas no se deben tomar en serio, y que conviene mucho dejar á la mona, siendo, como es, perpétua diversion para el humor satírico de los mortales.

De todas maneras el cambio sufrido en nuestros días por la economía pública relativamente al principio moderador de la población, fué más desproporcionado, como fué ciertamente más rápido.

Casi toda doctrina humana tiene, señores, una cosmogonía; cuando nace, con diversos pedazos compone su todo orgánico: despues, dotada de progreso más ó ménos lento, aunque ordinariamente larguísimo, poco á poco se desarrolla enriqueciéndose con nuestros avances: llega finalmente al colmo del arco la noble caminante; entonces, gastadas sus fuerzas, recorre la curva descendente y se hace vieja, yendo tan allá que al grado llega de cristalización, siendo marcada por curiosidad á los estudiosos cual una estaláctita. Al verla los jóvenes estudiosos, dicen: Es antediluviana tal doctrina y corresponde al tiempo de los fósiles de la ciencia. A fin de que todo esto se realice se necesitan siglos.

No siglos, sino el trascurso de pocos años bastó, según dije, á la doctrina económica sobre la población para envejecer. ¿Por ventura progresa la población por aumento? Si lo asegurais, os califican hoy de antediluvianos, y venís á ser una estaláctita; vosotros y vuestra teoría sois arrojados á los fósiles de la economía. ¡Oh inconstancia y fugacidad de las cosas humanas! Expliquémonos bien aquí: demostremos con los últimos descubrimientos de la ciencia en que se hace consistir la ley que preside al progreso de la población.

Platon en la «República» y en las «Leyes» afirmó que se debería limitar el número de los habitantes de cada país, á fin de que fuera siempre proporcionado á su riqueza. Aristóteles halló peligro en los matrimonios demasiado precoces, y, temiendo que fueran los hijos demasiado

abundantes, marcó un término á la procreacion de la prole. Mas los dos griegos filósofos, al defender semejantes doctrinas, quedaron solos, y sus admoniciones se perdieron en el vacío. En tiempos más próximos el pensamiento de colocar el progreso de la poblacion en la restriccion del número, asomó, por decirlo así, á la mente de algunos escritores, los primeros de los cuales fueron italianos. Tal Nicolás Machiavelli, para quien el número extraordinario de la poblacion, más que causa de riqueza lo es de miseria, y produce la necesidad de las emigraciones (1). Tal Botero, quien, viendo impelida la propagacion de los hombres á crecer desmedidamente, y el aumento de la ciudad impelido á multiplicarse sin término, lamentó los males que surgian, queriendo que la poblacion se acomodase á los medios de vivir (2). Más próximos aún, italianos igualmente, Beccaria, Verri, Ricci, y Ortes sobre todo, defendieron poco más ó menos la propia teoría. Con todo les dejaron escribir y protestar; como su doctrina no fué bastante á impedir las censuras contra el celibato de la Iglesia, no adquirió gran crédito, ni introdujo cambio en la economía pública.

Era necesario que uno encarnara más profundamente el pensamiento de la limitacion, que hiciera en él estudios parciales, que lo ventilase por todos sus lados, y que fuese anunciándolo en coyunturas más favorables, así como en sitio mucho más oportuno: el hombre apareció en Escocia, y fué Roberto Malthus.

Malthus es el solemne austero escritor de la poblacion, como Cornelio Tácito es el escritor solemne de la Roma imperial, cuyos «Anales» redacta. Anhela Malthus la prosperidad de la poblacion; pero la desea contrariamente á todas las enseñanzas de la escuela económica. Habíase dicho y decíase aún que se realiza por el aumento el progreso de la poblacion. ¡Necios! exclama Malthus: ¿habeis pensado dónde os conduce á vosotros el aumento ilimitado? Que se pueble ansío el mundo; mas ante todo lo quiero feliz. Ahora bien; no podrá ser feliz si le faltan medios de alegrarse y de comer.

Aquí se adelanta y con todo su vigor la teoría «malthusiana.»

La poblacion en tanto avanza, es risueña y fuerte, en cuanto abunda en objetos de produccion. Acreditado la razon de los contrarios: donde la produccion disminuye y cesa, la poblacion vese á su vez constreñida á cesar y debe sucumbir. Por consecuencia la produccion es la «señora» de la poblacion. Estas dos cosas no van al mismo paso, porque la poblacion tiende de continuo, no sólo á ir hasta los extremos límites de

(1) N. Machiavelli. *Discorso su la prima Deca di Tito Livio*, lib. II, cap. VIII.

(2) G. Botero. *Ragione di Stato.—Della grandezza delle città.*

las subsistencias, sino tambien á excederlos: ella va en progresion geométrica, mientras la subsistencia marcha sólo en progresion aritmética. Malthus escribe un discurso, acaso tan terrible como una imprecacion de Tácito. «Parece que Dios se enró muchísimo de la especie y poquísimos de los individuos. Vemos realmente á los seres vivos capaces de tan desmedida fecundidad, de tan extraordinario poder de multiplicacion y de tan exuberante profusion de gérmenes, que parece asegurado el destino de la especie de manera estable; lo cual no pasa con los individuos, porque, no pudiendo todos los gérmenes estar en posesion de la vida, preciso es que no sean vivificados, ó que mueran prematuramente. El hombre no constituye una excepcion de tal ley (1).» En la propia especie se multiplica extraordinariamente; la generacion humana, como en América, se duplica cada veinte y cinco años. Por el contrario los medios de subsistencia escasean, siendo suficientes sólo para un número determinado. Los hombres que de tal número exceden dan en la miseria, en el hambre y en el embrutecimiento, siendo forzoso que muchísimos desaparezcan del mundo violentamente. ¿Teneis buen juicio los que deseais el progreso del pueblo por aumento? De ningun modo. Siendo así, ¿en qué debe consistir la verdadera ley de la poblacion?

La teoría de Malthus se integra descendiendo á sus formidables aplicaciones.

Sólo á dos clases de remedios ó de obstáculos, escribe Malthus, cabe recurrir para refrenar el exceso de la poblacion: los «preventivos» y los «represivos.» Los obstáculos preventivos dependen de la voluntad humana, consintiendo en la moderacion y en la prevision, ó sea procurando hacer ménos frecuentes los matrimonios para restringir el número de los nacimientos. Consisten los obstáculos represivos en la destruccion, la cual se realiza siempre que, dejando los hombres de ser previsores y moderados, abundando los matrimonios y los nacimientos, aumenta el pueblo más que los medios de alimentarse. La naturaleza toma entonces á su cargo disminuirlo: con las enfermedades, con las guerras y con sus mil tormentos lo destruye ó lo diezma. Sostiene Malthus con firmeza el principio de que la poblacion tiende á nivelarse con las subsistencias, habiendo visto que se nivelaba de aquella forma. Empero desaliéntase por las guerras, por las pestes y por los mil tormentos; los obstáculos represivos y la destruccion aterran su alma, que sin embargo es de temple robusto: hombre casi atormentado y con la palidez en sus mejillas, medita cosa muy grave. Hé aquí su pen-

---

(1) T. R. Malthus: «Ensayo sobre la poblacion.»

samiento. ¿Deseais que la destruccion nunca os arranque del siglo? Reunid vosotros mismos contra el mal los obstáculos preventivos: absteneos muchos del matrimonio. La especie se salva; pero el individuo corre otro riesgo: vosotros, individuos, proveed á vuestros casos con la templanza. Añade aquí una cosa más dura y áspera que el estoicismo de Cornelio Tácito. Dice: «Un hombre que nace en un mundo ya ocupado por otros, si su familia no puede alimentarlo, ó si la sociedad no necesita su trabajo, no tiene derecho á pedir porcion alguna de alimento, hallándose realmente de más sobre la tierra: en el gran banquete de la naturaleza no hay puesto para él. La naturaleza le manda que se marche y ella misma se apresura á cumplir su orden.» Verdad es que este párrafo de Malthus fué suprimido en las últimas ediciones de su obra; mas la doctrina de donde se dedujo permanece, no perdiendo su naturaleza, por más que le quiten aquellas líneas. Es como quien quita-se de las historias de Tácito un episodio de Tiberio y de Neron: aquellas páginas del narrador cejijunto hervirían siempre del mismo modo por la propia indignacion. Entretanto Malthus sigue aferrado á los obstáculos preventivos; para disminuir el excesivo número de la poblacion revela las torpezas de la miseria, prescribiendo con implacable tono el celibato á las dos terceras partes de la humanidad.

Tal es la teoría de Malthus: lo que resulta más especioso es que la teoría que sonó de improviso como viento de tempestad en las escuelas económicas, que tantas objeciones suscitó y tantísimos aplausos obtuvo, logró por el mismo choque de los aplausos y de las objeciones imprimir más radical y largamente sus huellas en la ciencia: fué como un elemento del primitivo caos, á que no faltó el éxito, habiéndole servido la lucha. Las indignadas voces de Godwin, de Proudhon, de Burat, de Leroux, de Daumis, de Luis Blanc, de Coquille y de otros semejantes que lo atacaron, no sirvieron: debilitáronse aquellas voces. Pasó por encima de todas: en el eco de las voces landatorias y amigas, cortejada por Stuart Mill, por David Ricardo, por Senior, por Francis Place, por Miss Harriet Martineau, por Jorge Combe, por lord Brougham, por José Garnier, por Carlos Combe, por Miguel Chevalier, por Dunoyer, por Carlile, por Legoyt, por Bastiat, por Molinari, por Rossi, por Florez Estrada y por otros innumerables, se alzó para ejercer un imperio pacífico en la economía. De Malthus se dijo que en su «Ensayo sobre la poblacion» habia descubierto la ley del orden moral de la sociedad, como Newton, con el principio de la gravitacion universal, arrancado habia tambien á la naturaleza el secreto del mecanismo del universo físico.

Asegurémonos, señores, por lo tanto: al hablar de la teoría de Mal-

thus no tenemos en frente la opinion privada de un economista, ni un jiron desgarrado y vacilante de ciencia, sino la ciencia misma y la economía. La economía pública nos confiesa que en esto anduvo al revés: el progreso de la poblacion no se realiza por aumento, sino por continenencia.

¿Se realiza por continencia? Los nuevos estudios, el inmenso descubrimiento realizado, ¿demuestran que á fin de hacer progresar la poblacion es preciso disminuir el número de los matrimonios y el número de los nacimientos, recomendando á muchos hombres el celibato? ¿A dónde fueron las fogosas invectivas, los sarcasmos, las baladronadas económicas del siglo XVIII lanzadas contra la Iglesia, como si con sus célibes y su espíritu de la propia mortificacion disminuyese la poblacion y adversaria fuese de nuestra especie? ¿Tenian fundamento aquellas sátiras y aquellas lamentaciones? Hicieron destilar el cerebro de los pobres clérigos para contestar: ¡Ved que con el celibato no os combatimos! ¡E hicieron con toda su alma llorar á la virgencita, cuyo nombre infamaban con los improperios de la ciencia, destruyendo su claustro con la maza de la revolucion francesa! Hubiera podido la Iglesia gritar á los dementes aquellos que aguardasen un poco, y que con su propia lengua, mudando su enseñanza, les darian la razon; mas los dementes no tenian paciencia y se ponian furiosos de todas maneras. Sólo que llegó en nuestros dias el alegre instante, cambiando la enseñanza: el celibato es tan promovido por los economistas, como puede serlo por la Iglesia católica. ¡Alegría, alegría!

Prescindid del himno; no canteis alegría y paz á la Iglesia, que Jesucristo envió en son de guerra á los hombres, por estar envuelta en la persecucion del mundo incesantemente. Advierto yo la gran desventura contemporánea.

Así como en el siglo XVIII la Iglesia se halló en la época enciclopédica y filosófica, por lo cual la economía se le arrojó encima, siendo su adversaria, en el siglo XIX la Iglesia se halla en otra época funestísima, por la cual la economía es trastornada, impidiéndose que sea católica: me refiero á la época de la separacion. Ahora los estadistas, los políticos, los diplomáticos se han puesto á decretar por ley la separacion de los dos poderes temporal y espiritual, dividiendo así los gobiernos de la Iglesia que geográficamente no son los grandes continentes del globo, mas que está dividida, por ejemplo, el Asia del Africa, ni América de la Europa. Se dijo: Cada uno haga particularmente lo que le parezca: nosotros, hombres públicos, no nos ocupamos en religion. Descendida de lo alto aquella doctrina, divulgada la legislación aquella, parto siempre de la incrédula filosofía francesa, la manía de la se-

paracion invadió universalmente los hombres y las cosas: como aguardarse debía, los primeros que debían quedar separados de la religion y de Dios fueron los estudios, así como con ellos las artes y las ciencias.

Es crear de veras un mundo nuevo, separado de todo el antiguo. Un mundo no visto, ni tampoco imaginado; pero es un mundo tal que, apartándonos de los padres, precipítanos á los hijos en la soledad. Decidme si, admitiendo la separacion ansiada, podriais entreteneros más familiarmente, como amigos en medio de amigos, con aquellos espíritus sublimes, que saludais llamándoles «genios humanos.» No, por cuanto no se separaban de ningun modo; vosotros considerais un bien la separacion que reputaban ellos un mal. ¡Oh solitarios! No podeis ser compañeros de los sumos poetas Homero, Virgilio y Dante, en los cuales hay un cántico perenne á la Divinidad, á la religion y al cielo. No podeis ser compañeros de los supremos artistas Fidas, Apeles, Miguel, Angel y Rafael, de cuyo buril y de cuyo pincel salían númenes, santos y ángeles. No podeis ser compañeros de los que fundaron los pueblos desde Caronda hasta Justiniano, y desde Justiniano hasta Alejandro I de Rusia, los cuales promulgaban la ley en nombre de Dios. No podeis ser compañeros de los excelentes músicos, porque Orfeo y Aníon cantaban á los dioses, como recientemente aún vimos á Rossini, á Bellini, á Donizzetti cantar el «Miserere,» el «Moisés,» el «Stabat Mater» y la santa «Misa.» No podeis ser compañeros de los héroes, porque desde la edad de Ciro hasta la de los Napoleones dieron gracias á Dios por las grandes victorias. Vosotros, pues, os separais con furia de cuanto posee el mundo en belleza, gloria y amor, porque sin duda en todo lo suave, glorioso y bello se ve, por decirlo así, la marca del cielo. Renegais de todo, lanzándoos más allá de lo desconocido y de lo real.... ¡Oh solitarios! ¿Es que meditásteis el bátrat, en el cual amigo y piadoso ni os sigue Dios?

Pues bien: dominada igualmente por el furor de la separacion, la economía pública y social se mueve contra la Iglesia: la mira de pie delante y la desdeña, obrando como si no existiera en el mundo. Constreñida finalmente, la economía predica el celibato á su vez y el abstenerse de la mujer. Empero más bien que buscar una aliada en ella, que con más autoridad y santamente á los célibes educa y á los que se reprimen por conciencia, le vuelve las espaldas: que no meta el dedo la Iglesia en las limitaciones de la poblacion, en que hace consistir su progreso. Así dice gritando la regañona: «Mantente lejos, porque nada tengo que hacer contigo.» Y se marcha.

Por un lado son sagaces, y por otro negligentes los economistas del siglo XIX.

Si nuevamente suponemos á la Iglesia conversando con la economía, suenan sus palabras á nosotros de la manera siguiente: Eres sagaz, economía pública; no lo niego. Ahora que tu Malthus te abrió los ojos, piensas que aumentar materialmente los súbditos de las naciones, llenando el mundo de vidas humanas, no es bastante para el progreso de la población: es como quien se alegrase de tener el campo cubierto con malas yerbas y hojas, sin pensar en otra cosa: el campo quedaría convertido en una especie de bosque. Eres sagaz: conoces por fin que la sociedad civil no debe ser bosque ni selva; y que de una batahola no se deben aguardar las voces mejores de la armonía; que la multitud, sea cual sea el orden en que se contemple, causa estrépito y no aumenta la razón. Eres sagaz, puesto que colocaste la ley que hace progresar al pueblo en otras condiciones sociales de temple superior y diferentes del número.

Empero, economía, ¿no eres al propio tiempo negligente?

¡Extraña cosa! En el siglo XVIII era el número una exageración: la disminución del número es otra exageración en el siglo XIX: corrióse tanto, en un instante, que de una exageración se pasó á otra exageración económica. La sábia economía no niega que, áun en el gran número de la población, se puede conseguir el progreso deseado. Brota éste de más altas razones especiales, no quebrantándose fatalmente por la trituración del número. Poned el número en movimiento, y haced que marche ordenado; no veo que no podais quedar satisfechos. ¿Qué hay productor en el pueblo de prosperidad y abundancia? El trabajo. ¿De dónde sale, por decirlo así, el trabajo? De los brazos. Multiplicad, pues, los brazos, y sometedlos á la ley querida, como podeis: vendrá lo que pide la economía con el fin de hacer feliz á un pueblo: la prosperidad y las comodidades. La tierra es suficientemente grande para recibir á todos los nacidos de mujer, y es suficientemente fértil para dar pan á todos. Más aún: una ingeniosa economista inglesa, doña M. G. Fauvrett, nos prueba que «el aumento de la población hace de varios modos subir la renta del suelo (1). El *crescite et multiplicamini* de la Biblia no fué dicho por una divinidad irrisoria y maligna: es palabra de Dios.

\* Federico Bastiat, loco perdido por la doctrina de Malthus, principia y sigue ponderándola y enalteciéndola con sus trompetas, hasta destruir los tímpanos de los sordos; defiende de todas maneras la ley de la continencia; mas ¿lo sabéis? Mientras toma el brazo de Malthus y nos lo da como un sabio de primer orden, viene á conclusiones de todo

(1) M. G. Fauvrett. *Principios de economía política*. Sección tercera, cap. I.

punto contrarias á las suyas, y descortesmente lo deja plantado. Escribe: «Necesítase probar que la poblacion es por sí misma una fuerza, como tambien probar el aumento necesario de poder productivo, naciente de la densidad de la poblacion. Hé aquí el elemento importante olvidado por Malthus, y que nos hará ver la armonía donde Malthus sólo vió la disonancia.» ¡Hé aquí los negligentes! ¡Hé aquí los desatentos! Bastiat, en el capítulo del «Cambio,» continúa: «Hemos demostrado que en el aislamiento las necesidades superan las facultades, y que por el contrario en el estado social las facultades superan las necesidades. Tal exceso de las facultades sobre las necesidades proviene del cambio que asociacion es de esfuerzos y separacion de ocupaciones. «En su virtud, una accion es una reaccion de causas y efectos en un círculo de progreso inmenso (1).»

De lo cual nada vió Malthus y poco ven los que le siguen. Malthus se nos presenta tanto más negligente cuanto encierra su teoría en el absoluto: quiere que las poblaciones hallen su límite en las riquezas, por lo cual promulga la ley de la «continencia,» no considerando el clima, ni la estirpe, ni el estado de civilizacion, ni el tiempo en que las poblaciones viven. Ahora bien: tales elementos, siempre diversos entre sí, producen una ondulacion, y una variedad, que se sustraen á lo absoluto de la teoría: hacen que, aún presupuesta la «continencia,» un pueblo puede ser escaso y mísero; hacen tambien que, aún sin ninguna «continencia,» un pueblo sea numerosísimo y próspero. Francia, que mandaba sus hijos á pelear y á morir en los ejércitos de Bonaparte, veia entretanto crecer la familia de los ciudadanos: España, que al concluir el siglo pasado tenía un pueblo de ocho millones, poseia veinte y ocho millones de habitantes en el principio de la edad moderna. No empleaba más tarde ni entonces la «continencia:» las poblaciones disminuyen ó aumentan, vienen á ser ricas ó pobres, segun su tierra ó los acontecimientos públicos, sin hallarse sometidas á la «continencia» del Escocés. Ahora bien. Si nosotros (diremos con Baudrillart) pusiéramos el mapa de la Europa, con la indicacion de sus riquezas naturales, ante quien no conociese la historia, éste la consideraría de seguro como un pais maldito comparado con las otras partes del mundo. Considerando los diversos paises de la misma Europa, llamaría prósperas á Italia y á Grecia, como tambien miserables á Prusia, Bretaña y Galia, siendo así que, por el contrario, se halla la riqueza máxima donde creería dominante á la pobreza.

Los errores de Malthus sobresalen aquí admirablemente: hallándose

(1) Federico Bastiat. *Armonies économiques.*

como encarcelado en la idea del absoluto, no vió nada fuera, siendo negligente en lo demás. Agudamente lo notó De Gerando: «Esclavo de una idea dominante, el autor del *Ensayo sobre la poblacion* abandónase á ella sin reserva: combatiendo exageraciones, da en exageraciones contrarias: con verdades útiles mezcla consideraciones particulares; y por querer sacar aplicaciones absolutas, altera las consecuencias (1).»

Vamos; dejemos estas argumentaciones científicas: el lenguaje que viene de la boca de la Iglesia, es mucho más sencillo y maternal.

¿No eres negligente, oh economía, en realidad? Tú quieres muchos hombres sin mujer, á fin de que la poblacion no aumente demasiado; á fin de que faltando el alimento á muchísimos, no salgan los pobres, los arruinados, los mendigos y los pordioseros, que te dan náuseas, te fastidian y te horrorizan. Mas ¡irreflexiva! ¿es acaso suficiente impedir los matrimonios para que no vengan hijos? ¿Para que la poblacion no aumente? ¿Para que no tornen á hervir los arruinados, los vagabundos, los ociosos y los degenerados? ¿Por ventura no se puede sustituir fácilmente á la prole legítima la ilegítima? En la edad decadente de los Augustos llenábase Roma de hombres solteros, y veía detestadas las nupcias. Sin embargo, su pueblo era exuberante, por exuberantes ser las proles: proles indecentes, oscuras y malvadas, por las que á pedazos caia el imperio latino. Se dice pronto: «¡Sed célibes!» Aun es más fácil repetir con las enseñanzas económicas en las manos: «Os obligo al celibato.» Mas ¿qué haces, economía, por tu parte, á fin de que se admita el celibato de buena gana y se conserve? Es, como sabes, cosa excepcional; á fin de que tenga lugar establemente, preciso es formarlo y fortalecerlo. Ahora bien: ¿piensas tú en la educacion de los célibes? Hablas continuamente de prevision: ¿has previsto esta necesidad suprema? ¡Negligente! Mirame. Tú, como vieja madre de los célibes, te burlas de mí. Bien está; pero inquiere á cuáles estudios me dedico, y qué precauciones tomo á fin de que amen el celibato y se mantenga floreciente. Quiero que mis célibes, consagrados al servicio del Redentor, dejen las necias aficiones del siglo; quiero que se retiren, que no comercien, que no se den á las artes profanas, que no peleen y que no se distingán por el lujo: por esto los recibo en apartadas casas, y los ordeno en compañías en torno de los altares; los elevo para que mediten las verdades eternas, y los llevo á que se fortalezcan en los sacramentos: les digo por la mañana y por la noche que abandonarse á las tentaciones de la carne maldicion es de Dios. En su virtud tengo una compañía muy numerosa de personas electas: aun cuando el

(1) B. De Gerando. *De la Bienfaisance publique*. Intr.

mundo ponga sus ojos en todas ellas y me arrebate algunas, muchísimas perseveran, y no vengo á ser una viuda desconsolada. De aquí los levitas, los sacerdotes y los monjes, que á mis órdenes trabajan fielmente, complaciendo á Dios y á los hombres: los honores que debió rendirles la tierra, referidos son por la historia.

A imitación del Redentor, la Iglesia adoctrina con un relato: no refiere una parábola, sino un hecho histórico.

Suenan las trompetas de caza por los montes de la Calabria: Caballeros de uniformes dorados, de moreno y noble semblante oprimen el dorso de impacientes caballos: corren y vuelan siguiendo las huellas de animales selváticos que huyen por los bosques. De vez en cuándo suenan gritos de gozo, siguiendo un rumor que atruena el bosque; de vez en cuándo saludan mucho los caballeros, profiriendo un nombre con reverencia, como lo harían los súbditos con el monarca. ¿Qué nombre? El del que preside aquella empresa del bosque; es el nombre del hijo famoso del normando Tancredo de Altavilla, Ruggero, conde de Calabria, y despues soberano de Sicilia, el cual preséntase á sus cortesanos risueño, y corresponde á los saludos cortesmente: alegre por alguna de sus victorias, quiere ser el más valeroso entre los intrépidos.

Los caballeros se han extraviado por haber corrido demasiado locamente: sin terreno libre ni huella de camino, sigue Ruggero: principia el aire á ser oscuro y sube ya la sombra de una de aquellas majestuosas noches de otoño, que hacen olvidar la tierra por la dulzura de la vista del cielo. Entonces los caballeros, dejando aparte los juegos y los ardores de la caza, procuran orientarse: explora Ruggero primeramente, estudiando los pasos y las salidas, cuando de pronto se para: algo blanquea en el fondo de un antro. No es una fiera; ¿será tal vez aparición fantástica? ¿Acaso el alma de un difunto?

Es la gruta donde vive San Bruno con sus compañeros, y donde pronto se levantará la Cartuja. El conde Ruggero se aproxima, mirando atentamente aquel fantasma blanco; reconoce al varon, llamándole por su nombre, porque habia contraído amistad íntima con él, cuando vivian juntos, al estudiar en París. «Bruno, Bruno; ¿eres tú?» Llama pronto á sus caballeros á fin de que lo rodeen, y se postra ante Bruno casi adorándolo.

¿Qué contraste tan magnífico el gallardo varon, señor del lugar, y el ascético eremita, que sólo tiene un pie sobre la tierra como en actitud de abandonarla! El varon hace al eremita humildes protestas de servidumbre, por ser verdaderamente digno de homenaje; le ofrece dones suntuosos y le suplica que los acepte: el austero Bruno, desalentado

por los ofrecimientos, los rechaza; precisamente es digno de veneracion, porque se levanta vencedor de la tierra.

Dice la Iglesia á la economíá: Considera este ejemplo, uno de los mil que aducir pudiera, en el cual se manifiesta qué ternura y qué tributo de gloria el siglo debe á los célibes y á los pobres del Evangelio: deben ser respetados y bendecidos, por estar educados santamente para la sociedad moral y para la virtud. ¿Qué pasa por el contrario con tus célibes? ¿Qué pasa con tus célibes, que sólo se quieren tales para no engrosar con el matrimonio la muchísima poblacion? ¿Qué pasa con tus mendigos, con tus vagabundos y con tus arruinados? ¿Sabes renovar su conciencia? No exijo que á tus hijos eduques para la ermita ó el convento; no demando que los sometas á las privaciones austeras y al perpétuo rigor de la virginidad; pero, ¡ah! ¿no es absolutamente necesario que cultives en ellos un poco de pudor, un poco de templanza, un poco de dignidad en las ideas, en los afectos y en las obras? ¿Cómo los adornas tú con tales bienes? ¿Cómo ennobleces á los pobres que nunca faltan, si, fastidiada de mí y de la cruz, no procuras recurrir á los medios de la santificacion cristiana? Ve, negligente, á los pies de Jesucristo; ve á inspirarte en su doctrina: aprende cómo divinamente se cree, cómo se ama, cómo se doma la naturaleza rebelde, cómo se redime por la gracia el humano individuo y la sociedad civil: toma de aquel fuego celestial, de aquella sabiduría secreta y de aquel poder sobrehumano, que venció á la muerte con el dolor. Haz esto; entonces me hablarás de castidad y pobreza redimida: entonces te consideraré mi compañera para la sábia educacion de los célibes y de los arruinados.

Los economistas del siglo XIX son por añadidura crueles y bárbaros.

Volvamos á la teoría del Escocés, fijándonos más en los obstáculos preventivos y represivos, relativamente á los cuales hace grande ostentacion de lógica y de ciencia comparativa: á mí me parece que algunos medios requeridos para contener el ímpetu de la poblacion sobrante, no pueden por parte del hombre realizarse sin caer en la barbaría y en los afectos ruines.

Realmente, ateniéndoos á los remedios preventivos, confiáis en el celibato; pero ¿qué arte teneis á vuestra disposicion para que lo admitan? Recomendais la prevision, y decís: Atended, hermanos, y no contraigais matrimonio si vivís en la indigencia; evitad los enlaces precoces, y no queráis crear una familia si careceis de medios para mantenerla. Y así sucesivamente. Palabras bellísimas, mas, si bien parecen justas á quien las escribe y medita en los libros, tienen por re-

gla general un sonido desagradable para los hombres, porque van derechamente contra el instinto de la procreacion. Ahora bien: querer impedir ó detener tal instinto en quien lo siente y ansía secundarlo, es cosa que peca de crueldad. ¿No es una voz despiadada la que dice gritando, á quien tiene el derecho y la natural ambicion de ser padre: «Sigue así, hombre imprevisor; continúa siendo célibe?»

Los célibes de la Iglesia son voluntarios, y están por consiguiente contentos: los célibes de la economía no podrían menos de serlo forzosamente, hallándose por consecuencia despechados y furiosos.

¿Furiosos? ¿No escuchais y no descubris cómo los economistas defensores de Malthus promueven el celibato? Emplean la persuasion, y proceden sirviéndose del raciocinio: quieren que conozcas que no es bueno en la pobreza mantener esposa é hijos, y quieren que por tal conocimiento te determines á no contraer matrimonio. Paciencia si apremia el instinto de la procreacion: la razon debe prevalecer y domar aquel instinto.

San Pablo, un poco más caritativo que nuestros economistas, decía: *Melius est nubere quam uri* (1). El arma de la razon sacada por Malthus y sus seguidores es muy especiosa: ¡apaciguar con la razon y persuadir con argumentos óptimos de que tomar mujer escaseando los medios sería ruinoso! Mas ¿quién está dispuesto á entender semejante argumentacion? Serían los más dispuestos los estudiosos, los cultos y los ricos; mas estos, como veis, pueden atender á las necesidades de la familia, no necesitando vuestros silogismos. La gente que los necesita es la de las clases ínfimas: son los trabajadores, los artesanos y los hijos del pueblo. Ahora bien; ordinariamente son ignorantes, sin educacion, no atendiendo, ni escuchando vuestros sermones racionales, ni vuestros consejos filosóficos. Además, aunque sus medios humanos escasean, sienten gallardísimo el estímulo á la familia. Decidles y repetid con gran fuerza: «Reflexionad, medita, pensad...» ¿Qué peso tienen vuestras palabras? Ninguno. ¿Presumís sin embargo que vuestro consejo no será inútil? ¿Creeis que surgirá el celibato que vosotros recomendais? Preciso es que á las palabras siga el hecho: entonces, por el espectáculo de la represion popular, dejad que yo grite: ¡Oh despiadados economistas! ¡Crueles! ¡Bárbaros!

No sueño, señores: los mismos de Malthus advierten que sirve de poco el arma de la razon, porque va siempre á caer en sitio donde se despunta, ó sea en el bajo pueblo; por lo cual asoma en su teoría siempre recomendada la coercion. Stuart Mill, que habló sin miramientos,

(1) San Pablo 1.<sup>a</sup> á los Corintios, cap. VII, v. 9.

dijo que necesario es prohibir el matrimonio á los pobres, pronto atenuando esta enormidad con otra; por ejemplo, la de un «mínimum» de salario, con el reconocimiento formal del derecho á la asistencia. Varios gobiernos que se inspiraron en la doctrina del Escocés, dispusieron gentilezas semejantes: así vemos en Noruega prohibido el matrimonio á quien no pruebe que se halla en disposicion de mantener una familia; en el Meklemburgo son los matrimonios mucho tiempo diferidos por las necesidades del servicio militar, permitiéndose sólo á los que tienen domicilio y medios de subsistencia: vemos otro tanto en el Württemberg, donde para casarse preciso es reunir de ingreso de ochocientos á mil florines en las grandes ciudades: de cuatrocientos á quinientos en las pequeñas, y doscientos en las aldeas. Vemos que no puede ningun obrero en Sajonia casarse, como primeramente no consiga el grado de maestro en su oficio; en Lubecca tambien retardan los matrimonios entre los pobres por la obligacion de tomar parte en la Guardia Cívica, viéndose por ello constreñidos á tener un armamento que cuesta mil francos.

¡Despiadados economistas! ¡Crueles! ¡Bárbaros! Me con viene advertir que tal barbárie ocurre desde que se quiso confiar en la ciencia sólo, y se consideró el hombre sin Dios. ¿No vísteis el agravio que los economistas hacen á la Iglesia, echándola como andrajo inútil, y como hierro enmohecido?

Me siento impelido á la ira; pero más fácilmente me reprimo y lloro. Malthus profirió la blasfemia de que «Dios al parecer se curó muchísimo de la especie, y muy poco de los individuos. ¡Ah! ¡Patrocina la causa de los individuos? Protege á los poderosos y á los ricos; aplastando á los miserables. Elocuentemente César Cantú escribe: «Roberto Malthus halla el vicio, no en la sociedad sino en los individuos; sobre todo en la ignorancia y en la degradacion de las clases ínfimas: endurecese por los sufrimientos de nuestros semejantes, considerándolos merecidos.... Si con la poblacion aumentan el vicio y la miseria, ¿qué hacer deberá la sociedad, sino excluir del banquete de la vida á cuantos vienen despues que los puestos están ocupados? Por consiguiente, no dar limosnas, ni dotes, ni alimentar á los expósitos, ni socorrer con otros subsidios á los que, alentando el ocio, multiplican los infelices. Pueblo bajo que acudes á las puertas del comerciante, pidiendo limosna, y al taller del artesano pidiendo trabajo, vete: estorbas, porque la tierra es para los ricos. ¿Pretendes que á lo ménos el Señor te ha concedido las castas alegrías de un matrimonio y de una prole, sin que pueda la sociedad arrebatártelas? No; que te prohiban engendrar; déjese á la naturaleza el cuidado de castigarte por el delito con la indigencia. Empe-

ro consérvense sagrados la herencia y los privilegios, porque la igualdad sólo aumentaría los vicios y la miseria (1).»

¡Oh pobres, pobres! Tan amados por Cristo, buscados primeramente por El, ternura incesante, y riqueza de la Iglesia. ¡Con qué arte, con qué corazón os tratan los economistas!

Dicen los de Malthus: Por consiguiendo vosotros, condenando á los célibes de la economía y defendiendo por el contrario los derechos de los arruinados, dejais que la poblacion aumente con exceso, y atraeis sobre su cabeza las represiones á que la naturaleza recurre: el hambre, la peste y la guerra. Así la poblacion se limita por la muerte. ¡Qué bello regalo!

Nos hallamos en el segundo de los obstáculos que indica Malthus para moderar el exceso del número: los obstáculos represivos.

Perdonadme: paréceme, señores economistas, que sois los que ante todo empleais los obstáculos represivos: los empleais sin querer de ningun modo dejar que aquella mala ejecucion la realice la naturaleza. ¿Qué cosa son vuestros obstáculos preventivos de que hablamos hasta aquí? Son precisamente obstáculos represivos; vosotros reprimís el instinto de la generacion humana; reprimís á los pobres; reprimís la caridad de los ricos; reprimís las benéficas instituciones de los gobiernos y reprimís á la Iglesia con daño de todos. Cambiásteis los términos. Llevais la guerra en la teoría, y, poniéndoos á realizarla, sembráis la muerte por el mundo.

Respondamos á un ataque que se nos han dirigido, lo cual equivale á penetrar en la parte ardiente y recta de la cuestion.

¿Por ventura nosotros, condenando á los célibes de la economía y sosteniendo los derechos de los arruinados, queremos que la naturaleza limite la poblacion humana con el hambre, la peste y la guerra? No.

Ante todo, no condenamos absolutamente á los célibes de la sociedad civil. Así como entre los profanos admitimos el celibato de los doctos, el celibato de los no amigos del matrimonio, con tal que sean honestos, y en parte asimismo el celibato de los militares, con gusto admitimos el celibato de los prudentes, ó sea de los que á tiempo se abstienen del matrimonio, porque, careciendo de bienes de fortuna, no lo podrían soportar, y dejarían en tristísima situacion á las mujeres lo propio que á los hijos. Mas mientras convenimos en esto, caen nuestras condenaciones sobre los célibes de la economía de Malthus, ya porque ansia célibes sin educarlos religiosamente, ya porque los quiere célibes bajo el sello de la prohibicion, por cálculo, en número fijo y por ne-

(1) C. Cantu: *Storia des cento anni*. Vol. III.

cesaria violencia: de cuyos dos agravios se sigue que no cabe verdadero y moral celibato; así como que, lejos de poner un dique al mal, la población se mancha é inunda.

Por consiguiente, curando los obstáculos primitivos, nos oponemos también nosotros, y con más risueña esperanza del éxito, á que sobrevengan los represivos.

En segundo lugar los hombres, privados de medios de subsistencia, no son para nosotros objeto indeclinable de corrupcion, porque la depravacion privada y pública, no tiene por causa únicamente la miseria, teniendo también otras, peores tal vez, de lo que no se quiso persuadir Malthus. Por lo que hace á los simplemente míseros y arruinados, si han venido á ser tales ya, no se debe coger un látigo á fin de azotarles, y, despues de azotados, despedirlos, sino que por el contrario ha de procurarse su redencion. Ciertamente Malthus no quiere figurar con los filántropos y los apóstoles de la plebe: más bien ansía que se levante su busto en los salones de los ricos, y que los prepotentes pronuncien su oracion fúnebre: ¡poco democrático es á la verdad! Nosotros, por el contrario, queremos á los pobres: apresurándonos á levantarles, sin quererles aplastar, aguardamos un gran bien. Los pobres santificados por la religion han cambiado la faz de los siglos.

Por consiguiente, al interesarnos por los pobres y al defender su augusta pero aborrecida causa, nos movemos saludablemente nosotros también por lo que hace á los obstáculos preventivos, y oponemos así formal estorbo para que los represivos estallen.

¿Qué nos echaron en cara? Condenando nosotros á los célibes de la economía, y sosteniendo contemporáneamente los derechos de los arruinados, ¿queremos una población enorme y corrupta? ¿Queremos la peste, la guerra y el hambre? Ellos no alejan con su crueldad la guerra, el hambre y la peste: nosotros mitigamos estos monstruos con la inteligencia y el amor de la Iglesia.

Por la intervencion de Cristo y de la Iglesia se puede realizar cosa mucho más señalada.

Supongamos que la población crezca extraordinariamente: ¿por qué no deberían ser los medios de subsistencia bastantes para todos? Responden los economistas. Porque las necesidades superan el alimento; éste va en progresion aritmética, al paso que los hombres marchan en progresion geométrica. Perfectamente, digo yo; las necesidades superan el alimento; mas ¿de qué necesidades piensan hablar?

Scialoia, donde disputa sobre las humanas necesidades, alude á las que son efecto indispensable de la vida, é indica igualmente otras en cuyo cumplimiento está la satisfaccion del vivir; distincion por lo

demás comun entre los moralistas (1). Concédase, pues, que, así como el hombre necesita vivir, necesita igualmente gozar de la vida. Empero entre unas y otras necesidades hay una oscilacion y una diferencia grandísima: las primeras son enteramente precisas, y las segundas resultan, por decirlo así, de una precision templada: el hombre debe vivir; pero por lo que hace al goce de la vida está bien que se fijen modos y reservas. Vednos en la cuestion: los medios de remediar las primeras necesidades, son medios de subsistencia real; los medios de satisfacer las segundas, son medios de apetito y de goce.

Mis honorables economistas, decidme bajo vuestra palabra: ¿cuáles son las necesidades para las que más frecuentemente no existen medios de subsistencia? ¿Son por ventura las necesidades de la vida? No; son las necesidades del goce. ¿Acaso no vemos nosotros en qué se gasta más, se consume, se disipa y se derrocha? El hombre devora la tierra, y grita que no es suficiente para él, no tanto porque le impulsa su necesidad de vivir, cuanto porque tiene precision en la vida de cometer excesos y despilfarrar. A ciertos señores cuesta más el caballo de lujo que al campesino la horriquilla para ciertos servicios: cuesta más el juego que la parca cocina de la familia: cuestan más al pisaverde los bailes y los teatros, que á los hombres del pueblo los simples vestidos para su persona: cuesta más á la señorita la moda, que conservar en pié la vida de un miserable: traga más una manceba de lo que deshacen cien mujeres morigeradas: derrocha más un hijo extraviado que lo que consumen cien padres juiciosos: más fácilmente se queda sin su patrimonio marital la jóven viuda sin prole y haragana, en torno de la que vuelan los aduladores y los pretendientes, que la viuda de muchos años, honrada y sóbria, coronada con los frutos de sus doce partos. El goce, y sobre todo el vil, gasta mil francos por hora, viniendo á ser pobre de continuo por la tarde, mientras la vida del hombre honrado se satisface con tres sueldos al dia.

Así marcha sobre todo la sociedad moderna. Ahora exclaman los economistas. ¡Ved que no se multiplique la poblacion extraordinariamente! Faltan los medios de subsistencia. ¿Faltan? ¿Pero para qué necesidades? Faltan para las necesidades ficticias y para las necesidades de goce, porque creemos que consiste la vida en el goce. ¡Creencia horrible! ¿Y nos mantenemos apartados de la Iglesia católica, mientras los economistas están sobre nosotros con sus cómputos y amenazas? ¿Despreciamos nosotros su celibato? ¿Nos reimos del espíritu de su moral represion? ¿Somos sábios? Somos selváticos.

---

(1) A. Scialoia. «I principii dell'economia sociale,» sec. cuarta, pár. IV.

Hé aquí la ganancia social que nos proporcionan los economistas rechazando á la Iglesia y á Cristo.

Valga la verdad. Entre las potencias de la tierra, ¿cuál es la primera en influir sobre las conciencias y templar el ardor de las costumbres locas? ¿Cuál entre las escuelas es la más eficaz con sus sermones contra la manía del goce? Es la escuela que levantada está sobre la cruz: la Iglesia. En su virtud, señores; ¿quién mejor entre los hombres apaga el fuego del exuberante lujo? La Iglesia. ¿Quién detiene mejor la marcha del juego? La Iglesia. ¿Quién quiere que sean honestos los espectadores, los bailes y los teatros? La Iglesia. ¿Quién proscribe las insaciables meretrices, sostiene bien á las viudas, refrena en sus modas á la casquivana, y llama los jóvenes extraviados á Dios con verdadero amor maternal? La Iglesia. ¡Y la Iglesia es considerada vil, así como lanzada como una maldita! Estais en el fango, y temeis la miseria del pueblo: por la fiebre del goce sois delirantes, y quereis obrar sin embargo por vosotros mismos. Chocan los cuerpos en el momento en que fraternizan; pero las almas mueren mientras las saturais de alegría mundana: ¡y quereis, economistas, obrar solos!

¡Ah! No me habéis más del bien de la poblacion, ni de su progreso inminente, novísimo. ¡Cosa muy diferente del amor á la poblacion está en vuestro interior! No tolerais los muchos casados, ni tolerais los pobres, porque quereis á todo trance que abunde mucho el oro en vuestros bolsillos; porque, hallándoos bien provistos, quereis poderosamente danzar, tocar, satisfacer vuestros caprichos segun os parezca, devorar sin medida, digerir tranquilamente, pasar con quietud vuestros sueños para despertaros nuevamente tranquilos á fin de disfrutar de la vida en la pompa, en el gozo, en el canto y en el baile. ¡Si vuestro dormir durase mucho, muchísimo! ¡Si no debiérais observar muy pronto el espectáculo de las miserias humanas, relativamente á las que sólo sois buenos para maldecirlas! De vuestra boca no escucharía nuevamente durante mucho tiempo la represion bárbara, diciendo: Retiraos, pobres; no nos vengais á pedir lo nuestro. No escucharía tampoco los siguientes gritos vuestros: «Nos pedis á nosotros lo que necesitamos para el baile, lo que necesitamos para la crápula, lo que necesitamos para los ricos muebles de la casa, lo que necesitamos para el festin, lo que necesitamos para las mujeres, y lo que necesitamos para los glotonnes. No escucharía estos otros gritos vuestros. ¡Ignorantes! Vale más un ramo de frescas flores, que recibimos de la jardinera destinado á nuestra querida, que la existencia de vuestro infante lloron; vale más el trino de la cantatriz que las palpitations de vuestro corazon; vale más la felpa de nuestro corpiño que el jergon que á vosotros falta;

vale más nuestra risa que vuestras lágrimas groseras. ¡Atrás, mal educados, miserables y gibosos!

Los pobres y los infelices, por los gritos que les dirigen á fin de que no aumenten demasiado la población, son echados atrás á causa de la teoría de Malthus. No había sitio para ellos: ¿por qué vinieron? Paguen su irreflexión. Los gozantes del siglo se satisfacen con las lágrimas y la sangre de los miseros. Las necesidades ficticias destruyen los medios para las reales: á muchos faltan verdaderamente las subsistencias, porque los gozantes y los ambiciosos las deben por fuerza malgastar. En este tormento de cuerpos y espíritus la Iglesia católica es retenida violentamente fuera, por lo cual el tormento crece y se hace sublime. ¡Sociedad corrupta! ¡Corrompidos de nuestros días! No teneis entrañas de piedad.

¿No se oprime vuestro espíritu por las angustias de Grisela?

Alegre y feliz era la jóven. Puesta en el campo, para que allí viviera según las costumbres campestres y rústicas, respiraba el aire puro de la colina, bebía la luz límpida de las bellas auroras y de los soles ardientes: se miraba en aquellas aguas cristalinas y perfumábase con la fragancia de las yerbas aromáticas y de las flores silvestres. No tenía padre, ni madre, ni hermanos en la familia del campo que no era la suya; no tenía parientes ni aún distantes. Sólo hablábanle de un bienhechor que le proporcionaba el alimento, y del que apenas se acordaba, cuando repetían su nombre. Mas los viejos labradores que habíanla recibido en su tugurio siendo aún niña, queríanla como hija: los hijos de los viejos, los pastores y los campesinos crecidos con ella, considerábanla su hermana. Era una vida deliciosa la suya, por existir la dulce armonía del amor.

La jóven vió un domingo á un obrero de la ciudad que había ido á escaparse por la campiña. Habiendo regresado de intento para encontrar otra vez á la inocente, le había dicho, y le había finalmente asegurado, ante los dos viejos de la casucha, que podía contar con él. En su virtud, enardecíase Grisela, soñaba en paraísos y al cielo subía: tendría por consiguiente una familia y un corazón todo para sí. Ugo, el jóven obrero, sería para ella lecho donde dormir, ala con que volar, escudo para su defensa, y corona de fiesta inagotable. A veces la loquilla en sus visiones matutinas se imaginaba madre, viendo á su alrededor los párvulos; en los niños y en las niñas hallaba el semblante de Ugo, sentía su hálito, así como repercutido el eco de su palabra; moverse le veía en aquellos saltadores, reír en aquellos graciosos infantes y cerrar con sus manos las manitas de aquellos acariciados; de manera que los ojos, la boca, el corazón y las actitudes de Ugo se multiplicaban en su pre-

sencia, como el amor fabricaba en su mente los fantasmas del amado.

Goza, bella inocente, la hora muy alegre que te ha visitado; mas es la hora fugitiva: si embriagada estás por el amor púdico, te matará el goce del hombre mundano, bajo el lenguaje de la ciencia.

Un señor hace llamar al ciudadano obrero, y dice así á Ugo: «Tú te preocupas de Grisela, la jóven del campo; ¿no es verdad? Piensas en el matrimonio.»

«Lo pienso. ¿No sería indecente cosa, pues tengo entrevistas con ella, si no pensara en él?»

«Añadió el señor: ¿Eres rico? ¿Tienes para mantener á la esposa primero y á los hijos despues?»

«Mis riquezas consisten, señor, en estos brazos míos. Advertís por consiguiente que soy un pobre, porque mucho es el trabajo y poca la ganancia. Gran peso ciertamente será para mí la familia; ahora no podría sostener á los hijos. Mas el aislamiento en que vivo es tirano y el porvenir mio incierto: puedo mudar de fortuna. Y para todos está la Providencia en el cielo.»

Exclamó con sequedad aquel señor, acariciando su asperísima barba con los dedos: «Pues bien; no contraerás matrimonio con Grisela. La mantengo en el campo con lo mio; desde que nació, soy su bienhechor, pudiendo disponer de su voluntad. Aunque lo ignoras, puedo tambien obrar sobre tí: de mí depende que sigas en el taller ó que seas despedido. Siendo testarudo, irás por los caminos buscando pan bocado por bocado.» Concluyó así despidiendo al jóven aturdido: «No, no; los matrimonios entre los pobres prohibidos están en nombre de la economía.»

El señor á quien vemos enardecido cuando intima tal prohibicion, habla clara y abiertamente, como un apasionado lector de Stuart Mill, y como un áspero entusiasta de Malthus: lo desgarrador del hecho es que, por su poder, por sus agitaciones y por sus amenazas, Ugo degenera y pierde las buenas costumbres, evaporándose, por decirlo así, el matrimonio de Grisela.

No vió la mísera jóven al fiel obrero de la ciudad, debiendo esperarle mucho en casa. No sintió las pisadas de aquellos pies; no miró acercarse la sombra de aquel hombre amado; no contempló aquella frente jovial y serena: el domingo sobre todo debió llenarse de combatidas esperanzas, y debió gemir con impacencias terribies. ¡Todo inútil! El mundo pasado no era ya bello para ella, ni alegre, ni soportable. No le sonreía la pradera con su gran manto de yerbas y flores; no eran melodiosos los pajarillos; no veía en los cristales la tersa faz de los lagos que antes retrataban. ¡Pobrecita! Hasta los pastores y los

jóvenes nervudos del campo habian dejado de ser sus hermanos: en los viejos amos de la casucha habia perdido á su padre y á su madre. Quedó su alma devastadísima; no trabajó más, ni sintió ganas de probar alimento, abandonándose. En vano se procuró piadosamente consolarla por la desaparicion del obrero; en vano se le dijo que á su bienhechor le habia indignado su cambio de vida, y su desesperacion extraña. Fué inútil para la que sufría el martirio, torciéndose por la pena su semblante. El alma devastadísima produjo tambien la muerte de su cuerpo.

Una mañana llegó un gran señor á la casucha de nuestros aldeanos. Entra: habiendo salido los demás, quedó solo con Grisela. ¡Qué faz tan arrugada la de aquel hombre! Es el señor á quien vimos en el coloquio terrible con Ugo. Empezó á decir con tono fuerte: «¿No me conoces? Soy tu bienhechor, que aquí te conservo para tu bien y para incomodidad mia, no existiendo ninguno más que piense ahora en tí. Hace mucho tiempo que no te habia visto: ¿por qué te hallo ahora tan reservada? ¿Por qué te veo delante tan caprichosa, macilenta y estrambótica? Tú me confundes.» La jovencita bajaba los ojos, temblaba como un azogado, y no decia palabra. Prosiguió diciendo el señor: «Sé que no trabajas; antes te prestabas dócil y obediente, marchando á las tareas del bosque, y haciendo tambien de pastora. Hoy nada: has echado mal genio y eres hosca desde que te volviste holgazana. ¿Es que se te metió alguna locura en la cabeza? A pesar de tener sólo diez y nueve años, hallándote con la leche por consecuencia en los labios, ¿pensarías acaso?... ¡Mentecata! ¿Pretendes constituir una familia, habiendo dejado de trabajar y siendo inútil? ¡Te mandaré de la ciudad los pajes y los criados, así como el coche con los mejores palafrenes, á fin de que puedas hacer una entrada de reina! Trabaja, perezosa, y gánate la vida fatigándote. No eres buena para ninguna cosa, y quien para ninguna cosa es buena, debe ser borrada del catálogo de los vivos. No ganas y consumes; tu consumo me cuesta: por tanto, sabe que no hay puesto en el mundo para tí, habiendo sonado tu hora definitiva. Te dejaré morir de hambre.» La misérrima jovencita, por estas inyectivas del bienhechor, escondió más aún su rostro sobre su seno: acabó de perder el color, y se horrorizó como una poseida, temblando además todos sus miembros.

El aludido esputó con acento vibrado las predilectas palabras: el ardiente lector de Stuart Mill, y el áspero amigo de Malthus las pronuncia frecuentemente, no conduciéndose de diverso modo. Vienes á ser inepto, y á otros gravas: bien está. «Ya no hay puesto para tí: ha sonado tu hora. Parte.»

La ingénua y atormentada Grisela está realmente á punto de partir.

Quedó tan maltrecha por la reprension atroz del bienhechor, y quedó tan destrozada, que no hubo medio de que se repusiese: las fuerzas últimas le faltaron y sintió que la vida se le marchaba. Le atacó la tísis, consumiéndole la tos. Entonces, á fin de que no muriera en la casucha, fué por los jóvenes campesinos conducida á una enfermería pobre abierta en pais vecino para los muy enfermos y para los pobres del contorno. Allí el médico y una Hermana de la caridad asistirían á la doliente.

Un dia, encontrándose Grisela en el hospital aquél, llegó una vieja; se puso en torno de su lecho y, abrazándola, dijo: «Te ví niña y nunca despues más durante mi vida; conservaba sin embargo de tí dulce memoria, porque amé muchísimo á tu pobre madre. Esperaba verte volver á la ciudad; confiaba saludarte de cerca, y nunca lo pude conseguir. Habiendo sabido ahora que no estás buena, y que te han trasladado al hospital pío del lugar éste, vengo á consolarte. Lo sé todo por quien va mucho á casa de tu bienhechor, y me constan muchos detalles referentes á él.»

Preguntó Grisela: «¿Le conoces, pues? ¿Y qué buena noticia me traes ahora.»

Contestó la vieja: «¡Si conozco á don Remigio! Es un sabio y un poderoso. A esto se reduce la buena noticia: vengo á revelarte los misterios de tu vida.»

Acercó una silla rota junto á la cama, sentóse, y dijo: «Naciste tú en casa principal; no eres hija de boyeros, sino de ciudadanos de muchos bienes, como podrás ver por tí propia. Cuando tu madre doña Aurelia, que habia quedado viuda un año antes contigo, su hija única, se vió herida por su enfermedad postrera, llamó á su propio hermano, te confió á él cuando sólo tenías veinte y cinco meses, puso en sus manos el dinero, é invitóle á que fuese tu padre y tutor. Aceptó el buen hermano, tomando á la niña y el caudal, haciendo promesas maravillosas. Murió doña Aurelia; cuando tenías tres años, tu tío, cambiando tu nombre de Rosa por el de Grisela, mandó á los boyeros que te educasen, administrando por sí el dinero. ¿No sabes quién es aquel hermano de tu madre Aurelia? Es don Remigio, tu generoso bienhechor.»

Dijo gritando la enferma: «¡Cielos! ¿Es por consecuencia mi tío el tirano? ¿Mi bienhechor es mi verdugo?»

Siguió adelante la mujer: «Oye, niña: don Remigio es un sabio y profesor público: tiene de continuo los bolsillos llenos de sus disertaciones. Trátase con los doctos; habla siempre de filosofia y del pueblo; de progreso y de civilizacion. Se dice sabiondo. No tiene consorte; pero en su palacio conversa con muchos caballeros y con muchas señoras;



convida también á los amigos á cenas magníficas; le placen las preciosas vasijas, los ricos tapetes y los cortinajes preciosos; frecuenta los teatros; tiene sus perros de caza. Empero me figuro que no se confiesa nunca, y que jamás sube á la casa del rector.»

Prorrumpió entonces Grisela en grandes lamentaciones: «¡Me ha hecho traicion! ¡Desgraciada de mí! ¡Son por consecuencia sangre mía aquella ciencia, aquellos convites, aquella casa con sus adornos, aquellos perros y aquellas fiestas?...»

Replicó la vieja: «Tranquilízate, muchacha. Es ciertamente parte de tu sangre aquella casa: será enteramente tuya. Don Remigio, pariente tuyo tan cercano, tiene sin duda entrañas impías: es un perro. Más aún: á fin de que no recibas tus bienes, ha desvanecido tu matrimonio con el obrero: teme que vuelvas á la ciudad y que descubras sus huellas: ansía que perpétuamente sigas, por decirlo así, en el bosque ó en la selva. Oye. Piensa darte por marido un rústico.»

La jovencita dejó de oír las últimas palabras. Se habia desmayado, apoyando su faz en su almohada, como quien duerme con tranquilidad, ó como quien espira con placidez. Lo de «ha desvanecido tu matrimonio,» la sofocó.

Gritó, poniéndose de pié la vieja. «Toma alientos; vuelve pronto en tí.» Enjugó el frio sudor de la paciente, aguardando que volviese á respirar.

Cuando vió que habia recobrado los sentidos, continuó diciendo: «Oye, no es nada; no es nada. Ya te dije que habia venido á consolarte, y el consuelo está en lo siguiente. En que tú, conocedora de los misterios de tu vida, apenas hayas recobrado las fuerzas y echado lejos la colcha del hospital, podrás hacer valer tus clarísimos derechos, que propios son de tu estado, siendo finalmente dichosa.»

Dijo entonces la Hermana de la caridad, llegada en aquel instante á la enfermería, aconsejando á la vieja que dejase libre á la jóven. «¡Es demasiado tarde, mi excelente mujer! ¡Es demasiado tarde! Consuelos muy diferentes necesita. ¡Qué podeis hacer á la hora presente vosotros, miseras criaturas del mundo! La mataron los hombres, y á Jesús Crucificado necesita para que le dé la vida del alma.» La vieja besó á Grisela en la frente, alejándose con los ojos llenos de lágrimas.

Pasados tres dias, la campana de la parroquia tocaba lúgubres sonidos. Estaba Grisela en agonía: las enfermeras, la Hermana, el médico y el párroco contestaban á la gente que por la desconocida preguntaba: «Un ángel voló al cielo.» Así sonaba su hora última.

Un sacerdote pío, que recogió las revelaciones de su conciencia, y que hábala excitado al perdon y al amor, trabajó para tener conoci-

miento exacto del bienhechor detestable. Supo que hacia mucho tiempo era en la ciudad catedrático de pública economía; siendo uno de aquellos bachilleros, verdaderos aristócratas, bajo vestido democrático, los cuales quieren que la población no aumente demasiado, porque dicen temer, á consecuencia de tal aumento, pestes, hambres y guerras; entre tanto, á espaldas del pueblo engordan, se atreven á todo, y dan escándalos grandes. Indignado el pío sacerdote por tanta vergüenza, escribió una carta al bienhechor, dándole noticia del fallecimiento de la jóven. Le recordó el tribunal del eterno Juez, reprochándole con la amonestacion siguiente: «Haced justicia, y no temais lo que pasa dentro del órden por Dios establecido: reprimid el exceso del goce mundano, el cual engendra pecados, y con ellos la muerte; no temais por el exceso de la población.»

Llegó á su término la segunda parte de la conferencia.

La economía pública y social, que ha dejado de ser la que fuera en el pasado siglo, relativamente al estudio de la población, habiendo vuelto casaca, presupuesta la ley del avance del pueblo en la continencia, actualmente presenta el ejemplo deplorable de prescindir de la Iglesia católica, como si, con el celibato sagrado, y con el espíritu de la propia mortificación, no sirviese para nada, y no lograrse contener al pueblo poco ni mucho. ¡Errada entonces anduvo, y no se ha corregido ahora! La Iglesia, que tiene amoroso consejo para todos, amigos ó enemigos, dirige á la economía su palabra, diciendo. «Otra vez yerras, descartándome; si por un lado te veo sagaz, porque comprendes la cosa mejor, por otra resultas negligente, porque no sabes dar á los célibes la educación que necesitan, y no te curas tampoco de mí, que tengo en la mano la sabia educación. Cosa peor haces, alejándote de mí: cometes injusticias, fraudes y arbitrariedades pésimas, con daño del mismo pueblo que tú exaltas: tus muchos cultores que me desprecian, son crueles y bárbaros.

---

Alegrándonos por la imágen de la apoteosis de un guerrero, principiamos nuestro discurso. Semejantes á los instrumentos músicos, y más aún á los escudos de las banderas flotantes que preceden al vencedor, nos parecieron las bataholas de que llena está la pública economía: sus programas, sus libros, y sus disputas, en que nos ocupamos ya otra vez en el presente año. Más todavía: semejantes al ejército de valientes que adelanta, y al que decretan los honores de la victoria, nos pusimos á considerar la población, que tiene su centro moral en los órdenes económicos, y en provecho de la cual se dirigen los estudios, los

programas, las doctrinas, y las cátedras. ¿No mirais la poblacion que forma el gran ejército económico? ¿La visteis acaso encaminada, señores, á recibir en efecto los honores del triunfo? ¿Qué cosa, por el contrario, pasó por delante de vuestros ojos? Un cortejo fúnebre.

Queda resuelto el problema.

¿Adelanta la economía pública al descartar á la Iglesia del progreso de la poblacion? No; no adelanta de ningun modo, sino que retrocede. Lo más terrible aún es que no se perjudica sólo á sí propia, sino que á la sociedad civil daña: contaminó con la teoría del aumento, como lo prueba el siglo XVIII: se torna cruel con la teoría de la continencia, gustando el siglo XIX sus primeros resultados.

Resuelto el problema, observados sus extensos y profundos desarrollos, dispongámonos á combatir el daño de que autora es la economía social con sus rencores innatos y sus desprecios de la religion: hagámoslo, promoviendo en el tema de la poblacion la necesaria y bella reivindicación de la Iglesia á la verdad.

Señores: cuando al leer los economistas del siglo XVIII oisteis afirmar que, tanto más florecen los Estados y son poderosos, cuanto mayor es el número de los ciudadanos ó de los súbditos; cuando al tratar con aquellos escritores fisiócratas, trastornados por el soplo incrédulo de los enciclopedistas y de los filósofos, prorrumpen de sus páginas el grito de que la Iglesia, con sus numerosos sacerdotes, con sus frailes y con sus monjas ofende la ley del popular progreso, resultando una parte perseguidora de la civilizacion, decid: Oh economistas, que por ley absoluta nos dais la hipótesis, siendo en verdad hipótesis grosera y mentida, menos vanagloria por merced, menos soberbia y menos espíritu batallador! ¡Oh economistas que contra la Iglesia os lanzais ansiando devorarla! ¡Considerad que devorais á la amiga, y no á la enemiga del humano linaje! Vosotros mismos, economistas, ¿qué utilidad obteneis por haber quitado de enmedio á la Iglesia?

En las memorias de la revolucion francesa (los fisiócratas nos llevan á ella) subsistió clásico el hecho del abate Maury. Recorría el respetable abad las calles de París, con algun descuido, sin ganas algunas de contumelias ni heridas (¡llegada la ocasion se hubiese quitado el vestido talar, arrojando lejos su gran sombrero negro!) cuando de improviso se vió rodeado por una turba de gente muy enfurecida, que ahoacarlo queria de un farol. «¿Por ventura vereis mejor despues que me hayais ahorcado?» preguntó el abate Maury con la mayor tranquilidad de su espíritu. Y se detuvo esperando. Fué una salida ó un chiste, que le sirvió. Apagó la gente su furia, y se puso á reir, nada más pasando.

¡Ah si un chiste fuera bastante á la Iglesia para desarmar la cólera

de los economistas furiosos y de los filósofos incrédulos! Más fácilmente vencería entonces y más fácilmente viviría, porque ocasion tiene de continuo para sábios chistes. Empero hay en ellos mucha crueldad y muchos odios, que no tienen misericordia. Vosotros, sin embargo, señores, en nombre de la Iglesia, podeis constreñir á los economistas fisiócratas cuando los debais leer, pudiéndoles decir: Una vez derribada, deshecha y reducida la Iglesia á cenizas, ¿estaré mejor vuestra escuela? ¿Asegurada quedará vuestra hipótesis referente al aumento de la poblacion! Colgad á la Iglesia del farol revolucionario, ó entregadla, como decian los paganos, á la hoguera: ¿vereis acaso mejor? ¿Vereis con más claridad con qué pan principalmente vive la poblacion? ¿Vereis cuál es su incremento más precioso, es decir, el material del número, ó el moral de la virtud? Extinguida la luz sobrehumana de la religion, ¿vereis cómo la poligamia simultánea destruye las fibras del hombre y de la familia? ¿Vereis cómo la depravacion privada y pública da muerte á la sociedad? No tendreis más frailes, ni monjas, ni sacerdotes que os mortifiquen con su celibato: habrán desaparecido por la destruccion de la Iglesia; pero ¿serán más justos entonces y más píos los hombres amaestrados por vosotros? ¿Despedirán el olor de la más hermosa pureza? ¿Serán mejor atendidos los pobres? ¿Sereis vosotros más felices? ¿O más bien caerá el mundo de nuevo en las tinieblas, extinguida la luz sobrehumana de la religion de Jesucristo?

Esto por lo que hace al concepto que se debe formar de los economistas del siglo XVIII.

Pasando á los de hoy, no ménos relevante y formidable conclusion, debeis, señores, sacar. Poderosamente obra el mundo contemporáneo: júzgadle.

Miradlo: los economistas del siglo XIX han vuelto al revés la teoria de la poblacion: ya no hacen consistir en el aumento la ley de sus avances, sino en la continencia y en el freno. Al par que se fatigan para contener al pueblo, siguen la triste marcha de los presentes tiempos, apartándose del orden sobrenatural, del Evangelio y de Dios: en su virtud alzan el dedo meñique contra la Iglesia, y le dicen gritando. «Retírate.» Obrar quieren por sí solos, queriendo que sólo en ellos descanseis para conseguir costumbres óptimas.

¡Oh señores! Decid á la faz de tales apóstatas de nuestra fé y de tales soberbios del espíritu: ¿cómo podemos seguiros con fiadamente? ¿Qué prenda nos dais para conducir los míseros hermanos al puerto de la verdad y de la vida? Es de todos los siglos la Iglesia, que al desprecio entregais, olvidándola, impeliéndonos á fin de que la dejemos. Precisamente porque la Iglesia cristiana y católica es madre de la vida y

maestra de la verdad, no muda radicalmente, ni subvierte sus doctrinas, ni rige hoy las almas con un dogma, para regirlas al día siguiente con otro, enseñando lo mismo siempre. Mas vosotros, economistas nobles, cambiáis vuestras teorías y vuestras doctrinas; apenas teneis dos siglos de vida científica y pública, cuando pretendéis reñir el mundo bajo vuestra direccion. Unas veces asignais una ley al progreso de la poblacion y otras otra: renegais en el siglo XIX de la vía que recorristeis en el XVIII. ¿A dónde nos encaminais? Al puerto, ó á las sirtes del mar?

Otra ponderacion. Ateniéndose los economistas al teorema novísimo de la continencia, tienen necesidad absoluta de muchos célibes para el bien de la poblacion. Bueno: procuremos que los matrimonios sean más raros, y hagamos que los célibes aumenten en la sociedad civil. Mas, señores; nuestros economistas que nutren tanto amor al prójimo, ¿qué hicieron hasta hoy en favor de tales célibes? Confieso gustosamente que, recorriendo muchos libros de pedagogia, en ellos encontré indicadas las diversas educaciones que debian darse al género multiforme de los vivientes: hallé la educacion del niño, la educacion de la mujer, la educacion del bracero, la educacion del rico y del pobre, la educacion del patricio y del plebeyo, la educacion de los reyes, la educacion del ejército; hasta la educacion del prisionero y del presidiario. ¡Cosa extravagante se debe decir! La economía pública y social, que no se curó por sí de la educacion de los célibes, á pesar de que debe ser exuberante su número, ni pensó siquiera en dirigirse á la pedagogia pidiéndole auxilio; no le advirtió la necesidad, ni le pidió que redactase un tratadito en pro de los célibes para fijarles las normas de su vida é impedir vergüenzas. No querais olvidarlo: los célibes de la economía, que son los solteros casi por fuerza, tienen pasiones violentísimas, por lo que necesario es contenerles para que no cometan excesos. Sin embargo, nada se hizo, ni se hace; ¡olvídase la economía de sus célibes peor que si fueran presidiarios! La Iglesia es desterrada: por lo que hace á la moralidad pública, marche, señores, como pueda. Es libre y dueña de sí: se trata de una eléctrica corriente.

Por último, habiendo surgido la teoría de la continencia en el estudio de la poblacion, debiendo ser en tantas partes necesarios los célibes, paréceme que las violencias de los hostiles al sagrado celibato deben calmarse: debe marcar su fin el siglo presente. La Iglesia, en sustancia, con la virginidad del sacerdocio y con la virginidad femenina de los monasterios, presta un gran beneficio á la pública economía. ¿Qué decís?

¡Almas candidísimas si lo creéis! El activo Alfonso De Candolle publicó hace poco un libro rico en observaciones nuevas, agudas ó sim-

plemente curiosas: entre las curiosas y las singulares se halla la de gran número de hombres ilustres nacidos de sacerdotes protestantes (1). Ahora bien; nuestro escritor atesora esta última observacion por cierto curiosa y singular: dominado por la idea que le sugieren los hijos de los sacerdotes protestantes, así escribe: «Es realmente un número tan grande, que nos sentimos llamados á pensar en alguna influencia oculta, que nos hace deplorar el vacío que debe haber ocasionado en las esferas de la ciencia (si los interesados no han provisto á esto de alguna manera), el celibato del clero católico. Si los ministros protestantes no hubieran podido (como los católicos no pueden) casarse, jamás hubieran nacido Berzellius, Linneo, Eulero y Wollaston (2).»

El escritor que redactó tales palabras, si bien vive en el siglo XIX, nos revela las ñas del XVIII, sumamente hostil á la continencia de los clérigos. Paciencia por tal anacronismo, si se desconociera el descubrimiento de Malthus; mas el viviente hoy, ingenioso, docto y uno de los economistas italianos más ilustres, ¡cuántas cosas de todas maneras olvida con desdoro de la ciencia y de la poblacion! Olvida que anhela el mismo la separacion entre la Iglesia y el Estado, entre Dios y la nacion, por lo cual su alusion á dicha «influencia oculta» en la procreacion de los hombres sociales é ilustres resulta en sus labios inexplicable. Olvida que los sacerdotes protestantes casados, aunque pueden tener hijos eminentes, muestran por sí poca idoneidad para las ciencias, para las letras y para la poesía; poca idoneidad para la doctrina moral; poquísima para tratar de los sacrosantos misterios cristianos, por lo cual puede aplicárseles aquella terrible frase económica: «Crean tanta miseria, como la que deshacen.» Olvida que no pocos de los sumos eruditos y de los artistas óptimos por esto abstuvieron del matrimonio, porque permaneciendo célibes podían atender mejor á las ciencias ó las artes. ¡Por esto el «vacío» producido por el celibato de nuestros sacerdotes «en las esferas de la ciencia» que deplora, no se comprende tampoco.

Más aún: el claro economista de Italia, el admirador de Roberto Malthus, á quien llama «calumniado» gimiendo porque lo sea, olvida lo que ahora es necesidad máxima de la economía pública y social. Esta quiere muchísimos célibes. En su virtud, lejos de lanzar su flecha contra las vírgenes de Jesucristo, y contra los santos auxiliares de la civilizacion, hubiera debido arrodillarse como economista y decir: ¡Oh Iglesia católica! te doy las gracias. La ciencia, de la cual me declaro

(1) A. De Candolle: *Histoire des sciences et des savants depuis deux siècles.*

(2) Gerónimo Boccardo. *Note e memorie di un economista*, pár. III.

alumno y maestro, pasa terribles angustias: vé que el progreso de la poblacion pide un freno para los matrimonios y los casamientos; mas vé al mismo tiempo que, cuando mayor necesidad existe, tal freno es aborrecido y hollado. ¡Cuán oportuna te presentas á mis ojos ¡oh Iglesia! Encuentro en tí el positivo cumplimiento de la prevision económica; con tus célibes del clero regular y secular, con tus presbíteros y con tus cláustros, libras de muchos graves pesos el aumento de la poblacion, y quitas la mala espina de los ojos de la economía. Dilata tus tiendas y tus pabellones: yo, economista defensor de Malthus, hago votos para que se restablezcan tus monasterios. ¡Bendita seas!

Es verdad que entretanto el clero catolico, continuando célibe, no puede regalar á la sociedad civil ilustres y magnánimos hijos.

Mas por algunos hijos magnánimos que daros podrían, y que no dan, los sacerdotes nuestros, ¿no os espanta, segun vuestra teoría, el aumento doloroso de la poblacion? ¿No os espantan los unos que se consumen en la nulidad y en el ocio? ¿No os espantan los otros que se mueren de hambre?

¡Cuán ta ceguera psr lo demás! ¡Acusar al clero católico de no tener hijos! ¡Es que no descubris los suyos? La historia cuenta sus falanges y los celebra. Si hubiese contraido matrimonio Hildebrando, no hubiera podido acometer ni remotamente la sublime reforma de la Iglesia, ni proscribir la simonia de los clérigos, ni oponerse de modo admirable á las ambiciones tudescas, ni libertar la religion y la Italia. Hé aquí un gran hijo del sacerdote católico: el heroismo santo de Hildebrando. Si Francisco de Asís se hubiese casado, no hubiera podido seguir literalmente la pobreza augusta del Evangelio, ni hacerse modelo de simplicidad é inocencia delante de las corruptelas de los señores y de los plebeyos en el siglo XIII, ni predicar tan bien la paz entre las discordias civiles de nuestros mayores, ni procrear una generacion inmensa de hijos espirituales para la bendicion del mundo. Hé aquí otro hijo del sacerdote católico: el poema del Pobrecito de Umbría, digno de la musa de Alighieri. Si Cárlos Borromeo se hubiese atado con las nupcias, no se hubiera desposeido de muchos bienes y hasta de la túnica para los pobres de Jesucristo, ni hubiese realizado los luminosos prodigios de la caridad evangélica: la peste y el Lazareto de Milan, y el pueblo angustiadísimo de Lombardia en el siglo XVI, no hubieran saludado en él á la víctima del amor fraternal. Hé aquí otro hijo del sacerdote católico: el rescate de mucha gente infeliz realizado por un Cardenal.

¡Recuerdos inútiles! ¡Demostraciones lanzadas al viento! Los economistas, por suma desgracia, nacieron sin bautizar, y muchos siguen

sin bautismo: no existe para ellos modificación de escuela, ni cambio de doctrina y de leyes que los conduzca al conocimiento y al amor de la Iglesia. La conocen solamente un poco á fin de atormentarla. ¿Fue simple casualidad ó tristísimo presentimiento? Los dos escritores de economía más antiguos que tenemos, fueron dos soldados. Jenofonte entre los Griegos, y Vauban entre los Franceses. ¡Preludio de guerra, señores! Ahora, con el fin de favorecer las industrias, fúndanse nuevas sociedades: ¿sabeis qué nombre les dan los estadistas? «Las batallas de la vida (1).» La vida del hombre, por decirlo así, está en batalla, por haber perdido el orden, y la gracia de Dios. No hay medio: siéndo militantes los católicos, el mundo está legado á un conflicto. Resignémonos á vivir en guerra.

---

(1) *The battle of life.*—*Le combat pour l'existence.*—*Der kampf um Dasin.*

# CONFERENCIA IX.

---

## SI LAS SOCIEDADES DE OBREROS

ESTÁN BIEN DIRIGIDAS POR LOS ECONOMISTAS RELATIVAMENTE  
AL SALARIO.

Si los economistas con su saber abundante y con el experimento de sus pruebas intentan el bien de la población, no creais que, llegados finalmente, digan cosas generales y se pierdan en lo indefinido: no son de ningún modo navecillas, que se lanzan al mar, contentos sólo con hallarse en el seno de la inmensidad sin término de sus aguas. Si, como escribía Plutarco, «el mar es un gran carro que á todas partes conduce,» aguardan ellos en el mar de la población precisamente para correr á todas las riberas, á todas las islas y á todos los hemisferios. La ley que los guía es la del progreso humano. Como universalmente desean progresivo al pueblo, procuran conformar con el progreso todos los elementos que le corresponden, ó forman parte del mismo: los pobres y los ricos, los ignorantes y los literatos, los paisanos, y los militares, los del vulgo y los gobiernos, todos los ciudadanos para decirlo de una vez.

Con todo, entre los ciudadanos y en la gran mescolanza de la población, existe una clase de hombres, á que se dirigen los economistas con más intenso estudio y con más férvido amor: existe una clase donde más hierve, por decirlo así, el corazón del pueblo, y donde principalmente procuran encarnar la ley del progreso: son los braceros y los trabajadores; son los obreros constituyendo nuevas sociedades, ó llamados para que se reúnan en ellas como si fuesen puerto de salvación. Ahora bien: relativamente á los tales, no diciendo nada de los demás hermanos sociales, parecennos dignos de meditacion los efectos de la economía, y en ellos nos ocupamos.

Mas ¡ay! señores. En la última conferencia que dimos, comenzamos á contemplar la fiesta de un triunfo guerrero, y la fiesta tomó el carácter de un espectáculo fúnebre; de la imagen del triunfo pasamos á la guerra perseverante. Concluimos teniendo delante las recientes sociedades de las industrias, denominadas por los economistas «las batallas de la vida:» terminamos viendo á la Iglesia en lucha, y en lucha con la Iglesia también á la sociedad civil. Pues bien: con las sociedades de obreros ocurre claramente otro tanto. Lejos de ser alegradas por el progreso juicioso y alegre, tales sociedades están en guerra: si os place más la alegoría del mar que principiarnos, tales nacientes sociedades económicas están envueltas en la tempestad de los vientos y de las aguas.

A la verdad; ¿quién es más ignorante, deprimido y de costumbres pésimas entre los hombres? ¿Quién más descuidado é imprevisor? ¿Quién vende con más facilidad su conciencia? ¿Quién come más en abundancia los envenenados frutos que del seno de nuestra civilización se derraman bajo el sol? Los obreros. ¿Quiénes arden más en deseos insaciables, quiénes maldicen más al siglo presente y se sumergen en los sueños de un porvenir loco é imposible? Los obreros.

¡Ah! Las verdades eternas se debilitaron y desaparecieron de la faz de los mortales. No se quiso admitir más el temor santo de Dios, ni el culto de lo sobrenatural, ni la fé santa en el Evangelio, ni el obsequio á la Iglesia: un vacío inmenso se abrió en el orden de las creencias. Los economistas que vinieron por último á ocupar el puesto de Dios y de la Iglesia, procuraron con ahinco sobreponerse á la lucha y á la tempestad de las cosas terrenas, únicamente con las fuerzas de la naturaleza y de la razón, diciendo al mal: «Seguirás obediente á nuestras indicaciones.» Y declaráronse regeneradores de los obreros. ¡Engañados!

Como sabemos, en la embriaguez de su potencia, osó gritar Jerjes á las olas: «¡No ireis más allá!» mas sabemos igualmente que las olas no se retiraron delante de Jerjes, sino Jerjes delante de las olas, las cuales, sin aquella vergonzosa pero sabia precaucion, lo hubieran engullido.

Por consecuencia los economistas ordenaron que no subiera y que se retirara el mal, es decir, la guerra y la tempestad que á las cosas humanas fatiga: ¡frases vanas, insolentes y risibles para quien las profiere no apoyado en la fuerza de Dios! Delante de los economistas la guerra y la tempestad social no domeñaron su ímpetu, ni retrocedieron. Hemos más bien llegado á tal punto que preciso es ocurra una de las dos cosas: ó que los economistas se retraigan, ó que, á una con el mundo, queden sumergidos por la guerra y la tempestad.

No yerro, señores, dándoos como prueba la dilucidación del nuevo problema, á que me dispongo. ¿Están bien dirigidas por los economistas las sociedades de obreros?

Consideremos al obrero en los tres lados de la redención que por la economía es recomendada: «la ganancia, la educación y la sociabilidad.» Consideremos tales tres lados parte por parte, según la importancia que tienen: viene á mis labios en tres distintas conferencias una terrible respuesta.

En la primera veremos que, por lo que hace á la ganancia, dentro de las sociedades de obreros hay guerra y tempestad de intereses materiales.

Veremos en la segunda conferencia que, por lo que hace á la educación, dentro de las sociedades de obreros hay guerra y tempestad de moral corruptela.

Veremos en la tercera conferencia que, por lo que hace á la sociabilidad, dentro de las sociedades de obreros hay guerra y tempestad de revolución.

---

Las sociedades de obreros, en cuya fundación se nos presentan ahora los economistas como fabricantes y maestros, llevan escrito en su puerta de ingreso este primer anuncio: «Redención del obrero mediante la ganancia.»

¿No son acaso palabras que alegran á los insanos y disminuyen los furios de los desesperados? Son frases también rígidamente científicas, porque supone la ganancia el dinero, con el que todo en el mundo resulta posible. Es la piedra fundamental y de parangón. Realmente lo que para la mecánica es el paralelogramo de las fuerzas, lo que la ley de los equivalentes es para la química y así sucesivamente, la moneda que á tu bolsillo va, dándote tan suspiradas ganancias, es para el obrero el principio, el eje y el estímulo de sus precisos adelantos. Con el dinero fundanse reinos, edificanse las armadas y se conducen á término las empresas felices. ¿Por qué no podrá con la moneda el pueblo arreglarse, mejorar su situación y beber igualmente aun él por último un sorbo de beatitud?

Todo esto es exacto: igualmente otra cosa se debe, señores, juzgar cierta: la prosperidad del obrero, el lucro, la ganancia relativamente á él no puede brotar de otro tallo que del salario: haced que aumente su salario, como también que seguro sea y estable: las clases trabajadoras gozarán entonces de su holgura en paz.

¡Qué nombre la paz! Como mejor queráis, suponed á los obreros en

sus nuevas sociedades conducidos en las interioridades y gobernados por los economistas. No hallo la paz, porque falta la holgura, que la debería producir. Digo por el contrario: por lo que hace á la ganancia, existe guerra y tempestad de materiales intereses.

• Tres distintas escuelas, brotadas del seno de la economía, se mueven con ímpetu contra las sociedades de los obreros; mientras declaran que las protegen, las perturban y las combaten. Deben ser el tema del razonamiento nuestro.

La primera que delante se nos coloca es la escuela de los liberales.

Esta escuela, á que honramos anteponiéndola á las otras en nuestra nomenclatura, es á la verdad el gran centro, en que se fabrican las provisiones económicas para el alivio de la gente fatigada y pobre: abunda la escuela, segun su vanagloria, en un ardiente impulso flántropo, y presume hallarse provista de sentido práctico: en virtud de tales dotes procura ordenar el trabajo y conducir bien á los trabajadores: por esto toma muy afanosamente á pechos sus sociedades, sus asambleas y sus votos. Ponderando los derechos del salario, sobre que versa la presente discusion, dice que tendrá cuanto se necesite para satisfacer las necesidades de los obreros y colmar sus ansias. Segun parece, por lo tanto, en la escuela de los liberales ha comparecido su salvadora. Sin embargo, las cosas son muy diversas: la salvadora no es más, á nuestro modo de ver, que la maestra equivocada y la subversora de las uniones de los artesanos. En sus principios, en sus movimientos y en sus espirales multiformes, bajo el sello de una moderacion afectada, está la confusion del diablo: en sus relaciones que con el pueblo sostiene produce los engañadores y los hipócritas que lo deshacen.

Expliquemos, señores, la oportunidad y la firmeza de nuestras increpaciones.

El punto de que parten los liberales, y la divisa que traen sobre los diferentes partidarios de la economía, se destaca evidentemente del nombre que toman: como «liberales» descansan en la «libertad.» Con la libertad quieren descender á los bajos chiribitiles del obrero; con ella aumentar en él la suma de los bienes, haciéndole adquirir todo cuanto le corresponde. ¿De qué manera? ¿No lo he declarado ya? Con el desarrollo y el empleo de la libertad: tal es su «Caballo de batalla.» El obrero, viniendo á ser libre del todo y señor de su persona, si antes ganaba «diez,» ahora gana «veinte» con su trabajo. Advertid en su virtud que, así como el punto de que parten los liberales es la libertad, la prosperidad y la redencion de las muchedumbres que se fatigan es el fin suspiradísimo á que tienden.

\* Hé aquí el primer principio de la escuela de los liberales: abandonar el obrero á la libertad. Han puesto en su mano el instrumento de su vida; le han entregado la «palanca» con que mover el mundo de la indigencia: esperad á que, nuevo Arquímedes, se sirva de la palanca, y vereis una renovacion estupenda: los valles se colmarán, y los montes por el contrario se harán llanos. Los liberales se apropian y repiten con alegría las palabras de Julio Simon: «Nadie puede salvar al obrero de la pobreza, sino el obrero mismo (1).» Por consecuencia los liberales proponen á los obreros el tan decantado «Self-help» que, traducido de la jerga británica, quiere decir: «Al que se ayuda, Dios le ayuda;» equivale además á este proverbio italiano: *Volere e potere*. Preven ya en las reanimadas facultades y en los medios usados por el obrero, una multiplicacion de panes, como ellos propiamente dicen, abusando de un texto evangélico. En breves palabras: reducen el obrero al ejercicio único de sus propias fuerzas; al «individualismo» lo arrojan, á fin de hacerlo refluir desde allí sobre la industria, reconstruyéndolo, si vale la expresión, y prosperándolo.

¿Qué pasa con tal nuevo «individualismo» en la escuela liberal, y con este abandono del hombre á la libertad? ¿Puede aguardarse de ahí que se levanten los obreros?

Respondemos. Dos potestades gobiernan el mundo: la autoridad, que de Dios es en su raíz; la libertad, que asimismo es originariamente su celestial don, y una divina irradiacion.

Mientras la sociedad se rigió con la revelacion y los preceptos del cristianismo, prevaleció el principio de autoridad, cubriendo á los obreros magníficamente con su escudo. Tales las Maestranzas que brotaron en la Edad Media, la cual tuvo sin duda fe religiosa; tales los conocidos Gremios de artes y oficios. En aquellas sociedades los obreros, lejos de quedar ceñidos á sus fuerzas individuales, acorridos eran por sus hermanos promovidos á diversos grados por los sobrestantes y los ricos, doblándose, por decirlo así, su propia vida: eran hijos, para los cuales, segun el concepto cristiano, velaba desde lo alto la Providencia, que tiene tanto cuidado de los grandes como de los parvulitos (2). Segun confiesa Buratti, el establecimiento de tales sociedades, las Maestranzas primeramente y despues las Corporaciones de artes y oficios, «han proporcionado inestimables beneficios no sólo á la industria, sino tambien á la libertad civil y política de las naciones. Más aún: aquel fenómeno referido en la historia de la Edad Media, de algunas peque-

(1) Augusto Montanari: *Elementi di economia politica*. Cenni storici, párr. 58.

(2) Cárlos Buratti. *L'armonia degli interessi sociali*, cap. 6.

ñas repúblicas que consiguieron en breve tiempo tanto poder, halla precisamente su explicacion en los efectos de esta institucion.» Y cosas mayores aún dicen los solemnes historiadores.

Mas las antiguas sociedades de los artesanos y de los trabajadores decayeron, no empleando bien su autoridad que primero las informaba tan saludablemente: se malearon con el monopolio; protegieron aquí el egoismo de los unos y allá la pereza ó el ocio de los otros; más de lo conveniente aumentaron el precio de las mercancías, y, vendiendo productos de calidad pésima, defraudaron á los consumidores. Era justo reordenarlas y ponerlas en armonía con los avances de la civilizaci3n; más el principio á que se mantenían ligadas era verdadero, debiéndose conservar.

¿Qué se hizo? No se reformaron; se destruyeron como si en su esencia fuesen la maldici3n de la tierra: la autoridad que recordaba un Padre comun fué suplantada, á fin de admitir la libertad sólo en nombre del hombre.

Pues bien: la libertad, aún más fácilmente que la autoridad, tiene sus tropezones y sus pecados: especialmente la libertad, que apártase de Dios y quiere conducir á la sociedad civil por sí misma, es «el segundo pecado de origen» de la humanidad. De aquí nuestras luchas intestinas y nuestras desgracias.

«¡Ayúdate, porque te bastas á tí mismo! ¡Ayúdate, obrero, por cuanto eres libre!» El obrero, no esclavo ya (como se dijo), de la proteccion, vino á ser esclavo del «individualismo.» Mas el «individualismo» es el aislamiento; el obrero, no debiendo contar con otros sino consigo, viene á encontrarse como secuestrado de la sociedad. Supongamos que bajo la férula del «Self-help,» esto es, detrás de la excitaci3n á cada uno dada á fin de que se ayude á sí mismo y se haga individuo autónomo, se retempla el obrero, adquiere un firme carácter personal, y á bastarse llega á sí propio. Aun así será cosa de algunos, más que de todos: el «individualismo» resaltará cada vez más, porque no cada vivo tiene igual valor: desigualdades de inteligencia, de corazon, de brazos, y aún de lugar y de pueblo, se realizan en la humana estirpe: desigualdades duras é inflexibles que ningun arte puede borrar. El mismo presuntuoso, que figura en Alemania como abanderado de la faccion liberal, reconoce que en la sociedad la igualdad absoluta es un contrasentido, una contradiccion con el órden natural (1).

Siendo así, el estímulo de la perfeccion individual á pocos realzará, porque solamente pocos son por su naturaleza idóneos para la excelencia,

---

(1) Schulze Delitzsch.

dejando yacer á la pluralidad máxima. Hé aquí la muchedumbre de los obreros no redimidos ni salvados por el principio de la libertad: hé aquí de continuo entre los obreros los indigentes, los infelices, los miserables y los dolidos. ¡Y qué hareis, liberales de los infelices éstos á los cuales no sirven vuestras teorías? Los infelices y los pobres fueron tiernamente amados por Jesucristo: la Iglesia que tenia sus órdenes piadosas de Él, inspiró á los ricos y á los preceptores sociales que les protegiesen. Era la que primero sentía ardientemente la necesidad de la asociacion; era la que primeramente gritaba: «Al que se ayuda, Dios le ayuda,» lo cual es cosa vieja de muchos siglos. Entretanto, viendo que los muchos no servian para ayudarse por sí, acudió presurosa á darles la mano, y acudió con sus hijos generosos, diciendo: «Héme aquí.» Así la separacion pagánica desaparecía entre los afectos y los oficios recíprocos de la familia cristiana: disponfase así el fundamento de la verdadera y legítima economía. Un vivo adversario de la Iglesia, Pedro Sbarbaro, se vió impelido á convenir en ello donde dice «que el principio de la ciencia económica debería saludarse más bien en el sermón de la Montaña (Mateo VIII, v. 6) que en la política de Aristóteles; y que los principios de la fraternidad universal y de la mútua beneficencia entre los hombres no han sido infecundos como la teoría de las dos naturalezas, sobre las cuales fundó el filósofo de Stagira la justificacion de la esclavitud (1).

Ahora se grita por el contrario: El obrero no debe ser protegido; es libre: cualquiera sombra de proteccion que lo toque lo degrada y ofende su libertad.

Los señores liberales van apoyando su propia escuela con algunas doctrinas materialistas. Para ellos el átomo es la causa del ser y el origen de todo: este átomo, que oculta un mundo, agitándose y obrando, debe ser producido por la reunion de otros átomos. Tal en la sociedad es el obrero. Sería verdad, si los hombres se consideraran únicamente asociados bajo la relacion del número: el número más elevado se compone de unidades, todas las cuales tienen el mismo valor. Mas á fin de que la reunion se verifique y produzca armonía, no basta la simple aproximacion, como no basta la muchedumbre si es vaga y desligada: recordad que el viejo Demócrito, el cual sacaba el cosmos de los átomos, los quería «agregados.» A fin de realizar la reunion y componer el mundo de veras, es preciso que los átomos se crucen, que dependan unos de otros, y que renuncien á la libertad individual. ¡Ah! ¡Me conver-

---

(1) P. Sbarbaro: «Sulle opinioni de Vincenzo Gioberti intorno all'economía politica ed alla questione sociale.» Bolonia, 1874.

tís el obrero en un átomo? ¡Tal precisamente lo haceis porque lo hallais libre? ¡Si es precisamente lo contrario! No bien se trasforma el obrero en átomo destinado á componer el mundo, el organismo lo absorbe. ¡Y vosotros seguís fuera charlando de la libertad absoluta!

Tal es el ruin destino que á los liberales persigue. Hablan de solidaridad, de fraternidad y de socorro mútuo: hablan de mil otras cosas de igual belleza; mas estas dotes y aquellas leyes, robadas al Evangelio, y desconocidas en la Iglesia que las conserva sin alteracion, no las saben coser juntas, ni convertir en acto, ni aplicar; postergada la idea de Dios, carecen del universal principio que unifica. Hablan con mucho estrépito de asociacion, como veis que mueven mucho estrépito con la libertad; pero la libertad absoluta de que al obrero revisten, excluye la asociacion, por lo cual mediante un principio destruyen la asociacion, y con otro principio procuran crearla. ¡Creadores vanidosos é infelices destructores de su misma obra! Formó de ellos un juicio formidable monseñor Guillermo, baron de Ketteler: «El partido liberal se contradice cuando blasona de promovedor de la asociacion. El «Self-help» segun él lo comprende, se opone al concepto de sociedad... Si el partido liberal quisiera ser consecuente, deberia prohibir las asociaciones en lugar de vanagloriarse de haber provocado sus instituciones (1).»

Mirad aquí, señores; ved al obrero reducido y abandonado á su propia libertad. No puede ser protegido: los únicos auxilios que le vendrán de las sociedades de crédito y de socorro mútuo, los recibirá cuando caiga enfermo y cese por fuerza de trabajar: mientras persista en el trabajo diario debe de continuo ganarse absolutamente por sí el pan, esto es, debe ganárselo hallándose presa del «individualismo» en una casi separacion química de la humanidad en individuos, cual átomo errante, y, como bien se dijo, «pulverizado:» debe hacer esto, porque de lo contrario, sirviéndose del apoyo ageno, sufre detrimento su libertad personal. ¿Os parece que mejora su situacion económica? ¿Se puede prometer el pronto rescate por la elevacion del salario? Aun suponiendo que los liberales quieran retribuir más abundantemente al que trabaje mejor, ¿no es verdad que irá el mayor provecho á los pocos, porque pocos son por regla general los ingeniosos y los excelentes? Los salarios seguirán siempre bajos y envilecidos para la muchedumbre de los obreros.

Como un corolario del principio que dilucidamos, la escuela liberal profesa otro tambien, ó sea poner en libre y reciproca emulacion las

(1) Mons. G. E. baron de Ketteler. «La cuestion obrera y el cristianismo,» cap. V.

fábricas de la industria. El obrero, abandonado á su libertad, está bien que permanezca en casas y talleres sobre los cuales ondee el estandarte de la libertad. El provecho que los liberales aguardan es de dos formas, refluendo de gran manera en los artesanos: las fábricas de la industria, en la emulacion reciproca perfeccionándose, darán mayores ganancias al capitalista y al señor, y el señor, provisto de mayor fuente en las mercancías y alegrado por una venta más abundante, hará estar mejor á los trabajadores, dando salarios más crecidos. En otros términos: el milagroso principio con el cual esperan los liberales regenerar el obrero, es la libre concurrencia.

Otras veces, señores, recordamos la libre concurrencia, habiéndola ensalzado, y habiendo llamado á la misma Iglesia católica, bajo algunos respetos, una institucion de concurrencia sublime. Ahora no estamos de ningun modo resueltos á prescindir de tales alabanzas. Sólo que la libre concurrencia, aprobada en teoría y sin grandes reservas, no se sustrae á las observaciones, ni á la crítica por lo que hace á los modos de ejercitarla. Decimos que la concurrencia ha de ser prácticamente más ó ménos libre, segun los climas, los lugares, los tiempos y los pueblos requieren; decimos que la concurrencia, si se ansia verdaderamente libérrima, en los daños que aporta debe ser contrapesada por reales ventajas; entendemos promulgar en suma que la libre concurrencia aunque maravillosa en sí, cuando se remite á la libertad enteramente, yendo á ciegas, es decir, sin peculiares reglas ó sin límites posibles, fácilmente cojea, creando suplicios, que caen inexorables sobre los obreros.

La escuela liberal es fea por semejante mácula; en teoría quiere la libre concurrencia, de la que hace un ídolo, que le deslumbra; olvida las muchas condiciones que son precisas para ponerla en práctica; enamorada de la idea, no ve los hechos: por ser concurrencia libre la quiere; amaríala mucho más si algo hubiera en el mundo más especioso que la libertad; pero no existe, por ser la libertad el supremo de los bienes. Entretanto no abre los ojos á la gran agitacion que suscita en sus perturbaciones sociales, á la ruina que produce, y á los muchos indigentes que por aquella libertad espiran.

Hemos mirado, señores, y contemplamos aún en torno; las víctimas de la concurrencia libre nos afligen.

Como los economistas más ardientes, inclinome al ingenio extraordinario de Adan Smith; le doy gracias por los estudios pacientes y sutiles que hizo relativamente al salario; afirmo además con él (halló su ley), que «los salarios son proporcionados á la oferta y á la peticion del trabajo;» igualmente distingo entre los salarios el *nominal*,

el *real* y el *necesario*. Optimamente: mas esta doctrina de Smith, que domina, sin tener casi nada en cuenta la situacion económica de los diversos países, ni su grado de cultura, ni la fertilidad parcial de sus tierras, se quebranta en los obstáculos de las cosas, siendo el propio abstracto devorado por la realidad. En su virtud, la doctrina de Smith contemplada en los libros es filosófica, así como la libre concurrencia es para no pocos países experimental y tirana: el salario «real» grava terriblemente: es ilusorio en lo «necesario» y resbala en «lo nominal.»

Señores: la libre concurrencia, aun cuando se ha metido ya en Europa y en América, tiene de propio que, si por una parte tiende á que las mercancías se afineen y se adornen con las más hermosas apariencias, por otra darlas consigue al menor de los precios: es el arte de comprar barato. Mas á fin de que los productos cuesten ménos, se han de hacer grandes ahorros, entre los que figura el de que no sólo las materias laborables se logren á bajo precio, sino tambien que á bajo precio se trabajen: para triunfar en la concurrencia, piden los productores que disminuyan los gastos de la produccion. Pues bien, disminuyen cerrando el camino á la superabundancia de los trabajadores y reduciendo todo lo posible la merced. ¡Animaos en tal situacion por las buenas suertes del obrero! ¡Confíad en la elevacion de los salarios!

A dar al obrero el empuje último, se añaden las invenciones de las máquinas, que ansía grandemente la libre concurrencia. Odio no alimento á las máquinas; libreme el cielo. No gasto lamentaciones inútiles á guisa de Sismondi, ciñéndome á notar el hecho. El hecho es que una máquina hace inútiles los brazos de cien artesanos: ¡tantos artesanos de ménos en el taller! La máquina trabaja mejor aún que el artesano, con más prontitud y precision empequeñeciéndose mucho el valor que se concede á los brazos del hombre viviente y activo. De aquí un muchedumbre de obreros despedidos y desordenados que van pidiendo trabajo: «Aumentad la masa del trabajo disponible, se dijo, y los obreros quedarán ocupados.» En vano: ¡hallará compradores todo el trabajo disponible puesto en obra? Fuera de que «el aumento» del trabajo disponible, supone para que resulte á buen precio, «el aumento» de las máquinas, y los obreros quedan encerrados fuera. La compañía de los despedidos y de los desordenados sin pan va siempre buscando trabajo. Hé aquí que la libre concurrencia entre los directores de las fábricas en lo bajo produce una concurrencia moral entre los trabajadores. Se presentan estos en la fábrica, y el que la dirige pregunta: «¿Quién trabajar quiere á precio menor? El salario viene á ser una merced; una merced decaida, sobre cuya cantidad se cuestiona como si se tratase de los zapatos ó de los hierros viejos. Ahora bien; yo me indig-

no. ¡Convertido en una merced vil el salario, con que se alimenta el artesano, su consorte y su mísera familia!

¡Oh vanidad de las humanas determinaciones! Acomodada es sobre nuevos pliegues la situación de los trabajadores, dándose á la industria el movimiento del rayo: fué la libertad el grito de salud que mucho enalteció la reivindicacion de los artesanos sustraídos á la tutela del catolicismo: la economía se vanaglorió prontamente, porque vió descender al pueblo á sus manos. Muy bien: entre los himnos y la vanagloria principió á presentarse la miseria entre los obreros.

El docto é ingénuo Bargemont Villeneuve pensó en esto y en semejante trasformacion social, escribiendo dolorido: «El proceso de la extrema indigencia en el seno de las poblaciones más numerosas, así como de los Estados más adelantados en la vía de la industria y de la moderna civilizacion, y la inquietud que á las clases de los obreros atormenta, son hechos que no se pueden contradecir. Si es la más deplorable llaga de la gran familia europea, se debe advertir además que constituye la confusion de los fenómenos más notables de nuestra época... Solamente al cabo de la cuarta parte de un siglo se había principiado á conocer su realidad; mas hoy el pauperismo al desnudo muestra sus colosales y espantosas proporciones. Así el órden social durante mucho tiempo contenido en Europa en una especie de equilibrio entre los distintos elementos de la poblacion, parece hallarse ya en vísperas de una conmocion universal. Por todas partes nuestros avisos nos indican que arribado hemos al instante de una transicion violenta, efecto inevitable de una posicion forzada. En algunas partes del mundo está empeñado el combate aun entre la parte de la sociedad que posee las riquezas y la que atiende sólo á su trabajo. Este antagonismo, si bien tan viejo como la misma sociedad, viviente de continuo; pero reprimido por las instituciones, dulcificado por la religion, así como por las costumbres, y mitigado por la caridad, sólo había estallado á través de los siglos en algunos intervalos durando brevemente. Habiéndose hoy manifestado enteramente por las grandes revoluciones políticas, fortifícase con la anarquía que reina en las doctrinas morales, filosóficas y económicas. La miseria de las clases de los obreros ha venido á ser la cuestion de nuestros dias: es inmensa y quema (1).»

No niegan los liberales la desdicha del pauperismo, que hiere á los trabajadores y al pueblo ínfimo: aseguran sin embargo que no se debe atribuir á la economía pública, sosteniendo que principalmente la libre concurrencia tiene las manos libres de tal lepra.

---

(1) Bargemont Villeneuve. *Économ. polit. chretienne*. Tomo I. Introd.

¿Cuál es por consiguiente su causa? ¿Cuál es la causa de los salarios mermados, reducidos á merced envilecida? ¿Cuál es la causa de los desocupados, de los ociosos y de los vagabundos?

Una consignó, entre los economistas italianos, cierto Enrique Fano, que viene de golpe á iluminarnos, como rompe la boreal aurora la oscuridad de la tormenta. Tenemos el pauperismo, los vagabundos y los ociosos, porque los sacerdotes y las comunidades religiosas los producen. «Las profesiones clericales atraen con el prestigio del ocio y de la riqueza:» los frailes son «personas no productivas y son causa del aborrecimiento del trabajo:» la mendicidad es promovida, pues, por las órdenes religiosas, que la vida ennoblecen del mendigo con su ejemplo (1).

Equivoca este los tiempos, como cínicamente cambia el remedio con la causa del mal.

Equivoca los tiempos. ¿Cuándo los salarios envilecidos y el pauperismo empezaron á contristar á los obreros? La presentación clara de tales desdichas se refiere á la era del progreso, que la filosofía, la política y la economía se jactan de haber obtenido para gloria de las naciones: el pauperismo, por lo tanto, en las crudas formas que tiene, nació en el siglo pasado y contamina el nuestro. Ahora bien: ¡cosa elocuentísima! con el nuevo progreso filosófico, político y económico, el número de los sacerdotes disminuye, siendo menor su importancia: los frailes se retiran desbandados. La milicia clerical se debilita y huye, aumentando, con el progreso flamante, los arruinados. ¿Quién los engendra? ¿Quién los alimenta y nos los regala, señores? ¿Los que huyen ó más bien los que se adelantan y van en aumento? Los frailes y los sacerdotes dejan de hacer concurrencia con los seculares, batiéndose en retirada: ¿quién hace por el excesivo trabajo fácil bajar mucho los salarios? Si fuesen los sacerdotes y los frailes; si por ellos la pereza, la ociosidad y el odio á la fatiga hubiesen debido producir el pauperismo entre los hombres, éste se hubiera extendido desmesurado y hórrido por el mundo cuando los sacerdotes regían la cosa pública y dominaban los frailes. Nada de esto: el sacerdocio floreciente y el pauperismo invasor se excluyen. Es necesario por consecuencia buscar fuera de aquí el padre del pauperismo.

Nuestro economista italiano pésimamente cambia el remedio con la causa de la enfermedad. Los desocupados, los inútiles y los muertos de hambre van á llamar á la puerta del convento. Es la hora del medio-

---

(1) Enrique Fano. *Della carità preventiva y dell'ordinamento delle società di mutuo soccorso in Italia*, cap. IV.

día: un frailecillo abre y tiene un cucharón en la mano: revuelve la sopa y la derrama, distribuyendo un poco á cada uno de los infelices aquellos: llega en seguida otro frailecito lego con una banasta de pan, distribuyendo igualmente los pedazos. Basta esto, y se grita: «Los frailes ennoblecen la vida del mendigo con su ejemplo y hacen que se tenga aversion al trabajo.» ¡Desventurados! Aquellos infelices y muertos de hambre fueron lanzados por vosotros del taller: primeramente les negásteis el salario bastante, y despues el trabajo preciso: ahora, porque hallan en el convento la caridad, atribúyese á los frailes la causa y el aliento de la miseria.

¿Queréis oír por otras lenguas, que no son de frailes ni de sacerdotes, afirmar de dónde nace la pública miseria en los presentes días? Vuelvo á la cuestión de la economía y de la libre concurrencia.

El baron De Gérando, acaso el escritor más filántropo de nuestra edad, dice altamente: «La indigencia nació propiamente de la misma causa que produjo la riqueza en las sociedades modernas, ó mejor dicho, de la libertad del trabajo (1).»

Escribe Roscher: «El exceso de la población en un país es causa, además de miseria, de vicio. Una concurrencia desordenada de obreros no sólo da por resultado precipitar en la miseria á la mayor parte de la población por la reducción del salario: multiplica también las seducciones más fatales, hace duro al rico y le inspira el desprecio de los hombres: impele al pobre á la envidia, á la sordidez, al delito y á la prostitucion (2).»

Escribe Cherbuliez con igual estilo: «La libertad y el progreso han traído una concurrencia violenta entre los productores, un aumento desordenado de la población de los obreros, la sustitucion de las máquinas á la mano de obra y de las grandes fábricas á los pequeños talleres: de aquí la aglomeracion de los obreros en torno de las grandes manufacturas, y por consecuencia su aislamiento de las otras clases de la sociedad. La acción combinada de todas estas causas debía producir una gran miseria; una miseria más considerable que la de las épocas anteriores; más local, sí, pero más difícil de extirpar y por consecuencia más desastrosa (3).»

En compañía de los tales que así escriben y se conducen, una fea frase tengo yo de la boca de un hombre famoso y progresivo: «Nuestro

(1) B. De Gérando. *De la bienfaisance publique*, tom. I.

(2) Roscher. *Principes d'écon. polit.* Tomo II, trad. por Woloscki.

(3) Cherbuliez. *Études sur les causes de la misère tant morale que physique et sur les moyens d'y porter remède.*

sistema industrial, fundado en la concurrencia, sin garantía ni orden, es sólo un infierno social, una vasta realización de todos los tormentos y de todos los suplicios del antiguo Ténaro, con la única diferencia de las víctimas (1).»

Ventilados fueron los dos sumos principios, de que se compone la escuela liberal en la economía, pareciéndonos falsos y crueles. La redención que se promulga del obrero en virtud ante todo de la ganancia, está en la elevación de los salarios. Ahora bien: los salarios, con los preceptos de los liberales, no se alzan de ningún modo, sino que por el contrario decaen y se disuelven. Avalorarlos debería la libertad y hacer mudar alegremente sus condiciones; mas ella, mal entendida y malísimamente patrocinada, produce su depreciación mayor. Ya consideréis al obrero como individuo, abandonado á su propia libertad, ya lo consideréis en las fábricas de las industrias movidas por la libre concurrencia, halla el suplicio en fuerza de aquella propia doctrina que le anuncia la vida. ¡Y es nombrado individuo de las sociedades de socorro mútuo! ¡Y es parte suspirada y aplaudida de las nuevas sociedades fraternas! ¡Qué socorro, Dios mío, y qué fraternidad! Encajan aquí como de molde las recriminaciones que de los demócratas modernos ha hecho Montégut (su docto hermano), donde demuestra que en el campo de la democracia «reina una especie de fratricida emulación (2).»

¡Es demasiada verdad! Vosotros, hermanos honorables, y vosotros, señores liberales, con vuestros apremios, con vuestras furias recíprocas, y con vuestras emulaciones de libertad, por las que se halla el orbe como en tumulto, dais muerte al pobre obrero. ¿Cómo ha de haber ganancia para él, y cómo se ha de reponer? ¿Cómo ha de conseguir paz si lo impeleis, si jugáis á la pelota con él y hasta del trabajo lo rechazais? En las sociedades de los artesanos, no entra la Iglesia mantenida fuera por vosotros; mas en estas sociedades de artesanos, donde se busca en vano á la Iglesia católica, no existe siquiera la ganancia por los pobres aguardada, ni la redención prometida: no hay respiro de vida, ni concordia, ni orden, sino guerra y tempestad de intereses materiales.

Asoma en segundo lugar la escuela que, mejor aún que la primera, se hace encomiasta del pueblo y es rica en promesas mayores: la escuela de los socialistas.

(1) V. Considerant.

(2) Montégut *Les transformations de l'idée de patrie.*—*Revue des deux Mondes*, 15 noviembre 1871.

¡Pero que! Nosotros, con el lenguaje de la economía hablamos del salario, afirmando que consiste en la elevacion de los salarios y en su estabilidad el progreso de los artesanos. Pues bien: somos bárbaros y somos indecentes: ni aun nos permiten proferir aquel nombre. ¿Qué significa el salario para los socialistas? Significa esclavitud. Poneis vosotros un hombre á trabajar á vuestro gusto, bajo vuestras órdenes: á precio de su fatiga, en la que gasta su cuerpo y su alma, le asignáis pocos sueldos al dia. Con esto lo envileceis vergonzosamente y lo subyugais: los hombres del salario en la sociedad moderna equivalen á los hombres esclavos de la sociedad pagana. Nosotros, dicen los socialistas, nos atenemos á otros principios; queremos ennoblecer al obrero, y que se respete la dignidad humana en él: hé aquí que, borrada la ley del «salario,» promulgamos la ley de la «comparticipacion.» Admítase al obrero á participar como sócio en los productos del capital: del estado de simple siervo levántase al de operador y de negociante. Tres bienes á un tiempo: mientras ponga más ahinco en el trabajo, y mientras halle más sublimada su condicion, conseguirá mayores ganancias, y, sobrándole dinero, quedará rescatado.

Doctrina bellísima: ciertamente se inspira en la filantropía y en la humana dignidad. Lasalle, Rodrigues y cien otros que la promueven, deben recibir las felicitaciones de la Europa y de todos los pueblos civilizados, por cuanto es inminente una segunda liberacion de esclavos, cumplimiento de la primera realizada por el cristianismo. Ahora se romperán los últimos bastones que azotan las espaldas de la mísera humanidad: ahora todos los hijos de Dios elevarán las manos al cielo regenerados y libres.

Esperad: no es bueno que profirais aún el cántico de la libertad. La doctrina que os recordé, bellísima cuando se oye, tiene de propio, con todas las teorías superlativas, que falla cuanto se quiere realizar. Es una «República» de Platon, á la cual es preciso ver de lejos, apartada del pueblo, y puesta, digámoslo así, sobre las olas del mar. Cántenla los poetas; mas no se preocupen de ella los políticos.

Esfuerzos fatigosos hicieronse á fin de que fuera el obrero, al lado de los señores, participante en los frutos del capital; fundáronse sociedades de cooperacion con este rústico nombre: «El cointerés del trabajo en la empresa;» hasta obtuvieron resultados prósperos las de los señores Briggs de Methley cerca de Leeds, así como en Francia la «Compañía de los caminos de hierro de Orleans;» añadiremos que con esto los socialistas nada nuevo inventaron, por cuanto Walt y Bulton, no socialistas, miraron con predileccion tal idea y la pusieron en parte en práctica. Antes, en las costumbres de la gente cristiana, en la

marinería, por ejemplo, y en algunas partes del comercio, se realizó la participacion: los consocios fueron introducidos para que gozasen una porcion de los beneficios. Rasgos peculiares, y obras excepcionales de todas maneras, que no pueden constituir una ley para todos; relativamente á la multitud de los obreros, la participacion resulta utópica; volvemos á la «República» del Ateniese.

Vosotros, nobles y burgueses, necesitais criadas para vuestras necesidades domésticas, como tambien criados y servidores para la vida pública: ¿quién podrá pedirlos con derecho, y ademas en buena educacion, que los criados entren á ser socios participantes de vuestras ganancias? Vosotros, pintores y escultores, necesitais quien os lleve la madera, el lienzo y el mármol, ú os sirva de criado en el estudio: ¿deberéis considerar á los criados y á los mozos de cordel como aliados al distribuir la merced que corresponde á las invenciones de vuestro ingenio? Vosotros, traficantes, que teneis un ejército de servidores, ¿sereis antes que los demas constrefidos por la ley á repasar vuestras cuentas con ellos, realizando la division del lucro con el mozo y el carretero?

Ocurre ademas esto, por lo que la demanda de la participacion relativamente á los obreros resulta pretension vana y excesiva. A fin de ser asociado con derecho al propietario en el goce de los productos del capital, quiere la razon y la justicia que se entre con el propietario en la formacion del mismo capital: sólo cuando se concurre á crear la fuente, sobre los rios que brotan, hay accion jurídica en determinada medida. En breves palabras: se necesita ser propietario para gozar el derecho del intrínseco movimiento de la propiedad. Si por el contrario el capital es puesto sólo por uno; si tú aportas únicamente tu obra externa para usufructuarlo, el capital produce para el propietario, debiéndosete sólo la merced ganada con tu fatiga; esto es precisamente la retribucion ó el salario. Ahora bien: los obreros, hablando en general, se presentan en las casas de trabajo desprovistos de medios, indigentes y arruinados; prestan al propietario sólo el uso de su inteligencia y de sus brazos, cuyas cosas no son por sí (lo demostramos otra vez) propiedad, ni riqueza económica: si tales son por consecuencia los artesanos, van al propietario los frutos directos del capital, que suyo es por completo, como por el servicio prestado va la merced á los obreros. Esta es cosa de derecho elemental, y como su alfabeto.

Si os apartais de la cuestion del derecho y os ceñís á los benévolos sentimientos de la humanidad, os advierto que salís del camino. ¿Quisiérais constreñir con una ley á los propietarios á fin de que admitieran á los obreros como participantes de las ganancias, haciendo un llama-



miento á su generosidad? Aquí no entra la ley, que sobre la justicia se funda, sino la súplica que humildemente se recomienda. La súplica nos conduce mejor al pié de los altares, que á las salas de las asambleas legislativas y de los tribunales. Por otra parte vosotros, en nombre de la humanidad, no pediríais poco seguramente: pediríais que los propietarios distribuyeran los derechos de la propiedad, defraudando á sus familias, á fin de hacer participantes á los primeros llegados. Empero, dejando todo lo demás, ¿os parecen nuestros días á propósito para tal sacrificio y para emplear tanta misericordia? Dejemos lo hiperbólico, manteniéndonos firmísimos en el terreno que huellan nuestros pies. Yo digo; no participacion en pró de los obreros, ni utopias, sino salario.

¡Ah! ¡El salario! Con qué mala voluntad lo tragan los socialistas. Volvemos á caer en el antiguo paganismo; tenemos nuevamente los esclavos y el envilecimiento del hombre: no la ganancia deseada, ni el rescate del obrero.

¿Dónde se halla en el salario la servidumbre? Dos hombres contratan juntos; el propietario y el bracero; el uno ofrece y el otro pide trabajo: necesita el primero ayuda en la fábrica ó en el comercio para sacar utilidades del capital: el segundo necesita una merced para vivir con el fruto de su trabajo: ambos, pues, obran á consecuencia de un pacto. Hácenlo libremente, porque ninguna de las dos partes puede imponer la ley á la otra. Realmente si no consiguen ponerse de acuerdo, el propietario, enteramente libre, busca otro bracero más moderado; el bracero, libre igualmente, busca otro propietario ménos duro y ménos tacaño. Si vosotros sin embargo, compadecidos de la suerte del obrero pobre, deplorais que por su pobreza se vea constreñido á rendirse á la dureza de algun amo, agrego yo: «¿No veis acaso alguna vez á los propietarios y á los directores de las fábricas, constreñidos por la negativa de los obreros á detener sus máquinas y á declararse en quiebra? En mucha parte recíproco es el daño y el peligro: el salario no es pacto de servidumbre, sino de libertad.

Alguien parangonó los hombres del salario á los antiguos siervos paganos. ¡Cuán ciegos son! El esclavo de Grecia y de Roma era «cosa y no era hombre: no tenia salario, sino la comida y el vestido de su amo; como tambien los golpes, porque únicamente dependía de su voluntad: por el contrario los obreros modernos cristianos son seres humanos y no cosa;» precisamente por tener salario y proveerse con el salario de vestidos y alimento, no reciben los ruines golpes del esclavo, ni pertenecen al amo: dueños son de su propia alma y de su propio cuerpo. Los esclavos antiguos eran además mercancía, siendo comprados y vendi-

dos, así como no rara vez muertos. Ahora bien; ¿hallais en nuestros operarios la compra y la venta? ¿Hallais la muerte arbitraria y no reprimida por las leyes? La circunstancia de tanto enardecernos por su causa, de amarlos y defenderlos, ¿no demuestra que á la luz del cristianismo los reconocemos hermanos? Vednos hacer afirmaciones contrarias de todo punto á los socialistas: el obrero con salario, y libre, es la denegacion del esclavo, el hombre único que sobre la tierra trabaja sin recibir salario alguno.

¡Así es! Mas no pudiendo tener participacion, y reducidos al salario, los obreros no pueden conseguir abundantes ganancias y siguen envilecidos.

¿Aspirais, pues, á convertir el mundo en una sola casa de ricos? ¿No quereis ver en adelante en las sociedad humildes techos, ni casuchas, sino palacios? Es un capriclio vuestro, y una gran soberbia, que hacia hervir la sangre de aquel hombre mordaz que se llamó José Giusti, habiendo sacado de su pluma el epigrama siguiente: «En la escuela y en casa frecuentemente se consumen los hombres por el tormento de la educacion. Inmediatamente que nace un, hijo se dice:—A este lo haré médico, y abogado á este otro. Si no se dice, se piensa. ¡Oh! ¿No podria suceder que á este médico y á este abogado le hubiese tocado sobre las espaldas una cabeza de campesino? ¡Oh el campesino!—Sí señor; el más antiguo, el más natural y el más útil arte del hombre (1).» Nosotros decimos. ¿No puede suceder, y no acaece todos los dias, que nazca el hombre teniendo suspendidos de los hombros dos brazos que son buenos únicamente para ser obrero? ¡Perfectamente bien el obrero! nos contestan; mas debe por situacion hallarse tal que tienda á convertirse y pueda ser un gran señor. Admitámoslo; pero si todos vinieran á ser señores y amos, dejando de haber servidores, ¿quién nos prestaría los bajos servicios á nosotros? ¿Depondrán la pluma los escritores, los gacetilleros y los legisladores para lavarse la cazuela? ¿Manejarán la escoba los reyes, los ministros de Estado, los grandes propietarios y las damas, con el fin de no tener sucio el palacio real y su habitacion propias? ¡Se necesitan abundantes ganancias y la soberanía inminente para los obreros! Esto aseguran en alta voz, contestando yo: Que se satisfagan con un término medio, porque mediocre y templada debe ser su condicion: en el cumplimiento del orden está el bienestar, como está la virtud: un plebeyo, que se viste de príncipe, lleva máscara, sin mejorar por esto su propia vida. Por consecuencia la simple elevacion de los salarios, conforme á la rectitud, basta.

---

(1) G. Giusti. *Proverbi toscani*, ilustracion, XVI.

¿Y reputais juicioso que se envilezca el salario, considerado en sí mismo? ¡Mas si los hombres, incluso los más grandes y famosos, viven de salario! En sustancia éste sólo es la retribucion que recibes de tu fatiga. Lo mismo da que sea fatiga de mente ó de mano; lo mismo da que recibas la retribucion de un hombre privado que de un hombre público. Pues bien; todos los hombres trabajan, y todos son retribuidos por su trabajo. Tienen, señores, su salario.

Bramante, Miguel Angel, Rafael, levantan cúpulas, modelan estatuas y pintan cuadros: viven en Roma pensionados por los Papas, de los que reciben su salario. ¿Os parecen por ello envilecidos estos sublimes gé-nios del arte?

Los maestros y los grandes profesores de liceos y de universidades como Newton, Leibnitz, Linneo, Cousin, Aragó, Herscell, Spallanzani, amaestran á la juventud de la Europa; pero la nacion les paga, recibiendo su salario. ¿Encontrais sobre su frente la huella feísima del envilecimiento?

Los ministros de Estado rigen á los pueblos, y el rey les paga por su trabajo: es pagado el ingenioso Colbert, pagado el austero Sully, pagado el ardido Necker, pagado el docto Guizot, pagado el historiador Thiers: reciben su salario. ¿Os levantaréis para motejarles de viles?

Los fuertes capitanes magnánimos; los Turenne, los Condé, los Vauban, el mismo primer Cónsul y los Wellington, son pagados por el tesoro público, recibiendo su salario. ¿Llamareis á los héroes hombres deprimidos y sin vergüenza?

De tales alturas descendamos á una consideracion de la vida trivial: la consideracion es de Edmundo About.

Escribe así: «No hace mucho, mientras estaba leyendo una disertacion elocuentísima contra la opresion degradante del salario, recibí una citacion invitándome á rendir testimonio delante del tribunal. Sobre la cédula leí la frase siguiente, impresa, y por lo tanto no escrita para mí sólo: *El testigo recibirá salario*. Anualmente los magistrados dirigen la propia invitacion en los mismos términos á medio millon de ciudadanos, ó más. Creo que las tres cuartas partes de los ciudadanos reciben á lo ménos una vez durante su vida citacion para que rindan testimonio. Ahora bien: imposible que la ley, con su significacion elevada de la pública sabiduría, insulte con propósito deliberado á la casi totalidad de la nacion. Si el salario implicara un sentido injurioso, ó simplemente desagradable, no serian los hombres invitados á declarar bajo la fé del juramento. Sin duda el ministerio público interpreta dichas palabras en el propio sentido que el más grande legislador del mundo antiguo, que dice: Si yo incomodo á un hombre, y confisco su

dia en provecho del interés común, la sociedad le debe alguna compensación en cambio: recibirá dinero... un salario (1).»

No hay discurso que plazca. Los economistas del socialismo en la guerra que hacen al salario son tan ciegos, tan mentecatos y tan ignorantes, que con muchos despropósitos quisieran suprimirlo. ¿Lo sabeis, señores? Hay algunos que lo equiparan á la limosna con la cual lo sustituyen: ¿no es propio de cobardes recibir limosna? Es igualmente cobarde quien se conforma con recibir salario.

¡Limosna y salario! Señales ambas y argumentos de cobardía. ¡Qué confusión de ideas! Permitidme que yo ahora me procure un poco de luz.

El cielo de Nápoles es alegre y risueño; su golfo vastísimo y plácido, lleno de velas blancas y batido por los remos de los barqueros; el Vesubio que arroja del cráter remolinos tortuosos de humo, el cual blanquea según sube, trasfigurándose luego con mucha belleza; la bahía con amplia curva coronada por bosques de naranjas; los castillos antiguos, las ruinas venerandas y el sol esplendísimo que ilumina tan varia y alegre riqueza de cosas, parecían ocupar la mente de un jovencito, vivaz como el sol, de movimientos rápidos de fantasía ligera como el aura de la montaña y poético como aquel cielo, aunque surcado su espíritu de ruinas, si vale la expresión, como la costa de Mergellina, sobre la cual se había colocado poco antes. El jovencito inmóvil meditaba sentado sobre una roca; tenía los ojos encarnados, y alguna vez un poco velados por cristalino humor, por lo cual los restregaba con sus manos. ¡Qué cosa quería él arrojar de sus ojos? ¡Cosa peor que el humo del Vesubio! Quería echar lágrimas. Por esto, haciéndose vencedor de sí con el esfuerzo, embellecíase mucho lanzando luz de su frente; no de lo demás de su persona, por tener los miembros encerrados en sus vestidos destrozados por la miseria.

¡Por fortuna el jovencito no estaba solo! Una muchacha y un niño, hermosos con la primera inocencia, le acompañaban. ¿He dicho que por fortuna? A desdicha se añade más bien desdicha, por cuanto la muchacha y el niño, cubiertos con pocos andrajos, sufrían igual hambre, llevando pintada en su rostro la propia melancolía. Si durante algún momento, para distraerse, se ponían á recoger flores, muy pronto dejaban de hacerlo, y más voluntariamente se pasaban plegando la cabeza sobre sus espaldas para contemplar al hermano; caían de su mano las flores cogidas, cubriendo la tierra, por cuanto el hermano dolido no tenía una cabeza que pudiese adornarse con flores.

---

(1) Edmundo About. «El abecé del que trabaja» cap. VIII.

¡Qué hacía el hermano que luchaba con el dolor, vencíendolo de cuándo en cuándo en dichas alturas sentado é inmoble sobre la roca? ¡Poder del corazon humano! Aun en el espíritu decaído, cuando la vena del dolor rebosa dentro, el dolor da colores á las ideas, á los afectos y á las obras: tú has conseguido victoria sobre el dolor, por lo cual lo cantas, lo pintas y lo infundes en los hombres. Nuestro jovencito tan apasionado y fuerte tenía sobre la rodilla izquierda extendido un papel y estrechaba en su diestra un lápiz: mirando fijamente delante las ruinas de la tumba de Virgilio, disponíase á grabar aquella tumba en líneas volantes. ¡Qué vision digna únicamente del cielo de Italia! ¡La muchacha y el jóven remendados y tristes; tristísimo el jóven excelente: y sobre su papel la tumba del viejo cantor de Eneas!

Pasaban pocos minutos; un hombre decentemente vestido aparecía en aquellas alturas y paseaba, deleitándole la magnificencia del lugar.

La muchacha que inmediatamente descubrió al señor se puso á mirarlo: miró con ánsia primero al hermano y despues á él. No interrogó, ni habló, sino que con aire resuelto moviéndose con su hermanito en la mano, se puso á los pies del recién llegado en actitud suplicante, y mostrando al niño, alargaba su diestra, como para recoger una limosna.

El jóven lo vió, y se puso rojo como las brasas. Levantándose de pronto, poniéndose de un salto en medio de los tres, exclamó deteniéndola: «No, María; no demandes limosna.»

«Es que tenemos hambre,» respondió la jóven con el acento de la desesperacion: «y tú la tienes más aún que nosotros.»

«¡Está enferma la mamá!» gritó llorando el pequeñito.

El señor, lleno de admiracion y conmovido, llevaba la mano á su chaleco; Salvatorello, nuestro muy querido jóven, deteniendo su brazo, con actitud digna, dijo: «Yo puedo trabajar, y mientras viva, no pediremos nunca limosna.»

Hé aquí, mis buenos socialistas, hasta qué punto es cobardía dar y recibir limosna. Soy dueño de mí, teniendo ingenio bastante, miembros sanos y tiempo para trabajar: me avergonzaré por lo tanto de ser mendigo y de pedir limosna, porque primeramente me acusaría de valer muy poco, robando la limosna además á mis pobres hermanos. Empero si alguna vez ocurre que mi salud se debilita, que la desgracia del todo me arruina, y que me nieguen trabajo, no me juzgaré yo envilecido extendiendo al piadoso la mano á fin de que me socorra, porque francamente manifestaré mi ser, y porque á nadie quitaré nada: por otra parte saludaré yo en el pio al enviado de la Providencia divina.

Volvamos á Salvatorello.

El señor, más ó ménos maravillado de ver que detenían su brazo, preguntó: «Mas, ¿qué ingresos tienes tú hoy que es día festivo?»

El jóven, señalando el sepulcro de Virgilio, y descubriendo su lápiz dijo: «Dentro de dos horas habré terminado un dibujo. Entonces si alguno lo compra...»

Añadió el desconocido: «Lo compraré yo. Veamos ahora lo que has hecho.»

Brilló de alegría Salvatorello, exclamando: «Sea usted bendito.» Corrió á coger su papel con la vista de la tumba de Virgilio dibujada, y se lo enseñó. Al mismo tiempo decía con énfasis: «Es leve cosa merecería un monumento más espléndido, y la mano de Rafael para dibujarlo.»

Mientras así razonaba el jóven, queriendo excusarse á sí propio, el señor atentamente observaba é inquiría diligentemente su trabajo, pareciéndole maravilloso, mayormente siendo de aquel pobre muchacho. Añadió, abrazándole con trasporte de amor: «Conclúyelo, conclúyelo: lo compraré yo. Toma desde ahora el precio.» Y entrególe todo el dinero que tenía en el bolsillo. «Mañana irás á llevármelo á la calle de Toledo, número 24; pregunta por Juan Lanfranco.»

Gritó entonces como aterrado Salvatorello: «¡Juan Lanfranco! ¿Es usted aquel pintor famoso?...»

«Si; soy pintor: acaso tú lo eres mejor que yo. ¿Cómo te llamas?»

«Salvador Rosa,» murmuró el jóven tímidamente.

Replicó Lanfranco: «¿Eres, por consiguiente, discípulo de Francisco Fracanzano?»

«Precisamente. Fracanzano es mi cuñado, como el primero que me instruyó en el arte fué Pablo Greco, mi tío materno.»

Añadió Lanfranco: «He visto otros dibujos que has hecho; mas no me permitían esperar tanto como éste. ¿Cómo has caído en tanta miseria?»

«Murió mi padre, dejando nueve criaturas sin recursos. Industriéme yo con estos dibujos, porque ahora no tengo con qué hacer cuadros, y en la plaza los vendo á fin de tener pan cuando encuentro quien los quiere comprar.»

«Pues bien; desde hoy en adelante no serás nuevamente miserable. No tengas miedo. No correrás peligro de tener que mendigar. Me ha favorecido la Providencia, y puedo hacerte de padre. Vete y corre á consolar á tu familia.»

Salvador y los niños cayeron á sus pies abrazándolo. El llanto de la gratitud no les permitía decir palabra. No bien se hubieron levantado, Lanfranco se puso á mirarles, considerando que los azares de la for-

tuna suelen angustiar á los grandes ingenios en el principio de su carrera.

Salvador Rosa, como pintor de paisajes, y más como poeta, fué grande en Italia.

¡Mas aquel noble ingenio que á instalarse va en el estudio de Juan Lanfranco y recibe cada mes su salario, como recibe dinero por la venta de sus cuadros, embrutécese y se infama! Los economistas del socialismo, con sus ideas perturbadas de limosna y de salario, lo ven ahondado en el cieno.

¡Oh Salvador Rosa, celebrísimo é ilustre verdaderamente por tus sátiras poéticas! Quisiera verte yo con un baston en la mano, golpeando con todo derecho las espaldas de los dados á oscurecer vocablos y conceptos. Enséñales al son de los azotes cuándo y cómo deshonra la limosna; enséñales cómo de la limosna se diferencia el salario. Ellos amontonan frases por falta de claridad ideal; tú, considerándolos incorregibles, doménalos en tu terrible sátira «la Babilonia» y abandónalos al horror eterno del Tártaro.

Señores, la escuela de los socialistas que no tolera el salario y que á los obreros llama á que sean sócios del propietario, está vencida. Compelida se ve á enmudecer por la razon que le falta, y el hecho que no la sufre. ¡Qué acabo de sostener! ¡Ah! Los socialistas tienen sin duda un lugar donde hablan terriblemente y tienen por el mundo su Tártaro: son las reuniones de los obreros. ¿Qué importa que sus principios carezcan en sociedad de grato éxito? Destrozan ellos las orejas con ásperas frases, vituperando á los propietarios y á los ricos; hinchán los espíritus, les infunden el odio del pasado y la inquietud del presente, llamándoles hollados por la humanidad; con la voz del más fanático entre los novelistas de Italia, llaman al obrero «el San Bartolomé del capital,» y le impelen á su regeneracion. Engañanse los que atribuyen á los excesos la energia de la vida; imágenes por los socialistas trasladadas á los obreros son las comodidades y la prosperidad, como también la paz es corona de su rescate. ¿Hay paz en las sociedades de Cabet? ¿Existe por ventura en los conciliábulos de Fourier? No existe paz, extraviados, donde la Iglesia no penetra, donde de cerca no palpita y donde no habla. ¿No le dijisteis que se mantuviese distante? ¿No decretásteis que debe permanecer de continuo extraña? Está bien; haced fiesta y aplaudid con las manos, ya que vuestra es la victoria. No está la Iglesia en las sociedades de obreros; mas en ellas, donde nada puede nuestra Madre, hay importunidad, presuncion y delirio: hay guerra y tempestad de intereses materiales.

Veo esforzándose para ir adelante una escuela tercera: son los economistas gubernativos.

Acámpanse contra todos, disintiendo así de los liberales como de los socialistas. Casi presentan el aspecto de aquél, que con larga y sinuosa capa cubre un mísero infante, hace poco encontrado en la calle y perseguido por la gente: es, señores, el obrero. Los economistas gubernativos, manifestándole amor desmesurado, dicen: ¿Por qué no tiene paz esta criatura infeliz, ni se redime? ¿Por qué á pesar de mil alegres promesas empeora de día en día? ¿Por qué oprimido es por los propietarios? ¿Por qué se debilita en las oficinas? ¿Por qué se pudre, digámoslo así, en el fondo de los tugurios? ¿Por qué de hambre desmaya en la calle pública? Por esta razón: porque carece de firme apoyo. Los socialistas tienen palabras magníficas; pero se trasforman en humo y en viento, porque piden lo imposible: jamás los capitalistas pondrán á los artesanos sobre sus rodillas, para compartir con ellos los frutos de su propiedad. Los liberales, por otra parte, tienen el talisman de la libertad: tienen para los artesanos aquella fascinación estupenda; pero la libertad, más que principio, es medio de resurrección; ó bien no es un principio único, que otro no requiera para compañero: el principio que debe unirse al de la libertad para infundir vigor y dirección á la obra, es el principio de la vigilancia. Fundemos, pues, sociedades de artesanos, promovámoslas con mucho aliento, y procuremos regenerar en ellas las clases trabajadoras; pero vigilémoslas en provecho común. Está bien: la necesaria y legítima vigilancia que no puede venir de los liberales, como no nos viene de los socialistas (individuos desgranados y no competentes), parta de la pública autoridad, ó del gobierno.

¡Cuántas sectas, cuántas escuelas y cuantas clases de hombres se fatigan para tu provecho, querido y lacrimoso pueblo de las fábricas y de las oficinas! La sola economía pública, que para tí está muy ocupada toda, te manda un ejército de tales entrañables amigos y libertadores tuyos. Mas la desdicha es que sobre tí cuestionan sin entenderse. ¿Quién te llevará de veras la redención y la paz? Es como una cuestión de patria en tiempo de grandes facciones políticas: ¿te salvarán los «Negros» ó los «Blancos»? ¿Los Girondinos ó los de la Montaña? Empero es más que simple cuestión de patria, porque arrastra la cuestión de los obreros á toda la humanidad. ¿Quién aportará la salud á la humanidad combatida y en peligro? ¿Una escuela? ¿Una secta? Ventilen los venideros el problema. ¡Ah, vive Dios! Hé aquí entretanto una escuela económica, la cual, entre las tentativas del socialismo y el estruendo de la libertad, promulga la precisión de la vigilancia y de la tutela. La Iglesia, viva y sincera realización del cristianismo, tutelaba á los obreros y no

se quiso á la Iglesia católica. Entonces se conoció claramente que sin una superior tutela no se podía estar, ó se viviría con mucha pena y daño, buscándose la proteccion alta en los gobiernos políticos. Hé aquí por qué los economistas gubernativos me parecen aquellos seglares y aquellos sacerdotes apóstatas del siglo XVI, los cuales, huyendo de la autoridad del Papa, establecían su iglesia nacional, magníficamente cayendo bajo la supremacía temporal de los príncipes. ¡Guárdate de los apóstatas, pueblo de las fábricas y de las oficinas!

Manifiesto yo negro humor con todas las escuelas economistas, á pesar de que no pienso, señores, ser de naturaleza irreconciliable. Dios no me ha hecho tal que quiera constituirme con el género humano en guerra. Mas descubro que para el provecho divino del género humano está la obra de Jesucristo: esta obra redentora me parece á mí excluida de las escuelas económicas que yo he nombrado, por lo cual las detesto. Hablamos ya de los liberales y de los socialistas: ¿encontraríais vosotros cosa diversa y mucho mejor en los economistas gubernativos?

Aquí está toda nuestra presente cuestion: por la ganancia se quiere principiar el rescate del obrero, y de la ganancia inferir su contrastada prosperidad: es preciso, por consiguiente, alzar los salarios. Ahora bien: los economistas de nuestra tercera especie, que igualmente admiten el principio de la libertad, si bien queriéndola sometida á la tutela del gobierno, no puedo imaginar cómo llegan á ser útiles al obrero en el asunto de la ganancia y en la elevacion de la merced propiamente. Corresponde á la Iglesia predicar la indulgencia, inculcar la generosidad, hacer que se inclinen los ricos al alivio de los fatigados y de los míseros. Tal oficio corresponde á su autoridad supremamente moral; en esto la Iglesia católica, en los tiempos de su magistratura pública, supo realizar milagros. Empero los gobiernos no pueden enaltecer la generosidad, ni tienen tampoco el moral tirocinio de las almas: los gobiernos políticos hacen leyes.

¿Hacen leyes? ¿Prescribirán, por tanto, despues de minucioso y universal exámen, que los salarios suban á la elevacion por ellos determinada? Elevacion siempre variable por causa de los lugares, de los tiempos y de los trabajadores: ¿elevacion siempre varia por necesidad, segun cambian los establecimientos de las manufacturas? ¿Harán esto? ¿Qué intervencion en las necesidades de los ciudadanos, y qué vigilancia! Volveremos á estar peor que en la edad de los pupilos: los males de la menor edad se reproducen con horror nunca visto, porque no ya los infantes, ni los jovencitos, sino los viejos señores, los viejos capitalistas y los viejos poseedores con todas sus familias laboriosas de obreros caen bajo la legal arbitrariedad del gobierno.

Aun cuando esto sucediese, ¿creéis vosotros que lograría el trabajador los grandes salarios, nadando, por decirlo así, en sus ganancias? El gobierno se mezcla y los grandes directores de la propiedad se retiran. Son memorables las palabras proferidas por Reybaud: «En todas partes donde la intervencion del Estado aparece, la intervencion de los particulares se retira; desde que pone delante su responsabilidad, las demás responsabilidades se creen desobligadas (1).» ¡Oh! Los propietarios ponen fin á sus tareas económicas: ¿qué pasa entonces á los braceros y á los artesanos? ¿Acaso el gobierno, quedando solo, es el dios omnipotente y único, vivificador del pueblo?

Un dia en la Cámara de los Comunes inglesa, Roebuck, si bien hombre superlativo y de mucho empuje, quería que aquel gobierno, relativamente al asunto que nos ocupa, «hiciera un acto de iniciativa y de tutela, asumiendo él mismo las negociaciones de la cuestion.» El Canciller se negó y dijo del gobierno: «Vigila desde lo alto, á fin de que todo marche regularmente; mas á cada uno deja el mérito de sus esfuerzos y el cuidado de administrar las cosas propias segun sus propósitos y conveniencias. A tal independenciam del ciudadano debe Inglaterra gran parte de su grandeza como nacion (2).»

Demos por concedida otra extravagancia, señores. Admitamos que se mezcle ó intervenga el gobierno y que no se retiren los grandes propietarios: no vislumbro yo que aquel obrero deba quedar por semejante tutela favorecido. A la verdad el gobierno, poniéndose á socorrer á los artesanos, así como por una parte quiere intervenir en los salarios, juzga por otra necesario tener á la vista el patrimonio recogido por la Sociedad: surge la vigilancia del tesoro. Habiendo pensado Federico Bastiat en tal vigilancia, quedó espantado, escribiendo con la fiebre en los pulsos: «Suponed que intervenga el gobierno. Es fácil adivinar qué oficio asumirá. Su primer cuidado será apoderarse de todas estas cajas con el pretexto de concentrarlas; á fin de paliar la cosa prometerá hacerlas más fuertes con lo sacado del impuesto... Despues con el pretexto de la unidad, de la seguridad en sólido y qué se yo, querrá reunir todas las asociaciones en una sola, regida por un reglamento único. Ahora bien: ¿qué sucederá cuando la caja se alimente con el gravámen, y cuando ninguno se cuide de defender el fondo comun?» Bastiat sigue aterrándose y se indigna siguiendo así: «El gobierno nombrará cajeros, síndicos é inspectores: infinitas formalidades se interpondrán entre la necesidad y los socorros (3).»

(1) Véase A. Montanari. *Elementi di economia politica*. Sec. primera, cap. III.

(2) *Times*, 20 junio de 1850.

(3) F. Bastiat: *Armonies économiques*. XIV.

A los salarios y á las cajas extendida la tutela gubernativa, no deberá de ningun modo quedar libre de la misma en las fábricas y en los talleres la marcha de los obreros, por cuanto tal marcha forma parte de los quehaceres económicos. Los diestros y los activos sirven; pero los perezosos y los remolones perjudican. Bastiat, que no concluye de parecer un poseído, ve «una estupenda institución que nace, trasformada en una seccion de policía (1)» cual es en nuestros días la sociedad de los artesanos. Y un egregio escritor italiano, que toma mejor las cosas desde su origen, hace la siguiente advertencia: «Disueltas las antiguas corporaciones, que constituían una especie de vigilancia reciproca entre los miembros, ésta se debió concentrar en la policía, por lo cual adquiere grande importancia, invadiendo á veces los límites del poder judicial (2).»

¡Ah! ¡Vuelvo á figurarme ahora al misero infante que poco antes me pareció ver como recogido en la calle, y envuelto en el largo tortuoso manto del protector! Pueblo de las fábricas y de las oficinas: aquel niño eres tú. No tienes ya la tutela amorosa de la Iglesia de la que te apartaron, ni tienes tampoco sobre tus pasos el ojo vigilante pero paternal, de los sacerdotes: entre los economistas hay quien se despepita por plantar más bien en torno de tus ojos la tutela gubernativa y de la policía. Espíante tales ojos, y te tocan tales manos: hacen todo esto, sin que calienten tus vestidos.

Sucede, señores, con el tercer orden de los economistas lo que con los segundos y los primeros. Se dijo que «no se encuentran las montañas,» y es verdad geográficamente; pero en las ciencias algunas veces, y ahora en la ciencia económica, las montañas encuéntranse moralmente y chocan, produciendo rumor grande. Chocan liberales, socialistas y economistas gubernativos: todos se despepitan por el bien del obrero y todos procuran redimirlo en la provocacion de la ganancia: el choque produce rotura y es el obrero el arrojado á la calle. Demasiados anuncios, demasiadas teorías y demasiadas promesas: los sucesos con su curso inexorable las dispersan. Haced como el divino Jesús, que pasó por el mundo haciendo bien, y llorando de compasión las miserias de los hombres, sin levantar cátedra de ampulosa ciencia: haced como la Iglesia católica, primera que regeneró los esclavos, estableciendo la humana fraternidad: despues, pasados siglos, os llama para que contempleis la Edad Media, obra inefable de sus manos. Obrad viril y piadosamente, sin prometer. Yo, hijo del pueblo, introducido en

(1) F. Bastiat, *lug. cit.*

(2) César Cantú. *Storia dei cento anni*, tom. III.—Ciencias sociales.

vuestras sociedades nuevas, aguardaba un paraíso: me asegurábais vosotros que solamente con entrar quedaría rescatado, rehecho, establecido pacíficamente, y libre de la miseria. ¡Ay de mí vendido! ¡Ay pobre de mí! La Iglesia no es llamada con el fin de que intervenga en las sociedades de los artesanos; la Iglesia está fuera de tal parte y dolorosamente lejos: así como queda excluida de las tramas de los economistas liberales y es rechazada de los gritos frenéticos de los economistas del socialismo, no se ha querido ver ni se ha tolerado que se aproxime á los celos y al desprecio de los economistas gubernativos. En su virtud, apártase la Iglesia de tales sociedades. Lo repito, señores; pero, ¡ved, ved! áun con la Iglesia se aporta la prometida redención del obrero. Allí no hay reivindicación de derechos, ni paz, ni abundancia: no existe la ganancia estrepitosa, sino más bien guerra y tempestad de intereses materiales.

# CONFERENCIA X.

---

SI LAS SOCIEDADES DE LOS OBREROS  
ESTÁN BIEN DIRIGIDAS POR LOS ECONOMISTAS  
RELATIVAMENTE Á LA EDUCACION.

Un epígrafe agradable leimos sobre la puerta de las nuevas sociedades de artesanos: «Redención del obrero mediante la ganancia.»

Aquel epígrafe, por nosotros inquirido y encaminado á su plena demostracion, hizonos ver, no sólo multitud de trabajadores que apresúranse á entrar, sino tambien en el instituto una variedad de maestros, los cuales se toman la tarea difícil de llevar á la adquisicion de ganancias las muchedumbres populares: se nos pusieron, pues, delante los secuaces de la escuela liberal, los secuaces de la escuela socialista, y con ellos los secuaces de la escuela gubernativa. ¡Verdaderamente tiene la economía social un reino amplísimo entre súbditos y directores!

Sin embargo no vimos entrar á la Iglesia con los maestros, ni con los discípulos en las sociedades de los obreros; no vimos en su virtud introducidas allí dentro las doctrinas del Evangelio, ni los principios del cristianismo: ¡exclusion ó descarte deplorabilísimo, por el cual la regeneracion del obrero mediante la ganancia tropieza y se disuelve! En las cuestiones del salario encontramos realmente que trabajan sin provecho los sectarios de las tres escuelas; los liberales no consiguen su fin con la teoría de la *libertad*, los socialistas no lo consiguen con la teoría de la «participacion en el trabajo;» é igualmente no lo consiguen los economistas gubernativos con la teoría de la *tutela*. Sí: es un reino muy amplio el de la economía; pero dividido, lo cual nos hace temer por su vida: *Omne regnum in seipsum divisum, desolabitur.*

No nos consumamos en eternas lamentaciones. Además es solamente la ganancia el primer lado del rescate de los obreros, y no tal vez el

más relevante, ó es tal rescate que debe germinar de otros. Ahora bien; ¿cómo proceden los economistas en las demás partes de la redención? Nuevamente miro sobre la puerta de las sociedades de los artesanos, leyendo allí, al lado del primero, este segundo epigrafe: «Regeneracion del obrero en virtud de la educacion.»

Nada mejor. Educar equivale á desenvolver las fuerzas que se anidan en los séres creados: importa dilatar las facultades de las cosas, fortalecerlas y elevarlas: bajo tal respecto, la educacion, tomada de un modo generalísimo, es la trasformadora del mundo.

Educais las plantas y las flores; al estado rudo y silvestre del suelo haceis suceder la que llamaré civilizacion de los bosques y de las selvas, es decir, las villas bien cultivadas y los jardines. Educais á los pájaros; los listos cantores del aire, inclinados á maneras urbanas y cortesés, vienen á ser los cantores de vuestras galerías y de vuestros palacios. Educais á las bestias potentes y feroces: en vuestros parques, como si fueran mansos siervos, habitan los tigres y las hienas, al paso que los obedientes caballos os conducen á dar vueltas por la ciudad.

¡Qué digo! ¡Qué hago! Al otro lado del Atlántico, circuidas por el gran Océano, hallábanse difundidas, dentro de un mundo ignorado, muchedumbres inmensas de salvajes; solamente tenian los pelos abundantes para sombrear su propia desnudez, como tenian el silbido y los idiomas desgarrados que ocupaban el sitio de toda literatura. Empero descubrió Colon aquel mundo ignoto, educando aquellas selváticas muchedumbres; hé aquí á los Americanos, cultísimos sobre todas las gentes. ¡Prodigios de la educacion!

Pues bien. Así exclaman los economistas. Si la educacion tiene tanta virtud, que alegremente trasforma las cosas y los hombres, ¿por qué los obreros no deberán ser regenerados? ¿Es que se hallan en condicion más baja que los pájaros y las plantas? ¿Son inferiores á los tigres por ventura? Se les dió el nombre de «salvajes» vergonzosamente. Sea: llevemos mediante la educacion los salvajes á los contrastados bienes de la civilizacion.

Tienen razon los economistas. Mas queda siempre que les preguntemos. ¿Haceis descansar en las creencias eternas y en los procedimientos del cristianismo la educacion que dar quereis al obrero, ó la sacais arbitrariamente de vuestro cerebro? Las sociedades de los artesanos, segun están actualmente constituidas, llevan de ordinario este artículo en sus estatutos: «Cada uno es libre relativamente á la religion; nuestra sociedad no se ocupa en ella.» La descartan por lo tanto al instruir al obrero. Ahora recuerdo que hasta Voltaire pedia que alguna religion existiera, sobre todo para los del pueblo, escribiendo en su virtud:

«Una religion, buena ó mala, debe haber para el pueblo; es un freno necesario para los espíritus sencillos y groseros; sin ella no tendrían motivo para abstenerse del crimen y del vicio (1).»

Saludo yo á Voltaire, que aquí razona como Aristóteles y Séneca, diciendo que, una vez desechada y acaso envilecida la religion al educar á los obreros, tal educacion falla, no pudiendo prestarse á la regeneracion querida.

Ahondemos mucho ahora, señores míos, en la sociedad de los obreros; inquiramos los medios para educar, que se colocan en mano de los socios, y por los cuales casi toda la sociedad es una casa de pedagogia. Entre muchísimos examinemos tres particularmente: la instruccion que tendiendo á la mente ansía introducir en ella la luz; la música, que, influyendo á la vez en el alma y en el cuerpo, quiere suscitar los magnánimos impulsos del corazon; la gimnástica que, reforzando los miembros, procura el desenvolvimiento de todas las facultades humanas, físicas y morales. Obrando así planteamos nuestro problema. ¿Están bien dirigidas por los economistas las nuevas sociedades de los artesanos relativamente á la educacion?

No; por cuanto en perenne guerra y tempestad producen la corrupcion moral.

La instruccion de los obreros, apartada de la religion, más que luz á la mente, produce tinieblas.

La música de los obreros, hecha desviar de la religion, más que impulsos magnánimos para el corazon, produce obras sin concierto.

La gimnástica de los obreros, no templada por la religion, más que desarrollo de las facultades humanas, produce fiereza y tormento.

---

¡Ciencia! ¡Instruccion! Hé aquí lo que calurosamente se predica en las sociedades de los obreros á cada uno de los afiliados. Debeis ser iluminados é instruidos sobre todo lo que os concierne: debeis conocer y patrocinar vuestros derechos; levantaros á la elevacion de nuestros tiempos, que han dejado de ser los de la ignorancia y de la barbarie; debeis tener en su virtud la debida cultura de la mente y del corazon, saber las cosas que ocurren á vuestro alrededor, seguir el progreso y las investigaciones de vuestros contemporáneos. La fábrica en que todos los dias estais trabajando, parece que os cierra el mundo delante, apartándoos de él; mas la sociedad de obreros á que perteneceis os pasa de golpe á la gran luz del siglo XIX.

¡Con cuánta luz en efecto se quiere iluminar el alma del obrero!

---

(1) Voltaire. *Cartas al Baron de Holbach*.

Yo no reniego de la «instrucción general» perteneciente al trabajador, como sería poner en su mano un curso ordenado de geometría y de física, mecánica y de química: admito como una verdad lo que afirma Carlos Babbage, á saber, que «considerando las diversas manufacturas es imposible no reconocer que los progresos de las artes y de la industria están íntimamente relacionados con los de las ciencias más sublimes, y que cada nuevo paso que se da en la carrera de los perfeccionamientos industriales, tiende á estrechar cada vez más estos vínculos (1).» No condeno tampoco, sino que más bien patrocino «la instrucción especial» que es el estudio distinto é inmediato del arte ó de la profesión á que se dedica el trabajador: esta instrucción es ménos amplia; pero más profunda que la primera: ménos razonada; pero más positiva, viniendo en sustancia por ella el alimento y la vida. Tal es mi pensamiento y mi afecto. En tales dos géneros de instrucción hágase cuanto mejor se pueda; sin presumir sacar de cada obrero un sábio ó un doctor, sea con todo adiestrado con espíritu fuerte, y mejorará.

Mas nuestro discurso tiende á otra enseñanza, es decir, á la relativa más estrictamente á la educacion; á nosotros corresponde hablar relativamente á la instrucción literaria y moral, mayormente porque las sociedades de los obreros abundan en esto muchísimo, como habeis podido comprender ya, no dejando de animarse á la obra cada vez con más fervor. Han sacado á relucir las «bibliotecas circulantes;» tienen «la empresa de la propaganda de los libros y de la honesta literatura;» han compilado y difundido el «catálogo de las obras que se han de leer:» en cuanto á gacetas, diarios, periódicos y revistas, llenan no sólo las manos sino el seno de los trabajadores ansiosos. ¿Esperais, señores míos, la flor de la moralidad por tales elementos ó vehículos de instrucción á los artesanos dada, y creéis que debe recomendarse por máxima? El espíritu, que á la sociedad de los obreros informa, es el desdén ó peor el desprecio de la religion y de la Iglesia. Ahora bien: ¿serán los que desprecian los óptimos educadores de los pueblos?

Los escritores de la economía pública y social están muy tranquilos en su gabinete ingeniándose por referir los preceptos y establecer las normas para educar bien al obrero: proponen las sociedades de artesanos, queriéndolas provistas, por decirlo así, de lectura, de estudio, de libros y de todo bien. Mas, ¡ved qué desgracia! proponen por escrito é instituyen teóricamente: otros hombres más decididos y más audaces que los simples escritores se apoderan de las sociedades de los artesanos, plegándolas á la incredulidad y á las costumbres ruines!

---

(1) Babbage: *Economía de las máquinas y de las manufacturas.*

No puedo leer sin horror el siguiente párrafo, donde Guerrazzi describe sus estudios infantiles, y su instruccion primera. «Mi padre un dia me llamó á su estancia, y, mostrándome una caja, me dijo: Abre la caja ésta; cuanto contiene tuyo es. Quitada la cubierta, y admirando, la encontré llena de libros: ¿sabeis qué libros eran? Todas las obras de Voltaire, de Montesquieu y de Bacon; además Ariosto, Passavanti, las novelas de la Radcliffe, las Mil y una noches, los Mil y un dias, la Historia de los Filibusteros, Homero, Ossian, viajes é historias naturales, costumbres, etcétera, etcétera. Creo que si el diablo hubiese sugerido la eleccion á mi padre, no hubiera elegido peor, ó acaso mejor para obrar una revolucion en mi cerebro. Comencé por los del fondo y encendióse tanto en mí el deseo inextinguible de leer, que al fin de la tarde me inclinaba con el tórax fuera de la ventana para coger el último rayo de la luz moribunda; por la noche, cuando me hacian acostar por fuerza, no bien notaba que dormian los de casa, levantábame despacio, y, encendida la luz, tornaba yo á leer, por cuya intemperancia ha padecido un poco mi vista, contrayendo el hábito invencible de los estudios nocturnos. Terminados los viajes y las novelas, me acerqué á Voltaire: lo leí y volvílo á leer, hasta dar color, por decirlo así, á sus huesos, como sucede á los animales que se nutren con rubia: despues intenté gustar los más graves; los cogí y los dejé hasta que, al cabo de algunos meses, los entendí, aficionándome tambien á estos; entonces bailaron todos en mi cabeza un baile infernal Bacon, el gran canceller de Inglaterra, que llevaba de la mano al señor Ludovico Ariosto, y el fraile Passavanti que venía detrás de Voltaire; en los movimientos veloces el vestido blanco de la Radcliffe se mezclaba con la toga carmesí del presidente Montesquieu; estuve á punto de padecer una inflamacion cerebral: hacer no conseguía cosa de un solo color; los aforismos terminaban en epigramas, los relatos pavorosos en consideraciones poéticas, y un discurso teológico sobre los siete pecados capitales con la descripcion de las bellezas de Alcina. Sin embargo, el hervidero del caos se aquietó, surgiendo un amasijo de apasionado y sarcástico, de confiado y escéptico, de dogmático y analítico, de pavoroso é intrépido, de lujo oriental de imágenes y de fórmulas severas de raciocinio, de vacilacion y de ímpetu, de desaliento y de fuerza convulsa, y de otras muchísimas cosas no contrarias, pero en antítesis entre sí, que coloraron los fantasmas salidos de mi cerebro (1).»

No juzgueis prolijo ó fuera de lugar este relato: maravillosamente os explica mis afirmaciones tristes. De un modo semejante á Guerrazzi,

---

(1) F. D. Guerrazzi, *Cartas*.

que fué sin duda en sus afortunados días un gran subversor de obreros, al obrero entregáis precisamente una caja en las bibliotecas circulantes y en los salones de la Sociedad. Abridla: contiene un montón de libros de todas clases: algunos son excelentes; pero la mayoría peligrosos ó pésimos: las obras de Machiavelli; el *Galateo*, de Melchior Gioia; la *Tiranía*, de Alfieri; el *Werter* y el *Fausto*, de Goethe; el *Ortis*, de Foscolo; los escritos de José La Farina; las poesías de Giusti; las novelas de Sué y de Dumas; los dramas de Offenbach; el *Estado salvaje*, de Marr; el *Hombre-Dios*, de Moedeff; la *Religion del siglo XIX*, de Ausonio Franchi; los *Hombres ilustres italianos*, de José Ferrari; las *Estrenas*, de Mantegazza, y cien otros de tal carácter satírico y malicioso. El obrero, en las horas destinadas á su esparcimiento, lee, hojea páginas y salta períodos; como la lectura le promete un mundo de cosas buenas, otra vez lee y se sumerge más en los libros: pasa de las pinturas de los novelistas á las invectivas de los tribunos; ora canta los ditirambos del poeta, y ora respira las rabias del utopista quebrado: del vestido pulcro del literato pasa luego á las feas desnudeces y á los andrajos del proletario: en ciertas horas se delicia en el Eden de los socialistas, á que subiera hollando los tronos derruidos y las fábricas de los propietarios invadidas: en ciertas otras huye, cambia el Eden por las cadenas, gimiendo y chillando, herido por la maza del dictador militar: en la mayor parte de los casos es envilecido por ser hollado, recorriendo con la fantasía una tierra maldita y toda en tempestad: tiene los ojos turbios y el corazón convulso: se nutre de rabia, y ¿qué resulta? Un nuevo Guerrazzi ménos educado: en su cerebro que bulle hay un hombre que participa de temeroso y de intrépido, de apasionado y de sacástico, de vacilante y atrevido; es un ser hinchado de fantasmas más ó ménos colorados por el odio.

¡Decid si en tales lecturas consiste ó no la enseñanza moral! ¡Decidme si en virtud de tal educacion puede ó no el obrero ser regenerado!

«Los libros, escribe Alibert, son como aquellos amigos consoladores que libran al alma de caer aplastada bajo el peso de sus propias dolencias (1).» Mas aquí, en los libros recomendados al obrero, el alma angustiada no se consuela, y la enfermedad no se quita, sino que más bien se agrava: en lugar de la medicina está el veneno.

Dice La Bruyere: «Cuando una lectura ensalza vuestra mente, inspirándoos sentimientos nobles y virtuosos, no busqueis otra regla para juzgar la obra: es óptima y procede de mano maestra (2).» Mas aquí la

(1) Alibert: *Fisiología de las pasiones*.

(2) La Bruyere: *Caractères*.

mente del obrero no queda elevada, sino que cae al suelo maltratada por el tumulto de los malos pensamientos: su corazón no se inspira en nobles sentimientos, porque se alimenta de crueldad y odio. El libro está compuesto por el verdugo. Dante lo llamaría «galeotto.»

Añade Dauphin: «La lectura de las novelas tiene dos efectos funestos: un efecto moral ó de conciencia, y un efecto psicológico ó de educación. El primero se refiere á las costumbres, que corrompe ó relaja; el segundo se refiere á las facultades, cuyo desenvolvimiento detiene ó falsea (1).» Realízase aquí á fe de Dios de todas suertes la siniestra predicción, por cuanto quedan destruidas á la vez las facultades y las costumbres del obrero.

Si esto pasa relativamente á la lectura de los libros, ¿qué decir relativamente á la de los periódicos? ¿Serán alimento sano para él los diarios ó revistas que se ofrecen al obrero? O, por el contrario, siguiendo el espíritu de la sociedad de obreros que aborrece la religión y la Iglesia, ¿sólo tendrá los periódicos más furibundos, los más resbaladizos y los más detestables? ¿Es de creer que principalmente no se apasionará de los ruines? De seguro á los obreros, educados como en su mayoría lo son, les hicieron leer, pareciéndoles muy gratas, las siguientes líneas del artículo de un periódico infame, salido del fango del Tiber: «Es el primer carnaval de la libertad; recordemos lo que nos conviene, y démonos un poco de buena vida. Amenaza Pío IX con las excomuniones, y logra que se desmayen por la emoción las señoras que van al Vaticano para visitarle. Es necesaria una nueva comunión del placer: pregónense las fiestas, escribiéndose sobre las puertas de las salas de nuestros bailes y de nuestros teatros: HIC IMPÉRAT TRIPUDIUM. No es latín de sacristía, sino de Horacio, que redactó entre una copa de Falerno, y una invocación á la Diosa de los placeres (2).»

Los antiguos nécios, y los antiguos malvados habian dicho ya, según recuerda la Biblia: *Ex nihilo nati sumus, et post hoc erimus tamquam non fuerimus... fruamur bonis... coronemus nos rosis antequam marcescant* (3). La corrupción y la iniquidad marchan al mismo paso con el desprecio de Dios. Ahora bien: ¿no bastan tales abominaciones para extinguir un pueblo? ¿Puede florecer y vivir repantigado sobre la podredumbre? ¿Y me hablan de su redención muchos de los economistas que de la podredumbre hacen un lecho para el obrero! «Las bibliotecas circulares,» peor que el antiguo vaso de Pandora, derraman tales vilipendios.

(1) Abate Dauphin. *De la lectura como elemento de educación.*

(2) En el periódico *Il Romano*, 21 noviembre 1870.

(3) Sabiduría, cap. II.

Haced fiestas y bailad; prosternaos, necios, ante la Diosa de los placeres; con vosotros se prosterna la conciencia y el alma: por vuestro baile insensato impelida es á danzar en el burdel la sociedad civil.

Me avergüenza remover este pantano. ¡Santa cosa honrosísima es la instruccion! Alumbra con la ciencia nuestro intelecto, como ilumina el sol al mundo con sus rayos matutinos, abriéndonos una creacion incógnita. Empero la creacion sofística, falsa, rabiosa, llena de hipocresía y embustes, de ningun modo es cosa de creacion, sino de ruina y tormento: considerar los males que produce á los hombres que más necesitan intelectual educacion y saben poco preservarse del error, induciríanos á maldecir la invencion de Guttemberg, como la jactancia, la molicie y los vicios que llovieron sobre la España despues de los viajes de Colon, induciríanos á detestar el descubrimiento de América, como decía Raynal.

En mucha parte pésima es la educacion literaria y moral de que hablado hemos: la creo el más grande infortunio de los pueblos contemporáneos. La instruccion de los artesanos, apartados de la religion, más que luz á la mente, produce tinieblas.

---

¡La música! Se halló que la música puede prestarse mucho á la obra educadora de los obreros, porque mitiga las comunes amarguras, aviva las facultades humanas, hermana y ennoblece, haciéndose vehículo de progreso. La música, como nos advierte Cherbuliez, obra sobre el proceso intelectual y moral, individual y colectivo de los miembros de la sociedad. Es á la par medio de asociacion y medio de educacion (1). En su virtud, dejad hacer á los inteligentes moderadores de los artesanos. En Alemania no hay escuela agrícola, donde los alumnos no aprendan á leer las notas musicales; en Lowel los obreros se dan al canto y al címbalo; en Manchester hay sociedades corales; los fabricantes de Guebwillier ofrecen conciertos los domingos; en Bruselas la corporacion de los tipógrafos estableció hace tiempo una sociedad de canto; hoy en Italia, país de las armonías, casi no hay instituciones de braceros y de artistas que no prorumpen en dulces notas.

Bendigo á los piadosos cielos que tan alto ministerio conceden á la música para el alivio de los hombres laboriosos: corregir las costumbres y suscitar en los corazones la virtud con el deleite y el canto, mejor que con medios duros y villanos, tiene algo de invencion angélica. En su virtud, quisiera yo exclamar: Venid aquí con los instrumentos musicales; démonos todos activamente á la música: muchos de

---

(1) Cherbuliez: *Études sur les causes de la misère.*

nuestros hermanos lloran, y muchos tienen la indignación en el pecho. Hagamos salir fuera las inefables melodías: á la tempestad sucederá en las almas la risa.

Mas, señores, el sonido es de veras eficaz y potente segun el motivo que lo rige. El motivo en la música es casi como el principio ó el teorema en la ciencia: si quitais los principios, la ciencia cae y se disuelve: es nada. Poned un profesor sobre la cátedra, que tenga palabra muy hermosa; pero sin doctrina: no dará luz á las mentes, aunque dulcifique las orejas: no formará discípulos que valgan. O suponed otra cosa: haced que tenga el profesor principios viciosos y criminales: la ciencia quedará pervertida, y las almas de los discípulos se lamentarán al fin de traición.

Otro tanto sucede con la música: pobre de motivos es súa é inhábil; con motivos malos, é inspirada en conceptos innobles, pervierte y contamina. Sólo viene á ser sabio instrumento de la educación cuando tiene conceptos dignos del hombre, y dignos de la sociedad civil.

Leroy Beaulieu dictó esta fantasía tierna: «Lo que da muerte á la familia de los obreros es la falta de interés en el hogar doméstico: entre dos criaturas igualmente ignorantes la union es muy difícil: por la monotonía de la vida y faltando toda lectura, no hay conversacion posible: aquel hombre y aquella mujer nada nuevo se pueden decir; nada que pueda mover su recíproca curiosidad y atención; estando juntos se fastidian, y por tanto se apartan. Mas si alguna vez en su cámara triste y silenciosa surge un motivo de interés, ó de conversacion, un objeto comun, el marido y la mujer se aproximarán, cambiándose sus observaciones y sus juicios: la vida será para ellos más varia y más animada, reconstituyéndose la familia. A la música, segun nosotros, está reservada en un próximo porvenir este oficio eminentemente propio de la educación (1).»

¿Cuál es, señores, relativamente á los obreros la situación de la música en los tiempos presentes? ¿Es rica en altos motivos, es decir, se informa en conceptos magnánimos, ó en sentimientos afectuosos y castos? ¿Va por el contrario entre lo frívolo y lo torpe, lo desvergonzado y lo demente? Conocer esto nos dirá si la fantasía de Beaulieu encárnase por dicha en la realidad, ó se disipa precisamente como un sueño.

Deploro que, relativamente á los nobles motivos y á los nobles conceptos, la música que á los artesanos se destina haya desterrado la primera nobleza y la primera grandeza del sentimiento: reflérome al

(1) Leroy Beaulieu. *De l'état moral et intellectuel des populations ouvrières*, 2.º part.

que se deriva de la religion. Aun sobre la música en la sociedad de los obreros está escrito: «No nos ocupamos en la religion.» Pues bien: es, señores, un vacío inmenso. No sólo los Hebreos, que formaban el pueblo de Dios, ungián sus reyes, promulgaban sus leyes, celebraban sus victorias entre los ritos religiosos, al son de los salterios, de los tambores y de las flautas, sino que aún el Egipto, tierra clásica de las ciencias, consideraba la música casi como primer elemento de las fiestas establecidas en honor de los dioses, hasta el punto de que sus amados instrumentos, como la lira triangular, el címbalo, el sistro, generalmente se templaban en los cantos sacerdotales; la Grecia, que del Egipto fué discípula, superado habiendo á su madre mucho, enlazó también con más ardor sus himnos, sus cánticos y sus armonías más estupendas á las ceremonias religiosas: cantó á los dioses con los versos de Homero, con los ritmos de Píndaro y con los concientos de Saffo; los cantó desde la tribuna de los oráculos, en las asambleas legislativas, en las escuelas, en los Juegos Olímpicos, así como en las casas de los ciudadanos, entre las carreras del mar y el fragor de las batallas: los Romanos, que constituyeron una raza de hombres potentísimos, cantaron igualmente la religion: la cantaron en los nacimientos, en los matrimonios y en los funerales; la cantaron en la institucion de los «Salios» para la gloria de Marte, cantándola despues de los triunfos en el Capitolio y en el Foro.

¡Que! me dicen. ¿Quisieras pues que las bandas musicales de nuestros obreros cantaran los «motetes» de la Misa, los himnos y los salmos de los sacerdotes? ¿No descubres que hoy, sólo por imitar de lejos las salmodias de la Iglesia, es la música fastidiosa?

No: no pido los «motetes» de la Misa en las bandas de los obreros; no quiero que toquen el *De profundis*, como no me invitaríais mucho á que fuese con ellas para cantar el *Te Deum*. Empero el sentimiento religioso no está todo aquí. La música puede ser considerada de dos maneras: como simple recreacion, ó como medio para educar. ¿De qué disputamos actualmente? A mí me proponen la música como medio válido para educar á los artesanos: se trata, pues, de cosa seria, profunda, relevantísima. Ahora bien; haced que la música esté privada enteramente de sentimientos religiosos, así como de altos y divinos conceptos: ¿qué fuerza quereis que le quede para educar?

No veo cómo puede animar la conversacion de su casa, si tiene sólo en la cabeza los motivos de una música bella y melodiosa, pero vacía, charlatana y apasionadamente profana, el pobre y fastidiado bracero, de que habla Beaulieu, al entrar nuevamente en el seno de su familia, viéndose en un cuartito silencioso y oscuro, teniendo delante á su

mujer fastidiada cual él, así como á los hijos ignorantes y tristes, ya que no indisciplinados. Por su dilecta música no aprendió á razonar de Dios, ni de la conciencia, ni de los deberes morales, ni de sus destinos en la eternidad: no aprendió tampoco el sentimiento de marido, ni el de padre... Con el recuerdo de los sonidos apreciados y la fascinación de los conciertos, ¿creeis que se cumplen las graves obligaciones de la familia? ¿Creeis que se muda de costumbres y que se renueva la vida? El cuartito continúa siempre oscuro y silencioso; la mujer fastidiada; los niños ignorantes y díscolos; el obrero, que tiene atronados sus oídos con las armonías, vive con la rabia en el corazón. ¿Qué hará, salido de allí, cuando se junte con sus amigos de fatiga y desventura, si para su redentora sólo tiene la música profana? ¿Reformará él á los otros, no hallándose aún reformado y redimido? ¿Cómo podrá gozar de nueva vida en la fraternidad del trabajo? Es<sup>3</sup> viento vano, viento de instrumentos echado á las auras, el rumor de tal música: no, de ningún modo aparecen otros mundos surgidos por el poder de sus conciertos.

Por lo demás, hé aquí una cosa exactísima: cantar las salmodias de la Iglesia da disgusto á la música decaída; pero no á la música original y grande, verdaderamente italiana. La música moderna, señores, nació en Italia, y la Iglesia educala entre sus ritos, dándola la inspiración de la musa cristiana. Los antiguos peregrinos, que salían de nuestro país con el fin de visitar la Tierra Santa, volviendo á él cantando himnos y canciones devotas, transmitieron al pueblo sus primeros vagidos infantiles. Faltábales la orquesta, que diéronles los Papas y nuestros Obispos; se necesitaba el músico maestro, y Palestrina fué á Roma para moderar las juveniles armonías: desde maestro de capilla en Santa María la Mayor y en San Pedro, vino á ser jefe de toda la escuela musical de Italia. Pergolesi, en quien habia revivido el genio de Palestrina, iba por el propio camino: frio y debilitado, mal recibidas sus composiciones dramáticas, llegó á la cumbre de la excelencia, poniendo en música la fe santa en Dios y los amores de la religion: disgustado del propio siglo, se metió en una casita junto á las faldas del Vesubio, sobre la playa del mar; mientras el Vesubio arrojaba piedras y llamas, de su alma santamente meliódica sacaba él su «Stabat» y la «Salve Regina,» que fué su canto del cisne, muriendo muy jóven. Iomelli escribía cantos inmensos y soberanamente hermosos para la Iglesia: Stradella, tocando en San Juan de Letran, componía música tan divinal, que domeñaba el espíritu de los asesinos mezclados entre la multitud á fin de asesinarle: terminada la música, caían los criminales á sus pies, avergonzados y arrepentidos, confesando su maldad. A su vez Cherubini componía las Misas, los

sacros cánticos y los «Oratorios;» de su dulce grandioso estilo enamórase, no sólo Italia, sino también Francia. A Marienzo deleitábanle las notas de Iglesia: sus varias y ricas obras se conservan en la Sixtina diligentemente. Carissimi, que nunca trabajó para el teatro, trabajó mucho por la Iglesia y con éxito asombroso. Sabéis lo que pasó con otros sumos desde Cimarosa y Paisiello hasta Bellini y Rossini. La música italiana fué por tanto exquisitamente católica, lo cual es tan positivo que, aún mudados los tiempos, y venidos otros gustos, al músico director de vuestras orquestas le designais con un nombre eclesiástico, llamándole «Maestro de capilla.»

Bien está: ¿os fastidia cantar las sinfonías de la Iglesia? ¿Provoca la befa de los presentes, y es desechado el concepto divino, ó el sentimiento religioso que pasa desde aquí á la música? No sólo lo siento en nombre de la música, sino principalmente por los obreros, á los cuales se quiere con el sonido y el canto proporcionar una hermosa educacion. Apenas el sentimiento religioso reniega de la música es sustituido: ¿cuál otro sentimiento, señores, lo suple?

Poco he dicho afirmando que á la música de los obreros falta un motivo excelso y un principio poderoso á consecuencia de sus desdenes contra la religion: necesito añadir que riéndose de la religion resbala en el vacío, y se hace fácilmente contrahecha: es desgraciada ó insolente; licenciada es ó árida. Es la música de los sentidos y de la fantasía; no la música de los corazones y de las almas.

Tocad con fuerza, obreros; aumentad las cuerdas de vuestros instrumentos y los instrumentos de vuestras bandas: os dejo de corazón la «charanga,» la «polka» y cosas semejantes, que son bagatelas; mas cuando escucho yo que trasladais á la música los amores de vulgares mujeres, las traiciones de amantes, bribones y espadachines; cuando de vuestra música brota el estrépito de la insurreccion de pueblos, de conjuraciones y de matanzas, digo: ¿Qué género de educacion se os da? Es tempestuoso el motivo que la sostiene; horrendo es y lúbrico el concepto que la expresa: ¿cabe corregir las pasiones humanas con tales armonías? ¿No se hacen por el contrario más atrevidas y no loquean? Hé aquí el sonido de los muelles y de los afeminados: es el llanto de apasionadísimo Coucy, que por Gabriela de Vergy se consume de amor: la enaltece y la canta, teniendo miserable fin. Hé aquí el sonido de los furentes y de los destructores: nos referimos á las locuras de aquellos franceses salvajes, que al son impetuoso de la «Marsellesa» destruyen edificios y degüellan ciudadanos. ¡Oh Beaulieu! Ve destruido al presente y para el porvenir el oficio eminentemente educador de la música que tú en la fantasia inocente, anhelaste. La música, puesta al

servicio de los contenciosos afectos del hombre, no regenera, sino que deprava. ¿Habíais acaso creído que basta sencillamente tocar para educar? ¡Ay de mí! Tocaba Neron en Roma y en Atenas, logrando el premio de música en todos los juegos, sin exceptuar los Olímpicos, volviendo á Italia con mil ochocientas coronas. Pues bien: Neron era un infame corruptor. ¡Ay de mí! Cantaban los Griegos tambien y estrepitosamente tocaban cuando cayeron, perdiendo patria y libertad: cantaban asimismo y tocaban los Romanos corruptos cuando fueron vencidos por los bárbaros. Atended, sociedades de obreros; no se forman las costumbres con la lira de París, ni con la trompeta de los demagogos edíficase la religion:

La música de los obreros, apartada de la religion, produce obras desconcertadas, más que magnánimos impulsos del corazon.

¡La gimnástica! Parece sólo cosa de músculos, y puro ejercicio de miembros para promover la ligereza y la fuerza; pero es cosa muy diversa para quien mira perfectamente: es tambien obra moral. Alberga el alma en el cuerpo, sirviéndose de él á modo de instrumento. Ahora bien: cuanto el instrumento se hace más ágil, más valeroso y más robusto, tanto las facultades del alma humana se desenvuelven mejor, facilitando el dominio de la razon y el desenvolvimiento de la virtud. Esto discretamente consideraron los economistas y los directores de las sociedades de artesanos, admitiendo la gimnástica entre los artistas y los trabajadores, como muelle activo y gallardo para la educacion.

No es pensamiento novísimo; fué pensamiento de los filósofos griegos, que hicieron tratados acerca del particular. Lo diverso entre nosotros y los antiguos está en otra parte, á saber: así cual nosotros, hablando de gimnástica, proscribimos toda intervencion religiosa, como desterramos á Dios de la enseñanza y de la música de los obreros, los antiguos, por el contrario, establecían los juegos gímnicos bajo la tutela de la religion. Realmente los juegos «megarenses» se hacian en honor de Cibeles, madre de los dioses; los «marciales» en honor de Marte; los «compitales,» los «consuales» y los «apolíneos» en obsequio de los dioses Lares, de Neptuno y de Apolo. Así tales antiguos y famosos pueblos hacian intervenir á la religion en todo, mientras nosotros casi en ningun lugar la sufrimos.

Concedo que ni á los Griegos, ni á los Romanos les sirvió la religion en la gimnástica para impedir cosas nefandas; mas era religion gentilica, errada por sí é infame; tenía solamente de bello y de justo el principio de glorificar el cielo con los prodigios de la fuerza humana: la interpretacion y la observancia religiosa resultaban horribles. Mas

nosotros, que á la luz del Evangelio nacimos, teniendo la religion de la verdad y del amor, pronto y espléndido beneficio podríamos sacar de aquí para regir la gimnástica y hacerla útil entre los obreros. ¿Cuál es este beneficio? Os lo diré.

Sobre todo la gimnástica puesta entre los obreros toma índole grosera, é impelida es á dar en excesos. Combatir «como se suele entre ánimas corteses» bien está; pero desplace combatir con espíritus sin educacion y villanos. Ahora bien; para templar y hacer corteses á los justadores vale tanto cual el oro la ley de Dios y la educacion cristiana: los reglamentos de vuestro arte de poco sirven en el particular, siendo frecuentemente letra muerta la educacion del mundo.

He dado, señores, clara la prueba. Los obreros que van frecuentemente á la gimnástica, no sintiendo nada por los principios revelados, ni por la dignidad evangélica, aman el pugilato locamente y endosan el traje de los gladiadores: despues de haber escarnecido el traje del clérigo en la iglesia, aman el no bendito del coliseo y del palenque. Sacan el hierro en él y vienen á las manos; se oprimen y procuran con furia quitarse la vida reciprocamente. ¡Oh envilecimiento nuestro! Ver al hombre que al hombre derriba, que se alegra de comprimirlo y avergonzarlo, mientras de todos los escaños y bocas de espectadores prorumpen los vivas en su honor, recibiendo la corona de los vencedores, es tal acto y tal sentimiento que postra. ¡Degenerados! ¡Fantasmas que han resucitado de las orgías de Grecia y Roma! ¿Y sois vosotros hermanos? ¿Me repetís así el saludo celeste del Evangelio? Si no lo hubiéseis desconocido al levantaros despues de vencer al hermano, conoceríais el oprobio que pesa sobre vuestra frente.

Sobre la frente y sobre vuestras carnes, ¿qué cosa llevais vosotros físicamente?

Las colecciones de la antología griega tienen muchos epigramas á tal propósito. Oigamos algunos, no para tener lástima del destino de los vencidos, sino para horrorizarnos de la gloria de los brutales triunfadores.

Un epigrama dice: «Ulises, volviendo á su patria despues de veinte años de ausencia, fué reconocido por su perro Argos; mas tú, Stratofone, despues de cuatro horas de pugilato, resultas desconocido, no sólo para los perros, sino para toda la ciudad. Mírate: no te hallarás.»

Dice otro: «Apolofane; tu cabeza ha venido á ser como una criha ó como las márgenes de un libro roído por la polilla. Se podrían tomar las cicatrices que ha dejado en ella el cesto por un papel de música de la Lidia ó de la Frigia. Bájate, y déjanos leer en este papel tuyo de música. Toquemos y cantemos.»

Dice otro. «Yo, Andreolo, valientemente combatí en el pugilato en todos los juegos de la Grecia. En Mitilene perdí una oreja, en Platea un ojo, y en Delfos fui conducido fuera medio difunto; Damotele, mi padre, con mis compatriotas estaba pronto á hacerme salir del palenque muerto ó herido.»

Otro aún si os place: «Aulo, el luchador, consagra al Dios de Mitilene todos los huesos de su cráneo recogidos uno por uno. Que vuelva con vida de los juegos nemeos, y sin duda te ofrecerá, omnipotente Júpiter, aun las vértebras del cuello. Es todo lo que le resta.»

¡Ay luchador obrero! Infamias son y no trofeos las señales que muestras en tus miembros al salir de la lucha. Hácente súcio los ojos torvos y sangrientos, los lábios espumosos y las livideces, lo cual no ayuda poco ni mucho para la explicacion de tus morales facultades. Dime de buena fé. Si fueses cristiano, ¿hubieras venido á tal estrangulacion de la fraternidad?

¡Educar al obrero en los ejercicios de la gimnástica! Los economistas lo enseñan y los jefes de las sociedades de obreros lo predicán á son de trompeta; mas preguntadlo por merced á la madre aquella del pueblo, que allí está quejumbrosa y llorando en el más oscuro rincón de la ciudad.

Dice la mujer á Sertorio; desde que tomaste, Sertorio, el camino de la gimnástica y te hiciste gladiador, no veo cosa buena en tí. ¿Cuánto más dinero juntas con el trabajo? Juntas ménos, porque á cada instante abandonas el taller y dejas el trabajo: oigo que se queja tu amo y te quiere despedir. Empero hay cosa peor: te has hecho vago, furioso é intratable: gladiador eres aún en casa. Honrabas antes á tu padre, que ahora te ha puesto á un lado; no me atormentabas á mí; querías para mí todo bien, me consolabas en las amarguras y sufrías mis cóleras maternales. ¡Ay, ahora, de mí, á quererte tratar con algun imperio! Bufas, rabias, muestras los dientes, tocándome bajar la cabeza y enmudecer. No tienes ya respeto, ni compasion de tu madre. ¡Eres sin embargo, mi único hijo, y mis entrañas que amo más que á mí misma! La costumbre de manejar los puños, de acostumbrarte á los golpes de los combatientes, y de caer sobre los hombres para derribarlos en tierra, han metido la crueldad en tu corazón.»

Mientras Costanza, mujer del pueblo, quejase así con tono de súplica, Sertorio siéntase á su mesa devorando como un hambriento y bebiendo enormemente: tiene aire de hombre fastidiado y atrevido, conociéndose mucho en esta contestacion á su madre: «Me fastidias.» Cuando, despues de beber y tragar, apoya el codo del brazo derecho sobre la tabla de la mesa, palpando sus ásperos bigotes y cubriendo la

mano con su boca, hace movimientos súcios, mientras sus ojos abiertos de par en par brillan y arden.

«¿Pero por qué no hablas?» dice Costanza entonces con voz más pronunciada y conmovida. «¿Por qué callas, y entre tanto te irritas? ¿Acaso quiero yo tu mal? ¡Ah, Sertorio! La pasión de gladiador te arrebató muchos otros bienes, injertando en tu corazón otros vicios. Dejemos la compasión y el amor, que veo enfriado para mí, á pesar de que soy tu pobre madre. Veo que has dejado de ser cristiano. Tú no santificas el domingo.»

¡El domingo! Quita esta voz al gallardo jóven la mordaza. Así comienza con silbido de víbora: «¿Es el domingo execrable! Sofoca el alma. ¿Te gustaría verme á mí en la iglesia con los sacerdotes y con las beatas, mejor que lanzado á combatir con otros nervudos en el circo público? En éste los músculos se dilatan, y se desarrollan las fuerzas ocultas del cuerpo, consiguiéndose además la gloria que dan los ciudadanos. Por el contrario, pasar el domingo en los bancos del coro, oír la misa, escuchar las reprensiones del párroco, es lo mismo que morir de inedia, pudiendo sólo los poltrones acostumbrarse á tal vida. ¡Fuera, fuera el domingo! Necesidades de mujeres y tormentos de niños, que no me harás sufrir más tiempo.»

Replicó Costanza: «¡He dicho ya que yo estoy engañada! Apenas te ví en domingo ir de ronda con otros jóvenes; apenas compraste tu maldito delantal á fin de mostrar al desnudo tus carnes y luchar en el palenque, el corazón me gritó que corrías á la perdición. ¡Allí dilatas los músculos! ¡Pobre niño! ¿Acaso te crié yo tan flojo, desmadejado y enclenque, que no te podían sostener las piernas, teniendo en su virtud necesidad de corromperte por la calle? ¿No debes, ante todo, á la casa y al trabajo la gallardía de que te jactas? Tus músculos se dilatan; pero, faltando el domingo á tu deber, se condena tu alma. ¡Necesidades de mujeres y tormentos de niños! Es precepto de Dios el domingo y precepto de la Iglesia, debiéndolo todos santificar: oí decir que sólo los pueblos salvajes nada saben relativamente á él. ¿No recuerdas cuánto importa santificar el día del Señor? No es agitarse entre los bancos del coro: entonces las estátuas y las columnas del templo, que no se mueven, lo santificarían mejor, es decir, con más respeto; consiste la santificación del domingo en orar, oír la palabra de Dios, y asistir á las ceremonias sagradas, lo cual es elevar al cielo el alma: instruirse mucho en los deberes cristianos, conocer que hay un Dios en las alturas, como también que hay sobre la tierra hombres á los cuales debemos querer y respetar como hermanos: es conocer que otra vida existe fuera de la presente, á la que no se va sólo con los músculos y los nervios dilata-

dos, sino con la conciencia pura y neta: estas cosas no se saben despreciando el domingo y no yendo á la iglesia frecuentemente; no sabiéndolas, las personas son ignorantes y malas. Buscas tú la gloria de los ciudadanos, ofreciéndote á todos en espectáculo cuando á tu émulo derribas: ¿no sería para tí gloria más bella que te viesen religioso y honrado jóven, enemigo de disputas y adornado con buenas costumbres?»

«¡No puedo más! dijo entonces gritando el jóven enfurecido, dando una puñada sobre la mesa. ¿A qué fin perder el tiempo contigo? Razonas de modo extravagante relativamente al domingo. Son salvajes los pueblos que dejan de observarlo: lo has dicho hace poco. Esto es tan falso que ahora en los talleres y las fábricas es costumbre trabajar en domingo, necesitándose para el progreso del arte el trabajo no interrumpido. ¿Somos acaso salvajes?»

Respondió Costanza con gran lamentacion y vertiendo lágrimas: «Si no lo sois, si no lo sois aún, vendreis á ser salvajes. ¡Ah! Si cuando entraste tú en la fábrica, el dueño hubiera dispuesto el trabajo no interrumpido y por consecuencia la profanacion del domingo, hubiese corrido incontinenti á quitarte de allí. Eras bueno y no hubiera querido asesinarte. ¿Por qué ahora me hablas del trabajo no interrumpido? Lo interrumpes tú mismo, y verdaderamente demasiado, probándome así que el trabajo seguido y sin domingo no sirve para el progreso del arte. ¡Embustes! ¡Embustes! Es la incredulidad la que os impide á todos ver claro. No queréis el domingo, porque no amais á Dios: ireis todos mal: irán mal el arte y las fábricas: por lo que hace á tí, Sertorio, la divina maldicion...»

A su madre, que lo coge por el brazo, da Sertorio un empellon terrible y la derriba: blasfema, refunfuña y desaparece, cayendo la madre al suelo...

Respiremos, señores. Esta mujer del pueblo habla con muy buen sentido, por hablar el lenguaje del cristianismo, así como el de la experiencia. Entre otras pronunció por último una frase más sabia que la económica de muchos: el trabajo no interrumpido, por el cual queda suprimida la observancia del domingo, no sirve al provecho del arte. Tenemos un ejemplo reciente aún.

El profesor Fiel Lampertico escribe: «Recuerdo cuánto contaba en una festividad de obreros popularmente aquél que con los versos más brillantes de la poesía italiana supo vestir la ley «de la cual la riqueza brota y se distribuye.»

»Un amigo mio con algunos compañeros visitó hace pocos años la Exposicion Universal de París. Un domingo fueron á visitar el sitio de las máquinas. Hallaron que trabajaban activamente las máqui-

nas expuestas por los Franceses y los Alemanes; quedaron asombradísimos de la velocidad y grandeza de aquellas infatigables creadoras de la industria. Vieron algunas salas inmediatas, donde habían expuesto las máquinas de los Ingleses y de los Americanos. Estaba el pavimento barrido y pulcro: todas las máquinas aparecían tapadas con telas de varios colores, con grandes guirnaldas de laurel y de flores. Preguntados los dependientes, supieron que allí no se trabajaba por ser domingo. Confesaré que alguno de nuestros visitantes se sonrió calificando de preocupación y de superstición aquel respeto al día festivo. Volvieron el lunes. Aquellas máquinas estaban descubiertas y trabajaban. Mi amigo y mis compañeros miraron estupefactos, casi con terror, aquel prodigioso movimiento y aquella precisión estupenda, que daban en una hora más trabajo de lo que en medio día daban las máquinas francesas y alemanas. Concluyeron afirmando que la religión tiene su parte, y parte grandísima en el trabajo mecánico (1).»

Heme distraído perdiendo el argumento que tenía en las manos. Me preguntais, señores: ¿Dónde deja usted su relato del gladiador? ¿Qué le pasó y qué pasó á Costanza?

Tengo poco que añadir, aunque terrible. Ocurrió uno de los casos que raras veces acaecen; pero que sin embargo relata, aún entre los modernos, la historia del pugilato.

Era una noche de octubre. Un tiempo muy crudo había venido: silbaban los vientos y estallaban los truenos. Costanza en su chiribitil triste, y Jerónimo, su marido, se revolvían mal en su cama entre las toscas sábanas, no pudiendo cerrar sus ojos al sueño. No era sólo el estallido de la tempestad que los tenía inquietos y turbados; era el pensamiento de Sertorio. Lo habían esperado toda la noche, hasta muy tarde, inútilmente: no había comparecido el extraviado. ¿Qué le habrá pasado esta vez?

Entre un trueno y otro oyeron de repente llamar á la puerta de la casa. Juntamente con aquellos golpes, oyeron ayes y gemidos. Costanza, la primera que oyó, medio sale de su cama y permanece sentada un poco escuchando. No se oye ya llamar á la puerta; pero aumentan los ayes y los gemidos. ¡Dios mío! Salta de su jergon, corre, la luz enciende, baja y abre: agrupado en el umbral como cuerpo extinto, Sertorio, que arroja sangre de sus vestidos, respira con afán y deja escapar exclamaciones de moribundo: «¡Sertorio! ¡Sertorio! ¡Hijo mío! grita Costanza con espanto. ¿Qué te ha sucedido? Estás asesinado: ¡quién ha sido tu verdugo?» Ayuda luego á su hijo, tomándole materialmente; él con

---

(1) F. Lampertico. *El trabajo*, cap. XIV.

dificultad tocando con una mano el suelo, y con la otra conteniendo sus tripas, logra meterse dentro. Jerónimo, aterrado por aquel ruido, baja las escaleras, arrojándose pronto entre su consorte y su hijo, que abrazados encuentra; grita y llora. ¡Cuadro de tragedia que no cabe describir!

¡Qué sucedió, señores?

En aquel día Sertorio (era domingo precisamente) había sostenido en el palenque un áspero combate: era su rival muy gallardo y sumamente aplaudido; pero Sertorio lo derribó ganando la palma del vencedor. En su virtud, el rival malo, consumido por la vergüenza y la rabia, no pudiendo tolerar la derrota, quejándose de traiciones, procuró con ahinco desquitarse. Colocado en acecho, se arrojó con un puñal sobre Sertorio, quien entre las sombras de la noche salía enardecido y ébrio por los honores del triunfo: le hirió en el vientre, abriéndoselo una porción de veces, no parando hasta que lo vió en el suelo, á su modo de ver sin vida.

Desde el pozo de su sangre, no bien recobró el uso de sus sentidos, arrastróse Sertorio á su casa; pero sus heridas eran tan crueles que halló en su casa el sepulcro. Yace el infeliz entre su padre y su madre, que le da los últimos auxilios: con todo aún tiene fuerza bastante para proferir la confesion del arrepentimiento: «Pequé contra vosotros, mis amadísimos padres: pequé contra el cielo, y justamente sufro la pena. Me arrastró la pasión de la lucha, que siempre detestó usted, madre mía. Profané yo el domingo, y la profanación del domingo me mata. Es Dios y no el hombre quien ha descargado la venganza sobre mí. Es justicia del Señor. ¡Ah! Si en vez del palenque hubiera frecuentado la iglesia... Empero es demasiado tarde... Pido á todos perdon... Me siento morir... Adios.»

E inclina la cabeza vacilante sobre su pecho; profiere un gran suspiro y espira.

La gimnástica de los obreros, no templada por la religion, lejos de desarrollar las facultades humanas, produce crueldad y tormento.

---

Gritan los economistas. De cuanto van exponiendo los católicos, y principalmente los predicadores, resulta con claridad que juzgan á los obreros enemigos en absoluto del cristianismo, lo cual es inexacto. Deja la sociedad de los obreros á la religion. No se ocupa en ella; mas los individuos que constituyen la sociedad pueden libremente ser religiosísimos. A propósito de lo cual Lampertico, con franqueza é ingenuidad que le honran, se duele de que los escritores eclesiásticos hayan

afirmado la apostasía de la economía social de la religión de Jesucristo: no alcanza cómo pueden considerar inconciliable y contrario lo que admirablemente armoniza: rechaza en su virtud las deshonestas acusaciones de materialismo é incredulidad, que á la pobre economía regalan (1).

Hay un engaño en éste y en los demás error. Probémoslo.

La economía, considerada teóricamente, no es enemiga de Cristo ni de la Iglesia: es verdad que se ocupa en materiales objetos; mas se propone un intento moral, lo que basta no sólo para ser tolerada, sino también para ser amada y bendecida en nombre del Evangelio. El *instaurare omnia in Christo* le corresponde aun teóricamente.

Empero, entrando en el reino económico, de la teoría se aparta la práctica: en aquélla vemos que la economía puede y debe ser cristiana; en esta encontramos fácilmente á la incrédula. Las mismas sociedades de artesanos, á que nos referimos, nos lo manifiestan; los individuos de que se componen tienen libertad para servir á Cristo y á la Iglesia; mas hay el espíritu maligno que los domina, y la marcha de los tiempos contrarios que los arrastra: el espíritu, el corazón, los ojos y la boca se llenan con el vicio escéptico; llevan muy á mal cuanto huele á Iglesia, burlándose de ella.

Existe por lo tanto de hecho la apostasía de la religión de Cristo en la economía social; más que promulgada por los escritores eclesiásticos, es promovida por muchos economistas.

Os voy á dar, señores, un convencimiento último.

Cada uno puede ir seguramente á las reuniones de las sociedades de los obreros; puede figurar en ellas el jóven que lleva uniforme militar, así como el mozo de cordel decaído y lleno de jirones; el noble y el que pide limosna; el músico egregio y el prestidigitador ó el saltimbanquis, el viejo y el jóven, la mujer virtuosa y la mujer de poca fama. Todos hallarán respeto, y si es menester saludo: á nadie faltará una palabra, ó una inclinación de cabeza.

Mas en fin, haced que aparezca la sotana del presbítero en los umbrales de la sociedad de obreros. ¡El sacerdote! Inmediatamente siguen las risas burlonas, exclamándose: ¡Qué cara tan enjuta y torcida! ¡Qué ojos tan raros! ¡Y el sombrero de tres puntas? ¡Y el vestido talar? ¡Y el manteo negro que va flotando? Es un hombre de la Edad Media, un anacronismo, y un insulto lanzado á la civilización del siglo XIX. Y manifiestan un miedo propio de infantes.

¿Qué significa esto? ¿Acaso no dice que se burlan del sacerdote, lo

(1) Lampertico: *Economía de los pueblos y de los Estados*, cap. VII.



hieren y lo vilipendian, por tener en su alma el desprecio á la religion, de la cual es representante?

Sin embargo, amigos míos, si hay persona en el mundo que se pueda útilmente poner en presencia de las sociedades de los artesanos, es el sacerdote precisamente. Parte de buena moral y de estudio bueno para educar es la correccion: por esto, cuando las reuniones de los obreros cristianos brillaban en Europa, la correccion fraterna tenía lugar entre los socios; más antiguamente aún, Séneca escribía que si el hombre pésimo niégase á la correccion, el hombre de bien ansia ser amonestado y corregido: *Admoneri bonus gaudet* (1). Perdonadme: hagamos ahora que con el obrero hable un poco el sacerdote para que lo corrija, segun entre los hermanos se acostumbra. San Pablo en Atenas entraba como amonestador entre los filósofos del Areópago: no está mal en nuestras ciudades un simple sacerdote, aunque sea de los más falaces y de más pobre ingenio, ejercitando su caritativo oficio en las sociedades de los artesanos.

Dice, por tanto el sacerdote: «Veo, hermanos, que no pocos se han acostumbrado á una vida incivil y criminal, gustándoles el juego y el vino. ¡Pobrecitos! De cuándo en cuándo os sentís abatidos y deshechos, por lo cual os quereis reponer. ¿Creeis que os ayudará calentaros con el vino? ¿Pensais que la embriaguez os devolverá las fuerzas, siendo felices? ¡Ay del hombre que por la pasion de la bebida interrumpe el uso de su razon y se hace demente! ¡Ay del obrero que va dando tumbos! Acaso arrastrar debía piedras y ahora bambolea, necesitando quien le sirva de puntal: antes de tiempo envejece y se trasforma en estúpido. Es un pecado contra la educacion; peor: es un pecado delante de Dios. ¿No fuisteis advertidos á pesar de tener tantos maestros en torno? ¿Nunca os hablaron del pecado contra Dios? ¡Nadie lo anunció siquiera? ¡Pobrecitos!»

Sigue diciendo el sacerdote: «Hermanos: advierto otro fatal extravío: el juego. Pase lo de jugar por diversion, porque no trae detrimento; mas en demasía derramais, gastais y perdeis vosotros, hasta el punto de que la bolsa queda vacía, contrayendo además deudas. Habeis echado en la fatiga muchas gotas de sudor para procuraros medio de vivir; pero ahora quedais sin moneda, por el loco deleite de una noche. Os falta lo que comeis con el pan. ¿Y la mujer abandonada? ¿Y los hijos? El pan de los hijos y de la esposa lo devoran, gozando, súcios compañeros. ¡Ah! Sois conducidos por vuestros maestros á la esgrima, á dar en el blanco, á leer el periódico y á estudiar vuestro arte. ¡Buen Dios!

(1) Séneca. *De ira*, lib. III, cap. 37.

¿Por qué no sois apartados de tales peligros? El juego se come toda vuestra educacion y el arte: os mata y disuelve la familia. Empero juegan los grandes señores, y vuestros profesores son los que primeramente juegan... ¡Entiendo! Mas cuando del juego os disuaden, su sermón quiere decir: *Haced lo que os decimos y no hagais lo que hacemos.* ¡Sermón desolado!

«¿Y la blasfemia? grita entre los obreros el sacerdote enardeciéndose: ¿no os horrorizan los viles acentos y las bárbaras frases lanzadas entre el vino y el juego contra el nombre de Dios? ¿Los repetidos agravios á nuestro buen Dios? No insultarías á un perro, que ningun daño hace, ¿y llenais de injurias á Dios, autor de nuestros dias y vengador eternal? ¿Cómo teneis aliento para enormidad semejante? ¿No sentís que con el sacrilegio, maltratando á Dios, os ofendeis y maltratais á vosotros mismos? ¡Y sois cristianos! ¡Y habeis nacido bajo el hermoso cielo de Italia! Hoy la educacion de los obreros ha crecido tanto que ya es una delicia; pero tambien ha crecido la blasfemia desmesuradamente. ¡Oh qué bocas tan infernales las de ciertos civilizados! No os curásteis de los sacerdotes, ni os curais de ellos: atended cuando ménos á las censuras de los profanos. Angioletti, excelente hombre, hace poco así exclamaba en el Senado del reino de Italia:—«Espero que todos mis honorables colegas convendrán conmigo en que la blasfemia es un mal, como espero que ninguno me dirá que semejante mal es de los que no se deben combatir con un artículo del Código... No entiendo yo á Dios cual si fuese un monopolio de los católicos; lo entiendo cual un objetivo á que tienden todas las religiones; entiendo yo á Dios como el faro de la civilizacion, y de la moral de todos los pueblos del mundo; bajo este punto de vista, debemos quererlo respetado, así como para ser respetados nosotros mismos. Y frecuentemente no somos respetados. Os aseguro que no es rarísimo el caso en que nos debemos someter con encendida faz á la crítica de los extranjeros, los cuales, deteniéndose en Italia y aprendiendo nuestro idioma, advierten pronto que las palabras más repetidas son precisamente las que no se deberían pronunciar nunca... No me digais que la blasfemia desaparecerá con el avance de los tiempos. No, señores; la blasfemia crece, si no es reprimida. Antiguamente, en los diversos Estados de Italia, un individuo, antes de blasfemar, miraba si tenia en torno al carabinero. Ahora sucede lo contrario; se blasfema impunemente y se blasfema para reir. Este es un mal, y, siéndolo, debe castigarlo el Código (1).»

Habló el senador del reino de Italia, y el sacerdote termina entre los

(1) En 21 abril 1875: *Atti ufficiali del Senato*, págs. 1204, 5, 6.

obreros el propio sermón de la manera siguiente: «¡Hermanos! ¡hermanos! Los códigos de las naciones deberían castigar la blasfemia ciertamente, por ser un mal y un escándalo de la civilización; mas los códigos de las naciones están en mano de hombres, y ahora no se si nuestros civilizadores se querrán indisponer con los blasfemos. Atended sin embargo á los pocos sabios, que justamente increpan á los civilizados. Ante todo sed excelentes cristianos, lo que os bastará para saber que desde los principios del mundo hay otro código, en el cual se condena de modo inexorable la blasfemia. Es el código de Dios.

Calla el sacerdote. Las contumelias y los escarnios pueden azotar sus espaldas; mas ha hecho una buena obra: ha dicho intrépidamente lo que con frecuencia no saben afirmar los economistas, y lo que los presidentes de las sociedades de obreros no logran conseguir con placer. Entre los obreros la persona más necesaria, más libre de respetos humanos y más benéfica es el sacerdote.

Concluyo.

Manía moderna, y generosa pasión de la economía es regenerar al obrero en virtud de la educación: hacen más hincapié aún en esta que en la ganancia material, y es cosa razonable. Por ello se fundan con ardor creciente sociedades de obreros, se difunden y recomiéndase á los bra-ceros que acudan á ellas en tropel, empleándose con tal fin los medios más poderosos y agradables que hay para educar: instrucción, música, gimnástica, y decid, señores, lo demás. De todas manera falta una cosa, que alma es y aroma conservador de todo lo restante: entre los muchos medios para educar falta la religión. ¡Vacío deplorable! Con tanta pompa, con tanto ruido y con tanta fatiga para educar y conseguir la regeneración de los obreros, no mejoran los espíritus, sino que se pervierten: las malas costumbres destronan á la pedagogía. Declará-balo yo en un principio: En las sociedades de los obreros, según están hoy constituidas, no existe paz, ni rectitud, ni reserva: hay guerra y tempestad de corruptela moral.

# CONFERENCIA XI.

---

SI LAS SOCIEDADES DE LOS OBREROS  
ESTÁN BIEN DIRIGIDAS POR LOS ECONOMISTAS  
RELATIVAMENTE Á LA SOCIABILIDAD.

Una frase tercera leo sobre la puerta de las sociedades de artesanos:  
«Rescate del obrero en virtud de la sociabilidad.»

Esta frase, como las dos primeras que considerado hemos, es una revelación: abre tras sí un mundo nuevo.

Hace muchísimo tiempo, quedando aún en pié los principios viejos, se quiere mantener al obrero encerrado, constreñido á un viaje que no varía y monótono: el de la familia á la fábrica, y de la fábrica á la familia. Casi fué considerado un gusanillo encarcelado siempre, que sale de un cascaron para entrar en otro, sin poseer nunca la fuerza de abrir todos los estuches que lo detienen y volar fuera con las alas de la mariposa. El gusano de seda, que es el más elevado de todos, si no muere prisionero en sus vueltas interiores, viene á ser mariposa, tomando la gran amplitud del aire.

¡Eh! ¡Demos al operario la respiracion del mundo extrínseco! siguen exclamando los economistas; hagamos que del estuche de la familia y del estuche de la fábrica tome luego el camino de la sociedad civil. Nos hemos desvivido ya para procurarle mayor ganancia y proveerle de una educacion provechosa: ¡á qué fin tardar más por consiguiente? Ven aquí, pobre gusano: el tugurio doméstico es angosto para tí, aplastándote la fábrica. Ven aquí; aplicado hemos á tus hombros alitas hermosas y dispuestas. Vuela, vuela tú, que has sido tardíamente libertado: hé aquí el mundo social.

¡Cuán bien está que se ejercite el obrero en el mundo! En el mundo, señores, habla, escribe y declama la economía pública, entre cuyas cuestiones la más difícil y la más sangrienta es la referente á los bra-

ceros y á los trabajadores; en el mundo están los ricos, los propietarios, los que trafican con el capital, con cuya gente presuntuosa y ávida deberá el obrero mantener estrechas relaciones: en el mundo patrocinan todos los partidos, bajo un color ú otro, la causa de los artistas y de los arruinados; en el mundo están los gobiernos que fabrican leyes para moderar la suerte de los operarios, por las cuales serán míseros ó venturosos entre los demás hermanos. Ahora bien; ¿os parece justo que todo esto se haga sin que intervenga el obrero? Se trata de él, queriéndole dar forma, marcha, órden y social condicion: disponérsele quiere un banquete en medio del siglo XIX. ¿No deberá tomar en él alguna parte? No, no; no le conviene de modo alguno al obrero abstenerse ó permanecer distante; dejadle ir, permitiendo que vea con sus mismos ojos y que palpe con sus propias manos; dejadle concurrir al establecimiento de sus nuevos destinos. Con esto quedará redimido, y colgará sus cadenas últimas en el atrio magnífico de la sociabilidad.

Este grito, y esta concitacion de alegres voces que circula por el aire, siendo casi la campana que más fuertemente suena en nuestras torres, es acogido principalmente y causa estrépito en las sociedades de artesanos, las cuales toman á su cargo proveer, por decirlo así, de la sociabilidad al miserable gusanillo sofocado en el tugurio doméstico y en la oficina.

Mientras el obrero se dice por esta causa regenerado del todo, planteo yo mi tercer problema. ¿Están bien dirigidas por los economistas las presentes sociedades de artesanos, relativamente á la sociabilidad?

No lo están, por cuanto en tales sociedades, sobre las que tremola el estandarte de la economía pública, hay guerra y revolucion tempestuosa.

La revolucion es, señores, tres cosas: concepto, tentativas de realizacion y efectos sociales. Ahora bien: estas tres cosas en las sociedades de los obreros se me ponen delante y asumen cada una un carácter horrendo. Las determino yo en la siguiente forma:

En las sociedades de obreros hay el concepto de la revolucion: es un propósito de renovamientos homicidas.

Hay en ellas las tentativas de la ejecucion: es una explosion de movimientos insensatos.

Hay en ellas los efectos sociales: es una realizacion de bárbaras destrucciones.

---

Así en el bien como en el mal debes principiar por la idea que te formas de las cosas: precede á las acciones su concepto.

Alejandro de Macedonia es tentado por el genio de las grandes conquististas: dirige los ojos al Asia; abraza y medita la idea de dominar aquellos vastos reinos, y herir aquellos pueblos peligrosos: es el concepto que manifiesta á las repúblicas griegas, las cuales se dispondrán á seguirle. Spartaco quiere librar á los esclavos; aún no estrecha en su mano el hierro, cuando en su mente fantasea las brutales cadenas rotas y los poderosos ejércitos de Roma destruidos. Atila siente gritar en sus oídos: «Levántate y marcha;» mas antes de levantar las tiendas é ir, estudiado ha la idea del rápido movimiento, de la trasmigracion de sus tribus guerreras y de la invasion del Occidente.

Otro tanto sucede con la revolucion. Revolucion es resolver por la opuesta parte las cosas, que están de la otra: sólo que antes de que se resuelva el hombre, necesario es que piense y vea en su cerebro aquella revolucion: Julio César la leía en el semblante de Cassio y de Dolabella cuando aún estaban agazapados. No existiendo tal preparacion, nada se hace, porque nada en verdad nace de improviso y sin razon en el mundo moral, especialmente cuando se trata de una revolucion de pueblos. Por consecuencia el principio de la revolucion está en el concepto que forma el alma del hombre.

Dirijámonos á las recientes sociedades de artesanos.

Yo, señores, hablando de tales sociedades, en que afirmo consiste sin duda el concepto de la revolucion, no entiendo de ningun modo sostener que se forman propiamente de planta y de golpe su desastroso concepto: no las comparo por esto bajo tal punto de vista con Atila, ni con Alejandro, ni con Spartaco, los cuales pensaban del todo resueltamente con su propia cabeza: las sociedades de los obreros, por el contrario, lejos de tener el mérito de inventoras de la revolucion, vienen á ser sus secuaces. Con todo, á pesar de que no idean por sí mismas la revolucion, la encarnan y alimentan el concepto en su recinto. ¡No comprendéis este lenguaje?

Abro la página oscura de un libro, que durante muchos años se tuvo cerrado al pueblo, y que ni aun hoy se le abre del todo: sin embargo sus válidos sellos están rotos, pudiéndose leer en él sin temor á errar. Oid, amigos míos.

Las sociedades nuevamente fundadas á fin de agrupar artesanos y trabajadores, que brotan en Europa feracísimas, se conocen por sus jefes hábiles y poderosos; ejercitan tal poder y habilidad generalmente por haberlos recibido como en préstamo: se mueven y hacen mover, porque igualmente son movidas. Quiero decir que se someten á la sacudida que reciben de más excelso sitio, ó sea de una sociedad que á ser aspira universal, cuando no sale de la situacion de secta. En la parte baja,

en el grado último de la sociedad, donde se hallan los sometidos subsisten aún las tinieblas: en el medio, en el lugar de los jefes parciales, se difunde una media luz; mas la plena luz, el sol del conocimiento, donde se forman las intenciones, donde se propone un fin y se dan las órdenes, está detrás del telon, que es la cima y el verdadero centro de todo, donde piensa la cabeza y hierve el corazón de la masonería. Hé aquí lo que ha dejado de ser un misterio en los presentes tiempos.

¿Pero y los economistas? ¿No nos pusimos á inquirir si las sociedades de los obreros están hoy bien gobernadas por los economistas? ¿Por qué ahora, pasando á otro asunto, dejamos aparte á los pobres economistas, y ponemos á la masonería como regidora de las asociaciones de los artesanos?

Perdonadme la sustitucion que hago; mas no me impele á variar la sustancia de las cosas, ni á ir á otro asunto: más bien señores, añado un nombre, é introduzco en la materia el descubrimiento de una nueva fuerza. Es que los economistas, principalmente donde se habla del tercer acto de la redencion de los obreros, es decir, la sociabilidad, són amigos de la masonería, ó siguen por necesidad su prepotente ardor. Débese por lo tanto tener en cuenta el principal actor ante todo. Ahora bien; os lo he nombrado y con él proseguiré mi discurso.

¡El principal actor de las sociedades de obreros relativamente á la cuestion de la sociabilidad! ¿Es posible y lícito que se ponga en el pulpito católico de realce lo que ha dejado de ser un misterio de los tiempos presentes? Tengo el valor de la demostracion, porque como sacerdote de Dios débolo hacer, y me dispongo á cumplir.

Para conocer qué social empuje se da «masónicamente» á los liberales, preciso es conocer qué fin se han propuesto donde tiene origen el movimiento. El fin de la masonería es tener en el puño el dominio universal, poniendo al hombre y no á Jesucristo como eje de la moderna sociedad.

Es un horrible cargo: ¡acusar á la masonería de incrédula! ¿Acaso no habla y escribe continuamente de observancias religiosas? ¿No coloca como su principio y como piedra fundamental al gran arquitecto del mundo?

Señores: Jesucristo es hijo de Dios; pero en verdad os digo que si á vuestro Dios sustituis el gran arquitecto masónico, Jesucristo no tiene padre, como este arquitecto de los masones no tiene ningun divino unigénito, en el cual se fecunde. En su virtud el centro cae, como el eje social que hace siglos se contiene en Jesucristo.

Dos ilustres prelados vivos, monseñor Ketteler, Obispo de Maguncia, y monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans, han fortalecido con argu-

mentos invencibles la demostracion de que la masonería (especialmente la tedesca y la francesa), no cree de ningun modo, segun el verdadero sentido de la palabra, en la divinidad de Cristo; han probado que socialmente no quiere á Jesucristo, ni á Dios (1). El estudio de los hechos y el exámen de las opiniones de los sectarios hace que me adiera plenamente á los dos venerables Prelados.

Realmente la sociedad que tiene el dogma de Dios, creyendo tambien en la divinidad de Cristo, no acaricia en sus brazos á quien al uno rechaza y blasfema del otro. Empero la masonería, señores, nos presenta el espectáculo triste de acariciar á los que reniegan de Dios y á los que blasfeman de Cristo. Ved á Proudhon. Si le preguntais: «¿Qué cosa es Dios?» Responde: «Dios es el mal.» Si le preguntais: «¿Qué se debe á Dios?» os responde nuevamente: «La guerra.» Pues bien: Proudhon como hijo muy bueno es recibido en las lógias masónicas. Ved á Voltaire. Es en su tiempo Voltaire recibido mason. Como si esto no bastase, su nombre permanece bendito en la sociedad, siendo su obra á cada momento festejada. Aun hoy es enaltecida. El Venerable de la logia *La Fidelidad*, en el aniversario de aquella fundacion, exclama en Gante: «En vano con el siglo XVIII nos jactamos de haber aplastado al Infame: el Infame vuelve á nacer más vigoroso.» Y Juan Macé, uno de los francmasones más reverenciados, en un gran banquete servido en Strasburgo, no se sabe levantar de la mesa, sin enviar este brindis á Voltaire: «¡A la memoria de Voltaire! ¡Del infatigable soldado Voltaire! Hermanos míos: ganó todas las batallas dadas por él en beneficio nuestro.»

Hé aquí á los renegadores de Dios y á los blasfemantes de Cristo. ¿Qué cosa hizo la francmasonería para redargüirles? ¿Qué hizo? ¿Oisteis por los aires el estruendo de las excomuniones lanzadas? No hubo reprensiones, ni penas, sino besos. Ahora, conformes con Proudhon y con Voltaire, imaginad los pelotones y las compañías, que van engrosando el ejército formidable. ¡A Dios y á Cristo guerra!

Verdad que muchos masones profieren aún con respeto el nombre de Cristo, y que el recuerdo del supremo arquitecto del universo está entre los artículos de los estatutos masónicos. Empero, señores, el Cristo que la masonería recuerda y venera, no es el Cristo de la Iglesia y del Evangelio, sino el Cristo ideal de la humanidad, esto es, el Cristo fabricado por las arbitrariedades y pasiones del hombre. Por lo que hace al supremo arquitecto, descansa el artículo aquél allí en los estatutos masónicos, como en las «Doce Tablas» hallamos registrada la veneracion

---

(1) Mons. Ketteler. «¿Puede un católico ser francmason?» Mons. Dupanloup: «Estudio sobre la francmasonería.»

de los dioses, y como en el Talmud trascrita está la observancia religiosa del «Sábado.» ¡Letra muerta! Lo vivo de la masonería, por lo cual hierven los pechos de muchísimos masones, se resuelve en el grito que dije: «¡Guerra contra Dios y guerra contra Cristo!»

Observada una cosa, observemos otra inmediatamente.

Quitada la divina creencia á fin de robustecer la sociedad civil, y desterrado Jesucristo con su divino Padre, ¿quién es colocado en aquel lugar? El hombre.

Segun asegura el gran maestro Babaud Laribiére, «la masonería es superior á todo dogma; es anterior y superior á las religiones.» Con igual estilo escribió el famoso Frantz Faider: «La masonería está sobre las religiones. Somos nuestros mismos dioses,» y los jóvenes del Congreso de Lieja, masones todos con el alma y la vida, gritaron: «Es preciso hundir el cielo como si fuese una hoja de papel: veremos que no está Dios allá.» Optimamente: no hay Dios en el cielo, puesto que vive siendo habitante de la tierra, desde donde á la creacion manda: es el hombre.

Hé aquí por qué, poniendo en práctica tan poderosa enseñanza, en Bruselas, en 10 octubre del año 1865, con motivo de la inauguracion de la estatua erigida al gran maestro de la Orden, el señor Verhaegen, la masonería belga tuvo el feliz pensamiento de hacer ir á la fiesta á los niños de las *Escuelas Municipales*, y ponerlos en fila para que cantasen poéticas estrofas. Oid, señores, tales estrofas, que brotaron del corazon y del cerebro de la masonería: son bellísimas. Cantando los niños; como podeis pensar, son divididos en grupos y coros. Ahora bien: entona el coro que las puertas se abran, por cuanto se ha dilatado el firmamento, del que vendrá todo bien al mundo. El primer grupo quiere saber «cuál verdaderamente sea el templo dador de la inteligencia á los hombres.» El segundo grupo responde que «tal templo es la ciencia.» El primer grupo vuelve á preguntar: «¿cuál es su Dios?» A lo cual contesta el segundo: «Es la libertad. No más dogmas, que son vínculo para los ciegos; no más yugos, ni tiranos, ni mesías.» Entonces el coro general vuelve á la entonacion de su canto, concluyendo así: «Discípulos y maestros, debemos todos juntos crear la prole varonil del porvenir, que surge propicio al gobierno popular.»

Hemos llegado, señores. Sobre la destruccion de Dios, entre los vituperios lanzados contra Cristo, llegamos al dios del hombre, que es la libertad; hemos llegado al pueblo, que debe dominar sobre todos; por consecuencia llegamos á las presentes sociedades de obreros.

¿No lo conocéis? El concepto que ocupa la mente de la masonería y que domina los espíritus, es sustituir el hombre á Dios en el gobierno

de las familias y de las naciones, poniéndole como pedestal del mundo: este dios nuevo tendrá populares representantes, por haber pasado el tiempo de la tutela y de la autoridad: la única maestra, que irá moderando sus actos, será la propia masonería. Por esto fomenta gallardamente las sociedades de los obreros, y por esto las invade. Tal es el concepto de la revolucion, en que los artesanos infórmanse inadvertidamente, del que se apasionan con locura, echando chispas de fuego. ¡Qué desdicha! En este concepto está el propósito de renovamientos homicidas.

Almas racionales, y vosotras sobre todo, entre otras, las más iluminadas y poderosas. Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, san Agustin, santo Tomás, Dante, Leibnitz, Newton, Galilei, Malebranche, los cuales por teorema, por ritmo, por tropo, por cálculo matemático y astronómico razonásteis muy elocuentemente á los hombres de un Dios eterno, infinito, invisible, creador del cielo y de la tierra, dejad ahora vuestras escuelas é id á esconderos: fuísteis profesores necios; vuestra doctrina sobre la Divinidad fué un sueño, un delirio. ¡Qué digo que vayais á esconderos? Paraos y poneos á mirar: el verdadero dios de la tierra y del cielo es el hombre. ¡Y vosotros lo despreciásteis! ¡Lo teníais entre los piés, y no lo visteis! Golpead vuestra frente por la vergüenza. Mejor; arrodillaos y adorad.

Y vosotros siglos cristianos, que tomásteis los movimientos del Calvario, plantando en todas partes la Cruz como símbolo de la regeneracion humana; vosotros que nacidos y desarrollados á la sombra de la Cruz, me indicais nuestras virtudes, nuestras proezas, nuestras patrias, nuestras civilizaciones y nuestras esperanzas, deteneos: todo el pasado rebosa en el presente; mas el presente devorado está por el porvenir. Ahora bien; mudará el porvenir la faz del mundo. ¿A qué fin el Calvario? ¿A qué fin la Cruz? Jesucristo es un fantasma, que pasó á través de los tiempos, habiéndolo exagerado nuestra imaginacion: vino á ser omnipotente por nosotros, y se agrandó por nuestra grandeza. ¡Vamos pues! Derrumbemos el Calvario, montaña de los malhechores; rompamos la Cruz, que nos recuerda de continuo el anatema de la humana depravacion. El hombre, sólo el hombre es el dueño, el director, el centro de la humanidad.

¡Obreros! ¡obreros! Se dió así el primer paso para vuestra sociabilidad: el viaje monótono de la familia á la fábrica y de la fábrica á la familia está roto de veras: el estuche queda roto con él. Arrojad de golpe sois en la sociedad civil. Quien os arroja es la sociedad de los obreros, de que sois individuos; es la masonería que á la sociedad de los obreros preside invisiblemente. ¡Miserables! Podeis imaginar qué

ideas, qué costumbres y qué condiciones tendrá el mundo venidero, del cual os prometen haceros ciudadanos y príncipes: imposible será que no se conozca el vacío de Dios y el vacío de Jesús; imposible que no se vea la desaparición del cristianismo: aquí el Evangelio cerrado ó roto; allá templos ó presbiterios abatidos; en todas partes muchedumbres de creyentes maltratados ó fugitivos. ¿Estareis contentos con tanta dispersión de cosas y hermanos? ¿Dónde la medicina estará cuando las pasiones desenfrenadas ondearán en vuestros pechos, levantándose la conciencia para morderos? ¿Cómo y quién os proporcionará el beneficio de la represión moral? Cuando la desventura golpeará vuestra puerta y os asaltarán días tristísimos, ¿qué armas y que baston os sostendrá en la pena, como antes os sostenía la Cruz del Dios redentor? Cuando además os veais constreñidos á sufrir la dureza de los hombres (creed que no faltará semejante dureza); cuando tengais sobre vuestro pecho á fin de aferraros la mano del soberbio y del prepotente siendo arrojados al suelo para ser oprimidos, ¿á quién se dirigirán vuestros suspiros y vuestras oraciones? ¿Al cielo? El cielo donde no vive Dios á los mortales no escucha. ¿Al hombre? ¡Si el hombre que os persigue es vuestro dios! ¡Emprededla contra dios!

Amados días cristianos, que desde la infancia hasta mi vejez llenásteis mi vida de un esplendor inefable: amada y santa Iglesia católica, que me enseñaste á querer á Dios, á perdonar á los enemigos, y hacerme hombre con las obras y el consejo; que fuiste para mí perenne dadora de paz, de tolerancia, de suavidad y de fortaleza; sólo al suponeros destruidos por un mundo contrario con el cual me amenazan, siento ahora que renaceis en mi alma con afecto doble: os aprecio casi de un modo adecuado á vuestro mérito. ¡Oh! ¡Circulad todavía por mi mente, ideas sublimes del cristianismo! ¡Brillad aún delante de mis ojos, oh dulces imágenes, celestes aureolas de Cristo y de María! Tocad, campanas de mi iglesia; haced fiestas, templos; acudid, fieles, hablándome nuevamente de Dios; referidme el amor del Calvario, razonándome del alma y de la eternidad. ¡Tengo tanta precisión de estos conceptos inmortales y recuerdos divinos! Despierto por su sonido, como del largo sopor de una enfermedad; vengo á ser mayor que mí mismo, y vuelo sobre la tierra; si callais, campanas católicas y sacerdotes; si no os hallo en sitio alguno, representados ó expresados, Cristo, Virgen y Santos, me postro, envilezco en la miseria mía, pierdo de vista el cielo, y la tierra viene á ser para mí angosta, como para el prisionero la cárcel: oscura y desolada, como la tumba para el moribundo. ¿Moriré, pues, para siempre? ¿Quedaré desesperado? ¿Y quién me condena á tan atroz suplicio?

Condena, señores, el hombre á tan atroz suplicio la revolucíon: adelanta mediante los obreros, así como bajo el manto, y en el nombre de la economía pública y social; mas la masonería fomenta el odio en su pecho, haciéndolo muchas veces peor: de aquí, como veis, saca la revolucíon el concepto de su propia obra. Igualmente conoceis que tal concepto es un propósito de renovamientos homicidas.

Cuando el concepto de la cosa es hermoso y formado, y salta prorumpiendo, por decirlo así, en todas partes, enardeciéndose por los movimientos del corazón, quedaríais engañados si pensáseis que tal concepto no se manifiesta en el exterior ó no rebosa. Supongamos que se para detenido en su carrera, por lo que no puede desfogar sus ansias: hará ciertamente su tentativa para estallar.

Intentó Spartaco, hombre vulgar, capitaneando una enorme reunión de gladiadores y esclavos; intentaron en Francia los perturbadores de los pueblos del Languedoc; en Alemania Stork y Muncer; aun en Flandes intentaron acometer su empresa los ruines pordioseros que se llamaban por su traje roto los «capuchinos blancos;» ¿por qué la revolucíon masónica de los obreros no intentará traducir en acto su propio concepto? ¿No se compone acaso de mejores miembros que lo fueron en las edades pasadas los descamisados y los pordioseros? ¿No son más que los esclavos y los gladiadores de Roma?

Dispongámonos, pues, á descubrir sus tentativas.

En nuestra parte primera, manteniéndonos en el orden de los principios, abrazamos todo el concepto de la revolucíon con una sola mirada; en aquella marcha por teoría resultaba fácil y expedita la síntesis: ahora que de la teoría pasamos al hecho, y que la revolucíon que integra está en la mente, sólo puede salir á pedazos, tomando gradualmente puesto en la sociedad civil, nos vemos constreñidos á mantenernos en un campo más condensado y restringido. Sólo que—¡estad seguros de ello!—el campo, aún restringido actualmente, tiende á difundirse y á ser inmenso como la cabeza masónica, por la que recibe vida la empresa terrible. En el campo vemos entretanto que somos espectadores de dos crueles batallas que combaten las sociedades de los artesanos: una de las tales batallas va contra la Iglesia y otra contra los gobiernos.

Eolo, según nos lo bosqueja Virgilio, está metido en su antro inmenso de la Eolia, donde se halla el rey de los vientos y de las tempestades, refrenando estas él y moderando su curso. Mas, habiéndosele presentado delante Juno, diósa del rencor y de la envidia, encomiéndase á él para una venganza contra el enemigo Eneas que huye por el mar.

Eolo desencadena el soplo de los vientos y de los aquilones, trastornando el Océano y haciendo sufrir ásperas angustias al héroe de Troya (1).

Es una imágen viviente de la masonería. Se sienta en su profundo antro, donde se halla la cabeza y el corazón de la conjura: allí se sienta como emperatriz de los vientos y de las tempestades sociales, que perturban á la Europa extendiéndose á todo el mundo. Lo peor es que á cada momento es instigada con el fin de que mueva gran estrépito y trastorne á las gentes: recibe con gran frecuencia en su antro la visita de Juno más que visitó á Eolo: tiene la mania de la venganza y el furor de domeñar á sus propios enemigos: es el ódio de que hablé contra el ordenamiento cristiano establecido sobre la tierra, el que hurga su pecho y lo enciende. Entonces con un bastonazo abre el flanco de la caverna, y salen los vientos estrepitosos: *venti, velut agmine facto... ruunt et terras turbine perflant*. Tal es la orden á todas las sociedades secretas dada; la orden dada igualmente á todas las sociedades de brazos y trabajadores, que dependen de la masonería: ¡dejadle hacer á ellal

Veis los obreros que á muchedumbres ó en tropel, *agmine facto* salen fuera, recorren las comarcas, y atropellan las cosas viejas. Vino el tiempo de gritar: «Abajo el Papa, abajo los obispos, abajo los sacerdotes;» en tal batahola los pobres hijos del trabajo dan pruebas de tener pulmones maravillosos, por lo cual sécanse sus fauces y se ponen roncós. Es la primera de las dos batallas empeñada contra la Iglesia; es el desencadenamiento de los vientos en el orden religioso, por el cual brilla el cielo con frecuentes y espantosos: relámpagos *crebris micat ignibus aether*.

Veis que los obreros se juntan nuevamente, saltando por la ciudad en procesion densa y tumultuosa: *agmine facto*. Llegó el tiempo de promover las cosas nuevas, y de dar un asalto al poder político: oís á los pobres hijos del trabajo que gritan: «Abajo el Ministerio, abajo el Parlamento, abajo la esclavitud.» Es la segunda batalla que la masonería combate contra los gobiernos, en la cual no sólo fulgura el cielo con frecuentes relámpagos, sino que además envuelve á los ciudadanos en amenazas de muerte: *crebris micat ignibus aether, praesentemque viris intentant omnia mortem*.

Vamos, señores; ¿qué sucede? Por buena fortuna no viene aún el derrumbamiento social: las tentativas de la revolucion se resuelven en movimientos insensatos.

(1) Virgilio, *Enéida*, lib. 1.

La Iglesia, cogida en medio de todas las fuerzas masónicas, viendo azuzados contra ella á muchos braceros y operarios, que ni siquiera se persuaden de que la contristan, sufre tormentos indecibles. La Iglesia es herida, despojada, y cosa más triste aún, infamada: oye que blasfema en su daño quien no la conoce; escucha la tentación de apostasía que dirigen á sus hijos; ve desertar á los poderosos, temblar á los pusilánimes y caer en el lazo á débiles é ignorantes. Gritan los impíos: «Hollemos á la Iglesia (1).» No recuerdan que Jesucristo, cuando estaba en Jerusalem y encima del Calvario, á los pies de los verdugos; cuando era metido y guardado en el sepulcro, manifestaba el portento de su virtud. La Iglesia es hollada, y gime, ó vierte lágrimas; pero se purifica con el dolor, se refuerza con la lucha, y á su alrededor estrecha los cristianos mejores ó más santos. Sólo los santos, las almas inocentes y bellas descansan en sus brazos: los muelles, los lascivos, los ambiciosos y los traidores se marcharon. Es verdad que tiene todavía en contra á los verdugos, que osan tocarla; mas cuando se vayan también creyendo haberle quitado la vida, la Iglesia, nuevo Cristo trasfigurado, resucitará. Es, por consiguiente, lucha de desesperados la que se realiza contra ella, y no de las que finalmente triunfan.

Es más deplorable por otra parte la situación de los gobiernos, aunque parezca bien encaminada y magnífica. Los gobiernos se apartaron de Dios, separándose de la Iglesia: dieron grandes pasos hácia la teoría masónica, de promulgar en el mundo el absoluto dominio del hombre: tienen por consecuencia el lado descubierto, siendo justo que opresos por ella tiemblen de espanto. Sin embargo no queriendo ser absolutamente masónicos, al defecto moral oponen la defensa de la fuerza y las artes de la astucia: dirigen á los pueblos, como la plancha de hierro dirige un carro sobre la pendiente del escarpado monte, ó sea á remolque y oponiendo obstáculos para no dar en el abismo mientras se sienten marchando arrastrados por las ideas modernas y el espíritu de partido: entretanto son impelidos y van. Avanza la masonería contra ellos, y haláganla ellos, ó se arman también hasta los dientes: las muchedumbres de los obreros, perturbadas por aquélla, chillan, profieren gritos, empujan é invaden con ola creciente de continuo; á fin de contener la onda y calmar los rugidos, modifican leyes y se dan á influir en las escuelas populares; prometen bienes inmensos y echan alimentos en la boca del león, persiguiendo con nuevos actos el catolicismo, su enemigo común. Abandona la verdadera sabiduría á los Estados de la Europa. Tal es la lucha que arde de la masonería y los

---

(1) Palabras de Menotti Garibaldi en Roma.

gobiernos: lucha seguida sencillamente entre los hombres, aunque con armas no iguales, en la cual prevalecerá el más astuto.

El héroe troyano, combatido por los vientos de Eolo y medio ahogado ya en la tormenta del mar, alzaba suplicante y llorando los ojos al cielo: llamaba felices á los que habían caído como esforzados en la derrota de la patria: *terque quaterque beati!* Lamentábase de no figurar entre aquellos valerosos caídos en la orilla del Xanto y del Simoenta.

¡Oh! No dirijamos increpaciones á la muerte que no nos cogió antes; no deploramos no haber caído en el tiempo de los héroes, cuando con las facciones de los plebeyos nos toca guerrear. Lamentemos sí que surja el conflicto contra la Iglesia, que tiene á su cargo la salvacion universal, y contra los gobiernos que deben ser guardadores del orden público: lamentemos con acerbas lágrimas que nos venga el conflicto sobre todo del que se llama nuestro hermano, presumiendo guiar él, á fuerza de batallas, el progreso y la civilizacion.

¡Cuánto, nuevas sociedades de obreros, os alejais de la recta vía! ¡A qué feísimos juegos, á qué bailes deshonestos y á qué ánsia horrible de coronas os impele la masonería, que detrás está de la tienda, dominando casi sin advertirlo vosotros! ¿Es ésta la sociabilidad que á los obreros se proporciona? ¿Es sociabilidad sustraer tantos jóvenes buenos y diligentes á los hábitos tranquilos de la vida á fin de atronar su mente con los conceptos desordenados de la libertad, hinchando también su corazón con ambiciones extrañas, que no pueden pensarse? ¿Es sociabilidad impeler á los católicos á desafiar á la Iglesia, á dirigir contra ella el hocico de los incrédulos, y el puño de los golpeadores? ¿Es sociabilidad hacer de los súbditos otros tantos fautores de rebeldías, encender el odio en sus pechos, y adiestrarlos para los punta-piés, á fin de arrojar de su puesto á los regidores políticos? ¡No, vive Dios! No es sociabilidad: es guerra y revolucion tempestuosa: explosion es de movimientos insensatos.

Así, queridos obreros, os han sacado del estuche de la familia y del estuche de la fábrica. Empero, ¿no es una mentira que se planta en su lugar? ¿Acaso estaban metidos los obreros en el estuche y en la coraza en los días del cristiano social ordenamiento? ¿Acaso no salían nunca de la propia casa y de la fábrica? Salían, sí; en aquella salida, que continúa era y altamente civil, hacían obras eximias de ingenio y obraban milagros de valor: salían y preparaban los escaños de las asambleas populares; echaban en la urna sus votos no comprados, sino libres, en los que se apoyaban nuestros Municipios para mucha grandeza: salían y fabricaban el Camposanto y la catedral de Pisa, la cúpula de Brunelleschi y la torre de Giotto en Florencia; bajo las órdenes de Buonarro-

ti en Roma trasportaban el Panteon á la cumbre de la basílica de San Pedro, ceñían de murallas nuestras ciudades, abrían nuestros puertos en el mar, y hacían surgir del Océano la flotante Venecia; embellecían á Italia y á Europa con monumentos inmortales; salían de la casa y de la fábrica, edificando en Lombardia y en Toscana sus célebres Carrozas, por las cuales muchas veces quedaba en los campos de batalla vencido el extranjero invasor de la patria; salían, armando las naves y las galeras, que debían volar sobre las olas del Mediterráneo, correr al Hellesponto y á las playas del Egipto, llevando alto el nombre y el poder de la gente italiana: salían, y como su casa era un nido de vigilancia é industria, cual era la fábrica en que vivían (supongámoslo) un conservatorio de música; del conservatorio musical marchaban con alegría casi de esposos, ricos de fiesta y de amor: así del Conservatorio de Nápoles salían al lado de Paisiello, de Picinni, de Spontini, de Cimarosa, de Pergolesi y de Mercadante, para difundirse con aquellas estupendas armonías y alegrar la tierra.

Se grlta. ¡Ahora el estuche de la familia y el estuche de la oficina se ha roto finalmente para los obreros! A la verdad se ha roto y se ha disipado al viento: quien lo disipa de tan pésimo modo trata de inducir á los obreros, no á renovar las grandes edificaciones antiguas, sino á repetir en Italia el «Tumulto de los Ciompi» á orillas del Arno, y la «Rebelion de los descamisados de Lucca;» pobres y abyectas farsas, que huelen muy de lejos á revolucion social. Esto se quiere de los artesanos; se quiere un «Tumulto de los Ciompi» no en miniatura, sino en gigantesco cuadro; una «Rebelion de los descamisados de Lucca» extendida á toda la sociedad. ¿Qué movimiento, pues, imprimen á la sociedad civil los obreros que de la casa y de la fábrica salen dirigidos á tales empresas, invadiendo la tierra como para su conquista? ¿Qué marcha le imprimen á consecuencia de los golpes dados á la Iglesia, y de los ataques dirigidos contra los gobiernos?

Compadeced á los obreros: ved, señores, á qué se reducen actualmente, y consideradlos misérrimos. Caminan á consecuencia de la invitacion de la economía social, y marchan confiados; pero los economistas, más que cosa distinta, prestan su nombre, haciéndoles dar vueltas por el mundo, y explotándoles los masones. En realidad la masonería es mucho más potente que la simple economía. Al mismo tiempo falta más á las promesas que ha empeñado: los obreros lanzados en las tentativas de la revolucion, se pierden en una explosion de movimientos insensatos.

Después que has bien rumiado en la mente tuya el concepto de la obra, y después que has resuelto procurar su ejecución, es justo que yo á tí, hombre, pregunte: ¿Qué has conseguido? ¿Qué has hecho?

Es la demanda que siempre se hizo en la historia para juzgar á los grandes personajes y á los famosos pueblos. ¿Qué cosa hicieron en la Grecia Milciades y Temístocles? ¿Qué cosa hicieron asimismo los Atenienses coadyuvando al génio militar de sus valientes capitanes? ¿Qué hicieron los Gracos en Roma? ¿Qué cosa igualmente ha hecho la romana plebe correspondiendo á las excitaciones de dos fogosos tribunos?

Los obreros, señores, con el manto de la economía y soliviantados por la masonería, son impelidos á intentar la revolución: de sus tentativas nos han dado ya muchos y nos dan sábios ejemplares. Ahora indago los efectos sociales que producen sus actos, é infiero qué juicio último debo formar relativamente á la esperada sociabilidad de las agregaciones de obreros. ¿Qué han hecho tales agregaciones? ¿Qué hacen?

Sus efectos sociales son una realización de bárbaras destrucciones.

Talleyrand, en su célebre «Relacion» de 11 febrero 1790, donde alude á los hombres de la revolución, entre los cuales dominaba él, dice que tienen por emblema de sus obras «destruirlo todo para todo edificarlo (1).» Exactísima es la frase, como muy en breve demostraron los hechos, demostrándolo cada vez más: en su virtud Proudhon, que también comprendía la cosa, la modificó del modo siguiente: «Destruirlo todo, á fin de no edificar nada (2).»

Estréchense aquí precisamente, impelidos por el ímpetu de la revolución, los hijos de las sociedades de obreros. Destruyen, relativamente á la Iglesia, la fé religiosa en las almas, el obsequio debido al nombre de Dios, el culto de Jesucristo, el amor á la Cruz, el freno de las conciencias, el respeto tributado á los sacerdotes, la armonía de la comunión de los santos, y el dogma, de la eternidad. Relativamente á los gobiernos, destruyen con fuerza igual el principio de la autoridad política, el vigor de la ley, el deber de la obediencia civil, la amistad de los ciudadanos, la honestidad de las costumbres, y la firmeza del orden público. Esto fieramente destruyen: ¿dónde se hallan, como consecuencia de sus derribos, sus monumentos y sus construcciones sociales?

Señores, la masonería se jacta de ser muy vieja, presumiendo que procede del manto de los sacerdotes egipcios: ¡cuántas cosas se hicieron desde aquel mundo viejo hasta el presente! ¿Y qué muchedumbre de obreros ha venido entretanto, desapareciendo del mundo? Hubo

(1) *Tout détruire afin de tout refaire.*

(2) *Tout détruire, et ne rien refaire.*

destrucciones, así como levantamientos de ciudades y naciones. Pues bien: mostradme qué cosa grande construyeron los operarios masónicos. ¿Han acaso construido las metrópolis ilustres, llamadas Londres, París, Madrid? Temo que la capital del Támesis debe á otros autores la vida; no recuerdo que París y Madrid surjan sobre ningun «triángulo» y sobre ninguna «paleta.» ¿Acaso fundaron de planta un gallardo pueblo? Conozco pueblos en la historia que mueren y se forman; mas hallo en ellos siempre un hombre que hace de creador ó verdugo: de todas maneras no hallo entre los que nacen á las muchedumbres civiles para construir la gloria de la cuna. ¿Acaso descubrieron la América? ¿Llevaron la civilizacion al seno de la salvaticueza? Colon me dice gritando: «El héroe del descubrimiento y de la civilizacion soy yo.» ¿Libertaron América de los ingleses? Jorge Washington se me presenta y exclama: «¡Cuántos trabajos tuve que pasar al reprimir las sectas!»

No es necesario que yo envejezca mucho, poniéndome á nuevamente inquirir lo pasado: las sociedades de obreros, que anhelan la revolucion, y á las que se abre una era magnífica, son un producto del siglo XIX: hoy la masonería ha llegado finalmente á poder realizar sus propios designios con los artesanos.

Pase la poca modesta vanagloria; mas no veo que aún aparezca el nuevo mundo y la nueva sociedad: el nuevo mundo y la era magnífica en pos del que marchen las sociedades de los obreros; ni la sociedad nueva vaticinada y prometida con todas las trompetas sonantes de la revolucion, es decir, los pobres salidos de la pobreza, los ignorantes transformados en doctores, los poderosos derrotados, la envidia extinguida y la paz perpétua ultimada entre los hombres: por el contrario se me ponen delante de inexorable modo las destrucciones de que los obreros se hacen instrumentos y artifices. Ahora bien; ¿no tengo el derecho de agregar que se dan á destruir sin nada edificar?

¡Sí tengo yo tal derecho!

Traed á la memoria los dias nefandos del 1871, en que descubrimos á la capital de los Franceses caída en el fondo de la pena y de la abyeccion. Fuera de sus muros se levantan acampados los Alemanes, de los que toda la nacion recibió malos golpes; aún más cerca, expedido por el gobierno de Versalles, se halla el ejército nacional, que pone sitio é intenta entrar. ¿Por qué? Porque París tiene sobre su cuello á los sayones de la «Commune,» que tomaron posesion de la metrópoli, dominando en ella como dueños. Tempestuosas noches, tempestuosas auras, y soles oscuros [con listas de sangre, por cuanto las calles de los ciudadanos, donde sus rayos reflejan y se coloran, solamente dan

sombras, sangre y burdel. El período de la «Commune» solo se puede comparar con el período de la Convención.

Cuando los espíritus de todos los honrados, bajo el imperio de los comunistas, que horrorizan é imprecán, llaman con sus votos al ejército libertador, vese llegar á la «Commune» el auxilio de un gran amigo suyo entrañable. Es el nervio de los obreros conducido por la masonería; es una turba inmensa salida de las lógicas del Oriente de París, que, desplegados al viento sesenta y dos estandantes masónicos, precedida por cinco del gobierno democrático, se dirige desde la corte del Louvre al Palacio de la ciudad. Todos los representantes de la «Commune» se asoman á los balcones, y bajan al puesto de honor para recibir á los llegados: allí está la estatua de la república adornada con banda roja, y embellecida con los trofeos antes recogidos por la «Commune:» las sesenta y dos banderas masónicas vienen á cortejarla; en aquella sombra y en los auspicios de aquel poderoso auxilio, se jura el pacto fraternal y eterno de la «Commune» con los francmasones.

Empero las bombas de los de Versalles silban y atruenan sobre la parte más alta de los techos; estréchase cada vez más el asalto y aumenta el peligro de la derrota. Entonces los francmasones se juntan en pelotones densos, reuniéndose unos diez mil: se dirigen á la Bastilla, se deslizan por la extensión de los «bulevares» y siguen á través de los Campos Elíseos, hasta que, ocupados los Terraplenes, plantan altamente las ondeantes banderas masónicas, declarando á los jefes del ejército contrario que tienen bajo su tutela la suerte de la «Commune.»

¡Horribles son tales protectores! ¿Y qué protegen?

En aquel momento, hablando la masonería el lenguaje de su corazón, dijo: Mi hija y aliada es la «Commune,» que lastima en los ciudadanos el derecho de la propiedad; mio el gobierno de la hez que al gobierno legal aplasta; mia la bacanal de los súcios mozos de cordel, de los militares beodos, de los muchachos insolentes y de las mujeres corruptas, que infaman la historia francesa: mio el «petróleo,» que se va disponiendo á incendiar las casas y los monumentos patrios; mio el furor, merced al que se derramará la sangre inocente de los rehenes; mio cuanto hay en la plebe de París, rebelado impudente, obsceno, prepotente y maldito, por cuanto en la destrucción hago consistir mi reino.

¿Lo escuchais y lo veis, señores? Como si la masonería temiera no ser bien oída por todos con esta voz suya de matanza, recurre al arte, y con globos aereostáticos lanzados al aire, dirige un llamamiento de guerra á cuantos francmasones hay en las provincias francesas, po-

niendo fin á él con estas palabras: «¡Viva la «Commune!» ¡A las armas! ¡A las armas!»

¡Mis queridos y desventurados obreros! Salid, si podeis, del estruendo y de las nubes de pólvora que á París oscurece, pensando un poco en mí. ¿No es verdad que habeis roto por fin sin contraste el viaje monótono de la familia á la fábrica, y de la fábrica á la familia? ¿No es verdad asimismo que habeis roto tal viaje desesperadamente? Habeis salido del cascaron, por decirlo así, ó del estuche: ¿á dónde correis vosotros? Un grito salvaje atruena vuestros oidos: «¡A las armas! ¡A las armas!» es decir, guerra contra las leyes primeras y más sacrosantas de la humanidad. ¿Os deleita y os atrae tal grito? ¿Habeis acaso nacido para la guerra? ¿Habeis sido creados para combatir padres, hermanos, esposas y hermanas? La economía social no lo creía, reuniéndoos en sociedades y en juntas; mas no siendo contrarios de ningun modo á la revolucion, sino por el contrario acariéándola con sus teorías, os hizo esclavos de la masonería, que os atrae al último de los vituperios. Habeis salido del cascaron y habeis salido del estuche; habeis deshecho el orden social del cristianismo y de la Iglesia. Mirad ahora en torno: hay revolucion despiadada, cuyos efectos públicos son desastres, golpes é infamias. ¡Qué bella y laudable sociabilidad!

Quisiera poder infundir esta verdad en todos los espíritus humanos: quisiera principalmente persuadir á los obreros, los cuales caen víctimas demasiado fáciles é inconscientes casi de los grandes culpables, y de los nuevos bárbaros de nuestra época. La sociabilidad confundida con la rebeldía y la lujuria de la secta ¡cambiada con la revolucion social! Siento que llora mi alma.

Silvio Pellico, tan tierno con los amigos, suave amador de los indigentes y de los desventurados, escribe de la revolucion: «¡Pobre mundo inquieto! ¡Cuántas necesidades ha hecho de algunos años á esta parte! Ha fantaseado héroes que no lo eran, y sumos sabios que eran locuacísimos, delirantes, prodigios de odio. ¡Dios mio! ¡Sustituir el odio á la caridad, é imaginar hacer así cosas grandes! La sociedad tenia pequeñas llagas; en vez de curarlas con el bálsamo del Evangelio, ó con el de una prudente filosofía, las han abierto cruelmente. En algunos es notoria la maldad; pero muchos se han dejado seducir, entre los cuales cuento á varios que mis amigos eran! Mi resolucion de no entrar en su camino los exacerbó contra mí, siendo blanco de sus burlas. No me irrito, ni contesto; mas me duele haberles descubierto tan mezquinos. Compadezcámoslos, encomendándolos todos al Señor. Todo nos prueba que la civilizacion, los estudios, la historia, las grandilocuentes doctrinas no son segura defensa contra la barbárie. Se necesita tambien

otro elemento; la virtud, de que han querido prescindir los que todo lo echan á perder (1).»

Otro amigo de los del pueblo, verdadero educador de los obreros, César Cantú, pinta con horror semejante la oscura voráGINE en que la revolucion los envuelve. Leí yo una peroracion suya bella y exquisitamente social: hágola de nuevo, colorándola segun mi estilo.

Nos hallamos en un pequeño arrabal, que, como la palmera en el desierto, surge rozagante y solitaria en medio de vasta campiña: el punto en que nos hallamos es el más conspicuo del lugar, situado en frente de la puerta de la casa Consistorial, que tiene un café delante; á mano derecha está la plaza, por la que discurre de continuo alguna gente. De improviso llega el periódico (una hoja democrática), que desde la capital atravesó con el correo el pobre país desierto, lo cual pasa diariamente. En aquel dia el periódico trae tambien un programa, y pide una suscripcion pública. Es un fósforo encendido en las cabezas de los lugareños: ¡una proclama! ¡Una suscripcion! ¡Se necesita un *meeting*! Allí se urdirá la protesta contra los señores Ministros, que tan pésimamente rigen los asuntos de la nacion. Dicho y hecho: cinco desocupados ó seis, que frecuentan la hostería y el café, entran en éste como energúmenos, ladran y producen estrépito; salen, dirigen un llamamiento á los trabajadores, vuelven al café y desembocan en la plaza: como un demente hace ciento, y los obreros asociados de la secta acostumbran á loquear, surge una gran batahola, un grito de muchachos estrepitosos, y un amasijo de frases gordas ó de amenazas lanzadas, capaces de hacer temblar los techos del país: todos suscriben y todos protestan. Lo peor es que á la cabeza de la demostracion quieren al alcalde, y que con él la «Junta municipal remita el mensaje á nombre del pueblo.» Estemos atentos.

¡Pobrecillo! El alcalde es un hombre que tiembla por la emocion, ya que no digamos por el miedo: hállase tan dispuesto á suscribir aquel mensaje contra el gobierno como don Abundio estaba pronto al matrimonio de Renzo despues de las advertencias ó amenazas de don Rodrigo: «¡Firmar yo el mensaje! ¡Remitirlo á nombre de todos! Ved, hijos, que habeis olvidado el camino de ir á casa. El oficio del magistrado municipal es administrar del mejor modo posible los bienes del Ayuntamiento, y no hacer ruido en el país; la misma ley le prohíbe tomar parte en las resoluciones políticas. Fuera, fuera: en el mensaje pensará quien tiene ganas de remitirlo: yo me lavo las manos.»

Parecia imposible que aquel hombrecillo consiguiera salir del atolla-

(1) Silvio Pellico. *Epistolario*, pág. 351.

dero; mas el espanto de ponerse al alcance de un feo tiro y de sucumbir, le hace tan decididor, que apaga las grandes voces de los furibundos, pudiendo calmar la tormenta. Surgida cierta calma, y al ver marchar á los vocingleros, colocando en torno al verdadero pueblo, quieto y activo, toma alientos para dirigirles su voz, y habla con una elocuencia que arranca, por decirlo así, los rayos ciceronianos para confundir á Catilina, ó se parece asimismo á Demóstenes, el cual delante de Grecia truena contra Filipo.

Dice, pues, convirtiendo en púlpito el banco de piedra y apoyando sus hombros en las paredes de la casa Consistorial: «Hijos; yo tengo muchos años, y he visto ya cambiarse muchos gobiernos. Ví los viejos Austriacos, despues los Franceses republicanos, despues Napoleon, despues nuevamente los Tudescos, despues el Piamonte y despues la Italia: he oido sin cesar á la gente gritando primero viva éste ó aquél; pero pronto llevar en la palma de la mano al que antes no existía, diciendo enormidades del presente, de las leyes inoportunas y de los tributos gravosos, creyendo que cambiando tocarían el cielo con la mano. En su virtud he adquirido la persuasion de que un poco de culpa la tiene la circunstancia de no contentarse nunca los hombres. No hay ninguno sin defectos. Todo tiene una parte buena y otra mala; son ridículos los que dicen cómo se rige un país antes de saber regular su casa, su esposa y sus hijos. El que gobierna sabe mucho más que los gobernados, y no tiene ningun gobierno el propósito de hacer mal. Dar pareceres es fácil; pero la cuestion está en llevarlos á efecto. Yo, pues, nunca di oidos á quien, por prosperidad futura, envolverme queria en conciliábulo y conjuras, por estar convencido de que nada se arregla á golpes de maza, ni á pedradas, como tambien de que las reformas y los mejoramientos se hacen con la lima y no con la segur. ¿Mejorais vuestra situacion murmurando, blasfemando y chillando? Por el contrario sentís entonces un mal mayor, como uno que restregase su herida, y os poneis aún vosotros en peligro. Os parecerá el gobierno ménos ruín cuando seais más hombres de bien, como tambien cuando ménos que hacer deis al cuestor, á los jueces y á los carabineros.»

Al oir este razonamiento los ignorantes abren mucho los ojos cual lunáticos; mas el buen pueblo escucha dócilmente siendo ya señor de sí, porque no lo conturban los impertinentes: entonces el alcalde, tomados alientos, irguiendo todo lo posible su frente calva y roja, continuó así:

«Amar la patria, obedecer sus leyes, reverenciar á los que procuran su bien, servirla dónde y cómo se puede, política es que conduce á su

verdadero fin, á saber hallar el bien, no ménos que nuestra dignidad en el bien y en la dignidad comun. Igualdad, fraternidad, libertad sois los gritos de los que aman el desórden; pero sois tambien las palabras de quien busca el orden.

Igualdad es participar todos los ciudadanos de los beneficios sociales, sufrir los propios pesos, someterse á las mismas reglas y leyes, sin otra distincion que la virtud y el ingénio.

Fraternidad es el amor que une á todos los hombres, y que de todos forma los individuos de una sola familia.

Libertad es poder ejercitar todas nuestras facultades segun la justicia y la religion. Libertad política no es aquella donde nadie obedezca, sino aquella donde ninguno se sustrae á la ley, incluso los Ministros y los Reyes. En muchas ocasiones se cree ir á la libertad y vase al desórden, contra el cual no se halla otro refugio sino el despotismo.

Algunas veces existe cierta libertad de la que Dios me libre. ¡Ah! Más bien dejadnos volver á nuestra era, á nuestro grano y á las fragantes hierbas de los prados: no nos regaleis libertades; pero retornarnos la libertad.

No llamaremos nosotros libertad poder con palabras y escritos ofender, escandalizar, deshorrar, decir mal de todos los superiores, descreditar todos los actos de las autoridades y difundir el descontento. No es libertad intervenir en asuntos que no comprendemos y que no nos atañen, así como en actos que nada entendemos á fin de responder. No es libertad la que hoy grita «pueblo, pueblo,» quitando al pueblo mañana el sol que le ilumina ó lo consuela, sustrayéndole tambien á Dios; en su virtud, ofuscado el intelecto con doctrinas perversas y corrupto el corazon, viene á ser esclavo de los fuertes y de los intrigantes. Nosotros pedimos la libertad bajo el ojo de la ley, y la ley bajo el ojo de Dios.»

«¡Bravo! ¡Bien dicho! Hé aquí las exclamaciones de la turba que oye al terminar el alcalde. ¡Alabémosle porque habla claramente sin encarar á otro que lo haga!» El graciosísimo alcalde ensancha su corazon entre los aplausos con intrepidez, muy superior á los temores por el estruendo de pocos furibundos. A la verdad no es un hombrecillo, sino un hombron. En este caso Filipo es reprendido justamente por Demóstenes, y Catilina es proscrito por Marco Tulio (1).

Bastante nos entretuvimos en el pueblo, no sin utilidad, porque los rabiosos perturbadores ventajosamente se indignaron, y la peroracion del administrador público nos confirmó de nuevo en nuestra opinion;

(1) Léase á C. Cantú. *Buon senso ó buon cuore*. Conf. XXXVI.

ahora, provistos de una leccion nueva, tornemos del pueblo á la ciudad.

Sea, señores, la siguiente nuestra conclusion. Necesaria y deseable cosa es la sociabilidad, que deben conseguir los obreros: consiguieron en los pasados tiempos esta sociabilidad bajo los auspicios y por el válido apoyo de la Iglesia: ahora está bien que, segun la civilization de las nuevas gentes la saboreen, dando frutos por ella. ¡Mas qué desventura, qué desventura! Habiendo venido la economía á tomar el puesto de la Iglesia católica, falla en esta, como en las demás partes, á los pobres artesanos: las nuevas sociedades, en que los junta y donde presume mandarlos fuera para conquistar el mundo, son dominadas por otra potencia más sagaz é intrépida: la masonería toma de las manos de la economía pública á los obreros, los aparta de la verdad en las vueltas de la revolucion, y los ahoga.

Hé aquí la desgracia; hé aquí la ruina, que yo calurosamente deploro más que si fuese un simple infortunio de familia, por ser un infortunio del género humano. Los efectos sociales que la revolucion deja en pos de sí, son bárbaras destrucciones.

En tres conferencias nos detuvimos á fin de hablar de los obreros: planteamos el problema de si las presentes sociedades que los reciben, son por los economistas sábiamente gobernadas. Una vez establecido que los economistas procuran en estas sociedades redimir á los artesanos, para proceder con orden y ventilar con amplitud el asunto muy grave, inquirimos si las tres partes de la propuesta redencion de los obreros, á saber: el «salario,» la «educacion» y la «sociabilidad» obtienen verdaderamente una pronta y valedera solucion en los últimos descubrimientos de la economía pública: si esto se considerase seguro enteramente ó á lo menos demostrable, el rescate de los artesanos se deberia pregonar en la llanura y sobre los tejados, avisando con alta frente á la humanidad.

Nuestros exámenes y nuestras conclusiones nos dieron una decision contraria.

Por lo que hace al salario, en las sociedades de obreros no está la prometida ganancia, ni el aguardado rescate, sino más bien guerra y tempestad de intereses materiales.

Por lo que hace á la educacion, en las sociedades de los obreros no está la cultura prometida, ni el rescate aguardado, sino más bien guerra y tempestad de moral corruptela.

Por lo que hace á la sociabilidad, en las sociedades de obreros no está la prometida consecucion de los bienes, ni el aguardado rescate, sino más bien guerra y tempestad de revolucion.



Mas la nuestra fué una sinfonía guerrera, como se acostumbra en los momentos de la batalla; fué una imprecacion dirigida sobre la cabeza del enemigo; el enemigo nuestro es la benemérita y activa economia social. Los economistas lo creen, y dirigiéndose á nosotros con mal talento, dicen: ¡Qué! Vosotros los católicos, en materia de economia y de artesanos, ¿no sabeis hacer más que vilipendiar y maldecir? Cuan-to hacemos os parece vicioso y pésimo. Pues bien; vosotros, maestros, censores de todos, y organizadores novísimos de pueblos, mostradnos vuestras obras. ¿Cuáles son vuestras sociedades de artesanos? ¿Cómo proveeis á ella en las cuestiones del salario, de la educacion y de la sociabilidad?

Amados economistas, ¿qué quereis que os mostremos? Los católicos tuvimos artesanos y en abundancia sociedades de artesanos; pero nos robásteis á los artesanos y nos destruisteis sus sociedades. ¿Entendeis? No quisisteis de ningun modo tenerlas en pié para corregirlas en lo que pecaban, y adornarlas de lo que las faltaba relativamente á la educacion. No, no; las echásteis por tierra, las hollásteis con vuestros pies, y dijisteis: No toleramos estas asociaciones cristianas; nos fastidian y nos hacen hervir la sangre en las venas: pongámoslas en dispersion. Haremos otras, constituyendo nuestras asociaciones no católicas de espíritu, ni religiosas: haremos las asociaciones rigurosamente económicas. Y las hicisteis, señores míos, haciéndolas brotar de la dispersion de nuestros obreros antiguos, así como de nuestras corporaciones artísticas é industriosas. Habeis destruido por consiguiente; despues que fuisteis los Atilas y los Tamerlan de las católicas corporaciones de carpinteros y artesanos, os limpiáis la boca, restregais vuestras manos, y nos preguntais: ¿Dónde se hallan vuestras sociedades de artesanos? Inquirid é indagad entre el polvo de las ruinas, que aún se agita á vuestros piés, y las hallareis. Hallareis cráneos de obreros, que valientemente pensaban en los incrementos de las artes y oficios, al propio tiempo que humillaban su mente á Dios, adoraban á Jesucristo y meditaban el paso del tiempo á la eternidad: hallareis brazos de obreros que manejaban con decoro la escuadra, el pincel y el buril, mientras con igual decoro los hacian servir para defender á la insidiada esposa, guiar al muchacho y sostener al hermano vacilante: hallareis enseñas de artífices, que os dirán: Es este un consócio de San Antonio, ó de San Jerónimo; pero que os dirán al mismo tiempo: Este obedecía al gobierno, como también á la Iglesia: éste trabajó en el estandarte levantado por los santos obispos para que cesasen las discordias de los ciudadanos, y fué un propugnador de la civilizacion.

Es el panegírico del pasado, que á vosotros, católicos, hombres del

pasado, corresponde. Mas, ¿por qué no pensais en vivir hoy? ¿Dónde actualmente se hallan vuestras instituciones y vuestras sociedades de artesanos? Existen las instituciones económicas y vosotros las despreciáis. ¡Oh! No seais despreciadores: manifestaos creadores.

Trabajamos ahincadamente, amigos míos, para realizar esta creación nueva. Vivimos en tiempo de guerra, y no podemos mostraros los frutos de la paz. Sufrimos, y el sufrimiento es el trabajo que nos dais vosotros. Ved la marcha del siglo XIX. ¿Cuál es vuestro trabajo más intenso, más acelerado y más perseverante? Es proscribir la Iglesia católica: proscribís á la Iglesia de los gobiernos y de las leyes, de las escuelas y de la educación pública; la proscribís de los matrimonios, como quisiérais proscribirla de los nacimientos y de los funerales. Sudais, pues, sudores de sangre á fin de aniquilar á la Iglesia y sus hijos: la obra de inmensa disolución os sale bien sin duda en gran parte. Cuando, por decirlo así, os sentís ricos en destrucción, nos dirigís la siguiente pregunta: ¿Dónde se hallan vuestras creaciones y vuestras nuevas sociedades de obreros? Dejadnos: no nos opríméis con la fuerza, y concedednos aquella libertad que tomásteis para vosotros; facultad de reunirnos y enseñar libremente; nosotros procuraremos presentarnos ante vuestra vista operarios de un campo, no estéril, con abundantes manojos de trigo en la mano.

¡Vive Dios! Mientras aún dura la batalla, y se hace mucho más furiosa, ¿no podeis descubrir que tenemos poder para rescatar al obrero? ¿No podeis descubrir y comprender que ya entre las tinieblas de la presente contradicción difundimos los crepúsculos de la creación nueva?

Tenemos poder para ello.

Nuestro poder es el Evangelio, por cuanto el Evangelio, enaltecido por nosotros, salvado de las falsificaciones de los protestantes, de las negaciones de los racionalistas y de las rabias de los incrédulos, es para nosotros prenda de caras esperanzas y promete inmenso bien: es el primer código de privada y pública economía, como también la más alta y benéfica legislación de la sociedad. Ahora bien; así como el Evangelio tenido y enseñado por la Iglesia ha redimido los esclavos y creado el mundo moderno, poseído y enseñado siempre por la Iglesia, debe redimir del error y de la incredulidad á los nuevos esclavos, nuestros hermanos los obreros. ¡Oh qué felicidad se dispone para los engañados y los míseros!

Los días festivos respetados y santificados en el seno del catolicismo, de los que viene la necesaria respiración del trabajo, y por los cuales no se embrutece el trabajador; el espíritu de familia, en virtud de las costumbres católicas, difundido y en flor está largamente desparrama-

do, hasta el punto de que la fábrica viene á ser como la «sucursal» de la familia, constituyendo la sociedad todos una gran familia de hermanos; el matrimonio considerado siempre cosa sagrada, que se presenta como instrumento de la gracia de Dios, no viniendo á ser disoluble por el capricho de los hombres; la mujer, circundada de pudor, respetable y respetada, no puesta promiscuamente con el hombre á que sea una obrera desvergonzada en las oficinas; los niños conservados obedientes y decentes, saturados con el pan de una instruccion sólida, no revolucionaria ni atea; el respeto á la ley infundido por la Iglesia en el corazon de los ciudadanos; la fraternidad predicada y querida como pura significacion del amor recíproco; el trabajo promovido; la caridad evangélica dada con el fin de que circule por las venas de la congregacion civil; la caridad amansadora de los poderosos y encomiadora de los pequeños: estos y otros bienes que del Evangelio brotan, no adulterados en la Iglesia, me anuncian que el obrero será rescatado entre sus brazos.

Es casi el grito que Angel Marescotti ponía al frente de sus *Discursos* sobre la economía pública: «No lo dudeis; vendrá un día, vendrá un día en que la teoría social y jurídica brillará tambien con los rayos con que hoy resplandece la moral, reducida en la Iglesia á fórmulas certisimas... Este progreso bien augurado exige antes, como requisito prévio necesario, largos estudios sobre la naturaleza social, con los que coopere el intelecto á la luz sobrenatural del Evangelio.»

Si el poder del rescate consiste en nosotros, por nosotros tambien se difunden los crepúsculos de la creacion nueva.

¿No los veis? No todas las sociedades de artesanos que surgen en nuestros dias, son las siervas compradas de la revolucion, ni corren todas á la impiedad: *Non omnes in viam Cain abierunt*. Las hay buenas, entre las muchas descaminadas y ruines; asociaciones hay informadas por el espíritu del Cristianismo. Francia las cuenta por centenares, que han surgido allí, como flores del desierto, en el renacimiento de la fe católica; gran número hay en Inglaterra, y en Irlanda especialmente, donde los artesanos católicos se distinguen de los protestantes en que adoran á Jesucristo y sirven á la patria con el orden y la ley; en su virtud combaten el ateismo, no abandonándose á la corruptela política y social; aun Alemania tiene asociaciones de obreros de tal clase, suscitadas y protegidas por el celo y la sabiduria de los Obispos. Las tiene asimismo Italia...

Ciertamente vosotros, hombres novadores, nos dais con la maza en los piés y nos herís; poneis en dispersion á los débiles y aterrais á los enfermos. Hay en nuestra especie un resto de hombres que no se rin-

den: los pusilánimes caen y los magnánimos quedan: es una generacion nueva, que se dispone á guisa de garzones y de jóvenes á conquistar el porvenir.

En la historia de Lacedemonia vino á ser famoso el uso de la probacion. Los niños espartanos, más ávidos de grandeza y de gloria, eran sometidos anualmente á la flagelacion, que se les infería sobre el altar de Diana, como una enseñanza práctica de que quien sufría el dolor por breve tiempo conseguiría durante mucho alabanzas, viniendo á ser útil á la república. ¡Los niños sufrían como héroes, muriendo á veces durante la flagelacion: sin embargo, no derramaban una lágrima, ni proferían un suspiro. Jenofonte, Eliano y Plutarco escriben de ellos desmesurados elogios.

Vosotros, liberales, renovais la prohibicion espartana: la renovais en el altar de la nacion, que es vuestra diosa; la Iglesia católica coloca en vuestras manos á sus hijos más intrépidos. Vosotros azotais y herís; pero la enseñanza de la sabiduría parte de la Iglesia: «Quien resiste, vence; del dolor se coge la palma del triunfo.» Está bien: ved cómo los verdaderos hijos de la Iglesia afrontan la nueva probacion: ¡mirad cómo generosamente sufren! Hé aquí vuestros sucesores y vuestros herederos.

¡Oh generacion nueva, que saludo sobre todo en los hombres del pueblo y en los obreros! Levántate, semilla de niños héroes y esperanza mía dulce: ¡crece gigante y ven! No sólo tienes como espectadora la Grecia de los antiguos, sino la tierra y la eternidad: no tendrás sólo por ensalzadores á Jenofonte, Ciceron y Plutarco, sino tambien á los hombres y á Dios.

## CONFERENCIA XI.

---

SI LA SOCIEDAD PUEDE VIVIR SIN EL SACERDOTE  
Y SIN EL SOLDADO.

¡Óptimamente! ¡Muy bien! Quisiera ser poeta para cantar los nuevos viajes y los descubrimientos del héroe.

Un capitán con un puñado de soldados, venido de países lejanos, llega á una orilla extranjera, donde halla un vasto continente poblado por millones de habitantes. Hace quemar sus naves y dice: «Vamos.» ¿Dónde? ¿A qué? A conquistar reinos con algunos centenares de hombres. Esto es imposible. Es un loco el caudillo aventurero... Dejadlo hacer, por cuanto su demencia es la demencia del heroísmo y del genio: vereis cambiada la imposibilidad en un hecho histórico. El aventurero se llama Hernán Cortés. Es un español que conduce á otros españoles.

La economía pública, que no es sólo española, sino alemana, inglesa, francesa, italiana, por ser cosmopolita según su naturaleza, echó de veras con impetuoso viento la barca en el mar de la población; encontró ella también una orilla, y un país habitado por mucha gente, á saber, la gran familia de los obreros. Ella, señores, que diferenciándose de Cortés no incendió sus naves, después de haber tocado aquella orilla y empezado á regir aquella multitud inmensa, retrocedió á su punto de partida, volvió á sus naves, recorriendo el mar de la población en busca de nuevas playas y de nuevas gentes.

Es preciso confesar que la economía política es desgraciada. Advertisteis ya su mala prueba con la familia de los artesanos, á los cuales prometía rescate, siendo así que les llevaba guerra y tempestad. Lo peor es que, habiéndose dirigido actualmente á otra parte, siente que una fuerza inexorable destruye su empresa.

¿Qué ha visto!

¡Orilla inhospitalaria! ¡Region bárbara! Al sacerdote ha visto y al soldado.

Ahora bien: ¡Qué aspecto y qué conducta la economía en descubriendo estas dos clases de personas públicas! No se nota en su rostro nada de compasión, ni el amor fraternal inflamado, ni se siente con ánimos para magníficas promesas, ni para presagios alegres: por el contrario su frente toma color oscuro, viene á ser áspera y se mallea, demostrando abiertamente que, resolviéndose á tratar de ellos, no se propone más adelante una conquista, sino que medita una negativa y una expulsión.

¡El sacerdote y el soldado! ¿Os parecen por ventura dos sujetos económicos, dos joyas sociales? La economía, que tiene sin duda en el pecho sus pasiones modernas carísimas de independencia absoluta de todos, con sus ideas de paz y de prosperidad, no sabe sufrirlos. El sacerdote es un ente que no produce, y el soldado es un ente devorador. Tratémoslos por consiguiente mal; no excelente acogida, sino guerra. Si añadís á esto el estímulo de la incredulidad, que á la economía persigue, la invasión y el rebosamiento de las ideas liberales que á la economía pública exaltan, os resultará mejor revelada la ira con que al presbítero aborrece y el horror que le inspira el soldado.

Por esto, educados en una escuela que así desprecia el sacerdote y el soldado, tres clases de economistas saltan fuera con una voz en la boca, que tiene diverso sonido é idéntica sustancia. Los más ardidos gritan: «Que el sacerdote y el soldado se quiten pronto de delante, y se logrará un respiro en las angustias de la vida.» Los más astutos gritan: «Que se disuelva su union, con que se amparan recíprocamente unos á otros haciéndose poderosos.» Los más inexpertos gritan: «Que se consulten relativamente al sacerdote y al soldado tomándose en consideración las propuestas de los reformadores sociales: se tendrá una primera dirección para una sociabilidad mejor.»

Entre tales propuestas me adelanto yo también y hago la siguiente pregunta. ¿Tienen razón los economistas nombrados, al combatir y querer deshechos el sacerdote y el soldado? ¿Tienen razón para esta vez proponernos, no una conquista, sino una derrota?

Señores: antes de que á esto responda es preciso responder á otra demanda más relevante y más alta, que se reduce á esto. ¿Puede vivir el mundo moral sin el sacerdote y sin el soldado? Una vez instruidos en esto, en lo cual enciérrase la vida de la humanidad, podremos juzgar rectamente de las iras poco sacerdotales y poco militares de los economistas.

Pues bien; el gran problema social que viene á explicar el problema parcial económico, es para mí negativamente resuelto.

Para desmentir el primer grito que quitados quiere de delante al

sacerdote y al soldado, observo la representación que tienen aquél y éste, hallándola tal que no puede prescindir de ella el mundo moral. En su virtud, á consecuencia de su desaparicion no se obtendría un respiro en las estrechuras de la vida, sino una parada de la vida pública.

Para desmentir el segundo grito que disuelta quiere la unión suya, observo los servicios recíprocos que se prestan el sacerdote y el soldado, hallándolos de tal clase que no se pueden suprimir, como no se pueden subrogar entre sí. Poniendo fin á ellos por consiguiente, no se lograría que disminuyera el mal, sino que fuese mucho más grave.

Para desmentir el tercer grito de los que quieren tomadas á buena parte las propuestas de los reformadores sociales, observo el intento clarísimo que tienen los enemigos de los sacerdotes y de los soldados, hallándolo tal que horrorizar hace á los hombres honrados. Secundándolo pues, no se conseguiría una sociedad más perfecta, sino el abismo.

---

¡Quitemos de en medio al sacerdote y al soldado! ¡Librémonos de los dos entes estos tan poco económicos, que vienen á enflaquecer y á engullir la humana estirpe! Por su desaparicion se conseguirá un respiro en las estrechuras de la vida.

Vayan despacio los señores economistas, que por su mal deseo se ponen furiosos, queriendo vivir con la muerte de nuestros hermanos. Alegan el despilfarro de los bienes producido por el sacerdote y el soldado; mas ¿por qué no aprecian el beneficio en que son fecundos? ¿Acaso el beneficio no es de tal precio que hace nos encojamos de hombros por el despilfarro que lamentan?

Considero yo la representación que el sacerdote y el soldado tienen en la sociedad civil.

Es memorable aquel lugar en que Jesucristo, hecho interrogar astutamente por los Fariseos sobre si el tributo debíase pagar ó no á César, pide que le presenten la moneda del tributo. No bien le traen la moneda, dice: «¿De quién es la imagen ésta y la inscripción?» Y los hipócritas responden: «De César.» Entonces añade: «Dad al César lo del César y dad á Dios lo de Dios (1).»

Los que nada creen en la divinidad de Cristo, ni sienten que domina en el mundo con peso inmenso su adorable persona, no se niegan á confesar que fué Jesús el superlativo de los géneos humanos, el más grande bienhechor de los pueblos, el filósofo sumo y el más excelente que ha existido. Ernesto Renan se hizo famoso en tal escuela. Nosotros, mientras ante todo admitimos la divinidad de Cristo, estamos prontos á re-

---

(1) San Mateo, cap. XXII, v. 15 y sig.

cibir las alabanzas encarecidas, preguntando: «¿Es Jesucristo el filósofo sumo? ¿Es el más noble de los reformadores de los pueblos? Veamos, pues, qué cosa nos enseña, y atengámonos á Él.»

«Dad á Dios lo de Dios.» Con tal doctrina nos enseña Jesús que Dios existe verdaderamente, así como que posee derechos sobre nosotros. Realmente si nosotros tenemos la obligacion de dar por su cuenta y en su nombre, nos hallamos vinculados por el deber, y como no podrían existir deberes, á no haber derechos en Dios, queda con esto á la par establecida la soberanía absoluta de Dios y la dependencia del hombre. Además, como la moneda que á Jesucristo es presentada, es cosa sensible y palpable, nos enseña tambien que la dependencia y el culto con que á Dios estamos unidos, de ningun modo se ciñe al orden ideal ó interno simplemente, sino que debe prorumpir fuera, tocar los sentidos y unir al elemento interior el externo.

Hé aquí anunciado y encarecido otra vez el reino de lo sobrenatural: hé aquí abierto el cielo sobre la tierra, y la tierra solicitada para dirigirse hácia el cielo. En estas pocas y solemnes palabras se compendia toda la obra de Jesucristo, por la cual apareció entre los hombres: allí está la Biblia, el Evangelio, el apostolado, el cristianismo con su historia de los nuevos tiempos, y la Iglesia.

«Dad al César lo del César.» Es la otra parte de la enseñanza de Cristo. Y bajo el nombre de Cristo nos revela el poder político, sea cual sea la forma de que se reviste: enséñanos la existencia del poder éste, que debemos obedecer: poder temporal, en verdad; pero tan relevante que, parangonado con el reino de Dios, ocupa, por decirlo así, el otro eje de la sociedad civil. En su virtud, la obediencia que al poder político se presta, debe ser filial y pública, como tambien práctica y nunca discontinua, por cuanto el poder tiene derecho á obtenerla, como tienen los súbditos la obligacion de prestarla.

Hé aquí reconocida la institucion de los gobiernos terrenos: hé aquí predicada la necesidad del mando, las facultades de hacer las leyes, de corregir y de castigar, con todas las demás facultades multiformes que al régimen de las naciones corresponden. En esta instruccion brevisima se compendia un mundo, en el cual se hallan las monarquías, las oligarquías y las repúblicas con sus códigos, con sus magistrados, con sus escuelas, con sus diversos institutos y con la civilizacion universal.

Tanto enseña Jesucristo con los dos principios: «Dad al César lo del César, y dad á Dios lo de Dios.»

Mas Cristo (los incrédulos lo conceden) es el supremo de los sabios, y el más grande de los reformadores de los pueblos. Pues bien: procuremos que los dos principios, además de recibirles como dos verdade-

ros preceptos morales, se impriman en nuestra mente con la plenitud de su luz. Pongamos además un comentario final á la explicación que damos nosotros á la palabra de Jesús: hijos del Filósofo, filosofemos á nuestra vez.

«Al dar, señores, á Dios lo de Dios» somos impelidos á la observancia de la religion. Ahora bien; ¿cómo se desenvuelve la religion y cuál es su fin? Parécenos evidente: explícate la religion ante todo dentro del orden espiritual, se refunde en el intelecto, en la voluntad, en la conciencia y en el corazon; como idea y poder que de la eternidad emana, al estudio de la eternidad tiende para conmover el corazon, la conciencia, la voluntad y el intelecto. Aun donde pasa al orden natural, tocando los cuerpos, no se despoja de tal propósito superno, procurando que los cuerpos sigan al espíritu en el culto de la vida celestial y eterna. Por consiguiente la religion es la disciplina de las almas, cuyo soplo animador está en la fe revelada, en la esperanza inmortal y en el amor divino.

Por otra parte «dar al César lo del César,» obliganos á ser miembros de aquella ciudadanía que descansa bajo el gobierno públicamente reconocido y legítimo. Ahora bien: los gobiernos legítimos, que mantienen con sabiduría el orden propio, se ejercitan en esto. Al paso que no deben suscitar dificultades ni enemistad contra los derechos de la vida religiosa y celeste, procuran llevar los hombres á la consecucion de la prosperidad civil: respetar deben las almas, al mismo tiempo que rigen los cuerpos. Mas á fin de que suceda esto, para que la prosperidad civil sea verdaderamente cosa real y no una ficcion, ni un nombre vano, es necesario que se sirvan de la fuerza. Apoyados en la fuerza mandan, y protegidos por la fuerza proveen á las necesidades de los súbditos suyos: para esto tienen su vigor propio y llevan adelante bien dirigida la fuerza pública. Por consecuencia el gobierno tiene un cometido temporal, cuya parte mayor se resume en el movimiento externo y en el avance físico. Es su gran apoyo el aparato del poder armado; es la fuerza.

Hé filosofado: os he dado la explicacion y el comentario final de la palabra evangélica; sin más dirijámonos á nosotros.

Entre las inmensas turbas de los mortales y en toda la extension de la tierra veo pasar dos clases de hombres que, por el aire de su persona y por el vestido que llevan, se diferencian de todos los demás: son el sacerdote y el soldado. Me aproximo á ellos, y les saludo como á hermanos; con un poco de perdon ó excusa por la ignorancia mía, pido al uno y al otro particularmente la razon de su propio ser.

El sacerdote, primero que se me coloca delante, dice: ¿Qué? ¿Acaso

no me conoces? Soy el ministro de Dios. Mézclome, como uno de<sup>1</sup> pueblo, con los demás vivos, y me muevo en la tierra; pero la ocupacion que me fué asignada no tiene por objeto conseguir materiales ventajas. Camino desde la eternidad, y á la eternidad me dispongo á subir en la buena compañía de almas humanas que yo he salvado. Hay una vida futura, amigos míos; existe un premio más allá para los creyentes y los buenos, así como para los ruines un tormento eternal. Que jamás os seduzca una ciencia mentida, cuyo futuro se ignora. A vosotros corresponde trabajar activamente aquí abajo, donde os colocó el Criador; mas debéis hacerlo sin fijar en la tierra vuestro corazon; trabajar debéis con los ojos del espíritu y los afectos del alma dirigidos á la patria inmortal: *Sursum corda*. Os envía para esto Dios. Hábloos yo en su nombre; os manifiesto su voluntad ó su ley: os confiero los dones de su gracia á fin de avaloraros para la grande obra celestial; os estimo á que detesteis el pecado, aquí hallándose los medios de la salvacion que pongo en las manos vuestras; ¡contempladlos! Benignidad, clemencia, y misericordia de mi Señor; por cuanto en el amor están la ley y los profetas.

Así habla el sacerdote, realizando sus ministerios segun su lenguaje. Está el sacerdote en el templo, y entre el ejercicio de los ritos sagrados; viene á ser maestro en la oracion, los corazones inflama en la piedad religiosa, promueve la adoracion á Dios, hace partícipes de las caricias de Jesucristo, admite los fieles á los sacramentos, reparte la divina palabra, y santifica con los recuerdos del Evangelio el amor á los hermanos. El presbítero sale fuera para recoger á los muchachos y á los jovencitos de la calle; se hace su pedagogo y se ofrece para ser su preceptor; en el nombre de Dios les da el alimento de una doctrina y la rectitud de una educacion, la más electa cosa del mundo y la más exquisitamente moral. El sacerdote visita en sus propios tugurios á los desventurados y en sus propias yacijas á los enfermos, poniéndoles delante la imágen de la cruz; de la que al rey de los afligidos lleva, brotar hace un placer y una paz desconocida por el siglo profano: por Jesucristo adquiere un sentido nuevo el dolor, viniendo por Él á ser bienaventurados los que lloran. En sus reverberaciones sociales trata el sacerdote alguna vez asimismo de las ciencias y de las artes; sólo que injerta, por decirlo así, en las ciencias el rayo de la luz celestial, por la que conservan la justa rectitud y no enferman: imprime asimismo en las artes la sonrisa de la faz de Dios, por lo que toma la materia una especie de índole espiritual y trasciende á Él, de quien emana.

¡Admirad, señores, la representacion del sacerdote! Está en esto. Hablando y obrando, os dice así el sacerdote: «Dad á Dios lo de Dios;»

«dad á Dios las almas vuestras por los santos caminos del amor.» Por lo tanto á él se presenta *Emmanuel*; es decir que tenemos la conversacion de Dios entre los hombres.

Mas yo dejo al sacerdote para dar lugar al soldado. Con la debida gentileza héle llamado, y me responde con igual cortesía. Mírame. Ministro del poder soy, y ejecutor de las órdenes supremas del gobierno. Salgo de los ciudadanos, procuro el bien de la nacion, y llevo en las venas la sangre de mis hermanos. Sin embargo, no pendo de las señales de las muchedumbres civiles, ni soy satélite tampoco de los caprichos del vulgo. Servidor soy de todos, exponiendo mi vida en provecho comun; mas de allí, donde brilla el imperio de la ley, tomo el orden de los movimientos: el sumo poder del Estado es mi capitán. Apreciad, por lo tanto, mi empresa y oid mi voz. Respetad el poder: el enemigo del poder es mi enemigo; quien contra el poder se obstina, provoca mis golpes. Es preciso que no se abata por los obstáculos el mando público, y que llegue al término á que se halla dirigido: entonces la prosperidad nacional se consigue. Pues bien: desembarazo yo la calle al mando público, facilito su marcha, y le sigo hasta la meta prefija: voy contra las malezas y los troncos que hallo, recurriendo á la espada que tengo en el puño. Recordadlo: la fuerza armada es la primera guardiana de la ley y del mando político.

El soldado tiene razon: al fortalecer con la fuerza el orden material, asegura el orden moral y protege la vida del pueblo. Entro por las puertas de la ciudad, miro en el ingreso el fusil del soldado, y digo: No es esta la ciudad del burdel social, sino que dentro vive una gente que á los demás respeta, queriendo ser respetada. Acércome al umbral del Parlamento, donde hallo al soldado de guardia, y digo: La fuerza es la tutora de la legislacion. Me dirijo á los tribunales, en cuya puerta está el soldado de ronda, y digo: «La fuerza es la tutela en el santuario de la justicia. Me asomo á la entrada de las cárceles: del mismo modo allí está el soldado, y digo: Vigila la fuerza para castigar el delito. Echo una mirada á los campos de batalla, descubro al soldado entre la polvareda del combate y estruendo de los cañones, diciendo: Allí está el jóven magnánimo: pone su vida en peligro para sostener los derechos de la nacion, espirando por la patria, por los parientes y por mi.

Es demasiado elocuente su representacion, no necesitando añadir nada. Exclama él: «Dad al César lo del César; cooperad á la obra del gobierno.» Obligados estais á cooperar al bien público con él y á obedecerle: está contra los recalcitrantes y los rebeldes el ejercicio de la fuerza armada.

Os he descrito, señores, las dos representaciones del sacerdote y del

soldado, quedando así demostrado que tanto la una como la otra viene á ser de suprema necesidad en el propio orden para el consorcio social.

¿Quién pretenderá contradecirme?

Hé aquí que, quitado el sacerdote, se cierra el cielo y vaga el mundo sin Dios no bien cesa la noble representacion que tiene: no hay divina revelacion entonces, ni Biblia, ni Evangelio: la historia del cristianismo es falsa y la Iglesia es institucion horrible. Somos impelidos al tiempo limitado. Yo que poseo un espíritu libre é inmortal, teniendo ánsia grandísima del infinito, me siento condenado á morir como los brutos mueren, despues de tres horas de vida; me veo constreñido á desahogar los anhelos de la grandeza y de la gloria, donde vegetan las plantas y se abren las flores tiernas entre dos palmos de tierra, y á orillas del torrente ó del lago de mi país. Tengo la desesperacion en el alma, y golpeo con mi cabeza las paredes de la cárcel mundana que me encierra. La sociedad civil, sin el dogma de la eternidad y sin Dios, cae en poder de los ateos, de los díscolos y de los insolentes.

Suprimid del mismo modo el soldado, y anulad su válida representacion: hé aquí el poder político lleno de dolencias, que vacila, y ondea en el vacío; hé aquí que llega el gobierno á ser imposible, porque donde falta la fuerza material para imponer el respeto y corroborar la autoridad del mando, ninguno teme; y donde nadie teme, dejándose de recurrir á la autoridad, los hombres obran por sí. Ahora bien: obrar cada uno por sí equivale á suprimir el orden público. La sociedad civil, perdido el apoyo del ejército, no tiene ya defensa contra los enemigos exteriores, cayendo en el interior en el puño de la anarquía.

Me acusan de afirmaciones excesivas.

En cuanto al sacerdote, piensan algunos que la religion subsistiría sin él. ¿A qué fin amedrentarnos por la guerra que á los sacerdotes hacen? Dejad que se vayan, puesto que sobran. Aun cuando concluyan, quedará Dios, como tambien la Biblia y el Evangelio: seguirá el cristianismo. Cada uno puede ser sacerdote de sí mismo; cada uno de los que tienen fe, puede con Dios comunicarse libremente.

Son, por decirlo así, cazados los sacerdotes, no necesitándose vuestro consentimiento, á fin de promover tal caza. Son vilipendiados y proscritos: ¿creeis que por esto me asusto? Alejandro sacrificó al miedo antes de la batalla de Arbela; yo me siento más esforzado que aquel macedonio, y no hago un holocausto al miedo en la batalla que contra los sacerdotes combate el siglo XIX. Hace mucho tiempo aprendí que crece la Iglesia en el furor de las persecuciones (1); aprendí que léjos

(1) Christi Ecclesia persecutionibus crevit, S. Jerónimo.

de disminuir á consecuencia de las heridas, se difunden (1). Además áun los modernos confiesan que los sacerdotes envueltos en las iras del mundo, calumniados y desposeídos, se hacen mayores que sí propios. Lo declara Emilio Olivier, que habla en cierto lugar como un Padre de la Iglesia: «Dijéronme que un enemigo es el sacerdote, por lo cual es preciso deshacerse de él á todo trance, así como vencerlo por todos los medios, sin excluir el hambre. No se vence una creencia con el hambre, como no se desarraiga con el verdugo: fortifícale la injusticia y con la persecucion queda purificado: cuando los cálices son de madera, los sacerdotes vienen á ser de oro (2).»

Empero es otra la cuestion presente. Se trata de si, quitados los sacerdotes, subsistiría la religion; de sí al hombre que conserva la fé, bastaría su personal comunicacion íntima con Dios. Religion, segun entendiéronlo todos los sabios y los pueblos todos, como ante todo fué dispuesto por Dios, es un órden interior y externo establecido con leyes positivas entre las criaturas racionales y el supremo Criador. Ahora bien: supongamos que Dios y el hombre simplemente se comunican, sin que haya por ley ningun culto sensible intermedio: caemos en lo arbitrario, y caemos en lo abstracto más fácilmente, reduciéndose la religion á un puro teísmo, sistema flosófico demasiadamente flaco y de mal sabor, que ya quedó sumergido bajo la pluma de los refutadores. Si pues no existe religion sin culto externo y ordenado, vienen á ser necesarios los ministros que se prestan al ejercicio religioso y lo desempeñen con el hombre creyente. Decía Portalis: «La educacion sin la religion, es la justicia que carece de tribunales.» Y nosotros diremos por nuestra parte. La religion sin los sacerdotes es un tribunal que se halla sin jueces. ¿Os gustaría que, hallándose los jueces fuera, la multitud de los presentes tratara vuestras causas en los tribunales? Creed en la siguiente manifestacion de Hugo Foscolo; hízola su alma siempre indómita é indignada por los delitos de los hombres. «No existe libertad sin ley, ni ley sin costumbres, ni costumbres sin religion, ni religion sin sacerdotes (3). Relativamente á esto escribió con gran juicio Juan Domingo Romagnosi: «La voz de la religion callaría ó á ser vendría un eserito inútil ó una tradicion muerta, si no se dejara oír continuamente por el órgano de una corporacion (Iglesia docente, jerarquía, etcétera), bastante difundida, bastante venerada y bastante independiente, capaz de resistir las exte-

(1) Non minuitur persecutionibus Ecclesia, sed augetur. San Leon I.

(2) Emilio Olivier en su libro: *Le 19 Janvier*, Paris 1869, pág. 427.

(3) Ugo Foscolo: «Della servitú dell'Italia.» Discurso tercero.

riores vicisitudes de los hombres y de la fortuna. Sin esta institucion la religion viene á ser un sentimiento psicológico, y no se trasforma en medio de civilizacion (1).»

Necesítanse, pues, los sacerdotes, si ha de haber verdadera religion en el mundo: por su oficio no sólo la religion viene á ser «medio de civilizacion,» sino que medio es de salvacion eterna, lo que importa más á las almas de los hombres. Por la representacion del sacerdote, Dios se hace sensible al hombre, y queda el paso del infinito abierto entre la tierra y el cielo.

Objeciones sin fuerza, murmuradas algunas entre dientes, y otras difundidas á son de trompeta, se aducen contra la necesidad del soldado. Relativamente al órden interno, se dice que basta la tutela del baston con pomo de plata, y que una indicacion hecha en nombre de la ley vale por todo en los pueblos inteligentes: añaden que no se debe mantener el órden público con el filo de la espada, por ser éste un uso bárbaro. Sobre los asaltos de fuera, entiéndase por fin que ha pasado el tiempo de las conquistas, á las cuales preciso es sustituir las anexiones que se hacen con el pacífico consentimiento de los pueblos. Las discordias que pueden surgir entre los Estados extingüense por los arbitrajes. Es prenda de que así pasa que languidece donde quiera el espíritu militar, demostrando que á concluir va enteramente. Cobden, con fundamento se desgañita en los «Congresos de la paz» contra los ejércitos permanentes.

Tratándose de un asunto acerca del que se hacen «Congresos» con frecuencia, y se publican volúmenes enormes, no nos ciñamos á palabras brevísimas.

¡Es bastante para proteger el órden público el baston con puño de plata en las manos de los «Guardias de la ciudad?» Admitámoslo; mas, ¿cuándo es suficiente? ¿Cuándo á calmar un desórden basta una simple indicacion hecha en nombre de la ley? Cuando inmediatamente detrás del baston están las manillas de los polizontes y cuando más alla se apoya en las bayonetas de los soldados. Tened lejos á los soldados y cerca á los agentes de policia: ¿qué fuerza liene entonces el baston con el puño de plata? Tiene tanta como la que tiene ahora en las esculturas y en los cuadros griegos el tridente en el puño de Neptuno, que los antiguos saludaban como apaciguador de las tempestades del mar. Es cierto que los pueblos son en Europa inteligentes: mas los pueblos cultos y progresivos viven, por decirlo así, en ebullición, agitándose por el ánsia de la emancipacion política: sobre todo los hombres meridionales as-

---

(1) G. D. Romagnosi: «Dei fattori dell'incivilimento,» parte 1, párr. XXIV.

piran siempre á cosa mejor que les falta, no teniendo lugar fijo. ¡Quién, desprovisto de fuerza armada, los podría contener? Se va el baston con puño de plata más que si se tratara del tridente de Neptuno; vase, abandonando la tierra, á brillar como la espada de Astrea en el signo de Virgo.

Por lo que hace á las luchas internacionales, y á los ataques posibles de fuera, apremiantes llamaremos sin disputa y estupendas las acometidas de los que censuran los ejércitos. ¡Languidece donde quiera el espíritu militar! Lo concedo, por lo cual no tenemos héroes ya; pero en lugar de los héroes y de los génius helicosos, abundan los refinadores si vale la expresion, y los filósofos de la milicia. ¡No son temibles las conquistas, porque son reemplazadas por las anexiones, que se realizan con el pacífico consentimiento de los pueblos! Empero aún hay Estados conquistadores que hacen sus anexiones, sin consultar á los pueblos. No los consulta la república americana del norte en Méjico, ni la Inglaterra en la India, ni la Rusia en el Asia central, ni la Prusia en Alemania, en el Schleswig y en la Francia. Donde consultan al pueblo y hay plebiscito, los ciudadanos no votan solos, sino á la sombra de la bandera marcial. ¡De todas maneras las discordias entre los Estados se deben extinguir mediante los arbitrajes! ¡Oh! ¡Mas que la época de los grandes guerreros, concluyó el tiempo de los arbitrajes entre nacion y nacion! Decidme si estamos ya en aquel tiempo en que, tirando el Papa una línea sobre un mapa, da á un príncipe la España y á otro Portugal. Los gobiernos que ahora quieren para ello manejar la decaida balanza pontifical, suben y bajan, ó dan grandes saltos en el vacío, de modo que las gentes, dejando de respetar á la Iglesia católica, dejan tambien de respetar á los gobiernos políticos: la madeja no se puede devanar por huir de todas las manos. Rusia é Inglaterra, las cuales querian conservada la paz, se interpusieron entre Francia y Prusia que habian roto, manteniendo una lucha inmensa. Vanamente: Pío IX no lo consiguió con sus consejos paternales, no aceptándose tampoco el arbitraje de las dos poderosas.

En su virtud dejad aparte á la milicia. No la mordais, ni amenaceis, porque, gritando contra ella, gritais contra vuestro bien, procurando la comun desdicha. No me place la paz invocada por Cobden allá en sus «Congresos,» por ser una paz que huele á próximo cementerio. Por ningún concepto la quisiera yo predicar en este congreso nuestro verdaderamente pacífico de la dulzura y del amor de Cristo: mejor que aquella paz es la guerra. En la representacion del soldado está la garantía del órden interno y la defensa más gallarda contra los agresores extranjeros.

El desvanecimiento de las acusaciones conseguido, señores, por nosotros, nos da enteramente clara la conclusion de nuestra parte primera.

Exclamaron ante todo los economistas más frenéticos y más atrevidos. Quitemos de delante los sacerdotes y los soldados; librémonos de los dos entes estos, que angustian y explotan á la humana especie. Desapareciendo se podrá respirar en las estrechuras del camino.

¡Pobrecitos! ¿Veis el material consumo del sacerdote y del soldado, á que tienen derecho el soldado y el sacerdote? ¿No veis nada más? Publicad vuestro decreto de muerte; la sociedad civil que sobre vosotros domina levántase á desgarrarlo. Ella grita con voz más poderosa y más autorizada que la vuestra: que permanezca el soldado, y no se vaya el sacerdote. Si el sacerdote falta, se me cierra delante el polo del infinito, y resulta estéril el culto de lo sobrenatural evangélico, dejando de existir el cristianismo. Sí: existe un Dios en el cielo; mas ignoro qué debo dar á Dios. Vengo á ser escéptica y atea, lo cual no quiero. Si me falta el soldado, pierdo el pulso de la vida social, no pudiendo conservar más tiempo el órden público: languidezco por impotencia y me deshago. Por consiguiente, aun viva, tomo actitud de criatura muerta: en mí vive César, ó soy propiamente yo el César: no se le da entonces al César cuanto le corresponde, lo cual abomino.

Desde un principio lo afirmé, y es verdad: la representacion del sacerdote y del soldado en la sociedad es de tal índole que no puede vivir sin ella el mundo moral. Si desaparecieran, lejos de poderse respirar en las estrechuras de la vida, quedaría parada la pública.

A lo ménos refréñese á los sacerdotes y á los soldados, ya que no se les quiera quitar de delante inmediatamente: porque son poderosos, pesan tanto sobre la tierra, engullen y digieren tanto. Emanan su poder de que, segun los antiguos ordenamientos de la Edad Media, el sacerdocio y la milicia reputáronse casi las dos grandes manos del Estado. Pues bien; rómpase tal union suya, no permitiéndose ya en lo sucesivo que se refuerce el uno con el otro: á lo ménos así se conseguirá un alivio del mal.

Es el segundo grito, y la peticion de los economistas astutos. Tiende á herir allí donde no llegan los locos y los que no piensan. Dice por consiguiente tal grito y tal demanda. Por lo que hace al sacerdote y al soldado, que no pueden de golpe destruirse, vamos lentamente, procurando inquirir un medio más tranquilo, á fin de matarlos con seguridad. Hé aquí el medio: separémoslos.

Más que la furia vale la sagacidad. Los impostores, que ya destruye-

ron los ordenamientos constitutivos de la Edad Media, separando en gran parte así el poder político de la religion, se afanan por dar el golpe último al principio de la alianza. Realmente son en esto valerosos, saludando el triunfo como inmediato; mas nosotros, provistos de la razon, católicos y ciudadanos, debemos alzar una voz severa que los proscriba. No nos conducen á un alivio del mal, sino á una mayor gravedad: sepan á lo ménos que si mal dirigidos nos hallamos y vendidos, vemos el daño, por el que nos irritamos y proferimos lamentos. Proscribamos la division pretendida entre los sacerdotes y los soldados.

No pueden separar el sacerdocio y la milicia cuantos procuran el bien social; no es posible reducirlos á tal situacion, que viva el uno cual si no viviera el otro, haciéndolos entre sí extraños. El motivo es porque así la una como la otra institucion enlázanse al mundo moral en que se hallan. No solo podeis de golpe condenar á muerte, sino creer inútil al ente que vive disperso, ó la cosa que permanece desligada en la sociedad civil: aquel ente y esta cosa, al cabo de no mucho tiempo, morirán por sí. Ahora bien: el sacerdocio y la milicia no tienen tal naturaleza, porque refluyen de un modo vital en las sociedades: hermánanse mientras lo hacen, y se corresponden, uno en el órden de la fe y otro en el órden de la fuerza: accion recíproca que no puede quedar solitaria, mezclándose sin duda en sus efectos, brotando así en los ciudadanos la gran armonía de las almas y de los cuerpos. Tocar tal armonía, echarla á lo ménos á perder ó disiparla, vale tanto como promover el cisma entre los cuerpos y las almas de los hombres.

Mas esto es de procedimiento ordinario y aún no muestra el lado original, que me apresuro á revelaros: lo estupendo y original es que sacerdotes y soldados se corresponden, aunque por camino diverso, á fin de que cumplan sus oficios recíprocos, que se asemejan, pareciendo identificarse casi: en su virtud el uno se os presenta cual testimonio de la importancia del otro, probándoos el sacerdote al soldado, y el soldado al sacerdote. Es por tanto cosa legitima como ninguna que trabajen sacerdocio y milicia entre los pueblos tan fuertemente, porque ordenados están á fin de que no vivan desunidos sino confederados y amigos.

Ilustremos tal pensamiento.

Hizo Juan Bautista Casti un parangon mayúsculo: en la biblioteca del Cura, ó mejor en las extravagancias de su cerebro halló entre un método de templar las guitarras y el tratado referente al pan hermoso y fresco, el paralelo de Eneas con san Francisco. Con otro estilo, y más dignamente, Gioberti parangonó á san Ignacio con Julio César, y á Javier con Napoleon I. No creemos que cayó en extrañeza tanta el espa-

ñol Donoso Cortés cuando hizo el parangon entre los sacerdotes y los soldados: lo juzgo tan verdadero como sublimísimo.

Oid al gran orador: «No sé, señores, si habrá llamado vuestra atencion, como ha llamado la mia, la semejanza, cuasi la identidad entre las dos personas que parecen más distintas y más contrarias: la semejanza entre el sacerdote y el soldado: ni el uno ni el otro viven para sí; ni el uno ni el otro viven para su familia; para el uno y para el otro, en el sacrificio, en la abnegacion, está la gloria. El encargo del soldado es velar por la independencia de la sociedad civil; el encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa. El deber del sacerdote es morir, dar la vida como el buen pastor por sus ovejas; el deber del soldado, como buen hermano, es dar la vida por sus hermanos. Si considerais la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es en efecto, una verdadera milicia. Si considerais la santidad del ministerio militar, la milicia os parecerá cuasi un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, qué sería de la civilizacion, qué sería de la Europa, si no hubiera sacerdotes ni soldados? Y en vista de esto, señores, si hay alguno que despues de expuesto lo que acabo de exponer cree que los ejércitos deben licenciarse, que se levante y lo diga (1).»

Nosotros aseguramos igualmente. Sí, despues de haber ponderado la relacion orgánica é íntima que hay entre los sacerdotes y los soldados, existe aún alguno ansioso de separarlos y de despedir á los sacerdotes del mundo civilizado, que se levante y lo diga.

¿Será tolerado éste? Será tan tolerado como aquel otro que disueltos quiere los ejércitos. Destruir el sacerdocio no supone sólo tener á los presbíteros en contra, sino tambien á los soldados. Viceversa: destruir á la milicia no supone sólo tener á los soldados en contra, sino tener en contra tambien á la vez á los presbíteros. Esto sucede porque, siendo su causa común, hostilizando al uno se hostiliza igualmente al otro; en virtud de la guerra ruin que sufren ambos en comun, recae sin duda el daño sobre la sociedad civil.

Manifestemos el lado último de la social originalidad, de que se halla dotada la union del sacerdocio con la milicia. Son dos instituciones enlazadas entre sí con tanta delicadeza y vigor, que como no se puede poner la una en vez de la otra, tampoco pueden separarse.

Poned realmente, si teneis alientos para la empresa, el sacerdote en lugar del soldado. ¡Reis! Enviad á los clérigos para que manejen los

---

(1) Donoso Cortés: «Discurso sobre el estado general de la Europa,» pronunciado en el Parlamento de Madrid en 30 enero de 1850.

fusiles, para que vayan á la gran parada, para que desplieguen la bandera, para que vuelen sobre los caballos, para que toquen la trompeta y para que den la batalla. Entre los espectadores pronto estalla una risa homérica, que cambia la lucha en asunto cómico. ¿No vienen á ser una risa ó un juego inefable las casullas, los roquetes, las cruces y los cantos del coro prodigados abundantemente donde los hierros se cruzan y donde se pone á prueba el valor? Soltais entonces vosotros la carcajada.

Mas invirtamos la cosa, suponiendo que hacen los soldados las veces de los sacerdotes: entonces, señores, me rio yo. ¡El soldado con casulla sobre sus espaldas, con incensario en la mano, en el confesonario y en el púlpito! Es cosa grotesca como ninguna: la presintió Ludovico Ariosto en sus fantasías paladinas, poniendo la cruz en mano de los espíritus ruines; pero no llegó á la de que hablamos. Os digo que no puedo contener la risa, y veo que rie conmigo la humana generacion.

Está bien: con la misma fuerza con que no se pueden sustituir unos á otros, sacerdotes y soldados, no se pueden asimismo separar.

Es la Iglesia institucion divina, que se rige por virtud propia, no hallándose destinada ciertamente á morir por la torcida voluntad de sus enemigos. Con todo; á fin de que halle la manera de prosperar y de conseguir que con su vida celeste palpite todo el mundo, preciso es que aún temporalmente se levante respetada y fuerte. En su virtud pide ella, que no empuña las armas en sus manos, la defensa de los gobiernos contra las ruines acciones de los perversos. Constantino el Grande decia lo siguiente á los gobernadores cristianos: «Vosotros sois los obispos internos de la Iglesia; yo soy constituido obispo externo en la Iglesia:» lo refiere así Eusebio en su vida (1). La frase de Constantino puede parecer de altiva vanagloria; mas el hecho es que, mostrándose sostenedor en los órdenes externos de la religion, marcaba muy bien la huella que debian seguir los grandes monarcas y los poderosos gobiernos en las edades nuevas del cristianismo. Carlomagno además, que tenia la vasta comprension de los tiempos y de los pueblos, promulgaba en su testamento la defensa social asumida por él en pró de Jesucristo y de la Iglesia. Ahora bien: segun confiesa Francisco Guizot, «la Iglesia católica salvó á la sociedad civil (2):» por consiguiente los príncipes y los gobiernos, al proteger la religion, contribuyeron á la salvacion de todos.

¿Quereis vosotros, cristianos y católicos, apartar el sacerdocio de la milicia? ¿Quereis que la religion marche no protegida ni amparada, es

(1) *Vos intra Ecclesiam episcopi; ego extra Ecclesiam episcopus constitutus sum a Deo.*

(2) F. Guizot: *Histoire de la civilisation de l'Europe.*

decir, desprevenida y vil contra los golpes mortales de la persecucion? Hé aquí que os negais á un bien inmenso; no sosteniendo en los improbos conflictos á la Iglesia, dejais impunemente al error que maltrate á la verdad.

Mas dejemos los recuerdos y la idea de los antiguos estados católicos: realmente hablemos en tono llano y libre, como acostumbran los espíritus generosos. Vosotros, gobiernos, debeis extender el manto de la defensa sobre todo lo augusto, honorable y santo; debeis patrocinar la causa del dolor y de la desventura; debeis subvenir á la debilidad de la mujer, á la orfandad del muchacho y á la impotencia del viejo. Estando en la cumbre de la pirámide social, desde allí podeis mandar poderosos auxilios á quien tenga derecho á ellos, ó á quien más carezca de bienes. Ved ahora la religion: si se trata del derecho á vuestra obra, ¿existe sobre la tierra alguna cosa más santa, más augusta y más respetable que la Iglesia? Si se trata de no gozar de los profanos placeres del mundo, y de beber el cáliz de la desventura, ¿quién hay al lado de la Iglesia más digno de conmiseracion y más pobre? La Iglesia es una mujer; respetad por lo tanto su debilidad: esta mujer sufre insidias crueles; libradla vosotros de todas ellas. ¡Qué digo! La Iglesia es una madre; madre veneranda y angustiadísima, á la que hijos desnaturalizados dan con un puñal en el pecho. ¡Oh ingratos! Defended á la madre, de la cual sorbísteis la leche de la vida evangélica y sacásteis el hábito del amor celestial; sustraedla pronto á los golpes de los desnaturalizados hijos; defended sus canas, sus lágrimas y su autoridad.

Separais del soldado al sacerdote, y abandonais á las pasiones del mundo la Iglesia. ¿No descubris que suplicio? Vosotros dolorosamente haceis como los despreocupados: permitís las injurias lanzadas, permitís los blasfemos escarnios, permitís las villanías, las burlas, las bufonadas de los cínicos y de los inerédulos. Esto hace daño al pueblo, haciéndole concebir dudas nefastas, envenenando su conciencia, agitándole con asperezas terribles y disolviéndole. Cae la religion en desprecio, y la religion despreciada vale tanto como locura de ánima, deshonestidad y rabia. Escribe Cárlos Botta: «No existiendo el vínculo, á saber, la religion, no existe tampoco freno alguno para las obras malvadas (1).» Había dicho antes Nicolás Machiavelli: «No es oficio de hombre libre, sino de hombre suelto para todo lo malo estimar poco á Dios, y ménos á su Iglesia; es oficio de un gobierno corrupto amante de vicios, el cual ignora que, así como la observancia del culto divino es causa de la grandeza de los Estados, el desprecio del culto divino es

(3) C. Botta: *Storia d'Italia...* lib. 38.

causa pronto ó tarde de su ruina (1).» Es lo que Juan Bautista Vico afirmó casi con las palabras de Machiavelli, á saber, «que así como la religion y la virtud son el vínculo que conservan unidas á las naciones, la osadía y la impiedad las arruinan (2).» ¡Hermoso servicio prestan los gobiernos á la sociedad civil, separando al soldado del sacerdote y no protegiendo á la religion! Arruinan al pueblo.

Llevemos á otra parte nuestra discusion, suponiendo al soldado y al poder supremo sin el concurso moral del sacerdocio: ¿florecerían los gobiernos mejor que si no existieran en el mundo sacerdotes? No.

Los gobiernos, para dirigir con alegría la cosa pública, tienen absoluta precision de autoridad: ésta sobresale y se hace poderosa en ellos cuando sostienen más alta y más noble su representacion: reducidos empero en cada uno de sus actos á una simple manifestacion terrena, á una presentacion baja y caprichosa, enferman. Ahora bien: quitada la religion, cual el sacerdocio que la promulga, haciéndola pasar á las obras, resultan precisamente tales; son enfermos y débiles. Hoy se burlan de los reyes, que reinaban por la gracia de Dios; mas tales reyes se mantenían firmes en el trono, no desapareciendo de la nacion, como del palco escénico los actores: tales reyes, si observaban el evangelio lealmente, podían hacer felices á los pueblos.

Los gobiernos necesitan que se dé una sancion sentida y fuerte á las leyes: si esto falta, la ley es burla y vilipendio; pero no fuerza. Ahora bien: la sancion más afortunada procede de la intervencion de la religion, que supone sin duda el mando de Dios sobre los mortales y reviste á los legisladores de cierta aura de respeto solemne. Hoy los viejos legisladores que á Dios recurrían al dictar las leyes y proveerlas de sancion religiosa, son cubiertos de oprobio, como sus leyes se relegan en los armarios y entre telas de araña: con todo, aquellas leyes, si bien imperfectas y pocas, creaban pueblos valerosos, al paso que las leyes nuevas que se dicen refinadísimas, de las cuales, por decirlo así, hay montones y sacos, no son bastantes para satisfacer á los pueblos.

Para conducirlo todo á fin dichoso y conservarse firmes á caballo, preciso es que los gobiernos hallen á las muchedumbres civiles dispuestas y dóciles á seguirlos, lo cual sucede cuando todos alcanzan su deber de la obediencia civil. Para disponer así á la plebe y á todos los ciudadanos, no hay cosa mejor que la religion, por cuanto es fuerza

(1) Citado en el libro: *La mente di un uomo di Stato*. Además véase á Machiavelli. *Stor. flor.* 1. 8.

(2) J. B. Vico: *Seconda scienza nuova*, pág. 143. Nápoles, 1859.

interior que á los espíritus domina. Hoy estamos siempre dispuestos á vituperar las plebes pasivas y estúpidas de las edades pasadas. Está bien; mas aquellos vulgos tenían á lo ménos un lado bueno, porque se dejaban gobernar, al paso que nuestros vulgos y nuestras plebes son ingobernables. Arrastra el Satanás del frenesí y de la inquietud á las gentes modernas.

Segun esto, contemplad, señores, el espectáculo que la Europa nos presenta.

No quieren al sacerdote, ni se tolera en los gobiernos la influencia de la Iglesia: se declama entretanto, pidiéndose á nombre del ahorro y de la pública hacienda la disolucion de los ejércitos permanentes, como tambien que las milicias ociosas de los clérigos pasen la frontera. Pues bien: los pobres clérigos, que sufren la granizada de los azotes, no teniendo escudo para defenderse, se desordenan, caminan con la cabeza baja, disminuyen y se van. Los ciudadanos, sin el predominio de los sacerdotes permanecen, mas los gobiernos se sienten débiles por la desaparicion de los sacerdotes, temblando en frente de los pueblos. ¡Y qué hacen? Los gobiernos se llenan de soldados: se van tres sacerdotes, y tres mil soldados avanzan: faltan cien sacerdotes, retirándose ó huyendo los frailes; mas un millon de bayonetas surgen á fin de proteger al Estado: quedan vacíos los conventos y los monasterios; mas los monasterios y los conventos quedan trasformados en cuarteles. ¡Terrible leccion nos ha dado la Providencia! La sociedad civil necesita sacerdotes y soldados en ordenada correspondencia: algunos sacerdotes ménos suponen numerosos soldados más. Homero cantaba que los hombres, sin religion, vienen á ser «feroces é injustos,» es decir, bárbaros (1). Ahora bien: hormiguea entre los bárbaros la soldadesca, siendo todos soldados. A la verdad: las peticiones hechas en nombre del ahorro y de la hacienda pública, no resultan satisfechas.

Aclarada queda la segunda parte de nuestra conferencia.

¿Dan en el blanco los economistas astutos, los cuales, no viendo posible cortar la cabeza del sacerdote y del soldado con un solo golpe, dicen gritando que importa dividir á los dos á fin de disminuir su preponderancia en la sociedad y conseguir así á lo ménos que disminuya el mal? ¿Es realizable la division por ellos propuesta entre las dos instituciones? ¿Da buenos frutos áun ahora que sólo en parte se realiza? Los frutos son que por una parte los pueblos se corrompen, al paso que los gobiernos se debilitan: frutos infalibles cuando los sa-

(1) Homero: *Odisea*, lib. 6 y 9.

cerdotes se retiran y crecen las tropas de un modo desmesurado. No bien se atenta contra la armonía de tales dos órdenes, conturbada queda en su alma la humanidad, que llora y dice: «No me separeis: rompiendo la union del sacerdote y el soldado quebrantais mis junturas y me separais á mí propia: me separais de los pueblos que contra los gobiernos se rebelan; me separais de los gobiernos que no se pueden ya sostener en amorosa comunicacion con los pueblos. Es verdad que vosotros quitais el traje sacerdotal de muchos de mis hijos, haciendo que los claustros y los templos queden desiertos: mas sobre las espaldas de todos los ciudadanos poneis los uniformes de los milicianos, echándolos en el palenque de las armas, apartándoles del tráfico y de la industria, procurando que bramen con bélico furor. ¡Ah! ¿Acaso no nací yo para la paz? ¿No nací para el comercio, para la ciencia y para las artes? ¿A qué fin, por lo tanto, el espíritu de la guerra en el pecho de todos?

No hay excusa que valga, ni astucia que sirva, porque tal astucia es desórden social y maldad. Los oficios recíprocos, que se prestan el sacerdote y el soldado, son de tal naturaleza que no pueden separarse, como no pueden entre sí sustituirse. Si á quebrantar se llegase tal union, no se conseguiría un alivio del mal, sino una mayor agravacion.

---

¡Paciencia! Todos los planes que relativamente al sacerdote y al soldado forman los economistas son escarnecidos por los predicadores: niéganse á destruir, como entre sí niéganse á separar estos dos entes. Mas ¡vive Dios! ¿Por qué no se someten más bien á exámen y no se estudian profundamente las grandes ideas, las proposiciones y los teoremas que nos ofrecen los sociales reformadores sobre tal asunto? En el fondo de su doctrina encontraríase la masa de un mundo flamante y el concepto de una sociedad más perfecta ¿No se halla por ventura ordenada al progreso la humana estirpe? ¿Acaso no debe inquirir y entender los modos de realizarlo en su plenitud?

Oigo los gritos de aquellos economistas, que como los primeros y los segundos no se avienen con los sacerdotes, ni con los soldados, sino que piden su exterminio con aire tan dulce, que participa de lo ingénuo y de lo novel. Los tales nos acusan y nos increpan de intolerantes, si no atendemos las propuestas de los reformadores sociales: son tan graciosos y hermoséanse con colores tan sonrosados que de aquel estudio nuestro esperan un primer punto de partida para cambiar de faz este no ameno desordenado mundo. ¡Oh cara economía! ¡Con qué clase de hijos y discípulos fecundas tu vientre!

Contentémoslos. Si bien al refutar á los enemigos de los sacerdotes y de los soldados hemos podido ya descubrir qué sociedad modelo quieren regalarnos, considerémosles aún novicios ú olvidemos todo lo aprendido hasta el presente: pongámonos, como si fuese ahora la primera vez, á contemplar el estado de una sociedad que se despoja de sacerdotes y de soldados para engrandecerse sobre su derrota.

¿Sabeis, señores, de qué manera me decido á proceder? Puesto que la obra está en la mente del artista, compendiándose aun en la idea de los reformadores sociales la ideada sociedad sin sacerdotes ni soldados, me propongo penetrar en sus interioridades para manifestarles y manifestaros la nueva sociedad reformada como si ya estuviera realizada hermosamente.

Pregunto: ¿Cuáles son, por lo tanto, los sociales reformadores? ¿Quiénes son los que se presentan con látigo en la mano para echar del templo á los sacerdotes y del cuartel á los soldados?

Escribe Angel Brofferio: ¿Odiáis vosotros ménos al sacerdote que al soldado, ó ménos al soldado que al sacerdote? Creedme: odiadles á entrambos cordialmente: son la más antigua y la sólida base de la servidumbre del mundo, la hipocresía mentida y la fuerza brutal. Odiadles á entrambos, y llegada la hora, destruidlos. Habreis merecido la gratitud de los hombres y la bendición del cielo (1) »

Este Brofferio, que se levantaba en el Piamonte como el primero de los reformadores sociales, es un republicano de pura sangre. Bendita sea la república cuando viene bien, teniendo los pueblos brazos y pecho para sostenerla; mas la república de Brofferio es tal que ni aun los Griegos ni los Romanos en sus tiempos heróicos la hubieran sufrido. Coloca el derecho del hombre sobre la muerte del derecho divino; por esta razon Brofferio sólo se ocupa en la religion á fin de suplantarla: desconoce todo derecho antes existente y actual de príncipe; por esta razon se mete Brofferio en la conjura que del trono de Cerdeña intenta derribar al rey Carlos Félix: no tiene nada en cuenta el génio distinto, ni las actitudes parciales de los pueblos, porque dominar intenta en todo: por esta razon Brofferio implantarla quiere aun en el Piamonte que no tiene de ningún modo temple republicano. La república de Brofferio, al destruir sacerdotes y soldados, impele los ciudadanos á creer en el sueño desolador de la nada y á tomarse la razon por sí: compeliéndoles á obrar por odio, reniega en ellos del amor: promueve las grandes injusticias populares, y el imperio de las muchedumbres sobre la abyeccion de los sábios, abriendo la era del indefnido desórden y de la vil

(1) Brofferio: *Misi tempi*, tom. III, pág. 196.



anarquía. Dicen que, habiendo entrado á los nueve años en el Colegio de Asti, fué Brofferio nombrado director del espectáculo de los «fantoches,» en servicio de los que componia breves comedias. Cambiad vosotros la comedia en tragedia, y el espectáculo de los «fantoches» en golpes terribles de los del pueblo: hé aquí el carnaval demagógico, que pide la gratitud de los hombres y le arranca las bendiciones del mundo que debajo está de las estrellas: hé aquí para Brofferio la nueva sociedad reformada.

Empero dividamos en dos partes para mayor diversion nuestro trabajo, escuchando en la de aquí las imprecaciones contra el clero, y en la de allá las imprecaciones contra la milicia. Del análisis resultará más vigorosa la síntesis.

Relativamente á los sacerdotes, así escribe Guerrazzi: «Quisiera rogar, rogar aunque fuera de rodillas á la juventud que proscriba la secta execrada de los sacerdotes. Es preciso vencer del todo á esta gente malvadísima; proscribirla y sepultar sus cenizas, porque, aun dispersadas al viento, pueden contaminar el aire (1).»

¿Conoceis á este Francisco Domingo Guerrazzi, que con tan buena gracia ofende á los sacerdotes, y que ofende por consecuencia igualmente á los soldados? Vuelvo, si quereis, á saludar á la república; mas á vosotros, señores, recomiendo que la república no me mate, porque, ¿acaso perdí el derecho á vivir? Pues bien. Al paso que la república de Guerrazzi aplástame á mí, sacerdote, bajo las ruedas de su carro y me sepulta para que no contamine yo el aire con sus cenizas, no permite siquiera que vivan los demás ciudadanos, á los cuales proscribire como á mí. Principia proscribiendo á todos los reyes, que califica de verdugos; sigue adelante, persiguiendo á todos los hombres que llevan uniforme de autoridad pública, que denomina pretendientes á tiranos; sigue adelante, derribando jueces y magistrados, á los que regala el nombre honorífico de «bestias de carga;» sigue caminando, tropezando en los ricos y en los propietarios, á quienes llama los odiosos ahogadores de los pobres y de los artesanos; márchase al triunfo, seguido por los proletarios. Guerrazzi tiene la cabeza llena de relámpagos; pero de relámpagos tempestuosos que al estallar ponen de manifiesto una oscuridad universal, sin ser precursores nunca de la bella aurora: corazón lleno de penas que huele, por decirlo así, el mal en todos los lugares, y en todas las almas vivas, hiriéndolo todo por reputarlo siempre obscenísimo todo; cabeza y corazón que la venganza idolatra; que tiene sed de ella y á todo trance la quiere, aunque la venganza

(2) «F. D. Guerrazzi: *Lettera a Carlo Francesco Risi*: Liorna, 2 setiembre 1872.

no dé fruto al vengativo, por lo que Guerrazzi es justamente increpado por Mazzini (1). ¡Ah! Yo, sacerdote de Cristo, quedaría sumergido en los movimientos de su república; vosotros, ciudadanos, no veríais mis cenizas; mas vuestra frente, ciudadanos, no se alzaría de ningún modo á ver los rayos de un sol nuevo magnífico, sino que por el contrario recibiría golpes en el suelo, entre las piedras del sepulcro, que le habrían abierto los verdugos y los asesinos. ¡Desventurados todos! Nos está prohibido exclamar recíprocamente. Vamos á dormir en paz.

Ahora llega su vez al que vocifera contra los ejércitos, Víctor Hugo, llamado en Losanna á sentarse en el «Congreso de la liga de la paz y de la libertad,» elegido su presidente honorario, mandó en vez de su persona una carta elocuentísima con un saludo á los «Ciudadanos de los Estados de Europa.» Y dice: «¡Ay de mí! Que una guerra última es necesaria, no soy yo ciertamente de los que lo niegan. ¿Qué cosa será esta guerra? Una guerra de conquista. ¿Qué conquista se debe hacer? La libertad.» Prosigue: «La primera de las servidumbres es la frontera. Quien dice frontera dice vínculo. Quitad el vínculo, la frontera, el aduanero y el soldado. Con una sola palabra sois libres, y la paz viene después. Paz profunda de aquí en adelante. Paz hecha una vez para siempre. Paz inviolable, estado normal del trabajo, del cambio, de la oferta y de la demanda, de la producción y del consumo, de la realización de las industrias, de la marcha libre de las ideas, del flujo y reflujo humano. ¿Quién tiene interés en las fronteras? Los Reyes. Dividir para reinar. Una frontera supone un castillo, y un castillo supone un soldado. Suprimid el ejército, y vosotros suprimireis la guerra. Mas, ¿cómo suprimireis el ejército? Con la supresión de los despotismos (2).»

Este Víctor Hugo, que se lanza contra la horrenda fraternidad de las espadas, como se lanza contra la tienda de los sacerdotes, se nos presenta delante como un tercer republicano. Ahora bien: no tengo yo bríos bastantes para nombrar la república con honor desde que la veo caer en el puño de los tales. La república de Hugo es tal clase de gobierno y tal sociedad, que se aparta de la sociedad presente y de los presentes gobiernos. En la moderna Francia, republicana realmente, republicano él, no puede ocupar su sitio, ni resignarse, sino que hace rechinar los dientes; ladra é impreca más que Timoleonte derrama por decirlo así su alma contra el tiránico gobierno de Siracusa, ó más de lo que Tácito proscribió con sus profundos sarcasmos el gobierno imperial de Roma. Es su república el socialismo con cuanto le sigue.

(1) José Mazzini, en su escrito referente al «Assedio di Firenze.»

(2) V. Hugo. «Carta a Julio Barni» uno del «Congreso:» Bruselas, 14 setiembre, 1869.

Así dice: «El socialismo afirma la vida; la república afirma el derecho: el uno redime al individuo, elevándolo a la dignidad de hombre; el otro redime al hombre elevándolo a la dignidad de ciudadano.» Hugo es el patriarca de la idea y el legislador del porvenir; más en el porvenir, que deberá dar el espectáculo de inmensa novedad, procura infundir, con ejercicio de soberano, lo que más ruin y más condenado existe en el mundo viejo, porque Hugo es un ciego admirador del Ochenta y nueve, el panegirista del Noventa y tres: sus grandes personajes son los «septembristas» ó los verdugos de la especie humana: el teatro en que aspira él á ceñir su coturno, es el presidio: el héroe que con más amor hace campear entre los hombres, es el presidiario. Es bello oírle gritar así: «Abolid los *parasitismos* bajo todas las formas: listas civiles, vagabundos pagados, clerics subvencionados, magistraturas mantenidas; hasta cuidados aristocráticos, concesiones gratuitas de públicos edificios, ejércitos permanentes: borrarad todo esto y dotais á la Europa de diez mil millones al año (1). Hubiera sido mejor que Hugo con franco lenguaje nos declarara si en tanta devastacion de listas civiles de reyes, de clerics, de magistraturas y ejércitos, los diez mil millones anuales, lejos de ir á la Europa, no irían á los *gaznates* de malas mujeres y á las bolsas vacías de los «septembristas» futuros. ¡Oh! ¡Los «septembristas,» los presidiarios y las malas mujeres! Estoy, señores, aterrorizado, y me dan náuseas: siento que agita mi espíritu el espíritu de las antiguas maldiciones de los Profetas contra la raza de los perversos, no hablando ya de Hugo y de su república sino para maldecir.

Hemos sometido á exámen los designios de los reformadores sociales; los hemos estudiado en su misma cabeza, en su corazon y en su idioma que nos los anuncia, por lo que no cabe temer error ni falsificación. Decidme: ¿os parecen tales designios tan excelentes y hermosos que nos puedan traer verdaderamente el adelanto de los pueblos? No nos presentemos como apasionadísimos del sacerdote, ni del soldado, poniendo algo aparte estos dos entes; mas ¿os halaga el mundo que no debe tener soldados ni sacerdotes? ¡Es un mundo deseable de caras indígenas!

«¡Ottorino! ¡Ottorino! exclama Cornelio, excelente señor de los chapados á la antigua, que vive trabajando y se precia de tener costumbres honradas: Desde que te marchaste detrás de las trompetas de los reformadores de nuestro siglo; desde que celebras los Congresos de la paz y quieres disueltos los ejércitos, y ves en los sacerdotes á los

(1) Victor Hugo en la referida «Carta.»

comedores del país, veo que has caído en una fea contradicción.»

Respondió el joven: «¿Cuál es la contradicción mía?»

«Es la siguiente, Ottorino: creciste grande y bello hasta los veinte y cinco años, no habiéndote nunca oído lanzar flechas contra los sacerdotes, ni morder la institución de la milicia. Eras bueno y eras sencillo; á todos respetabas y dejabas correr el mundo, según el pobre se ve impelido á correr. De improviso leíste grandes libros y periódicos; te hiciste individuo de sociedades que se llaman filantrópicas, siendo por el contrario políticas; te enardeciste por las innovaciones de la Europa, y el cerebro tuyo quedó trastornado. Mas ¡qué terrible desgracia! enardeciéndote con las vicisitudes de la Europa, queriendo promover el progreso social, marchas como un corrompido, realizando un gran retroceso relativamente al juicio y á la virtud; dejas casi solo el negocio, y has tomado compañías muy agitadas: veo contigo caras horribles y extranjeras, que no conozco ni quiero conocer: ¡pasas la noche fuera y tú sabrás cómo! Oigo hablar de teatros, de juegos, de reuniones pésimas, y de preparativos para próximas revoluciones. Cosas indecentes y molestas en que no quiero intervenir de ningún modo: tú pensarás en ello. Dices baladronadas, desafiando á la Europa imponente y decrepita. Persona que lo puede saber me asegura que vigilado eres y seguido: no obstante la libertad que todos gozamos, tu nombre no deja de ser registrado en el album poco amable de la policía: aquí está tu vida pública. Por lo que hace á tu comportamiento en casa, la cosa no va mejor: eres regañón, soberbio é insolente; á todos nos maltratas y á todos nos trastornas: la familia debiera solamente pensar en servirte á tí, su hermoso señorito, y adorarte. Mas tú que no estás bien preparado para sufrir nada, á tu vez resultas insufrible: los dos pequeños hermanitos, que de tí reciben bofetones, se ocultan no bien compareces, y huyen de tí; la criada está á punto de marcharse; no puedo yo aguantar la vida en esta casa desordenada. ¡Y tu pobre madre! ¿No ves que se muere de dolor por tí? ¿No ves cómo en la mesa mezcla en la comida las lágrimas? ¿No escuchas sus gemidos aún desde su cuarto donde trabaja? ¡Miserable Clelia! ¡Pobre mujer! ¡Cuánto ha hecho por tí! ¡Muy bien correspondes á sus ansias, á sus martirios y á sus vigiliass! ¡Qué recompensa obtienes!»

Después de pararse un poco, prosigue así el padre muy enternecido: «Pues bien; ¡aquí considera la horrible contradicción en que has caído! Mientras fuiste bueno y honrado, no te pesaba el sacerdote, ni los de la policía, ni los soldados: considerabas al uno amigo de tu conciencia, como también á los otros guardianes de la ciudad y del Estado. Ahora que has dejado de ser el que fuiste, no sufriendo ya soldados ni sacer-

dotes, ¿no pones en tí mismo de realce su imperiosa necesidad? ¡Mi amado Ottorino! tú no quieres ya soldados, ni fuerza pública que reprima el desórden: hé aquí que se halla el desórden en tí; te pones furioso, insultas y perjudicas; tal vez con tus acciones preparas en tí la materia criminal, y maduras el delito; me aseguran que no faltarán agentes de policía y soldados para refrenarte. Igualmente meditas la expulsión de otro mal espectro para tí: el pacífico sacerdote de Cristo que absuelve y perdona: ¿y quién ahora más que tú aparece necesitado del ministerio del sacerdote? ¡Ah! Si calificas de inútil al sacerdote, te respondo: Vete, desventurado; vete solcito y amoroso á echarte á sus brazos; recibe de aquella boca el sonido inspirado del temor de Dios, del órden y de la virtud; ábrele tu conciencia, y llora tus grandes pecados en su presencia; de la palabra y del abrazo sacerdotal levántate arrepentido, modesto y humilde, así como renovado en tu vida.»

¡Parece un milagro! Ottorino, el insolente y el soberbio, escuchó sin chistar los prolijos acentos y las quejas de Cornelio, dejando desahogar pacíficamente las angustias paternas. Allí está plantado sobre sus dos pies como criatura inmóvil; tiene los brazos en cruz sobre su pecho y la frente alta; no murmura, ni lanza maldiciones: ¡lo detiene acaso un resto de pudor primitivo! Empero su alma ruge. Apenas ve que su padre guarda silencio, agita su persona, levanta las manos del pecho, y vibrando el índice de la mano derecha, exclama: «Sepa usted que si he dejado de ser el que fui, lo cual concedo; si no me acerco á la sotana del sacerdote y me irrita el obstáculo de la fuerza armada, es que tengo justa y poderosa razón: los años trascurridos, la práctica de la sociedad y el estudio ardiente por mí emprendido relativamente al bien común, me abrieron los ojos. Ví cerca adelantarse con pasos de gigante la jóven era de los pueblos; en aquella inminente trasformación del mundo, ví que sacerdotes y soldados eran insoportables ya: el sacerdote es el símbolo de la hipocresía mentida, y el soldado es el símbolo de la fuerza brutal. Yo dije: Fuera el uno y el otro mónstruo que nos devoran: los pueblos reemplazan á los mónstruos. Tal es mi vida presente.»

Entonces se puso á responder el padre: «Es verdad; tal es tu vida presente, Ottorino; mas no por esto cesa la fastidiosa contradicción, por la cual te reprendo. Por lo demás, ¡qué joven y hermosa era de pueblos se nos aproxima! ¿Acaso los pueblos se rejuvenecen y adelantan, hablando mal de los viejos, ofendiendo á sus padres, renegando de Dios, prescindiendo del juicio, corrompiéndose, y siguiendo su propio gusto, antes que atender al freno de la conciencia? ¿Acaso los pueblos

se rejuvenecen y adelantan chocando contra los gobiernos, destruyendo la autoridad política, quebrantando la obediencia civil, disponiendo revoluciones, maquinando contra la propiedad, infamando á los señores, azuzando la hez de los ciudadanos, y, desgarrada la ley, sustituyendo á la libertad la licencia? Aun de esto me das una prueba en tu vida presente. ¡Qué joven y hermosa era de pueblos despunta en nuestra casa? ¿Viene del emperio, ó, del infierno? Segun afirmaste tú, es el sacerdote el símbolo de la hipocresía mentida, y el soldado el símbolo de la fuerza brutal. ¡Infeliz Ottorino!» ¡Desgraciadísima es la ciencia que te abre los ojos para luz tan oscura y feral. ¿Es acaso un embustero el sacerdote que te suministra los beneficios del Evangelio y te hace gustar sus dulzuras? ¿Es un hipócrita? ¿Es hipocresía descargar el alma del hombre? ¿Encarna la brutalidad de la fuerza el soldado que vela por el orden público y vierte su misma sangre por la patria? ¿Es uno de los dos mónstruos? ¡Ve, ve, hijo á quien ha hecho traicion tu engaño pésimo! Por otra parte mira: te apasionaste del progreso social; mas semejante progreso no nace hoy verdaderamente; posees su idea y alimentas el afecto á él por cuanto el progreso social preexiste: realmente si nunca hubiera existido en el mundo, desconocerías su existencia. Ahora bien: ¿cómo progresó, en los tiempos cristianos especialmente, la sociedad civil? Escucha tu condenacion: progresó con dos manos vigorosísimas: iluminada por los sacerdotes y protegida por los soldados.»

La frente atrevida del jóven es una torre por el rayo herida, que sin embargo se extiende y resiste. Se defiende y replica, si bien su modo de hablar es ya ménos ardiente. «A lo ménos usted debe admitir que si en el progreso se ha de ir adelante para labrar la dicha de los pueblos, preciso es quitar de sus pies á los que comen y consumen demasiado. Tales son los sacerdotes y los soldados. Los sacerdotes indican las manos muertas, y los soldados las manos ladronas; los unos que nada producen, en la produccion suponen una parada; los otros, que tragan excesivamente, suponen la produccion aplastada. Con estos dos mónstruos, uno constante y otro disolvente, ¿cabe que aumente el progreso?»

Añadió Cornelio: ¡Manos muertas los sacerdotes! ¡Manos ladronas los soldados! Entendámonos. Los sacerdotes no se meten mucho en los intereses mundanos, ni comercian; pero limpian los espíritus, suavizan las costumbres, convierten á los bárbaros y abren camino á los civilizadores: hacen restituir lo mal adquirido, proscriben el ocio y promueven la humana actividad: existe por consecuencia de rechazo por su accion moral una excitacion al trabajo y una facilidad para el bien, las cuales me hacen decir en alta voz que son manos vivas, eminentemente vivas, y no muertas. La frase de las manos muertas es un

vocablo que se alteró. y sólo dice verdad en términos menudísimos, por cuanto no trafican con sus bienes: es por consiguiente una frase que me huele á falsificación y herejía. Por lo que hace á los soldados que tanto consumen y engullen, ni remotamente puedo llamarlos manos ladronas, porque viven de sudor y de fatiga; si reciben sueldo de la nación, la sirven útilmente; por añadidura sirven, no caprichosamente, sino por ser llamados y porque nosotros los queremos: en su virtud nos libran de manos más voraces que las suyas, ó sea las de los bribones: si no existiesen numerosos y fieles soldados, toda la nación caería realmente en pésimas manos: en las manos verdaderamente ladronas de los «comunistas.»

Mientras disputan Cornelio y Ottorino, se abre una puerta en la sala. Clelia, la mujer afectuosa, la madre desolada que desde la contigua habitación escuchó la disputa, no pudiendo contenerse más, penetró en aquel cuarto, lanzándose de pronto entre su esposo y su hijo; cayendo de rodillas en tierra, tomando la mano de su hijo, cubriéndola de besos y de lágrimas, dice gritando: «Ottorino, Ottorino, ten piedad de mí. Mira que muero de dolor; mira que me matas y me entierras. Ríndete á mi llanto. Oye á tu padre, tornando á ser dócil y bueno. ¡Qué digo! Ten piedad de tí propio: tienes el alma perdida y nos envuelves á todos en su perdición. Yo no puedo vivir más teniendo en casa un enemigo de Dios.»

Inclinase Ottorino á la misérrima madre: la levanta con la misma mano con la cual estrechóle dulcemente: no sabe hablar; pero llora. Padre, madre é hijo tiernamente se abrazan.

Al poner, señores, fin á la parte tercera de la conferencia estoy conmovido yo también.

En medio de la lite que se agita entre vosotros y los economistas más inexpertos: entre vosotros, que ponderáis las buenas novedades, sin querer destruidos los santos principios, y ni los dogmas eternos; y entre los economistas prontos á inmolarse al sacerdote y al soldado por las propuestas de los sociales reformadores, viene á mediar y á caer suplicante otra madre, augusta y veneranda, que á la humanidad representa: es la Iglesia católica.

Y la Iglesia, en nombre de todos hablando, se dirige á tales economistas, diciéndoles: Ved los peligros y las necesidades desgarradoras, oyendo los gemidos de la sociedad combatida; esta sociedad os pide que no nos mateis. Teneis la mente invadida por magníficos anuncios y por las promesas extraordinarias de bien que se hacen; teneis los ojos dirigidos á lo alto, donde hay el fantasma dorado que vaga en las auras soberbias del siglo XIX, el cual os atrae y enloquece. ¡Oh! amados

jóvenes. Mirad á la parte baja, y ved vuestros pies, conociendo que si los propios ejes del mundo moral se quitan, se derrumba y se deshace. El sacerdote y el soldado, cuya muerte se decreta, para darnos sin ellos una sociedad más perfecta, vienen á ser cabalmente dos ejes maestros de toda la sociedad civil. Estais contemplando la cumbre, que brilla como un Parnaso y como un Olimpo, sin advertir que dais en el Tártaro. Se os dijo, y vosotros os disteis á creerlo, que el sacerdote y el soldado son dos entes que inútilmente consumen: entes ociosos y gastadores, que no convienen á una bien ordenada sociedad. ¡Oh! Si se trata de proscribir á los ociosos y á los consumidores inútiles, ¿por qué no haceis ante todo la guerra á los del siglo merecedores de vituperio? ¿A los pisaverdes, á los jóvenes afeminados, á los que derrochan los bienes paternos, á les señores aburridos y poltrones, á los que frecuentan el teatro perpétuamente, á los que se despepitan por el baile, á las mujeres vanidosas, llenas de albayalde, que constituyen una muchedumbre grandísima, delante de la cual es leve cosa la multitud de los sacerdotes, y para contener la que no bastan los ejércitos de la tierra? ¿Por qué no predicais aquí vuestra cruzada? ¿Por qué no detestais á estos consumidores? ¿Por qué no quereis el mundo sin ellos, á fin de que surja una mejor recomposicion social? Sed justos y sed lógicos: herid el mal donde verdaderamente se halla: no querais destruir como ruines elementos que constituyen sin duda el sosten principal de la sociedad civil.

En las lamentaciones y en los amorosos reproches de la Iglesia tenéis, señores, la admonicion de la madre. En no pocos economistas, que han perdido la fé, y con ella la templanza política, existe una comjuracion: se dirigen contra la religion y contra los gobiernos. Por esto dicen: «¡Abajo el sacerdote! ¡Abajo el soldado! Nosotros nos hallamos en la entrada de un mundo nuevo y más feliz que no los tolera. Fuera todas las tutelas, porque toda tutela nos hace abyectos y esclavos.» Estos no son nuestros amigos; mienten, prometiendo paz y felicidad; arrójannos entre los brazos y en el seno las serpientes que nos devoran. No son italianos, ni les informa el antiguo juicio, ni la piedad antigua de nuestros Grandes: extranjeros son y traidores. Yo, compendiando en mí el sacerdote y el soldado, renuevo en su presencia el grito clásico de Julio II: «Fuera los bárbaros.»

## CONFERENCIA XIII.

### SI SE DEBE SUPRIMIR EN LAS ESCUELAS LA ENSEÑANZA RELIGIOSA.

No debemos ver hoy á la economía pública sobresaltarse de nuevo por la faz horrenda del soldado, ni por el semblante oscuro del sacerdote: nada más sobre los dos, en los cuales nos detuvimos bastante. En ella debemos más bien observar nuevamente complacencias y alegrías, porque la economía, en las vueltas externas y multiformes donde nos pusimos á seguirla, encuentra una persona social, que conoce perfectamente, formando la ternura de su alma; es la persona del maestro público, ó del profesor.

¿No tiene razon la economía para manifestar gozo? Trabaja como una buena é infatigable mujer para el ordenamiento civilizado del mundo; y no puede ordenarlo nuevamente sin iluminar á los espíritus humanos y remover de los corazones la corrupcion que tiene su raiz en la ignorancia

Es por consecuencia una necesidad absoluta instruir á los pueblos. La economía dedícase á ello más que todos: toca la campanilla, gritando á los cuatro vientos del camino: «Instruccion, instruccion.» En los pueblos se abre camino, entra en sus casas, hace un llamamiento á sus hijos, y se circunda de infantes ó de jóvenes, á los cuales, señalando con un dedo un portalon abierto, exclama: «A la escuela, á la escuela.» Decidme por merced si el gran afecto á la instruccion y á las escuelas, en que arde el siglo XIX, no entra precisamente en el ordenamiento económico: la economía propuso los maestros de primera clase, de segunda, de tercera y de cuarta: la economía dirigió la fábrica de los nuevos liceos, de los nuevos colegios y de los nuevos asilos infantiles: la economía envió, juntamente con los hombres, á las mujeres para enseñar.

Realmente ha encontrado al amigo de su alma, y está con justicia en su fiesta de bodas. Nos presentamos como compañeros suyos en su fiesta, porque no nos dejamos ganar por nadie á nuestra vez en amor al maestro, ni en promover gustosamente la instruccion de la juventud: de pie sobre la puerta del colegio, y al lado del bedel, gritamos nosotros igualmente: «A la escuela, niños, á la escuela.»

Empero, señores, la economía pública y social, si la consideramos bien, no nutre tan intacta su alegría fogosa, que no mezcle con ella alguna tristoza; si la interrogamos relativamente á esto, nos hace comprender prontamente que debe ser reformado el maestro porque halla en él cosa que no le place. ¡Por qué se afana la economía? ¡En qué consiste la reforma ansiada del maestro?

En días de grandes unificaciones de pueblos, hubo casi siempre separadores ridículos ó fatales. Muerto Salomon, en la nacion de Dios, surgieron los separatistas, dividiendo el reino en dos: el de Israel y el de Judá. Entre los Augustos de Roma, cuando la raza latina dominaba en el mundo aún, el genio de la separacion apareció del mismo modo; entre los primeros, Diocleciano dividía el Imperio en cuatro partes. En la edad cristiana, propiamente cuando el Evangelio conservaba en la unidad de la fe á los pueblos, salió Lutero, predicando la herejía, con lo cual agitaron el pecho de la Europa las furias de la discordia religiosa, lamentando la separacion entre católicos y protestantes.

Ahora que se habla tanto de unificaciones morales y sociales, se intenta otra separacion, queriendo absolutamente los novadores separar la enseñanza de la religion: á los niños y á los jóvenes no hay que hablarles de Dios, ni de cristianismo, ni de Iglesia. Acaso esta separacion parecerá cosa leve; mas para quien juzga sabiamente de las cosas, resultará más terrible que dividir en varias partes una monarquía ó una nacion, por cuanto equivale á dividir la tierra del cielo y á separar al hombre de los brazos de Dios.

Pues bien; la economía pública, que gustosamente acoge por no pocos de sus cultores en su pecho los soplos de la incredulidad, acaricia la idea fatal, la coloca en la cabeza de los filósofos, de los políticos y de los filántropos; plantándose dentro de la escuela, impele al maestro á que para los muchachos borre prontamente y del todo el catecismo cristiano.

Mientras esto acaece, me dispongo yo á ventilar el problema siguiente: ¡Está bien que de la escuela se suprima la enseñanza religiosa? No, porque, ya se consideren los principios de que parte, ya las razones que alega para sostenerse, ya los hechos que produce, la deseada separacion pide de modo inexorable nuestras condenaciones.

A la verdad los principios de que parte son nefandos; las razones que alega son vanas; los hechos que produce son ruinosos.

Tratemos con la debida circunspeccion á la economía en cuanto es ciencia, y en todo el presente razonamiento dejémosla en paz. Llamemos más bien á nuestra presencia á los defensores suyos. Tienden á desterrar de la escuela el catecismo cristiano.

Aquí venga el economista de la separacion y de la incredulidad, diciéndonos dónde y por qué al instruir á los muchachos no tolera la enseñanza de la religion. Debe su repudio descansar en principios racionales: ¿cuáles son estos? Yo procuraré con ahinco encontrarlos y esclarezcerlos, persuadiéndome de que os parecerán como me parecen á mí principios nefandos.

La proseripcion intimada en las escuelas á la enseñanza religiosa incluye, si lo veo bien, un primer principio, ó sea que instruir es cosa enteramente diversa de realizar algo que tenga moralidad sólida. En efecto, la instruccion, para nuestros eximios que repudian, debe correr neta y expedita, sin quedar dificultada por preceptos divinamente revelados, ni por dogmas eternos: en suma tiene que consagrarse á su deber de iluminar la mente y llenarla de muchos conocimientos, sin envolver dentro de misteriosos pliegues los afectos del corazon, ni tocar la voluntad con recónditas sacudidas extrañas. ¿No es verdad que parte de tal principio el que separa la instruccion de la religion?

Empero tal principio es un error, porque tiende ante todo á separar la instruccion de la educacion, sin la que la misma instruccion falla, dejando de ser honesta.

Es el hombre un ente compuesto y exquisitamente armónico; para conducirlo á su perfeccion, se necesita tomarlo con todos sus elementos constitutivos, no bastando aferrarle por uno solo de sus lados; como no basta para iluminar un templo ó un palacio real encender una lámpara en la cúpula ó en el salon, sin alegrar con la luz las demás partes del edificio. Vosotros quereis instruir al muchacho, lo cual es bella obra; pero si os restringís á iluminar con la ciencia y á llenar de conocimientos su entendimiento vacío, nada lograis; á fin de que vuestro trabajo resulte provechoso, se necesita que toqueis además en el niño la voluntad, por cuanto es preciso querer la ciencia, amarla y hacerse poseedores de ella con justo propósito; ¿cómo podríais atraer á esto al muchacho y al jóven discípulo, si os circunscribiérais á obrar en su mente? Sería como el que, para que los hombres se apasionaran de la virtud, se ciñese á mover su voluntad, sin iluminar primeramente su entendimiento. Marchan, pues, acompañadas la

instruccion y la educacion, para quien no quiere destruir las suertes de la ciencia.

Ved á Diógenes: es un docto de gran importancia, con el cerebro preñado de la griega filosofia; pero no recibió educacion, ó no fué capaz de recibirla. Diógenes es hombre de juicio extravagante, en quien la ciencia prueba mal; es un incivil y un villano.

Ved entre los Romanos á Ovidio: es asimismo docto y versificador inmenso, que cansa, por decirlo así, el pecho de las musas; mas no une á la instruccion la educacion, contaminando por ello la ciencia y las costumbres: fastidiado de él, Octaviano lo destierra á fin de que cante allá en el Ponto.

Entre los modernos ved á Voltaire y á Fewerbach: tienen ciencia, pero no educacion; embrutécese aquél con la maledicencia, con su hablar obsceno, con sus mentiras y con sus impiedades: el otro es un discoloro renegado, que se tiende con atroces quejas sobre las cenizas del pagano Júpiter y de la pagana Vénus.

Así llena la educacion de frutos verdes y vergonzosos la conciencia humana cuando no se une á la educacion.

Ahora bien; rechazar de las escuelas la enseñanza religiosa produce esta cosa fea: cuando se quiere instruir a los niños, se impide la obra de su educacion. ¡Alábase la verdad! Si vosotros quereis firmemente educar á los niños y á los jóvenes, ¿dónde podreis descubrir una fuerza más dulce y más gallarda al propio tiempo, que la contenida en la religion? Educar vale tanto como impeler la voluntad al cumplimiento de los deberes; vale tanto como reprimir los malos instintos que hay en nosotros; vale tanto como dominar los afectos, enderezar, corregir y trasformar la criatura humana de un estado selvático en moral; por esta abundancia de bienes que la educacion nos proporciona, la instruccion que entra en el intelecto no queda seducida, ni trastornada, ni estéril, produciendo por el contrario frutos estupendos. Hé aquí que los frutos de la educacion son los mismos bienes de la religion, por cuanto se contienen en ella de primera mano. Realmente si desea encaminar al bien la voluntad, tiene la religion la fascinacion de sus atractivos con sus doctrinas y con sus ejemplos; si se trata de dominar los afectos, tiene la energía y la gracia en sus consejos, en sus ritos y en los sacramentos, siendo suave como un ángel y fuerte como un gigante; si se trata de dirigir la conciencia y el espíritu, os lleva con el código del Evangelio á usar del mundo como de una sociedad de hermanos, siendo la única que con sus puntos de vista infinitos os abre más allá del mundo la eternidad, y os eleva en la eternidad hasta que os hace descubrir á Dios, nuestro Padre comun. Afirmaba Platon que «la edu-

cacion es la semilla de la cabeza (1).» Egregiamente: ¡la semilla por conducto de la religion descende á la cabeza desde los cielos! Siembra en el hombre la inteligencia, la prudencia, la docilidad, la pureza, la justicia, la templanza, la mansedumbre y la fortaleza: brota la semilla celestial; de la cabeza donde tiene sus raíces se dilata por toda la persona y alegremente dá flores. Bendito el hombre así educado por la religion, que logra en sí mismo el hermoso florecimiento de la virtud. Dadle la instruccion y dadle la ciencia: está bien dispuesto á recibirla: el muchacho saldrá de vuestras escuelas convertido en un docto magnánimo: á ser no vendrá otro Diógenes, ni otro Ovidio, ni otro Fewerbach, ni otro Voltaire; pronto á ser vendrá el muchacho el bienhechor de la humanidad.

¿No quereis más en las escuelas la religion? ¿Desgarrais delante de los niños el catecismo cristiano? Quitais la base de la educacion quitando su jugo vital y hacéisla estéril: ahora bien: apagándose la educacion, la instruccion á su vez sufre agonía moral y pésimamente se corrompe.

Es lo que con amargos acentos advierte Julio Carcano: «Creo que no cabe apartar la religion de la instruccion, y que nada vale la una sin la otra. ¿Acaso la educacion no es el principio, y, lo diré, el hábito primero del sentimiento religioso? Paréceme, pues, que cuantos posible juzgan educar al hombre sin mostrarle una guía para el pensamiento infinito, y para el corazon que no se contenta una virtud más alta que el egoismo natural, que la miseria que circunda y que las melancolías que nos acompañan, intentan un imposible ó más bien un absurdo (2).» La religion es un sentimiento más que un pensamiento, que da buen olor á la instruccion. Queriendo apartarla ó subordinarla á esta, dice bien Guizot que los estudios en las escuelas y las luces en la sociedad, á costa de las costumbres, sufrirán pronto la pena de su presuntuoso error (3). Con todo, quitando de delante la enseñanza religiosa, quieren apartar la educacion de la instruccion. ¡Horrible y nefanda teoría! En vuestro muchacho estudiante veo crecer al extraviado.

La supresion del catecismo cristiano que se intenta realizar en las escuelas, incluye otro principio: el de que dejan á los jóvenes recomendados sólo á la «moral» llamada «independiente.»

Confesémoslo; los economistas de la separacion y de la incredulidad no se proponen dar á la juventud tan expedita y neta la instruccion:

(1) Platon. *De las leyes*.

(2) Pr. Julio Carcano. *Lettera del 28 agosto 1874*.

(3) Luis Crisóstomo Ferrucci. *Lettera del 1.º settembre 1874*.

que nada tenga que ver con preceptos ni afectos; piden, sí, que los preceptos y los afectos, enlazados á la instruccion, sean de carácter puramente humano y terreno. Rechazan en su virtud los preceptos y los afectos religiosos, cual borran los dogmas de la revelacion divina: es el hombre un ente moralísimo, debiendo por sí propio corroborar en todas partes su tirocinio. Vednos aquí en la autonomía de la moral.

Realmente si el hombre no ha de atender á leyes superiores, ni á principios divinos ó más excelsos que su persona para que le den la moral, resulta que los principios y las leyes de la moral estriban en él radicalmente, viniendo á ser por consecuencia creador de la ética y artífice de la virtud. Siendo así, á fin de que haga sus pruebas en la moral y os dé pruebas ilustres de su pericia, sólo es necesario que aparezca en el exterior; no debe recibir de fuera los conocimientos, como no recibirá tampoco las reglas; debe hacer que las reglas y los conocimientos reverberen desde dentro en el exterior.

Mas, ¿cómo es, señores economistas de la separacion, que vosotros, los primeros en instruir á los jóvenes, os desvivís á fin de que pase á á su cabeza y á su corazon toda la filosofia de los principios, los conocimientos y las reglas? Para vosotros, pues, asimismo el muchacho es como «una tabla rasa,» sobre la cual os poneis á imprimir vuestras ideas y á esculpir vuestros preceptos, queriendo adornar la «tabla» con vuestra leccion; así como dais á los jóvenes la luz del entendimiento, les ofreceis la guía de la voluntad y el alimento del corazon: les marcais las reglas de la prudencia, las reglas de la longanimidad, las reglas de la perspicacia, las reglas de la virilidad, las reglas de la flantropía, las reglas de la mansedumbre y así sucesivamente. ¡Ah! Os contradecís. Si toda la moral está dentro del hombre, ¿por qué os afanais por infundirla en él desde fuera? Desgarrad vuestros libros de texto y desgarrad vuestros manuales. Por otra parte, no canseis vanamente al declamar vuestra garganta. Para vosotros el hombre es un ente que enseña, y no un ente enseñado: ¡paraos en la estólida empresa de querer amaestrarle! Si me respondeis que solamente enseñais y declamais en las escuelas á fin de que la moral se desarrolle presto y anticipadamente florezca, os digo gritando: ¡tened paciencia! Os advierto, espíritus celosos, que ir á prisa con exceso es un pecado contra la moral, como tambien contra la ciencia y la historia: no se debe pretender de los niños la mansedumbre del Epiceto, como de los jóvenes no se debe aguardar el heroismo de Alejandro y de César.

Hay una cosa más fea. La moral, para quien sabe nombrarla, dice flor de belleza y de honestidad. Ahora bien; semejante honestidad y belleza de ánimo y de costumbres, ¿puede ser de una naturaleza tan

dócil y tan poco considerada por sí que se mezcle con la torpeza, viniendo á enlazarse con el mal? ¡Qué pregunta, señores! Vosotros exclamais: No.

Teneis razon; es tan vuestro como mio el noble y franco desden. ¡Empero notadlo! Si toda la moral depende del hombre, teniendo en él sus principios y sus reglas, ¿cómo es que en él mismo los principios de la moral se malean y se subvierten las reglas? Blas Pascal habla nuestro lenguaje cuando escribe: «El corazon humano es mentiroso, doble y contrario á sí mismo: nosotros nos escondemos y á nosotros mismos nos disfrazamos (1).» Por consecuencia la moral, al simple hombre reducida, se mezcla intrínsecamente con el vicio, siendo mentida, doble y á sí mismo contraria. ¡Monstruoso arcano!

¡Ah! Yo, discípulo de la vieja escuela, nunca quedé inducido á desesperar del bien. Veia ciertamente al bien mezclado en el hombre con el mal. Veía espléndidas acciones y maldades; veía en el corazon humano la paloma y la serpiente, diciéndome yo á mí mismo: El hombre tiene virtudes preclaras, porque Dios lo formó inocente y bello; él por otra parte se mancha con vicios horribles, porque fué criado libre, y porque sigue abusando de la libertad. Esto más que un arcano es un abismo; pero es un abismo tal que sólo caen los locos en sus profundidades. Además, para consolarme, espaciábame yo por auras más plácidas y serenas, levantándome á la contemplacion de Dios. Dios, como el antiguo Aristóteles lo definía, y Fichte llámalo ahora en sus abstracciones, es el «órden moral:» es por esencia la santidad y la virtud. En Dios no cabe sombra de mal, ni hálito entra de culpa; ni se mueve, digámoslo así, en él desórden de ningun género; es, como anunciaba Pitágoras, «armonía perfectísima.» ¡Ah! Gritaba yo entonces mirando el mundo desde las alturas divinas: soplad en buen hora, vientos de las tempestades humanas; oscureced la tierra, y ensuciaos, gusanos, en vuestro lodo; no llegais á mi altura. A mi altura llegan las palomas de alas blanquísimas, porque Dios las invita y las lleva; pero las serpientes, las víboras y los brutos quedan infinitamente distantes, constreñidos por su fango á caer en el abismo. Concluía diciendo con alegría propia de un espíritu celestial: hé aquí el bien colocado en el trono seguramente; hé aquí salva para siempre y victoriosa la santidad.

¿Os abandonais, señores, á la teoría de la moral autónoma? ¿Haceis vosotros que toda la moral se limite al hombre? ¡Desgraciados! El vicio salta sobre su pecho y la destroza; convertida en su mujer viene á ser su víctima, porque si la moral nace del corazon del hombre, y si

(1) B. Pascal. *Pensamientos*.

en el corazón del hombre está el mal, queda herida en su gérmen, y herida en su alma, no siéndole permitido tener ya nombre alguno, ni vivir.

¡Enseñanza digna y laudable proporciónase á los jóvenes quitándoles de la escuela el catecismo cristiano! ¡Nobleza rara ciertamente, y aureola sublime se les confiere! ¡Frutos preciosos se ponen para que maduren con el principio de la moral independiente y libre! Es una insania que aturde á los inteligentes y á los hombres honrados. Confiesa lo siguiente un italiano de mucho mérito: «No puedo comprender que se intente abolir en las escuelas la enseñanza de la religión para sustituirla con el estudio de la moral civil, que no cabe admitir sin un catecismo, ni que se quiera proscribirlo de un país cuya gran mayoría no está ciertamente formada por libres pensadores... Tal enseñanza es admitida por todas las naciones civilizadas (1).» Empero vosotros, economistas defensores de la separación, no atendeis á nada, por colocaros cual centro de todo; en su virtud, ¿no veis por fin qué cosa es vuestra moral independiente? Es lo contrario de lo que afirma; es la «independencia de la moral.» No queréis seguir dependiendo de los principios eternos, ni de las leyes divinas, únicas fautoras de la verdadera moralidad; vuestra teoría es el ateísmo. Negais á Dios.

¡Negais á Dios! ¡No creéis ya en Dios! Ahora entiendo por qué se rebela el alma cuando en la escuela oís repetir este trozo del catecismo: «¿Quién os ha creado y puesto en el mundo?» contestando los niños: «Dios.» Ahora comprendo por qué no podeis tolerar estas preguntas y estas contestaciones: «¿Para qué venimos á la tierra?—Para conocer, amar y servir á Dios.—¿Hay un Juez supremo de nuestras acciones?—Sí.—¿Hay una vida futura?—Sí.»—Son indicaciones á Dios y son dogmas divinos, que os infunden la fiebre en la sangre, porque no asentís á lo que Dios manda, sino que lo aborreceis. Escribía Minucio Félix: «Es cosa natural que se odie y se combata al que se teme, por inquietar la imaginación. Así lo entiendo pues; mas entiendo también perfectamente que vosotros vais por mal camino, al que arrastrar queréis á la generación naciente. Es una hermosa expresión de Marco Tulio: «La existencia de Dios es tan manifiesta que creo ha perdido el buen sentido quien osa negarla (2). E Isaac Newton dice de una manera más compendiosa y elocuente: «El ateo debe ser encerrado en el hospital de los locos (3).» Marchaos, ateos, al hospital, vuestra casa. Empero, ¿qué

(1) El conde Luis Bembo: *Lettera del 6 settembre 1874.*

(2) Ciceron: *De natura Deorum*, II, 44.

(3) I. Newton: *Pensamientos filosóficos.*

digo? ¡Os asomais á la escuela y seguís allí para guiar con vuestras doctrinas incrédulas á los muchachos y á los jóvenes? Encerraremos asimismo en el hospital de los locos al siglo que os recibe y os paga.

El repudio pretendido en las escuelas de la enseñanza religiosa parte de principios nefandos.

---

Templémonos: lo horrendo de los principios desenvueltos no nos lleve á cortar lo discusión; aunque nos parezcan perversos y detestables, quien los promulga y se trasforma en ejecutor suyo, debe saber en su misma obra defenderse y apoyarse. Adelántese por tanto de nuevo el economista de la separación y de la incredulidad, manifestándonos la razón que le impele á remover de las escuelas la enseñanza de la religión.

Viene, señores, y se nos presenta. ¡No lo sabeis? Al aducir excusas es tan hábil, y tan rico para hallar razones, que parece triunfar. Fijémonos en lo que dice, y oigamos.

Los que repudian el catecismo, dicen: Nosotros, queriendo que concluya en las escuelas la enseñanza religiosa, no entramos con los niños en la cuestión de si Dios es un bien ó un mal; no decimos si la religión es útil y necesaria ó no: dejamos estas indagaciones, porque supremamente impórtanos cosa distinta, esto es, la libertad y la espontaneidad del espíritu en los niños que aprenden. Los niños y los jóvenes no están aún en disposición de formar un juicio exacto de aquello, por lo que no debe ocuparse su mente ni su corazón, no debiéndose tampoco forzar su asentimiento á lo que no conocen: cuando tengan más años y estén provistos de bastante inteligencia, resolverán por sí mismos. Entonces dirán si Dios es un bien ó un mal, así como si la religión debe ó no seguirse. Por esta razón queremos que no hable ninguno en las escuelas á los niños de Dios ni de religión; nos negamos á oprimir sus almas tiernas, queriendo que se desenvuelvan libremente. ¡No deberíais hacer lo mismo vosotros, que teneis fama de creyentes y demostrais tanto celo? Predicáis que la religión es admitida espontáneamente, siendo madre de libres, y no de siervos. Seguidnos, pues, y ayudadnos á limpiar las escuelas del catecismo.

Observan agudamente los filósofos que ninguna cosa deja de contener un germen ó varios de verdad, siendo justo, por cuanto aun el error, segun advirtió Benigno Bossuet, es sólo «una verdad de la cual se abusa,» es decir, una verdad contrahecha. Nosotros decimos aquí. ¡Qué sonido en las cosas oídas, y qué fervor de verdad! Empero se abusa de tal verdad, quedando ella falsificada: es el error. Las excusas que se

alegan para quitar la enseñanza religiosa de las escuelas, se trasforman en regiones vanas.

Los economistas de la separacion y de la incredulidad no quieren por el momento inquirir si Dios es un bien ó un mal; si la religion se necesita ó no: impórtales que no se toque la libertad ni la espontaneidad del espíritu en los muchachos estudiantes.

Empero, señores, tales muchachos que van á las escuelas y aprenden, están en la escuela sólo teniendo á las lecciones del maestro abierta su propia libertad y la espontaneidad de su espíritu, del cual se valen; más bien la someten á su autoridad como maestro, por cuanto principian á aprender por asentir á su palabra. «El primer ingreso en la filosofía, escribió La Mennais, es un acto de fe (1).» Mejor dicho, el primer deletreo y la balbucencia del silabario en los niños, es, señores, un acto de fe: no conocen, pero creen; creen por vuestras afirmaciones; segun las cuales, silabeando de aquel modo, se introducirán en los estudios. Os lo ruego: no los enviéis á la escuela, ni los deis á las letras, no queriendo que se haga ningun experimento posible de su libertad, ni de su espontaneidad: apartadlos de la civilizacion y hacedles habitantes del bosque, dejando que sean ignorantes y toscos: á lo ménos encarnareis uno de los amores superlativos de Juan Jacobo. ¡Es una simpleza! ¡una sátira!

Así la consideraba un hombre de vuestra pasta, que consiguió celebridad grande. Julio Michelet dijo lo siguiente: «¡Teneis fe? ¿Dais la fe? Es necesario que crea el niño. Es necesario que crea siendo niño en las cosas que, cuando llegue á hombre, podrán ser probadas con la razon. Querer formar un niño razonador, disputador y crítico es una necedad. ¡Qué agricultura mover de continuo á gusto todas las semillas que se siembran! Hacer erudito á una muchacho es cosa insensata (2).»

Por consecuencia en los muchachos, que son las hermosas criaturas de la fe, se debe poner á prueba, es decir, en práctica, sobre todo en las escuelas, la libertad y la espontaneidad. Aquí se necesita hacer una distincion relevantísima.

Hay dos clases de conocimientos que deben ser diversamente tratados en la enseñanza: incluyen los unos los primeros principios de las cosas, ó expresan de cerca los propios principios primeros; los otros se refieren á la estimacion distinta que se hace de las cosas, lo cual

(1) *Le premier acte de la raison est nécessairement un acte de foi.*—La Mennais: *Essai sur l'indifférence en matière de religion*, tomo II.

(2) J. Michelet, *Le Peuple*, cap. 8.

quiere decir que sólo significan las opiniones humanas. Hé aquí en suma en una parte los dogmas y los axiomas; en otra los juicios privados de la gente.

Vamos adelante. Los dogmas y los axiomas son aquellas verdades que llevan evidentemente la marca de lo necesario, justo y recto, seguro, no contrastable, ventajoso y aprobado por todos. Por ejemplo, que la naturaleza tiene leyes, las cuales preciso es cumplir; que los hombres deben ser amados y socorridos; que la virtud es más hermosa que el vicio; que los padres deben dirigir á sus hijos; que deshonra el delito haciendo infeliz al que lo comete, y otras verdades parecidas. Por el contrario, las opiniones y los juicios privados de la gente son aquellas afirmaciones que ofrecen apariencia de verdad; pero que con mucha frecuencia no la contienen. Es, por ejemplo, llamar inteligente al que hace consistir la vida en el goce; suponer al hombre suprema regla de sí mismo; decir que todo lo útil es lícito, que los ricos y los poderosos son los verdaderos afortunados de la tierra, que vale más la fortuna que la virtud, que la misma opinion, reina del mundo, establece las reglas de nuestras acciones, y otras por el estilo.

Tal es la diferencia que hay entre ambas clases de conocimientos, esto es, entre los dogmas] y los juicios privados de la gente, entre los axiomas y las opiniones de los hombres: los primeros son eternos é inmutables, no sometidos á error; los juicios privados por el contrario y las opiniones cambian, contradiciéndose á cada momento por estar sometidas al error. En su virtud, como Ciceron elocuentemente advertía, el tiempo, que borra los sueños y las opiniones del hombre, confirma y fortalece los decretos de la naturaleza: *Opinionum commenta delet dies: naturae iudicia confirmat* (1).

Vengamos ahora á nosotros. Llamais á los muchachos para que aprendan. Sin duda debeis y quereis enriquecer su mente con algun conocimiento: de lo contrario nos los llamaríais á la escuela. Empero os asusta la idea de que, al enseñarles, sufra violencia y caiga su libertad bajo un yugo. ¡Qué hareis? Obrar así: guardaos de darles en alimento los juicios privados de la gente, no enseñándoles tampoco las opiniones: inculcadles por el contrario los dogmas y los axiomas.

¡Oh alegría! ¿Por qué razon, enseñando los primeros principios de las cosas, é insertando en el pecho de los niños los dogmas y los axiomas, nada se les deberá decir de Dios y de la religion? ¿Sereis tan poco generosos que no concedais á Dios el valor de primer principio? ¿No reconocéis la religion como axioma y como dogma? ¡Tan arraigados estarán

(1) Cicerone. *Quaest. acad.*

vuestros rencores y seréis ciegos hasta el punto de reputar á Dios y la religion como un simple juicio particular ó como una opinion terrena? Empero estad atentos: las opiniones terrenas, los vicios privados, despues de vivir brevísimo tiempo, encanecen, extinguiéndose luego, hallándose lleno el mundo de tales difuntos. La propia filosofia colocada en la cumbre de la ciencia humana entierra tambien á sus muertos, frecuentemente antes de que la voz de una verdad superior haya formado juicio de ellos: hay en la familia de los doctos la crítica, cuyo cometido es predicar á los sistemas científicos su *Memento mori*; los pobres sistemas de la ciencia humana se preparan á la tumba, despues que se atribuyeron en el dia precedente los honores de la inmortalidad. Señores, señores míos: ¿qué críticas de docto, esfuerzos de adversario ó conmovedores acontecimientos pudieron aun predicar con éxito á Dios y á la religion el *Memento mori*? ¿No vive Dios con su religion en todos los siglos? ¿No sepultó en otros campos todos los muertos; los muertos de la herejía, los muertos de la filosofia, los muertos de la tiranía y los muertos de la impostura? *Opinionum commenta delet dies; naturae iudicia confirmat.*

¡Ah! ¡Se teme destruir en los muchachos la espontaneidad y la libertad del espíritu!

¿No os dije que á Dios enseñando, principio de los principios y origen de los orígenes, no se hace presion, ni se comete violencia, sino que por el contrario se hace salir el alma infantil de su nativa ignorancia, ayudándola á que se libre de la envoltura de los sentidos, penetrando en el reino de la idea?

¡Ah! ¡Cuán preciosa es la libertad de los niños! ¡Cuán respetable! ¿No sería mejor esperar á que los niños, despues de crecer, se determinaran por sí propios á las creencias divinas?

Esperad, pues, que los niños crezcan [con la primera deficiencia, y en la primera miseria: la de ignorar á Dios; dejad que como efecto infalible de tal incuria no sepan dirigir sus propias ideas ni sus propios afectos; dejad que por esto vengan á ser hombres indisciplinados, tereos y fastidiosos, encadenados además en los vicios: ¡seguireis esperando tranquilamente con las manos cruzadas sobre el pecho que se determinen á buscar á Dios cuando, teniendo ya catorce ó diez y seis años, tengan la conciencia destruida! Los vereis correr entonces; ¿á dónde? Por el camino que se habrán trazado juntamente con vosotros: no correr dichosamente al templo, sino más fácilmente al lupanar.

¿No sois injustos? ¿No sois horribles?

¡Y qué! ¿Acaso, por el temor de invadir su libertad, no quereis esculpir entre tanto en su alma tiernecilla la imágen de las cosas más ama-

das y más invocadas por el mundo? Recomendais á los niños la ciencia; de aquí vuestros ejercicios escolásticos, vuestros sudores y vuestros laureles. ¡Oh! ¿Por qué no esperais que los niños vengan á ser jóvenes, á fin de que se resuelvan por su propio albedrío á ser literatos y doctos? Hablais continuamente á los muchachos de la libertad; los acostumbrais muy pronto, cuando no tienen aún el concepto de las cosas, á detestar la tiranía. ¿Por qué no esperais que se determinen á odiar la tiranía y á querer la libertad cuando puedan decidir por sí mismos sobre la una y la otra? Siguiendo por este camino, procurais imprimir en sus pechos el tierno y grandioso concepto de la patria; cuando veis exaltados á vuestros niños ó á vuestras niñas por oír el nombre de la patria, nos mostrais á los pequeños con entusiasmo, y decís: «Hé aquí la generacion naciente de los ciudadanos magnánimos.» ¿Por qué no esperais que la patria sea amada y servida por quien comprende ya todo su valor y su dignidad inmensa?

Oígo la respuesta que me dais: Patria, libertad y ciencia son cosas rectas y verdaderas, hermosas sin disputa, no existiendo por consecuencia el temor de ofender á los muchachos enseñándolas; nosotros se las enseñamos muy pronto secundando su espontaneidad, porque los niños desean saber, suspiran por la libertad, y nacen naturalmente aficionados á la patria.

¿No es verdad que sois injustos? Hablais aquí mi lenguaje, afirmando que, tratándose de cosas que tienen entidad de primeros principios, viniendo á ser axiomas, enseñarlas á los niños no es oponerse á su espontaneidad, sino por el contrario ampararla y socorrerla á fin de que produzca flores hermosas. ¿Por qué relativamente á Dios y á la religion decís y predicáis lo contrario? ¿Por ventura no queremos nosotros pronto ver la fe de Dios encendida en sus corazones, á fin de acostumbrarlos á santamente querer y esperar? ¿A fin de anticipar en ellos el verdadero ejercicio de la libertad espiritual, madre de todas las demás? ¿A fin de conducirlos presto á la detestacion del pecado y al dominio de la virtud? Como es Dios el principio de los principios y el origen de los orígenes, es la santidad de las santidades. Decía Platon: «¿No es Dios verdaderamente bueno, debiendo estimarse tal (1)?» Aseguraba Temistio: «Entre todas las propiedades de Dios, ninguna brilla más que la bondad nombrada por nosotros (2).» Tiene Plutarcó estas palabras: «No sólo debemos concebir y creer á Dios inmortal y beato, sino tambien creerlo tal que ame á los hombres, los cuide y los auxi-

(1) Platon: *De la república*.

(2) Temistio: *Oracion XVI*.

lie (1).» En su virtud los pueblos del Asia, rindiéndose á Alejandro, le decían: «Nosotros te creemos Dios y te veneramos, porque Dios es bueno.» Tal es la creencia del género humano.

¡Es bueno Dios? ¡Ama Dios y hace felices á los hombres? Dejad que los niños y los jóvenes, que son las criaturillas más necesitadas de la tierra, traten pronto y se avengan bien con su padre celestial: permitid que crezcan en la fe y en la piedad religiosa. Tienen sin duda en el espíritu el transporte de tal fe y de tal amor: mucho antes que á la libertad y la patria, mucho antes que á la ciencia aman y buscan á Dios, porque Dios, raíz de todas las grandes, dulces y santas cosas, que precede á la patria terrenal en los órdenes de la existencia, haciendo florecer por sí la ciencia y la libertad, es el primero que se hace sentir en la conciencia humana, atrayendo y enamorando el alma virginal. *Sinite parvulos venire ad me*; no impidais que los párvulos se acerquen á mí, exclamaba Jesucristo, viendo un grupo encaminado hácia él y detenido por los apóstoles. Ponía la mano sobre la frente de aquellos queridos, rociando su alma con la gracia divina y con sus inmaculadas sonrisas, creando la mañana evangélica de los infantes (2). No; estos amados niños, que son de Cristo y de su Padre celestial, no emprenderán el camino de la corrupcion: mas bien, dirigiéndose al templo, se arrojarán en los brazos de la justicia y de la inocencia: el mundo recibirá en el seno su hálito bendito.

El economista de la separacion y de la incredulidad, que oye de mala gana nuestro discurso, nos acomete con un bufido, diciendo: ¡Dios enseñado á los niños! Los niños crecidos en la fe y en la piedad religiosa! No me place; pero á lo ménos podría pasar con otra gente. En los pueblos católicos la cosa es diversa: en su catecismo cristiano, el estudio de Dios y de la religion trae consigo el estudio de la Iglesia católica. ¡Qué deliciosa enseñanza! Es cosa irregular y enorme que sale de los primeros principios, y se sustrae tambien del todo á los axiomas, aplastando la inteligencia y la libertad de los niños.

El ataque, despojado de razones nuevas, no cambia la naturaleza del razonamiento; con sus añadiduras y apéndices lo hace más oscuro. Demos luz á tales tinieblas.

¡Segun se ha dicho, la enseñanza del catecismo es irregular y enorme, incluyendo el estudio de la Iglesia, apartándose del orden de los axiomas y conculcando la mente infantil!

— Vedlo, señores. Es un librito, un pequeño librito que no sería bas-

---

(1) Plutarco: *Opúsculos morales*.

(2) S. Márcos, cap. X, v. 14.

tante para índice de muchos volúmenes con los cuales la pedagogía está familiarizada. Es realmente un compendio para los bautizados: una esencia de principios y de axiomas, es decir, una colección de las primeras verdades religiosas: á fé mia que las frases allí empleadas para explicar los principios no son muchas. Tomad los axiomas de la ciencia, de la libertad y de la patria: observad cómo tales axiomas son explicados en la escuela para enfervorizar el ánimo de los niños y de los jóvenes, y hallareis la superabundancia al lado de la escasez. Por una parte Tito Livio, y por otra Cornelio Tácito. Esto en cuanto al estilo y al dictado. Relativamente á los principios, ¿cómo podríamos por su mole reputarlos á propósito para aplastar la inteligencia y la libertad de los niños? ¿Aplasta por ventura Dios, mole de todo, y en el cual todo se contiene? ¿No arrebatá por el contrario y eleva? ¿Empero con el estudio de Dios y de la religion, está en el catecismo el estudio de la Iglesia? ¿Y qué importa? La Iglesia católica, si puedo hablar así, es la incorporacion doctrinal y moral de Dios: es Dios encarnado en su Iglesia, condensándose y no difundándose. ¿Dónde está lo excesivo? Con la excusa de lo excesivo y opresor, la cual es propiamente viento y palabras supérfluas, ¿dejareis de poner en manos de los niños el catecismo cristiano?

Sufre por ello tormento mi alma, amigos míos, doliéndome no tanto la injuria que hacen al catecismo, como el daño que á los muchachos causan.

Se dice: Al estudio de Dios y de la religion agrégase, á manera de cola, el estudio de la Iglesia. ¿Fuera por lo tanto el catecismo!

Empero, señores, ¿sabeis que, proscribiendo el estudio de la Iglesia, se proscribe también fácilmente la misma religion de Dios? ¿Qué cosa son realmente Dios y la religion, si los creyentes no se someten á una jerarquía, ni tienen un cuerpo autorizado y docente, que promulgue la verdad religiosa? Se desvanecen, viniendo á ser cosa ideal y racionalista, que no se diferencia mucho de los sistemas filosóficos. Lo concede José Ferrari: entre nosotros el Evangelio, suprimida la Iglesia católica, viene á ser una enseñanza aérea y una utopía; «un libro como la república de Platon (1).»

¿Sabeis, además, señores que proscribiendo el estudio de la Iglesia, condénanse á horribles insipiencia, constriñéndoles á errar en un gran vacío social, los muchachos y los jóvenes? Porque ¿qué cosa es en los órdenes sociales la Iglesia, sino la primera de las ciencias históricas? La Iglesia católica contiene y explica la historia del mundo moder-

(1) G. Ferrari. *La federazione repubblicana*, cap. 12.

no. Borrada del mundo moderno y suprimida con un acto mental el cristianismo; nuestra civilización viene á ser un enigma; no podeis entender ya ni cómo se formaron los hombres nuevos, ni por cuál empuje corrieron las posteriores épocas. Borrada otra vez, aboliendo con un acto segundo de vuestra mente la Iglesia con sus Pontífices y con su clero: entonces el cristianismo viene á ser incontinenti un enigma; no podeis comprender ya cómo Jesucristo con su doctrina y su culto se instaló entre las gentes produciendo la era novísima. Por consiguiente la Iglesia católica, foco y vehículo primero del cristianismo, subsiste como la piedra con que se cierra la bóveda para explicar los siglos, los pueblos y la civilización. Decía sabiamente Müller, hablando de las edades antiguas: «La verdadera historia de la humanidad es la de la religión (1):» con la propia sabiduría y justicia, refiriéndose á las edades modernas, escribió Macaulay: «No existe ni existió nunca sobre la tierra esta una obra de humana política, que merezca tanto exámen como la Iglesia católica romana: une su historia las dos grandes épocas de la humana civilización (2).»

¡Qué desgracia la de los niños y la de los jóvenes! Van á las escuelas con el fin de aprender, entreteniéndose en todos los temas, porque ahora la enseñanza debe ser enciclopédica; estudian la historia de Italia, la historia de Europa, y la historia del mundo antiguo y moderno: en el mundo moderno vislumbran una potencia sacerdotal y evangélica, que sus manos extiende á todas partes, transmitiendo su propio hálito á todas las cosas; una potencia que á los pueblos cristianiza, á los bárbaros convierte y se hace promotora de las grandes empresas. Es la Iglesia católica. ¿Qué es la Iglesia católica? ¿Cómo se constituye religiosamente? ¿Quién la colocó en el mundo, y para qué? ¿Con qué vida se rige? ¿Qué demanda y espera de nosotros? ¿Cómo la debemos estimar dentro de nuestra conciencia? Silencio: no se hable de todo esto á los niños.

Ciertamente sería bueno que fueran instruidos en tal potencia extraordinaria; mas el estudio de la Iglesia en las escuelas es insostenible, por lo cual queda proscrito: en la historia ven la frente, la boca, las manos y los pies de la potencia extraordinaria, sin tener modo de comprender su estructura, de conocer sus oficios y su destino, ni de acercarse á su corazón á fin de palpitar con su vida inconmensurable. ¡Desgraciados niños y desgraciados jóvenes! Condenados son al enigma.

(1) M. Müller, *Essai*, tom. I. Leipsic, 1869, p. 17.

(2) Tomás Babington Macaulay. *Los Papas de Roma en los siglos XVI y XVII*.

Faltando así á la pública enseñanza el estudio de la Iglesia, ¿se consigue no sofocar la mente de los niños, ni crear en los maestros á los verdugos de su libertad? Empero aquí los muchachos son tiranizados por la ignorancia, é impelidos á errar en una falta de conocimientos, que les da muerte, ó á lo ménos los deshonra. ¡Espanto horrible produce oprimir la libertad de los niños!

No; no sintieron tal espanto las generaciones cristianas, que se instruyeron en el catecismo de la Iglesia, surgiendo progresivas y cultas: no sintió tal espanto el ejército de los hombres doctos y variamente famosos, óptimos y aún ruines, que levantaron el catecismo católico en la palma de la mano. Diderot lo enseñó á su pequeña hija, no temiendo instruir la relativamente á la jerarquía de los levitas, á la oración y á los sacramentos. Aun cuando Jorge Byron no profesa religión alguna, dice que, á deber ocuparse en religión, se hubiese inclinado al catolicismo, habiendo metido á su hija para su educación en una casa de religiosas de la Romaña, no temiendo que fuese amaestrada en el catecismo de la Iglesia. Carlos Botta, hallándose ya en el último tercio de su vida en París, para descansar de las tempestades y de las fatigas que sufriera, envía sus propios hijos al templo de san Sulpicio para recibir las lecciones del catecismo que da en aquella iglesia á los jóvenes el joven abad Dupanloup, ahora Obispo de Orleans: el historiador italiano no teme tampoco el catecismo, apareciendo sus hijos con la turba de los alumnos entre los más hábiles y diligentes. ¿Y qué diremos de Alejandro Volta? Todos los años el famoso catedrático, vuelto á Como, en el seno de su familia, durante las vacaciones otoñales, con aquel aire venerando y patriarcal que le hace parecer un antiguo padre de la Iglesia, se rodea de niños y de muchachos, saca un librito que es el catecismo, y enseña. Más que si se dedicase á las ocultas investigaciones de los fluidos y de la materia, se deleita enseñando á los niños la ciencia del alfabeto de Dios: en aquel librito tan humilde y tan alto espejarse parece su genio como para encontrar laureles de nuevos y arcanos fulgores, más hermosos aún y más benéficos que su admirable pila.

¡Ah! Al catecismo católico han agregado la postilla mayúscula de la infalibilidad del Papa: á lo menos Volta, Diderot y Byron no engullían tal enormidad, ni la enseñaban.

Señores: Diderot, Byron, Botta, Volta y con ellos cuantos respetan el catecismo cristiano, debieron leer en sus artículos y enseñar á los jóvenes la infalibilidad de la Iglesia. Suprimido este dogma, no hay para los católicos legítima enseñanza religiosa, porque nosotros creemos que Dios nos dió en su Iglesia guía segura y cierta relativamente

á las cosas del alma y de la eternidad. ¿No es exacto? ¿Deben creer ó no los católicos en la infalibilidad de la Iglesia? Sin duda deben creer en ella. Pues bien: la Iglesia reunida en el Vaticano en Concilio ecuménico, llegado el acto de proferir un verbo suyo infalible, declaró que, cuando habla el Pontífice, como doctor universal de la religion, es infalible. Estamos, pues, ciertos de la infalibilidad del Papa mediante la infalibilidad de la Iglesia. O destruis la Iglesia á una con el Papa, ó, no queriendo destruir á la Iglesia, aceptais al Papa infalible, á una con ella. Para quien sigue el catecismo católico, la primera conclusión no está permitida; por consecuencia no está permitida ni es tampoco tolerable la segunda.

¡Llaman enormidad á la infalibilidad del Papa! Empero, ¿qué hizo la Iglesia dando aquel decreto suyo en el Vaticano? ¿Acaso quitó de sitio el centro de la infalibilidad? Dijo acaso: ¿yo, Iglesia católica, no soy infalible, siendo infalible sólo el Papa? O por el contrario, reteniendo el dogma de la infalibilidad en la Iglesia, ¿no afirmó que asimismo el Sumo Pontífice, cuando enseña *ex cathedra*, participa tambien de su dote de no errar? ¿No es esto razonable? ¿No es razonable que, si en el cuerpo de la Iglesia existe tal dote, debe hallarse sobre todo en el jefe de la misma? ¿Acaso no prometió Cristo á Pedro, y en la persona de Pedro, no prometió á cada uno de sus Vicarios legítimos que los sostendría en la fe?

Si es así, ¿por qué se tardó tanto tiempo á insertar en el catecismo el artículo del Papa infalible, convirtiéndole en objeto de fe para los creyentes?

Señores: los antiguos cristianos, los cristianos del primero, del segundo y del tercer siglo, á tener hermoso é impreso en papel nítido el catecismo, como lo tenemos nosotros, no hubieran podido leer en él fácilmente este artículo: «Los Padres sentados en el Concilio general de Nicea, declararon dogma de fe la divinidad de Cristo.» ¿Por qué no hubieran leído aquel artículo en el catecismo? Es evidente. Porque los Padres de Nicea no lo habian promulgado aún; lo promulgaron realmente, condenando á Arrio en el año 323. Sin embargo, si bien aún no existía la declaracion del concilio Niceno sobre la divinidad de Cristo, los primitivos cristianos, no ménos que los posteriores, firmemente creian en esta divinidad; por esta vivian agazapados en las Catacumbas como en templo de fé oculto á las miradas de los profanos; por esta, caidos en poder de los verdugos, derramaban generosamente su sangre y su alma. Confortaba de todas maneras la declaracion de aquel dogma en la fe á los cristianos, tanto porque veian así la irradiacion y la extrema dilatacion de la verdad del Maestro evangélico, como porque se

hallaban mejor precavidos contra los errores de los impíos que la combatían.

Otro tanto sucede con el artículo referente al Papa infalible. Faltaba este artículo en el catecismo cristiano: los creyentes en nuestra fé que nos precedieron, no podían leer el decreto del Vaticano en aquellas páginas, por cuanto el decreto fué promulgado en nuestra edad. Empero universalmente creían en la infalibilidad del Papa como supremo doctor de la Iglesia. Alego en testimonio toda la antigua y la reciente tradición cristiana (1). Existía la sustancia del dogma y la creencia en los fieles á fin de avalorarlo; finalmente fué promulgado el artículo.

Fué promulgado, señores, por ser progresivo el desarrollo del dogma. Ya en sus tiempos lo advertía el de Lerín diciendo: «Es digno que el dogma de la cristiana religion se atenga á estas leyes de progreso, es decir, que con los años se confirme, que se difunda con el tiempo, y que se sublime con las edades (2).»

Fué promulgado además por haberse alzado en nuestros días contra la infalibilidad del Papa, como en otros tiempos contra la divinidad de Cristo, furiosos contradictores. Con vuestras befas, con vuestras ironías y con vuestros vituperios, incrédulos, provocásteis la nueva declaración. Vosotros dijísteis: «El Papa es el Vicario de Satanás y el maestro de la mentira:» la Iglesia, reunida en Concilio ecuménico, os respondió: «El Papa es el verdadero Vicario de Jesucristo; es el maestro infalible de la verdad religiosa y moral.»

¿Por consiguiente?

Por consiguiente el artículo del Papa infalible está bien en el catecismo cristiano; ruego al economista de la separación y de la incredulidad que no se ponga las manos en los cabellos por su angustia, y que no llene tampoco el cielo de quejas ó de ayes: le ruego si es menester de rodillas, que no se amedrente imaginando que sufren detrimento la inteligencia y la libertad personal en los niños. ¡Oh queridos aterrados! ¡Tres veces queridos estos que se asustan! Tener miedo del Papa cuando todas las máquinas del mundo procuran derribarlo, y cuando se apaga en tantos corazones su veneración, es lo mismo, como diría Samuel Johnson, que tocar á fuego en el diluvio. ¡Y vosotros teméis!

Empero carísimos espantados: ¿no enseñáis vosotros, por vuestra parte, cosas más graves y más formidables?

Vosotros, cuando de la fé católica os retraéis, de bruces dais en la

(1) Véase á Francisco Hettlinger. *Apología del cristianismo*, segunda parte: *Los dogmas*, c. XIX.

(2) San Vicente de Lerín: *Commonitorium*, n.º 23.

escuela racionalista. No dejais de hacer comprender á los muchachos y á los jóvenes atrevidos que la razon humana es infalible: éste, á juicio de la escuela idealista tudessa, es uno de los progresos más notables de nuestra edad. ¡Ah! Permitidme que mientras por boca del filósofo, se jacta de ser infalible la razon humana, se declare infalible la divina revelacion por boca del Pontífice. No; los pobres niños no quedarán tan escandalizados y opresos por los dogmas del Papa, como son engañados por las extravagancias y las soberbias del racionalismo invasor.

Muchas veces vosotros, rabiosos demócratas, exaltais sin límites la soberanía del pueblo, haciéndole árbitro de todo, faltando poquísimos para que no repitais aquella frase de Mirabeau: «El pueblo es impecable.» Permitidme que, mientras no declaramos al Papa impecable, creyéndole, por el contrario, sometido al error y al mal como privado, lo revistamos, cuando habla por el Espíritu del Señor asistido, de tal potencia y autoridad que no esté sometido al mal y al error. A los pobres jóvenes les hará bien un poco de autoridad pontificia, manteniéndolos firmes en la idea del deber y del culto de la virtud; en cambio nuestro pueblo «impecable,» inmoderado y loco, arrastrarlos procura en sus furias.

Y vosotros, políticos constitucionales, aún cuando no incurris en excesos, enseñais en las escuelas con la mayor seriedad del mundo, que los principios son «inviolables.» Decid: en las modernas constituciones, ¿qué cosa es la inviolabilidad del príncipe, sino precisamente su infalibilidad? Vosotros hablais así en sustancia: al príncipe no puede tocársele, por no tener culpa, y no tiene culpa, porque no puede tampoco errar. Ya que vosotros con los ordenamientos políticos impedís que yerren los príncipes, enseñando esto aún á los niños y á las mujeres, permitidnos que podamos los católicos por nuestra parte á todos enseñar igualmente que Su Beatitud, príncipe de los obispos, en virtud del ordenamiento jerárquico establecido por Jesucristo, no puede tampoco errar como jefe de la Iglesia y doctor del género humano. Puesto que no cabe prescindir de la infalibilidad para quien ocupa muy alto sitio, siendo los jóvenes instruídos en la una, conviene que se amaestren asimismo en la otra. Creed que no serán amaestrados con desdoro del Papa y de la Iglesia: cuando á ser lleguen un poco más adultos, verán que los príncipes constitucionales, á pesar de su aureola y de su defensa de la inviolabilidad, dan tumbos subitáneos y en la historia horribles, levantándose los hechos á desmentir la presuncion de la ley. Por el contrario verán seguir en pie á los Papas en la cátedra apostólica, no desmentidos por los hechos, ni vencidos nunca por el error, á cuyos piés pasa el mundo derrotado, de la misma manera que nos pinta

Homero pasar los hombres y los siglos delante del trono de Júpiter.

Ventilé las razones, con que algunos economistas se cubren para remover de la escuela la enseñanza religiosa. Nada peor hay: razones son enfermas y necias.

Aquí venga por la tercera vez el defensor de la economía, que hierve ansiando la separación, y gloriándose de su incredulidad: aquí venga, porque aún no está concluida del todo la lite nuestra.

Por mucho que sintamos el desden en el alma, al ver los principios de que parte, y al examinar de nuevo las excusas que pone delante para negar á los niños la enseñanza de la religion, nos hallamos últimamente compelidos á preguntarle: ¿Qué provecho emana de la obra tuya?—No consentes que se hable á los jóvenes de Dios, ni de religion, ni de la Iglesia: es una abstención absoluta, esperando tú en su virtud hechos privados y públicos. ¿Cuáles son?

Hechos son ruinosos.

En Francia, bajo el nombre de Charenton, hay dos pueblecitos de ilustre nombre. Es lo más notable que uno de ambos, sin duda el más frecuentado y hermoso, tiene fama por ser hospicio de locos que allí domina. Perdonadme, señores, si esta vez vengo á ser de gusto algo curioso ó extraño: tenedme ó no por fastidiado de la civil y risueña sociedad, donde ciertamente no hallo á todos los hombres con la mente sana, derechamente me dirijo al hospital de los locos de Charenton. Vosotros estais fuera, no inculpándoos por ello; cuando yo, que me guardo el derecho de salir nuevamente, me presentaré delante de vosotros, os diré... Mas la puerta está abierta, y entro.

En el hospital existe un loco, que de muchos otros se diferencia por su encarnadura blanca, por su erguida frente y por ciertos rasgos no extinguidos del todo en él, que revelan su condición señorial: en verdad que sus vestidos están rotos, cual su cabello largo muy enmarañado, y que tiene sus labios torcidos; pero más que la perturbación de su intelecto le atormenta y le trasfigura su melancolía, su dolor y el llanto que inunda su corazón. De vez en cuándo, empero, recobra el uso de los sentidos, y tiene lúcidos intervalos: entonces habla rectamente y de manera juiciosa, no advirtiendo que se trata de un demente, por cuanto es su frase culta. Me atrae, y hace que tenga ganas de acercarme á él; él, que viéndome me considera un amigo, ansioso de oír sus casos lamentosos, me toma de la mano, me conduce á un jardín y haciéndome sentar con él á la sombra de un parral, me dice: «¡Hombre piadoso!» ¡Si conociese mis desventuras!...»

Rogado por mí á fin de que me las cuente, incontinenti exclama:

«Entre los locos me hallo, y loco soy; más doble demente y loco fui en los años trascurridos; en la juventud y en la primera virilidad. Recibí pésima educación literaria, y eduquéme yo en la escuela de los Enciclopedistas; si bien estos filósofos protestan á cada instante que buscan el bien del género humano, yo aprendí en ellos el maleficio; aprendí el olvido de Dios y el desprecio de la religion: entre mi persona y las reminiscencias de mi santa madre se alzó una muralla de bronce. Me resolví por tanto á ser incrédulo. Cosa peor aún: casado, quise que mis hijos fueran incrédulos, no habiendo permitido nunca que se acercasen á los sacerdotes, ni que fueran frecuentemente á los templos; en la instruccion que les hice aprender, añadí la prohibicion de hablarles de religion. En su virtud los tuve segun mis ansias. ¡Espantosos recuerdos! ¿Sabe usted lo que luego sucedió á mis hijos, dos varones y una mujer? Urbano, mi primogénito, cábete de viento y necia, despues de haberse comido la mitad de mis bienes, no amparado más tiempo por mí, unióse á malhechores y salió á los caminos, donde acometió cuchillo en mano y asesinó; venido á poder de la justicia, condenado por ladron y homicida, subió las gradas del patíbulo. ¡Horror! ¡Horror! Parece ver su cabeza enmarañada y rugiente en tierra entre un lago de sangre. ¡La cabeza del hijo mio!»

Aquí el conturbado narrador se puso á sollozar, apareciendo sus ojos lúcidos como el vidrio, y ahondados en su órbita. Con todo, no se cubren de lágrimas, porque dentro está el río del llanto, lo cual produce angustia más desgarradora. Extendí las manos yo, tomándolo entre mis dos brazos. Roguéle que se calmara, y lo conseguí con vivas palabras de amor. Se sustrajo él á mis caricias, por tener necesidad de proseguir, y continuó así, despues de alguna tregua:

«Dije ya lo que pasó á Urbano, mi primer hijo. ¡Cosas salvajes como veis! Aun de mi Enriqueta, la segundogénita, debo referir actos obscenos y aventuras deplorables. Enriqueta, sin pizca de amor filial, y sin sombra de apego á la casa, apenas hubo crecido, principió á plantarse en el balcon, y á contemplar de soslayo á los pisaverdes que se detenían en frente á mirarla en la esquina; les abrió despues la puerta y luego se fué con ellos á la calle, no compareciendo por la noche. Baste decir que vino á ser la fábula de la ciudad, y que acabó en el puño de un tunante. Aun tú, desgraciada, fuiste una serpiente; una serpiente mujeril que laceró mi corazon, y me lo lacera todavía. No tenia ya esposa, porque la maté con mis contumelias y con mis continuas incredulidades: me hubieras podido sostener en la órbita del tálamo; ¡pero tú, coqueta y bribona, más que al viejo autor de tu existencia, amabas al corrupto de la calle y querías al bribon!»

Al decir tales palabras, el loco saca un jiron que habia sido un pañuelo blanco: sus ojos de cristal se disuelven, y á verter lágrimas principia. Empero derrama pocas: son de fuego, y no dan alivio á su dolor; poco bañado en lágrimas y siempre rugiendo como un volcan, coloca la frente suya en las palmas de las manos y pronuncia un nombre, que pesa sobre su corazon poniéndole rabioso cual un infierno. Dice gritando: «Estéban.»

Dirigiéndose á mí, repitiendo aquel horrible nombre, dice:

«Estéban, mi último hijo, hubiera podido aliviarme, sirviendo de compensacion á los deslices de mi Enriqueta y á las infamias de Urbano. ¡La compensacion de los otros dos! Salió de tal ralea que me tocó abandonar la casa dejándole como señor único en ella. Tan altivo como deshonesto, de modales ásperos y duros, cayéndose ya su cuerpo podrido, porque los vicios de la bestia destruyen al hombre, empezó á ponerse delante con execraciones tan viles, que me horroricé; oprimió el jóven perdido al viejo, y perturbóse mi razon. Lanzado fui de casa, como andrajo inútil y asqueroso: cambié la casa con el manicomio. Por esto me hallais aquí. Primeramente perdí á Dios y mi religion; despues perdí mujer, hijos y cerebro. ¿No soy el más desesperado de los hombres? ¿No llora usted al oír mis calamidades?»

Lloro, porque no tengo el corazon de piedra: lloro, teniendo compasion de las desventuras humanas, y temblando por el espectáculo de las justicias de Dios; mas el mísero demente que á espaldas está de mi asiento de piedra con la cabeza extendida, que ha vuelto á perder del todo la razon, no ve mis lágrimas, ni oye tampoco mis gemidos. ¡Alma infelicísima!

No inventé, señores, el hecho.

Cuando en la Cámara de los Diputados de Francia, durante la monarquía de Luis Felipe, se ventiló la proposicion de suprimir toda enseñanza religiosa en las escuelas del Estado, un intrépido Diputado se levantó y dijo, pedida la palabra: «Permitidme, colegas honorables, que antes de la votacion os refiera un hecho, del que hace poco tiempo fui testigo. He conocido un padre de familia, noble y rico, hoy muy desventurado. Educado en la escuela de Voltaire, no permitió que sus hijos recibiesen ninguna enseñanza religiosa; tuvo el dolor de ver al primero, despues de haber consumido lo suyo, asociarse á malhechores y subir al patíbulo; la hija vino á ser el hazme reír de la ciudad por causa de sus procaces disoluciones; el tercer hijo, trasformado por los vicios en un cadáver ambulante, penetró en su casa con el fin de arrojar á su padre, pobre viejo, despues de haberle llenado de los más atroces insultos. Volvíle yo á ver hace pocos meses en el manico-

mio de Charenton, donde se acusaba en los momentos de lúcido intervalo de haber asesinado á sus hijos, partiendo el corazón sus lamentaciones. Ahora, señores, si teneis valor para ello, votad en favor de la proposición (1).»

Las calamidades del loco de Charenton os anuncian anticipadamente mil otras, y de no menor gravedad.

¡Suprimid á Dios de las escuelas! Dios al hombre dado en las luces de la fé, principio es de toda ciencia, como es principio del deber y de la moralidad; los niños que no tienen tal conocimiento sobrenatural, crecen con facilidad en las quimeras de la falsa ciencia; crecen prontos al desórden y al crimen: de aquí que sean muchachos y jóvenes orgullosos, que no puedan sufrir el freno, que combatan á los maestros, que se rebelen contra sus padres, y que á ser vengán cruces de las familias: culpables son viejos cuando aún tienen pocos años. Las esperanzas alegres de la vida, antes que en el tronco, quedan estériles en la raíz.

¡Suprimid á Dios de las escuelas! Dios, que se manifiesta con sus atributos en la religion, y con la práctica del Evangelio, es el origen de la sociabilidad y os da la firmeza de la familia. Ahora bien; los muchachos, que son conducidos á otras fuentes, para que saquen de allí el concepto de la fraternidad humana, levántanse con ideas erróneas y ruines: ignoran de dónde proviene la sociabilidad y la institucion de la familia: quisieran ser originalmente descendientes de la costilla de los brutos y descendientes hasta de los fósiles... ¡Pobres canas de los padres! ¡Pobre autoridad de los viejos! ¡Pobres deberes conyugales! ¡Pobres oficios recíprocos de la fraternidad! El hombre, que de la piedra procede ó tiene un origen brutal, facilmente se trasforma en piedra, ó vuelve á ser bruto, aplastando ó comiéndose á sus hermanos.

¡Suprimid á Dios de las escuelas! Dios, viniendo á ser socialmente el eje de su Iglesia, subsiste en ella como garantía del órden público y mantenimiento de la verdadera libertad: hé aquí que los niños, no conociendo á Dios, y postergando á la Iglesia católica, vienen á ser perturbadores del órden político y social; confunden además la libertad con la licencia, por lo que se arruinan de rechazo en la esclavitud.

Federico Sclopis, hombre cuyo juicio aprecian justamente Europa y América, manifestó esta opinion, que precisamente es la que profesamos: «Opino que no solamente útil, sino necesario es dar la instruccion religiosa á los jóvenes en las escuelas elementales y en las secundarias... Suprimida ú olvidada la idea fundamental de la obligacion del hombre

(1) Véase este discurso en Gabriel Arró. Carroccio, *I giovani e le nuove condizioni dell'Italia*, parte I, cap. I.



de rendir á Dios cuenta de sus acciones, la conciencia se desvía y enmudece; el impulso para echarse en brazos de las pasiones y gozar en este mundo á su placer, se hace más violento, viniendo á ser irresistible. De aquí nacen las terribles perturbaciones que producen la ruina de ciudades enteras. Es el camino éste que lleva el hombre á la servidumbre: para ser libres de veras conviene tener una idea recta del fin de la libertad, que consiste sin duda en mantener la justicia y la equidad para todos. Quien dominado está por sus pasiones desarregladas, sufre su esclavitud, y no respeta los derechos de los demás. La religión es la llave del edificio social (1).»

¿Por qué, aumentando las nuevas generaciones, aumentan otro tanto los enemigos de los gobiernos, los artífices de las revoluciones, los calumniadores de las propiedades, y los que sienten la fiebre de la transformación humana? ¿Por qué nos sentimos más inclinados que nuestros padres á prescindir de la reserva y á romperla entre los ciudadanos? ¿Por qué la pobre madre, que tiene á su engendrado en el seno, no debe sufrir sólo el espasmo de los nueve meses, sino que, llegado el instante de dar á luz, deja oír sus mayores lamentos, puesto que dice: «¿Quién salvará al hijo mio en las auras de la presente sociedad corrupta?» ¿Por qué todo esto, señores? Porque Dios principió á retirar la mirada del cielo de la Europa. Pues bien; concluid la ruina: arrojadlo de las escuelas.

Suprimir de las escuelas la enseñanza de la religión produce ruinosos hechos.

Tened, amigos, piedad de los desventurados hijos, piedad de vosotros, y piedad del mundo.

Apartad de vosotros á los economistas de la separacion y de la incredulidad; repeled á los tentadores novísimos. Os dejo como recuerdo una terrible sentencia de un enemigo nuestro: así la profería Victor Hugo: «Deberíamos arrastrar á los tribunales á los padres aquellos que mandan sus hijos á escuelas, sobre cuya puerta está escrito: AQUÍ NO SE ENSEÑA RELIGION.

---

(2) E. F. Sclopis. «Carta del 2 setiembre 1874.»

## CONFERENCIA XIV.

---

### SI ES NECESARIO COMBATIR EL COMUNISMO.

Principiamos con alegría mucha de la ciencia, con la que dimos nombre á los presentes problemas. La economía pública se nos puso delante como una jóven nervuda y atrevida, llena de sólidas esperanzas, en cuyo pecho se agita una empresa altísima: el ordenamiento nuevo de la sociedad humana, realizado el que vendrá un día de fiesta universal y eterna. ¡Con cuánto fuego y con cuánta intrepidez se nos presentaba la economía empleando los brazos en ella! Arrojava por una parte á Jesucristo y á la Iglesia, porque debía bastar por sí sola; además trasladaba en sí las primeras y naturales leyes de los séres, pensando que de simple institución humana es la sociedad civil, en la que debía sin contraste ni emulación establecer el reino económico. Así de asalto en asalto y de victoria en victoria procedía gritando libertad, trabajo, riqueza...

¡Y bien, señores?

Recuerda vuestra memoria que la economía, llevando en la boca los nombres de libertad, de trabajo y de riqueza, habiendo llegado al gran centro de la población, como á término de su viaje, sufría entonces una pena muy áspera. Gozaba descubriendo la muy amada porción de su familia, los obreros; mas los mismos obreros rendidos de cansancio, por el capital hechos esclavos y oprimidos por malos impedimentos, angustiaban su corazón. Cosa peor pasaba, si la economía dirigíase á otra parte. ¡Qué vista tan fea para ella la faz del soldado y la faz del sacerdote! Aun considerando al maestro, de ningún modo sentíase contenta, descubriendo en sus manos un librito que le causaba vértigos!

Inepcias de todas maneras las que yo recuerdo; ¡inepcias, señores míos!

Desde los hondos senos de la población, errante entre los obreros amados, no bastante contenido por la espada del soldado, ni por la autoridad del sacerdote, ni por la voz del maestro, la economía ve levantarse un espectro de sangre. Arráncase los cabellos y es muchísimo más presa del vértigo... Es el comunismo.

¿A dónde fueron á parar tus gozos, mi buena economía honorable? ¡Eras tan festiva y tan atrevida! ¡Cómo es que andas en tinieblas ahora que deberías al fin cantar el himno triunfal? Dime tú: ¿imaginabas que debía producirte tal exceso lanzar á Jesucristo y á la Iglesia, sin dignarte reconocer en el universo la realidad de las leyes primordiales y divinas? Está el comunismo á las puertas de la Europa. Es un grito más formidable que aquél que hizo espantar á nuestros antepasados un día: «Mahoma II está á las puertas de Constantinopla.» ¡Qué digo á las puertas! Lo tenemos dentro de casa, con el puñal levantado sobre nuestros pechos. Atila incendia á Roma, y devasta Mahoma á Constantinopla. Economía, niña grande, desaconsejada y soberbia; ¿así trasformas en luto tan locas alegrías? ¿Así encarnas el perfeccionamiento social? ¡Inútil reproche! La economía desoye: está poseida por los malos espíritus.

Si no debo hablar á los sordos, ni esperar respuesta de los mudos, propondré delante de los vivos y de los juiciosos este problema: ¿Es necesario combatir el comunismo?

Algunos que miran la corteza de las cosas, hallándose abriantada ésta por una luz grata, escandalízanse de los espantos de la economía, diciendo: ¡Qué pavor tan simple! Para nosotros el comunismo no es un espectro que haga temblar nuestros pulsos. ¿Quién lo invoca? ¿Quién lo coloca en medio y se hace su propagador? Los arruinados, los discolos y los novatos de la civilización. Como veis, no se ha de prosternar el mundo delante de la hez y de la chiquillería.

Espíritus fuertes, perdonadme: teneis muchísimo valor; pero vuestra inteligencia es corta, no viendo más allá de las narices: seríais los héroes de la paz, si no debiérais envolveros, inconscientes pigmeos, en la batalla. Nosotros esta vez reputamos justos los terrores de la economía, y nos resolvemos á ponerles muy en claro.

Sin duda el comunismo es deseado por los arruinados, por los discolos y por los novatos inexpertos; mas ¿ignorais por qué títulos especiosos se acredita entre tanto y se promueve? ¿No sabeis que aún entre los propios economistas, los cuales llevan traje de eruditos, abundan los autores del comunismo? En su virtud si el monstruo place á muchos, es por muchos encomiado y protegido: de seguro no son viles ni son insipientes los que tiemblan.

En su virtud declaramos la guerra ordenadamente al mónstruo en nombre de la razon y de nuestra fé: á la economía unimos el catolicismo, porque no es ella sola suficiente á conseguir la victoria.

En primer lugar el comunismo place á los arruinados, quienes, para distribuir los bienes, se apoyan en la cuestion del derecho. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que supone aquel derecho alegado un pésimo latrocinio.

En segundo lugar place á los díscolos, quienes, para distribuir los bienes, se apoyan en la cuestion de las públicas franquicias. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que las franquicias alegadas son una mentira que tiende á un obsceno despotismo.

En tercer lugar place á los inexpertos novatos, quienes, para distribuir los bienes, se apoyan en la cuestion del progreso. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que el alegado progreso es una cosa vieja é incluye el tormento social.

Detrás del sacerdote que habla, está la Iglesia que se adelanta y acorre. Justificación más bella no hubiese podido salir al concluirse los *Problemas*. Asaltamos en un principio la economía incrédula; ahora nos corresponde levantarnos á socorrerla, para que no caiga el mundo bajo los golpes de los pésimos hijos por ella engendrados. ¡Advertid que hablo yo de la economía incrédula! La monarquía de Mahoma sólo vive protegida por las lanzas cruzadas de las grandes Potencias de la Europa.

---

Hay una turba inmensa, de lo más bajo y de lo ménos educado, que hormiguea en el vientre de la sociedad civil: son obreros, que obstruyen las oficinas y las grandes fábricas, que buscan trabajando su existencia, pero que trabajan con ira, teniendo por taller una cárcel y por fábrica un presidio: son tan descarados para imprecicar á sus amos, como para proferir blasfemias contra la Providencia: son artesanos que por sus vicios y por su vida desocupada vinieron á ser impotentes para trabajar, siendo en su virtud ociosos, inquietos y vagos: recorren todas las calles con fastidio, siempre van á las tabernas, y dicen palabras torpes á las jóvenes honradas, como tambien sarcasmos á los hombres de bien: son pobres precisamente porque son hambrientos y estafadores: mozos y jóvenes del populacho, que aborrecen la fatiga y están opresos por ambiciones insaciables... Estos tienen la trompeta en la boca y gritan: «Comunismo.»

¡Hasta qué punto estamos encogidos y deshechos! No existe sol que nos caliente, ni flor que huelga bien aplicada á nuestras narices, ni tierra que nos sostenga. Produce la tierra; mas no para nosotros: los sua-

ves céfiros soplan; mas no para nosotros: nosotros no tenemos primavera, como nos hallamos privados de patrimonio y herencia. Para nosotros las excesivas tareas y las incomodidades; para nosotros echarnos á perder los brazos en las fatigas. ¡Ojalá pudiéramos con los brazos evitar los improperios! Aquellos amos canes, al ver que aún están unidos al cuerpo é incólumes, levantan el látigo y nos hieren, llámanádonos poltrones. ¿No es una maldad humana? Los beatísimos señores, jefes de los ciudadanos, habitan en palacios, nadan en el oro, ostentan lujo, pasan los días en la crápula, se refrescan con nuestros sudores é insultan á los vencidos. Ahora bien; ¿no estamos nosotros construidos con la misma carne? ¿No somos de igual nido y criados para vivir todos en esta gran casa del mundo? Guerra, pues, á los ricos, á los propietarios, á los amos, que se comen nuestro pan y se visten con nuestros paños: guerra, pues, á hierro y á fuego; guerra mortal para constreñir á los arrebataadores á que nos devuelvan lo nuestro. Hágase un fondo comun con los bienes, las riquezas, los gozos, las glorias, y todos los beneficios de la vida. Nuestra indignencia tendrá fin en los brazos de la gran abundancia.

Señores: por este tumulto de los arruinados no quisiera yo amedrentarme mucho, si sólo viese dentro la manía y el odio de quien me combate; si sólo me pareciera un simple desohogo de los miserables: no quisiera en tal caso preocuparme mucho del peligro comun, como al declararse la peste y al estallar la borrasca no veo que ordinariamente peligre la existencia de la sociedad civil. Mas en los clamores oídos por nosotros, envuelta está la cuestion del dorecho. Pase además lo del derecho, en cuanto lo alegan la chusma y las ínfimas clases de los plebeyos, que nada saben por sí mismos. Mas los arruinados aprenden la voz del derecho en las asociaciones de obreros, á que dieron el nombre; la beben por el periodismo más desvergonzado que diserta relativamente á él; la recogen en las cátedras de los profesores que se llaman apóstoles de la democracia, de modo que tal derecho de la distribucion de los bienes invocado por los arruinados, vienen á ser un hecho apoyado por la ciencia. Esto me aterra, cuanto puede hallarse aterrada la economía. En su virtud, exclamo, señores: no es tan fantasma el comunismo, que no sea verdaderamente un mónstruo real: afron-témoslo cual hombres racionales y católicos, segun reclama la necesidad.

¿Cómo se prueba que ricos y propietarios, hablando en general, no deben despojarse de sus bienes para distribuirlos en comun? Incluye tal pregunta esta otra: ¿de qué fuente se deriva el derecho de la propiedad?

Al definir el derecho de propiedad, tres escuelas son las más famosas entre los jurisconsultos modernos: la economía es impelida á ocuparse con frecuencia en alguna de ellas.

La primera es la que lo hace brotar de un contrato. A su juicio los hombres, habiendo considerado la grande utilidad que para ellos emanaría de la distribución de los bienes de la tierra, resolvieron que se hicieran tantas porciones cuantos ellos eran y que, tanteada la suerte, cada uno tomara y poseyera en propiedad la parte que le tocara. Tal conclusion, que lleva la forma de contrato, fué realizada precisamente, surgiendo de aquí la distribución de los terrenos. A la cabeza de tal opinion campean Puffendorf, Thomasio y los doctores protestantes.

La escuela segunda hace brotar de las leyes el derecho de propiedad. Dice así: En el estado primitivo los hombres vivian aisladamente, como los animales lo hacen, sirviéndose cada uno de los bienes que les habia proporcionado en comun la naturaleza. Mas no bien apreciaron las ventajas de la vida social, se pusieron á mudar de costumbres, trocando el sér individual por el colectivo. Para obrar esto eran necesarias las leyes que determinan los derechos y las reclamaciones entre los diversos individuos. Hé aquí que la propiedad es parto de las leyes civiles. Los filósofos franceses van á la cabeza de tal enseñanza. Entre los tales Mirabeau, hablando de la propiedad en la nacional Asamblea, crudamente afirmaba «que sólo la ley la constituye,» y Tronchet añadía que «sólo las leyes han originado la propiedad;» Robespierre, en su declaracion de los derechos del hombre, llamó á la propiedad «el derecho del ciudadano á gozar la porcion de los bienes que le asegura la ley.»

Funda la tercera escuela el origen de la propiedad en la omnipotencia del Estado. A su juicio, el Estado representa la voluntad universal é infalible, siendo por consecuencia la fuente de todo derecho: es la regla á que los ciudadanos se deben inclinar y remitir; mas en cuanto á ser por sí propietarios de alguna cosa, no es, ni puede ser, debiendo recurrirse al centro de la comun voluntad, que sólo es el Estado ó el gobierno. Los apasionados «concentradores» políticos, desde Kant hasta Walter, hacen aquí de maestros, é imperan aquí como príncipes.

No vacilo en manifestarlo: las tres indicadas escuelas al afirmar de tal manera el origen de la propiedad, van erradas estrepitosamente, y atacan el derecho. Aténgase á la una ó á la otra de tales escuelas, la economía se apoya en lo falso, viéndose obligada, señores, á dar razon á los comunistas.

¡Verdaderamente haceis brotar el derecho á poseer de un pacto social? Suponed los bienes tan comunes que todos los hombres tuvieran

igual derecho sobre todos: así borrais las personales desigualdades, y caeis en el principio de los comunistas, que á todos los hombres envuelven en una igualdad perfectísima. Ahora bien: si todos los hombres son iguales por sus talentos y sus dotes, ¿por qué vuestro contrato social no distribuye asimismo los bienes? ¿Por qué tolera de una parte á los pobres, por otra defendiendo á los propietarios y á los ricos?

¿Haceis por el contrario que tenga su origen el derecho de poseer en aquella promulgacion de leyes, que realizada fué por los hombres cuando vivian disgregados? Suponeis, por lo tanto, que los hombres eran en un principio salvajes, y que obraban entre sí «pecudum more,» lo cual no es históricamente así. Resulta de vuestra teoría que si los hombres actualmente no son salvajes sino civilizados, y la propiedad es sólo un producto de las leyes públicas, éstas vienen á ser poco honestas, apareciendo más bien desleales é injustas, dejando sin escrúpulo en medio de nuestra civilizacion subsistir la enorme desproporcion de bienes que contemplamos. Antiguamente tales bienes pusieron fin á la selvaticuez acumulando en los ciudadanos los bienes: ¿por qué ahora, que añadido hemos tan decantado progreso, no acumulan los bienes, teniéndolos separados? El rechinamiento de los dientes de los comunistas os sigue; contra vuestras espaldas, legistas rígidos, y artificiales artífices de la sociedad, lanza el anatema de los desesperados.

¡Oh! ¿Haceis que de la voluntad del Estado surja el derecho de poseer? Ante todo descansais en una necesidad; suponeis que el Estado crea el derecho de propiedad, y que por esto crea igualmente los actos recíprocos de justicia conmutativa, que nacen del derecho de propiedad entre los individuos. Mas los individuos son primero que el Estado que constituyen: suponeis el efecto anterior á la causa. Además si el Estado es el creador del derecho de propiedad, se le declara propietario de todo el territorio: ¿no es verdad? Sólo que ¿de dónde lo habrá recibido? ¿De algun hombre rico y potente? No, porque algunos no pueden disponer á nombre de todos, y el Estado, segun vuestra doctrina, es el representante de la voluntad universal. ¿Lo habrá recibido de la suma de los individuos? Sí: pues bien, á la suma de los individuos debe corresponder sin distinciones ingratas y deshonestas: sea generoso igualmente con todos por lo que hace á los bienes. Mas ¿por qué razon entretanto la propiedad es acumulada en pocos? ¿Por qué delante de estos las muchedumbres de los braceros y de los hombres del pueblo quedan con las manos vacías? ¿Es justicia esto? Los bramidos de los comunistas salen de una raíz demasiadamente honda cuando piden una exacta distribucion de los bienes y de las riquezas, teniendo vosotros obligacion de hacerla.

¡Ay! No se derriba, no, amigos míos, con las armas del contrato social, con las armas únicas de las leyes civiles y con las armas del Estado «concentrador» el mónstruo del comunismo. Si dais á la economía tales armas y no algunas otras más potentes, no vencerá nunca en su combate con el comunismo. ¡A ellas, sin embargo, se ciñe ordinariamente! Por esta razón el comunismo adquirió tantísima preponderancia. Por esto tiembla la economía y es débil; vosotros al defenderos de los agresores nuevos teneis un derecho de temple caduco, vano é incierto; un derecho que en vuestro pecho queda retoreido, siendo así que para defenderos con buen éxito á vosotros mismos y rechazar al mónstruo, necesitais un derecho evidente, íntegro y perpétuamente inquebrantable. ¿Qué haremos? Os decía yo: combatámoslo directamente á nombre de la razón y de la fé de Jesucristo. Decía: demostremos que la práctica del comunismo supone una ladronera.

¿En qué consiste realmente para nosotros, hombres racionales y católicos, el derecho de poseer?

«En un derecho de dominio sobre una cosa, responde un doctor cristiano, san Antonino, que nosotros hemos justamente adquirido (1).» ¿Cuándo interviene la justicia y hace lícita aquella adquisicion? Sólo cuando nosotros obramos segun los dictámenes de la naturaleza, que debe mostrarse abiertamente, é informar las acciones nuestras en la disciplina y en la moralidad, porque para otro gran doctor cristiano, san Ambrosio, «la fórmula de la disciplina y la forma de la moralidad son únicamente imágenes naturales (2).» Por esto, ¿quién puede disponer de la cosa que adquirido hemos naturalmente, ó sea justamente? Parécenos palmario: nosotros y únicamente nosotros, porque, segun san Buenaventura observa, «lo que propio es de mí cae bajo la determinacion de la voluntad, pudiéndome dispensar de ello si me place, mientras cualquier otro consentimiento permanece ligado al mío (3).» En suma; yo soy el dueño, y no tú.

Empero definir de tal manera y con tales autoridades el derecho de poseer, tiene un sabor eclesiástico en demasía, no hallándose la economía acostumbrada á él; razonemos, pues, de otras maneras cual hombres siempre católicos á la vez y filósofos.

Escribió Antonio Rosmini: «El acto de adquisicion de la propiedad

(1) *Proprietas est dominium rei iustis modis quaesitum.*—SAN ANTONINO, part. 4, tit. 12, cap. 4, párr. 6, col. 1.

(2) *Naturae effigies, formula disciplinae, forma honestatis est.*—SAN AMBROSIO, *Offc.*, lib. 1, cap. 10.

(3) *Proprium illud est, de quo dispensare licet, iuxta propriam voluntatem, omni assensu alio circumscripto.*—SAN BUENAVENTURA. *In Speculo disciplinae*, part. 1, cap. 4.

externa sólo se puede hallar en una acción moralmente libre, ó lícita, que deja en pos de sí alguna consecuencia, en que la misma acción casi habitualmente se continúa en nosotros (1).» Yo siento el deber de la propia conservación, y tengo en mí el estímulo de la humana perfectibilidad: por esto mismo poseo el derecho ó la facultad de procurarme sin daño de otros, ó de apropiarme cuanto me ofrece un medio de conservación y de perfeccionamiento. Pues bien; entro en un terreno que á nadie pertenece, llevo á él mi trabajo, lo cultivo, saco fruto, y el fruto es jurídicamente mío.

Esta es obra de naturaleza, porque la naturaleza me induce á obrar así, en cuanto me da el principio y la obligación de conservarme y perfeccionarme. De tal modo brota el derecho, mediante la ocupación que hago yo de una cosa, que á nadie corresponde, y que por consiguiente me corresponde á mí en virtud de mi trabajo. *Quod nullius est, id ratione naturali occupanti conceditur* (2). Es la acción moralmente libre, ó lícita, de que más arriba tomamos nota; acción que deja alguna consecuencia detrás de sí, en que la propia acción continúa en nosotros habitualmente.

Cuanto sobre la primera ocupación de los terrenos afirmamos, otro tanto se debe decir relativamente á materiales objetos, ó al dinero, que puede adquirirse mediante las operaciones de la industria. Lanzándome yo en medio de la sociedad civil, ejercito mis facultades naturales y educadoras: empleo la inteligencia, la sagacidad, la vigilancia, la fortaleza, la perseverancia y así sucesivamente: acudo á las artes y al tráfico: comercio, urdo cosas nuevas y hago pruebas: no perjudico á otros; me conduzco con rectitud y probidad: soy amigo de la fortuna, y las velas de mi navecilla se hinchan con sus auras propicias: recibo la recompensa del ingenio mío y de mis sudores; por esto, á que dedico mis fatigas, consigo ganancias considerables. Tales ganancias jurídicamente son mías.

Mías son de derecho, señores, porque, aún entre las ocupaciones de la industria, me acompaña el ansia de la conservación y la de perfeccionarme á mí mismo: son mías de derecho, por haberlas adquirido con justicia y porque con justicia igualmente las conservo, pues contienen una parte de mí, esto es, llevan en sí propias mis vigiliias, mis cansancios, mi valentía, siendo como la sangre de mi espíritu y de mi cuerpo: mías son de derecho, porque, mientras van de tal manera ordenadas, me aprovecho de ellas, refundiéndolas en mí; porque juntamente

(1) A. Rosmini: *Filosofía del diritto*, parte I, lib. 11.

(2) L. 3 ff, *De acquirendo rerum dominio*.

con la dote de la justicia por la cual no se sigue ofensa para nadie, llevan el sello de la benevolencia humana en la que segun Ciceron, está el fundamento del derecho: *Natura propensi sumus ad diligendos homines, quod fundamentum iuris est* (1).

Suponed ahora que algun viviente audaz, ó algun hijo del comunismo, se levante contra mí, gritándome:—Posees desmedidamente, siendo ladron: depon la gran riqueza, de modo que se distribuya entre todos, que tienen derecho á gozar de ella;—¿no veis la respuesta que debo dar al demente? ¡Yo ladron! Tú quieres despojarme de lo mío; quieres por derecho dar á los otros el producto de mi talento, de mi pericia y de mi sangre, al paso que lo mucho poseido por mí nada cuesta á los demás. ¡Ladron yo, porque soy rico! Tú, raptor, tienes en tí mismo el ladron.

Juzgad vosotros de estas dos voces diversas, que hago resonar en vuestros oidos; ¿no ois en la una el bramido de la usurpacion? ¿No escuchais en la otra el sonido del derecho y de la justicia?

La propiedad, honradamente adquirida, es de derecho natural, por ser casi una explicacion y un término del hombre: es por consecuencia un derecho firme, manifiesto, no contrastable, que, mientras vive la propiedad, extinguirse no se puede sino por la completa renuncia de quien lo tiene: derecho anterior á todas las convenciones terrenas, relativamente al cual está bien que se promulguen las leyes para regular el ejercicio y asegurar la posesion; pero que las leyes, no queriendo ser invasoras, no pueden nunca tocar en su sustancia, ni hacerlo desaparecer.

Aquí descansa la verdadera enseñanza de la propiedad, que nosotros, hombres racionales y católicos, sostenemos. ¡Ah! ¡Decid, señores! Si la economía pública y social se hallase acompañada de tal enseñanza, ¿no se vería más iluminada y mucho más á propósito para conocer las malas artes y rechazar los golpes despiadados del comunismo? La Iglesia, nuestra madre, como la razon humana bien entendida y recta, está con la naturaleza y con Dios; refiere el hombre á Dios y á la naturaleza en la cuestion de los deberes y de los derechos; el hombre bajo tal aspecto viene á ser respetado é intangible. Por el contrario los economistas, que de vista pierden á Dios y la naturaleza con suma ligereza, no estiman al hombre cuanto deberian; reducidos á las bajas condiciones del mundo hacen hincapié grandísimo en los bienes sensibles y en las fuerzas terrenas. ¡Engañados! Dejan así de tener una frontera fortísima para impedir la entrada de los mónstruos en la so-

---

(1) Ciceron. *De leg.* I, XV.

ciudad. Es una famosa sentencia de Aristóteles, que «las leyes terrenales, son como tela de araña, que detiene á los mosquitos, dejando pasar los pájaros grandes y las águilas.» Muy bien; el comunismo es más que pájaro grande y que águila, por ser un mónstruo; destroza vuestras leyes terrenas, y pasa.

Tienes, economíá, motivo de sobra para temblar y concebir sospechas: refúgiate sobre la roca del derecho, que no se conmueve aún enfureciéndose las olas del Océano. Sal de la tela de araña del contrato social, con la que procuras defenderte de los comunistas: el contrato social productor del derecho, aún en la hipótesis de que hubiera sido ultimado por los abuelos, puede ser disuelto por los nietos. Sal de la tela de araña de las leyes civiles: éstas, que se invocan para producir y sancionar el derecho, pueden ser reformadas caprichosamente por los legisladores. Sal de la tela de araña que contra el comunismo te apresta la voluntad del Estado: el Estado es como el individuo que á cada momento muda de voluntad, mudando de constitucion: si un poco antes te cubría con su sombra, un poco despues te deja desnuda, y vas hollada bajo el pié de los atropelladores. ¡Economía! ¡Economía! Para tí el derecho de propiedad ha de ser tan claro que no pueda resultar cuestionable, y tan firme que ni se cree por los hombres, ni se deshaga. Tal es el derecho de poseer, que emana originalmente de Dios mediante la naturaleza, y que al hombre se identifica por el ejercicio interno y externo de sus facultades, siendo considerado por las leyes de la religion católica sagrado é inviolable. Contra quien procura infringir tal derecho, tienes obligacion y autoridad para decir gritando: «Apártate, porque chupas la sangre y devoras la carne de tus hermanos.»

Hé aquí cómo válidamente se afronta el comunismo, rebatiendo sus golpes. Hablad extensamente alrededor de la doctrina esta, persuadiendo los ánimos de los individuos y de los pueblos: el prepotente comunismo, herido en el pecho, da en el suelo las últimas boqueadas y muere.

Queda resuelta la parte primera del problema.

Los arruinados adelantan con el grito en la boca de la distribucion de los bienes; no sólo de la parte baja, de que son hijos, sino tambien de la elevada, de donde sacan un tinte científico, los arruinados se apoyan en la cuestion del derecho. ¡Qué derecho, señores? Sed hombres racionales y católicos: mostrad que aquel alegado derecho supone un ruín latrocinio.

---

No nos entretenemos sólo en la hez del populacho, espaciándonos más allá: veis que se forma en todas partes una segunda multitud, que

poco se distingue de la otra en bondad. Ciertamente que no sólo consta de braceros y desesperados; sin duda en sus filas aparecen asimismo jóvenes señoriles bien vestidos y adornados, como también mujeres perfumadas ó viejos ya chochos que parecen criaturas. ¡Empero así es! Si no atendemos al barniz, como ciertamente no lo debemos hacer, la nueva muchedumbre advenediza que se nos pone delante, es horrenda en cuanto á las costumbres morales, por ser la muchedumbre de los díscolos.

Estos, lo mismo que los plebeyos, aman el comunismo, ansiando la distribución en partes iguales de los bienes y de las riquezas entre los ciudadanos.

¡Infelices! Derrochan, abundantemente derrochan á fin de consumir en alegrías locas su merced terrena; tienen modas que procurarse, teatros que frecuentar, amistades ruines que sostener, espectáculos á que asistir, y reuniones públicas donde figurar: tienen malas mujeres que alimentar, y las pasiones devoradoras del juego que satisfacer. ¡Desventurados! Hombres del goce como son, frecuentemente adornados y brillantes, contraen deudas enormes, tienen acreedores á las puertas de su casa y en los talones; son molestados por dolores, cargados de mil angustias y opresos por culpas siempre nuevas: bajo el hermoso barniz, brota sangre de su corazón y de su espíritu. ¡Oh! ¡Qué clase de vida es esta!

Entretanto, exclaman, la fortuna muy alegre abunda para los riquísimos. Ellos que podrían gastar mucho sin empobrecer, tienen los cajones cerrados, é impiden la circulación del dinero; ellos que de todo sacan utilidad, engordan por nuestras estrecheces. ¡Infame ordenamiento de la sociedad! Los avaros ricos arruinan á los generosos; fuertes por el privilegio que los circunda, destruyen nuestra libertad. Nosotros por falta de dinero somos encadenados en las alegrías de la existencia. Necesítanse otros gobiernos y otras leyes para sojuzgar á los crueles: ábranse sus cajas, y disminuyan aquellas montañas de oro, á fin de que la sociedad civil lo disfrute. El comunismo traerá el reinado de la fraternidad.

No hay duda, señores: la demanda de los díscolos á la de los arruinados unida, hace mucho más formidable la escuela comunista. Puedo haber yo expresado mal esta exclamación última; mas el hecho es que tiene sin duda el nuevo monstruo en los labios la exclamación de los díscolos. No lo niega la economía pública y social; ella, que de una parte y otra, de la Europa y de América, ve ir en aumento á los díscolos, viniendo á ser muchedumbres descompuestas é invasoras; ella, que de aquí observa desmedidamente aumentar en las muchedumbres civiles las necesidades de la vida cotidiana, es dominada por

el aturdimiento. Tiembla, vacila y pregunta: «¿A dónde vamos nosotros?»

La economía está desalentada y me desaliento yo á una con ella; tiemblo, señores, por cuanto el mundo está colocado sobre una pendiente resbaladiza, de la que no sabe salir. Segun vosotros oís, los discolos se hacen elocuentes con una palabra tentadora; vociferan contra el privilegio de los poseedores y de los ricos, queriendo franquicias y libertad. ¿Cómo se conduce la economía pública? A medida que quiere por grados aplastar á las clases altas, se rinde, quitando el brillo y hundiendo á dichas clases: á medida que pide nueva libertad, abunda en libertad nueva. Ahora bien: verdaderamente temeroso pregunto tambien yo: «¿A dónde vamos?»

No me rindo y me coloco delante del mónstruo para no dejarme engullir por él. Lo aseguraba: los discolos, á quienes place tanto el comunismo, se apoyan en la cuestion de las públicas franquicias: demostremos nosotros, hombres racionales y católicos, que las franquicias alegadas son una mentira y conducen á un obsceno despotismo.

Son ante todo una mentira.

Cuando se trata de franquicias civiles y populares, la religion católica no se puede dejar aparte. Háblanos tú, Iglesia de Jesucristo; instruyenos á tus hijos y révelate á tus adversarios: tienes las llaves de la historia moderna, porque fuiste la primera en redactarla y abrirla con el Evangelio á los hombres. Pues bien: métenos dentro, para leer en los anales de la comun igualdad y de la libertad.

Representaos en el pensamiento realmente la aparicion del cristianismo, del cual es la Iglesia centro y propagadora: es una presentacion que hace desaparecer el mundo antiguo.

¿A dónde van los gobiernos brutales y guerreros, que difundíanse por el Asia, por el Egipto y por el Africa? Asaeteados por un disparo de muerte, se alejan. ¿Dónde están las castas orientales, que, alterando los gobiernos de los patriarcas, usurpaban el ejercicio de la autoridad, restringiendo á sí los derechos de la plebe? Disminuyen, perdido gran parte de su vigor, y despues se disuelven. ¿Dónde está la nobleza de occidente, donde dominaba el individuo vergonzosamente al pueblo, haciendo legitima la violencia? Se desgarran y cesa. ¿Dónde la Grecia está con sus compañías acumuladas de filósofos y de siervos? La Grecia dejó de ser. ¿Dónde se halla Roma con sus millones de guerreros, esclavos y pueblos conquistados? Tampoco existe ya la tremenda Roma. ¿Dónde están los bárbaros de la Edad Media, que el derecho de la justicia sacaban de la fuerza de sus brazos, y de la extension de sus devastaciones? Desaparecieron los bárbaros. ¿Dónde se halla Mahoma?

¿Dónde los tiranuelos del feudo? ¿Dónde los sucios emperadores de Bizancio y los emperadores prepotentes de Alemania?

La sociedad civil mudó de aspecto, á costa de redobladas fatigas, de sangre y de lágrimas: lo que más sobresale aún es que cambió de corazón y de obras, no siendo lo que fué: no es la Sociedad de Pisistrato, de Falárides, de Sila, de Yugurta y de Tiberio: es la Sociedad de Constantino, de Carlomagno, de Justiniano, de Teodosio el Grande y de san Luis. ¿Quién la rehizo tan noblemente? Un soplo divino corrió gradualmente sobre la tierra, saliendo de la boca de la Iglesia: sonó el anuncio de la emancipación que profirieron los Papas, los Concilios y los preladados: no hubo ya, según la frase de san Pablo, «ni Griego, ni Romano, ni Scita, ni bárbaro,» porque todos los hombres se alargaron recíprocamente la diestra como hermanos. Angel Marescotti hace justicia á la verdad donde dice: «La emancipación universal y popular es cosa innegable, demostrada por la historia, en cuyas páginas resulta claro que todas las revoluciones sociales tienden á reconquistar la emancipación ó libertad humana é individual; la doble ciudadanía doméstica y pública, que perdió el hombre por el pecado, abandonando los preceptos de la justicia... Recibió del mismo Dios el apoyo mayor, que mantuvo vivas en los recuerdos las tradiciones de la libertad antigua; que hizo escribir á Moisés los principios fundamentales de la justicia vilipendiada; que descendió personalmente á predicarlos á la criatura hecha á su semejanza. La razón propia del hombre sirvió para comprender y demostrar la libertad, que alberga en el seno de la justicia de Dios. Si aún no reina la concordia entre nosotros, proviene del abuso que hacemos de la razón (1).»

Los díscolos del comunismo abusan de la razón de un modo desmesurado: piden con las quejas de los abandonados lo que acontecimiento es realizado en los siglos: invocan la emancipación y las públicas franquicias, ocupando el mundo la liberación pública. Es libertada la mujer, que no yace ya como innoble presa en poder del marido; es libertado el criado, que no pende ya de los caprichos de su señor y alegremente siéntase á la mesa de los libres; es libertado el súbdito, que no tiene ya como regla externa la voluntad del príncipe, sino la ley; es libertado el obrero, que no se fatiga, para ser desposeído de su salario, ni es siervo del trabajo, sino que recibe honestas retribuciones como un ciudadano libre; es libertado el ignorante, para quien se abren escuelas gratuitas en todos los municipios; es libertado el infeliz, el pobre y el huérfano, los cuales en la desventura y en la miseria no se

---

[1] A. Marescotti, *Sull'economia sociale*. Discurso I, cap. II.

ven ya constreñidos á morir de inanición ni de vergüenza, sino que hallan la pública caridad, de que reciben asilo, alimento, educación y salud.

¡Oh Iglesia de Dios! Te doy las gracias. Has predicado tú la *Buena Nueva*; has hecho conocer á Jesucristo; has difundido el amor celestial entre los pueblos; has iluminado las mentes oscurecidas por el paganismo; has enjugado las humanas lágrimas, dado á los idiotas el maestro, á los dolientes el médico y á los oprimidos la libertad. Esta redención, esta inmensa emancipación con la cual se lisonjea la humana estirpe rejuvenecida, es fruto histórico é inefable de tus manos.

Establecido esto, ¿aún tienen los hombres la manía de la emancipación? Empero ¿de quién se proponen ellos emanciparse? Es una voluntad necia y un infucio frenesí que se resuelve en mentira.

¡Ah señores! Existe aún una porción de vivos que todavía no está emancipada. ¿No disputamos acaso ahora con los díscolos? Continúan los tales aún en cepos: tienen el cepo de su ambición que los trastorna; tienen el cepo del orgullo que los fascina; tienen el cepo de la envidia que los corroe; tienen el cepo de la lascivia que los consume; están desesperados porque todos los días son empobrecidos por los excesos morales: ponen la vista en los tesoros de los propietarios, en las fincas de los que poseen y en las ganancias de los que trafican: ladran hácia los bienes, y lo hacen como hienas hambrientas á lo que quisieran comerse. En su virtud los votos ardientes del comunismo; la comunidad de los bienes y de las mujeres. ¿Qué sucedería, mis amigos, á ser contentados los comunistas díscolos? ¿Saludaría el mundo realmente la era flamante de la libertad, cantando la epopeya realizada de la emancipación del hombre? He predicado terrores, y sentirían terrores sumos los mortales. Los díscolos del comunismo parten de la mentira y tienden al despotismo.

Es detestable el tirano porque todos sus «caprichos» declara lícitos desgarrando el código de las leyes. Aurea sentencia de nuestros padres era: *Servi legum sumus, ut liberi esse possimus*: somos esclavos de la ley para ser libres. Nada más exacto, porque la ley que modera tus actos, defendiéndote de las sevicias de otros, es prenda de la libertad. Prácticamente aún resulta más: no sólo es la ley una prenda de la libertad, sino que asimismo es la vida en el consorcio civil. En su virtud Gioberti, introduciéndola en los órdenes creativos, osó afirmar que «así como crea él ente entre las existencias, la ley crea la libertad.» El hecho es ciertamente que, si quitan la ley, muere la libertad.

Empero existe otra cosa supremamente notable. ¿De dónde emana que las leyes civiles fl rezcan y aseguren á la libertad el debido des-

envolvimiento y la vida? Emanan de la ley moral, que de todas las restantes es fuente y vigor, lo cual es un axioma para los juiciosos políticos. Las buenas costumbres son el alma de las leyes; suprimid las honradas costumbres y las leyes enferman disolviéndose; lo cual quiere decir que, destruida la ley moral, no existe humana legislación que subsista. Por consecuencia el vicio que nace y se propaga sobre la destrucción de la ley moral, es el opresor más válido del pueblo.

Salid ahora fuera, hombres del goce; venid aquí, hombres del siglo XIX, amigos de las fiestas: la sociedad civil oyó vuestros clamores, y meditó vuestras lamentaciones de indignación; imagino que, incapaz de continuar muda y de resistir, os satisface plenamente. La libertad del comunismo es publicada en beneficio vuestro. ¡Qué barullo! ¡Qué gozoso espectáculo! Hé aquí que, más indiscretos que las arpas de Ariofo, correis á engullir el cobre y el metal; correis á engullir las joyas de las damas virtuosas; á quitar las cruces áureas del pecho de los Obispos y los cálices de los altares; á desposeer á los príncipes de sus diademas, á forzar las cajas de los ricos, á coger el dinero de los bancos de los traficantes, y á despojar los escaparates de los joyeros. ¿Y bien? Vuestra mano no es la de Judas, que arrebató para encerrar y retener, porque vosotros habeis nacido para consumir. Os imagino boletos, comediantes, juglares, amantes, caballeros servidores, besadores de manos, parásitos y gastadores de todas clases. ¡Os reconozco! A vosotros el oro, las joyas y los bienes arrebatados sirven para el baile, sirven para la cena, sirven para el teatro, sirven para el juego, sirven para la moda, y sirven para vuestras pompas arrogantes y torpes. ¿Y bien? Así como fuisteis en pos del oro para tener goces abundantes, empleais el goce para inducir á la humana postración. Os siguen las turbas de los necios, y vosotros fundais el reino de la carne. Sois potentes sin duda en hacer el amor; mas haciendo el amor quebrantais el carácter moral, quedando sometidos. Cornelio Tácito lo dice con una frase, que hace inútil un libro, y compendia la historia de las naciones decaídas; dijo: «Donde impera la mujer, los hombres sirven.»

¿Es acaso éste aquel gobierno civil, por el que prorumpían tan ardientes vuestros suspiros? ¿Acaso para establecer esta pública sociedad dictó Aristóteles su *Política*, y Ciceron el *Tratado de las leyes*? ¿Por ésta los juristas del Lacio pusieron glosas infinitas á los dictámenes de la jurisprudencia? ¿Trabajaron tantísimo por ella los antiguos legisladores y los filósofos modernos? ¡Qué pregunta! ¿Tendísteis á esto pues, vosotros mismos, hombres corruptos, con vuestras palabras referentes á la emancipación y á la libertad? ¿Tendísteis á establecer la sociedad de los deshonestos, que es la de los embrutecidos y de los siervos?

«Donde impera la mujer, los hombres son esclavos.» Y nosotros venimos á ser esclavos de la peor raza que se conoce.

Los esclavos, á los cuales Lúculo apenas daba las migajillas de su mesa, estaban ménos envilecidos que los nuevos esclavos: aquellos veían á su señor, repantigado sobre un lecho de pórvido, cenar con los amigos y beber copas de oro llenas de Salerno espumoso; mas les impedían equipararse á él por desmesurada vanagloria: aquí de igual manera, señores y plebeyos, se sumergen todos en la triunfante lascivia. Los esclavos que Polion echaba vivos para nutrir á los cerdos y á las murenas de su jardín, podían á lo ménos conservar un alma libre; aquí en los esclavos nuevos se tiraniza sobre todo el alma. Estos esclavos flamantes plegan el alma bajo el pié de la bailarina; abandonan al tirocinio moral para dedicarse al ejercicio de los miembros y al desfoque de los sentidos, no pudiendo decir: «Tenemos ideas, poseemos el espíritu.» Deben por el contrario exclamar: «Somos carne y á la carne obedecemos.» Eran hombres, ó sea criaturas deliberantes y libres: ahora son cieno. ¡Odiosa sociedad! ¡Horrible comunismo! ¡Horrenda libertad!

Ved, señores, á dónde nos conducirían las tendencias y los furores de los discolos relativamente á la propiedad, si alguna vez pudieran poner en práctica sus propósitos: su comunismo que descansa en la mentira, implica el despotismo.

Levantaos, porque ha llegado la hora del combate, y herid al monstruo. En nombre de la libertad los discolos borran la ley y os hacen esclavos: vosotros en nombre de la razon y de la fé restableced la ley moral, avalorad con ésta las leyes civiles y manteneos libres.

Levantaos, y llamada la economía por vosotros, dadle vuestras amonestaciones, diciéndole. Los discolos te piden libertad: respóndeles: «Sois por la ley hechos bastante libres.» Te piden franquicias civiles y políticas: respóndeles: «Teneis demasiadas franquicias civiles y políticas...» ¡Eh! ¡Desvergonzados! ¡Quereis ser libres vosotros en la sociedad externa? ¡Sed primeramente libres dentro de vosotros mismos: libraos de la pasion del juego, de la pasion de la crápula, de la pasion de las mujeres, de la pasion de la soberbia, de la pasion de la impiedad.

Mas, señores, ¿producirán fruto vuestras amonestaciones, aun no siendo rechazadas? Alejandro Manzoni escribió aquella frase gravísima: «El delito es un amo rígido é inflexible, contra el cual sólo es fuerte quien se rebela del todo contra él (1). Ahora bien; ¿cómo contra las

(1) Manzoni. *I Promessi Sposi*, cap. XX.

pasiones vergonzosas podrán los discoloros rebelarse del todo y con el honor de la victoria? La naturaleza humana que se debilitó en ellas ó quedó extinguida, podrá por ventura recobrase solamente con los preceptos filosóficos? No miro aún una muy alegre irradiacion de luz; espántome todavía y tiemblo.

El comunismo del siglo XVI, en las tierras de Prusia y de Holanda, habia dado su batalla postrera, que fué una batalla perdida.

Corría el 1535; la secta ladrona que llamábase anabaptista, despues de catorce años de fraudes y de imperio, se arrastraba en el polvo. Ya la hermosa viuda de Mathías habia cortado la cabeza del delirante y fanático consorte suyo: ya Knipper, Dolling, Gelen, Stork, Rothman habian desaparecido; Juan Bocold sucumbia. Amsterdam habia reivindicado su libertad. Munster abria sus puertas á los soldados del landgrave del Hesse, librándose á su vez de los aceros y de las mordeduras de los turbulentos.

No lejos de Munster, en aquel exterminio final de los ruines, caminaba un jóven. Era uno de las bandas vencidas y dispersas: por el miedo iba pálido y desfigurado; en algun instante impelido por el sentimiento de sus pavores, pensando en la propia defensa, palpaba con sus dedos convulsos el mango de un puñal que tenia escondido bajo el lomo. Solamente una vez en un principio habia vuelto la cabeza observando: entre las cabelleras de los árboles y los globos del polvo, parecióle ver que del castillo de Munster levantábanse las chispas de las llamas abrasadoras. Sin seguir mirando, más solícito estudió el paso á fin de mudar de pais. Caminaba, é iba por decirlo así al trote.

Sigo al jóven, y le veo llegado á la orilla de un río caudaloso. Al contemplarlo, respira y piensa: «Si paso á la otra parte, me salvo.» ¿Mas cómo intentar el vado? El agua es mucha. Mira y no ve nada: corre á través de la orilla mirando de nuevo; vé firme por aquella parte un barco grande con un hombre dentro sentado y ocioso, que ha echado sobre sus ojos un gran sombrero blanco para defenderse de los rayos del sol que camina entonces á su ocaso. ¡Qué figura! ¡Qué barco! Parece la barca de Caronte descrita por los poetas griegos. Empero allí no batan los remos el agua y no se viaja: está el nuevo Caronte desocupado y solo. El jóven se le acerca y dice: ¿Me quieres trasladar á la orilla opuesta? El dueño de la barca sale como de un sueño al oír la voz del jóven, y contesta: «Entra.» Coge los remos y en marcha.

Apenas la barca se ha movido, mirando el jóven bien al fastidiado y vetusto barquero, se pone rojo como la llama, viéndosele invadido por la ira. No tiene ya miedo, sino sólo en su sangre rencor é indigna-

cion. Plántase delante de aquel hombre aborrecido, y le dice gritando: «Te reconozco.»

«¿Y qué quieres de mí?» pregunta el viejo notando que corre un riesgo repentino y grande, manejando más velozmente los remos: «¿Qué quieres de mí?»

Toca la barca la opuesta orilla. Aún no ha soltado el barquero los remos cuando el jóven, precipitándose contra él y, aferrándolo por la garganta, dice gritando: «Muere. Muere cosido á puñaladas segun te habian ya condenado.» Esto añadió, haciendo brillar en sus ojos su terrible puñalito.

«¡Déjame, por Dios! grita sollozando el viejo bajo aquella furia. ¡Déjame! Tengo mi alma en pecado mortal, y me impelerías al infierno, lo cual es grave, como ves. También tú perderías el alma.»

«¡Gervasio, Gervasio! exclama el jóven, dejando de ahogar al viejo. ¡Estás en pecado mortal! ¿Qué cosa es esta? ¡En pecado mortal tú!»

«Lo estoy, sábelo.» añadió, libertado por el momento, y de ningún modo seguro el viejo, limpiándose las lágrimas y el sudor. Soy odioso á Dios. Mas ¿nada te importa? ¿Quieres consumir el delito? Vé, y al demonio ayuda; no te detengas. ¡Desgraciado! ¡Te dispones á lanzar contra mí el rayo que se halla en el cielo? Míralo bien: serás proscrito también tú. No importa: haz tu voluntad. Eres libre para echarme á mí en el infierno y para echarte á una conmigo en él. Están nuestras dos condenaciones en tu mano, y responderás tú de ambas: «Estamos solos y faz á faz encaminados al abismo. Sigue, termina y concluye. Soy viejo, y tú jóven; no tengo armas y estás armado tú; mátame.»

El jóven por aquel hablar desesperado, se ha puesto lívido: vacila, se levanta y se abate su espíritu más de lo que ondea el barco sobre aquel río: cruza sobre su pecho las manos en el puño, é inclina hácia las rodillas la punta del puñalito que tiene con su diestra; mirando tanta debilidad humana y tanto terror que ve postrados delante, dice: «¡Gervasio! Estás ligado por culpa grave. Conoce, por lo tanto, la maldita injuria que me hiciste, negándome la mano de Francisca. Habla, y manifiéstame tu arrepentimiento.»

El jóven anabaptista y el viejo se alzan del barco, que allí queda bien atado con una cuerda á un árbol de la orilla; mientras cae la sombra de la noche, los dos se meten dentro de un tugurio. Es la casa de Gervasio.

Entrando éste, dice: «Ven. Mi familia está en el patio de allí disponiendo la cena; ven aquí tú y óyeme. ¿Sabes por qué tengo mi alma en pecado mortal? ¿Sabes por qué ahora me hace temblar tanto tu puñal? Era católico y profesaba la religion de mis padres; mas, venidas estas

apostasías y estas incredulidades de moda, me hice yo hereje. Hereje soy; pero no anabaptista, como lo eres tú, lo cual es algo peor. Saldré de mi situación desolada é insufrible, haciéndolo también mi familia; volveré á la fé de la santa Iglesia y del Papa. Hé aquí que Dios sufre sobre la tierra. Sufre Dios por su religion antigua que combaten monstruos, por los altares destruidos, por las cruces abatidas, por los sacerdotes vituperados y por las fiestas profanadas; yo, pobre anciano, tengo alma de traidor y estoy en culpa mortal. Mira por qué pensando en esto, lloro. ¿Habias creído que me dolía yo de pecado por la repulsa que te di relativamente á Francisca? Empero ¿sabes por qué, jóven enemigo mio, quise dar otro marido á Francisca?»

El jóven, en parte por estupor y en parte por ferocidad, dijo: «No ignoro esto.»

Replicó Gervasio: «Te negué la hija, porque tenias demasiadas hijas y muchachas. Te conocí desenfrenado y de costumbres lúbricas. Te ví amado en la ciudad, pisaverde, calenturiento y lascivo, pronto á caer de cabeza en el precipicio. ¿Por qué te dirigiste á los anabaptistas? ¿Por qué te declaraste comunista, ladron, saqueador de los bienes de los ciudadanos? A fin de darte á las hembras y despilfarrar poderosamente; la furia de la carne te condujo á la furia de arrebatar las propiedades. ¿Hubiera yo escogido bien poniéndote al lado á Francisca, á fin de que primero la envilecieses y despues la dejases abandonada? ¿No descubres á qué término has llegado? ¿Qué has hecho, jóven horrible? ¿Qué fruto sacaste de tu vida? Me podias ahogar y puedes aún martarme, condenándome al infierno; mas ¿existe acaso el infierno solamente para mí? A los lascivos y á los crueles ¿qué otra llama atormentadora corresponde sino la del infierno? ¿No crees tú ya en nada? Los hombres castigan en este mundo á los brutos lascivos y á los atroces comunistas, con los soldados y con la cárcel: por esto eres proscrito. Ahora bien: ¿qué hará Dios? Eres un jóven débil y disoluto: por ser disoluto, viniste á ser cruel, sanguinario é insoportable. ¿Has pensado tú lo que hará Dios de tí?»

Trascurrido un año despues de tal acontecimiento y de tal coloquio, cerca del rio aquél que atravesamos, distante una milla de la casa del barquero, se realizaba dentro de una capilla devota un rito muy piadoso y bello.

Gervasio y su familia ponfan en mano de un sacerdote católico su solemne abjuracion de la herejía protestante; despues de hacerlo, acercábanse á los santos sacramentos, y el buen sacerdote daba á los nuevos hijos de Dios en la comunión á Jesucristo. No era una sola familia la que al cielo enamoraba con su fé y su virtud; estaba mezclado con ella

un jóven, que rivalizaba con los dulces convertidos en arrepentimiento y desfogue del corazon: era el jóven anabaptista que renegaba de su propia faccion; dejando de ser lascivo y raptor, se convertía en honesto ciudadano asimismo y en buen creyente. Sonreía el alma de aquel jóven por aquella comitiva: sonrreía, porque mirando al lado de Gervasio descubría su hija segundogénita, la cara y púdica Inés, doncella cándida como paloma, á que dentro de poco se uniría en el sacramento de Cristo.

¡Victima inmortal del Gólgota, cuya sangre corre para la redencion del mundo, míranos benignamente á nosotros! No bastan la humana ciencia ni las humanas advertencias para las trasformaciones morales: estas son tuyas. ¡Oh Cristo! ¡Oh Iglesia! Vosotros que teneis á todas horas el divino secreto de conmover las almas y de convertir los monstruos en corderos, realizad la conversion de los díscolos. Antiguamente convertísteis á la gracia y á la virtud los pútridos idólatras, que no eran vuestros. ¡Ah! Os lo ruego: ved las heridas del mundo cristiano y haced que florezcan nuevamente por la evangélica pureza estos infelices sin fuerzas que recibieron el bautismo y que os pertenecen por esto.

He resuelto la segunda parte del problema.

De acuerdo con los arruinados, los díscolos apremian, y la familia de los comunistas aumenta. Aun cuando despreciables por sí, tales díscolos son recibidos, logran crédito, y adquieren fuerza: ¿por qué? No sólo porque se adornan y tocan y cantan, haciendo ostentacion de amistad y fascinando los corazones, sino porque vociferan con voz de prestigio, á la cual el siglo XIX se inclina, sin que la economía pública pueda contrastarla: es la voz de las públicas franquicias. Póngase fin al encantamiento y manifiéstese ya el engaño. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que tales franquicias públicas parten de una mentira y tienden á un obsceno despotismo.

Al parecer serénase el cielo. Continuamos en el asunto del comunismo; mas no cuantos lo invocan y promueven son seres innobles que dan asco.

Dejemos por merced aparte la caterva de los arruinados, y dejemos estar asimismo las muchedumbres necias de los díscolos: hallo á mi vista una tercera clase de vivos, que se diferencian de los primeros y de los segundos.

Es verdad que no son expertos en el mundo en que viven: la mayoría, con jóven frente, se espeja en el claror del siglo XIX. Les corresponde sin duda un elogio, porque son hombres cultos y pulidos, de

honestas costumbres, con guantes amarillos y honorables: tienen además un sabor á doctrina enciclopédica que háceles apreciables: saben un poco de filosofía, de historia y de literatura, sabiendo más que un poco de política y de filantropía. Su fuerte sin duda es el estudio de la civilización, que piensan estriba en lo verdaderamente nuevo: gritan y vociferan contra los testarudos que no quieren sacar los pies de las huellas antiguas usadas; si tuvieran espíritu cruel estarían prontos asimismo á romper la hoja del puñal en el pecho de aquellos asnos que nos impiden el paso, impidiendo que se abran las puertas del porvenir.

Por las referidas cosas es manifiesto que á los tales no causa horror el comunista. ¡Qué digo horror! Para mí, como para la buena economía, es un espectro y un monstruo. Os lo he declarado: para ellos, por el contrario, el comunismo es un sueño dorado, una luna de miel y una cucaña: es la mariposa de Dante Alighieri, que rompe los oscuros y bajos envoltorios para conseguir vuelos maravillosos. En su virtud alaban fácilmente la doctrina comunista, que ven fecunda, por conducir á una social transformación: acaricianla en su pensamiento y le tienden los brazos para recibirla del cielo, como si fuera una lluvia de rosas y de leche.

Os los he bosquejado: tales son los reformadores imberbes y los novatos.

Si el maduro juicio, si la discreción y el juicio no fuesen tan raros en la obra del progreso, como lo son ciertamente, dejaría yo á estos novatos inflamar tranquilamente su alma con sus malos amores comunistas, y hasta dejaría fatigar su garganta con sus habladurías. Mas señores, tienen los novatos en su favor una especie de omnipotencia, porque aman y cuestionan en nombre del progreso social. ¿Qué cosa extraña no puedes conseguir cuando en la presente sociedad vistes y enseñas como progresista? Dices: es progreso de ciencia cosmológica sustituir al dogma de Dios creador la hipótesis de la nebulosa, que por sí sola engendra los mundos: encuentras sectarios en abundancia. Dices: es progreso de ciencia fisiológica considerar la estirpe humana no salida del bíblico Adán, sino del vientre de cualquier mono en las edades prehistóricas; abres escuela con éxito y á ser llegas un gran doctor bestial. ¿Por qué, tocando la misma cuerda, no podrás decir entre las exclamaciones de los modernos: Es progreso de la ciencia social sofocar el individualismo bajo el imperio del comunismo? ¡Oh progreso de los pueblos! ¡Cuántas necias, bárbaras é insoportables cosas se despachan en tu nombre ardidamente!

Pues bien: así como antes la economía pública, estando poco firme en las nociones del derecho, se nos apareció inhábil contra la invasión de

los arruinados; así como, atronada por los gritos de la libertad, se nos apareció incapaz de aniquilar á los discípulos, así actualmente, deslumbrada por el falso resplandor del progreso, constreñida vése á presentarse destituida de fuerza para vencer á los novatos. Hé aquí que hay una nube de tales novatos en toda la tierra. Considerándolo, señores, tiemblo.

¿Deberemos temblar en todas partes y siempre? ¿Deberemos á todo trance llevar una vida de angustia? Entremos en la tercera batalla, porque se nos han ofrecido las armas de la victoria. Los novatos, á los cuales el comunismo place, se apoyan en la cuestión del progreso social: demosotros nosotros, hombres racionales y católicos, que el decantado progreso es cosa muy anticuada, presentándonososos preñado de miseria y de necesidad.

Allí hay cosa sobremana de deleitosa y épica. Tú, hijo delirante del progreso, quieres hacernos el regalo del comunismo, que nos entregas como la más bella de las novedades que pueda contemplar el sol del siglo XIX. ¡Oh! ¡No lo habías pensado! Nosotros los católicos, que somos los ciudadanos de todos los tiempos, establecemos pronto una comparación entre el presente y el pasado, advirtiendo sus especiales variedades: nosotros, racionales á la vez, que nos servimos de nuestro intelecto, sometemos á la crítica los tiempos, las cosas y los hombres: ¿sabes qué deducción viene á nuestra mano? Esta: que tú, sin advertirlo, cambias la novedad con lo muy rancio. ¡Mira un poco si el comunismo puede reputarse una flor que ahora se abre por la vez primera, después del cansancio de tantas edades, en el árbol del progreso! La legislación india hace salir del dios Brama toda la sociedad civil: los sacerdotes de su cabeza, los guerreros de sus brazos, los agricultores de sus pantorrillas y los esclavos de sus pies: hace precisamente aquello en que sueñan los actuales novatos: del Estado reducido á dios y «concentrador» de todos, hacen salir la vida universal. Las primeras instituciones de la Grecia en los pueblos dóricos siguen las tradiciones orientales, profesando los propios principios; de aquí aquella distinción de cuatro clases de hombres entre los lacedemonios, la igual distribución de las tierras con sus títulos inalienables, la educación de los hijos á la familia quitada, las comidas en comun, y toda la disciplina que hizo de Sparta un falansterio guerrero. ¿Acaso los mugidos populares de las leyes agrarias no estallaron pronto entre los ciudadanos de Rómulo y no asordaron la roca Capitolina?

¿Acaso lo que los novatos leen con alegría inmensa en los libros de Fourier, de Cabet, de Proudhon, de Owen, de Blanc y otros autores igualmente infantiles, no se halla de todas maneras anunciado en la

«República» de Platon? ¿Acaso el comunismo puro y bueno, hasta con la promiscuidad de mujeres é hijos, no fué idealmente promovido por el excelso discípulo de Sócrates, quien, queriendo construir la ciudad de los dioses sobre la tierra, fabricaba por el contrario un rebaño? Ahora bien: ¿considerais á Platon por ventura un antepasado vuestro no distante, ó más bien de los que nacieron y vivieron en el presente siglo? Es necesario afirmar del comunismo lo que del socialismo escribía Federico Ozanam: «Fué propuesto como un progreso, y quizás nunca se intentó un retorno más atrevido al pasado más remoto: realmente las doctrinas socialistas nunca fueron tan inmediatas á su nacimiento, como cerca de las naciones teocráticas de la antigüedad (1).»

¿Y tú, mi hermano querido, apasionado de las novedades de nuestra edad, te pones delante de mí, gritándome: el comunismo es un producto de la civilizacion; es un descubrimiento grandilocuente y una bendicion nunca gozada; ¿está bien que se levante la humanidad sobre la punta de sus pies para saludar su aparicion y establecer su reino novísimo? Mira, engañado, mira que nos das una momia petrificada. Los católicos somos viejos; por ser racionales examinamos y te lo advertimos: lleva tu momia pronto al gabinete de los fósiles.

¡Paciencia por lo ranciol! Aun con los zapatos rotos y con la capa llena de hilachas pendientes, no se hace buena vista; pero se puede vivir en sociedad. La desdicha viene á ser insoportable cosa cuando en el viejo arnés que arrojan á tu cuello hay el nudo que te ahoga y la sanguijuela que chupa tu sangre. El comunismo es una cosa y otra. Volviendo á la denominacion de mónstruo que le dimos y que perfectamente se le apropia, preguntamos: ¿qué haría de nosotros tal mónstruo, que no quiso ser aceptado en sustancia por los Asiáticos, ni por los Griegos, ni por los Romanos, ni por otra clásica ú oscura gente, si llegase á encarnar en nuestras leyes y en nuestras costumbres? ¿Cómo trataría la moderna civilizacion? Miseria y nunca oido desastre produciría.

Razonando de progreso, nosotros, hombres racionales y católicos, tenemos ideas claras y proferimos sentencias terminantes. Para nosotros está el progreso en avanzar en la virtud; la virtud debe ser de tal clase que, reverberando sobre todos los elementos constitutivos de los pueblos, armonizando juntos lo antiguo y lo nuevo, la razon y la fé, la autoridad y la libertad, imprima un saludable sacudimiento en la marcha de las naciones. De aquí el progreso legítimo que da origen

(1) F. Ozanam. *Los Orígenes del socialismo*.

al reinado del órden público, al reinado de la continua variedad, al reinado de la perfectibilidad humana y social.

Suponed ahora el comunismo: tales tres reinos se disuelven.

El reino del órden público se deshace realmente. No bien se admite que el comunismo sea pregonado como ley del Estado, infalibles son el desórden y la confusion: los propietarios, debiendo ceder la propiedad de lo que poseen, no se conforman: los pobres y los desesperados, que deben tomar su parte, tampoco se avienen con la idea de seguir con las manos en la cintura. Marchan en su virtud unos sobre otros. ¿Por qué me habláis de soldados y de guardias de pública seguridad? Cuando por razones de propiedad las muchedumbres civiles se conmueven y se combaten, los guardadores del órden público saltan como arista al viento. El fervoroso Heinzen que lo entiende, saca la cuenta de que para poner fin á las envidias y á los celos, llegando á una perfecta igualdad, es indispensable la matanza de dos millones de personas: otros con él juzgan indispensable derribar las ciudades y los palacios (1). Tenia razon aquel viejo Marco Tulio cuando, al pensar en las propuestas hechas sobre la igualdad de los bienes, exclamaba: «¿Puede acaso imaginarse peste más criminal y más dañosa (2)?»

Se disuelve además el reino de la continua variedad. Figuraos fundado el comunismo: todo al punto es puesto en comun, siendo forzoso que resulte uniforme y monotonó. El comunismo, hecho soberano de las familias y del país, á los hombres encadena de modo igual á las ruedas de su carro de triunfo, siendo tantas las victimas cuantos son los hombres. A posesionarse va del hijo en el útero de su madre, queriendo hacerle nacer á su gusto, tan hermoso de madre legítima como de madre no legítima; una vez nacido, lo sigue para informarlo segun una educacion escogida por él: si le place, le convida bajo el techo paternal, y no lo aleja de las ternuras de la familia, para echarlo en la multitud de la ciudad; una vez creado, no le deja escoger con libertad el sitio donde instalarse, sino que lo quiere instalar segun interpreta en él las tendencias escondidas del corazon y del intelecto; aprisionado así en una corporacion, ó clase particular de ciudadanos, lo impele á seguirla en los actos, en las palabras, en las fatigas y en las diversiones. Debe sufrir cuando los otros sufren y gozar cuando gozan los otros. La mesa es comun, porque á todos se distribuye un pedazo de pan idéntico. Nadie tiene derecho á gustos propios, sentimientos propios,

(1) En el *Umanitaire*, que publicó el acta de la Sesion comunista del 20 julio 1841.

(2) *Capitalis oratio et ad æquationum bonorum pertinens: qua peste quae potest esse mayor?*—Cic. *De officiis*, lib. II.

é ideas propias; ni siquiera movimientos propios. El libro «del derecho» se cierra, dejando abierto sólo el libro «de las obligaciones.» que ni aun son individuales, por cuanto el individuo no tiene ya existencia. Hé aquí pues destruida la variedad con la cual la civilización se adorna y vive; la uniformidad más trivial y prosaica—uniformidad nocturna,—envuelve á los pueblos de la tierra, pesando sobre su alma como una lápida de cementerio.

Se disuelve asimismo el reino de la perfectibilidad humana. Es demasíadamente claro. Realizar la perfección propia vale tanto como poner en movimiento las facultades del espíritu y las del cuerpo: vale tanto como pensar con la propia cabeza, amar con el propio corazón y coger con las propias manos: vale tanto, en suma, como ejercitar libremente la fuerza que hay en tí. Mas, presupuesto el comunismo, no tienes cabeza ya, ni corazón, ni boca, ni piés, ni manos; no eres un viviente dotado de voluntad y energía. El Estado ó el Gobierno, que como moderador está de todo, el cual modera los individuos, limita en sí la energía vital: el cerebro es suyo y el corazón: actos suyos son la boca, las manos y sus movimientos. Tú, individuo, ¿cómo encuentras lícito hacer alguna cosa de tí? ¿Cómo puedes aún distinguírte por tu actividad y valor? La libre concurrencia es aniquilada, y hecha imposible la emulación, por cuanto el individuo queda muerto. ¿No lo adviertes? Quedas muerto por ser esclavo, y eres esclavo, porque sólo el Estado comunista hace de amo. Horrorizábase un día por tal despotismo el desventurado La Mennais; escribiendo del comunismo «era evidente que, adoptado el sistema, reduciría los pueblos á una servidumbre como jamás conoció el mundo; reduciría el hombre á ser sólo una mera máquina, ó un mero instrumento; lo envilecería hasta llegar á ser más bajo que el negro, del cual dispone á su arbitrio el cultivador del campo, y más bajo que el bruto (1).»

¡Ah novatos, novatos! ¿Dónde os hallais vosotros en este lugar? ¿Conoceis qué clase de progreso nos quisisteis regalar? Es el progreso de la matanza, el progreso de la inmovilidad y el progreso de la miseria. ¿Y presumís, resucitados Colon, haber descubierto el mundo nuevo? ¿Os jactais de traernos la novedad más hermosa y más benéfica que nunca se conoció? Decidnos: ¿no tiembla la lengua en vuestra boca cuando así nos hablais?

Señores míos, á semejanza del vencedor de Pompeyo, asesinado en el Senado, me cubro llevando la clámide á mi faz, diríjome á la economía pública, y le grito así: «¡También tú, mi amadísima!»

(1) La Mennais en una carta suya publicada en los *Annales de la Philosophie*.

Es un pecado que no sé perdonarle: la economía, cuando de progreso se trata, es tan ciega, tan dúctil, tan miedosa, que pierde su sér viril y su juicio: póstrase y adora. Es uno de los errores más monstruosos el comunismo. Es el mónstruo de los pueblos modernos: ella lo sabe y lo ve; pero, como se lo representan entre los clamores del progreso, no tiene valor para repudiarlo abiertamente y proferir el anatema: tiembla, y temblando deja obrar á los temerarios, mientras á la cáfila de los novatos, que son sus partidarios, protege con benévola sombra. Por consiguiente, repito: ¡Tambien tú, mi amadísima!

¡Vive Dios! El entendimiento humano, si se usa perfectamente, no descende á tales servilismos, y ve con horror la idea de ser eunuco: sobre todo la religion, que es la sobrenatural protectora de la razon y eterna guardadora de los derechos de la verdad, intrépidamente condena el mal; reprende á los novatos y al mónstruo rechaza. ¿A qué fin tomar el mal por el bien y las tinieblas por la luz? No vacilo en declararlo: es progreso lo que con la virtud nos aporta la vida; mas éste que vosotros celebráis, reformadores inexpertos, es retroceso, porque nos extingue con el desórden y con la opresion. Tal es el justo sentimiento de la naturaleza, y tal la voz de Cristo: *Est, est; non, non*.

La tercera parte del problema tiene solucion plenísima.

Imitadores de los arruinados y de los díscolos, no pocos enamorados de la civilizacion, que apetecen el comunismo, vienen á nuestro lado con vestidura deliciosa y bella: cuando fijan sus ojos tiernos en la distribucion de los bienes, hablan gritando de novedades y de progreso social; la economía, maravillada de tales acentos gloriosos, no forma ningun dique, ayudando más bien á los novatos á correr y á gritar. Gracias al cielo, nosotros, hombres racionales y católicos, no hemos sido aún engullidos por la fiera, ni muertos. Levanto la clámide fúnebre de mi faz, gritando á nombre de la razon y de la fé: Abajo el progreso que nos recomiendan: es una cosa rancia y una necesidad.

---

Queda cumplido nuestro deber: á la pregunta hecha en un principio de «si es necesario combatir el comunismo,» respondimos como era justo. Sí; es necesario combatirlo; por cuanto el comunismo, aunque pensarlo sea cosa repugnante y odiosa, encuentra en las pasiones desordenadas alimento y apoyo; existe la trina generacion de hombres descritos por nosotros: los arruinados, los díscolos y los novatos que corren á su encuentro con las manos levantadas, ansiosos de conseguirlo; existe delante la que debería enterrarlo en el primero de los fosos que hallan sus pies, la cual lo tiene por el contrario en sus propias escuelas ali-

mentado y altanero, con el índice de la mano alzado: domina en ella y amenaza suplantarla. Guerra, pues, al monstruo, señores.

Nos han dado el acero, ó las armas para herirlo mortalmente: es una clava más poderosa que aquélla con la cual Hércules en los antiguos tiempos destruía los monstruos de la Grecia: estas armas de dos filos son el uso debido de vuestra mente y de vuestra voluntad, así como el socorro que nos ofrecen el cristianismo y la Iglesia.

¿Manejais vosotros estas armas? ¿Se ciñe con ellas, Hércules nuevo, la economía?

Oid, amigos, ahora. El comunismo, despojado de las franjas y libre de las larvas con que se adorna, constreñido á exhibirse con sus naturales facciones, deja de ser potente. A la verdad, cuando en la cuestion del derecho conozcan todós que sólo es una ladronera el comunismo, ¿quién podrá ceder más tiempo á la turba de los arruinados que lo piden? Cuando en la cuestion de las públicas franquicias se advierta que el comunismo es una mentira que conduce á un obsceno despotismo, ¿quién podrá dejar de rozarse con la turba de los discolos que las promueven? Cuando en la cuestion del progreso se admita como indudable que el comunismo es una cosa rancia y un despilfarro, ¿quién no querrá mandar á la cárcel á los novatos que nos lo recomiendan? Aquí están los triunfos del hombre racional y del hombre creyente: despojan de su poder mal adquirido al monstruo.

Despojado de su potencia, por hallarse descubierto su ser, el comunismo no es ya espantable.

Ten juicio, economía social. Deja los sofismas y los artificios de la ciencia, sirviéndote noblemente de la razon; deja las iras y los rencores religiosos, haciéndote cristiana: yo veo el comunismo caer vencido bajo tus pasos. ¡Temblaste ya tanto! ¡Estás tan consternada por el eco de sus rugidos y por el espectáculo de sus ansias! Necesitas consuelo, y es mi ánimo dártelo. Delante de mí, maestra verdaderamente racional y finalmente cristiana, el comunismo se trasfigura. Deja de ser monstruo, y viene á ser un arlequin.

No llores más, desventurada; ni tiembles: puesto que se te ofrece la oportunidad del deleite, aprovéchala.

Leí yo en Samuel Smiles este gracioso hecho. Era un hombre que por el gran ardor con que hablaba, y hacía gesticulaciones, como tambien por sus saltos y temblores, habia echado á perder su estómago hasta el punto de no poder digerir lo que comía. ¿Qué hacer? El pobre consultó á un médico de gran fama: habiéndole contado bien su mal, vió preocupado al doctor, que le dijo: «El remedio está pronto: lo único que debe hacer es reir verdaderamente de corazon: Vaya usted á ver

al arlequin Grimaldi.»—«¡Al arlequin Grimaldi!» El enfermo mentecato se frotó la frente, respondiendo: «¡Qué felicidad! ¡Yo soy el mismo Grimaldi! (1).»

Mi economía social excelente: con tus hablurías pésimas, con tus debilidades y con tus incredulidades, tú misma diste á luz al pésimo comunismo. Habiendo ahora mirado con los ojos de la razón y de la fe, miras el mónstruo trasformado en arlequin. Obsérvalo y ríe.

---

(1) S. Smiles, «El Carácter.»

# INDICE DEL TOMO CUARTO

## PARTE CUARTA

### PROBLEMAS ECONÓMICOS.

#### CONFERENCIA PRIMERA.

**Si puede considerarse feliz nuestra edad por ser apasionadamente económica.**

Asunto: «No puede nuestra edad juzgarse feliz por ser económica tan apasionadamente,—porque da pruebas de sufrir grandes necesidades,— porque fácilmente se llena de homicidas errores,—porque condénase á una perpétua contradicción por sí misma.»

«No puede nuestra edad juzgarse feliz por ser económica tan apasionadamente, porque da pruebas de sufrir grandes necesidades.»—Hombres económicos y hombres derrochadores.—Una economía desnaturalizada.— Dos notas que tiene la economía en los presentes días, y dos desgracias que siguen.—Penélope y Sísifo, ó bien trabajos inútiles.—Definición: querremos la amplitud.—Quejas de Minghetti: no es oído.—Juan Bautista Say.—Storch.—La escuela inglesa y la economía sin trabas.—De qué verdaderamente trata la economía pública.—Un índice ó una nomenclatura.— Entra todo el mundo.—El siglo XIX infante: démosle la goma para los dientes.—Necesidades enormes.—Una increpación que no se sostiene.—Afirmaciones y mentiras.

«No puede nuestra edad juzgarse feliz por ser económica apasionadamente, porque fácilmente se llena de homicidas errores.»—La economía entre nuestros antepasados.—Un poco de historia.—Principios y efectos diferentes.—Una reseña que descubre los errores y las confusiones mentales de los modernos economistas.—Las leyes «superinteligibles.»—El capital.—Los aristócratas y los mayorazgos.—Sismondi y Rossi.—La economía pública dañada en el cerebro y las entrañas.—Scipion Pinel.— Médico impotente.—Socialistas y economistas.—Si las cuestiones económicas son las más graves de todas.—Materialismo y economía.—De quién es hijo el socialismo: la víbora y el viborezno.—El dios del siglo XIX.—Las ruinas de Pompeya.—¿Somos felices?—¿Es un bien ó un mal «el no contentarse nunca?»—La «Bolsa» y los «Bancos.»—¿Somos, pues, felices?— Isabel, el Conde Próspero y la infelicidad social.—La pluma de Callot.

«No puede nuestra edad juzgarse feliz por ser económica apasionadamente, porque condénase á una perpétua contradicción por sí misma.»—Batahola y desórden.—Una esperanza que nunca se podrá cumplir.—La economía pública del cristianismo, y la economía pública deseada por nuestra edad.—Unas líneas de Vidal: doctrina cristiana.—Federico Bastiat y el espectáculo desgarrador de la Francia.—Como la Francia la

**Europa.**—El «desarme.»—Lo que condeno en la economía pública y lo que apruebo.—Llamemos Al que puede salvarnos.

(Desde la página 7 hasta la 42).

## CONFERENCIA SEGUNDA.

**Si la economía puede considerar á la sociedad civil simple institucion humana.**

**Asunto:** «La economía no puede considerar á la sociedad civil simple institucion humana, porque—en primer lugar, olvidando las leyes creativas y divinamente sociales, es insípida;—en segundo lugar, vituperando estas primitivas leyes, es ingrata;—en tercer lugar, negándolas, es ruinosas, con impiedad creciente.»

«La economía no puede considerar á la sociedad civil simple institucion humana, porque en primer lugar, olvidando las leyes creativas y divinamente sociales, es insípida.»—Un oficio solemne de la economía y una sentencia del Estagirita.—Un poco de instruccion elemental.—Dios descartado por los economistas.—Müller disgustado y su obra: «De la necesidad de un fundamento teológico en las ciencias de Estado en general y de la economía política en particular.»—Dios mal visto por los hombres contemporáneos.—El «Olimpo de la moderna literatura.»—¿Somos criaturas nosotros?—Pensamiento que nos fastidia.—La gruta de Manresa y los economistas en los «Ejercicios espirituales» de San Ignacio.—La riqueza, la justicia, la moralidad de la religion.—Dickson con el «Seminario nacional.» Ahrens con la «asociacion,» Dunoyer con la «eleccion de los preceptores.»—Insípideces de la economía: la sociedad civil se le escapa: no es suya.

«La economía no puede considerar á la sociedad civil simple institucion humana, porque en segundo lugar, vituperando aquellas leyes primitivas, es ingrata.»—Armonía del mundo físico.—El cometa; una navecilla en el espacio.—Peregrinacion por el cielo.—Descendamos de la barca celestial.—Lo que pasa en el mundo físico, pasa en el mundo social: el mismo fuego, el mismo sonido y el mismo orden, no obstante las culpas de la libertad.—Un cuadro social bosquejado por Federico Bastiat y rehecho por el Autor.—La composicion social vituperada por la loca economía.—Tres banderas y tres sectas escandalosas.—Como escriben los superlativos economistas, escriben sus mezquinos repetidores.—¡Ingratos!—Una baladronada de Proudhon y una ficcion nuestra.—El instinto de la compañía.—La generacion.—El matrimonio.—El anhelo religioso.—La fraternidad.—El trabajo.—La ley.—El arte.—Una acusacion que hiera á los acusadores.—El hombre perfectible.—El mal tolerado y no permitido.—El dolor es la vida de las naciones.—El dolor es padre del gozo.—El dolor es el aguzador del ingenio.—El dolor es la glorificacion de la grandeza humana.—El tedesco Heine —El dolor es el mentor de la conciencia.—Faustino.

«La economía no puede considerar á la sociedad civil simple institucion humana, porque en tercer lugar, negando aquellas leyes primitivas, es ruinosas, con impiedad creciente.»—Continuacion y no alteracion de las obras divinas.—Ausonio Franchi.—La pública economía atea.—Guillermo Godwin.—Lecoutrier.—De Flotte.—Un ataque que no da en el blanco.—La naturaleza sin Dios.—El orden mecánico sin Dios.—El orden «superinteligible» sin Dios.—La humanidad sepultada.—Una sociedad muerta antes de nacer.—Del «pacto social.»—Una cháchara del joven estudiante de economía, y un cuento de Guerrazzi.—Bonaparte retorna.

(Desde la página 43 hasta la página 81).

## CONFERENCIA TERCERA

**Si para realizar los planes económicos basta la libertad considerada en el orden del derecho.**

Asunto: «Para realizar los planes económicos no basta la libertad considerada en el orden del derecho, por carecer de cabeza: es una facultad subalterna, y no una facultad directora.» Para poderosamente influir en la sociedad civil se necesita un principio.—No existe cosa ninguna sin regla.—De la libertad.—De la voluntad.—Del intelecto considerado como legítimo autor de los movimientos de la voluntad.—La voluntad rebelde.—Una opinión del doctor Wołowski que nada prueba.—El sol guía de la familia humana.—Los vencedores de Solferino y de Sadowa.—La fibra y no el espíritu.—Economía desventurada.—No reordenamiento, sino perturbación.—La pólvora y la electricidad sin la inteligencia del hombre.—Bertoldo Schwarz y Galvani.—Otro tanto es la libertad cuando anda en poder de sí misma.—El programa económico de Gournay: «dejad hacer, dejad pasar.»—Absurdo y ridiculeces.—Qué cosa entretanto se hace y qué cosa pasa.—Pasa una generación de monstruos.—«No; no dejeis hacer, ni dejeis pasar.»—Cómo y quién puede impedir el paso.—Chevalier y la política puesta á determinar los problemas económicos.—¿Razona rectamente?—El pauperismo, las revoluciones, las transmigraciones y la época de la política.—La «statolatría.»—Los funerales de la libertad económica.—Tómás, ó el sermón del campesino á los modernos economistas.

(Desde la página 82 hasta la página 104).

## CONFERENCIA CUARTA

**Si para realizar los planes económicos basta la libertad considerada en el orden de los hechos.**

Asunto: «Para realizar los planes económicos no basta la libertad considerada en el orden de los hechos, por ser una potencia embarazada, no libre ordenadamente.»

Una reunion de economistas.—Dos órdenes de batalladores, ó dos grandes escuelas relativamente á la libertad: la intervencion del gobierno, y el sistema de la absoluta libertad popular.—Economía tudésca y economía inglesa.—Obstáculos y esperanzas desvanecidas.—Un milagro que nunca se vió.—Inducciones históricas y científicas.—Un vértigo que hace tres ó cuatro siglos cayó sobre la Europa.—El siglo XVI.—El siglo XVII.—El siglo XVIII.—El siglo XIX.—Contrapesos de la Iglesia y del mundo.—El niño robusto de Hobbes y el pueblo disciplinado.—No escuela inglesa, ni tudésca, sino italiana.—Un ensayo de social economía segun los libros de Santo Tomás de Aquino.—En ellos se hallaría la sabia conciliacion de las dos escuelas.—¡Inútil!—Otros gustos ahora.—La economía inglesa, por exaltar la libertad, ultraja al gobierno.—El gobierno al otro lado del telon.—El gobierno con máscara.—El gobierno en el hospicio de los sordo-mudos.—El gobierno asistido por los médicos.—El gobierno convaleciente al aire del campo.—La economía tudésca, para exaltar al gobierno, ultraja la libertad.—Libertad de cultos.—¿Es bella y franca?—Libertad de instruccion.—¿Es verdadera?—Libertad de palabra y de imprenta.—¿Para quién?—Libertad de vocacion y de profesion.—El frailecillo que abandona á Italia.—Su triste adios á la patria.—Libertad de reuniones públicas y de *meetings*.—Los gendarmes y los santurrones.—Libertad de propiedad.—

¿De veras?—Stuart-Mill y los economistas de nuestros días.—Epilogo y votos.

—El profesor Pedro Sbarbaro y sus acentos de rabia contra la Italia católica —Jesucristo, la Europa y la Italia en el Concilio de Nicea.—Una impostura que dura doce siglos.—Protestantes y católicos.—El yugo de la sacristía.—Famosos hombres sacristanes.—Juan Jacobo Rousseau y la esclavitud de los pueblos modernos.

(Desde la página 105 hasta la página 128).

### CONFERENCIA QUINTA

**Si la Iglesia es adversaria de la economía relativamente al derecho y á la concurrencia del trabajo.**

Asunto: «La Iglesia no es la adversaria de la economía relativamente al derecho y á la concurrencia del trabajo, porque, por lo que hace al derecho al trabajo, el enemigo de la economía, más que en la Iglesia, está en las instituciones políticas y sociales;—en cuanto á la concurrencia en el trabajo, el enemigo de la economía no está en la Iglesia, sino en las instituciones socialistas.»

«La Iglesia no es la adversaria de la economía relativamente al derecho del trabajo, porque el enemigo, más que en la Iglesia, está en las instituciones políticas y sociales.»—Un grito noble y verdadero de la economía.—El trabajo y la Iglesia.—Un bostezo.—¿Derecho ó pena?—Un auxiliar.—Los primeros cristianos, ó los trabajadores más potentes y más benéficos.—Una lamentacion imaginaria de los economistas relativamente á la falta del trabajo.—Finalidad del consorcio humano.—Principio equitativo y deducción falsa.—Disputa filosófica relativamente al «derecho al trabajo.»—Atentos, porque tenemos el «enemigo» al lado.—El Estado quincallero, platero, zapatero, tendero y adornista.—Cosas más tristes.—Monstruosidad creciente.—El comunismo predicado en París en febrero de 1848 por el «Comité de Mimerel, y las jornadas de junio.—Un salvaje bajo los despojos del civilizado.

«La Iglesia no es la adversaria de la economía relativamente á la concurrencia en el trabajo, porque el enemigo, más que en la Iglesia, está en las instituciones socialistas.»—La excitacion al trabajo.—La concurrencia.—¿Qué hace la Iglesia?—La ausencia de opresion y la Iglesia.—La emulacion y la Iglesia.—El libre cambio y la Iglesia.—Del orden científico al orden real.—La secta de los testarudos.—Las Cruzadas.—Los nuncios católicos del siglo XIII y del siglo XIV.—Los de Mongolia.—Las Cortes de Nicolás V, de Julio II, de Leon X y de Adriano VI.—El culto y la concurrencia de las ciencias, de las artes y de las profesiones civiles.—Una postrera observacion y un escultor de Nápoles.—Un saludo al cementerio.—Jerónimo Boccardo y la anarquía de la concurrencia suscitada por los socialistas.—Ataques y repulsas.—Dónde se halla el verdadero enemigo.—¡Y los buenos hombres lo ven en la Iglesia!—Julio César y el Bruto de la economía.

(Desde la página 129 hasta la página 156).

### CONFERENCIA SEXTA

**Si la Iglesia es la enemiga de la economía relativamente á la division del trabajo.**

Asunto: «La Iglesia no es la enemiga de la economía relativamente á la division del trabajo; si un abierto enemigo tienen por esta parte los

»economistas, búsqúenlo en medio del siglo: se levanta promovido por »todos en las instituciones pedagógicas.»

El método en el trabajo.—Descartes.—¿Cuál es mejor de los métodos?—Adam Smith y la division del trabajo.—Descubrimiento demasiado viejo.—La Iglesia y las ventajas «cuantitativas» y «cualitativas» de Cárlos Marx.—La Iglesia y la ley del «progreso fisiológico» de Milne Edwards.—La Iglesia y la ley de evolucion universal de Spencer.—Trabajo intelectual, moral y mecánico.—La Iglesia que distribuye el trabajo.—El Papa y su mórbido sillón.—Los obispos y las ovejas esquiladas.—Los sacerdotes y el ocio.—Los monjes y el «quietismo.»—Un poco de justicia por lo que hace al trabajo hecha á los monjes por el profesor Fidel Lampertico.—Espectáculo nunca visto.—Un enemigo desenmascarado.—La raza de los eruditos á la violeta.—Un individuo aún más importante que el antiguo Hipias.—Hugo Foscolo que se pone á examinar un poco á un jóven sabio.—Suma que se reduce á cero.—El abate Amadeo Peyron y la pedagogia moderna.—Un enjambre de sabiondos, no sabios.—Un gran precepto económico olvidado.—El Canciller del Hôpital.—El Presidente de Thou.—Enrique Francisco de Aguesseau.—Dante Alighieri.—Leon Bautista Alberti.—Leonardo de Vinci.—Máximo d'Azeglio.—Division del trabajo: por quién es por lo tanto combatido.—Trabajo aislado y no combinado: es falso que se deba encontrar en las instituciones de la Iglesia.—Un poco de comparacion entre los jóvenes de las escuelas viejas y los jóvenes que salen de las escuelas nuevas.—Conclusion.

Una página del profesor Luzzatti: los pintores de Alsacia.—Una crítica del catolicismo.—Otras pinturas y otros esbozos.—El pobre Mateo.—La buena Magdalena.—Blanc en el «falansterio.»—Proudhon en la cárcel.—Londres con su Olimpo y su Tártaro.—En tales bosquejos no entra el catolicismo; mas ¿los juzgais vosotros mejores que «las legendarias pinturas de los santos?»—En hora buena.—Recordad á los Ilotas.

(Desde la página 157 hasta la página 182).

### CONFERENCIA SÉPTIMA

**Si la economía, oponiéndose á la Iglesia, se puede prometer bien de la riqueza.**

Asunto: «La economía, oponiéndose á la Iglesia, no se puede prometer »bien de la riqueza, porque, relativamente á la definicion filológica, se tie- »ne con la Iglesia el verdadero concepto de la riqueza: la economía públi- »ca, oponiéndose á la Iglesia, pervierte con facilidad los términos de las »cosas.—Relativamente á la acción que ejerce sobre la conciencia de los »individuos humanos, con la Iglesia se tiene la verdadera ética de la ri- »queza:—la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, deprava de or- »dinario la conducta moral del hombre.—Relativamente á la acción que »ejerce en los destinos de las naciones, con la Iglesia se tiene el verdadero »coronamiento exterior de la riqueza: la economía pública, oponiéndose »á la Iglesia, precipita la suerte de los pueblos.»

»La economía, oponiéndose á la Iglesia, no se puede prometer bien de »la riqueza, porque, relativamente á la definicion filológica, se tiene con la »Iglesia el verdadero concepto de la riqueza: la economía pública, oponién- »dose á la Iglesia, pervierte con facilidad los términos de las cosas.»—La riqueza definida filosóficamente segun el sentir de la Iglesia.—La persona- lidad humana ocupa una categoria única.—No confundais lo que Dios no confundió.—El hombre y la materia.—Dos son los factores de la produccion.—Cuatro modos con que la produccion se realiza.—Es necio

llamar al hombre «riqueza.»—Del catolicismo á la economía.—¿Qué es para la economía la riqueza?—Batahola y confusion.—Treinta definiciones de la riqueza económica.—Malthus y Bianchini.—Dos escuelas que procuraron mejor darnos la definicion de la riqueza.—Aberraciones de los fisiócratas y de los de Smith.—Nuevos horrores y embustes nuevos.—El hombre convertido en «haber.»—Una página luminosa lacerada.

«La economía, oponiéndose á la Iglesia, no se puede prometer bien de la riqueza, porque, relativamente á la accion que ejerce sobre la conciencia de los individuos humanos, con la Iglesia se tiene la verdadera ética de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, deprava de ordinario la conducta moral del hombre.»—De la etimología á la doctrina moral.—Accion de la riqueza sobre la conciencia.—Descontento de muchachos.—Modo de adquirir la riqueza.—Modo de poner en curso la riqueza.—«Distribucion y consumo.»—El lucro del mútuo segun la Iglesia.—El dinero no fructífero por sí.—Aclaracion.—La moral de la riqueza segun los economistas.—La moral de la simpatía.—Smith.—La moral del placer.—Gioia.—La moral del interés.—Bentham.—Lo útil, sinónimo de «honesto.»—¡Horrores!—Enseñanzas griegas.—Alejandro Manzoni.—Cálculo utilitario.—Un sermon hecho al pueblo por los modernos economistas.—La muerte del heroísmo.—Heroísmo pagano.—Heroísmo cristiano.—La muerte del apostolado.—Un coloquio cerca de una fuente, ó la «Orden de la Santísima Trinidad» para la redencion de los esclavos.—¡Levántate, oh esclavo excelso, Miguel Cervantes!

«La economía, oponiéndose á la Iglesia, no se puede prometer bien de la riqueza, porque relativamente á la accion que la riqueza ejerce sobre los destinos de las naciones, con la Iglesia se tiene el verdadero coronamiento exterior de la riqueza: la economía pública, oponiéndose á la Iglesia, precipita la suerte de los pueblos.»—El hombre enlazado al sitio donde habita.—Como el hombre, las cosas.—La Iglesia y las naciones ricas y justas.—La justicia segun Aristóteles y Ciceron.—Una carcajada.—La riqueza no trae la felicidad.—El mundo «una casa inmensa de comercio.»—El abate Antonio Genovesi, Mandeville y la excesiva estimacion de las riquezas.—Los pisaverdes, los danzantes, los aduladores.—Las mujeres bacantes.—Los parásitos y los tragones.—Los políticos y los gobernantes.—Juvenal y Roma venal.—Una pena que ahoga.—Cadáveres y cementerio.—Los pueblos ricos y los pueblos pobres.—Asia y Grecia.—La Italia.—Arabia y Caldea.—Los Tártaros.—Los Chinos.—Los Galas.—Los Portugueses.—Los Castellanos.—España.—¿A qué fin temblar?—Los ejércitos garantía de las naciones.—Un poco de catecismo ó de doctrina popular.—Jesucristo.

(Desde la página 183 hasta la página 225).

## CONFERENCIA OCTAVA

**Si la economía prospera separando á la Iglesia del progreso de la poblacion.**

Asunto: «La economía no prospera separando á la Iglesia del progreso de la poblacion, porque en el siglo XVIII, cuando consideró un progreso el aumento de la poblacion, la economía estimuló para que á la Iglesia se censurase, como si ella con el celibato y con su propio espíritu de mortificación fuese á tal aumento contraria.—Empero la Iglesia podia contar á la economía: por una parte te veo generosa y por otra ciega: tus muchos cultores que me hieren son intolerantes y ruinosos.—Porque en el siglo XIX, cuando por el contrario la economía considera un obs-

»táculo el progreso de la poblacion, da el mal ejemplo de olvidarse de la  
 »Iglesia, como si ella con el celibato y con su propio espíritu de mortifica-  
 »cion no contribuyese de ningun modo á tal obstáculo.—Mas la Iglesia  
 »puede responder de nuevo á la economía: Por una parte te veo sagaz y  
 »negligente por otra: tus numerosos cultores que me desprecian, son crue-  
 »les y bárbaros »

«La economía no prospera separando á la Iglesia del progreso de la po-  
 »blacion, porque en el siglo XVIII cuando consideró un progreso el aumen-  
 »to de la poblacion, la economía estimuló para que á la Iglesia se censurase,  
 »como si ella con el celibato y con su propio espíritu de mortificacion fue-  
 »se á tal aumento contraria.—Mas la Iglesia podia contestar á la economía:  
 »por una parte te veo generosa y por otra ciega: tus muchos cultores que  
 »me hieren son intolerantes y ruinosos.»—Los muchos y terribles hechos  
 del siglo XVIII.—Un párrafo de ardorosa elocuencia del Conde de Mira-  
 beau.—El mayor descubrimiento del siglo XVIII.—Un varonil trabajo de la  
 economía en la moderna Europa.—Los escritores y los antiguos códigos  
 relativamente á la poblacion.—Lutero y sus predicaciones sobre el matrimo-  
 nio.—Enrique IV y el número de súbditos.—Vauban y el origen de la  
 grandeza del príncipe y de la nacion.—Un eco que repite una cancion vie-  
 ja.—Montesquieu.—Filangeri.—Morelly.—El ministro Pitt.—Napoleón I.  
 —Generosos, mas ciegos.—Cómo progresan los pueblos.—Doctrina de la  
 Iglesia.—Una cloaca hecha por el número.—La Grecia.—Bélgica compa-  
 rada con la China.—Pekin y Bruselas.—Los individuos del pueblo y las  
 carnes de los señores desgarradas por la intolerancia y el fanatismo.—Or-  
 tes y el celibato.—Muret.—Miguél Angel, su mujer y sus hijos.—Los  
 economistas que combaten contra los economistas.—César Beccaria y  
 Scialoja.

«La economía no prospera separando á la Iglesia del progreso de la po-  
 »blacion, porque en el siglo XIX, cuando la economía considera un  
 »obstáculo el progreso de la poblacion, da el mal ejemplo de olvidarse  
 »de la Iglesia, como si ella con el celibato y con su propio espíritu  
 »de mortificacion no contribuyese de ningun modo á tal obstáculo.—Mas  
 »la Iglesia puede responder de nuevo á la economía: Por una parte te  
 »veo sagaz y por otra negligente: tus numerosos cultores que me despre-  
 »cian, son crueles y bárbaros.»—Un paso lírico y sublime.—Las trasfor-  
 maciones mecánicas y científicas del siglo XIX.—Cosmogonía y cristali-  
 zacion de la doctrina humana.—La economía y la «estaláctica.»—Platon  
 y la limitacion de los habitantes.—Aristóteles y el peligro en el número de  
 los matrimonios.—Nicolás Machiavelli y el exceso de la poblacion.—Juan  
 Botero y la poblacion acomodada á los medios de vivir.—Quitémonos el  
 sombrero, ¡viene!—Roberto Malthus, y el solemne austero escritor sobre  
 la poblacion.—La teoría de Malthus.—Objeciones y aplausos.—Un mundo  
 nuevo separado de todo el antiguo.—¡Los solitarios!—Sagacidad y negli-  
 gencia.—Federic Bastiat, que alaba y deja plantado á Roberto Malthus.—  
 Los «remedios preventivos» y los «remedios represivos.»—Una blasfemia.—  
 La ley de la continencia.—El celibato de la economía.—El celibato de la  
 Iglesia.—Las trompetas suenan en el bosque; la gruta de san Bruno y la  
 Cortija de la Torre.—Olor á bárbarie.—Los célibes voluntarios y los céli-  
 bes forzosos.—Argumentaciones dignas de ser escuchadas.—Lágrimas y  
 enojo.—Los obstáculos represivos.—No peste, ni hambre, ni guerra.—Las  
 necesidades de la vida y las necesidades del goce.—¡Cuáles combatimos nos-  
 otros?—Cuánto cuesta un señor, y cuánto cuesta un villano.—Grisela.—  
 Síntesis de las dos partes de las conferencias.—Incítase á los oyentos á dar  
 una buena reprension á los economistas del siglo XVIII y á los economis-  
 tas del siglo XIX.—El abate Maury, á quien quisieron colgar de un farol,  
 y un poco de sermón á los modernos aduladores.—Los hijos de los sacer-

dots.—Alfonso De Candolle.—Demostraciones lanzadas al viento.—Dos soldados, los primeros escritores de economía.—Guerra, siempre guerra.—¡Resignémonos á ser combatientes!

(Desde la página 226 hasta la página 265).

### CONFERENCIA NONA

**Si las sociedades de obreros están bien dirigidas por los economistas relativamente al salario.**

Asunto: «Las sociedades de obreros no están bien dirigidas por los economistas relativamente al salario, porque por ellas en las sociedades de obreros hay guerra y tempestad de intereses materiales.»

Un primer anuncio escrito sobre la puerta de las sociedades de obreros.—¿Es paz?—Tres escuelas que diciendo amparan, perturban por el contrario, y batallan contra las sociedades de artesanos.—Se habla de la primera escuela: la de los «liberales.»—No salud sino enfermedad.—La libertad y el obrero.—Las Maestranzas y las Corporaciones de artes y oficios.—El «individualismo.»—El obrero átomo.—El *Self-help*.—¿De qué sirve?—Otro principio de los liberales.—La emulacion de las fábricas de industria.—La concurrencia y las condiciones para bien realizarla.—Las máquinas.—Smith y las «leyes de los salarios.»—Palabras de Bargemont Villeneuve; entre los himnos y la gritería viene la miseria.—Habeis destruido la sociedad católica.—Origen del pauperismo.—Enrique Fano y una necesidad suya.—El fraile y el pedazo de pan á los pobres en la puerta del convento.—El baron De Gerando, Roscher, Cherbuliez y la miseria de los obreros.—Montegut y sus recriminaciones de los demócratas.—Se habla de la segunda escuela: la escuela de los «socialistas.»—El salario según los socialistas.—La «comparticipacion.»—Una nueva «República» de Platon, que mirada de lejos es hermosa, y vista de cerca es fea.—Exceso y pretension.—La servidumbre del salario.—Un parangon equivocado.—José Giusti, la tenaza de la educacion y las señoritas con la escoba en la mano.—No envilecimiento: los artistas, los gobernantes, los capitanes «asalariados.»—Desde las alturas á una consideracion de la vida trivial.—Palabras de Edmundo About.—La limosna del salario.—Juan Lanfranco y Salvador Rosa.—Se habla de la tercera escuela: la escuela de los «economistas gubernativos.»—El sistema de la vigilancia y de la tutela.—Un sermon que no pueden hacer los gobiernos.—Las leyes.—¡Bastan?—Mientras el Gobierno interviene, los grandes propietarios se retiran.—Roebuck en la Cámara de los Comunes ingleses.—Extravagancia nueva: la vigilancia de la casa.—Espanto de Federico Bastiat.—La guardia amorosa de la Iglesia suprimida, y el pueblo de las fábricas y de las oficinas abandonado.

(Desde la página 266 hasta la página 293).

### CONFERENCIA DÉCIMA

**Si las sociedades de los obreros están bien dirigidas por los economistas relativamente á la educacion.**

Asunto: «Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los economistas relativamente á la educacion, porque, la instruccion de los obreros, apartada de la religion, más que luz á la mente, produce tinieblas; la música de los obreros, hecha desviar de la religion, más que im-

»pulsos magnánimos para el corazón, produce obras sin concierto; la  
»gimnástica de los obreros, no templada por la religión, más que desar-  
»rollo de las facultades humanas, produce fiera y tormento.»

«Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los econo-  
»mistas relativamente á la educación, porque la instrucción de los obre-  
»ros, apartada de la religión, más que luz en la mente, produce tinieblas.»  
—¡Demasiada luz!—Cosa no rechazada.—Apruebo la instrucción de los  
obreros.—Es de dos clases.—Un párrafo de Guerrazzi cuya lectura produ-  
ce horror.—La caja de las bibliotecas circulantes abierta al obrero.—Caja  
de Pandora.—¡Hay aquí moralidad?—Condiciones requeridas para la  
buena lectura.—Alibert, La Bruyère y Dauphin.—Los periódicos.—El  
latín de Horacio.—Pantano.—La prensa y el descubrimiento de Amé-  
rica.

«Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los economis-  
»tas relativamente á la educación, porque la música de los obreros, hecha  
»desviar de la religión, más que impulsos magnánimos para el corazón,  
»produce obras sin concierto.»—Música educadora y música que deprava.  
—Los «motivos».—Una tierna fantasía de Leroy Beaulieu.—Un vacío in-  
menso.—La música educada por la Iglesia.—Palestrina, Pergolesi, Iome-  
lli, Stradella, Cherubini, Marienzo, Carissimi.—Si basta tocar para edu-  
car.—Néron y sus 1.800 coronas.—La «charanga».—La «polka».—Música  
y destrucción.

«Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los economis-  
»tas relativamente á la educación, porque la gimnástica de los obreros,  
»no templada por la religión, más que desarrollo de las facultades huma-  
»nas, produce fiera y tormento.»—Una cosa de músculos.—Los Griegos,  
los Romanos y la gimnástica.—Poca urbanidad y poquísima educación  
cristiana en la gimnástica de los modernos obreros.—Epigramas elénicos.  
—La madre del pueblo.—Sertorio el gladiador y los destinos de la gim-  
nástica grosera.—Epilogo y refuerzo.—La sotana del sacerdote en el um-  
bral de las sociedades de obreros.—La embriaguez, el juego y la blasfe-  
mia.—El senador Angioletti.—Vacío deplorable.

(Desde la página 294 hasta la página 316).

## CONFERENCIA UNDÉCIMA

**Si las sociedades de los obreros están bien dirigidas por los economistas relativamente á la sociabilidad.**

Asunto: «Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los  
»economistas relativamente á la sociabilidad, porque hay en las sociedades  
»de obreros el concepto de la revolución;—es un propósito de renovamien-  
»tos homicidas;—hay en ellas las tentativas de la ejecución: es una explo-  
»sion de movimientos insensatos;—hay en ellos los efectos sociales: es una  
»realización de bárbaras destrucciones.»

«Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los economis-  
»tas relativamente á la sociabilidad, porque hay en ellos el concepto de la  
»revolución: es un propósito de renovamientos homicidas.—Antes de la ac-  
»ción, el concepto.—Las sociedades de los artesanos no inventoras sino se-  
»guidoras de las revoluciones.—Una página de un libro oscuro.—Una susti-  
»tución y una amistad.—Economistas y francmasones.—Fin de la masonería.  
—Cristo sin corona.—El hombre colocado en el lugar de Dios.—La de-  
»mostración corroborada por Monseñor Ketteler y por Monseñor Dupanloup.  
—Los renegadores de Dios y los blasfemantes de Cristo.—El hombre divi-  
»nizado.—Los niños de las «Escuelas Municipales» de Bruselas, que en el

día 10 de octubre de 1865 cantan en torno de la estátua del gran maestro de la Orden Masónica, el señor Verhaegen.—Comparaciones históricas y gemidos.—¡Adios, cruz! ¡Adios, cielo!—¡Ah! ¡No se puede vivir!

«Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los economistas relativamente á la sociabilidad, porque hay en las sociedades de obreros las tentativas de la ejecucion; es una explosion de movimientos insensatos.»—Despues del concepto la obra.—Una batalla dada á la Iglesia y otra á los gobiernos.—Eolo y la masoneria.—«Abajo el Papa, abajo los Obispos y abajo los sacerdotes.—Abajo el ministerio, abajo el Parlamento, abajo la esclavitud.»—Movimientos insensatos.—No increpaciones á la muerte, sino lamentos.—Feos juegos y bailes deshonestos.—Una trivial mentira.—Los obreros sacados del estuche de la familia y de la fábrica.—El «Tumulto de los Ciompi» y la «Rebelion de los descamisados» de Lucca, renovados por los artesanos modernos.—Compasion y dolor.

«Las sociedades de los obreros no están bien dirigidas por los economistas relativamente á la sociabilidad, porque en las sociedades de los obreros hay los efectos sociales: es una realizacion de bárbaras destrucciones.»—Despues del concepto y despues de la obra el fin.—La «palabra» de la revolucion.—Talleyrand corregido por Proudhon.—Destrucciones furiosas.—¡Qué cosa edificó la masoneria!—Impotencia para reedificar.—Los días del 1871 y de la «Commune» en París.—¡Horribles protectores!—Globos volantes.—Llamamiento á la matauza.—Victimas demasiado fáciles y casi desconocidas por los grandes culpables.—Silvio Pellico y la revolucion.—César Cantú, y una peroracion rehecha por el Autor.—El Alcalde del Municipio, no hombrecillo, sino más bien grande hombre.

Sinfonía guerrera.—Recriminaciones nuevas y nuevas respuestas.—La probacion de los niños espartanos renovada por los liberales.

(Desde la página 317 hasta la 341).

## CONFERENCIA DUODÉCIMA.

**Si la sociedad puede vivir sin el sacerdote y sin el soldado.**

Asunto: «La sociedad no puede vivir sin el sacerdote y sin el soldado, porque por su desaparicion no se conseguiría un respiro en las estrechuras de la vida, sino la parada de la vida pública; porque rota su reciprocidad, no se lograría un temperamento del mal sino una gravedad mayor; porque admitida su reforma social, no se conseguiría una sociedad más perfecta, sino el abismo.»

«La sociedad no puede vivir sin el sacerdote y sin el soldado, porque por su desaparicion no se conseguiría un respiro en las estrechuras de la vida, sino la parada de la vida pública.»—Representacion que el sacerdote y el soldado tienen en la sociedad civil.—Enseñanza de Jesucristo.—«Dad á Dios lo de Dios.—Dad al César lo del César.»—Explicacion y final comento de las dos órdenes.—El sacerdote y el soldado que dan la razon de su propio sér.—El lenguaje del sacerdote y del soldado conformado con el cumplimiento.—Quitado el sacerdote, viene la destruccion de la Biblia, del Evangelio, de la Cristiandad, de la Iglesia.—Quitado el soldado, viene la debilidad del poder político y del gobierno.—La religion sin el sacerdote.—Olivier, Portalis, Foscolo, y Romagnosi.—La sociedad sin el soldado.—El baston «del puño de plata.»—El tridente del viejo Neptuno.—Los Congresos de la paz.—«Las anexiones.»—«Los arbitrajes.»—Los plebiscitos.»—«Fábulas.»

«La sociedad no puede vivir sin el sacerdote y sin el soldado, porque, rota su reciprocidad, no se lograría un temperamento del mal, sino una

»gravedad mayor.»—Un segundo grito y una peticion nueva de los economistas astutos.—Division imposible.—Un parangon mayúsculo de Juan Bautista Casti, y dos parangones de Vicente Gioberti.—Sublime y verdadero parangon del sacerdote y del soldado hecho por Donoso Cortés.—Cuestion «solidaria.»—Subrogaciones ridículas.—El sacerdote soldado y el soldado sacerdote.—Como no cabe la subrogacion, tampoco la separacion.—Constantino, el testamento de Carlomagno y las huellas que deberian seguir los grandes monarcas.—Las necesidades de la Iglesia y el soldado.—Las necesidades de la sociedad civil y el sacerdote.—Por cada diez sacerdotes que se retiran, cien soldados les sustituyen.—La Europa moderna.

«La sociedad no puede vivir sin el sacerdote y sin el soldado, porque, »admitida la nueva reforma social, no se conseguiría una sociedad más »perfecta, sino el abismo.»—Exterminio que tiene de ingenioso y de peregrino.—Quiénes son los que se asoman con el látigo en la mano para arrojar del templo á los sacerdotes y del cuartel al soldado.—Angel Brofferio.—Francisco Guerrazzi.—Victor Hugo.—Biografías y locuras.—Sociedad extraña y caprichosa que amenazan regalarnos.—Guardaos el don.—Ottorino ó el increpador del sacerdote y del soldado.—Conmocion é ira.—¡Fuera los «bárbaros!»

(Desde la página 342 hasta la página 369).

## CONFERENCIA DÉCIMA TERCERA

**Si se debe suprimir en las escuelas la enseñanza religiosa.**

Asunto: «La enseñanza religiosa no se debe suprimir en las escuelas, »porque la querida separacion es inmoral.—Los principios de que parte »son nefandos; las razones que alega son vanas; los hechos que produce »son ruinosos.»

«La enseñanza religiosa no se debe suprimir en las escuelas, porque la »querida separacion es inmoral; los principios de que parte son nefandos.»—Un primer principio promovido por los economistas para remover de las escuelas la enseñanza religiosa; en una primera cosa nefanda.—«La instruccion separada de la educacion.»—Armonía del hombre.—Falsificaciones.—Diógenes.—Ovidio.—Voltaire.—Fewerbach.—Julio Carcano.—Crisóstomo Ferrucci, y el absurdo de quien quiere separar la educacion de la instruccion.—Un segundo principio promovido por los economistas para remover de las escuelas la enseñanza religiosa, y es una segunda cosa nefanda.—La «moral independiente.»—El peor de los contrasentidos.—Cosa más fea.—El vicio que al pecho salta de la moral autónoma, y la ahoga.—El Conde Luis Bembo y una insania que á los inteligentes hombres honrados deja aturdidos.—La negacion de Dios.—Los ateos al manicomio.

«La enseñanza religiosa no se debe suprimir en las escuelas, porque la »querida separacion es nuevamente inmoral: las razones que alega son vanas.»—Excusas y razones de los economistas para remover de las escuelas la enseñanza religiosa.—Verdad de que se abusa y contrahecha.—La espontaneidad y la libertad del espíritu en los jóvenes estudiantes.—Sátira y necedad.—La Menuais y la filosofia en sus preámbulos «un acto de fé.»—Julio Michelet y «el niño razonador.»—Una distincion relevantísima.—Los dogmas y las opiniones.—Pasaje de Ciceron.—¿A qué fin no hablar de Dios?—Los niños y la ignorancia de la Divinidad.—Contradicciones.—Ciencia, libertad y patria.—¿Teneis miedo al enseñarlas á los niños? No.—Quién sepulta en mayor número los propios muertos.—Platon, Temistio, Plutarco.—Una increpacion de los economistas y un ataque al catecismo.

—Qué es el catecismo católico.—Quitar la Iglesia es quitar la religion.—Quitar la Iglesia es quitar la historia de la sociedad.—Müller, Macaulay, la Iglesia, las antiguas y las nuevas edades.—¡Desgraciados los niños y los jóvenes!—Las cristianas generaciones y el catecismo de la Iglesia.—Diderot.—Jorge Byron.—Carlos Botta.—Alejandro Volta.—La postila mayúscula de la infalibilidad del Papa.—¿Es una enormidad?—Promulgacion y no invencion.—El progreso en el desarrollo de los dogmas.—Cosas más graves y más formidables que la infalibilidad del Papa.—La humana razon infalible.—El pueblo infalible.—Los principios infalibles.

«La enseñanza religiosa no se debe remover de las escuelas, porque la »querida separacion es igualmente inhumana, en cuanto son ruinosos los »hechos que produce.»—El hospital de los locos de Charenton.—Un loco que anticipadamente anuncia otros mil.—Las escuelas sin Dios y los niños materialistas.—La escuelas sin Dios y los niños artífices de revolucion.—Una sentencia de Federico Schlegel.—Por qué ahora están los pueblos tan corruptos.—Piedad de los hijos y del mundo.

(Desde la página 370 hasta la página 394).

## CONFERENCIA DÉCIMA CUARTA

### Si es necesario combatir el comunismo.

Asunto: «Es necesario combatir el comunismo, porque en primer lugar »el comunismo place á los arruinados, y ellos, para distribuir los bienes, se »cubren con la cuestion del derecho. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que supone aquel derecho alegado un pésimo latrocinio.—En segundo lugar place á los díscolos, y ellos, para distribuir los »bienes, se cubren con la cuestion de las públicas franquicias. Demostramos »nosotros, hombres racionales y católicos, que las franquicias alegadas son »una mentira, y tienden á un obscuro despotismo. En tercer lugar place á »los inexpertos novadores, y ellos, para distribuir los bienes, se cubren con »la cuestion del progreso. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que el alegado progreso es una cosa vieja, é incluye el tormento »social.»

«Es necesario combatir el comunismo, porque en primer lugar place á los »arruinados; y ellos, para distribuir los bienes, se cubren con la cuestion »del derecho. Demostramos nosotros, hombres racionales y católicos, que »supone aquel derecho alegado un pésimo latrocinio.»—Una turba inmensa que invoca gritando el «comunismo.»—Entre los clamores la cuestion del derecho.—Tres escuelas relativamente al derecho de propiedad.—El «contrato,» las «leyes,» el «Estado.»—¿Son verdaderas?—Falsedades y absurdos.—San Antonino, san Ambrosio y san Buenaventura, y el derecho de propiedad.—Cambiamos de autores; pero seguimos siendo hombres racionales y católicos.—Antonio Rosmini y la propiedad de los bienes materiales y del ingenio.—La economía llamada fuera por la tela de araña del contrato social, por las leyes civiles y por la voluntad del Estado.—La ciencia jurídica vigorizada.—Quién es verdaderamente ladrón.

«Es necesario combatir el comunismo, porque en segundo lugar place á »los díscolos, y ellos, para distribuir los bienes, se cubren con la cuestion de »las públicas franquicias.—Demostramos nosotros, hombres racionales y »católicos, que las franquicias alegadas son una mentira y tienden á un obscuro despotismo.»—Una nueva turba recogida y una nueva cancion en pró del comunismo.—La economía y el Autor desalentados.—La mentira de las franquicias públicas.—La emancipacion es sólo de la Iglesia y viene á ser un hecho histórico.—Solamente los díscolos no emancipados todavía.

—Después de la mentira, el despotismo.—La ley prenda de libertad.—Gioberti.—El alma de las leyes.—Una sociedad imaginaria que parece aportar libertad, y aporta sólo tiranía.—Un dicho de Tácito.—Otro dicho de los *Prometidos Esposos*.—Los esclavos de Lúculo.—Los esclavos de Polion.—Los esclavos de la liberación pública.—El comunismo del siglo XVI sobre las tierras de Prusia y Holanda.—Gervasio barquero, y el anabaptista convertido.—¡Oh Iglesia de Dios!

«Es necesario combatir el comunismo, porque en tercer lugar place á los »novadores inexpertos, y ellos, para distribuir los bienes, se cubren con la »cuestión del progreso. Declaramos nosotros. hombres racionales y cató- »licos, que el alegado progreso es una cosa vieja, é incluye el tormento »social.»—Después de los arruinados y de los discolos, los novatos.—Luna de miel y lluvia de leche.—¿Que se respete vuestra cucaña?—Cosas que se dicen nuevas y que son viejísimas; la momia petrificada.—La «República de Platon» antes que los libros de Fourier, de Cabet, de Proudhon, de Owen, de Blanc.—Una sentencia de Ozanam.—Con lo muy viejo el lazo que ahorca y el puñal que sorbe la sangre.—El reinado «del orden públi- co.» el reinado de la «variedad,» el reinado de la «perfectibilidad huma- na y social» separados del comunismo.—El progreso de la «matanza,» de la «inmovilidad» y de la «miseria.»—¡Ah novatos, novatos!—La economía ve, tiembla y hacer deja.—¡Hasta tú por consiguiente, mi amadí- simal—De la Iglesia la salvación.

Un deber cumplido y una invitación á la sabia restauración.—Un gra- cioso hecho referido por Samuel Smiles: el monstruo reducido á un mu- ñeco.—¡No más miedos!—¡Los hijos de Dios han vencido!

(Desde la página 395 hasta la página 422.)

## ALGUNAS ERRATAS.

---

- Pág. 7. Línea 20. Donde dice *me remite*, léase *se remite*.  
Pág. 20. Línea primera. Donde dice *precisado*, léase *precisada*.  
Pág. 28. Línea 24. Donde dice *érais*, léase *eran*.  
Pág. 40. Línea 37. Donde hay un ; debe haber una ,  
Pág. 41. Línea 17. Donde dice *al sol*, léase *el sol*.  
Pág. 51. Línea 33. Donde dice *prescribir*, léase *proscribir*.  
Pág. 59. Línea 2. Donde dice *conformal* léase *conforma*,  
Pág. 75. Línea 37. Donde dice *veadaderamente*, léase *verdaderamente*.  
Pág. 76. Línea 26. Donde dice *Cristianimo*, léase *Cristianismo*.  
Pág. 79. Línea 37. Donde dice *le peina... y lo rejuvenece*, léase *la peina... y la rejuvenece*.  
Pág. 88. Línea 6. Donde dice *cienioa*, léase *ciencia*.  
Pág. 92. Línea 18. Donde dice *dejad*, léase *dejar*.  
Pág. 115. Línea 33. Donde dice *tos*, léase *los*.  
Pág. 155. Línea 9. Donde dice *enaltecido él*, léase *enaltecido*.  
Pág. 183. Línea 7. Donde dice *obtinadas*, léase *obstinadas*.  
Pág. 189. Línea 4. Donde dice *caro*, léase *caros*.  
Pág. 200. Línea 5. Donde dice *ls*, léase *la*.  
Pág. 213. Línea 6. Donde dice *extravantes*, léase *extravagantes*.  
Pág. 222. Línea 40. Donde dice *Genove*, léase *Genovesi*.  
Pág. 225. Línea 26. Donde dice *pace*, léase *hace*.  
Pág. 260. Línea 12. Donde dice *preblema*, léase *problema*.  
Pág. 260. Línea 36. Donde dice *ahoacarlo*, léase *ahorcarlo*.  
Pág. 268. Línea 23. Donde dice *tambien*, léase *tambien*.  
Pág. 272. Línea 3. Donde dice *indigentee*, léase *indigentes*.  
Pág. 280. Línea 11. Donde dice *ennobleer*, léase *ennoblecer*.  
Pág. 281. Línea 16. Donde dice *constrellidos*, léase *constreñidos*.  
Pág. 283. Línea 18. Donde dice *un, hijo*, léase *un hijo*.  
Pág. 285. Línea 2. Donde dice *salarlo*, léase *salario*.  
Pág. 293. Línea 12. Donde dice *reinvidicacion*, léase *reivindicacion*.  
Pág. 304. Línea 35. Donde dice *meliodosa*, léase *melódiosa*.  
Pág. 321. Línea 38. Donde dice *masónieos*, léase *masónicos*.  
Pág. 329. Línea 17. Donde dice *grlta*, léase *grita*.  
Pág. 330. Línea 29. Donde dice *dogma*, léase *dogma*.  
Pág. 333. Línea 35. Donde dice *rebelado* léase *rebelado*,  
Pág. 345. Línea 22. Donde dice *Cristo*, léase *César*.  
Pág. 348. Línea 5. Donde dice *Mirame*, léase «*Mirame*.  
Pág. 348. Línea 21. Donde dice *politico*, léase *político*.»  
Pág. 348. Línea 24. Donde dice *fusii*, léase *fusil*.  
Pág. 351. Línea 21. Donde dice *Cobden*, léase *Cobden*.  
Pág. 363. Línea 9. Donde dice *ejércitos*, léase *ejércitos*.  
Pág. 367. Línea 26. Donde dice *dc*, léase *de*.  
Pág. 368. Línea 30. Donde dice *Y ni*, léase *ni*.  
Pág. 384. Línea 36. Donde dice *horribles*, léase *horrible*.  
Pág. 412. Línea 23. Donde dice «*Estamos*, léase *Estamos*.  
Pág. 416. Línea 33. Donde dice *olases*, léase *clases*.



POESIAS  
DE LEON XIII,  
PONTÍFICE MÁXIMO.

VERSION LIBRE, AUTORIZADA POR EL SANTO PADRE,  
DE DON JOSE MARIA CARULLA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID Y DIRECTOR DE «LA CIVILIZACION.»

Este libro contiene tambien todas las poesias originales latinas ó italianas del Sumo Pontífice. Vale ocho reales.

LOS PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

CONFERENCIAS DEL EMINENTISIMO ALIMONDA,

CARDENAL ARZOBISPO DE TURIN,

TRADUCIDAS POR DON JOSÉ MARÍA CARULLA.

Acaba de salir el tomo cuarto y último de esta obra, que ha colocado á su ilustre autor al nivel de Balmes, de Donoso Cortés, de Augusto Nicolás, de Veuillot, y de otros sábios apologistas contemporáneos de la Iglesia. Vale cuarenta reales. El tomo primero está dedicado á los problemas religiosos, el segundo á los problemas «paleontológicos,» el tercero á los problemas filosóficos, y el cuarto á los económicos.

Con fecha 4 de noviembre de 1888 el Eminentísimo Alimonda se dignó dar gracias al señor Carulla. Hé aquí las últimas líneas de su carta:

«No me maravillo que la carrera seguida por V. S. en los presentes tiempos difíciles abunde en contradicciones espinosas; pero confío que Dios le confortará, si persevera en sufrir por la justicia.

»Por lo que hace á la traduccion de mis escritos humildes, debo ante todo hacer notar que no merecian las solicitudes pacientes de V. S.; mas al propio tiempo debo llamarme honrado y grandemente satisfecho, porque, tratándose de un literato tan distinguido aún en la lengua itálica, no podia ménos de salir, como me aseguran que ha salido, fiel y digna de alabanza la traduccion. De modo que yo me hallo por su bondad con mejor traje aún que con el mio propio, y tal vez corregido de más de un defecto.

»Gracias, pues, de todo corazon por su afecto á mi persona y á mis cosas. El Señor le remunere, continuando dándole vigor y fuerza en la lucha presente, concediéndole aún en esta vida recompensa digna de sus santas intenciones y de sus fatigas.

»Con sentimientos de altísima estima y de afecto amistoso, tengo el gusto de saludarle y declararme de V. S. Ilma.

«*Devotísimo servidor,*

»† CAYETANO CARDENAL ALIMONDA, *Arzobispo.*

»Turin 4 noviembre 1888.

»Ilmo. Sr. D. José María Carulla, director de LA CIVILIZACION. Madrid.»

EL AFECTO CIEGA LA RAZON.—Novela publicada en *La Civiltà Cattolica*, traducida por don José María Carulla. Segunda edición. Precio una peseta.

Es inútil advertir que se trata de una novela eminentemente moral, que puede ser leída por toda clase de personas sin peligro alguno. Deleita é instruye, á diferencia de casi todas las demás que, como decia Santa Teresa, calientan la cabeza y entibian el corazon.

BIOGRAFÍA DE DON PEDRO DE LA HOZ, escrita por don José María Carulla. Fué la primera obra dedicada en España al señor don Carlos de Borbon y Austria de Este. Vale ocho reales.

URGENTE NECESIDAD DE UNA CRUZADA PARA LA LIBERACION DEL SUMO PONTÍFICE.—Obra escrita por don José María Carulla, que adquiere cada dia mayor oportunidad por la situacion angustiosísima del excelso Padre comun. Vale ocho reales.

ÁLBUM DE ESCRITORES CATÓLICOS.—Remitido al Santo Padre Pío IX, que se dignó enviar por él á don José María Carulla un Breve afectuosísimo. Vale diez reales.

LA LEYENDA DE MONTSERRAT.—Obra escrita en versos catalanes por don Jacinto Verdaguer, presbítero, puesta en versos castellanos por don José María Carulla. Vale cuatro reales.

LA DIVINA COMEDIA.—Inmortal poema de Dante Alighieri, puesto en versos castellanos por don José María Carulla. Esta traduccion, grandemente honrada por nuestro Santísimo Padre Leon XIII, vale treinta reales.

LA MUJER RICA.—Comedia en tres actos y en verso, escrita por don José María Carulla. Vale ocho reales.

EL GÉNESIS en versos castellanos. Vale diez reales.

EL ÉXODO en versos castellanos. Vale diez reales.

Estas dos obras últimas forman parte de la version de toda la Biblia hecha por don José María Carulla con la vénia de su Prelado el Eminentísimo señor Moreno, Cardenal Arzobispo de Toledo, Q. E. P. D., y bendecida por nuestro Santísimo Padre Leon XIII, quien se dignó admitir los setenta y tres libros en verso de que se compone la Sagrada Escritura, y alentar al traductor, enviándole la Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*.

Los que quieran alguna ó algunas de las obras anunciadas en este impreso diríjase, acompañando su importe, á don José María Carulla, que vive ahora en la calle de Ferraz, núm. 54, bajo, izquierda, Madrid.

AR DE

ALR JO. M. A

PROFESSOR M. A. S.

DE L'UNIVERSITÉ DE MONTREAL

TOME V

MADRID

18

D-1  
2258